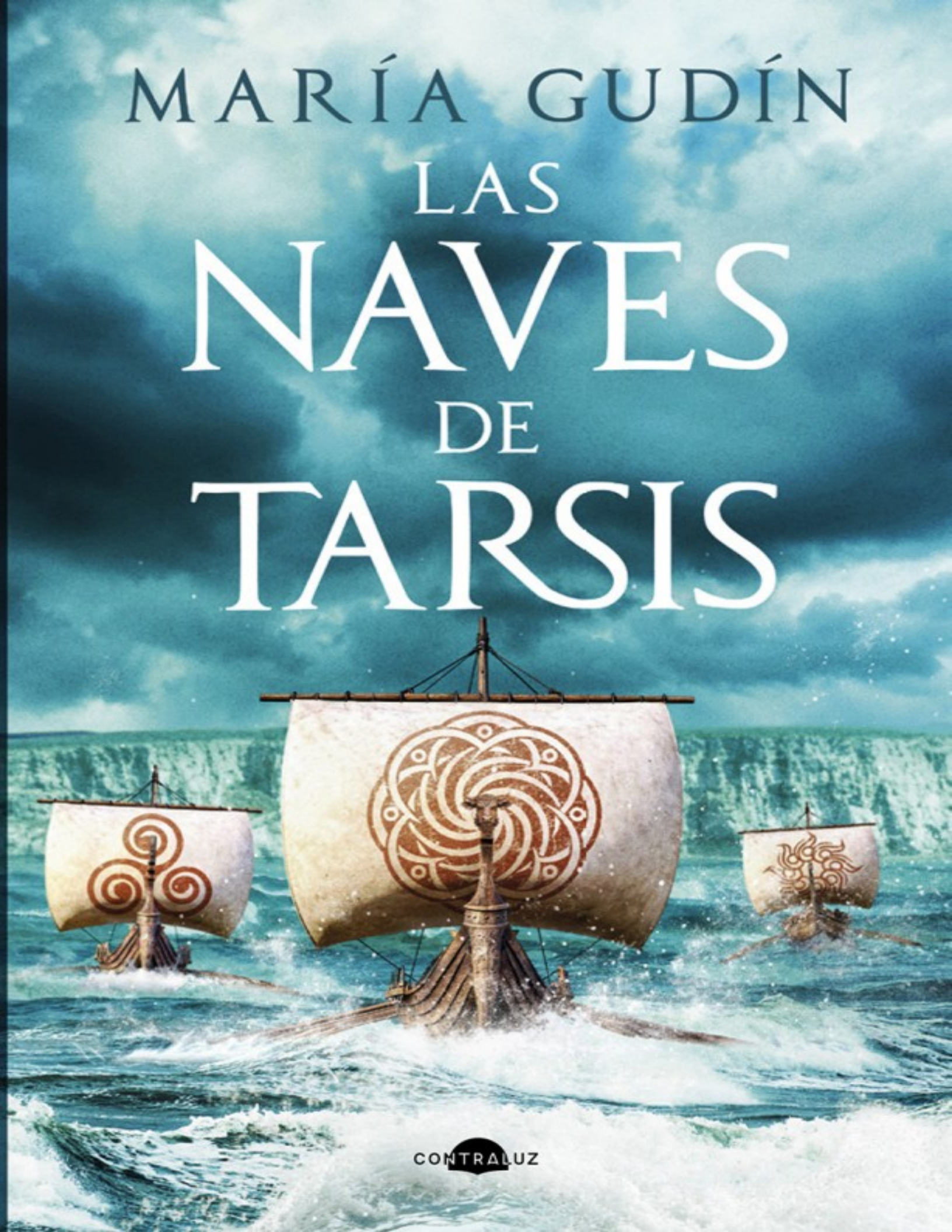
MARÍA GUDÍN

LAS NAVES DE TARSIS



CONTRALUZ

MARÍA GUDÍN

Las naves de Tarsis

Una novela en torno al año 1550 a. C.

CONTRALUZ

A mi hermana Eglea, sensible, original
y distinta a todas.
A mi hermana Areté, luchadora, fuerte, leal
y profundamente generosa.
Las tres somos las hijas de Gerión.

«Las naves de Tarsis parecían caravanas
que navegaban con tus mercaderías…
Un día te hundirás en el fondo del mar,
y contigo se hundirán tus riquezas…
Has llegado a ser motivo de espanto,
para siempre has dejado de existir».

Ezequiel 27, 25-36

«Estas son las generaciones de los hijos de Noé: Sem, Cam y Jafet,
a quienes nacieron hijos después del diluvio. Los hijos de Jafet:
Gomer, Magog, Madai, Javán, Túbal, Mesec y Tiras. Los hijos
de Gomer: Askenaz, Rifat y Togarma. Los hijos de Javán: Elisa,
Tarsis, Quitim y Dodanim. De estos se poblaron las costas, cada
cual, según su lengua, conforme a sus familias en sus naciones».

Génesis 10, 1-5

Proemio

En el centro del gran túmulo funerario se encontraron unos papiros en un ánfora de barro, cerca de la urna que contenía las cenizas de aquel a quien su pueblo no olvidaba. En ellos se narra la epopeya de los *góidel,* descendientes de Gael, heredero del patriarca Tarsis; las gestas del marino Nórax, quien navegó hasta lugares ignotos; las hazañas de Krysaor, capaz de destruir un mundo; la historia de las hespérides, ninfas de la noche, protegidas por un dragón; las proezas de Nel, el atleta, y las de Eyrén, tan ágil que parecía volar… Todos fueron peones en las sombras de la gran epopeya *góidel,* la de las naves de Tarsis, los barcos que surcaron las aguas del mundo antiguo y cambiaron la historia de la humanidad.

Primer papiro

Hesperia

«Llegaron al hermoso Jardín de las Hespérides, donde solían cantar mientras guardaban las manzanas. Allí encontraron a la serpiente… muerta por el ataque del héroe. Las Hespérides lamentaban su muerte ruidosamente, pero, en cuanto se acercaron, guardaron silencio y desaparecieron en una nube de polvo y tierra».

APOLONIO DE RODAS, *Argonáutica* (siglo III a. C.)

Nórax y Krysaor

Tarsis, costa del lago Ligustino, verano de 1611 a. C.

En aquel tiempo, Krysaor y Nórax eran amigos. En aquel tiempo, los dos eran jóvenes y temerarios. En aquel tiempo, vivía Gerión, y el imperio que dominaba Tarsis no estaba tan corrupto como lo estuvo después, cuando se hicieron adultos; aunque quizá, desde varias generaciones atrás, había comenzado ya a pervertirse.

Krysaor y Nórax se conocían desde la infancia porque las casas de sus familias colindaban. Solían cruzar de un lado a otro por los huertos y jardines traseros que comunicaban ambas casas o por las terrazas encaladas, de un blanco inmaculado, que se asomaban al estuario del río abierto al mar que bañaba la ciudad de Tarsis.

Cuando eran niños, Nórax y Krysaor, una cabecita dorada y la otra oscura, bajaban corriendo, persiguiéndose el uno al otro, desde la acrópolis donde vivían hasta el mercado y más allá, hasta alcanzar los puentes que atravesaban los tres muelles que rodeaban Tarsis; al llegar al tercero se lanzaban al agua. Nadando arribaban a los arenales que rodeaban el estuario y donde crecían pinares y alcornocales, jugaban por las dunas y se bañaban en las aguas tibias del mar. Al salir, jadeantes, se sentaban en la orilla.

Se quedaban en la punta del estuario, un lugar desde donde se divisaba muy bien una isla, la isla de Hesperia, enfrente de la bocana del gran lago Ligustino, en la desembocadura del río al que llamaban Tarsis, o también Betis. En los días muy claros, podían distinguir la vegetación exuberante de la isla y las playas de arena blanca que el sol tornaba dorada.

Krysaor fijaba su mirada en Hesperia con una lente de marino encerrada en un tubo de cobre que había heredado de su padre, e intentaba distinguir los detalles de la isla, las rocas, las aves blancas que la sobrevolaban, pero sobre todo trataba de reconocer los rasgos de unas figuras femeninas que a veces se vislumbraban en las playas. Aquellas mujeres misteriosas eran las hespérides, las hijas de la noche, las sacerdotisas del dios Atón, vestales que mantenían el fuego sagrado del dios en Hesperia.

Krysaor, con el catalejo, intentaba insistentemente identificar entre las vestales de la isla a una de ellas. Su obsesión estaba profundamente arraigada. Cuando el muchacho tenía unos seis años, los barcos que trasportaban las mercancías de la empresa comercial de su familia naufragaron y se hundió en el mar el padre de Krysaor, y, con él, toda su fortuna.

La aciaga noticia llegó a Tarsis en los días del solsticio de invierno. A su madre, que estaba encinta en aquel tiempo, se le adelantó el parto. Dio a luz prematuramente a una hermosa niña a quien pusieron por nombre Niso. Al haber nacido en el solsticio, la ley de Tarsis, implacable, determinaba que debía ser entregada al dios para educarse como una hespéride, por lo que sería conducida a la isla.

Desesperada, la madre de Krysaor intentó resistirse a la ley. No deseaba desprenderse de la niña porque, en la tristeza de su viudedad, Niso habría sido su consuelo. Sin embargo, debió acatar lo establecido. Durante los meses siguientes la amamantó en el templo y, al llegar el solsticio de verano, la pequeña Niso fue llevada a la isla de Hesperia.

Cuando la perdió, la madre de Krysaor, hundida ya por la muerte de su marido y la ruina de su familia, se quebró. La tristeza la consumía, y su mente quedó atrapada en un abismo de dolor. Se volvió loca; vagaba por la casa y por los jardines, ajena a la realidad, hasta que un día desapareció.

La encontraron en el fondo de un pozo en el jardín posterior de la casa de los *góidel,* de la familia de Nórax. Estaba muerta: se dijo

que había sido un accidente, que se había caído al intentar sacar agua.

Solo Krysaor conocía la verdad porque el niño había sido el último que había visto a su madre viva. Aquel día la divisó de lejos, caminando encorvada por el jardín, y corrió hacia donde estaba; pero ella, fuera de sí, le gritó que se marchara. Intimidado y confuso, el niño obedeció. Sin embargo, a partir de entonces, siempre que pasaba por aquel jardín, la imagen de su madre, sumida en la tristeza y avanzando hacia el pozo del que nunca regresó, lo perseguía como una sombra. La angustia que aquella visión dejó en su pecho no lo abandonó nunca.

El rechazo que sintió en el último instante de vida de su madre le marcó para siempre. Desde entonces nunca volvió a confiar completamente en nadie. Aquel dolor lo endureció, y en su interior se juró a sí mismo que nadie volvería a hacerle daño, que nadie tendría poder sobre él jamás.

Argón, el padre de Nórax, asumió la responsabilidad de la educación del muchacho huérfano, de la misma edad que su hijo. Así, Nórax y Krysaor crecieron juntos como si fueran hermanos. Sin embargo, la única persona viva con la sangre de Krysaor estaba en Hesperia. Por eso el muchacho la buscaba siempre con su lente de marino e intentaba divisarla en la isla, unas veces desde la playa en la punta del arenal, otras desde lo alto de la casa de los *góidel,* en la terraza que asomaba al océano infinito.

Krysaor idealizaba a su hermana imaginando que se parecía a su madre, a quien añoraba con una intensidad desgarradora. La pérdida lo consumía, y el recuerdo de aquel fatídico día lo atormentaba. Se sentía culpable por no haberla detenido cuando caminaba hacia el pozo, como si, a pesar de ser solo un niño, hubiera podido evitar aquella tragedia. Ese peso lo acompañó siempre, alimentando un vacío que el paso del tiempo no logró llenar.

Las hespérides

Bahía de Tarsis, solsticio de verano de 1610 a. C.

Unos dos o tres años después de que Niso hubiera sido entregada al dios, sucedió que la gran esposa del rey Gerión, en una noche del solsticio de invierno, cuando la luna brillaba en plenilunio, dio a luz a tres niñas en el mismo parto. En el momento del nacimiento se encendieron tres estrellas en el cielo: una de luz blanca, otra dorada y la última de un fulgor rojizo. La reina, sin embargo, no sobrevivió al esfuerzo de tan prolongado alumbramiento y murió poco después.

Pocas veces había ocurrido que una mujer diese a luz a tres hijos en un mismo parto, menos aún durante el solsticio, y nunca había sucedido algo así en la familia real. A todos les pareció un presagio. Sin embargo, los videntes no pudieron dilucidar si el prodigio indicaba algo bueno o presagiaba desgracias.

El luto cubrió la ciudad y el imperio porque Gerión amaba profundamente a Esté, la reina; una mujer de belleza e inteligencia extraordinarias que pertenecía por estirpe a los *góidel,* el linaje de los navegantes, ya que Argón y el padre de Esté eran hermanos.

A pesar de su dolor, Gerión, como era un rey justo, obedeció la ley para dar ejemplo a todos sus súbditos.

Aquel año, con la llegada del solsticio de verano, la ciudad entera se agolpó en los muelles. Las gentes de Tarsis se embarcaron en todo tipo de lanchas, naves y falúas para navegar tras el barco real, en donde las niñas serían conducidas hasta la isla de Hesperia.

Entre la multitud de embarcaciones, Krysaor y Nórax, impúberes aún, partieron en una de las grandes naves *góidel* que seguían muy de cerca el majestuoso barco real.

Desde la amura de babor, los dos muchachos contemplaron cómo la isla se alzaba frente a ellos, cada vez más grande y majestuosa a sus ojos. Hermosa y llena de misterio, Hesperia aparecía como una gran montaña cubierta de verdor, con playas blancas y acantilados de piedra caliza. Sobre ella, gaviotas y cormoranes trazaban círculos en el aire, como si custodiaran aquel lugar sagrado.

Finalmente, la flota de Tarsis rodeó el embarcadero de Hesperia. Nunca se había situado tan cerca, pero la ocasión, la entrega de las tres princesas, lo propiciaba.

En la punta del malecón, las sacerdotisas del dios aguardaban en silencio. Vestidas con peplos de un blanco brillante, esperaban a las niñas, que permanecían aún en el puerto de la ciudad. Sus rostros estaban ocultos tras velos finísimos, transparentes, que no dejaban entrever sus rasgos.

Las gráciles figuras envueltas con telas blancas, livianas, que movía la brisa, se erguían distribuidas por el gran muelle de Hesperia. El sol resplandecía sobre las vestales; semejaban columnas blancas de luz que se reflejaban en el agua del puerto.

Rodeando a las vestales de blancas túnicas, un poco más rezagadas en el puerto, se distinguían otras figuras imponentes; mujeres cubiertas con lorigas de plata que resplandecían bajo el sol. Armadas con lanzas, el arco y el carcaj colgando a sus espaldas, eran las temidas guardianas de la isla. Su presencia era una advertencia silenciosa pero clara de que Hesperia no solo era un lugar sagrado, sino también una fortaleza impenetrable, defendida con ferocidad contra cualquier intento de ataque o intromisión.

De cerca, la isla revelaba toda su belleza: terrazas cubiertas de árboles colmados de manzanas amarillas, rojas y de un color verde brillante, praderas donde pacían ovejas, huertos con palmeras y macizos de flores multicolores. De una terraza a otra, descendían cascadas que proporcionaban riego a los campos.

La orografía de la isla caía suavemente hacia una amplia planicie que terminaba en el puerto, un espacio abierto hacia una ensenada en cuyo resguardo, aquel día, se agolpaban las numerosas naves de Tarsis, aportando vida vibrante al sereno paisaje de Hesperia.

La nave real avanzó hasta situarse al frente de los barcos de la flota. En ella, sobre un estrado, en un trono de oro que relucía con la luz de la mañana, el rey Gerión presidía la ceremonia, acompañado por los sacerdotes de Atón, que incoaron el himno al sol.

Desde las barcazas de vela sonaron las voces graves de los guerreros de Tarsis cantando el himno, replicadas desde la isla por las voces armoniosas de las hespérides.

El himno hablaba del poder de Atón, el dios solar que daba origen a todas las cosas y bañaba con su luz el mundo entero. La melodía, a la vez marcial y dulce, envolvía la escena con una solemnidad casi sobrenatural, como si el dios mismo estuviera presente en ese momento.

Decía así:

Apareces henchido de belleza en el horizonte del cielo,
disco viviente, que das comienzo a la Vida.
Al alzarte sobre el horizonte de Levante,
llenas los países con tu perfección.
Eres hermoso, grande, brillante, alto sobre tu Universo.
Tus rayos cubren los países hasta el confín de lo que creaste.
Porque eres el sol, los has conquistado hasta sus confines y los sujetas en sus límites.
Por lejos que estés, tus rayos tocan la Tierra.
Estás ante nuestros ojos, pero Tu camino sigue siéndonos ignoto.
Cuando te ocultas en el horizonte de Poniente, el Universo se sumerge en las tinieblas y queda como muerto.

El mundo yace en silencio.
Es que Su Creador reposa tras el horizonte.
Pero, al alba, desde que te alzas en el horizonte y brillas,
Disco del Sol, durante el día, expulsas a las tinieblas e irradias tus rayos.

Al llegar a las palabras del himno «El mundo yace en silencio», todos enmudecieron. Solo las voces de las vestales rompían el aire, finalizando el canto con una armonía que parecía suspender el tiempo.

Tres grandes barcazas vacías se aproximaron al barco del rey, donde tuvo lugar la solemne ceremonia de despedida. Del centro de la nave real, junto a la plataforma, desde un aposento de madera bajo el solio, salieron tres damas engalanadas con túnicas bordadas en oro. Cada una sostenía en brazos a una de las niñas.

Con movimientos ceremoniosos, y una a una, las damas fueron subiendo los peldaños que conducían hasta el estrado del rey. Cuando las niñas aparecieron, el silencio se volvió absoluto, tan denso que parecía que podría cortarse con un cuchillo.

Desde las otras barcazas se vislumbraba el rostro de Gerión, que expresaba un dolor inmenso. La luz de aquella jornada radiante podía hacer suponer la felicidad, pero para Gerión aquel no fue un día venturoso; sus hijas, lo único que le quedaba de Esté, su amada esposa, iban a ser separadas de él para siempre.

La voz del rey resonó con solemnidad al consagrar a las niñas al dios. Gerión podía profetizar, aunque sus visiones estaban, como lo está todo lo que involucra al futuro, envueltas en las sombras y resultaban ambiguas y difíciles de desentrañar.

A la primera Gerión la bendijo con estas palabras:

—A ti, Eglea, te ha sido otorgado el brillo de la luna. Serás como la plata y la luna será tu protectora. Sin embargo, te conducirán adonde no deseas ir.

Después se dirigió a la segunda, a la que anunció:

—A ti, Areté, se te ha concedido la virtud, la fuerza de Atón, el brillante. El propio sol es tu amo. Serás una mujer fuerte y valerosa, y ningún hombre te dominará. Te llevarán a un lugar lejano, donde encontrarás tu destino.

La bendición de la tercera niña fue la más extraña, y la más larga:

—Tú, Eteria, eres el éter. Buscarás la perfección, pero tu verdadero destino será abrirte al amor, en el que encontrarás el camino a la eternidad. El lucero de la mañana será tu guía, por lo que serás sabia entre tus hermanas. Permanecerás siempre unida a Tarsis.

Cuando el rey terminó su bendición, las tres damas de la corte descendieron con las niñas hacia las barcazas planas y alargadas. A continuación se subieron a la pequeña tablazón central de las barcas para ser observadas por todos.

Hecho esto, las tres lanchas comenzaron a avanzar lentamente mientras un silencio solemne se extendía por toda la flota y se abatía sobre la ciudad. Cada movimiento parecía cargado de un peso ritual, como si el mundo entero contuviese la respiración.

Al tocar puerto en la isla, las notas del himno al sol volvieron a sonar, rompiendo el silencio con su melodía majestuosa. Desde la retaguardia de la flota, otras naves, de menor tamaño e importancia, comenzaron a avanzar, trasportando a niñas nacidas también en el solsticio. Estas, aún en brazos de sus madres, eran entregadas al dios. Alguna de las madres lloraba en silencio mientras otras miraban fijamente a la isla, como si intentaran grabar ese momento en su memoria para siempre.

Ni las damas que conducían a las hijas de Gerión ni las madres que portaban a las otras niñas subieron al muelle. Fueron las hespérides, cubiertas por sus velos blancos, quienes descendieron hasta las barcas y se hicieron cargo de las niñas, tomándolas en brazos. Nadie ajeno al culto al dios debía pisar la tierra sagrada de Hesperia.

Las niñas callaban; solamente una de las tres hijas de Gerión, la llamada Eglea, lloró. Su llanto resonó como un presagio cuyo

significado nadie podía entender en aquel momento.

Se escuchó de nuevo música, primero el son ardoroso de trompetas, y después de liras, tambores y flautas, entremezclados con los gritos de la gente, alabando al dios en un día de fiesta que muchos consideraban alegre, mientras que otros, los que habían perdido a sus hijas, aceptaban como inevitable, como el cumplimiento de lo que siempre se había hecho, aunque la herida del dolor de la pérdida les pesara en el corazón.

Con el resto de la flota, se reemprendió la navegación de regreso a Tarsis. La nave *góidel* bogaba muy cerca de la de Gerión; el semblante del rey seguía revelando una gran tristeza.

Al ver la expresión atribulada del rey, Krysaor esbozó una sonrisa aviesa. Con voz apenas audible, se le oyó susurrar:

—Sufre tú, que tanto dolor has causado…

En aquellas palabras latía oculta la venganza; como si en lo más profundo de su corazón le hubiese maldecido. Krysaor siempre culpó a la casa real, y a las leyes de Tarsis, que obligaban a entregar a las niñas nacidas en el solsticio, de las desgracias de su familia.

A pesar de su dolor, Gerión quiso que aquel fuera un día realmente de fiesta, aunque él se retiró; dicen que vieron a aquel rey, llorando por su amada esposa y por la pérdida de sus hijas, arrodillado en el templo de Atón, mientras los rayos del sol le cubrían y de él emanaba un fulgor suave.

Por la tarde, bajo el templo, en la arena de la plaza circular, se celebró un espectáculo de saltos de toro, la taurocatapsia, una tradición ancestral en Tarsis. Aquella exhibición fue memorable, una actuación como no se recordaba. Los mejores atletas del imperio de Tarsis, los *porenna,* compitieron realizando acrobacias sobre el lomo y los cuernos del toro, mostrando su destreza y valentía.

Krysaor seguía el espectáculo, puestos los cinco sentidos en la pista. Amaba los toros tanto como Nórax amaba el mar. Sin embargo, Argón, el padre de Nórax, no le dejaba saltarlos, pese a que otros chicos de su edad lo hacían, porque lo consideraba arriesgado para el muchacho.

Aquel día, desobedeciendo las órdenes de Argón, Krysaor entró en la arena y comenzó a saltar sobre el toro, realizando acrobacias que dejaron boquiabiertos a los espectadores. La multitud prorrumpió en vítores, impresionada por la agilidad y el coraje del muchacho.

Pero antes de que terminara su actuación, Argón, furioso, envió a varios *góidel* a sacarlo de la arena. Krysaor, enfadado, no toleró la intromisión, pues odiaba que le mandaran. No obstante, aquel día todo el mundo habló del chico que, con tan solo diez años, se atrevió a bailar sobre un toro con una agilidad que parecía divina.

Durante la noche, la más corta del año, las calles de Tarsis se llenaron de danzas y cánticos. Una bacanal recorrió la ciudad y los dos amigos se unieron a la celebración desenfrenada. Nórax se sentó a contemplar cómo el resplandor rosáceo del amanecer disipaba la negrura de la noche mientras Krysaor dormía a su lado profundamente, borracho tras las largas horas de excesos.

Aquella fiesta quedaría grabada en la memoria de ambos. Había sido algo extraordinario, la noche en que las hijas de Gerión fueron entregadas a las hespérides. Nunca se había organizado una ceremonia tan solemne ni la flota de Tarsis había navegado tan cerca de Hesperia.

Las tres hijas de Gerión habían sido ofrecidas al dios, y todos habían sido testigos de la ceremonia porque, por primera vez, esta se realizó mucho más próxima a los muelles de la isla sagrada. Ver Hesperia tan de cerca, con sus playas de arena blanca y su deslumbrante belleza, dejó una profunda huella en Krysaor, marcando su espíritu de un modo que ni él mismo entendería del todo en aquel momento.

La Escuela de Navegantes

Tarsis, otoño de 1610 a. C.

Aquel verano, tras el solsticio en que se entregó a las hijas de Gerión, Nórax y Krysaor no pararon en casa. Su destino era siempre los arenales rodeados de pinos en el estuario de Tarsis. Krysaor iba delante y trepaba por el tronco de uno de aquellos alcornoques de las dunas. Desde lo alto, con su catalejo, miraba hacia la isla de Hesperia, como si intentara descifrar los misterios que escondía.

Nórax, con sus rubios cabellos movidos por la brisa, le seguía a corta distancia. Pero un día, al intentar trepar, perdió el equilibrio y resbaló. Al aferrarse al tronco del árbol para no caer, se desolló la piel del tórax y se torció un pie.

De vuelta a casa, Nórax cojeaba, apoyándose en el hombro de Krysaor, que, entre risas, lo animaba y se burlaba de su torpeza. La túnica corta y blanca de Nórax estaba manchada de sangre. Al verlo en ese estado, Argón montó en cólera.

—¡Ya está bien! —exclamó Argón con el rostro encendido por la ira—. Pronto vais a alcanzar la edad núbil. Es hora de que empecéis a hacer algo útil y dejéis de vagar sin rumbo por la ciudad. Tú, Nórax, empezarás a ir a la Escuela de Navegantes; ya tienes edad. ¡Te formarás como todos los hijos de nuestro clan, como corresponde a tu linaje!

Nórax bajó la cabeza, pero sonreía; no le importó el castigo: siempre había deseado ser marino y embarcarse en las naves de Tarsis. Como a todos los *góidel,* el anhelo de la navegación lo

colmaba de deseo, y ahora se le había adelantado la hora de empezar a aprender.

A Krysaor, en cambio, que pertenecía a una familia de mercaderes, Argón le propuso iniciarse en los rudimentos del comercio, y habló con un amigo de su difunto padre para que comenzase a trabajar en el negocio. Al chico no le gustó nada estar sometido a un comerciante de poca monta y, en cuanto podía, se escabullía de la tienda del mercader y vagaba por la ciudad, o se iba a los arenales.

Cuando los días comenzaron a hacerse más cortos, en un otoño aún lleno de luz, Nórax, con una tablilla encerada bajo el brazo y un punzón en la mano, acudió por primera vez a la Escuela de Navegantes de Tarsis. La escuela era un gran cobertizo abierto, junto al puerto, impregnado del aroma a sal y a madera húmeda.

Con pasos lentos y con cierta timidez, Nórax cruzó el umbral y entró en el lugar donde se impartía clase. El maestro aún no había llegado y los niños estaban de pie bromeando los unos con los otros. Nórax se quedó a un lado, tieso y envarado, mientras su semblante iba enrojeciendo por momentos bajo la presión de sentirse observado.

De repente, una mano le tocó el brazo. Era un chaval gordito, pelirrojo, con pecas, los ojos verde claro, de mirada simpática y nariz gruesa y levantada. Llevaba una túnica corta, de un blanco desvaído y algo deshilachada. Le sonreía con confianza.

A su lado estaba otro muchacho, más alto y corpulento, con cabellos castaños y ojos de un color azul intenso. Su porte era fino, y la elegancia de su túnica corta, adornada con bordados detallados, hablaba de un origen distinguido. Con una mirada algo altiva, este último se dirigió a él:

—¿Nuevo? —le preguntó mirándolo con curiosidad.

—Sí, lo es —le interrumpió el pelirrojo, con una sonrisa amable—. Kendal, ¿no ves que está asustado?

—A ver —insistió el llamado Kendal, inclinándose ligeramente hacia Nórax—. ¿Cómo te llamas?

—Nórax —balbuceó en un susurro.

—Eres… ¿el hijo de Argón?

—Sí.

Le miraron con respeto. Si era el hijo de Argón, su linaje era el más alto entre los *góidel*. Durante generaciones la familia de Argón había gobernado los destinos del clan.

Nórax se sintió cohibido por las miradas de admiración de los otros y fue presa de una gran incomodidad. Le habría gustado no ser de una familia tan importante para no convertirse en el centro de atención. Bajó los ojos.

—Yo me llamo Kendal… Este es Feder, un bruto… —sonrió con un destello de burla en los ojos—. ¡No te vamos a morder!

Antes de que Nórax pudiera responderles algo, entró el maestro. Era un hombre con barba canosa que había servido años atrás en la flota de Tarsis. Su sola presencia bastó para imponer el silencio entre los muchachos.

Con voz firme, comenzó a explicarles las corrientes marinas y los vientos. Les instruyó indicándoles que el barco se mueve por la fuerza del aire, pero también por las corrientes, cuyo conocimiento era crucial para trazar rutas seguras.

—Debéis aprender a leer el mar y a entender los vientos —dijo, trazando líneas imaginarias en el aire—. Bóreas, el viento del norte, trae consigo el frío del invierno. Noto, el del sur, conduce las tormentas de verano y el calor abrasador. Céfiro, el viento del oeste, el más suave de todos, os deparará las suaves brisas de la primavera y de los primeros días del verano. Y por último, Euro, el del este…, impredecible, a menudo traicionero.

Los muchachos lo escuchaban con atención, fascinados por las historias que acompañaban los nombres de los vientos. Para Nórax, cada palabra era una puerta abierta a un mundo que deseaba conocer, a un nuevo horizonte que se abría ante él.

Entonces el maestro les lanzó una pregunta:

—Además de los cuatro vientos principales, los sabios *góidel* mencionan otros tres. ¿Quién sabe alguno?

Una mano se levantó; era el pelirrojo Feder, que respondió con entusiasmo mientras la agitaba en el aire:

—Apeliotes, entre Euro y Noto…

El maestro asintió por un lado, a la par que le corregía:

—Bien por el nombre del viento, pero no sopla así. Ese viento está entre Bóreas y Euro. ¿Quién sabe cuál es el viento entre Euro y Noto?

Por un momento, el silencio reinó en el cobertizo. Entonces, tímidamente, Nórax levantó el brazo. Con una voz baja y un poco insegura, farfulló:

—¡Fenicias!

—¡Muy bien! —le felicitó el profesor.

Desde atrás, Feder le palmeó la espalda, como felicitándole, y Nórax sonrió. Estaba disfrutando. Por primera vez desde que había llegado, se sentía a gusto. Sus ojos se abrían con entusiasmo, ávidos de aprender más. Desde muy pequeño su padre le había explicado rudimentos de navegación, y había construido pequeños barcos con los que jugaba en un estanque.

Conocía bien los vientos porque en su casa había un fresco en una pared donde estaban dibujados, en una gran rosa náutica, sus nombres cuidadosamente detallados.

El maestro se detuvo de pronto y lo miró fijamente, escrutándole el rostro, que le resultaba familiar. Al darse cuenta de que era nuevo, le preguntó con voz grave:

—¿Cómo te llamas?

—Nórax.

—¿El hijo de Argón? Yo… navegué con tu padre.

Se quedó un instante en silencio, como si su mente se retrotrajera a viejas singladuras compartidas con Argón. Después meneó la cabeza, sacudiendo los recuerdos, y retomó la clase con la misma firmeza de antes.

—¡Muy bien! —exclamó el maestro, mirando a sus alumnos con expectación—. ¿Alguien sabe otro más?

Nórax permaneció en silencio. Aunque conocía los vientos de memoria, su timidez lo retenía. No quería hacerse notar ni llamar excesivamente la atención.

Entonces Kendal se levantó con confianza y respondió:

—Entre Céfiro y Bóreas soplan Argestes, al que algunos llaman Escirón, y Trascias.

El profesor le dedicó una sonrisa llena de aprobación. Kendal era hijo de un famoso capitán de barco, un navegante intrépido que había descubierto nuevas rutas comerciales, por lo que gozaba de un gran respeto en la ciudad.

Al finalizar la clase, el profesor les indicó que para el día siguiente tenían que aprenderse la lista de los vientos y por dónde soplaban.

A la salida, Feder y Kendal esperaron a Nórax. Que fuera hijo de Argón despertaba su curiosidad, y ambos querían conocerle mejor. Nórax, que era en aquel entonces bajito, se retrasó en el tumulto de los chicos mayores que él, que salían apresuradamente del cobertizo.

—Nórax, eres un sabio… —bromeó Feder con una sonrisa burlona—, ¿cómo es que te sabes los nombres de los vientos?

—En casa hay un fresco con un dibujo en que aparecen todos —le contestó con cierta timidez, encogiéndose de hombros.

Había algo en Feder y Kendal que le agradaba. Ambos sostenían una mirada franca, desprovista de malicia, y sintió un impulso inesperado.

—¿Queréis verlo? —propuso, con un destello de entusiasmo en sus ojos.

Ni Feder ni Kendal habían estado nunca en el palacio de los príncipes *góidel.* La edificación, habitualmente cerrada, les intrigaba. Enseguida le dijeron a Nórax que sí, encantados. Los tres subieron por las calles empedradas, saltando al potro uno sobre otro, riéndose.

Cuando llegaron, Nórax los condujo al interior de la casa, a la estancia donde estaba la rosa de los vientos. Sin embargo, al llegar descubrió que la puerta estaba cerrada.

—Mi padre debe de estar reunido ahí dentro —explicó Nórax, encogiéndose de hombros, contrariado.

Los muchachos lo miraron esperando una solución, pero Nórax simplemente añadió con resignación:

—Otro día vendremos.

Nórax los condujo a una gran sala cercana. Sobre una mesa había dulces hechos con harina y miel, manzanas rojas y peras. Los grandes ventanales dejaban ver la vegetación de un jardín interior de la casa, rebosante de verdor, mientras el cielo azul se extendía al fondo. Una brisa fresca impregnada de olor a mar se colaba por los ventanales.

Mientras merendaban, hablaron de barcos, y Kendal quiso darse importancia con la experiencia marinera de su familia:

—Desde mi casa se ve muy bien la llegada de las naves al atardecer. Podríamos ir a verlas al caer el sol.

Los tres muchachos estuvieron de acuerdo e hicieron planes para más tarde. Con una sonrisa en los labios y la complicidad de un nuevo lazo forjado, Nórax los acompañó a la puerta y los despidió, quedándose con el recuerdo de aquella tarde compartida.

Desde la celosía que daba a la calle, en lo alto del palacio *góidel,* Krysaor observaba en silencio. Había visto a Nórax llegar acompañado de sus nuevos amigos, y después los vio marcharse. No bajó a saludarlos ni hizo ningún gesto para hacerse notar. Permaneció allí, inmóvil, resentido.

Sentía un punto de celos. Nórax era su amigo, y la presencia de aquellos dos muchachos *góidel,* que pertenecían a un clan diferente al suyo, le provocaba rechazo. La sensación de estar siendo desplazado lo incomodaba, avivando un sentimiento de exclusión que lo acompañaba desde que lo habían destinado al comercio.

A él también le habría gustado navegar e ir a la misma escuela, pero se tenía que contentar con contar sacos en el almacén de aquel amigo de su difunto padre, un trabajo que le parecía humillante y sin futuro.

Por eso, cuando Nórax, buscándole, subió a la terraza, que por un lado daba al mar y por el otro desembocaba en la celosía que conducía a la calle, Krysaor no pudo contenerse. Se plantó frente a su amigo y, con un tono provocador, comenzó a meterse con él, dejando salir parte de la frustración que lo consumía.

—Aquí viene el navegante —le soltó Krysaor con un tono sarcástico—. El que va a descubrir lejanas tierras.

—¡Déjame! —respondió Nórax, con un destello de incomodidad en su voz.

No le gustaba nada que Krysaor lo acosase ni que se metiese con él, pero era incapaz de enfrentarse a su amigo. Solo quería que lo dejase en paz.

—Debe de ser un verdadero aburrimiento esa escuela tuya de navegantes —continuó Krysaor, cruzando los brazos con gesto desdeñoso.

Nórax apretó los labios sin osar contradecirle. No se atrevió a explicarle que había disfrutado mucho en la escuela, que era feliz aprendiendo sobre vientos, navegación y corrientes marinas. Sin embargo, las palabras no le salieron. Algo en la actitud de Krysaor lo paralizaba, haciéndole sentir vulnerable, como si expresar entusiasmo fuera a empeorar la situación.

—¿No contestas? —insistió a Nórax con un tono cargado de resentimiento—. ¿Te crees algo por ser *góidel?* ¿De la estirpe de Gael, hijo del patriarca Tarsis, hijo de Yaván, hijo de Jafet, hijo de Noé? Pues que sepas que los de mi linaje, los comerciantes, descendemos de Túbal, uno de los siete hijos de Jafet. Nuestra sangre es tan pura como la vuestra, si no más, y somos igual de válidos. Los que llevamos tatuado el tetrasquel valemos tanto como los que mostráis el trisquel en el antebrazo. Y… además mi familia fue mucho más rica y poderosa que la tuya.

Nórax frunció el ceño. Al principio no entendía por qué Krysaor estaba tan enfadado, pero sus palabras le irritaban. Lo miró con desagrado pensando: «¿Por qué me cuentas estas historias tan aburridas?». Sin embargo, no dijo nada.

Krysaor, en cambio, no paraba de hablar. Ahora arremetió contra los chicos que habían acompañado a Nórax, refiriéndose a ellos como «esos mequetrefes». Pero Nórax ya no lo escuchaba. En silencio, le dio la espada y se asomó a la terraza.

Desde allí, contempló el mar, de un color añil intenso, donde se dibujaban las pinceladas blancas de la espuma de las olas, mientras la brisa del mar le acariciaba el rostro. Esa visión le devolvió una sensación de calma. Cerrándose en sí mismo, dejó que aquella paz lo envolviera, ignorando las palabras de Krysaor y evitando enfrentarse a él.

Al ver que Nórax no le prestaba atención, Krysaor cesó en sus pullas y, cambiando repentinamente el tono, propuso:

—Han llegado nuevos toros para el espectáculo. ¿Te vienes a verlos?

Nórax bajó la cabeza, inseguro, antes de responderle:

—Había quedado con Kendal y Feder. Kendal quiere que vayamos a su casa; dice que es el lugar donde se ve mejor la llegada de la flota al atardecer.

La expresión de Krysaor se endureció al instante. La ira volvió a encenderse en sus ojos y replicó con una aspereza que rozaba el desprecio:

—Solo podremos ver los toros ahora, cuando entran en los toriles; después, cuando están dentro, ya no se ven. —Lo miraba con ojos que destilaban fuego—. Además, a ti… ¿qué te importa ese Kendal…? No es más que un estirado. Y en cuanto al tal Feder, un harapiento, su familia no mea sin mirar al dios Sol. ¿No puedes ir con ellos en otro momento?

Nórax no se atrevió a discutir con Krysaor. Siempre acababa cediendo, incapaz de imponerse ante la fuerza de su amigo. Finalmente accedió resignado. Krysaor esbozó una sonrisa de satisfacción. Disfrutaba teniendo el control, imponiendo su voluntad.

Los dos muchachos subieron hacia el templo, en cuyo centro estaba la arena, donde se celebraban los espectáculos de taurocatapsia en honor y culto al dios solar. Al llegar, una manada de

unos cinco toros negros y manchados irrumpió en la plaza al galope. Eran unos animales imponentes, de gran tamaño y un pelaje brillante que relucía a la luz del sol.

Los *porenna* azuzaban a los toros con gritos y movimientos ágiles. Uno de ellos, un joven de cabello castaño, destacaba del resto. Saltaba entre los animales con una audacia asombrosa, desafiando el peligro sin mostrar el menor rastro de miedo.

—¡Es Brent! La temporada pasada triunfó —exclamó Krysaor extasiado ante el nombre del atleta de moda en la ciudad.

Del entusiasmo, Krysaor casi se cae de la grada a la que estaba subido. Nórax, al verlo tan exaltado, no pudo menos que sonreír ante la fascinación de su amigo por la figura del popular *porenna*.

Mientras tanto, los operarios de la plaza comenzaron a desalojar a los curiosos que habían acudido a observar a los nuevos toros. El bullicio se intensificó a medida que iban expulsando a los espectadores que intentaban prolongar su permanencia en el lugar.

Nórax y Krysaor, decididos a quedarse un poco más, se escondieron debajo de una grada, conteniendo la respiración. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que los descubrieran. Con gestos firmes, los operarios les indicaron que debían marcharse, y los dos muchachos fueron finalmente expulsados de la plaza, no sin cierta reticencia por parte de Krysaor.

Bajaron por las empinadas cuestas hacia el mercado cantando el himno de los *porenna.* Krysaor, con el brazo sobre el hombro de Nórax, irradiaba una alegría contagiosa que pronto se extendió a su amigo. Nórax reía a carcajadas de las ocurrencias de Krysaor.

—Tú… ¿quieres de verdad construir un barco? —preguntó Krysaor con una chispa de picardía en los ojos.

—Sí, claro. ¿Qué estás maquinando?

—¡Ven! —exclamó Krysaor, lanzándose cuesta abajo.

Nórax, desconcertado pero intrigado por lo que pudiera habérsele pasado por la cabeza, lo siguió. Le encantaba la habilidad de Krysaor para idear planes alocados y divertidos, algo que él no era capaz de hacer por sí mismo.

Atravesaron el mercado entre risas, esquivando a los comerciantes, que los miraban con enfado porque habían empujado un puesto de frutas y tirado algunas manzanas al suelo. Cruzaron los muelles circulares, corriendo por los puentes de madera, hasta llegar al tercer dique. Allí, sin previo aviso, Krysaor se lanzó de cabeza al agua, no dejando a Nórax apenas tiempo para reaccionar.

Nórax se tiró detrás de él. Nadaron juntos hasta alcanzar una pequeña playa, riendo y jadeando, mientras el olor a sal y el brillo del sol sobre el agua los envolvía en un instante de pura libertad.

Allí, ladeada sobre la arena de la playa, encontraron una vieja barca abandonada.

—¡Aquí la tienes! —exclamó Krysaor con una sonrisa de triunfo.

—Va a hacer agua por todas partes —le respondió Nórax examinándola con cierto escepticismo.

—Te digo que con ella se puede navegar. Le tapamos los agujeros que tiene en el fondo, le ponemos una vela y ya la tienes… ¡Una nave de Tarsis!

Convencido por el entusiasmo de Krysaor, se pasaron lo que quedaba del día trabajando en la barca, tapando agujeros con lo que encontraron a mano. Regresaron a casa cuando ya se ponía el sol.

Al día siguiente, después de las clases de Nórax, continuaron con su obra. Encontraron un árbol caído y con gran esfuerzo labraron un mástil robusto. Lo izaron en el centro de la barca y colocaron un gran lienzo, que colgaron sobre un palo horizontal en forma de cruz, sobre el mástil.

Con el mástil erguido y la vela lista, arrastraron la embarcación por la arena para conducirla hasta las aguas del estuario. Para su asombro y alegría, flotaba.

—¡Krys…! —gritaba Nórax—. ¡Navega, no se hunde!

—¡Somos marinos de Tarsis! ¡Llegaremos al fin del mundo! —exclamaba Nórax mientras ajustaba la vela para orientarla en dirección al viento.

La barca, que apenas un día antes parecía condenada al abandono, se movía ahora con gracia sobre el agua. Al principio

navegaron rodeando la ciudad, explorando la costa cercana con el entusiasmo de quienes descubren un mundo nuevo.

Después guiaron la embarcación hacia el canal central, adentrándose entre los muelles circulares de Tarsis. Las gentes, al verlos pasar, los saludaban con sonrisas y gestos amistosos. La escena de los dos muchachos en su improvisada barquichuela, con aquella vela cuadrada tan curiosa, les hacía gracia y despertaba una sonrisa en muchos curtidos marineros.

Navegaban todos los días, aventurándose entre las olas, cada vez más lejos, hasta alcanzar la bocana del estuario. Aunque solían regresar al cabo de un tiempo, desde ese punto podían ver muy de cerca la isla de Hesperia, su silueta majestuosa envuelta en un aura de misterio.

—Me gustaría estar allí —dijo Krysaor con la mirada perdida en la isla—. ¿Te acuerdas? Cuando las hijas de Gerión fueron entregadas, desde el puerto se veían los manzanos sagrados. Algún día iré a Hesperia y veré a Niso, y a las hijas de Gerión… ¿Lo entiendes, Nórax? Las mujeres más bellas de la tierra están en Hesperia… y yo… ¡quiero verlas! —después rio con picardía, haciéndose el entendido como si fuera ya un adulto— y, a ser posible, ¡disfrutar de ellas! ¿No…?

—¡Krys…! —le gritaba Nórax, horrorizado—. ¡Estás loco! ¡Eso es imposible! Te buscarías la muerte.

Krysaor soltó una carcajada y, con un destello de desafío en los ojos, le respondió:

—¡Más vale un día como un lobo que cien como un cordero! ¿No crees?

Sin esperar respuesta, dio un salto ágil desde la barca y se zambulló en el mar, dejando tras de sí un estallido de agua. Buceó durante unos instantes antes de salir a la superficie, jadeando mientras tomaba aire. Sin perder tiempo, comenzó a nadar en dirección a la isla.

El oleaje lo rodeaba, pero eso no parecía detenerlo. Avanzaba con fuerza, impulsado por una mezcla de audacia y entusiasmo. Cuando

aún estaba lejos de Hesperia, se detuvo un momento, alzó la cabeza por encima de las olas y gritó con emoción:

—¡Ya la veo!

Agitaba los brazos con energía, señalando hacia la isla, mientras el agua salada salpicaba su rostro. Su figura, diminuta en medio del vasto mar, parecía desafiar tanto las olas como los límites impuestos por la realidad.

Retos de adolescentes

Tarsis, 1605 a. C.

En los meses siguientes los dos muchachos se alejaron cada vez más de Tarsis empujados por una creciente audacia. A veces se adentraban en la mar abierta, desafiando las olas con su pequeña embarcación; otras, costeaban con cuidado en una navegación que nunca perdía de vista la línea de la costa. Dirigían la vela al noroeste hacia la ciudad de Hunuba, o bien se orientaban hacia el sur, hacia el lugar donde suponían que estaría Gadir y las míticas columnas de Heracles.

Por las noches, bajo la luz titilante de un cabo de vela, se quedaban rebuscando en los mapas que pertenecieron al padre de Nórax. Los extendían sobre la mesa, tratando de entender la geografía del litoral cercano. Se inclinaban sobre ellos, susurrando teorías y haciendo planes, charlando hasta altas horas de la noche con una mezcla de entusiasmo e inquietud juvenil.

Mientras tanto, Nórax continuaba asistiendo a la Escuela de Navegantes. Sin embargo, el cansancio acumulado por los largos trayectos en el mar lo agotaba. A menudo se quedaba dormido en medio de las clases, con la cabeza apoyada en la tablilla de cera. Feder y Kendal, con codazos discretos, lo despertaban justo a tiempo para evitar que el maestro lo reprendiera, riéndose entre dientes de su sueño.

Feder y Kendal no entendían qué hacía Nórax después de salir de la escuela, ni él se molestaba en explicarles demasiado. Los dos mundos que habitaba —el ordenado de sus compañeros de clase y

el caótico e imprevisible de Krysaor— le parecían imposibles de conciliar.

Krysaor, siempre lleno de ideas descabelladas, ejercía sobre Nórax una atracción irresistible. Su energía arrolladora y su capacidad para convertir cualquier momento en una aventura lo hacían más emocionante y divertido que cualquier lección sobre vientos o corrientes marinas. Con frecuencia lo tentaba a escaparse de las clases, prometiéndole nuevos planes cargados de acción y misterio.

Aunque Nórax hacia todo lo posible por no perderse clases, no podía evitar sucumbir a la fuerza magnética de su amigo, permitiendo que el caos y el impulso vital de Krysaor se filtraran poco a poco en su vida.

Los meses se transformaron en años, y con ellos los muchachos cambiaron. Sus voces fluctuaban de forma impredecible, unas veces aflautadas, otras resonando con los tonos graves que anunciaban la llegada de la madurez. Sus cuerpos se alargaban y ensanchaban, y una pelusa iba asomándose sobre los labios y en las mejillas. Con el crecimiento llegó también una energía desbordante, difícil de contener.

Nórax y Krysaor empezaron a salir por las noches. Ya no se quedaban en el palacio de Argón mirando mapas. Krysaor, apasionado por los toros y la taurocatapsia, compadreaba con *porennas* mayores que él, los intrépidos saltadores de toros a quienes admiraba. Algunos de estos *porennas,* desafiando las normas que les prohibían beber, acudían en secreto a una tabernucha escondida en una estrecha callejuela lateral, no muy lejos de la arena de Tarsis. A Krysaor le fascinaba aquel ambiente transgresor y un tanto marginal, donde las risas estridentes y el olor a cerveza llenaban el aire.

Al principio Krysaor iba solo, disfrutando de esa sensación de libertad y desafío. Pero poco a poco comenzó a arrastrar consigo a Nórax, aprovechando que este era rico y él no. Canjeaban las piezas de cobre de Nórax por cerveza. Más de una vez, los dos muchachos

regresaron borrachos, tambaleándose por las calles oscuras, riendo de manera incontenible y sintiendo que el mundo les pertenecía.

Fue en esa etapa cuando Krysaor, lleno de determinación, empezó a insistir en un plan que hasta entonces solo había sido un susurro en sus charlas nocturnas.

—Vamos a la isla —le dijo a Nórax, ante una jarra de cerveza, con esa mirada intensa que lo caracterizaba.

Nórax, que ya conocía las ideas descabelladas de su amigo, retrocedió un paso.

—¡No podemos acercarnos a Hesperia! Está prohibido. Podrían incluso condenarnos a muerte… Todo nuestro futuro se arruinaría.

Pero Krysaor no se rendía. Pasaron días en los que volvía al tema una y otra vez, utilizando sus palabras como anzuelos. Le juraba que no tocarían tierra, que solo la verían desde lejos, que no habría peligro alguno.

—No vamos a pisar Hesperia —le prometió una tarde mientras el sol teñía el horizonte de rojo—. Solo la veremos, Nórax. No nos aproximaremos demasiado, pero… ¿no te gustaría ver de cerca lo que siempre hemos imaginado? Los manzanos sagrados, a las vestales…

Nórax miraba a su amigo, dudando. Sabía que no debía, que era una locura, pero también sentía esa fuerza magnética que siempre lo arrastraba hacia Krysaor y sus planes imposibles.

Y así, poco a poco, Krysaor comenzó a sembrar en Nórax una semilla de curiosidad. La promesa de Krysaor, repetida una y otra vez, de que no pisarían Hesperia fue lo que finalmente lo convenció.

Aquel día remaron con fuerza hacia la isla, impulsados tanto por el viento como por una mezcla de temor y excitación. Sabían que no podían acercarse al embarcadero, el lugar por donde conducían a las hijas del solsticio, pues estaba fuertemente vigilado por las guardianas. Decidieron rodear la isla por el oeste, buscando una ruta menos visible. Sin embargo, cuando Nórax quiso dar la vuelta al notar que se acercaban demasiado, Krysaor, poseído por un afán casi delirante, se negó rotundamente.

—¡No nos detendremos aquí! —exclamó, arrancándole el remo de las manos a Nórax, mientras sus ojos brillaban con una mezcla de desafío y obsesión—. Te dije que no tocaríamos la isla, pero tenemos que llegar más cerca.

A pesar de las protestas de Nórax, Krysaor siguió remando con todas sus fuerzas. Finalmente, las corrientes los empujaron hacia las rocas que circundaban y defendían la isla hasta que chocaron con un peñasco. La barquichuela se fue llenando de agua rápidamente.

—¡Nos hundimos! —gritó Nórax, pero ya era demasiado tarde.

Sin más opción, se vieron obligados a saltar al mar, solo para ser arrastrados por el fuerte oleaje que rodeaba Hesperia. Las olas los empujaron con violencia contra los arrecifes, golpeando sus cuerpos contra las afiladas rocas. Exhaustos, lograron trepar hasta un peñasco, pero incluso allí la seguridad era efímera.

Krysaor no estaba dispuesto a detenerse. Se zambulló de nuevo, decidido a alcanzar una playa que veía cercana. Pero algo extraño sucedía. Un torbellino bajo las aguas les rechazaba una y otra vez, lanzándoles contra las rocas; había algo bajo el mar que protegía la isla.

—¡Es imposible! —gritó Nórax, intentando ayudar a Krysaor a regresar al peñasco, pero el oleaje era tan intenso que les impedía avanzar.

Cayeron nuevamente al agua, atrapados en un combate desigual con las fuerzas del mar. La situación parecía desesperada, y ambos habrían sucumbido al cansancio y las corrientes de no ser por una de las naves de Tarsis que los avistó. La tripulación, arriesgándose a romper la prohibición de acercarse a Hesperia más de lo permitido, interrumpió su singladura para salvarlos.

Con esfuerzo, los marineros los rescataron del agua. Pero aquello tuvo un precio: al llegar al puerto, la guardia portuaria, alertada por la acción de la nave, ya los esperaba. Los detuvieron de inmediato y, tras un juicio sumario, los azotaron en público antes de conducirlos a la prisión destinada a quienes contravenían las estrictas leyes de Tarsis.

Argón, enfurecido, se presentó en el calabozo para reprenderlos.

—¡Podíais haber muerto! —les gritó, con una mezcla de furia y preocupación en su voz—. La isla de Hesperia está protegida; no deja pasar a nadie. ¿Cómo os atrevisteis?

Mientras tanto, por toda la ciudad se difundió la noticia de la temeraria hazaña. Todos hablaban de los dos muchachos de apenas quince años que habían construido un pequeño barco y logrado llegar hasta las rocas que circundaban la mítica isla de las hespérides.

Al calabozo donde estaban presos comenzaron a llegar visitantes. Eran personas que rechazaban las prohibiciones del culto al dios solar y que veían en los muchachos una especie de héroes. Admiraban lo que habían conseguido, alcanzar los arrecifes de la isla prohibida, y algunos incluso murmuraban que aquello era una señal de que las barreras impuestas por el culto debían cambiar.

Krysaor, alimentado por el reconocimiento, se sentía orgulloso. Los castigos no le importaban; para él todo había valido la pena. Nórax, en cambio, estaba abrumado por la vergüenza. No podía dejar de pensar en la desobediencia, el peligro que habían corrido y la decepción que había causado a su padre.

Aunque ninguno lo verbalizara, ambos sabían que aquel acto marcaría un antes y un después en sus vidas.

Eran muy distintos, no solo de carácter, sino también físicamente. Nórax, aunque alto, era delgado, de miembros finos. Todavía no se había desarrollado. Su rostro barbilampiño tenía una expresión bondadosa y habitualmente sonriente, enmarcado por unos cabellos rubios. Sus ojos claros, propios de la estirpe *góidel,* brillaban con una mezcla de inocencia y curiosidad. La nariz recta y las mejillas redondeadas conferían a su semblante un aspecto suave, aún infantil, que inspiraba simpatía.

Krysaor, por su parte, ya había pasado la pubertad. El único descendiente de la casa de Túbal era también alto, pero su complexión era robusta, con un físico que irradiaba fuerza. Su cabellera negra, brillante y espesa, enmarcaba un rostro de

facciones cinceladas en líneas rectas en el que brillaban unos ojos de un color verde oliva, de mirada penetrante, descarada y directa. Su mandíbula era fuerte, acabada en un mentón pequeño y fino, mientras una pelambre rala y escasa le empezaba a sombrear las mejillas.

Había algo magnético en él con lo que dominaba al interlocutor, sobre todo a las mujeres; a él le gustaban… y mucho. Sabía cómo convencerlas, como seducirlas. No una, ni dos, sino muchas se acercaban al calabozo en el que estaba recluido para consolarlo. Él disfrutaba con todo ello. A Nórax le resultaba curioso el éxito de su amigo entre las mujeres y, con ingenuidad, se admiraba de la capacidad de seducción del otro.

Otros también descendieron por los peldaños hacia los calabozos bajo el templo. La madre de Nórax, consumida por la preocupación, rompió a llorar al verlo tras las rejas. A Nórax se le partió el alma al verla así, sintiéndose culpable de haberle fallado.

Pero una tarde, mientras Nórax estaba sentado en el jergón del calabozo y Krysaor permanecía en el suelo, el carcelero gritó su nombre, anunciándole otra visita inesperada.

Al acercarse a la reja, vio aparecer a Feder y a Kendal.

—¿Cómo se te ha ocurrido acercarte a Hesperia…? —exclamó Feder, con su rostro pecoso enrojecido por la pena a la vez que por cierta indignación—. Es la isla sagrada del sol…

Antes de que Nórax pudiera responder, Krysaor se levantó del rincón donde estaba sentado e intervino con arrogancia:

—¡Se me ocurrió a mí! Ya era hora de que alguien se opusiese al dominio de esa deidad cruel.

Kendal los miró a ambos, entre la incredulidad y la resignación.

—Ahora lo entiendo. Te juntabas con este descreído de la casa de Túbal… cuando no venías con nosotros.

Nórax, con una expresión seria pero serena, replicó:

—Sí, me juntaba con él. Pero no es un descreído. A pesar de todo —le miró—, es un amigo. Como lo sois vosotros.

El silencio que siguió fue tenso, pero a través de la reja primero Feder y luego Kendal extendieron las manos, y Nórax las apretó con fuerza, sintiendo con ellos una conexión profunda y sincera.

—Si no muero —dijo Nórax con una emoción que tenía algo de ingenua—, algún día navegaremos juntos. ¡Lo juro!

Cuando las figuras de sus amigos, vestidos con sus claras túnicas, se desvanecieron en la penumbra de la prisión, a Nórax le asaltó una mezcla de sentimientos: una profunda añoranza por lo que estaba a punto de perder y, al mismo tiempo, un consuelo inesperado. Feder y Kendal no solo habían acudido a él cuando todo iba bien, sino también en la hora de la dificultad.

El día del juicio, que fue público, atrajo a una multitud exaltada que llenó la sala del tribunal. El público bullanguero y gritón alentaba a los dos adolescentes, enfrentados al tribunal de estrictos jueces de Tarsis. Sobre todo Krysaor, huérfano, guapo, con un aspecto de viril dignidad y perseguido por oponerse a aquel dios que se llevaba a las hijas de la ciudad, fue utilizado entre los que se oponían a Atón, el brillante, como muestra de la crueldad de una deidad que no solo secuestraba a las hijas de Tarsis, sino que perseguía a jóvenes valerosos.

El juicio se transformó en un escenario donde se debatían las tensiones entre los defensores del culto a Atón y quienes rechazaban su versión más estricta. Nórax, con su innata modestia, permanecía en segundo plano mientras que Krysaor asumía el peso de las miradas y las expectativas, consciente de que para muchos él no era solo un acusado, sino una chispa de esperanza en una ciudad dividida.

Habrían sido condenados a un castigo aún peor, pues el desafío a las leyes de Tarsis y al culto de Atón no admitía perdón; sin embargo, Argón alegó con firmeza que los muchachos no habían pisado la isla de Hesperia, sino tan solo unos arrecifes lejanos.

Su argumento logró ablandar el juicio de los estrictos magistrados, quienes, tras un largo debate, decidieron aplicarles una pena menor. Nórax y Krysaor fueron condenados a remar en las

grandes naves comerciales de Tarsis, las mismas que cruzaban el mar hacia el norte y el oeste. El castigo duraría doce largos años solares.

La sentencia, aunque dura, les permitió conservar sus vidas, pero también los encadenaba a un destino incierto en alta mar. Para la familia de Nórax, la noble estirpe de los príncipes *góidel,* amantes de las tradiciones de Tarsis, la acción de los muchachos no solo fue vista como un sacrilegio, sino también como una deshonra que mancillaba su linaje. La humillación era aún mayor al conocer el castigo impuesto. Para ellos era indigno que un noble se convirtiera en remero, un destino reservado a campesinos, pescadores o presidiarios. Las naves de Tarsis, aunque impulsadas por velas, requerían la fuerza de los remos cuando el viento era contrario o había calma chicha.

Argón, aunque poseía los medios para pagar la elevada suma necesaria para eximir a su hijo del castigo, se negó rotundamente a hacerlo.

—Debe aprender —dijo con severidad a sus parientes—. Esa prueba le hará madurar.

Por el contrario, Krysaor no tenía familia que pudiera interceder por él ni fortuna alguna que le permitiera eludir la sentencia. Su destino estaba sellado, y lo aceptaba con una mezcla de orgullo y resignación, como si esa carga confirmara la rebelde independencia que siempre había defendido.

Los remeros

Océano Occidental, 1603 a. C.

Durante varios años remaron juntos, hombro con hombro, en las grandes naves de Tarsis. Sus cuerpos se transformaron, volviéndose cada vez más fuertes y musculosos, moldeados por el esfuerzo constante de los remos. No hablaban entre ellos; Krysaor se volvió taciturno. Seguían siendo amigos; sin embargo, una distancia sutil pero lentamente creciente los separaba.

Krysaor, antes tan lleno de vida y palabras, se había envuelto en un silencio que parecía guardar emociones escondidas. Nórax, por su parte, bogaba ensimismado, perdido en sus pensamientos, reflexionando sobre el camino que había tomado su vida y las decisiones que los habían llevado hasta allí.

Al entrar y salir del puerto de Tarsis, las naves pasaban cerca de Hesperia. Desde la distancia conseguían distinguir las terrazas de distinta altura pinceladas por los colores de flores y frutales; alguna vez, en las playas sombreadas de palmeras y grandes árboles, vislumbraban a las hespérides, aunque desde tan lejos no podían identificar los detalles; aquella visión tenía un efecto casi hipnótico en Krysaor.

Cuando Krysaor divisaba alguna figura femenina en la playa, sus ojos se encendían con una intensidad que Nórax conocía bien. Sin dudarlo, soltaba el remo, empujaba a Nórax a un lado y se acercaba a la amura para poder divisarla mejor, intentando distinguir sus rasgos. Ver Hesperia y a Niso se había convertido en una obsesión que le dominaba por completo. La fascinación que sentía por la isla

lo transformaba. Su semblante, normalmente cerrado y reservado, se iluminaba con una mezcla de ansia y melancolía cada vez que las corrientes o los vientos los acercaban a sus costas. Pero cuando las naves se alejaban, llevadas por el destino hacia aguas más lejanas, Krysaor recuperaba su expresión impenetrable, como si la distancia borrara momentáneamente un deseo inalcanzable.

Aquella época de la vida de Nórax y Krysaor, cuando ambos remaban juntos en las grandes naves de Tarsis, estuvo marcada por el riesgo y las emociones. Sus travesías los llevaron rumbo al norte hacia la tierra de las cinco rías, y a veces hacia al sur, hacia los mares que rodeaban el norte del continente africano.

Para Nórax, que amaba tanto el mar desde niño, esos años se convirtieron en un tiempo de aprendizaje y adiestramiento. Durante las largas jornadas de navegación, Nórax absorbía todo lo que el mar podía enseñarle. Aprendió a sentir las corrientes bajo las tablas del casco, a entender la fuerza de los vientos. Observaba las estrellas, que se alzaban cada noche como infinitos puntos de luz, creando un mapa celeste. Pero lo que más le fascinaba eran las blancas aves marinas. Veía cómo estas criaturas aladas acompañaban a los barcos, mostrándoles las costas cercanas, y se esforzaba en comprender su lenguaje, sus movimientos y la sabiduría que parecía encerrar su vuelo.

Por las noches, cuando dejaban de remar, tumbados sobre el tablamen del casco, Nórax se abismaba en la oscuridad estrellada de la noche. En esa oscuridad infinita encontraba consuelo y una conexión profunda con el cosmos que lo rodeaba. A pesar del dolor por la pérdida de su familia, sus estudios y la libertad, comenzaba a ser consciente de que su condena a remar era parte de un destino mayor, un propósito que aún no alcanzaba a comprender del todo, pero que sentía latir en cada ola y en cada estrella. En el anchuroso mar, Nórax se fundía con el infinito. Las aguas que lo rodeaban y el cielo que se extendía sobre él parecían susurrarle secretos, recordándole que, incluso en la vastedad del océano, formaba parte de un todo mayor.

Una noche regresaban a Tarsis después de una larga singladura. Se habían retrasado meses, y ahora el frío les recordaba que se acercaban a la época de la fiesta del final de las cosechas. Circunvalaron la isla de Hesperia, cuyas costas brillaban con miles de fuegos encendidos en honor a la festividad, iluminando la noche como si el cielo estrellado se hubiera reflejado en la tierra.

Un viento helado hinchaba las velas, impulsando la nave con suavidad. Los remeros, exhaustos tras semanas de esfuerzo continuo, habían dejado los remos a un lado, aprovechando que el viento hacía avanzar el barco sin necesidad de su trabajo.

El capitán, confiado porque estaban casi en casa y el mar permanecía calmado, se había retirado a descansar en el pequeño cubículo bajo las tablas de la proa. Era un hombre recio, algo sordo. Arriba, la cubierta estaba en calma, pero el aire helado mordía las mejillas de los hombres que permanecían de guardia, mientras el espectáculo de luces de Hesperia mantenía sus miradas fijas en la isla, como si un misterio antiguo emanara de sus hogueras.

Sin que nadie lo percibiese, Krysaor se acercó al timón y, con mano firme, cambió el rumbo de la nave. El barco viró bruscamente, y Nórax, que dormitaba cerca de la popa, se despertó sobresaltado por aquel giro repentino.

La noche era cerrada, sin luna, iluminada por mil estrellas que parecían ampararles como un techo brillante. Cerca de la isla, bajo la superficie del mar, una figura centelleante y alargada se movía.

Los remeros, al verlo, gritaron con espanto y se retiraron hacia la amura contraria, temblando ante lo que sus ojos percibían.

Nórax, tratando de mantener la calma, alzó la voz con autoridad:

—¡A los remos! ¡Remad lejos de aquí!

La orden resonó en la cubierta, pero el miedo se había apoderado de los hombres. Sabían bien lo que podría significar aquella luminiscencia bajo las aguas. La leyenda del dragón de Hesperia, el guardián de la isla que impedía que cualquier embarcación se acercase durante la noche, no era desconocida para ellos.

Los marineros, aterrados, comenzaron a bogar con desesperación, con una fuerza nacida del puro pánico. Mientras tanto, la figura luminosa bajo el agua se acercaba cada vez más a la nave, siguiendo su estela como una sombra que no podía ser eludida.

El viento soplaba con fuerza en dirección a Tarsis, empujándolos hacia su salvación, pero el horror no los abandonaba. Nórax intentó mantener su mirada fija en las costas de Tarsis, concentrándose en dirigir la nave. Sin embargo, algo más fuerte que su voluntad le hizo girar la cabeza hacia atrás.

Y entonces lo vio. Desde las profundidades, junto a la popa, emergió una gigantesca cabeza cubierta de escamas azuladas con un único ojo brillante que parecía dirigirse hacia él. Un rugido sordo llenó el aire cuando abrió sus descomunales fauces, dejando entrever colmillos tan grandes como remos.

Los gritos de los marineros se mezclaron con el rugido del viento, mientras la criatura se alzaba amenazadora. Pero justo en ese instante, las luces del alba comenzaron a teñir el cielo con el sutil fulgor de la aurora, y al cabo, cuando todo parecía perdido, el sol despuntó en el horizonte, lanzando sus primeros rayos sobre el mar.

Ante la luz del amanecer, el monstruo pareció detenerse. Su único ojo se cerró lentamente, y, como arrastrado por una fuerza invisible, se hundió de nuevo en las profundidades, desapareciendo sin dejar rastro.

El silencio cayó sobre la nave, roto solo por el sonido del agua al rozar el casco. Poco después, el estuario de Tarsis se abrió ante ellos.

Al llegar a puerto, los rostros de los remeros estaban desencajados por el miedo. Uno de ellos, con la voz temblorosa, se acercó a Nórax y le comentó:

—Muchacho, hemos cometido un gran error. El guardián de la isla no olvida ni perdona. Hemos escapado esta vez, pero no sé si lo haremos la próxima.

Otro remero, con el semblante endurecido por la ira, añadió dirigiéndose también a Nórax:

—Tu compañero está loco. No puede saltarse la ley de Tarsis. ¡Casi nos conduce a la muerte!

Nórax no respondió. Ceñudo, giró la cabeza y observó a Krysaor. Su amigo se mantenía aparte, apoyado contra el mástil, con una expresión de indiferencia que rozaba la arrogancia. Parecía ajeno a todo, como si las acusaciones de los remeros y el horror que acababan de vivir no tuvieran nada que ver con él.

Finalmente, Krysaor rompió el silencio, respondiendo con un tono agresivo:

—¿Qué os pasa? ¡A qué vienen esas caras! ¡No ocurre nada! ¡Solo que sois unos cobardes!

El insulto provocó una reacción inmediata. Hubo un griterío sobre la cubierta; varios remeros se dirigieron hacia Krysaor, y dos de ellos lo atacaron con los puños en alto, pero este, lejos de retroceder, se mantuvo firme. Era muy fuerte, más de lo que cualquiera de ellos esperaba.

Con un movimiento rápido, abrió los brazos y golpeó la cabeza de uno contra la del otro, gritando como un enloquecido. El sonido sordo del impacto resonó en el aire. Aturdidos por el golpe, los dos marineros cayeron al suelo, incapaces de reaccionar.

Krysaor dio un paso atrás, con el pecho agitado y los ojos ardiendo de ira. Sin decir nada más, agarró un recipiente de barro lleno del licor basto que se daba a los marineros. Levantó la vasija y bebió su contenido de un solo trago, dejando que el alcohol le recorriera las entrañas como un fuego que calmara su furia.

Los gritos y los sonidos de la pelea despertaron al viejo capitán, que al levantarse vio a los dos marineros en el suelo, todavía aturdidos, y a Krysaor apurando con cara de loco la bebida del recipiente de barro.

Los remeros comenzaron a gritar interrumpiéndose unos a otros para explicar lo que había ocurrido. El capitán, con gesto severo, ordenó que azotasen al culpable. Lo ataron al palo mayor y

comenzaron a golpearlo. Krysaor no gritó, aunque hubo de morderse los labios para evitarlo. Sus ojos, indiferentes a todo, traslucían una expresión furiosa. Después, durante un tiempo, lo castigaron a remar encadenado.

Krysaor intentó resistirse mientras lo ataban, forcejeando con los hombres que lo tenían sujeto. Pero estaba débil por el látigo, y el licor había hecho su efecto, de modo que acabó dejándose caer sobre un lado de la bancada de los remeros. Apenas unos minutos después, ya roncaba, como si no le importara en absoluto el castigo que acababa de recibir.

El capitán, aún enfurecido, extendió su ira al resto de los remeros.

—¡Nadie bajará al puerto! —ordenó con dureza—. Si no sois capaces de comportaros, aprenderéis así que en este barco no hay peleas.

A Nórax le dolió profundamente el castigo. Hacía mucho tiempo que estaba lejos de Tarsis, y el deseo de ver a su familia ardía en su corazón. Ahora, por culpa de Krysaor, aquel anhelo se tornaba inalcanzable. Con resignación mezclada con un creciente enfado, se tumbó cerca del lugar donde dormía su amigo sujeto por unas largas cadenas.

El movimiento suave del barco varado en el puerto lo mecía, pero el sueño no llegaba. Cerró los ojos, y su mente comenzó a vagar hacia recuerdos que lo llenaban de nostalgia. A su mente retornó la imagen de la hermosa casa de su familia. Le parecía ver la luz entrando por la claraboya de alabastro que cubría el gran patio central; a su madre, ordenando a las criadas, y a su padre, reunido con los marinos, pensando en nuevas rutas comerciales

El puerto de Tarsis era ahora mismo su prisión. Desde allí podía imaginar los tejados de su hogar, pero no cruzar al malecón y a las calles que lo separaban de ellos. Aquella impotencia lo envolvía como un manto pesado.

El sol comenzó a alzarse entre las jarcias y el velamen, bañando la cubierta con una claridad suave. Nórax, que no había logrado

conciliar el sueño, se levantó con el cuerpo pesado y la mente nublada por la fatiga.

Los rayos del sol iluminaron el rostro de Krysaor, quien se despertó con una punzada de dolor que le atravesaba los sesos. Los estibadores del muelle soltaban con un golpe seco la carga en la cubierta del barco. Cada golpe retumbaba en su cabeza, lo que lo impulsaba a llevarse a ella las manos encadenadas y a quejarse, pero no hubo piedad para él. En cuanto la carga estuvo completa, el capitán le puso a remar como a los otros, aunque sentía náuseas y su rostro estaba pálido. Se incorporó y vomitó sobre la amura, apenas recuperándose antes de que el látigo del contramaestre cayera sobre su espalda, obligándolo a esforzarse.

Krysaor maldecía entre dientes, como un loco, con cada golpe de remo arrancándole un gemido de rabia y dolor porque la cabeza le estallaba. Pero no podía detenerse. Cada vez que parecía flaquear, el sonido del látigo le recordaba que no tenía elección.

Mientras tanto, los marineros a quienes había golpeado la noche anterior lo miraban desde sus puestos con una mezcla de rencor y satisfacción. Algunos lo jaleaban con burlas hirientes, disfrutando de su humillación.

Nórax, sentado a pocos bancos de distancia, no reaccionó. Parecía no escuchar los comentarios ni los insultos dirigidos a su amigo. Su mirada estaba fija en el movimiento del remo, y sus pensamientos, en otro lugar, lleno de añoranza por su familia y su ciudad.

Tras una jornada extenuante, Krysaor se levantó con dificultad, lastrado por sus ataduras, con movimientos lentos, y dejó atrás la tensión del banco de remos. Pero, en lugar de descansar o alejarse, lo primero que hizo fue buscar un recipiente de licor. Lo agarró con fuerza, como si en ese instante el alcohol fuera su única vía de escape.

Krysaor se embrutecía cada vez más. Los otros remeros lo respetaban por su imponente fuerza física y por su carácter violento y agresivo. Ese respeto estaba cargado también de odio. Su rudeza

rayaba en la crueldad, lo que hacía que nadie quisiera enfrentársele, pues los pocos que lo intentaron salieron malparados.

Krysaor se emborrachaba a menudo para poder aguantar el agotador ritmo de la boga. Durante los turnos de descanso, mientras los demás recuperaban fuerzas en silencio o se ocupaban de sus asuntos, él se unía a los otros bebedores.

En esas pausas, se sentaba junto a ellos, con un recipiente de licor en las manos, y escuchaba sus relatos. Los remeros narraban viejas leyendas, cuentos de monstruos marinos, islas prohibidas y ciudades sumergidas. A veces, sus palabras parecían confundirse con el murmullo del mar, y en medio del humo y el alcohol, Krysaor, por un instante, parecía perderse en un mundo de mitos y secretos olvidados.

—Al norte, muy al norte, hay una tierra sin noche —dijo uno de los marineros, su voz cargada de misterio—. Siempre es de día: el sol recorre el horizonte y no se pone. Es la tierra de Atón.

—¡Te lo estás inventando! —respondió otro entre risas.

—Te digo que no, yo lo he visto, y otros también…

—No es más que una leyenda, como los que afirman que en Hesperia hay una piedra de luz —intervino un tercer remero— que brilla sin necesidad del sol y de la que emana una fuerza interior que sana y hace que las plantas florezcan y fructifiquen. Por eso la isla es tan hermosa.

Krysaor escuchaba con el ceño fruncido, sin dejar de remar.

—Y… ¿cómo lo sabes? —preguntó con desdén otro remero—. ¿Acaso has estado en Hesperia?

—Lo sé —repuso el primero en un tono que no admitía réplica—. El que la posee alcanza la fortuna… y la inmortalidad.

Nórax, recostado bajo uno de los bancos de remo para aliviar el dolor del brazo, oía con los ojos entrecerrados. Las voces le llegaban entrecortadas por el vaivén del oleaje. Cerró los ojos por un momento y la imagen de una piedra de luz, vasta como un diamante, se formó en su mente. No sabía si lo estaba soñando o imaginando, pero aquella visión lo deslumbró desde dentro.

Krysaor no dijo nada, pero las palabras calaron hondo dentro de él. Aunque su rostro permanecía impasible, su mente no dejaba de girar en torno a aquella idea. Si la piedra existía, debía conseguirla. Era un motivo más, una razón aún más poderosa para volver a Hesperia, a pesar de las leyes, a pesar de los riesgos, a pesar de todo.

Sin darse cuenta, casi como si sus pensamientos se escaparan en voz alta, murmuró:

—Algún día lograré la fortuna. Mi familia fue poderosa, y algún día yo conseguiré que vuelva a serlo. Os digo que cambiaré Tarsis, la ciudad y el imperio.

Los demás remeros, aunque no se atrevían a reírse de él en su cara, lo hacían detrás, entre susurros burlones. Le pusieron el mote de «el toro» por su fortaleza y porque embestía a cualquiera que se le opusiese. Le tenían miedo, y eso le bastaba a Krysaor.

A Nórax, con quien aún mantenía una cierta complicidad en medio de las tensiones, le confesaba abiertamente:

—Me gusta que me respeten. Es preferible que te teman a que te pisoteen.

Nórax solía escuchar sus bravatas en silencio, sin discutir, pero en su interior sentía que el abismo entre ellos seguía creciendo. Krysaor era ahora una fuerza impredecible, guiada por una mezcla de resentimiento y crueldad.

A Nórax, en cambio, le llamaban «el muchacho» y era muy querido entre los remeros. Su carácter afable y su disposición para ayudar lo hacían destacar, pero lo que realmente le había ganado el respeto de todos era su conocimiento del mar. Nórax conocía bien los vientos, las corrientes y el vuelo de las aves marinas, y ese saber práctico lo convertía en alguien valioso a bordo. Además, tenía carácter y era capaz de imponer su opinión sin mandar, sin agresividad, como se puso de manifiesto cuando se enfrentaron al dragón de Hesperia.

El capitán, en más de una ocasión, lo había consultado sobre cuestiones de navegación, consciente de que el joven había

aprendido mucho, tanto en la Escuela de Navegantes como de su padre, el gran marino Argón. Estas atenciones no pasaban desapercibidas y, aunque los remeros lo apreciaban por su sencillez, había alguien a quien aquello no le gustaba en absoluto: Krysaor.

Aunque no lo dejaba traslucir, la atención que el capitán le prestaba a su amigo le irritaba profundamente. A sus ojos, Nórax, con su aspecto sereno y su conocimiento heredado, representaba algo que él no podía ser: alguien respetado sin necesidad de intimidar.

No había pasado mucho tiempo cuando, al regresar de uno de aquellos largos periplos, les azotó una tempestad en alta mar. El barco subía y bajaba levantado por unas olas que eran como montañas de agua. Los hombres luchaban por achicar el agua que inundaba la cubierta mientras trataban de mantener el ritmo agotador de la boga.

Nórax reconoció el tipo de tormenta a la que se enfrentaban. Una turbonada súbita, rápida y traicionera, como las que le habían descrito en la Escuela de Navegantes. Preocupado, se levantó del banco de remeros y se dirigió hacia la pequeña cubierta de proa, donde estaba el capitán. Sabía que, en aquel tipo de vendaval, la única forma de salvar la nave era arriar la vela antes de que el viento cobrase toda su fuerza: si no lo hacían a tiempo, un solo golpe bastaría para tronchar el mástil. Krysaor lo siguió, decidido a no quedarse atrás.

Mientras los dos muchachos estaban junto al capitán discutiendo qué hacer, una ola gigantesca barrió toda la parte posterior de la cubierta. Muchos de los remeros fueron arrastrados por la popa hacia el mar mientras el huracán seguía rugiendo, y la vela, tirando del mástil, lo hacía bambolearse peligrosamente. Nórax gritó, entre el silbido del viento y el rugido de la tempestad, que arriasen la vela de inmediato. Los tres, el capitán, Nórax y Krysaor, avanzaron hacia el mástil en medio del caos. El viejo capitán intentó torpemente subir al mástil, pero la lluvia y el fuerte temporal lo tiraron hacia atrás. Perdió el agarre y fue lanzado contra el casco por el viento,

golpeándose la espalda con fuerza. La espalda se quebró, con un crujido, y él se quedó despatarrado, incapaz de mover las piernas o de incorporarse.

Sin tiempo para lamentarse, Krysaor tomó la iniciativa. Trepó por el palo mayor mientras Nórax lo ayudaba desde abajo. Juntos lograron arriar la vela, impidiendo que el viento huracanado partiera el mástil.

Los dos muchachos resguardaron al capitán, medio inconsciente, bajo la cubierta. Las olas seguían azotando la nave, subiendo y bajando sin tregua. Nórax y Krysaor, junto con los pocos remeros que quedaban, lucharon para asegurar la carga, que se deslizaba peligrosamente de un lado a otro con el cabeceo del barco. Al mismo tiempo, intentaban achicar el agua que entraba por una vía abierta en la popa. Con paños encerados, sellaron la abertura.

Durante horas interminables, los jóvenes lucharon contra la tormenta. Cuando finalmente la tempestad amainó, extendieron de nuevo la vela, desgarrada por el embate del temporal. Guiaron el barco con dificultad hacia las costas de Tarsis, salvando la valiosa carga. Apenas tenían diecisiete años.

Entraron en el puerto por el canal central, exhaustos pero firmes, con el capitán herido tumbado junto a la mercancía. La embarcación, medio desarbolada y con la vela rasgada, atrajo la atención de las gentes del puerto. Estibadores, marineros y otra gente portuaria se agolparon alrededor, observando el estado de la nave. De todos los que habían partido, más de cuarenta remeros, quedaban tres marineros experimentados, los dos jóvenes y un capitán malherido.

El capitán fue colocado en unas parihuelas improvisadas y llevado al templo, donde los sacerdotes de Atón intentarían sanarlo. Nórax y Krysaor caminaron a su lado, cargando la camilla con esfuerzo. Aunque el capitán estaba gravemente herido, aún mantenía la mirada firme, agradeciendo el valor de los dos jóvenes que lo habían salvado.

Cuando llegaron al templo, los sacerdotes se hicieron cargo del capitán y los dos muchachos se separaron. Nórax emprendió el camino de regreso a la casa de su familia, situada un poco más abajo del templo, en la parte alta y noble de la ciudad.

Al llegar, su madre lo recibió con lágrimas en los ojos y lo estrechó entre sus brazos, temblando. Él sintió su calor, el amor que lo había acompañado desde la infancia, y por un momento olvidó el frío y el cansancio del mar. Poco después apareció su padre, a quien ya había llegado noticia de la hazaña. Lo recibió con una amplia sonrisa y los ojos brillantes de orgullo.

—Has demostrado que eres digno de tu linaje, Nórax —sentenció su padre, emocionado, colocando una mano firme sobre su hombro—. ¡Bienvenido a casa, hijo!

Mientras tanto, Krysaor, con el pecho hinchado de orgullo y un aire de triunfo, tomó un rumbo muy distinto. Bajó al puerto buscando el bullicio de las tabernas. Allí pasó la noche bebiendo sin moderación, rodeado de marineros y curiosos que le pagaban la bebida. Con una jarra de vino en la mano, relataba a gritos cómo él, solo y sin ayuda, había vencido a la tempestad. Su voz resonaba por encima del barullo, asegurándose de que todos escucharan cada detalle de su hazaña.

En el templo, los sacerdotes de Atón hicieron todo lo posible por curar al capitán, pero sus heridas eran demasiado graves. Aunque logró sobrevivir, se quedó paralítico, condenado a pasar el resto de sus días sin poder caminar. A pesar de ello, el capitán no mostró amargura. Estaba profundamente agradecido a los dos muchachos y reconocía que, gracias a ellos, había salvado no solo su vida, sino también la valiosa carga del barco.

Cuando se recuperó lo suficiente, el capitán compareció ante el Consejo del Océano de Tarsis, un grupo formado por los jefes de la flota y otras figuras de autoridad marítima. Allí relató con detalle los hechos acontecidos durante la tempestad, destacando la valentía y determinación de Nórax y Krysaor.

En Tarsis los buenos marinos eran considerados el mayor orgullo de la ciudad, y la proeza realizada por los dos jóvenes no pasó desapercibida. El Consejo del Océano, impresionado por su hazaña y considerando que su actuación había redimido sus errores pasados, decidió perdonarles lo que les quedaba de castigo. La falta cometida al acercarse a Hesperia fue vista como una debilidad propia de la juventud, eclipsada ahora por el coraje demostrado en la tormenta.

La Estrella del Ocaso

Océano Occidental, 1597 a. C.

La hazaña de Nórax y Krysaor no pasó desapercibida. No solo se les perdonó el castigo: aquella misma semana, el Consejo del Océano —tal vez influido por Argón— se reunió en la Casa de los Navegantes y decidió nombrar a Nórax capitán de una de las naves que constituían la gloria de la Tarsis.

El barco, llamado La Estrella del Ocaso, era una nave pequeña pero estilizada, diseñada para combinar velocidad y carga. La vela cuadrada, impecablemente blanca, se alzaba como un estandarte sobre el mástil. Con veinte remeros a cada lado y una popa arqueada que cortaba con facilidad el oleaje más bravío, era una joya del astillero *góidel,* digna de surcar las aguas de la mar abierta.

Krysaor, por su parte, tras recibir el perdón, había podido regresar a tierra. Sin embargo, para sorpresa de muchos, él decidió continuar navegando. Quizá el deseo de acercarse nuevamente a Hesperia alimentaba su decisión, o tal vez quería ganar fama y fortuna con la vida del mar. Aunque su familia no pertenecía a la estirpe de los marinos, le concedieron el puesto de piloto en La Estrella del Ocaso, bajo el mando de Nórax.

Al principio navegaban como siempre lo habían hecho: juntos. Sin embargo, la relación de amistad y camaradería que habían mantenido desde niños comenzó a enfriarse. Las tensiones, alimentadas por la ambición de Krysaor y el creciente sentido de responsabilidad de Nórax como capitán, se hacían más evidentes con cada singladura.

Nórax ya no era el muchacho inseguro que se reía de las ocurrencias de su amigo. Ahora debía decidir, ordenar, cargar con la vida de todos. Le costaba hacerlo. Su naturaleza tímida y su costumbre de pasar desapercibido desde niño le dificultaban dar órdenes con autoridad. Sin embargo, la vida en el mar, la responsabilidad de dirigir La Estrella del Ocaso y las necesidades de organizarlo todo día a día lo transformaron. Poco a poco, Nórax fue tomando conciencia de sí mismo y de su cargo.

Krysaor, por su parte, observaba estos cambios con desagrado. Su antiguo compañero de juegos, el que siempre había seguido sus ideas y aceptado su mando, ahora tomaba decisiones con firmeza e incluso le daba órdenes. La autoridad de Nórax, aunque discreta, le irritaba. No se lo decía, pero lo mostraba en sus ademanes, en las demoras innecesarias, en el ceño arrugado y las contestaciones bruscas.

Una tarde, en plena travesía, el viento viró de golpe y la corriente levantó el costado de babor. Nórax ordenó que se desplazara la carga hacia estribor para nivelar el casco. Krysaor, que sujetaba el timón, lo miró sin moverse. Se cruzó de brazos, firme.

—¿No has oído? —le instó Nórax.

—Te he oído.

Y no hizo nada.

Otro día, en el puerto, mientras los estibadores cargaban ánforas de aceite, Krysaor se puso a hablar con ellos de banalidades. Las risas interrumpieron el ritmo del trabajo. Nórax se acercó, serio pero sin alzar la voz.

—Déjalos terminar.

Krysaor no respondió. Se dio media vuelta y se alejó como si no hubiera escuchado.

Finalmente, el conflicto latente estalló. Discutieron sobre el rumbo que convenía seguir, y la disputa terminó a gritos. El aire en la cubierta se tensó como un cable a punto de romperse. Nórax apretó los puños, se serenó y, con el semblante muy serio, se enfrentó a Krysaor:

—Aquí el problema no es el rumbo —le dijo con firmeza—. Lo que no soportas es recibir mis órdenes. ¡Las que sean!

Krysaor lo miró despectivamente y contestó con la voz cargada de rabia:

—¡Pues no! No me gusta cómo gobiernas el barco.

La respuesta de Krysaor sorprendió a Nórax, que aun así mantuvo su postura.

—Soy el capitán y tendrás que acatar lo que te mando.

Por un instante, un silencio pesado cruzó el aire. Krysaor lo miró fijamente, sus ojos ardiendo de rabia, hasta que masculló entre dientes:

—Lo que tú digas.

Esbozó una sonrisa torcida, mitad mueca, mitad amenaza velada, antes de bajar la cabeza con visible disgusto.

Durante los días siguientes, Krysaor pareció más sumiso, y cumplió las órdenes sin discutir. Sin embargo, su actitud dejaba claro que aquello no era más que una tregua forzada. Había en su manera de obedecer una tensión latente, un rencor que crecía a fuego lento y que, tarde o temprano, podría estallar de nuevo.

Con La Estrella del Ocaso viajaron a lejanas tierras. No solo surcaron los mares hacia el norte, recorriendo toda la costa del mar de los cántabros, en una navegación de cabotaje, sino que también pusieron rumbo al mar Mediterráneo. Aquel mar, en el centro de las tierras del mundo conocido, reflejaba el cielo claro de las costas templadas que bañaba, ya fuera de un color azul verdoso o índigo brillante.

Atravesaron largas distancias, y llegaron a conocer las costas que rodeaban Tarsis con la misma familiaridad con la que conocían las calles de la ciudad de su niñez.

Al regreso de todos aquellos viajes, se seguían acercando mucho más de lo permitido a la isla de las hespérides. A pesar de las advertencias y el peligro conocido, algo en ellos no podía resistirse a la atracción de Hesperia. En la distancia, las figuras de las hespérides seguían fascinándolos como lo habían hecho desde niños.

En alguna ocasión, mientras se acercaban sigilosamente, lograron escuchar una música maravillosa que provenía de la isla, junto con cánticos e incluso risas lejanas. Aquellas voces eran un eco de otro mundo que los hechizaba.

Nórax, dotado de una vista excepcional de navegante, pudo distinguir una vez, entre todas las mujeres, a tres niñas que siempre iban juntas; sus cabellos claros relucían oro, plata y cobre, como brillaba la ciudad de Tarsis.

Nunca, sin embargo, se atrevían a aproximarse a la isla durante la noche. El recuerdo del monstruo marino que una vez casi los devora seguía vivo en sus mentes. Si antes dudaban de acercarse, ahora el terror que les causaba aquella serpiente marina de un solo ojo bastaba para mantenerlos alejados de las aguas de Hesperia bajo el cielo de la noche.

Al regreso de uno de sus viajes, poco antes de llegar a Tarsis, cerca de las costas de la bocana del estuario, rescataron a un extraño náufrago. Su cuerpo estaba cubierto de heridas profundas, como si lo hubieran atacado con cuchillas, y uno de sus brazos colgaba casi desgarrado. La imagen era impactante, y se podía considerar un milagro que aún estuviera vivo dada la gravedad de sus heridas.

Krysaor, quizá con una sospecha en su mente, se interesó por él, y pasaba largas horas a su lado hablándole en voz baja, tratando de sonsacarle algo que parecía obsesionarle. El náufrago, débil y al borde de la muerte, respondió a sus preguntas con frases entrecortadas, revelando en voz casi inaudible fragmentos de una verdad que solo Krysaor podía entender.

Finalmente, el hombre sucumbió a sus heridas. Lo envolvieron en un sudario improvisado y lo sepultaron en el mar, dejando tras de sí un misterio. Krysaor permaneció callado, con una expresión inescrutable en el rostro. Algo había descubierto y, aunque no compartió lo que sabía, sus ojos ardían con una nueva determinación.

Poco después, el Consejo de Navegantes, presidido por Argón, los envió hacia el norte, al estuario del gran río Sado, en una región cubierta de pinos y encinas. Llevaban consigo una valiosa carga de productos elaborados, destinados al trueque por lienzos y tablamen de pino, esenciales para los cascos de las naves *góidel*.

Pero el viaje se complicó. Los pueblos de la región estaban en guerra, y obtener la madera les llevó más tiempo del previsto. En el regreso, cuando bordeaban la costa occidental de Iberia, las galernas del invierno los sorprendieron cerca del Promontorio Sacro, donde los antiguos alzaban piedras al sol de poniente y los navegantes contenían el aliento ante la última luz del mundo.

El temporal los retuvo varios días en alta mar. El viento, que rugía con una fuerza implacable, tronchó el mástil de La Estrella del Ocaso. Las olas gigantescas barrieron la cubierta llevándose consigo a varios marineros, mientras el resto luchaba por mantener la embarcación a flote.

Finalmente lograron retomar el rumbo, avanzando lentamente a remo por la costa atlántica que conducía a Tarsis. Exhaustos y heridos, los pocos hombres que quedaban bogaron sin detenerse hasta que divisaron, al anochecer, un cabo familiar en la costa cercana a la ciudad. Pero entonces un nuevo desastre les golpeó: el barco, desarbolado y convertido en una cáscara de nuez, chocó con una roca. El impacto abrió una vía de agua en el casco.

A bordo quedaban apenas un puñado de remeros, además de Nórax y Krysaor. Mientras los hombres achicaban desesperadamente el agua que inundaba la nave, Krysaor permanecía al mando del palo del timón, con el semblante tenso y los ojos fijos en el firmamento.

Nórax, al levantar la mirada, divisó en la distancia las luces de los hogares de Tarsis, parpadeando entre las olas como una promesa de salvación. Una luna blanca y grande ascendió en el cielo, bañando toda la bahía con su luz plateada. A lo lejos, en el horizonte, la silueta de Hesperia emergió como una sombra iluminada por la luna.

De pronto Nórax notó algo extraño: el barco comenzaba a desviarse de su rumbo. Con el corazón acelerado, comprendió que se alejaban de Tarsis. Krysaor, con el semblante inmóvil, dirigía el timón hacia la desembocadura del estuario.

—¿Qué haces? —gritó Nórax, sobrecogido por el desconcierto y el temor—. ¡Estás provocando al dragón!

Krysaor no respondió. Sus ojos estaban fijos en la figura de Hesperia, brillante y majestuosa bajo la luna. Como hipnotizado, conducía el barco hacia la isla prohibida, hacia un destino incierto que parecía arrastrarlos con una fuerza invisible.

Nórax se abalanzó hacia él intentando hacerse con el timón, pero Krysaor sacó un cuchillo del cinto y atravesó la coraza de cuero de Nórax, al que hirió levemente en el costado.

El dolor encendió la furia de Nórax, quien le propinó un puñetazo en la garganta que le hizo caer y soltar el arma. Nórax recogió el cuchillo con rapidez y apuntó hacia su antiguo amigo con una mezcla de rabia y desesperación.

No hubo tiempo para más. La nave sin rumbo se precipitó hacia los arrecifes exteriores de Hesperia. Un impacto brutal sacudió el casco y dañó gravemente una cuaderna. La luna, que hasta entonces había iluminado el firmamento, se ocultó entre las nubes, sumiendo el mar en una oscuridad inquietante. En ese momento se oyó un crujido aterrador. Los pocos hombres a bordo comenzaron a gritar, con voces que rezumaban pánico mientras el barco se inclinaba peligrosamente. La Estrella del Ocaso fue levantada por la popa, empujada hacia delante por una fuerza invisible y extraña.

El casco se partió con un ruido ensordecedor y la nave comenzó a hundirse por la proa, devorada sin remedio por las profundidades del mar. En medio de la confusión, las olas negras se alzaban como gigantes, y lo que quedaba del barco desaparecía, arrastrado por una oscuridad insondable.

Cayeron al agua, y las olas los envolvieron en un caos de espuma y oscuridad. Luchando contra la corriente, nadaron con todas sus fuerzas para alejarse del remolino que se formaba junto a los restos

de la nave. Krysaor avanzaba cerca de Nórax, jadeando por el esfuerzo, cuando de pronto un grito desgarrador se impuso al fragor del oleaje.

—¡Aaah… ayúdame!

Nórax se giró justo a tiempo para verlo desaparecer bajo la superficie, como si una fuerza invisible lo arrastrara hacia el fondo. Por un instante, Nórax dudó. Aún sentía el dolor punzante de la herida que Krysaor le había infligido momentos antes, y una parte de él quería abandonarlo a su suerte. Sin embargo, algo más fuerte que su resentimiento lo impulsó. Sin saber exactamente por qué lo hacía, se sumergió en las aguas oscuras para buscarlo.

Lo que vio debajo del mar lo dejó aterrado. Allí, en las profundidades, se encontraba lo inimaginable: la gigantesca serpiente marina. Era un gobio de cuerpo aplanado, de más de cien codos de longitud, con escamas que brillaban con una luz azulada, como si una energía misteriosa emanara de su piel.

La criatura se había enroscado alrededor del cuerpo de Krysaor y lo apretaba con una fuerza letal. El joven luchaba desesperadamente, pero el monstruo lo mantenía atrapado. La boca del gobio, enorme y llena de dientes afilados, se abría lentamente, acercándose a Krysaor.

Nórax, paralizado por el horror, se dio cuenta de que disponía apenas de unos segundos para actuar. La luz azul de las escamas de la serpiente iluminaba las profundidades a su alrededor, creando un paisaje de pesadilla.

Con el puñal de bronce agarrado firmemente en la mano, Nórax buceó hacia el ofidio, el dragón de las leyendas de Hesperia. La criatura era aterradora, un monstruo surgido de las profundidades marinas. Sin dudar, Nórax comenzó a clavarle el arma repetidamente entre las escamas, apuntando en mitad de su enorme cuerpo, allí donde se enroscaba sobre Krysaor.

El gobio, herido levemente, aflojó la presa y finalmente soltó a Krysaor. Entonces giró sobre sí mismo y se dirigió hacia Nórax, quien intentó alejarse nadando con todas sus fuerzas.

Pero el dragón marino hizo un brusco movimiento y abrió de nuevo sus enormes fauces, que clavó en el brazo izquierdo de Nórax. Le atravesó un dolor insoportable, y Nórax pensó que había llegado su fin.

La horrible cabeza del monstruo estaba tan cercana a su rostro que Nórax nunca la olvidaría: el único ojo brillante y aterrador, las escamas resplandecientes con un azul opaco y los dientes que desgarraban su carne.

Entonces, de modo casi reflejo, con la mano opuesta hundió el puñal en el ojo de la criatura. Un enorme chorro azul muy oscuro salió del globo ocular, como si el mar mismo sangrara. El gobio, por el dolor, ciego, abrió las fauces dejándole escapar.

Casi ahogándose, nadando con un único brazo, Nórax luchó por alcanzar la superficie. Cada brazada era un esfuerzo titánico, pero finalmente logró emerger. A su alrededor el mar estaba teñido con una mancha oscura: la sangre del monstruo marino. La luz que emanaba el gobio se había apagado y el ofidio se alejó flotando, sin lograr hundirse, emitiendo un gemido agónico y espantoso.

Krysaor nadaba junto a Nórax, ambos luchando contra el agotamiento y las heridas mientras avanzaban con dificultad hacia la costa más cercana. Ahora, desprotegida del monstruo, la isla de Hesperia se abría ante ellos, pero Nórax estaba en aprietos. El oleaje seguía golpeándolos con fuerza, lanzándolos contra las rocas, que les herían una y otra vez. A cada brazada, el dolor y la extenuación se hacían más intensos, pero ninguno de los dos se detuvo. Finalmente, sus pies tocaron fondo y, con un último esfuerzo, alcanzaron una playa.

Allí, sobre la arena húmeda, se dejaron caer, sin fuerzas, jadeando. Las primeras luces del alba comenzaban a iluminar el horizonte, pintando la costa con tonos rosados y dorados. Estaban heridos, tiritando de frío, pero por fin habían alcanzado Hesperia.

El Jardín de las Hespérides

Hesperia, equinoccio de otoño de 1595 a. C.

Cuando el sol se alzó sobre el horizonte, su calor les reanimó el cuerpo helado por la humedad y el relente de la noche. Se levantaron tambaleándose y miraron en derredor: estaban en una pequeña playa rodeada por un acantilado de cuarcita de color casi blanco, en una cala recogida y separada del resto de la isla. El día había amanecido tan claro que, a lo lejos, podían divisar el estuario del río Tarsis, donde se ubicaba la ciudad; se encontraban muy cerca de su hogar.

La imagen de Tarsis desde Hesperia era tan maravillosa como inesperada, porque desde ningún otro lugar del mundo se podía avistar la ciudad en toda su extensión. Brillaba como una joya suspendida sobre el azul del lago que se formaba en la desembocadura del río Tarsis, reflejando en sus aguas los fulgores del amanecer. En lo más alto, dominando la ciudad, se alzaba el majestuoso templo de la deidad solar, rematado en oro y plata bruñida, resplandeciendo como si hubiese sido forjado por el mismo dios Atón. Bajo él, el palacio real, de muros níveos y cúpulas doradas, parecía recoger y multiplicar la luz del sol.

Más abajo, descendiendo por la suave pendiente de la colina sobre la que se asentaba la ciudad, se distinguían las casas blancas con techumbres de oricalco rojizo, que destellaban como llamas bajo la luz. Las paredes blancas se entreveraban con el verde profundo de los jardines, salpicados de palmeras, laureles y cipreses, hasta

llegar a la amplia explanada del mercado, que acababa en las dársenas que comunicaban con el puerto.

Al pie de la ciudad, los muelles se desplegaban como tres anillos concéntricos: azul profundo en las dársenas, blanco marfil en los muelles exteriores. Sobre las aguas oscuras de las dársenas se balanceaban naves de velas multicolores y cascos terminados en proas variopintas y estandartes de todos los lugares del mundo conocido.

Nórax se quedó contemplándolo todo enmudecido y abrumado. Tras la noche húmeda y heladora, no era aún plenamente consciente de sí mismo, pero, de modo gradual, cada vez más intenso, sintió un dolor lancinante y agudo que le atravesaba el costado. El monstruo marino casi le había arrancado el brazo, que colgaba medio inerte y amoratado, y el dolor irradiaba al pecho porque la dentellada le había rasgado los pectorales. Cada vez le dolía más, mucho más que en las horas previas, porque antes la herida estaba aún reciente y el frío del mar la había calmado.

Junto a Nórax, unos pasos más adelante, Krysaor se detuvo de pie y alzó los brazos, como si quisiera abarcar con ellos toda la isla, de espaldas al mar. Sus ojos brillaban con una excitación febril; estaba fuera de sí, eufórico. Había alcanzado el lugar con el que había soñado desde niño: el santuario, el lugar donde vivía lo único que le quedaba en el mundo, lo que había idealizado durante tantos años.

Pero no era solo eso: Hesperia era el lugar donde estaban aquellas que siempre le habían atraído y a las que deseaba poseer, pero además en el Jardín de las Hespérides había un misterio, la piedra de luz, que deseaba descifrar.

Entonces, volviéndose hacia Nórax, con una sonrisa temblorosa de emoción, le susurró:

—¿Lo entiendes ahora, Nórax? En esta isla está una de las piedras de Jafet, y no es una joya cualquiera. Es una piedra de luz, una de las antiguas, las que dicen que ardían antes del diluvio. Aquí está el secreto de Hesperia.

Nórax, torturado por el dolor, harto de él, pensó que estaba loco y se sentó en el suelo dándole la espalda y mirando hacia el mar. Se mareaba, muy debilitado por la pérdida de sangre y el dolor. A lo lejos, en el mar, vislumbró algo: el oleaje arrastraba lo que parecía un árbol enorme.

Le gritó a Krysaor para que contemplase lo que traía la marea: el pez dragón que protegía la isla agonizaba, y no mostraba ya destellos azulados, sino una piel oscura sin vida. Pudieron entonces contemplar más detenidamente al legendario monstruo que protegía Hesperia: un enorme animal marino, un gobio gigante, aplanado, de dimensiones descomunales, con una boca de dientes afilados, tan largos que impedían que se cerrase. El gigante de las profundidades marinas sucumbía ante la luz de Atón. Al varar en la costa empujado por la marea, aún se retorció en espasmos. Emanaba de él algo maligno, y en su agonía pareció hablar sin palabras. Tanto Nórax como Krysaor entendieron que los maldecía por haber hollado el santuario y por haberlo asesinado. Se observaron el uno al otro, con cierto temor.

Entendieron ahora la amenaza que rodeaba el santuario de las hespérides: el monstruo atacaba a cualquier nave que se arriesgase a acercarse al lugar durante la noche, pero la luz del día lo retenía en el fondo del mar, lo que no le impedía agitar el agua de la costa en torno a Hesperia y formar remolinos que evitaban que naves o personas se aproximasen a la isla. Como Nórax le había herido en el ojo, no distinguió la claridad diurna. Al no regresar a las profundidades marinas, donde la oscuridad le protegía, la luz solar lo había matado.

Nórax intentó levantar el brazo para señalar al dragón marino, pero el dolor casi le hizo caer. Se quejó, pero Krysaor no parecía escucharle porque —olvidándose del monstruo y de su compañero— examinaba el entorno con fascinación. Dio un paso hacia el acantilado de cuarcita blanca y observó el exuberante bosque que se alzaba sobre la roca. Por fin podía ver tan de cerca una vegetación que en muchísimas ocasiones había apenas vislumbrado. Se sintió

conmovido por la belleza del lugar, pero aquel era un lugar prohibido, de modo que debían ocultarse antes de que los descubriesen. Pero ¿cómo hacerlo? Solo podían volver nadando, y Nórax estaba herido, apenas podía mover el brazo, que le sangraba. Nórax le gritó:

—¡Por el dios Atón, que brilla en los cielos! ¿Qué vamos a hacer ahora? —Después le conminó—: ¡Debemos irnos!

Krysaor se dio la vuelta; su voz sonaba algo más amigable, distinta a la de los últimos meses.

—¿Tú crees? Después de llegar al paraíso, al lugar de la inmortalidad, no pienso irme. Si quieres, puedes nadar hasta la costa —y señaló Tarsis—, pero dudo mucho que lo consigas.

Se acercó y le palpó el brazo de tal modo que Nórax gritó de dolor.

—¡Eres un bruto! —le espetó.

La mano de Krysaor se llenó de sangre y observó que contenía algo azul oscuro: el veneno del dragón. Krysaor se la limpió con arena mientras Nórax, sintiéndose cada vez más débil, se desplomaba hacia atrás.

—Está casi arrancado… —exclamó con dureza—. Creo que has perdido ese brazo. —Dicho esto, dedicó a Nórax unas palabras alentadoras que sonaron como un juramento, y Krysaor, a pesar de todos sus defectos, cumplía su palabra—. ¡Nórax! Nunca olvidaré que me has salvado la vida arriesgando la tuya.

Nórax no le pudo contestar por el dolor, y Krysaor se quedó en pie, a su lado, mientras reconocía todo lo que le rodeaba con gran interés.

—Aquí estamos expuestos, cualquiera podría vernos desde el acantilado; quizá en ese bosque —y lo señaló— podamos ocultarnos.

—No… —objetó con esfuerzo Nórax—, no debemos entrar en el jardín.

Krysaor pensó que lo que decía Nórax era absurdo, que seguramente hablaba así porque estaba debilitado.

—¿Por qué no? —se rio irónicamente de él—. Está claro que tu dios Atón nos ha conducido aquí, nos ha salvado del monstruo. Algo querrá de nosotros…

—Pero —suspiró dolorido Nórax— ¿qué dices?

—¡Que no me pienso ir! —gritó ahora enfadado.

Nórax no le contestó porque le parecía que cada vez estaba más loco, y además casi no podía hablar por la desazón intensa que le causaba la herida. Después, con voz algo más prudente y comedida, Krysaor anunció:

—¡Vámonos de aquí! Si nos encuentran, las guardianas nos ejecutarán.

Tras ayudarlo a levantarse, cruzaron la playa y buscaron, entre las piedras, una manera de subir. El acantilado ascendía al principio muy gradualmente, con rocas planas, pero después se alzaba en una pared casi vertical desde la que se habían desprendido grandes pedruscos por la erosión del mar. Se ocultaron tras uno de ellos y comenzaron a buscar algún lugar por donde salir de la playa. Para poder proseguir, Nórax debía agarrarse a Krysaor porque cada vez perdía más sangre y se encontraba muy débil. Avanzaban, pues, muy despacio.

Al fin, incapaz de continuar, cayó al suelo y gritó de dolor. Krysaor soltó una de sus blasfemias contra el dios y lo arrastró hacia una fisura estrecha y alargada que se abría horizontalmente en la pared. El sol se acercaba al cénit cuando oyeron voces y gritos femeninos en la playa. Entonces, rápidamente, se escondieron en el entrante natural.

En ese momento un grupo de mujeres con lorigas de plata, armadas con arcos, carcaj en las espaldas y tahalíes que les cruzaban el pecho bajaba por un sendero que no habían visto, oculto entre las rocas, en el otro extremo de la playa, el lugar opuesto a donde estaban Nórax y Krysaor. Las mujeres debían de haber avistado desde arriba al monstruo que, arrastrado por las olas, se había quedado varado en la playa. Krysaor susurró:

—¡Las guardianas! ¡Vámonos!

Se retiraron aún más deprisa ocultándose entre las rocas, de modo que las guardianas quedaron a sus espaldas. A Nórax le costaba proseguir, y hubieron de parar unos momentos para que se recuperase. Así, desde detrás de una roca, las pudieron ver relativamente bien. Eran jóvenes, hermosas, de largos cabellos y cuerpos esculpidos por el ejercicio. Sacaron las flechas y, ensartándolas en los arcos, apuntaron hacia el monstruo marino hasta que se dieron cuenta de que ya no podía hacerles nada. Entonces lo rodearon, hablando precipitadamente. Nórax y Krysaor, desde su escondite, oyeron voces entremezcladas que no se entendían bien, pero que decían algo así como: «Atón, el brillante, lo ha querido», «estamos indefensas», «la Gran Vestal debe saberlo».

Pronto una se dio cuenta de que del ojo del ofidio asomaba la empuñadura de un puñal de bronce, clavado profundamente, y avisó a las otras. Lo arrancaron y lo examinaron con detenimiento pasándoselo unas a otras. La que parecía capitana comenzó a mirar en derredor, quizá buscando a alguien más. De pronto gritó que había descubierto unas huellas en la arena, pisadas grandes, masculinas, que acababan en las rocas.

Al darse cuenta de que los habían descubierto, avanzaron más deprisa, ocultos entre los peñascos rocosos. Afortunadamente, en el acantilado que se erguía sobre la playa había una oquedad, un túnel por el que Krysaor arrastró a Nórax, que no podía moverse bien. Un poco más allá, el techo del túnel se abría a una especie de hoya de boca muy ancha, de tierra, por la que asomaban las raíces de los árboles. El temor de ser descubiertos les impelió a subir agarrándose a las raíces. Krysaor ayudaba a Nórax. Al llegar arriba se produjo un desprendimiento de piedra y rocas que afortunadamente tapó la entrada al pozo, liberándolos de las guardianas.

Prosiguieron por un bosque tupido, de pinos y helechos de grandes hojas. Avanzaron todo lo deprisa que podían porque Nórax a menudo daba trompicones. Al poco encontraron un sendero muy estrecho por el que se introdujeron en la floresta. No se oía nada

más que el trino de los pájaros, y se percibía un dulce perfume a flores, mezclado con tomillo y romero. Había magia en el ambiente.

Desembocaron en un claro del bosque donde un arroyo formaba una cascada rumorosa que se abría en un gran charco. Junto al agua crecían chopos, cuyas hojas doradas habían caído, formando una especie de muelle colchón donde Nórax se dejó caer. Más lejos del agua crecían también varios manzanos de fruta dorada. No había señales de las perseguidoras, de manera que Nórax se levantó con esfuerzo y a trompicones se acercó a un manzano, donde apoyó la espalda. Krysaor se sentó junto a él. Como tenían hambre, Krysaor se agachó, cogió dos manzanas que había en el suelo y le llevó una a Nórax.

Al morderla, el sabor de una fruta distinta a cualquier otra le empapó la boca: tenía la textura de la manzana, pero el agua de una pera madura y un sabor a níspero y a melocotón. Conforme la tragaba, el dolor de la herida, que era lancinante, se mitigó un poco y tuvo la impresión de que el brazo se recuperaba algo y podía moverlo.

Krysaor y Nórax se miraron asombrados ante el sabor de la fruta.

—Parece que el brazo me duele menos —comentó Nórax.

Krysaor se acercó y se lo tocó, y de nuevo comenzó a rezumar un extraño líquido oscuro. Nórax gritó y se sintió débil. Oyeron a lo lejos el ruido de un cuerno.

—Nos buscan —anunció Krysaor—. Hay que ocultarse en algún lugar, esas mujeres estaban armadas. ¿Puedes seguir caminando?

—Sí.

—Tenemos que continuar por el sendero porque en el bosque se adivina nuestro rastro a través de los helechos.

La senda discurría paralela a la costa, y a veces se asomaba al mar, que brillaba con un azul intenso en un día hermoso y frío. Nórax, aún indeciso, era plenamente consciente de que tenían que irse, pero ¿cómo hacerlo? No era capaz de nadar con el brazo herido, y tan debilitado. Con Krysaor no se podía contar para volver: su rostro era ahora el de un perro de presa que todo lo examinaba,

como buscando algo. Al fin, la senda los condujo hacia un antiguo aprisco de ovejas, rodeado de un vallado, en el que no había animales. Quizá porque los excrementos del ganado habían abonado el terreno, crecía una hierba alta que, al caer Nórax, se reveló mullida. El herido no podía más y se acostó apoyando la espalda sobre un tronco. Había manzanos de fruta roja y verde brillante, y también matorrales con frutos del bosque.

Krysaor abandonó a Nórax, oculto entre la hierba alta. De cuando en cuando regresaba y le traía comida, sobre todo manzanas y frutas del bosque, pero también queso y panecillos que robaba a las hespérides. Pasaron varios días. Nórax seguía débil. La salud y la fuerza que le proporcionaba la fruta, aunque quizá evitase que muriese, no eran suficientes. La herida del brazo se abría ante cualquier movimiento y el miembro estaba paralizado. Sucumbió a la fiebre, y dormitaba continuamente. Krysaor se iba, exploraba la isla y espiaba a las hespérides. Un día le contó a Nórax que creía haber encontrado a su hermana, pero no le dio más explicaciones. También le dijo que había visto a las hijas de Gerión.

En un suave otoño, las hojas de los árboles se tiñeron de colores dorados, rojizos y anaranjados hasta que, finalmente, fueron cayendo al suelo mientras en los arbustos silvestres crecían moras, grosellas, arándanos, endrinas y frambuesas. Nórax se sintió con más fuerzas y le pidió a Krysaor volver a Tarsis tras asegurarle que podían conseguirlo si construían una canoa. Este se rio y le dijo que estaba loco. Añadió además que él no tenía ganas de hacerlo ni tampoco contaban con instrumentos para ello.

Un día, poco tiempo después de haber llegado a Hesperia, Nórax lo vio subido a la valla del aprisco, con los pies colgando. Su rostro era extraño, y reflejaba algo dulce pero al mismo tiempo fiero y también taimado.

Krysaor saltó de la valla y se fue. De nuevo lo dejó solo en el viejo aprisco junto al bosque de chopos. Las noches, las mañanas y las tardes se confundían en la mente de Nórax. Afortunadamente, este podía comer los frutos del bosque, que le aliviaban el dolor, al

igual que las manzanas, aunque no le curaban. El brazo mejoraba, pero muy lentamente. Tenía fiebre y el rocío de la noche le hacía tiritar.

Entonces regresó Krysaor, cuyo semblante mostraba que algo le había afectado mucho, pero no quiso decir qué era.

—Debemos irnos… antes de que el mal sea mayor.

—¿Qué te ha pasado?

—No quiero hablar. ¡Déjame y no preguntes! ¡Nos vamos!

En algún sitio había conseguido un hacha, una gubia. Nórax le preguntó dónde, pero no le quiso contestar.

—¿No quieres regresar a Tarsis? ¡Vas a conseguirlo!

En medio del bosque había un viejo tronco de árbol caído. Krysaor lo cortó con el hacha, lo vació y con él construyó un pequeño bote; después labró unas ramas para que les sirviesen de remos. Nórax le ayudó.

Cuando acabaron, lo acarrearon hasta la costa adonde habían llegado utilizando el camino por el que habían bajado las guardianas. Al llegar a la playa comprobaron que el monstruo marino ya no estaba; quizá lo había arrastrado la marea y las guardianas habían limpiado la arena, nunca hollada por extraños. Esperaron escondidos entre las rocas a que llegase la noche. Cuando el sol se puso, tambaleándose sin fuerzas, Nórax ayudó a Krysaor a empujar el bote hacia el mar. Saltaron dentro y con las ramas comenzaron a remar, pero el brazo de Nórax no tenía fuerza y no conseguían avanzar. Las olas estrellaron la débil barquichuela, imposible de gobernar, contra los arrecifes y la hicieron naufragar. Se encontraron de nuevo en la playa. Nórax se había golpeado el brazo contra las rocas y tenía la herida en carne viva; estaba sangrando y todo le daba vueltas. Se había hecho de noche, una noche oscura sin luna en un firmamento donde las estrellas titilaban, proporcionando una claridad muy tenue. Ninguno de los dos tenía fuerzas para emprender el camino de subida al bosque. Así que durmieron entre las rocas, en la arena seca de la playa.

En la isla

Hesperia, 1592 a. C.

Cuando Nórax se despertó, Krysaor estaba sentado mirando hacia el mar con añoranza y cierta desesperación. Las olas lamían la playa sin fuerza y retrocedían dejando en el aire un susurro sibilante y cadencioso.

El rumor del mar se mezcló con el de unas risas juveniles: tres chiquillas vestidas con túnicas blancas, dos de ellas con velos y la otra descubierta, saltaban por el otro lado de la cala, por la senda en el acantilado por donde días atrás habrían descendido las guardianas. No tendrían más de quince años. Las jovencitas, con voz aguda, decían algo así como que en aquella playa había estado varado el dragón; al parecer bajaban a ver si quedaba algún resto, saltando ágilmente por la senda entre las rocas; sobre ellas, como guardando sus pasos, volaban aves marinas como puntos blancos brillantes al sol. Corrían, riendo, persiguiéndose las unas a las otras, sin darse cuenta de que, tras un peñasco, alguien las estaba observando.

—Voy a pedirles ayuda —exclamó Krysaor con decisión.

—¿Estás loco?

—Mujeres… Apenas unas niñas —se burló—. Ya sabré yo cómo tratarlas…

Nórax contrajo la mandíbula, enfadado, y Krysaor le contestó con un gesto que le daba a entender que no tenía por qué preocuparse. Después silbó metiéndose los dos índices en la boca. Al oír el ruido, ellas se dirigieron hacia el lugar de donde provenía.

La que iba delante se detuvo bruscamente; era una adolescente, casi una niña. El cabello, de un color rubio casi blanco, le brillaba al sol con destellos plateados; los ojos, grandes, de un castaño dorado, con largas pestañas que sombreaban unas mejillas sonrosadas; las cejas, gruesas; la nariz, fina, algo respingona. La expresión era ingenua y bondadosa. Vestía con una túnica blanca que se recogía en un ancho cinturón de cuero recamado en oro; un velo blanco, casi traslúcido, le cubría la cabeza. De su cuello colgaba un hilo grueso de cuero del que pendía una pieza de cerámica blanca sobre la que estaba dibujada la figura de un trisquel.

Corría delante de las otras por la playa. Fue la primera que descubrió a los dos hombres tras la roca. Krysaor se levantaba mientras ella se detenía y le sonreía tímidamente. En los ojos de la niña-mujer apareció un extraño reflejo, como de lágrimas. La que iba detrás casi se choca con ella. La última, una muchacha de pelo castaño, le gritó:

—¡Eglea!, ¿qué te ocurre?

La niña de cabello plateado, a la que habían llamado Eglea, mantenía los ojos fijos en Krysaor como hipnotizada, y él la examinaba de arriba abajo, absorto, como si no la hubiese visto nunca o la conociese de siempre. Tambaleándose, dio algún paso hacia ella; se quedó sin habla, y si Nórax no hubiera conocido tanto a su amigo, incapaz de la vergüenza, le habría parecido que se sentía azorado.

Tras Krysaor se alzó entre las rocas Nórax, con cierta dificultad porque le dolía tanto el brazo que no podía apoyarse en él para levantarse.

La niña que iba detrás de Eglea lo descubrió, lo miró muy seria, como enfadada, y le preguntó.

—¿Vienes de Tarsis?

—Sí… —le contestó en un extraño hilo de voz—. Naufragamos.

Ella lo examinó con una expresión en la que se traslucía un cierto enfado. Él no debía estar allí, en la sagrada tierra de Hesperia.

—¿Eres una hespéride? —Nórax, que se sentía extrañamente avergonzado, solo fue capaz de formular una pregunta cuya respuesta era evidente.

Se oyó la voz de la tercera joven, que venía detrás de todas y no llevaba velo, expresándose con dureza.

—Lo somos, y también somos hijas de Gerión, rey de Tarsis. ¡No tenéis derecho a permanecer en Hesperia!

Las muchachitas se acercaron más; eran distintas, pero en los ojos de las tres reverberaba el fulgor del sol, pues eran de un color muy extraño, castaños con reflejos de ámbar. Sus cabellos eran claros: el de Eglea brillaba como la plata, el de Areté refulgía como el oro y el de Eteria tenía un hermoso color castaño claro, cobrizo.

—¿Fuisteis vosotros los que matasteis al dragón del mar? —habló Areté, que parecía llevar la voz cantante—. Las guardianas os están buscando.

—Sí. ¡Fuimos nosotros…! —exclamó Krysaor como ufanándose de haberlo hecho.

—No queríamos llegar aquí —respondió por su parte Nórax, que seguía confuso por sentirse fuera de lugar—. ¡Ayudadnos! No digáis nada. El dios nos ha traído. Solo el dios puede haberlo hecho… Queremos regresar a Tarsis.

Ante la alusión al dios, el semblante de Areté experimentó un pequeño cambio y en él nació la duda.

—Si dirigisteis vuestra nave hasta aquí, deberíais morir —su tono de voz, habitualmente determinado, se tornó ahora ingenuamente titubeante—, pero si el dios os condujo…

Krysaor la interrumpió y habló imperativamente a la par que señalaba el brazo de Nórax:

—Está herido. Luchó contra el dragón, el que protegía Hesperia, y pensamos que le inoculó un veneno. ¡Tenéis que ayudarnos!

Una ingenua admiración apareció en el semblante de las tres. Sin embargo, una de ella protestó:

—Eteria, me parece que no deberíamos ayudarles —le reprochó la que se llamaba Areté, con cierto escepticismo; no se fiaba de ellos.

—Si mataron al monstruo, el dios está con ellos. El dragón era un ser monstruoso, que existía desde antes del diluvio; el Leviatán, uno de los demonios del mar. Si habéis conseguido matarlo, es porque estabais predestinados a ello.

Hablaba así la que Areté había llamado Eteria, que se arrodilló junto a Nórax. Eteria se sintió responsable de cuidar a aquel desconocido que estaba herido porque era compasiva y sensible al dolor ajeno. Así que le palpó el brazo delicadamente pero con seguridad: estaba inflamado y caliente. Después limpió una de las heridas, cubierta por una costra que mostraba mal aspecto, con el velo, de tal modo que la abrió e hizo que volviera a sangrar. La sangre rezumaba una ponzoña oscura.

—Hay veneno aquí. No sé si podré retirarlo, pero, ahora que parece haber salido, cicatrizará.

Cuando hubo sangrado un poco, Eteria le dio toquecitos con el velo y limpió la sangre. En ese momento el cabello castaño le cayó sobre los hombros y brilló al sol. Nórax contemplaba de cerca un rostro ovalado, de piel lechosa y líneas puras, que le conmovió tanto que hubo de contener la respiración. Al acabar, Eteria se dio cuenta de que necesitaba más vendas. Tras recibir el velo de Eglea, hizo un torniquete y la sangre dejó de fluir. Por último, soltó el torniquete y le hizo un vendaje.

Mientras Eteria, con la habilidad que poseían las hespérides, curaba a Nórax, Eglea habló suavemente y se dirigió a sus hermanas.

—Si decimos algo, morirán. Tenemos que protegerlos. Con ellos vamos a descubrir muchas cosas que las maestras nos ocultan.

Areté se enfadó con Eglea; no soportaba ser desleal ni traicionar sus obligaciones.

—¡Siempre distinta y original! ¡Estás loca! —le gritó—. ¡No podemos hacer eso!

—Sí podemos —le contestó Eglea—. De hecho, creo que es lo que debemos hacer.

El rostro de Eglea estaba enrojecido, turbada por su carácter sensible y tierno.

—Los podríamos ocultar —habló Eteria, un poco dubitativamente—. Si los denunciamos, morirán y seremos responsables de esas muertes. Quizá deberíamos esconderlos hasta que se puedan ir.

—No podremos hacerlo por mucho tiempo —exclamó Areté, a quien el razonamiento de Eteria parecía haberla ablandado—. La gran sacerdotisa podría adivinar antes o después su presencia, y entonces las guardianas los detendrán y los conducirán al acantilado del destino, donde serán arrojados y morirán.

Se alejaron unos pasos para hablar entre ellas. Areté apeló al cumplimiento de la ley y a la virtud; Eglea le respondió que la única ley de Hesperia era el amor y la misericordia; por último, Eteria, expresándose en voz más baja, utilizó una serie de argumentos que articuló con vehemencia:

—No podemos conducir a la muerte a estos hombres. Hemos sido educadas por Dana, que nos inculcó ideas de piedad y compasión con los necesitados de ayuda. ¡Han sido empujados hasta la costa! ¡Han luchado contra el monstruo y lo han vencido! El dios los ha traído.

—Podrían ir a juicio y tal vez ser absueltos.

Eglea miró a Areté:

—Sabes bien que los condenarán.

—En otro tiempo, en los tiempos de Dana, no habrían sido condenados —apuntó suavemente Eteria—. Ahora…, sabes que las que rigen los destinos de Hesperia no se guiarán por la compasión, ni por la justicia. Aplicarán la ley fríamente.

Esas palabras convencieron a Areté, que era la más reacia, y las tres trazaron un plan para ocultar a los náufragos.

—¡Venid! —aceptó finalmente Areté.

Subieron la empinada senda del acantilado, Nórax apoyándose en Krysaor. Les guiaron atravesando un bosque de abedules. Entre los árboles corría un regato de agua que saltaba entre rocas y formaba

pequeñas cascadas cuyo rumor armonioso dominaba el ambiente. El agua provenía de la montaña ubicada en lo más alto de la isla. Las jóvenes corrían delante, junto al riachuelo, a contracorriente, y avanzaban sin esfuerzo porque, aunque había helechos que parecían cerrar el camino, las hojas se abrían a su paso.

Al cabo llegaron a un claro del bosque. No parecía haber allí más que unos sauces, hasta que una de ellas hizo un gesto abriendo y cerrando los brazos y entonces entre los árboles quedó a la vista una especie de cabaña oculta. Nórax y Krysaor supieron después que la habían construido ellas mismas, siendo niñas, para jugar. Habían unido las ramas de tres sauces jóvenes para tejer lo que sería el techo. Después, con la magia del lugar, los árboles crecieron y las largas ramas formaron una cortina que ocultaba a la vista el interior. Alguien poderoso —Nórax no entendió bien de quién se trataba— la había consagrado para que fuese un lugar seguro; de hecho, solo aparecía ante el gesto de abrir y cerrar los brazos y solo se revelaba a quienes ellas se la hubieran mostrado. Debido a ese hechizo, nadie podría entrar allí si ellas no se lo permitían. Era un lugar recogido y pacífico. Dentro había paja seca y mullida, y allí tumbaron a Nórax.

—Él está sano —aseguró Areté, refiriéndose a Krysaor—. Debería volver; puede nadar…

Eglea miró de nuevo a Krysaor con ojos brillantes y confiados y anunció:

—Yo le llevaré al lugar desde donde se puede cruzar la bahía. El monstruo ya no está.

—¿Cómo ha desaparecido de la playa? —preguntó Nórax.

—Hace unas semanas —les explicó Eteria—, las guardianas lo cubrieron con ramas y les prendieron fuego, y después esparcieron las cenizas en el mar.

—Si lo habéis matado —habló Eglea—, habéis destruido a una criatura maligna.

—Oh, ¡no! —le reprochó Areté—. El dragón guardaba Hesperia, y ahora la isla es vulnerable a cualquier invasor por las noches. El monstruo marino fue creado para proteger la isla.

—La isla —exclamó Eglea, melancólicamente, con voz dolorida— se ha convertido en una cárcel; en los tiempos antiguos no era así…

Las otras dos fijaron sus ojos, muy abiertos, en ella, asombradas de que dijese semejante cosa.

—Eso es una blasfemia —le reprochó Areté—. ¿Cómo puedes hablar así, Eglea? ¡Has cambiado tanto! Antes todo te parecía bien, y ahora solo protestas.

—¿Por qué se nos ha condenado a vivir aquí?

Suavemente, Eteria contestó, con una voz serena y armónica:

—Mi queridísima Eglea, desde niñas estudiamos la historia del mundo, y sabemos que ahí fuera hay guerra, hay hambre; en cambio, aquí vivimos en el paraíso, hay sabiduría y belleza… Podemos ser felices.

Eglea no contestó; enrojeció y se quedó mirando al suelo. En los ojos de Krysaor brillaba un fuego extraño que las otras hespérides no advirtieron porque hablaban entre ellas, en voz más baja. Algo se interponía entre las tres hermanas. Finalmente, Areté se expresó con cierto énfasis y con voz de mando:

—Mañana volveremos. Quizá Eteria sea capaz de curarte para que puedas irte. Si te encuentran las guardianas, te ejecutarán. Nosotras, las hijas de Gerión, descendemos de Noé, y, aún más allá, directamente de Abel, el justo. Se nos ha enseñado que la vida es sagrada, y que solamente el dios es dueño de darla o arrebatarla. No todo el mundo piensa así, ni en Hesperia ni en Tarsis.

Areté irradiaba una energía que remarcaba las palabras que pronunciaba. Era hermosa, muy fuerte, de espaldas anchas; le cruzaba el pecho un tahalí, y había algo masculino en ella. Cuando se giró para irse, quedaron a la vista el carcaj y el arco colgados de su espalda. Aquella jovencita de apenas quince años era una peligrosa guardiana o iba a serlo. Aún no llevaba la loriga, y vestía túnica blanca, como sus hermanas, pero la suya era corta y además no se cubría con un velo. Entrenaban a las guardianas de la isla para defenderla; tenían la fortaleza y agilidad de un guerrero experimentado. Se las temía porque se decía que eran fanáticas,

muy celosas de sus deberes. Sin embargo, Areté parecía anteponer la lealtad a sus hermanas, y a los principios que compartían, a la fidelidad a la gran vestal o a la defensa de la isla.

Cuando se alejaron, iba detrás de las otras dos, como escoltándolas; su cabello claro, de un rubio dorado, parecía entremezclarse con las flechas plateadas. Krysaor caminaba al lado de Eglea, con la que hablaba en voz baja, como confidencialmente. Al fin, cuando el camino a lo lejos se bifurcó, Krysaor y Eglea se separaron de las otras dos, dirigiéndose hacia la costa, y Nórax se quedó solo. Una vez que se hubieron marchado, cayó dormido, exhausto.

Eteria

Hesperia, finales de otoño de 1595 a. C.

El sol estaba ya muy alto sobre las copas de los árboles y se filtraba entre los troncos que formaban el techo de la cabaña cuando Nórax se despertó. Salió apartando las ramas del sauce. Lo rodeaba una densa vegetación: arbustos, moreras y rosales, interrumpida por un camino estrecho que se hundía en la espesura. En el claro, a los lados, había manzanos que doblaban sus ramas, repletas de frutas en sazón.

Los manzanos de Hesperia siempre daban fruto, no estaban sujetos a las estaciones; y en aquel lugar junto al sauce las manzanas eran aún más hermosas que las que rodeaban el aprisco. Había algo en ellas deleitoso y curativo; las propiedades de las frutas de la isla dependían de las hespérides que las cultivaban, y aquellas habían sido cuidadas por las hijas de Gerión.

En el claro del bosque junto a la cabaña, Nórax se durmió, víctima aún de los efectos del veneno. Soñó con el monstruo, y con su padre, que lo reconvenía por haber hollado Hesperia.

Mientras tanto, el sol se movía sobre los árboles describiendo su círculo; cuando descendió, sus rayos penetraron entre las ramas, y Nórax oyó ruidos en la maleza. Dos cabecitas, una castaña y otra rubia, aparecieron entre el follaje.

—¿Qué ha pasado con mi amigo?

—Está de vuelta a Tarsis. Puesto que está sano, le hemos ordenado que regrese; no quería porque deseaba cuidarte, pero le

hemos asegurado que nosotras lo haremos. Lo ha llevado Eglea hasta la playa.

Nórax agradeció que Krysaor retornase a Tarsis, pues sentía que su presencia en la isla era peligrosa. Le extrañó que quisiese cuidarlo; no era propio de él, y posiblemente se trataba de una simple excusa para permanecer en Hesperia.

—Las rocas no lo dejarán pasar.

—Nosotras conocemos por dónde cruzar los arrecifes, y Eglea se lo explicará —le indicó Eteria—. Hay un pasillo entre las rocas que conduce al estuario. Desde allí podrá regresar.

—¿Cómo?

—Nadando. ¡No hay otra manera!

—Es mucho trayecto.

—Tu amigo es fuerte —repuso Areté con decisión—. Más peligroso es quedarse en la isla.

—¿Nos siguen buscando?

Eteria movió su cabello castaño, negando con la cabeza, y sonrió con un gracioso gesto, al tiempo que le decía:

—Creo que ya no. Lo han estado haciendo, pero, al no encontraros, han llegado a la conclusión de que no hay nadie.

—Han peinado cada árbol, cada roca, cada cueva y cada matorral. ¿Dónde os escondíais? —le preguntó Areté.

—En un aprisco abandonado, un poco más allá. —Y Nórax les señaló la dirección.

—El dios una vez más os ha protegido —murmuró Eteria para sí; después siguió en voz más alta—. Los apriscos son lugares guardados por él donde a las hespérides no nos está permitido entrar porque rebosan de excrementos de animales, que nos mancharían con su inmundicia. Allí las guardianas no pueden buscar.

—Deberías irte —insinuó Areté—. Podrían encontrarte si sales de la cabaña y de este claro en el bosque. Aquí hay una magia que te protege, y estás seguro porque te hemos traído nosotras.

Nórax les señaló el brazo, que movía con dificultad. Les confesó que se sentía cansado y débil: las manzanas de la vida no

proporcionaban suficiente fuerza a un hombre en plenitud de su vigor.

—Aún no estás fuerte, ¿verdad? —preguntó Eteria.

—No.

—No debes moverte de aquí —repitió Areté—. Este lugar es seguro. Necesitarás comida. Te la proporcionaremos.

Le examinaron el brazo, que, aunque no sangraba, estaba muy inflamado. Eteria buscó entre la maleza y encontró romero, que le aplicó mezclándolo con saliva, mientras Areté la vigilaba atentamente. Al cabo, ambas miraron al cielo.

—Debemos irnos, el sol está alcanzando su ocaso.

Después, mirando a Eteria, Areté le reprochó:

—Sí, debemos irnos. Tenemos unas obligaciones. No deberíamos ocultarte ni ayudar a tu amigo.

El hermoso rostro de Eteria primero se ensombreció al escuchar las palabras de su hermana y después enrojeció de un modo encantador, como avergonzada, mirando a Nórax. Las penumbras del ocaso comenzaban a cubrir el bosque cuando ellas se fueron.

Krysaor no retornó. Nórax se quedó en el bosque y, aunque parecía ir mejorando de las heridas que el gobio gigante le había causado, había un veneno maligno dentro de él que no curaba. Las hijas de Gerión se encargaron de proporcionarle comida. No le traían carne porque en la isla se respetaba a los animales como a criaturas del dios solar, pero había frutas deliciosas, dulces, panecillos y queso de cabra o de oveja. Las que más solían venir eran Eteria y Areté. Alguna vez vino Eglea, cuyo rostro, quizá el más hermoso de las tres, solía estar triste. Nunca venían juntas.

Eglea le preguntó un día por Krysaor, con su voz suave.

—Tu amigo era sabio, ¿verdad? —le dijo soñadoramente—. De noble cuna y un hombre honorable.

—¿Cómo lo sabes?

Ella enrojeció mucho; no sabía mentir.

—Hablamos en el camino a la costa.

Nórax no supo qué responder. Le sorprendió que hablase así de él, pero recordó la habilidad de Krysaor para convencer a las mujeres de lo que él quería.

—¿Se ha ido ya? Dime que se ha ido —le preguntó, intranquilo; si Krysaor permanecía en Hesperia, solo iban a producirse conflictos y problemas.

Apresuradamente, ella le respondió que sí, y salió corriendo.

Eglea regresó unos días más tarde. Se quedó de pie mientras Nórax comía y le preguntó cómo eran las mujeres de Tarsis. Sentía curiosidad por saber si las jóvenes de allí eran hermosas, si usaban afeites… Incluso llegó a preguntarle si la consideraba a ella hermosa. Después de hacerlo, enrojeció. Nórax, sonriendo galantemente, le contestó que le parecía la más hermosa de las tres. Ella sonrió con una tristeza, en la que latía una expresión melancólica, como si albergase una gran pena dentro de sí.

Le siguió preguntando por el arte de la taurocatapsia y por los atletas que morían en la arena. Le atraía lo oscuro, lo misterioso y lo trágico. Encontraba belleza en el dolor y la nostalgia. Se sentía singular, y hablaba de sí misma como de alguien diferente a las otras. Le contó que pronto entraría a servir en el templo, que era su destino, pero Nórax se dio cuenta de que no estaba contenta con ello.

Areté era la que menos venía, y Nórax se daba cuenta de que su sentido de la justicia rechazaba que lo estuviesen ocultando. Cada vez que venía le preguntaba por sus heridas y le repetía que debía irse cuanto antes, que las ponía en peligro a todas y que no era correcto que siguiese allí.

Eteria, en cambio, solía sentarse a su lado, le curaba el brazo con delicadeza y no hablaba de sí misma, sino que le preguntaba cosas del mundo exterior a la isla. A las hespérides las formaban en una sabiduría que abarcaba todas las tierras del mundo conocido, pero nunca las habían visto. Eteria poseía una curiosidad innata y una inteligencia perspicaz. Le contó alguna vez que, a menudo, oteaba el horizonte para distinguir las naves que salían del puerto de Tarsis. Le

agradaba ver sus cascos curvilíneos, con los remeros y las velas cuadradas. Un día le describió una que solía acercarse mucho a la costa de Hesperia y, por sus palabras, Nórax intuyó que podía ser La Estrella del Ocaso. Recordó la nave con emoción, pues había sido su primer destino como capitán, y Nórax amaba aquel barco, ahora hundido en el fondo del océano.

Eteria solía venir después de que el sol alcanzase su cénit y se iba cuando declinaba, acercándose al ocaso. Hablaban de muchas cosas y se reían a menudo porque ambos tenían un punto de humor similar que les permitía comprenderse. A veces también callaban, porque sus corazones se entendían sin necesidad de expresar nada.

Gracias a Eteria, Nórax pudo conocer que la vida de las doncellas de Hesperia estaba regida por el estudio, el cuidado de los huertos y jardines y la adoración al sol. No había hambre ni pobreza. Gerión y los reyes de Tarsis les proporcionaban mucho más de lo necesario como ofrenda al dios; además, la isla era muy fértil. También entendió que las hespérides eran felices porque les enseñaban desde niñas a no anhelar nada más. Solo las guardianas competían entre sí para entrenarse. Por lo demás, se cuidaban las unas a las otra,s dado que el amor mutuo era uno de sus lemas, y la Gran Vestal de la isla actuaba como madre de todas. Las guardianas eran las únicas que se relacionaban con Tarsis, aunque sin llegar a pisar nunca la ciudad. Alguna de ellas hacía de mensajera entre la Gran Vestal, el consejo de hespérides y el gobierno de Tarsis, regido en aquel entonces por Gerión.

Cuando aquel día, al hablar de las mensajeras, mencionó a la Gran Vestal, calló un instante y su semblante, pálido, mostró una expresión de tristeza; después le contó a Nórax que el año anterior se había ido para siempre Dana, la gran sacerdotisa que las había acogido de niñas, cuando las tres hijas de Gerión llegaron a la isla.

—¿Se fue para siempre? —exclamó Nórax dubitativamente, y después le preguntó—: ¿Cómo es eso? En Tarsis se dice que las hespérides no mueren.

—No es exactamente así. —Sus ojos dorados brillaron mientras proseguía—: Nuestra vida es larga, pero finalmente Atón, el brillante, nos conduce hasta él cuando nuestro espíritu está preparado. —Se detuvo pensativamente y luego continuó—. Ascenderemos al sol y resplandeceremos, y después nos convertiremos en espuma del mar y en la espuma seremos llevadas a las islas de la inmortalidad. Es lo que le ocurrió a Dana y, aunque sabemos que será feliz dondequiera que esté ahora, a mis hermanas y a mí nos ha dolido infinitamente separarnos de ella; la queríamos mucho.

La relación entre las tres hermanas y Dana había sido especialmente cercana; las había tratado con una gran consideración y las había educado en la virtud. Había permitido que las tres niñas estuviesen siempre juntas. Era Dana la que había realizado el hechizo que protegía el claro del bosque donde estaba el sauce. Dana veía el porvenir; quizá intuía que las dirigentes de Hesperia que vendrían después no entenderían la complicidad que las tres hijas de Gerión tenían entre sí; por ello, les preparó un lugar donde podrían reunirse sin ser molestadas: la cabaña bajo los sauces.

Ahora la Gran Vestal que mandaba en Hesperia había sido elegida por aclamación popular. En los tiempos antiguos no era así. El dios señalaba a la elegida a través de un ceremonial que incluía una manifestación visible de la deidad; pero desde que las hespérides no iban ya libremente a la isla, el dios no se manifestaba con tanta claridad como en los tiempos antiguos. Así que se había votado, y por ello se habían formado bandos entre ellas. Un grupo liderado por la Gran Vestal actual sostenía que las leyes de la isla debían cumplirse rígidamente, porque la fidelidad a esos preceptos les iba a devolver la magia y el poder de otros tiempos.

En el otro bando estaban las que seguían a Dana, la anterior Gran Vestal, una mujer muy sabia que les había enseñado que la fidelidad al dios no radicaba en mandatos externos, sino en la propia conciencia de cada una. La mayoría de las guardianas, las doncellas guerreras, eran de esa opinión y opuestas a la nueva Gran Vestal.

Areté estaba siendo entrenada para ser guardiana, y pensaba también que había que ser fiel desde lo más hondo del corazón al espíritu de la ley, pero quizá todavía estaba inmadura y su postura era muy visceral.

Le contó también que Eglea había sido convocada para ser una de las hespérides del templo, las más cercanas al dios. Ser una vestal del templo era un gran privilegio, y Eglea lo había deseado durante años, pero no sabían bien por qué últimamente se rebelaba a su destino y no parecía feliz.

—Eglea ahora no quiere irse al templo. Antes le ilusionaba vestirse como las vestales y actuar en las ceremonias del dios, pero últimamente dice que allí se siente atrapada, que ella es diferente a todas y que ese no puede ser su destino. Yo creo que Eglea sería una buena vestal, pero que es aún demasiado joven, aunque las leyes son así.

A Eteria le parecía que Eglea aún no estaba preparada para separarse de ellas porque, aunque las tres eran de la misma edad, había algo más infantil e ingenuo en su naturaleza.

—Me pareció que no estaba de acuerdo con el culto al dios —apuntó Nórax—; le oí decir algo que, en Tarsis, habría sido una herejía.

Eteria se llevó la mano al pelo y lo ahuecó con un gesto coqueto mientras emitía un suspiro.

—Sí. En Tarsis, y aún más aquí… Está muy rara. Desde la fiesta, poco antes de encontraros, comenzó a cambiar. Antes tenía ilusión por ir al templo; allí danzan, y a ella le gusta mucho bailar. Ahora no quiere ir y dice cosas que nunca se le habrían ocurrido antes.

—¿Has hablado con ella?

Movió la cabeza negando y su cabello brilló al sol con destellos cobrizos.

—Actualmente cuida de los altares de Atón y vive en el templo. Areté y yo la vemos poco, y la echamos mucho de menos. El día que os encontramos nos propuso ir a la playa donde habíamos jugado

tantas veces siendo niñas porque nos quedaba poco tiempo juntas. Cuando sea consagrada al dios, nos separarán.

—¿No la veréis nada?

—De lejos; a veces nos permitirán danzar juntas. —Se detuvo con una expresión pensativa y después habló de su hermana con cierta tristeza—. Me imagino que sufrirá con la separación porque siempre ha sido más sensible que ninguna de nosotras. Sin embargo, a pesar de todo, cuando le dijeron que iba a ser vestal, estaba ilusionada; su destino la hacía sentirse distinta y superior a nosotras. Ahora se rebela.

Quizá la tristeza que a menudo se advertía en Eglea tenía que ver con la separación de sus hermanas. Pero, según decía Eteria, algo en ella era distinto: ya no era la misma que partió al templo con los ojos llenos de ilusión. Algo la había hecho cambiar.

—¿Y… Areté? ¿Es una guardiana?

—Todavía no, pero lo será —se rio Eteria—. Para serlo se necesitan unas pruebas físicas que debe superar. Se pasa el día entrenándose.

—¿Y tú?

—Aún no lo sé. Creo que seré jardinera.

—¿Jardinera? ¿Una hija de Gerión?

Soñadoramente, sus ojos se posaron a lo lejos primero sobre unos robles; después, más cerca, sobre los manzanos plenos de fruta, y más abajo sobre los helechos y los arbustos con grosellas y arándanos, y, por último, sobre las margaritas y lirios que cubrían el suelo.

—Aquí no es un trabajo humilde ni inferior. Al contrario, las que cuidamos los jardines somos afortunadas, y tenemos un don: hacer crecer las flores y los frutos, y también sanar las heridas. Además, estudiamos más que las guardianas o las que están en el templo. Necesitamos conocer las leyes de la naturaleza, la tierra, las semillas, los minerales y los ciclos de las plantas para poder cultivar bien el jardín. —Eteria calló un instante y después, bajando los

párpados, habló para sí—: Amo la tierra. Dana decía que era el mejor trabajo.

Al pronunciar el nombre de la Gran Vestal que las había criado, los ojos de Eteria se entrecerraron como recordando.

—¿La echas de menos?

—Mucho. ¿Sabes? Dana siempre tenía respuestas. Con la nueva Gran Vestal… —se puso seria— solo me surgen interrogantes.

Después Eteria le habló de la nueva sacerdotisa, que no le gustaba, en parte por haberse llevado a Eglea tan joven. Además, le parecía que era inexperta y que carecía de los dones necesarios para el cargo. A Eteria le molestaba toda forma de injusticia, y le irritaba la actitud de la Gran Vestal, muy rígida al carecer del don de ver más allá que poseía Dana. Después, recordando a la que las había cuidado, cambió su expresión.

—A Dana la eligió el dios, y a esta, sus partidarias… No tiene los poderes que debería poseer una gran vestal. Dana ya os habría encontrado —exclamó Eteria sonriendo—. Era una gran vidente.

—¿Me habría condenado a muerte?

Se sintió confusa y dijo:

—Posiblemente… —Se turbó, pero inmediatamente matizó con ingenuidad—: Estoy segura de que hubiera sabido lo que debía hacer contigo, sin infligirte daño, pero sin perturbar la paz de este lugar.

Estaban sentados en un tronco en el bosque, y Eteria hacía dibujos en el trozo de tierra que había delante de ellos. El sol no les calentaba porque los árboles velaban su luz, y además se acercaba el solsticio de invierno.

—Dana me dijo que mi nombre, Eteria, provenía del éter, el elemento más puro y más brillante que el aire y a la vez la región que ocupa este elemento por encima del cielo.

Cuando Eteria hablaba de sí misma, lo hacía con un cierto orgullo, pero sin vanidad, como si el don le fuera ajeno, algo que le había sido concedido sin mérito propio.

—También me dijo que estoy por encima de las cosas y que mi visión es más profunda que ninguna otra. Me dijo que no tuviese miedo a nada. Y nunca lo he tenido.

—¿Por eso no me temes como Eglea?

—Eglea es muy tímida y algo insegura.

—Ni me miras con suspicacia, como Areté.

—Areté es una guardiana, debe defender la isla. Tú eres una amenaza para nuestra paz. Cuando Areté pase las pruebas para ser guardiana, se la llevarán también. No sé qué voy a hacer sola.

Guardó silencio. A Nórax le gustaba oírla hablar; sus labios descubrían al expresarse una dentadura blanca, perfecta. No deseaba que callase.

—¿Qué más te dijo esa… Dana? —le preguntó con un cierto desprecio hacia aquella mujer a la que tanto admiraba Eteria.

Eteria le contestó con los ojos brillantes, en los que traslucía un cierto enfado.

—¡No hables así de ella! Me dijo que solo encontraría el verdadero amor en el sol que hace fructificar las plantas y la naturaleza. También me anunció que un día encontraría a alguien que lo trastocaría todo, pero que yo sabría escoger el camino adecuado.

—¿Lo has encontrado? —le preguntó Nórax mientras algo se agitaba en su interior.

Bajó los párpados y enrojecieron sus mejillas. Era preciosa; su piel tenía la tersura propia de un niño, y Nórax, al que le pareció el ser más hermoso que había visto en su vida, la amó.

—Mi amor está en el dios. —Pero su voz, habitualmente serena, ahora temblaba.

En ese momento Nórax sintió celos de Atón, sin dejar de reconocer que era absurdo tener celos de un dios. Había algo tan puro en ella… Nunca había conocido a nadie igual. Era como si el Jardín de las Hespérides hubiese florecido dentro de aquel ser singular.

Solsticio de invierno

Hesperia, solsticio de invierno de 1595 a. C.

La noche anterior al solsticio de invierno, Eteria llegó muy de madrugada junto a Nórax, quien se había desvelado. Deseaba hablar con él para contarle algo, pero también quería enseñarle la isla; deseaba que viese el jardín, el lugar en el que había vivido desde niña y que amaba. Salieron de la cabaña y recorrieron el bosque mientras las luces del amanecer iluminaban una mañana fresca. El cielo era de un azul muy claro, parcheado por grandes nubes finamente estilizadas que se movían arrastradas por una suave brisa.

Aquel día las hespérides, incluso las guardianas, estaban ocupadas preparando la fiesta en la que allá, en el continente, iban a nacer las nuevas hijas de la noche. Por eso la vigilancia se relajaba y era posible vagar por la isla de modo más libre. Y es que en los días de mayor oscuridad que precedían al solsticio las vestales se dedicaban a preparar deliciosas comidas, ensayar cantos y danzas, engalanar las casas y limpiar los jardines para dejarlo todo más hermoso, esperando el día en que el sol vencería a las tinieblas.

Nórax siguió a Eteria, que sonreía feliz aunque de cuando en cuando se quedaba seria y pensativa, como una niña que hace algo indebido. Durante toda la mañana, Eteria condujo a Nórax, subiendo por la montaña, entre los árboles, hasta un lugar en lo más alto, donde un gran estanque concentraba el agua de lluvia. El estanque estaba tan terso que reflejaba los árboles de las riberas, tintados por el amarillo de un otoño tardío, las nubes y el cielo.

Sentados en el borde, ella hizo círculos en el agua, le sonrió alegremente y después le dio la mano, pequeña y blanda, y se levantaron. Durante un largo rato jugaron a tirar cantos que rebotaban en la tersura del lago y rieron felices; había algo infantil en ella que conmovía a Nórax. Después Eteria se internó por un camino estrecho bordeando en descenso un cauce que se abría formando cascadas entre las rocas. Sobre una gran piedra granítica, el río se desparramaba en hileras de agua que tejían una espuma blanca y después, al caer, emitían destellos tornasolados.

Eteria saltó sobre los grandes cantos que cruzaban un poco más abajo el río sin soltar la mano de Nórax, ambos riendo cuando, al bajar por un camino resbaladizo por el agua, él tropezó y ella le ayudó a no caerse.

En la parte baja del sendero, llegaron a un lugar donde una catarata de muchos codos de altura se precipitaba desde la montaña. Detrás de la cascada había una cueva que se internaba profundamente en la roca. Transitaron el camino que circulaba cerca del agua, la cual formaba una gran pared traslúcida. El gran chorro les salpicó y les mojó las ropas. El ruido de la catarata era atronador y, al no poder oírse, gritaban y reían.

Cuando salieron de la cueva, se detuvieron mirando hacia atrás: la luz solar, al atravesar las aguas de la catarata, se descomponía en destellos que dibujaban un arcoíris. Siguieron por la senda, labrada cientos de años atrás, que les introdujo de nuevo en un túnel a través del cual retomaron el cauce del río.

Más allá, el río se canalizaba en manantiales que regaban la isla, descendiendo en torrentes y saltos de agua sobre las terrazas del jardín. El ruido sonoro y cadencioso serenaba los espíritus. En las terrazas superiores había robles, castaños, alcornoques y abedules; más abajo, frutales de todo tipo, pero, sobre todo, huertos de los manzanos que proporcionaban la vida duradera. Aún más abajo, las terrazas desembocaban en un valle de praderas de un verde aterciopelado en las que pastaban vacas, ovejas y cabras.

El agua fluía de una altura a otra mansamente con un sonido armonioso e inolvidable para caer finalmente en un arroyo de corriente tumultuosa en el valle. El perfume de la isla era fragante: olía a romero y a albahaca, a rosa y a nardo. En las oquedades de las que manaba el agua bajo las cascadas el aroma de espliego, tomillo y hierbabuena era más intenso.

Desde un altozano, como un mirador, Eteria le señaló las edificaciones donde vivían las hespérides. Las casitas estaban en el valle que cruzaba el arroyo, y no era fácil distinguirlas porque se mimetizaban con el jardín, y parecían flores blancas entremezcladas con la fértil vegetación: unas viviendas encaladas de uno o dos pisos, con entradas de columnas rojas y azules.

En el centro de las casas, una plazuela porticada donde paseaban, se intercambiaban productos y charlaban mujeres de todas las edades, complexiones y estaturas. Algunas de piel muy oscura, con el pelo negro y rizado, que parecían de origen africano; doncellas de ojos finos y rasgados, de piel cobriza y melenas lisas y oscuras; otras muy rubias, de cabellos dorados y plateados, y aun otras, con trenzas cobrizas o castañas. Había hespérides quizá de más edad que se distinguían por su cabello blanco, pero que no mostraban la decrepitud de la ancianidad, y algunas niñas, que debían de haber llegado a la isla en el último solsticio, gateando por la plaza, vigiladas cada una de ellas por una o dos hespérides que se ocupaban de su cuidado. Era extraño contemplar aquella ciudad sin hombres.

Al otro lado del arroyo, el valle ascendía de nuevo, y sobre las casas y la plaza, dominándolo todo, se alzaba una ciudadela donde se erigía el templo al dios Atón, una gran edificación redonda con tres estanques circulares a su alrededor, que eran canales de agua, interrumpidos por puentes, de aspecto muy parecido a la estructura de la ciudad de Tarsis. En el centro del santuario, un gran patio se abría al sol, rodeado por trescientos sesenta y cinco pequeños altares laterales, uno por cada día del año, en los que se mantenía un fuego imperecedero. El santuario era muy hermoso, con paredes

bañadas en oro y en oricalco que reflejaban la luz solar. Sobre la pared circular del templo se elevaban una especie de hoces paralelas entre sí, labradas en plata y marfil y que representaban cuernos de toro, animal sagrado especialmente dedicado a Atón porque sus astas simbolizaban los rayos del dios solar.

Detrás del templo de Atón, una explanada se abría a un enorme acantilado, el despeñadero del destino. Desde aquel lugar las hespérides se lanzaban al mar para convertirse en luz y en espuma de mar, o bien para morir entre las rocas, despeñadas.

Delante del templo había otra superficie amesetada, como un gran patio, que antecedía al santuario y finalmente descendía hacia el jardín. En esa explanada, aquel día las vestales de Hesperia ensayaban un baile ritual. «Es parte de la celebración de mañana», le comentó Eteria.

A la izquierda del templo se erguía una hermosa edificación, precedida por una arcada de grandes columnas; a ambos lados se abrían estancias con amplios ventanales desde los que se podía divisar a las hespérides ocupadas en engalanarlas. Eteria le explicó que aquel era el palacio, la morada de la Gran Vestal y de las hespérides que se encargaban del cuidado del templo y del servicio al dios. Allí viviría Eglea.

Después Eteria le señaló a la derecha del templo, y más arriba en la montaña, una edificación parecida a las casas de las hespérides pero más grande y porticada en derredor. Bajo los pórticos, acomodadas en taburetes bajos, había algunas hespérides que peinaban canas. En el suelo, alrededor de ellas, otras vestales más jóvenes permanecían sentadas en actitud atenta. Eteria le explicó que allí las vestales cursaban la antigua sabiduría.

—Esos pórticos —le informó— son nuestra escuela, el lugar donde aprendemos los conocimientos que nos transmiten las hespérides mayores.

—No veo papiros ni tablillas.

—Se aprende mente con mente, corazón con corazón. A veces casi sin hablar, pero también a través de la palabra, las maestras,

que son vestales experimentadas, nos enseñan a las más jóvenes cómo es el mundo, y la historia de Tarsis, pero también medicina, matemática, las características de las plantas y de los animales. Aprendemos cómo controlar nuestras emociones, y la sabiduría de la vida. Algunas se hacen duchas en el arte de la alquimia y los metales, las antiguas aleaciones que forman materiales más duros que el granito, más cortantes que el bronce.

Nórax no le respondió de inmediato, sino que permaneció en silencio durante unos instantes, reflexionando. En Tarsis él había acudido a la Escuela *góidel* de Navegantes, pero su castigo le había llevado lejos de los conocimientos y la sabiduría.

—Lo que yo conozco del mundo —sentenció finalmente con cierto orgullo en la voz— es porque lo he visto… He navegado por costas lejanas.

Eteria lo miró con admiración, intrigada por el tono de sus palabras.

—Pertenezco a los *góidel*. Mi padre es el jefe de nuestro clan. Nuestra familia ha recorrido los mares durante generaciones. Aunque de niño fui a la Escuela de Navegantes —su voz bajó un poco, con una mezcla de orgullo y pesar—, me expulsaron. Pero lo que sé no lo aprendí en libros ni en mapas. Lo conozco porque lo he vivido.

La joven hespéride fijó sus ojos en él y, al escuchar aquello, una sonrisa iluminó su rostro.

—En eso me llevas ventaja —respondió ella con modestia, manteniendo la sonrisa—. Lo que yo conozco es porque me lo han contado… o porque me lo han hecho ver a través de los ojos de las maestras.

Sí. Todo lo que había aprendido Nórax era fruto de sus viajes. Todos sus conocimientos eran prácticos, mientras que los de ella eran teóricos, sobre todo en lo que se refería a lugares, climas y naciones.

—¿Para qué estudiar? —preguntó Nórax—. Nunca salís de aquí…

La cara de Eteria dejó traslucir un cierto disgusto porque aquel tema le producía irritación. Se detuvo un momento, con expresión de disgusto, levantó la barbilla y le confesó:

—Durante siglos, los reyes de Tarsis consultaban a las hespérides todo aquello que necesitaban para el buen gobierno del reino, y estas transmitían los hallazgos que podían mejorar el imperio. Éramos las consejeras. Había una gran cercanía entre Hesperia y Tarsis, íbamos y veníamos libremente.

Nórax la observó con sorpresa, porque en Tarsis no se cuestionaba el aislamiento de las hespérides; eran sagradas, había que respetarlas y protegerlas y por eso estaban encerradas en el hermoso jardín, al que nadie podía entrar.

—Yo creía que el acceso a la isla siempre había estado vedado.

—Hubo un tiempo en que no era así —le aseguró ella negando con la cabeza.

—No lo sabía.

—Hesperia siempre ha sido un lugar sagrado y, aunque antes no se permitía a los hombres acceder, las hespérides podíamos salir. Pero hubo abusos… —dijo Eteria.

—¿Cuáles?

Bajó los párpados, y sus mejillas enrojecieron suavemente mientras contaba:

—Hace muy poco tiempo, después de que tú llegases a la isla, he conocido lo que ocurrió. La razón por la que se nos prohibió la salida de Hesperia.

Calló un instante antes de comenzar con el relato de tiempos pretéritos que Nórax desconocía.

—Al parecer, en tiempos del rey Agenor, una de sus hijas, llamada Adria, nació en el solsticio. Al alcanzar la pubertad, escogió libremente ir a Hesperia, como ocurría en los tiempos pasados. Fue educada allí. Como en el reinado de Agenor las hespérides iban y venían libremente a Tarsis, aquella joven volvía con frecuencia al palacio real. Ocurrió que ella estaba muy unida a su hermano, un joven príncipe llamado Gárgoris.

Aquel nombre era famoso en Tarsis, Nórax lo recordaba.

—He oído hablar de él. Se dice que gracias a él nació la apicultura.

Eteria asintió y prosiguió su relato:

—Fue Adria quien le enseñó a Gárgoris cómo criar abejas para obtener la miel y la cera. Estaban siempre juntos. Finalmente, mantuvieron una relación incestuosa de la que nació un hijo, al que llamaron Habidis. Para ocultar lo ocurrido, Gárgoris intentó matar al niño. Pero este escapó y años más tarde, cuando llegó al trono, asesinó a su propio padre. Habidis, que en mi opinión estaba loco, impuso un gobierno despótico y ejecutó a mucha gente, a todo el que se le oponía. Por último, el jefe de uno de los clanes, descendiente de Tarsis y con derechos al trono, se rebeló y mató a Habidis y a toda la familia real. Para justificar su llegada violenta al trono, decidió que había que reformar las costumbres. Afirmó que Habidis había sido tan maligno porque era el fruto de un incesto, y nada menos que con una hespéride. Por ello ordenó que las hespérides fuesen salvaguardadas, para lo cual nunca más podrían pisar la ciudad de Tarsis o el continente. Se recordó que las hespérides eran las esposas de Atón, sagradas e intocables. Desde entonces Hesperia se mantuvo al margen de Tarsis. No hubo más relación entre la isla y la ciudad que en la época del solsticio, y de cuando en cuando a través de algunas de las guardianas, las mensajeras. ¡Eso fue terrible para Hesperia, pero estoy segura de que tampoco fue bueno para Tarsis!

Nórax conocía la historia de los reyes de Tarsis, pero en la ciudad no solía hablarse de Hesperia ni de su pasado. Se pensaba que siempre había estado aislada. Tampoco se cuestionaba la situación de clausura y encierro de las hespérides porque se consideraba una tradición sagrada que formaba parte del culto al dios solar. Solo algunos que no adoraban al sol hablaban en contra de la isla y de sus moradoras. Al oír a Eteria, Nórax entendió que la situación era injusta y apuntó:

—Así que Hesperia se convirtió en una cárcel de mujeres, hermosa pero una cárcel.

—Se apartó a las hespérides de sus familias, que no volvían a verlas —prosiguió Eteria.

—Lo que tu hermana Eglea gritó aquel día y nos pareció una herejía no carecía de razón.

Eteria se calló durante unos instantes y después declaró como pensativamente:

—De todas formas, tengo la impresión de que alguien ha influido en Eglea para que se rebele de esa manera con tanta amargura en contra de lo establecido. Ella no era así. Se sentía honrada por haber sido escogida para el templo.

Nórax calló, pensando que quizá era posible que Eglea se hubiera relacionado con alguien que le hubiera influido, y que ese alguien no podía haber sido otro que Krysaor. ¿Cómo había podido ocurrir? Aparentemente se había ido hace tiempo. Eteria interrumpió los pensamientos de Nórax:

—Antes solo llegaban aquí mujeres que deseaban la sabiduría y rendir culto al dios. No es justo que vengan aquí unas niñas de modo obligado. Pero tú y tu amigo nos habéis liberado.

—¿Cómo?

—Matando a la gran serpiente. Los caminos entre Tarsis y Hesperia se han abierto por la noche. ¡Has llegado a esta isla cuando te necesitaba! Pienso que te ha traído el dios. Por eso decidí enseñarte el jardín y hablar contigo. Eres mi esperanza. Tú y yo tendríamos que acabar con el aislamiento de esta isla y recuperar la pureza de las leyes de Jafet. —Se acercó a él, le cogió las manos, le miró a los ojos y con fuerza le dijo—: ¡Tienes que ayudarnos!

Nórax no era un hombre agresivo, pero no toleraba la injusticia, de modo que, lleno de ardor porque ella le había infundido un firme deseo de cambiar ese estado de cosas, exclamó:

—¡Habrá que luchar!

—¡No! Ese no es el camino. No podemos solucionar la sinrazón con más sinrazón, con derramamiento de sangre y guerra.

Si en lo más íntimo de Eteria anidaba un deseo de reformar el mundo en que vivía, este se veía frenado por una íntima aspiración de paz.

—Si no luchamos…, ¿cómo entonces? —se extrañó Nórax.

—Alguien tendría que hablar al consejo —expuso Eteria, con la voz llena de esperanza, fijando los ojos en Nórax—. Si tu familia es principal en Tarsis, pertenecerá al consejo, y ahí es donde se pueden cambiar las leyes que gobiernan Hesperia.

Nórax guardó silencio un momento, reflexionando sobre lo que significaba aquella petición. Su mente viajó al consejo de Tarsis, una asamblea formada por los cabezas de familia, hombres o mujeres, de los diez clanes que descendían en línea directa del patriarca Jafet. Eran los siete hijos de Jafet: Gomer, Magog, Madai, Javán, Túbal, Mesec y Tiras. El linaje de Javán, sin embargo, había sido dividido entre sus cuatro hijos: Elisa, Tarsis, Quitim y Dodanim. Así, el consejo representaba diez tribus: seis de los hijos de Jafet y los cuatro de Javán.

Tarsis, nieto directo de Jafet, había sido el fundador de la ciudad, que se había convertido en la capital del imperio, y de alguna manera guardaba preeminencia sobre todos sus hermanos y tíos. De los dos hijos de Jafet, Gael e Ibrós, habían surgido las dos grandes ramas de la sociedad: los marinos de Tarsis, descendientes de Gael, que habían colonizado las costas atlánticas, y los campesinos del valle, herederos de Ibrós, que se extendieron hacia las costas mediterráneas. Los descendientes de Gael eran los gaélicos, o goidélicos. Los de Ibrós eran los íberos.

En el consejo estaban presentes los descendientes directos de todos aquellos clanes. Algunos de ellos moraban lejos en el imperio tartésico, pero sus representantes acudían a las reuniones del consejo de Tarsis.

Nórax recordaba con claridad las pocas veces que había acompañado a su padre, jefe de una de las familias más importantes, los *góidel,* al consejo: alguna vez, siendo un adolescente, casi un niño, antes de su castigo, y después, siendo ya

capitán de La Estrella del Ocaso. Aquellas reuniones eran un caos, un escenario de disputas interminables. Cada cabeza de familia luchaba por imponer su criterio, y las voces se elevaban en un barullo donde los intereses comerciales siempre prevalecían sobre cualquier otro tema.

Convencer a esos hombres sería casi imposible. Eran comerciantes cuyo único interés era el dinero, y una cuestión que implicara cambiar la situación de Hesperia, o darles voz, y por lo tanto poder, a las mujeres en las decisiones de la ciudad, supondría desequilibrar una balanza ya de por sí frágil.

A pesar de todo, Nórax levantó la vista hacia Eteria. La intensidad en sus ojos, preñados de esperanza, lo conmovió. Sin pensarlo demasiado, le apretó las manos y le hizo una promesa:

—Algún día, cuando sustituya a mi padre y forme parte del consejo, lo haré. Conseguiré cambiar la situación de Hesperia pacíficamente. Me escucharán.

Sus palabras resonaron en el aire, cargadas de determinación. Eteria le sonrió, alegre. Era casi una niña, aunque su cabeza discurría ya como la de una adulta, pero atravesaba esa etapa en la que todo parece fácil y en la que se busca la justicia sobre todas las cosas.

Caminando lentamente, dirigieron sus pasos a un lugar desde donde se veía mejor el poblado, el templo y el palacio. Eteria contempló el templo porticado y labrado en piedra con adornos dorados. Al mirar hacia allí, su rostro se tornó serio y triste.

—Eglea… está allí. —Señaló en dirección al otro lado del valle, donde se divisaba el pórtico de entrada al templo—. No sé qué le pasa, pero últimamente no puedo verla ni hablar con ella. Algo le ocurre, y me preocupa. Solo la vi un día, hace tiempo: me dio el colgante que llevaba al cuello, un trisquel, símbolo de las que se dedican al cuidado del templo, las que están junto al trono de la Gran Vestal. Era como si se despidiese de mí.

Lo señaló. Delante de las columnas había un gran trono dorado, que dominaba todo, y desde donde se podía divisar el patio del

templo y la explanada.

—Es el trono de la Gran Vestal; detrás, en el templo, es donde vive Eglea ahora. —Eteria señalaba en aquella dirección con su blanco brazo desnudo—. La echo mucho de menos. Siento que la he perdido, sobre todo desde que me entregó la piedra con el trisquel. Es muy extraño que me lo diese: es el símbolo de su destino en la vida. Las vestales que están en el templo se dedican a desarrollar cualidades mentales, aman el baile y la música. Eglea aprenderá, y estará cerca de la Gran Vestal. Será muy sabia, aprenderá magia, verá en las mentes. ¡Es una gran suerte haber sido elegida por el dios para estar en su templo!

Sin embargo, la voz de Eteria sonó triste, y su forma de hablar no daba a entender que fuera una suerte estar en el templo. En realidad, servir en el templo era un encierro dentro de otro. Las hespérides que eran conducidas allí casi no podían relacionarse con las demás, mientras que las jardineras, las guardianas y las otras gozaban de mayor libertad.

Nórax percibió su aspecto abatido y con una mano le apretó el hombro, pero ella se zafó de la caricia; ambos se apartaron del altozano desde donde se veía el poblado de las hespérides, el templo, la escuela y el palacio.

Fueron recorriendo el jardín que rodeaba a la ciudadela, que estaba vallado porque las cabras y ovejas de la isla, que les proporcionaban leche y lana, podían causar destrozos. Regresaron hacia la costa atravesando bosques poblados de camelios, cerezos, almendros y manzanos y estrechos senderos en cuyos bordes crecían prímulas y pensamientos.

Eteria le contó que, dentro de poco tiempo, en los albores de la primavera, aquellos árboles florecerían y todo se llenaría de aromas deliciosos y del color de mil flores. Todo había sido cultivado por las hespérides.

Cada una de las hijas de la noche tenía su tarea, que se relacionaba con el don que el dios le hubiese concedido, pero la labor fundamental de todas era cultivar el jardín, y por eso era tan

hermoso. Eteria le explicó que la isla era el resto de un paraíso primigenio de donde la humanidad había sido expulsada; se decía que, de algún modo, la isla había sobrevivido al mundo anterior al diluvio porque allí el patriarca Jafet, hijo de Noé, después de recorrer con toda su familia el mundo devastado, había plantado renuevos de todas las plantas que se habían salvado en el arca.

Años después, cuando Nórax el navegante viajó por tierras ignotas, y sus barcos llegaron a lejanos países e islas, no pudo ver en ningún lugar las flores, los frutos y los árboles que ornaban aquel jardín insular, cuidado por las hespérides; abetos de la zona norte, palmeras africanas, secuoyas inmensas, sauces, enormes castaños y robles. Además, flores de todo tipo: lirios, gerberas, margaritas, rosas y tulipanes, entre toda aquella vegetación de manzanos, grandes y pequeños, con frutas rojas brillantes, verdes o amarillas.

Cuando Nórax le señaló lo hermoso que era todo, ella le explicó que la vegetación crecía por la fertilidad de la isla; tomó una manzana entre sus bellas manos, la frotó contra su túnica hasta que le brilló la piel y, después de morderla, le hizo comer de ella. Con sus largos dedos, extrajo la semilla y la introdujo en la tierra.

Siguieron conversando animadamente, y cuando se marchaban, poco tiempo después, había brotado una plantita de apenas unos dedos de altura: un pequeño manzano. Nórax, consciente del rápido crecimiento de la planta, la miró asombrado, a lo que ella repuso riendo:

—Es Atón, nuestro dios, que todo lo hace fértil. A mí me ha concedido el don, de forma más notoria que a ninguna otra, de hacer crecer las plantas y las flores, y por eso seré jardinera.

Atardecía ya cuando Eteria lo condujo a los acantilados que se abrían a la puesta de sol, en la parte más occidental de la isla. Desde aquel lugar se divisaba el horizonte donde el sol se hundía en el gran océano que rodeaba todo el mundo conocido. Era un lugar mágico.

A lo lejos, sobre un cabo blanco que se adentraba en el mar, divisaron a Areté: cantaba, y su voz atravesaba los corazones. Al

poco de comenzar, se vio rodeada de aves marinas, y ella, levantando los brazos en su dirección, se puso a hablar con las gaviotas y los cormoranes.

Nórax le preguntó a Eteria, que le explicó que uno de los dones que se les había concedido a las hespérides era la capacidad de hablar con las aves y cantar como ellas. No todas lo poseían, pero Areté sí. El canto de las hespérides era el del ruiseñor, el jilguero y la alondra, y por eso la isla estaba llena de música. Pero, de las tres hermanas, a la que se le había concedido el mayor don era a Areté. Era muy fuerte y decidida, una gran luchadora que podría llegar a ser peligrosa. Eteria la señaló desde lejos; se notaba que la admiraba:

—Llegará a ser una hábil luchadora, más fuerte que cualquier hombre. A las guardianas les enseñan técnicas de combate; utilizan las manos como si fueran hachas y golpean también con las piernas y los pies, con una gran rapidez. Todas conocemos algo de esta técnica, pero ellas la dominan. En los tiempos antiguos, cuando se permitía el paso a la ciudad, combatieron con los ejércitos de Tarsis. Ahora se siguen entrenando para protegernos de cualquier amenaza del continente. Areté será una gran guerrera, pero no creo que nunca tenga que ejercitar su don.

Después le confesó a Nórax que Areté volaba alto como las águilas, que era rápida y fuerte, y por eso sería un día guardiana, pero también era delicada y espiritual, y cantaba con una voz que atravesaba los corazones. Nórax, como buen marino, era capaz de entender el vuelo de las aves, pero no comprendía su lenguaje, su gorjeo y sus trinos, ni se comunicaba con ellas, tal y como lo hacía Areté.

Rodeada por las aves, Areté se retiró hacia el interior de la isla. Se quedaron solos con el estruendo del mar golpeando los acantilados. Permanecían callados mientras el sol descendía en el día previo al del solsticio, aproximándose quedamente hacia el lugar donde cielo y mar se unían, en el punto más occidental del mundo conocido en la isla de Hesperia.

Desde aquel lugar mágico, quizá a través de los ojos de Eteria, que le fue señalando lo que se divisaba, Nórax pudo entrever las islas del estaño, Albión, con sus acantilados blancos, y la verde tierra de Hibernia. Se llenó de asombro porque sabía que estaban muy distantes y que era imposible que pudieran ser divisadas desde allí, pero Hesperia era mágica: todo estaba cerca de ella. Desde la isla se podían avistar las costas de todos los lugares del mundo, países ignotos, lugares nunca hollados por los marinos de Tarsis.

Eteria le explicó que en el acantilado había una conexión con todo lo relacionado con el sol, y que existía un lugar en el mundo donde se encontraba un templo milenario en el que se rendía culto al dios solar desde muchas generaciones atrás. Ese lugar se hallaba en Albión, y era la isla de la inmortalidad.

El mar se extendía plano como un espejo que se iluminaba con una larga estela rojiza, movida por la marejada solo cerca de la costa. El disco solar poco a poco descendía, ocultándose tras el horizonte. La brisa del mar, húmeda y con olor a salitre, les llenaba los pulmones. Solo había felicidad en aquel momento, y Nórax no pudo menos que exclamar:

—Esto es el paraíso.

El sol se fue ocultando en el mar. En los ojos de Eteria reverberó el último rayo de sol y entonces se tornaron dorados y se fijaron en las pupilas grises de Nórax mientras sus labios se abrían en un suspiro que era como un quejido.

—Sin libertad, no es posible el paraíso.

Nórax experimentó una gran ternura hacia Eteria, que se sentía atrapada en una jaula hermosa pero cerrada. Cuando el sol ya se había puesto, ella le confesó que, si le hubieran permitido elegir, quizá habría escogido vivir en Hesperia, pero no le gustaba que la hubiesen condenado a hacerlo; detestaba sentirse obligada y constreñida.

El crepúsculo tintaba de rojo, bermellón y lila el cielo azul pálido tras el ocaso. Cuando las luces del horizonte desaparecieron y solo se vislumbraba una leve claridad hacia el oeste, abandonaron el

acantilado. En el trayecto hacia la cabaña se hizo noche cerrada, y caminaron bajo la luz de las estrellas.

El sendero discurría sobre el jardín. En ese momento, en las casas y en el templo se encendían las luces. Eteria le señaló una construcción donde se habían encendido dos antorchas a los lados de la puerta que iluminaban la casa y los arriates de adelfas que la rodeaban. Sobre el dintel de la puerta estaba el sello del rey Gerión, que representaba la ciudad de Tarsis, el triple círculo cruzado por una línea que llegaba al centro. Allí vivían ella y sus hermanas.

Aunque bajaron despacio, como entre los árboles reinaba la oscuridad, Nórax, que estaba débil aún, se tropezó y se cayó sobre una gran raíz que le golpeó justamente el brazo izquierdo, el que había herido el Leviatán. El dolor fue tan agudo que a punto estuvo de perder el conocimiento. Eteria se arrodilló junto a él y, al advertir dónde había recibido el golpe, le acarició suavemente el hombro y el antebrazo, lo que lo alivió. Se levantó con dificultad porque el brazo le pesaba cada vez más.

Eteria lo miró preocupada y, mientras le examinaba el brazo atentamente, le anunció:

—No tienes ninguna herida superficial, pero seguramente el veneno que te inoculó el dragón marino estaba encapsulado, y con la caída se habrá liberado de nuevo.

Era así: Nórax notaba una gran quemazón interna y algo que, de algún modo, le impedía el movimiento del brazo. Al cabo, Nórax dejó de moverlo, y colgaba inerte, sin vida. Ella le agarró la mano paralizada en la suya, lo que le calmaba algo el dolor, aunque este persistía de un modo sordo.

Andando más deprisa, Eteria le condujo de nuevo a un altozano, como un mirador cerca de la cabaña; desde allí se divisaba la gran explanada frente al templo, ahora vacía porque ya había anochecido. La plaza estaba empapada de agua que formaba charcos, quizá porque la habían limpiado para la fiesta del día siguiente, y la piedra mojada del suelo brillaba iluminada a la luz de las antorchas. Las

mismas luces cuyo resplandor incidía en las lorigas plateadas de las doncellas guerreras que montaban guardia.

—Todo está preparado para mañana, que es la fiesta del solsticio. Desde aquí puedes ver la explanada —le comentó con cierta inseguridad—. Mis hermanas y yo hemos sido designadas para realizar el baile del trisquel. Lo hemos ensayado Areté y yo, que no cometemos fallos, pero no hemos podido hacerlo con Eglea y no sé si va a salir bien.

Le explicó que aquella danza era tradición en la fiesta del invierno, un hermoso baile de luz que solían ejecutar tres doncellas elegidas por su belleza y virtud. Estaba orgullosa de que las hubiesen designado para ello, por lo que volvió los ojos hacia Nórax, fijando las pupilas ambarinas en las de él, y le sugirió:

—Me gustaría sentir que me ves desde aquí. Nadie advertirá tu presencia porque todas estarán en la fiesta. Tú y yo somos uno.

Nórax asintió mientras una emoción intensa le atravesaba el pecho como una punzada de felicidad. Se giró hacia ella y la estrechó contra sí con el brazo sano. Eteria dejó que lo hiciese y, como una niña, apoyó su cabecita sobre el pecho de Nórax, que percibió el olor a rosas que desprendían sus cabellos. Y a él le inundó una sensación de paz, de plenitud.

Después Eteria se separó, como avergonzada, y le dijo suavemente que debía volver, que podían estar buscándola. Nórax la acompañó hasta muy cerca del poblado de las hespérides. Cuando se fue, sintió de nuevo un intenso dolor en el brazo, que no podía mover en absoluto.

El tiempo de soledad

Hesperia, Imbolc de 1594 a. C.

La estrella de la mañana se elevó sobre la cabaña del sauce mientras las largas ramas plateadas danzaban al compás de la brisa. Nórax se despertó estremecido por el eco lejano de trompetas y tambores que anunciaban el día grande en el que Atón renacería después de la noche más larga del año. Se levantó con un nerviosismo palpable, envuelto por la magia de aquel tiempo sagrado.

Afuera, las luces rosáceas preludiaban el amanecer del día del solsticio. El cielo era límpido, sin nubes, como eran los amaneceres de Hesperia. Nórax se alejó de la cabaña siguiendo la senda que Eteria le había indicado. El dolor en el brazo persistía, pero no quería fallarle. Desde el altozano, divisó el poblado de las hespérides, dominado por el templo y el palacio de la Gran Vestal.

Se sentó, oculto entre los árboles, de frente al templo. Su mirada recorrió los pórticos de piedra y los altares, dispuestos en un gran círculo que se abría hacia la explanada, aún sumida en la oscuridad. Le recordaron el círculo de piedra de Albión que habían visto la noche anterior.

En la penumbra de la plaza, las luces del alba iluminaron a las hespérides, que llenaron la explanada en silencio, todas vestidas de blanco. Entonces una escolta de guardianas con lorigas de plata abrió paso a una mujer con túnica púrpura, tocado de plumas de pavo real y larga cabellera negra: la Gran Vestal. La seguían sacerdotisas con túnicas en tonos suaves. Frente al altar, la Gran

Vestal colocó algo brillante en una joya de oro, de un palmo de altura, hecha de ámbar y coral, y se arrodilló. Era una piedra preciosa que refulgía como un brillante.

El primer rayo del sol atravesó el arco central y se deslizó hasta el altar, iluminando la joya de oro con un resplandor ambarino. Todo el templo se inundó de una luz dorada. Atón se manifestaba. Un rayo aún más vívido cruzó el brillante sobre la joya y alcanzó a Nórax, envolviéndolo en un halo resplandeciente. Sintió que el dios lo llamaba y lo transportaba lejos.

Ante él apareció un templo solar orientado al solsticio y formado por piedras que se alzaban en anillos concéntricos. El más exterior estaba constituido por bloques de arenisca clara coronados por dinteles, rodeando un círculo interior de piedras azuladas dispuestas en forma de herradura. En su centro, sobre un altar de tono verdoso, reposaba un relicario semejante al de Hesperia del que emergía el fulgor encendido de una gema de color rojizo muy intenso.

Allí se agolpaba una multitud, entregada al rito solemne del culto al dios solar. El sol nacía sobre un tierra desconocida y nevada, tiñendo la avenida con su luz encendida y arrancando resplandores escarlatas de la piedra preciosa en el altar. Entonces de la gema brotó un fogonazo de luz bermellón. En un instante, las piedras y la multitud congregada quedaron sumergidas en un resplandor rojo ardiente, como si todo el paisaje hubiera sido envuelto por una brasa viva.

Estaba en Hesperia, pero también en aquel lugar ignoto y lejano. A través de aquella visión comprendió que el templo de Hesperia se hallaba unido, por misteriosos vínculos, con un santuario donde se veneraba al sol. El templo de Hesperia, y quizá la propia isla, era un umbral entre mundos. Deseó llegar allí. La imagen se desvaneció lentamente, y regresó al mirador desde donde contemplaba, aún, la ceremonia del solsticio en la isla sagrada.

En la explanada de Hesperia la música había cambiado. Resonaban tonos épicos, marciales, como preludio de un combate.

Dos formaciones de mujeres, vestidas con lorigas plateadas y cascos ceremoniales, se enfrentaban en el centro del recinto sagrado. Las guardianas desarrollaban un baile que era, al mismo tiempo, danza y pugilato. Saltaban con gran agilidad apoyándose en la lanza y sobrevolaban de un salto a sus contrincantes, quienes se agachaban para alzarse apuntándoles con la espada en un gesto mil veces ensayado.

La coreografía era un combate ritual. Irrumpió un grupo de arqueras, que tensaron sus armas en perfecta sincronía y una lluvia de flechas cruzó el cielo sobre los arcos de piedra que cerraban la plaza sin que una sola se desviase de su trayectoria. Con un gesto militar, alzando el brazo hacia la Gran Vestal, las guardianas se despidieron y abandonaron la explanada en formación.

Cuando se retiró el ejército de guardianas, surgieron en la explanada hespérides muy jóvenes que danzaban al compás de arpas, laúdes y tambores. Sus túnicas blancas brillaban bajo el sol, y sus movimientos, rítmicos y armoniosos, las hacían entrecruzarse con gracia, ejecutar acrobacias, elevarse como si volaran al ritmo de la música.

Desde lejos, Nórax se dejó contagiar por aquella alegría luminosa. Le parecía oír las risas de las muchachas entre los acordes, un gozo puro que impregnaba cada giro, cada salto. Contemplar las danzas, oler los perfumes que el jardín exhalaba bajo el sol del solsticio, era como haber alcanzado un mundo idílico, sin dolor ni deseo. Aquella dicha compartida aplacaba por un instante el peso del dolor que le oprimía el pecho y el brazo izquierdo, inflamado una vez más.

Sonó una música de flautas y tambores, armoniosa y rítmica, que repetía una misma cadencia envolvente. Las danzarinas abrieron filas y, en medio de ellas, tres doncellas de largas melenas de color claro bailaron al son de la música.

Desde lejos, por el tono del cabello, Nórax pudo reconocerlas: el color rubio casi blanco de Eglea, el castaño muy claro, cobrizo, de Eteria y el rubio dorado de Areté.

La mirada de Nórax las siguió como hechizado. La danza del trisquel comenzaba agarrándose las tres de una mano sin prácticamente soltarse mientras el otro brazo se envolvía y se desenvolvía en un movimiento fluido, casi ritual.

Desde su posición elevada, Nórax distinguía claramente que la danza de las tres hijas de Gerión trazaba la figura del trisquel. Giraban sobre sí mismas, se intercambiaban las manos, pero siempre, al concluir la rotación, el símbolo reaparecía, firme, nítido, como si emergiera del corazón de la danza. A su alrededor, las otras doncellas describían círculos y espirales en perfecta armonía, como si fueran ondas nacidas de un mismo centro sagrado.

En lo alto, frente al templo, sobre un estrado, la Gran Vestal contemplaba la danza, rodeada de las maestras y de otras sacerdotisas de alto rango. Las guardianas, cubiertas con peplos de plata, formaban cuatro grandes filas a cada lado, flanqueando el espacio sagrado como un muro viviente, dispuesto en forma de cuadrilátero que delimitaba con precisión el centro del baile.

La música se aceleraba, cada vez más rápida, cada vez más viva, y con ella giraban también, cada vez más deprisa, las tres hijas de Gerión. Fue entonces cuando la danza de las tres hespérides terminó bruscamente.

La doncella de cabellos más claros, casi plateados, Eglea, cayó al suelo repentinamente, desvanecida. La danza se detuvo al instante, pues sus compañeras corrieron a sostenerla. Se incorporó con torpeza, aunque permanecía sentada, visiblemente mareada. Varias guardianas se aproximaron con paso rápido mientras sus hermanas la rodeaban, haciendo gestos apaciguadores, como si quisieran protegerla.

Desde tan lejos, Nórax no podía distinguir los rostros, pero percibió con nitidez que la que yacía en el suelo no se encontraba bien. Finalmente, Eglea logró levantarse con dificultad y, apoyándose en las otras dos, abandonó la plaza caminando con pasos inciertos, escoltada por las guardianas.

La Gran Vestal alzó una mano con gesto imperioso y la celebración prosiguió. La explanada se llenó de nuevo de hespérides que retomaron la danza. La música volvía a llenar el corazón de Nórax, que permaneció un tiempo contemplando la plaza con la esperanza de ver, aunque solo fuera de lejos, a Eteria. Pero no volvió a distinguirla, ni a ella ni a ninguna de sus hermanas.

Embriagado aún por la música y la danza, Nórax se alejó hacia la costa. Los rayos del dios solar le alegraban el corazón; henchido de esperanza, sentía que solo necesitaba a Eteria para ser plenamente feliz. La liberaría y sería suya, pero para ello necesitaba curarse y regresar a Tarsis.

Volvió a la cabaña con el alma revuelta por pensamientos encontrados. La luz cárdena que había contemplado en el paisaje nevado seguía llamándolo desde lo más hondo de su ser; intuía, sin saber cómo, que su destino lo aguardaba allí, en aquella tierra extraña, teñida por la nieve y por el fuego.

Exhausto, se dejó caer sobre el lecho de hojarasca. Un malestar febril lo envolvía, como si su cuerpo ardiera con los ecos de lo vivido. Se sumió en un duermevela inquieto, atravesado por visiones: la luz de la tierra desconocida, el resplandor áureo del templo de Hesperia y un mismo fuego sagrado palpitando en ambas revelaciones.

Tras los días del solsticio, llegaron jornadas algo más frescas. Nórax solo podía alimentarse con las manzanas del árbol junto a la cabaña, pues ellas no regresaban. No entendía por qué lo habían dejado solo. El brazo le dolía cada día más. No podía moverlo. La herida externa se había cerrado, pero dentro latía un dolor urente, persistente, que se agravaba con el menor esfuerzo. Sabía que tenía fiebre. Se sentía débil, cansado.

Fue un tiempo extraño. A Nórax, hombre de naturaleza serena, no le disgustaba la soledad en aquel paraíso. Y sin embargo, anhelaba ver de nuevo a Eteria a su lado, su sonrisa, sus ojos chispeantes, su voz alegre. Para poder encontrarla, reunía fuerzas, y con no poco empeño, deteniéndose a menudo, se alejaba cada vez más de la cabaña, tomando mil precauciones para no ser visto.

Desde el altozano, se entretenía contemplando el poblado de las hespérides, buscando entre la multitud el cabello castaño claro de la hija de Gerión, pero sin lograr distinguirla.

El brazo le dolía menos si permanecía quieto, porque cada movimiento le provocaba una punzada desagradable y abrasadora. Sobreponiéndose al desagradable dolor, se arriesgaba a vagar por la isla, silencioso, paciente, entregado a la contemplación. Espiaba desde la distancia a las hespérides, que le parecían una comunidad feliz y armoniosa. Durante las mañanas, las veía entregadas a sus tareas: unas cuidaban a las niñas, otras llevaban las cabras al pasto. En las puertas de las casas, ancianas de cabellos blancos hilaban, tejían o bordaban. Las jardineras podaban, recogían flores, arreglaban las fuentes, tejían guirnaldas que luego distribuían por los senderos del jardín. La mayoría trabajaba en los grandes campos de manzanos situados junto al templo y el palacio. En alguna ocasión, desde lejos, le pareció reconocer el cabello de Eteria. No estaba seguro. Estaba rodeada por otras hespérides, y era imposible acercarse.

Las guardianas se entrenaban entre sí en una pradera verde, en mitad del campo de manzanos, bajo la sombra del templo. Se enfrentaban con alegría, riendo mientras saltaban, esquivaban y se lanzaban al combate con movimientos gráciles y veloces. Algunas luchaban con espadas. Eran fuertes y ágiles, ligeras y hábiles. Nórax distinguió entre ellas a una joven especialmente diestra de cabello claro: supuso que era Areté.

Por las tardes, todas abandonaban sus faenas y se paseaban por la isla. A menudo, él debía ocultarse entre los árboles para no ser descubierto. Al caer la tarde, se congregaban en la plaza central, junto al templo, para cantar el himno al sol y danzar. Le llamó la atención que, desde el desvanecimiento de Eglea en la danza del trisquel, no la hubiese vuelto a ver con sus hermanas. Sin embargo, Eteria y Areté continuaban participando en los bailes del crepúsculo. Pensó que quizá Eglea había sido llevada al templo, ya como vestal.

En su soledad forzosa, Nórax no solo espiaba a las hespérides, sino que también se asomaba a los acantilados. Desde el promontorio que Eteria le había mostrado, contemplaba la puesta de sol: el dios se alejaba de los hombres hacia el poniente, pintando el cielo con matices violáceos, lilas, anaranjados y carmesíes como jamás había visto en otro lugar. El rugido del oleaje contra las rocas le serenaba el ánimo, que en su aislamiento se volvía cada vez más melancólico. En ocasiones descendía hasta alguna cala, apoyándose en su único brazo útil, y se quedaba allí, acompañado por las gaviotas, que planeaban con majestad en el aire y caminaban con torpeza por la arena, alejándose de él con andares vacilantes.

En una de las calas, cercana a la cabaña, divisó a las doncellas de Hesperia nadar mar adentro hasta los arrecifes. Luego se tumbaban a tomar el sol entre las rocas. Eteria le había contado que, antes de la muerte del dragón marino, ninguna se atrevía a llegar tan lejos. Ahora, sin temor, saludaban a las naves de Tarsis cuando se acercaban.

Los días se hicieron más largos. Llegó la fiesta de las candelas. De niño, a Nórax le gustaba mucho aquella fiesta, en la que toda la ciudad de Tarsis resplandecía, porque el dios se mostraba más benigno, y su luz retornaba con fuerza.

Era el tiempo en que el trigo reverdecía en los campos del estuario, las ovejas parían y desde Hesperia llegaba una llama sagrada que se encendía en los hogares, uno a uno. Nórax solo había visto la llegada del fuego al puerto. Ahora tenía la oportunidad de presenciar su origen.

Se dirigió al altozano desde donde se divisaban el poblado y la acrópolis. En el altar del patio interior del templo, algo brillaba con intensidad en la luz de la mañana. Desde tan lejos no podía distinguir bien qué era, pero le pareció la misma gema que había visto durante el solsticio; aquella que lo había transportado, por un instante, a la tierra de la nieve y del fuego. Ahora centelleaba con fulgores iridiscentes, engarzada en la joya de oro de un palmo de altura de la que emanaban destellos amarillos y dorados.

Desde el palacio anejo al templo, se acercó una comitiva de hespérides ricamente ataviadas. Al frente iba una sacerdotisa joven, con un peplo sostenido por fíbulas que brillaban al sol. Su cabeza estaba ceñida por una corona de plumas que imitaban los rayos del disco solar. No lograba distinguir su rostro desde allí. La seguía un séquito de doncellas envueltas en el blanco virginal de las hespérides, fajadas con cinturones y tocadas con diademas doradas.

Dispusieron la joya en el centro del ara. Cuando el sol la iluminó, se volvió incandescente, y una luz deslumbrante irradió de ella. La gran sacerdotisa acercó una tea embreada y se prendió una llama sagrada. Fue pasando de una a otra, encendiendo las candelas de las hespérides. Las doncellas formaron una hilera que unía el templo con el puerto. Allí las guardianas mensajeras llevaron el fuego en barcazas hasta el centro de la bahía, donde lo entregaron a las naves que esperaban para trasladarlo a la ciudad.

Nórax recordaba cómo, al atardecer, el fuego llegaba a la ciudad y se extendía de casa en casa. Nadie conocía su origen. Ahora él lo sabía. Para que ese fuego naciera, la luz del dios debía haber vencido al invierno. Por eso, en la víspera de la fiesta de las candelas, el sol era capaz de encender la brea a través de la piedra sagrada, anunciando que la primavera se acercaba.

Comprendió que aquella era la piedra de luz, la que ansiaba Krysaor, la misma que, tiempo atrás, había oído mencionar a los remeros durante su castigo. Le vinieron a la memoria antiguas leyendas que hablaban de gemas milenarias capaces de contener un poder propio, una energía viva. Se decía que el patriarca Jafet había poseído una, herencia de una civilización anterior al diluvio.

Una de las guardianas pareció intuir que alguien las observaba. Emprendió el ascenso hacia el altozano. Nórax retrocedió apresuradamente y, al hacerlo, una rama le golpeó en el hombro aún herido. Sintió una punzada brutal, como si el veneno se hubiera reactivado. Contuvo un grito. Mareado, tambaleándose, logró regresar a la cabaña, donde se derrumbó.

La herida

Hesperia, inicio de la primavera de 1594 a. C.

Desde aquel momento, Nórax se sintió peor. El pecho le dolía y el brazo estaba muy inflamado y presentaba un tono negruzco. Por momentos, cuando le subía la fiebre, entreveía al dios solar como un hombre que le hablaba y le decía que se iría con él a la tierra de la inmortalidad. Divisaba las costas de una enorme isla lejana y verde con un túmulo al que era posible acceder por un pasadizo que se abría al atravesarlo la luz del sol en el solsticio. Retornaba en sueños a la llanura de Albión, al templo con la herradura y la piedra color bermellón.

A veces le parecía contemplar a Eteria, pero siempre era un sueño, y cuando se despertaba, no estaba junto a él, y solo entreveía el techo de la cabaña. Pasaron días en los que la luz del ocaso parecía confundirse con la del alba, y todo era borroso y ambiguo. Nórax se debilitaba porque no era capaz de salir y acercarse a los manzanos para tomar la fruta. Se arrastraba hasta un pequeño arroyo junto a la cabaña para beber agua porque la sed le devoraba, pero llegó un día en que ya no se pudo mover.

Fue entonces cuando Eteria regresó: una mano suave refrescó con un paño sus labios ardientes y, cuando abrió los ojos, ella le dio de beber. De una especie de bolsa que llevaba a la espalda sacó queso fuerte y oloroso, un preparado de aceitunas machacadas, pan y dulce de fruta. Le hizo comer. Nórax le preguntó por qué se había alejado tanto de él, por qué no había vuelto antes, por qué lo había abandonado. Ella no le respondió y enrojeció intensamente,

avergonzada al mirarlo. Aquella actitud era muy extraña en Eteria, siempre tan dulce y confiada.

—Deberías irte —le sugirió.

—No puedo. Estoy muy enfermo.

—Ya me doy cuenta —respondió ella con un tono entristecido.

—Creo que voy a morir —confesó Nórax—. Veo al dios y un túmulo funerario en una pradera cubierta de nubes, fría y lejana. No tengo fuerzas para nada. Te tengo delante, igual que a mi padre, a gentes de Tarsis…, pero sé que no estáis.

Le examinó el brazo. La herida de la piel hacía tiempo que había cicatrizado, pero el brazo ahora estaba tumefacto, negruzco a la vez que inflamado, y no podía moverlo en absoluto. En la isla, al igual que las plantas crecían con celeridad, las heridas cicatrizaban también más deprisa. Su situación era peor que al principio porque el mal estaba profundo, y era difícil acceder a él. Nórax se sentía absolutamente debilitado.

—El Leviatán te inoculó algo maligno. Cuando te curamos, se enquistó, y aunque parecía que habías sanado, el golpe que te diste al caer lo ha liberado y ha vuelto a ser nocivo para ti. Puedes morir.

—Contigo el veneno parece que deja de actuar.

—Lo sé. Las hespérides aliviamos a los enfermos solo con nuestra presencia, pero no es suficiente. El veneno con el que te ha emponzoñado el dragón es algo muy potente y difícil de curar. —Dicho esto, se quedó pensativa—. Solo la luz de la piedra de Jafet podría curarte.

Nórax recordó lo que había presenciado unos días atrás.

—Sobre el altar… en la fiesta de las candelas…

Eteria se sorprendió.

—Sí, en la fiesta de las candelas, os espiaba desde aquel altozano adonde me llevaste una vez. Vi desde lejos la joya que encendía las candelas condensando la luz solar.

—Sí, esa es. Si pudieras acercarte a la luz que irradia la piedra, te curarías. Limpia todo mal, cura y purifica.

—¿Puedes conseguirla?

—Está guardada en el templo. Solo la gran sacerdotisa puede acercarse a ella.

—¡Quizá Eglea!

Al oír el nombre de su hermana, la cara de Eteria se llenó de horror y se transformó.

—¡Oh, dios Atón, luz solar! ¡Ayúdanos!

Se echó a llorar.

—¿Qué ocurre?

—Sabemos que le ha sucedido algo terrible, pero no nos dicen lo que le pasa. Eglea ya no baila con las vestales. Nos han llegado noticias de que está enferma, pero no nos permiten pasar a verla. Es injusto; la nueva gran sacerdotisa es cruel al separarnos. —Enrojeció y, como disculpándose, rectificó—: No debería hablar así.

Nórax la miró como alentándola, de modo que ella siguió:

—Desde el solsticio no la vemos, y el consejo nos oculta lo que le está pasando. Nos tienen bajo vigilancia especial, y por eso no pude venir a verte. Es muy peligroso. ¡Si supieran que te ocultamos…!

Palideció.

—¿Os matarían?

—Digamos que cumplirían la ley, y ya sabes que está penado con la muerte que una de nosotras se acerque a cualquier hombre, y menos aún ocultar a uno en la isla sagrada.

Nórax se conmovió, consciente de cuánto les debía a aquellas niñas.

—Debo irme de aquí, pero no tengo fuerzas. Parecía que me había curado, pero desde el golpe estoy cada vez más débil.

—Necesitas el antídoto… —declaró, pensativa, Eteria—, la piedra del dios solar, que solo se puede usar si él nos deja. Sirve para curar, para limpiar del mal. En ella el mismo dios está presente.

La gema de luz parecía poderosa, pero algo tan potente quizá también podría perjudicarle, así que le preguntó a Eteria:

—¿Puede hacer daño?

—No lo creo. Actúa purificando lo corrupto, lo nocivo, lo venenoso. El dios comunica su fuerza a las hespérides, que la

ejercen a través de la piedra de luz. Pero los que alguna vez intentaron utilizarla para el mal fueron víctimas de una maldición.

—Si la consigues y me curara…, me marcharía.

Eteria le asió la mano y la apretó. Después, de la bolsa sacó un pequeño tarro tapado por un corcho que contenía un ungüento cremoso con el que le masajeó el brazo inflamado. Nórax sintió alivio. Le explicó cómo debía aplicárselo y le dijo que pronto regresaría. Después, suavemente, como una sombra, se fue, y la luz en la cabaña pareció atenuarse.

Cuando el ungüento se acabó, Nórax se seguía sintiendo débil, y el brazo volvió a estar muy tumefacto. Le subió la fiebre, y casi no tenía fuerzas para levantarse. Se sentía angustiado y todo le parecía irreal; a veces no sabía dónde se encontraba: creía estar en el calabozo de Tarsis, en una llanura nevada, en La Estrella del Ocaso…

Pasados unos días, cuando la primavera había empapado ya la isla con fragancias y olores renovados, Eteria regresó con las primeras luces del alba. En una faltriquera colgada de la cintura llevaba un bulto.

Apoyándose en Eteria, Nórax consiguió llegar al claro en el bosque que rodeaba la cabaña mientras la luz del amanecer se colaba entre los árboles. Se encontraba muy débil y, aún más, agotado, por lo que se derrumbó bajo las ramas de un roble y quedó apoyado en el tronco. Entonces Eteria sacó de la faltriquera algo cubierto por una hermosa tela y se alejó un poco de él caminando hacia una roca que se elevaba en el centro del claro. Actuaba tratando lo que llevaba entre manos con una gran dignidad y reverencia. La luz del sol brilló sobre las ramas del bosque, que aún estaba sumido en las sombras.

Cuando llegó a la roca en el centro del claro, Eteria destapó la tela y Nórax pudo ver lo que ella llevaba en las manos. A pesar del estado en que se encontraba, Nórax no pudo contener un grito de asombro: ante él se alzaba un diamante de gran tamaño, de unos dos dedos de largo por uno de ancho, tallado con exquisita precisión y engarzado sobre una especie de relicario de oro delicadamente

trabajado, con incrustaciones de ámbar y coral con la forma del sol. El ámbar tenía el mismo tono dorado que los ojos de las hijas de Gerión, y el coral recordaba el carmesí de sus labios. Aquel objeto no era solo una joya: era una representación viva del sol y del poder de las hespérides.

Eteria le indicó que se arrodillara. Esperaron en silencio. El sol ascendía lentamente sobre las copas de los árboles y, en cuanto sus rayos alcanzaron la gema, esta se encendió con un fulgor deslumbrante. Mil haces de luz se derramaron en el claro, irradiando tonalidades áureas e iridiscentes, como si toda la energía solar se hubiera concentrado en ese punto. Era un resplandor cálido, envolvente, que no quemaba, sino que reconfortaba.

La luz le iluminó el brazo herido y al instante la piel comenzó a desprenderse en finas escamas que al caer al suelo ardieron. Lentamente, Nórax alzó la mano hacia el cielo, hacia el dios solar. La fiebre había desaparecido. La herida ya no dolía. Estaba curado.

Eteria asió de nuevo la joya, sobre sus palmas extendidas, se acercó a Nórax y sonrió. Estaba tan hermosa, con la luz brillando sobre su rostro, que su belleza atravesó a Nórax causándole una herida. Tenía los párpados bajos, mirando la piedra, pero no la tocaba directamente, sino solo con el tejido oscuro que la cubría. Si lo hubiese hecho, siendo una hespéride, el brillo se habría convertido en una explosión luminosa.

Finalmente elevó los párpados y clavó sus pupilas en Nórax. Él sintió una honda felicidad, pues se miraban de una manera diferente. En los ojos de Eteria había algo que Nórax no sabía en aquel momento interpretar, pero que le infundía esperanza. La luz de la piedra sagrada limpiaba el interior del corazón de todo maleficio, y ella había estado atrapada por algo que le impedía ser ella misma y actuar con libertad.

Una nube cubrió el sol y la piedra siguió brillando, pero de modo más suave. Eteria la tapó, envolviéndola con la tela, y la agarró entre las palmas de sus manos con reverencia infinita. Entonces, se fue.

Nórax, que no pudo apartar los ojos de ella mientras se iba, advirtió en su porte una dignidad y una fortaleza que nunca había visto antes en nadie.

El juicio

Hesperia, solsticio de verano de 1594 a. C.

La primavera en Hesperia desplegaba todo su esplendor, las flores se abrían en colores cálidos y los camelios, los manzanos, los cerezos y los almendros exhalaban un perfume que impregnaba el ambiente, pero Eteria no regresaba, y sin ella la primavera no existía para Nórax. La fuerza había retornado a su brazo, y también a su espíritu. Se entrenaba, y después de aquellos meses de inactividad ya era capaz de partir una gruesa rama con las manos; poco le quedaba ya para ser capaz de recorrer nadando el espacio que separaba la isla de Hesperia de la ciudad de Tarsis.

Aunque Eteria no regresó, un día se acercó Areté. Traía consigo atados en un paño aceitunas y algo de pan, que Nórax comió con apetito, agradecido tras tantos días alimentándose solo de manzanas. Mientras él comía, los ojos de Areté se detuvieron en su brazo, que ya se movía con normalidad y no mostraba herida alguna. No dijo nada, pero en su rostro asomó una expresión difícil de descifrar, mezcla de sorpresa y desconfianza.

—Eteria me dijo que habías mejorado, que sus ungüentos te han curado —comentó, sin apartar la mirada.

Nórax no sabía por qué, pero intuyó que no debía hablarle de la piedra de luz. Desvió la conversación y le preguntó por qué no habían vuelto a visitarlo. Areté contestó primero con evasivas, pero pronto, con gesto grave, se dirigió a él con voz queda, velada por el disgusto:

—Tienes que irte. Y no volver nunca más.

Nórax quiso preguntar por Eteria, pero Areté frunció el ceño con dureza, como si la sola mención de su hermana le doliera.

—¡No se te ocurra acercarte a ella! ¡Debes regresar a Tarsis! Estamos en peligro.

—¿Qué ocurre?

—No puedo decírtelo. Es algo que no te voy a contar porque me avergüenza. —Después le pidió imperativamente—: ¡Acompáñame!

Nórax la siguió e intentó averiguar adónde lo conducía con la esperanza de que fuera hasta Eteria. Areté no le contestaba, y su rostro decidido y hermoso denotaba angustia. Lo condujo al acantilado sobre la playa al que habían llegado Krysaor y Nórax, que no estaba lejos. Desde allí le indicó el camino que debía recorrer entre los arrecifes para salir de la isla:

—Tienes que ir de la roca redonda a aquella que parece un toro, de allí a la roca alargada, y desde allí hacia aquella cubierta por algas. —Señalaba con su fuerte brazo el mar—. Después, ten cuidado con el remolino. —Apuntó con el dedo hacia un lugar en donde el oleaje hacía un movimiento extraño—. Si te acercas a él, te tragará. No se sabrá nunca nada más de ti. —Entonces se oyó una trompa en el interior del bosque hacia el lugar en donde estaba el jardín—. Vete cuando se oculte el sol: las guardianas no te verán porque están rastreando la isla; ha ocurrido algo terrible.

Tras mirarlo aterrorizada, se fue corriendo.

Pasó el día, y el sol fue descendiendo hasta el ocaso. Había llegado el momento: Nórax podía irse. Se sentía con energía porque la comida que le había proporcionado Areté le daba fuerza para cruzar a nado el gran estuario de Tarsis, pero no era capaz de hacerlo. Desde lo alto del acantilado divisaba por un lado el mar infinito que se extendía tras de sí, aquel océano por el que había llegado… parecía que hacía ya una eternidad. De frente estaba Tarsis, con sus edificios, el templo y el palacio de Gerión. No quería irse. Dejaba a la mujer que amaba en la cárcel hermosa que era Hesperia, y sentía que no podía hacerlo, que, si había llegado a la

isla después de atravesar tantas dificultades, era por algo, y eso aún estaba inconcluso.

El naufragio de La Estrella del Ocaso había sucedido al final del otoño, ya había transcurrido el invierno y estaban en primavera; los días se prolongaban y hacía más calor. Las naves de Tarsis, varadas en los puertos durante el invierno, se dispondrían de nuevo a zarpar. Nórax añoraba Tarsis y sus naves, y, sin embargo, ahora que tenía fuerzas suficientes para poder irse, no deseaba hacerlo: la isla lo había hechizado.

Se marcharía, pero, pese a lo que Areté le había pedido, no era aún el momento. Algo le hizo sentir que debía ver a Eteria. Al contemplar la luz del sol rielando el mar, el brillo de los ojos de ella retornó a su mente. Anhelaba verla de nuevo, aunque solo fuese una vez. Así que se arriesgó y decidió regresar al poblado de las hespérides por el camino que la misma Eteria le había mostrado. En el fondo sabía que era una locura, pero algo en su interior le impedía hacer otra cosa.

Se acercó hasta el altozano al que un día le había conducido Eteria. Desde allí divisó las terrazas escalonadas donde las hespérides cultivaban el maravilloso jardín y las casas distribuidas por niveles entre ellas. Buscó con la mirada la que mostraba la marca de Gerión.

Tras una larga espera en la que cada vez se sentía más nervioso, divisó a Eteria y Areté, que salían de la casa y se dirigían a la explanada del templo. Eglea seguía sin aparecer por ningún lado. No la había vuelto a ver desde tiempo atrás. Las dos hermanas no estaban solas: otras dos mujeres, vestidas con las lorigas de las guardianas, iban con ellas y las acompañaban a todas partes.

Cayó la noche. El firmamento sobre la isla se fue iluminando gradualmente con el brillo de las infinitas estrellas que se veían en Hesperia: un cielo como solo existía allí, oscuro y esplendoroso a la vez. Al tiempo, se fueron alumbrando las casas de las hespérides con las luces de cada hogar, mientras se encendían las antorchas del exterior. No pasó mucho tiempo hasta que las ventanas fueron

apagándose poco a poco y solo quedaron algunas antorchas brillando en las calles, momento en que todo se llenó de quietud.

Las galaxias siguieron su curso inexorable sobre la bóveda celeste. Una pareja de guardianas rondaba el poblado, pero, cuando se alejaron, Nórax, oculto por la oscuridad de la noche, logró acercarse quedamente a la casa con el sello de Gerión. Las ventanas, abiertas por el calor, le permitieron entrever el interior, donde se oían unas voces femeninas; las dos hermanas, que descansaban en sendos lechos cercanos entre sí y junto a los cuales había un catre vacío, estaban hablando.

—Se ha ido ya, está curado. Ya no tenemos que ayudarlo. ¡Cada vez era más peligroso! —Areté estaba consolando a Eteria con una gran delicadeza—. ¡No te inquietes! ¡Es mejor así!

—¡Tendría que haber hablado con él! —exclamó Eteria—. Haberme despedido.

—¿Quieres que te ocurra como a Eglea?

—Yo no he hecho nada, soy fiel a Atón.

—Tu corazón no lo es. ¡Lo sabes bien!

Eteria sollozaba. Sin poder contenerse, empujado por el llanto de Eteria, Nórax abrió la puerta y penetró en el aposento.

—Soy yo. ¡No gritéis!

Areté se le enfrentó, y le espetó:

—Te dije que te fueras. Lo que haces es muy peligroso, y nos comprometes.

—Me iré, Areté, te lo juro por el dios, pero permíteme que me despida de Eteria, que hable al menos unos instantes con ella.

Areté se acercó más a Nórax rogándole con fuerza:

—¡Vete! ¡Te lo suplico! Ahora todo es mucho más peligroso que cuando llegasteis.

Nórax, intrigado por aquel misterio, le preguntó en voz algo más alta:

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

El rostro de ambas hermanas traslucía una angustia mezclada con desesperación.

—Se ha descubierto que Eglea espera un hijo —contestó Areté con impaciencia—; su enfermedad era esa. Nacerá pronto. No nos lo querían decir porque estamos bajo sospecha. ¡Pobre Eglea! Morirá…

—Pero ¿por qué tiene que morir? —La pregunta de Nórax sonó extraña; lo sabía perfectamente, pero lo decía porque detestaba la injusticia.

Eteria contestó con voz dolorida:

—Lo sabes muy bien. Hay una ley inexorable. Somos las esposas del dios. —En aquellas palabras de Eteria, que un tiempo atrás habrían sonado de otro modo, latía un hálito de tristeza—. Eglea lo ha traicionado y será condenada a muerte. En cuanto dé a luz, será precipitada al mar.

—¡Oh! —exclamó con dolor Areté—. Eglea morirá…

—¿No se puede hacer nada?

—En absoluto. ¡Es horrible! —sollozó Eteria.

—¿Quién ha sido? —preguntó Nórax, intuyendo quién era el único responsable.

—¡Quién va a ser! Ese hombre, el que vino contigo. ¡Estamos seguras de que ha regresado en algún momento! Buscaba algo. Ha abusado de nuestra hermana y la ha utilizado para sus fines.

—¿Cuáles crees que son…? —le preguntó Nórax.

—Han robado la piedra sagrada —dijo Areté—. Desapareció hace unos días.

Nórax miró a Eteria y el rostro de ella enrojeció. Areté se dio cuenta de la expresión culpable de su hermana y la de Nórax.

—¿Qué ocurre?

—Fui yo.

Areté se quedó pálida y luego enfureció de ira. Habría golpeado a Eteria. Al principio elevó el tono de voz, pero después se contuvo para no atraer a las guardianas.

—¿Cómo… cómo has podido?

—Nórax nunca habría podido salir de la isla sin estar curado; antes o después le habrían atrapado y su caída habría significado la

nuestra. Necesitaba la piedra para curarlo.

Eteria se justificaba, alentada tanto por la racionalidad como por la pasión, pero a los ojos de Areté lo que habían hecho era imperdonable.

—¿Sabes lo que has hecho? —le recriminó Areté—. Has robado la joya de Jafet, has tocado lo más sagrado que existe en esta isla.

Eteria se echó a llorar, ocultando el rostro entre las manos.

—¿Dónde la tienes?

Eteria se acercó a un ánfora que había en una esquina, introdujo el brazo y extrajo la gema sagrada. Areté abrió los ojos asombrada.

—¡La piedra de luz! ¡Debes devolverla! Confesar tu culpa a la gran sacerdotisa.

—¡No lo haré!

Los ojos de Areté brillaban cada vez más enfurecidos.

—Dame una razón…

—La joya de Jafet nos protege, y puede que salve a Eglea. Además, no confío en la Gran Vestal. Me da miedo. Hay algo en ella… que no sé definir. ¡Carece de magia! ¡No es una verdadera hespéride! No ama a Hesperia, ni las tradiciones de Atón; en realidad solo se ama a sí misma.

Eteria intuía que algo anómalo le ocurría a la Gran Vestal; su instinto se lo revelaba y hablaba con fuerza. Areté no comprendía a su hermana, le daba la impresión de que se había vuelto loca porque había traicionado los principios en los que fueron criadas.

—¿Cómo… cómo te atreves?

—Porque es verdad, y tú lo sabes tan bien como yo.

—¡No os entiendo! Tú y Eglea os habéis vuelto locas. Pero ¿cómo pudiste entrar en el lugar más protegido de la isla?

Eteria intentó disculparse, que Areté comprendiese su punto de vista. Intentó explicarle que había algo providencial en lo ocurrido, que el dios le había permitido sustraer la piedra de luz.

—Fue muy extraño; logré entrar sin que me viesen las guardianas y, cuando pasé muy cerca de ellas, simplemente miraron hacia otro lado como si yo no estuviese allí.

Areté se escandalizó de nuevo.

—¡No te das cuenta de que has utilizado la magia! ¡Sabes muy bien que la magia no debe ser utilizada para los propios fines!

Eteria bajó la cabeza, quizá avergonzada por lo que había hecho, pero después la levantó orgullosa.

—Lo sé, pero no tuve otro remedio. Invoqué al dios. Pensé que, si Atón había traído a Nórax, lo protegería. El dios me respondió. Además, creí que podría devolverla, pero para entonces ya habían descubierto su desaparición. No pude restituirla.

Areté, aún más indignada con su hermana, la acusó:

—Todas han pensado que Eglea ha tenido que ver con su desaparición, y con ello has empeorado su suerte. Creen que allanó el camino hacia la gema sagrada a su amante. Has salvado a ese Nórax. Sí, lo has hecho, pero has condenado aún más a Eglea. Morirá.

—Una hespéride no puede morir —sentenció Nórax.

Ante la intervención de Nórax, Areté se irritó aún más.

—O… sí —gritó.

Eteria se volvió hacia Nórax y lo miró con una expresión de inmensa tristeza en sus ojos.

—Puede ser despeñada —le explicó Eteria—, y el sol rechazarla. Entonces se estrellará contra las rocas y su alma vagará sin descanso.

Ante esas palabras, el ambiente se llenó de angustia; las dos hermanas estaban destrozadas ante la suerte que podía correr Eglea.

—Desde que conoció a ese hombre, tu compañero, cambió. Siempre había querido ser distinta de todas. Pero desde un poco antes de que os descubriéramos, comenzó a criticarlo todo, a mirarnos por encima, como si conociese mejor la realidad que nosotras. Nos tachaba de simples e ingenuas. Decía cosas que ella nunca habría dicho. —En la voz de Areté se palpaba la desesperación.

—Sin embargo, en algo Eglea tenía razón: esta isla es una cárcel.

—Hesperia ¿una cárcel? —objetó Areté, de nuevo encolerizada—. El lugar donde se pueden ver todas las costas del mundo ¿una cárcel? ¿El lugar desde donde te puedes trasladar al templo de Atón en las islas de la inmortalidad? ¿Crees que no hay libertad en este lugar que es como el paraíso?

Con su marcado instinto de justicia, Eteria le contestó sin alzar la voz, con suavidad.

—No hay libertad en ese paraíso del que hablas.

—Estamos aquí porque amamos al dios.

—¡No! Estamos aquí porque nos trajeron siendo niñas sin posibilidad de escoger.

—Durante años hemos sido felices. Dana nos enseñó a aceptar con alegría lo que nos había deparado la vida.

—Dana no estaba de acuerdo con muchas cosas. Quería cambiarlas y no le dejaron, y por eso… por eso se fue…, porque no podía ya más.

Areté, temblando de la furia que le embargaba, hablaba atropelladamente.

—Hasta que llegaron esos dos hombres, estabais contentas, no os planteabais otra cosa.

Eteria, sin embargo, le contestó despacio, soñadoramente y con dulzura. En su interior había algo cálido, y una sensación de libertad.

—Nórax me ha hecho ver que lo que estudio es real, que el mundo fuera de aquí… ¡existe! ¡Que hay vida y libertad! A Eglea le debió de ocurrir lo mismo. No he hecho nada malo ni me avergüenzo de nada.

Areté frunció el entrecejo mientras exclamaba:

—Te sientes así porque te has mantenido pura. Eglea vivía avergonzada, sin contarnos lo que le estaba sucediendo. Creíamos que él se había ido, pero seguro que volvió. No sé cuánto tiempo han estado juntos, o si ha vuelto varias veces. Lo cierto es que ella ha fingido todo este tiempo. Eglea no era así.

Entonces Nórax intervino. Recordaba muy bien cómo era su amigo, cómo sabía jugar con los demás, sobre todo con las mujeres,

para manejarlas a su antojo.

—Él la dominó —reflexionó Nórax—, sabe hacerlo. Conoce el carácter de la gente, y por lo que decís, Eglea quería ser distinta, original.

—Hay algo perverso en ese hombre —exclamó Areté—; en su alma anida un extraño afán de venganza y odio al dios.

A Nórax le sorprendía que Areté hubiera penetrado tan profundamente en Krysaor.

—Areté, lo has descrito tal y como es. ¿No sospechabais que Eglea se veía con él?

—No. Eglea vivía en el templo, y no la veíamos. Intuíamos que algo le pasaba, pero no sabíamos de qué se trataba. Pensábamos que no estaba contenta con su destino en el templo. Al fin se descubrió que mi hermana había perdido su virginidad, pero nosotras no sospechábamos nada. Fue entonces cuando nos comenzaron a vigilar continuamente. Por eso no volvimos a visitarte.

Eteria le explicó entonces con voz dolorida:

—Nos tienen absolutamente controladas, sospechan de nosotras.

Areté interrumpió a su hermana, con voz muy nerviosa:

—Solo ayer pude esquivar a las guardianas de la isla para decirte que te fueras y mostrarte el camino seguro para escapar. No podemos hacer nada más por ti. ¡Tendrías que haberte ido ya! —le gritó—. ¡Vete, por favor! ¡Olvídanos! Corres un gran peligro… y nosotras también. Si te encuentran, pensarán que tú eres el que ha abusado de Eglea.

—¿Abusado?

—Ella ha declarado que la habían forzado —le explicó Eteria.

Nórax negó con la cabeza.

—¡No lo creo!

—¡Yo tampoco! —afirmó Eteria—, pero diciendo que la han forzado lo protege y no tiene por qué revelar su nombre. Ella asegura que es un desconocido. Si se supiera su nombre, las guardianas lo comunicarían al consejo y lo ajusticiarían.

—O quizá no conoce su nombre.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Areté.

Nórax evitó responder directamente.

—¿De qué sirve que muera? ¿Para qué necesitas su nombre? —le replicó.

—¡Para que se haga justicia!

Se oyó un ruido fuera de la casa. Inmediatamente, Nórax se pegó a la pared junto a la puerta de entrada. Alguien se había detenido justo al otro lado.

Areté se llevó un dedo a los labios y le susurró:

—Son las guardianas haciendo su ronda. Podrían entrar a inspeccionar.

Pasó un largo rato. Los pasos se alejaron, resonando con firmeza. Poco a poco la luz de la luna, que descendía hacia su ocaso, se filtró por la ventana.

—Ahora sí que debes irte —le instó Areté—. Podían haber entrado. Te has salvado por muy poco.

—La piedra de luz lo ha protegido —afirmó Eteria.

Areté puso sus uñas afiladas en el brazo de Nórax, que no se quejó por el dolor, y le empujó hasta la puerta. Él dio unos pasos y Eteria lo siguió sin que Areté fuese capaz de impedírselo. Las guardianas se habían alejado.

Nórax y Eteria caminaron hasta los frondosos árboles entre los que se colaban los rayos del plenilunio. Llegaron a un puente que cruzaba un riachuelo y allí, de pie e iluminados por la luna, Eteria le puso las manos sobre el fuerte pecho y le confesó con los ojos llenos de lágrimas:

—No quiero que Eglea muera.

Nórax se sintió conmovido y preocupado.

—¡Es injusto, es apenas una niña! —le respondió Nórax—. Él la ha engañado.

—Creo que lo quiere mucho. Areté no lo sabe, pero he podido hablar con ella. Si dijera su nombre, quizá habría alguna esperanza. Saben que ha mentido, y faltar a la verdad se paga más caro aquí que ningún otro delito.

—Y ¿qué harás con la gema de luz?

—No lo sé.

—Areté puede venderte al consejo; me parece muy fanática.

Eteria negó con la cabeza; su expresión revelaba una confianza total:

—No lo es, y nunca lo hará. Aunque no lo reconoce, sé que Areté está en desacuerdo con la Gran Vestal; de hecho, todas las guardianas lo están. Por otro lado, las tres estamos unidas por algo muy profundo.

—¿Puedo hacer algo por vosotras?

—Deberías irte —le pidió dubitativamente.

—Pero no quieres que me vaya —repuso Nórax con suavidad.

—Sí…, bueno, no… ¡Ay! Ya no sé lo que quiero.

Callaron un momento hasta que Eteria volvió a tomar la palabra:

—Sentirte cerca me infunde seguridad y fuerza. Lo peor no es que ella muera, lo peor para mí sería que el sol la rechazase.

—¿Crees que eso puede ocurrir?

—Nosotras no tenemos miedo a la muerte; podríamos no morir. Morimos cuando nos atacan o hay un accidente. También cuando una pena muy honda nos aflige o nos cansamos de esta vida; entonces podemos unirnos al dios. Saltamos al mar y nos convertimos en espuma brillante que asciende hasta el sol. Se dice que vamos a otro lugar: las islas de la inmortalidad.

Se detuvo, pensativa. Era muy joven, y conocía poco del mundo, pero era una ninfa de la noche, una doncella formada en la magia, en la sabiduría y en el culto al dios. Se retorció con un dedo uno de sus mechones cobrizos y luego lo soltó. Comenzó a hablar de nuevo como analizando lo que estaba ocurriendo, lo que le iba a suceder a su hermana.

—Yo… nunca he visto que una hespéride traicione al dios y sea despeñada. Dicen que se estrellaría en el fondo del acantilado; un cadáver ensangrentado. No se uniría al sol y yo nunca la volvería a ver, ni en esta vida ni en la otra. Solo pensar en ello me resulta insoportable.

Los ojos de Eteria se humedecieron y ocultó el rostro entre las manos. Nórax no sabía qué decir, ni cómo consolarla. La luna le iluminó el cabello cobrizo y entonces separó las manos, alzó la cabeza y sus ojos ambarinos se posaron en Nórax como penetrándolo:

—¡Quédate hasta que ella se haya ido! Si te tengo cerca, todo va a ser menos duro.

—Me quedaré.

Siguieron caminando hasta la cabaña.

—Aquí estamos seguros, la magia de Dana nos protege.

Se sentaron en el suelo y hablaron de muchas cosas. Ella le pidió a Nórax que cuando regresase las defendiese delante del consejo. Tras un buen rato de charla, ella se reclinó sobre él y se quedó dormida en sus brazos. Nórax veló su sueño porque no se atrevía a moverse. Le parecía mentira tenerla allí, en sus brazos. Pasaron varias horas hasta que Nórax también se durmió. Soñó con agua, agua por todas partes, y con la serpiente marina que le miraba con su ojo inmenso. Les despertó el primer rayo de sol. Eteria se levantó bruscamente, se atusó el pelo y se alisó la túnica. Salió corriendo tras susurrarle:

—Regresaré esta noche.

Pero no lo hizo. Pasó un día entero durante el cual Nórax no supo qué hacer. Desde el robo de la piedra de luz había mucha más vigilancia, y la isla estaba llena de guardianas que rastreaban los bosques porque se sospechaba que había algún hombre escondido en la isla. Nórax se dio cuenta de que solo en la cabaña, protegida por el conjuro, se encontraría a salvo, por lo que decidió no salir de allí. Llegó la noche y el crepúsculo llenó el cielo de un resplandor de sangre.

Antes de que llegara el alba del día siguiente, Nórax oyó un ruido fuera de la cabaña. Eteria había regresado, y estaba muy pálida.

—¿Qué ocurre?

—El parto se ha adelantado. Ha nacido un niño. Mañana, en la fiesta del solsticio, Eglea morirá.

Nórax la cogió entre sus brazos y la dejó llorar. Las lágrimas de Eglea eran como las de los niños, desconsoladas, y rodaban por sus mejillas hasta que Nórax se notó el pecho mojado.

—Debo regresar. La Gran Sacerdotisa quiere que lo presenciemos. Nos ha permitido estar junto a ella en la ejecución.

Nórax le acarició el cabello y ella susurró:

—Quiero acompañarla hasta el último momento.

Se separaron mientras a lo lejos redoblaban unos tambores que sonaban con un ritmo estruendoso y rítmico. Nórax entendió que era la señal de que iba a comenzar la ejecución, por lo que subió sigilosamente hasta una arboleda espesa en un entrante de tierra en el mar, justo enfrente del acantilado y la explanada donde tendría lugar la condena. A espaldas de aquel precipicio se situaba el templo a Atón.

Nórax se quedó quieto esperando lo que fuera a pasar. En aquel lugar vería bien la ejecución porque se divisaba con claridad el despeñadero del destino.

Se oyeron trompetas y, al cabo, todas las mujeres de la isla ocuparon la explanada posterior del templo, que daba al mar. La Gran Sacerdotisa, una mujer joven de cabellos oscuros, se sentó en una especie de trono. Al fin, entraron las tres hermanas. Se distinguía a Eglea por el color de sus cabellos y porque caminaba lentamente, con dolor de recién parida, apoyándose en sus hermanas.

Al llegar frente al trono se inclinó y dos guardianas la separaron de Eteria y Areté. Se oyó una música solemne, sobre la que se impuso la voz de la Gran Sacerdotisa:

—Hesperia ha sido profanada, y el gran dios Atón, ultrajado. La sentencia debe ser cumplida.

Las dos guardianas, que vestían lorigas de oro y cubrían sus cabezas con plumas que imitaban los rayos del disco solar, agarraron a Eglea y tiraron hacia delante de ella, que casi no podía caminar porque se sentía dolorida. Al llegar al borde del acantilado, Eglea gritó con voz serena y profunda:

—Me voy con el dios, me acojo a su clemencia.

Entonces la empujaron.

Cayó como una pluma hacia el mar, pero no llegó a rozarlo porque se transformó en una criatura blanca y traslúcida, como un rayo de luz y espuma de mar. Después desapareció.

Todas las hespérides aclamaron al dios. Eteria abrazó a Areté. Ambas lloraban, pero encontraban en la otra su consuelo y se decían que Eglea no era un cadáver ensangrentado, sino que estaba llena de luz. El dios había hecho justicia, había acogido a Eglea.

Nórax pensó que eso le habría dado consuelo a Eteria. Se retiró porque las hespérides abandonaban la explanada. Cruzando el bosque, regresó hacia la cabaña, cavilando sobre el milagro.

La cabaña, rodeada por rayos del sol que atravesaban como lanzas la espesura, se abrió ante él. Nórax cayó de rodillas en el suelo mullido de la choza y sintió que debía irse, pero antes deseaba ver a Eteria; necesitaba despedirse, pasar al menos unos instantes con ella, pues ya no la volvería a ver más.

Aquella noche Eteria regresó bajo la luz de una luna llena. Todo en ella había cambiado: de una niña confiada se había transformado en una mujer. Nórax nunca la había visto así. Gritaba enfurecida en contra de la sacerdotisa:

—Esto nunca habría ocurrido en tiempos de Dana, que odiaba la violencia. Ella habría impedido que Eglea muriese, le habría evitado la deshonra a un ser que era limpio. Y eso lo pensamos todas, no solo yo.

—¿Areté también?

—Más que ninguna —contestó Eteria con firmeza—. Las guardianas son especialmente rectas y fieles a Atón, y Areté es una de ellas. Lo que se ha hecho va en contra de las leyes del dios.

—¿Qué vais a hacer?

Eteria sentenció como si estuviera iluminada por una luz interior, segura de sí misma:

—Ha llegado el fin de una era. Mañana todo esto se debatirá, y esa mujer será relevada de su cargo y juzgada delante del dios.

Muchas estamos decididas a ello.

—Te ayudaré.

Con determinación, negó con la cabeza y lo miró de modo penetrante a los ojos.

—No. Empeorarías aún más todo. Ahora debes irte.

Nórax, en cambio, se acercó más y la agarró de los hombros mientras ella levantaba la barbilla hacia él.

—Me iré, pero sé muy bien, pues mi corazón me lo dice, que algún día te volveré a ver —le susurró—. Algún día todo cambiará. Te quiero.

Eteria le puso las manos en el pecho y le rechazó hacia atrás.

—Sabes bien que no puede…, que eso no puede ser. Lo que está bien está bien, lo que está mal está mal…

Nórax intentó acercarse de nuevo, pero ella extendió los brazos alejándose aún más de él:

—Dime lo que sientes por mí —susurró el marino.

Los ojos de Eteria brillaron con agua de una emoción oculta:

—No lo sé bien, algo que nunca sentí antes por nadie. Tú y yo tenemos los mismos ideales, somos compañeros, y hay algo profundo que nos une, pero no debo dejar que…

Nórax le retiró las manos y ella no se resistió, de modo que él se acercó nuevamente y la abrazó, pero, cuando intentó besarla, ella le rechazó. Se introdujo entre las sombras de la tarde. Nórax caminó detrás de ella sin poder evitarlo.

Desde la zona del templo y el poblado comenzaron a oírse gritos, seguidos del sonido de trompas. El clamor, prolongado y repetitivo, se alzaba como una señal de alarma. Eteria echó a correr. Nórax la seguía un poco más rezagado hasta que la alcanzó. Justo antes de que entraran en terreno abierto, Eteria le cortó el paso.

—No puedes seguirme. Te van a detener.

—Está ocurriendo algo grave y no te voy a dejar, quiero saber lo que pasa.

Continuaba oyéndose el sonido de las trompas como una alarma que de nuevo parecía convocar a todas. Nórax y Eteria entendieron

vagamente unas voces.

Otra trompa resonó, más próxima, vibrante, como si reclamara la presencia de todas las hespérides. A medida que se acercaban, comenzaron a distinguir fragmentos de voces entre el tumulto:

—¡La Gran Sacerdotisa ha muerto…!

—¡Ha sido asesinada!

Eteria se detuvo en seco. Volvió el rostro hacia Nórax, con la angustia dibujada en los ojos. Luego, como si necesitara apagar el mundo, se cubrió el rostro con ambas manos.

—Esto podría desembocar en una guerra entre nosotras —le dijo con voz entrecortada—. Debo frenarla.

—¡Te ayudaré!

Con decisión, ella negó con la cabeza. Sus ojos, velados por las lágrimas, se alzaron con firmeza.

—Lo harás aún mejor si te vas…

Los cuernos y las trompas seguían sonando, cada vez más insistentes, instando a todas a acudir a la gran plaza en el centro de la ciudad de las mujeres.

Eteria le sostuvo la mirada un instante más. En sus ojos había amor, pero también una firmeza irrevocable, como quien cierra una puerta consciente de que no podrá volver a abrirla. Luego, sin decir nada más, se volvió y echó a correr hacia el corazón de la isla, donde se decidía el destino de Hesperia.

Nórax se quedó atrás iluminado por la luz del plenilunio. Sintió que quizá empeoraría todo si la seguía, pero no podía retirar la vista de ella. Observó, inmóvil, cómo la figura de Eteria avanzaba decidida hacia el poblado hasta que la perdió entre la arboleda.

Al cabo de lo que le parecieron largos instantes, la distinguió entre todas las hespérides reunidas en la plaza. Llevaba entre las manos la piedra de luz, que resplandecía de un modo extraño, con fulgores rojos y dorados, iluminando toda la gran explanada bajo el templo. Las demás se apartaron para dejarle paso, y Eteria ascendió por la escalinata central. A su lado, y un poco más atrás, caminaba

Areté. Al llegar al lugar donde reposaba el relicario de oro, ámbar y coral, Eteria depositó la piedra en su interior.

Nórax las vio de lejos, dos figuras pequeñas de cabellos dorado y cobrizo, hablando a todas, con serenidad y un gran aplomo. No entendía lo que decían, pero estaban rodeadas por el brillo de la piedra de Jafet. Entonces Eteria la alzó entre sus manos y un haz de luz inimaginable inundó el claro, la isla, y se extendió hasta la costa.

Eteria les explicó que una verdadera hespéride hace surgir luz de la piedra. La Gran Sacerdotisa, la que acababa de fallecer, nunca había podido hacerlo, nunca había levantado la piedra entre sus manos delante de todas, lo que significaba que era una suplantadora, no una auténtica hija del sol. Nunca debió ser elegida Gran Vestal. Después Eteria devolvió la piedra a la base de ámbar y coral donde solía reposar, y allí brilló de nuevo con fuerza, pero no de la manera en que lo había hecho en sus manos.

Nórax nada más podía hacer por ellas, por aquel mundo hermoso que le subyugaba, pero le era ajeno, de modo que se volvió resignadamente hacia la costa. Sin embargo, tras avanzar unos pasos, regresó y, una vez más, las observó como despedida. En ese momento todas aclamaban a Eteria. Por último —con un gran esfuerzo— se dio la vuelta y se fue.

Amanecía cuando Nórax entendió que el dios solar le llamaba al lugar de donde nunca debió haber salido, a su ciudad natal, Tarsis.

Atravesó la isla mientras la claridad de la aurora iluminaba sus pasos. No había nadie, y las guardianas habían abandonado sus puestos en las atalayas que dominaban el mar. Todas las mujeres de Hesperia estaban junto al templo. Nunca el mal había penetrado en la isla, pero ahora lo había hecho. La Gran Sacerdotisa, la Gran Guardiana, había muerto. Y no por causas naturales.

Nórax pensó que el dios utilizaría a Eteria y a Areté para erradicar el mal en la isla y liberar a las hespérides del penoso cautiverio al que habían sido sometidas. Había cumplido su cometido apoyando a Eteria. Ahora sí, debía irse; ella era fuerte y podría hacerlo sola. La voz del dios le urgía a abandonar el lugar sagrado.

Fue avanzando lentamente entre los árboles mientras sentía que el corazón se le desgarraba. Nórax llenó sus sentidos del olor, la visión, los sonidos de aquel lugar al que quizá nunca volvería y que había sido para él el paraíso.

Al llegar a la costa occidental, el sol refulgía sobre un mar calmado. Observó las rocas. Aunque la marea había subido, aún podía reconocer el paso entre los arrecifes, evitando el remolino, que le había revelado Areté. Se tiró al agua y comenzó a nadar, aunque poco después sintió un dolor sordo en el brazo. La travesía se le hizo larga. Brazada tras brazada, avanzó contra las olas, aunque el frío se le metía en el cuerpo y se encontraba agotado. Afortunadamente, poco antes de llegar a la costa, una nave que procedía de las islas del norte y que contaba entre la tripulación con uno de sus amigos de la infancia, Kendal, lo rescató. Cuando le izaron, Kendal se sorprendió mucho al verlo; al parecer, en Tarsis se consideraba a Nórax perdido para siempre, ahogado en un naufragio.

Regresó a la ciudad exhausto, enfermo y con un gran dolor en el alma, consciente de que ahora ya nada podía hacer por la mujer a la que amaba.

El retorno

Tarsis, verano de 1594 a. C.

Cuando la nave tocó puerto, Nórax apenas podía sostenerse; las piernas le flaqueaban. Kendal le pasó un brazo por la espalda y, cargando con él, lo condujo por las callejas que subían hasta el palacio de los *góidel*. Al franquear el umbral, Cidón, un criado de confianza, que recibía las cuentas de otro asalariado, lo vio y gritó su nombre. Las voces llegaron hasta Argón, que estaba en la Sala de los Vientos planeando un nuevo viaje con otros marinos. El príncipe *góidel* se alzó bruscamente del sitial, incrédulo, y salió hacia el gran zaguán de techo de alabastro. Al ver a Nórax, sus ojos, acuosos, brillaron y su voz tembló al pronunciar el nombre de su hijo. Cruzó el patio a grandes zancadas y lo recogió de los brazos de Kendal, envolviéndolo en un abrazo tembloroso. Nórax apoyó la frente en su pecho. Por el gran palacio *góidel* se oyeron gritos, y su madre irrumpió en el zaguán, sollozando con la voz rota; le acarició el rostro como si necesitara tocarlo para creerlo. Nórax intentó hablar, pero apenas logró balbucear un par de sílabas.

Entre Kendal y Cidón lo acostaron en un lecho, y pronto, como si hubiera estado resistiendo solo hasta llegar a casa, su cuerpo se rindió.

La fiebre subió con rapidez. Durante días ardió entre delirios. Hablaba entre dientes, llamando a una mujer, repitiendo un nombre: Eteria. A veces murmuraba algo sobre Krysaor, sobre islas, templos, luces. Argón, al escucharlo por primera vez, mandó cerrar puertas y ordenó que nadie más que Cidón entrara en la habitación. No quería

testigos de lo que pudiera decir su hijo mientras su mente vagaba por recuerdos que él aún no estaba listo para compartir.

Nórax poco a poco volvió en sí. Aún estaba convaleciente cuando Krysaor, burlando a criados, cerraduras y órdenes de Argón, consiguió acceder al aposento donde descansaba. Entró con el rostro tenso, inquieto. Sabía que, con el regreso de Nórax, la historia que él mismo había contado meses atrás podía venirse abajo. Nada más verlo, se acercó a su lecho y se sentó a su lado. Lo interrogó con insistencia:

—¿Cómo saliste de Hesperia?

Nórax no respondió. No deseaba hablar de las hespérides. Cerró los ojos. Continuamente le asaltaban imágenes: la figura blanca de Eteria perdiéndose entre los árboles, la silueta de Eglea caminando hacia el suplicio.

Krysaor, muy nervioso, le apremió:

—A Gerión le habrá llegado todo lo referente a Eglea… Si sospechase que tenemos algo que ver con la perdición de… ella…, seríamos hombres muertos. ¿Qué dijiste al llegar?

—Que naufragué…

Nórax rio con amargura.

—¿Y cómo es posible que, navegando en el mismo barco, que ha sufrido el mismo supuesto naufragio, lleguemos a Tarsis con varios meses de diferencia? ¡Hay que buscar una explicación! Te interrogarán.

—Sé defenderme. ¡No te necesito!

Se miraron desafiantes. Después Krysaor comenzó a dar vueltas por la habitación como un loco, muy nervioso.

—Di que no recuerdas nada… Que un dios te ha borrado la memoria.

—¡Por Atón, que brilla en los cielos, ojalá pudiera borrar lo ocurrido!

—No me nombres al dios solar —dijo Krysaor—, ahora adoro a la Diosa de las Fieras…

—¿A la serpiente?

—Sí.

Nórax torció el rostro. Pensó que Krysaor realmente era una serpiente dañina. Por su culpa había muerto Eglea. Krysaor intentó sonsacarle lo que había sucedido en Hesperia.

—¿Sabes qué está pasando en la isla?

—Hay algo que conoces porque tú eres el culpable: una hespéride, tú sabes bien cuál, ha dado a luz un hijo… La despeñaron por ello.

Al mencionar aquello, Krysaor se pasó la mano por los cabellos negros y mostró una expresión compungida, dolorida.

—Yo… no…

Nórax prosiguió:

—La Gran Sacerdotisa de Hesperia murió la noche antes de que yo regresase.

Entonces, la expresión del rostro de Krysaor cambió; se volvió cruel, endurecida.

—Quizá no mereciese vivir… —afirmó Krysaor con sarcasmo, cargado de cinismo.

Entonces en la mente de Nórax se abrió paso una idea absurda y le preguntó:

—¿Sabes algo al respecto?

Krysaor bajó la cabeza, pero luego la alzó con orgullo, sin contestar, apretando la mandíbula. Estaba a punto de decir algo cuando llamaron a la puerta. Era Cidón.

—¿Qué hacéis aquí? —le espetó el criado.

—Cuido a un buen amigo —le contestó con cierta desfachatez.

—Mi señor Argón ha prohibido que se moleste a su hijo…

—¡Déjame en paz! —le gritó Krysaor, levantando la mano con ademán agresivo.

Nórax se incorporó en la cama y le agarró de la túnica para detenerlo. Krysaor bajó la mano y, con un gesto de desprecio, exclamó:

—Ya me voy, viejo cascarrabias… ¡Ya me voy!

Se marchó deprisa, bajando las escaleras con estrépito. Cidón le ordenó a Nórax que se acostase y le suministró polvos de adormidera para que descansara.

Cuando se despertó, se sintió con más fuerza y se levantó. Aunque al principio iba tambaleándose, Cidón le ayudó a caminar. Anochecía. Subieron a la terraza más alta y, al ponerse el sol, Nórax miró en dirección a Hesperia. El ocaso cubría el cielo de tonalidades lilas y rojizas. En los tiempos antiguos se decía que el sol estaba luchando con un gran dragón en el inframundo. Nórax recordó su lucha con la serpiente marina. Ahora el dragón ya no existía…

Entonces en todos los salientes y cabos de la isla se encendieron atalayas, grandes faros que iluminaban las aguas del mar. Al mismo tiempo, barcos con el símbolo de Gerión en las velas circundaron la isla. Nórax preguntó a Cidón por qué se encendían aquellos fuegos. El criado le informó de que el rey había ordenado, ante los últimos sucesos, que se protegiese aquel lugar.

—¿Qué sucesos?

—No se sabe bien qué ha ocurrido porque todo son rumores… Se comenta que una vestal murió en extrañas circunstancias, y también que algo que protegía Hesperia ha desaparecido…

Nórax no contestó. Pensaba que ya nadie podría entrar en Hesperia, pero también que nadie podría salir. La isla, más que nunca, se había convertido en una prisión, protegida por fuegos y la flota real.

Esos fuegos, la flota de Gerión y la distancia le alejaban para siempre del paraíso. Se apoyó en la balaustrada de la terraza, miró intensamente a la isla y después bajó la cabeza con dolor, mientras las lágrimas se deslizaban mansamente por sus mejillas, aunque sin emitir un suspiro. El llanto lavaba su tristeza.

Cidón, respetuoso, lo dejó solo y se fue a buscar a Argón.

Al poco, notó una figura a su lado. Era su padre; quizá llevaba ya un tiempo allí.

—Hijo mío, algo terrible ha debido de ocurrir en Hesperia —anunció Argón con suavidad. No deseaba forzarlo, pero quería que

se desahogase—. ¿Sabes algo de ello? En tu delirio hablabas de la isla… ¿Dónde has estado todos estos meses?

—No sé. No puedo…

Entonces Argón comprendió que había llorado. Nórax, habitualmente recio, nunca se había dejado ver así. Ni siquiera de niño. Estaba muy débil. Su padre no insistió. Solo le dijo:

—En el consejo me han preguntado por lo que te ha ocurrido.

—Diles que en el naufragio me recogieron unos pescadores más al norte, que enfermé y ya no pude regresar; que intenté luego volver en una barca de pescadores, pero que se hundió antes de llegar a la costa de Tarsis.

Argón lo observó, pensativo. Nórax no solía mentir, y el padre intuyó que la explicación no era cierta. Dio unos pasos por la terraza de un lado a otro y después le preguntó:

—Júrame que en estos meses no has hecho nada de lo que debas avergonzarte.

Nórax pensó en lo ocurrido. No había hecho nada que fuera reprobable, pero había roto la prohibición más sagrada del imperio: respetar la isla de Hesperia. En un suspiro contestó:

—Lo juro. No he hecho nada de lo que avergonzarme, pero el dios Atón me ha llevado por extraños caminos que no debo desvelar.

—Eso me vale. Me basta tu palabra.

Después se acercó a la balaustrada y, apoyándose en ella, a la par que le miraba fijamente a los ojos, le interrogó:

—¿Y tu amigo Krysaor? No estoy ciego. Desde que llegó, vive aquí. Lo recogimos por piedad y por amor a ti. Es un joven muy extraño; nunca nos ha agradecido lo que hicimos por él siendo niño; al contrario: es como si se sintiese humillado por ello. Durante estos meses en los que tú no has estado, desaparecía durante varios días y no sabíamos adónde iba. ¿Sabes tú algo?

—Padre, no puedo responder por los supuestos actos de Krysaor.

—Hablaré con él.

Al día siguiente, tras mandar llamar a Krysaor, Argón se encerró con él en las bodegas de la casa, donde nadie podía oírlos. Cuando

salió, el semblante de Krysaor mostraba un aspecto iracundo. Aún débil, Nórax bajó la escalinata blanca para despedirse.

—No necesito la compasión de los *góidel,* ni mucho menos sus lecciones de virtud. Los descendientes de Túbal somos tan válidos como los descendientes de Tarsis. ¡Algún día me suplicaréis!

Salió de la casa *góidel* furioso. Krysaor se instaló en el palacio que, tiempo atrás, había pertenecido a su familia: la antigua mansión de los descendientes de Túbal, ahora arruinada, sucia y sin sirvientes, contigua a la de los *góidel*. No volvió a cruzar el umbral de la casa de Argón.

Pasaron los días, pero Nórax no conseguía dormir bien; se despertaba constantemente. Con los ojos abiertos antes del alba, bajaba al puerto. A veces se quedaba simplemente observando, y otras ayudaba a cargar sacos bajo el sol que comenzaba a calentar los muelles. Algunos estibadores lo reconocían: era el joven capitán de La Estrella del Ocaso, el que se perdió en el naufragio. Ahora sudaba junto a ellos, sin rango ni pretensiones. El brazo herido le respondía. El cuerpo fatigado llegaba a dolerle, sí, pero ese cansancio áspero lo aliviaba. No pensaba. No soñaba. No lloraba.

Entre los sacos y las jarcias, oía las voces. Rumores. Murmullos. Decían que algo oscuro había sucedido en Hesperia. Nadie sabía exactamente qué, pero por las noches todos alzaban la vista hacia el oeste, donde las atalayas encendían sus fuegos, y comprendían que la isla ya no estaba solo cerrada y misteriosa: era vigilada. Un lugar clausurado. Sellado por el miedo. Algunos decían que el dios se había apartado de ellos.

Y entonces comenzaron las desgracias.

Los hombres del puerto las consideraban un castigo divino por lo que hubiera sucedido en la isla. Allí, al puerto, llegaban las noticias antes que a ningún otro rincón de la ciudad: susurros entre los marineros, imprecaciones de los estibadores, rumores de los mercaderes… El puerto era siempre el primero en conocerlo todo, y todo le llegaba a Nórax, que, entristecido por el pasado reciente, se sumía aún más en la melancolía.

Las tormentas azotaron sin piedad a los barcos que traían oro desde las tierras africanas, y la gran flota de las naves de Tarsis comenzó a debilitarse. Desde Egipto llegaron malas nuevas: los hicsos, señores del delta, se habían alzado y ya no respetaban las alianzas forjadas con Tarsis. En Creta los reyes minoicos no enviaron tributos aquel año; y tampoco lo hicieron las ciudades-estado de Canaán. Y al este, en el Egeo, los micénicos avanzaban con fuerza creciente, reclamando el dominio del mar. En la península itálica, las tribus alzaban sus pendones de guerra, y en las islas Gimnesias y en Sharden, los cabecillas locales se rebelaron contra la autoridad tartesia.

Las naves que habían partido hacia las Casitérides en busca de estaño, y hacia los mares del norte en busca de ámbar, retrasaban su regreso. El frío, las tormentas y los hielos de las rutas septentrionales paralizaban la travesía. El imperio de Tarsis comenzaba a tambalearse.

Al norte del río Tarsis, tras las montañas de la Oretania, una gran sequía azotó la meseta, las tierras desde donde llegaba el trigo. Se decía que en los poblados más al norte del valle de Tarsis, junto a los pozos, casi no quedaba agua; además, se habían secado los arroyos. Las gentes de los pozos los fortificaron para evitar las disputas de unos y otros por el agua.

Las vides de toda la gran península de Feacia comenzaron a marchitarse, e incluso los olivos no dieron fruto aquel año y, por tanto, no produjeron aceite. En los montes de la Carpetana, la gente había llegado a morir de inanición, y los habitantes de los poblados de las minas de cobre estaban tan débiles que ya no eran capaces de extraer el metal.

En Tarsis, los almacenes estaban vacíos. El puerto podía haber salvado la ciudad, pero los nobles descendientes de Ibrós, dueños de las tierras altas, se negaron a permitir la entrada del cereal extranjero. Temían que bajaran los precios, que el pueblo comprara grano barato y que su poder menguara. Presionaron a Gerión. Y Gerión, cansado, ya no alzaba la voz. El rey miraba al suelo y

callaba. Se encerraba en su palacio y dejaba que las cosas siguieran su curso.

Así comenzó el declive. La estirpe de Gerión, que había dominado mares y tributos, parecía resquebrajarse. Y nadie —ni siquiera los sacerdotes, menos aún las gentes del puerto— sabía si era por lo que había ocurrido en Hesperia… o por lo que no habían sabido evitar.

La historia de Krysaor

Tarsis, 1593 a. C.

Argón se enteró por Cidón de que Nórax pasaba las mañanas en el puerto, descargando sacos de grano y bultos de aceite junto a los estibadores. Una tarde lo observó desde la plaza del mercado, desde donde se divisaba a lo lejos el puerto. No se acercó a su hijo ni dijo nada. Solo cuando regresó a casa, aún con la sal pegada al rostro, olor a sudor en las ropas y barro en las sandalias, decidió mantener una conversación con él.

—Veo que ya estás fuerte. —Argón le sostuvo la mirada—. Pero no eres un peón del puerto, ni un marinero.

Nórax, de pie ante él, no se excusó.

—Necesitaba mover el cuerpo. Allí estoy a gusto; date cuenta de que trabajé con ellos, codo con codo, durante más de diez años solares.

El padre asintió, pero su gesto se endureció.

—Un príncipe *góidel* tiene otros deberes. La flota necesita a su capitán. Yo ya no puedo hacer lo que hacía. El mar me fatiga, las escaleras me pesan…; en suma, me hago viejo.

Le costaba decirlo, pero lo hizo. Se volvió hacia la mesa donde se hallaban los planos de nuevos navíos. Con el índice marcó una línea trazada a carbón.

—Hemos perdido muchos barcos en las tormentas africanas, los que traían oro. Las naves no se construyen solas. Supervisaré los astilleros, pero tú… tú debes dirigir de nuevo las naves, las *góidel,*

las de Tarsis. Fuiste capitán de La Estrella del Ocaso, una buena embarcación, no hace tanto tiempo.

Nórax bajó los ojos, como si aún le doliera recordar el nombre de su antigua nave. Pero no replicó.

El rumor del mar le envolvía: el crujido de las velas tensándose al viento, el golpe acompasado de los remos sobre las aguas oscuras, el silbido del aire en los obenques. Todo ello, como un viejo canto conocido, templaba en parte la tristeza que aún se le aferraba al pecho. Pero cuando, desde alta mar, la nave viraba hacia Tarsis y se divisaban los acantilados lejanos de Hesperia, una punzada le recorría el alma. Allí, al fondo, entre la bruma dorada del horizonte, estaba el paraíso perdido. No veía ya los jardines, ni las columnatas del templo y el palacio, ni el poblado en la colina… A la que veía era a ella. Siempre a ella.

En la ciudad nadie sabía nada con certeza. Solo persistían rumores dispersos: que una luz descomunal había brotado de la isla, que una hespéride había sido arrojada desde la roca del suplicio, que la Gran Vestal había muerto en circunstancias oscuras. Desde entonces Hesperia guardaba silencio. Más distante y secreta que nunca, parecía tragada por los vientos y la espuma.

Un día, al atracar la nave en la dársena, mientras desembarcaban la mercancía, Nórax se dio cuenta de que alguien le estaba esperando en el muelle, un poco más atrás. Era Krysaor. Su largo cabello desgreñado se movía con la brisa. Se le acercó porque quería hablar con él; era el único que conocía su secreto.

Aunque en realidad la amistad que habían compartido desde la niñez se había roto, algo los seguía uniendo. Nórax lo miró. Sintió cierta compasión por aquel hombre joven, alto, con el pelo largo y negro y cubierto por una raída túnica oscura y una capa deslucida, como un pordiosero. El semblante pálido, casi níveo, le hacía parecer un espectro.

Caminaron a lo largo del extenso muelle en espiral que rodeaba la ciudad sin que nadie se fijara en ellos. Krysaor comenzó a dar unas explicaciones que Nórax nunca le había pedido.

—Yo no fui a la isla a buscar a una hija de Gerión. Nunca imaginé que alguien podría cambiar tanto mi vida como lo hizo Eglea. Solamente tenía una obsesión…

—Sí —afirmó Nórax con un cierto sarcasmo—. Solo querías recuperar a tu hermana, y por eso abusaste de Eglea.

Él se defendió de la ironía de Nórax alzando el tono.

—¡No…! ¡Eso no fue así! —Después, en un tono más calmado, siguió—: ¡Escúchame sin juzgarme! Cuando tú te dedicabas a imponer tu voluntad en aquella Estrella del Ocaso en la que navegamos, yo hablaba con las gentes del mar. Me contaron que en la isla se guardaba la piedra sagrada de Jafet, que canalizaba la luz del sol y la transformaba en fuego y fuerza.

Nórax recordó aquella conversación en el barco muchos años atrás.

—Desde entonces —prosiguió Krysaor—, conseguir la joya y recuperar a mi hermana Niso fueron mi única obsesión.

—Niso siempre fue importante para ti —exclamó Nórax con un tono algo más conciliador porque deseaba conocer lo que Krysaor estaba a punto de revelarle.

Ahora estaba muerto de curiosidad y deseoso de saber lo que realmente le había sucedido en la isla.

—¿Recuerdas cuando hace algún tiempo encontramos a un náufrago medio muerto? Cuando lo recogimos, sospeché que aquel hombre había llegado a Hesperia. En su delirio hablaba de un paraíso y de un monstruo. Balbuceó que era posible burlarlo en las noches de plenilunio; también mencionaba las rocas. Me di cuenta de que se refería a Hesperia y al dragón. Aquella noche, cuando pasábamos cerca de Hesperia, la luna brillaba, y pensé que era la oportunidad que había buscado. Conseguí dirigir el timón hacia la isla, pero, cuando tú me lo impediste, la luna se ocultó, se hizo la oscuridad y el monstruo nos atacó. Después caímos al mar. Te agradeceré siempre que me ayudases.

—Casi nos morimos…

Continuó hablando sin mirar a Nórax, recordando el pasado, mientras sus ojos de pestañas negras emitían un resplandor extraño.

—Fue asombroso que hirieses al dragón en el lugar más vulnerable, y que pudiésemos atravesar los arrecifes.

—Siempre he pensado que lo que nos ocurrió fue portentoso, y que quizá el dios nos ayudó —reflexionó para sí Nórax—. Yo nunca quise ir a Hesperia, pero doy gracias al dios por cada instante que pasé allí. Fue un gran don.

—Sí. Lo fue. No puedo olvidarlo. —Krysaor se detuvo, pensativo, y después siguió su relato—. Durante aquellos días que tú pasaste en el claro del bosque, cuando me alejaba de ti y espiaba a las hespérides, conocí a Eglea. La vi con sus hermanas y me di cuenta de que era poco más que una niña, un ser bondadoso y fácilmente manipulable. Desde el primer momento, ella confió en mí. ¡Maldito sea Atón! Nunca debió hacerlo. Nos vimos muchos días cuando tú delirabas. Le hice jurar que no diría nada de nuestra presencia en la isla. Eglea era…, no sé cómo explicarlo ahora, un ser que se compadecía de todo, sensible y bondadosa; me conocía y veía lo mejor que había en mí. Era apasionada y trataba de ser diferente. No he conocido nunca a una mujer como ella. Y… —se expresó con petulancia— conozco muchas.

Nórax, al oírle hablar de aquella manera, se enfadó y le replicó duramente:

—Sí. Mujeres sin principios y fulanas que te siguen. No una hespéride, hija de Gerión. ¿Cómo te atreviste?

Krysaor hizo caso omiso de la pregunta.

—Ella quería saber para qué había ido a Hesperia, y entonces le conté la historia de mi madre y de mi hermana, para conmoverla. —El cinismo que destilaban sus palabras provocó en Nórax una sensación de náusea—. Logré que las lágrimas asomasen a los ojos de Eglea. Le pedí que buscase a Niso tras explicarle que todos en mi familia tenemos el cabello negro y los ojos color verde avellana. Estaba seguro de que mi hermana sería así. Conocía su edad y el solsticio en el que había llegado a Hesperia. Eglea se quedó muy

callada porque no sabía mentir. Creo que la historia que le conté la conmovió tanto que se sintió obligada a ayudarme. Charlábamos mucho. Le abrí los ojos a una existencia en libertad, y ella se cuestionó su vida. Siempre había estado contenta con ser una hespéride, y deseaba destacar en el templo siendo una sacerdotisa excepcional. Pero yo logré que entendiese que no era justo lo que ocurría con las niñas en el solsticio, arrancadas de los brazos de sus madres. A Eglea le indignó muchísimo la maldad de las leyes de Tarsis, que habían llevado a una joven madre a suicidarse. Después le juré que no me iría de Hesperia hasta que lograse ver a Niso. Eglea me aseguró que intentaría ayudarme, pero que era muy difícil. En un principio no me dijo por qué…

Nórax se enfureció. Lo que Krysaor había hecho era perverso.

—¡La engañaste! La utilizaste para tus fines.

Krysaor no hizo caso a la reprensión de Nórax y continuó desahogándose.

—Finalmente me llevó a Niso. Luego he pensado que se expuso a la muerte al hacerlo.

—¿Por qué? —Y una sospecha terrible cruzó por la mente de Nórax mientras Krysaor continuaba desahogándose.

—Una noche me hizo cruzar los pasadizos que conducían al templo de Atón, al lugar donde vivían las más cercanas al dios, desde donde pasamos al palacio. Llegamos a una cámara muy hermosa, de techo alto, recamada en oro. En un lecho con patas de león dormía una bella mujer con el cabello oscuro. Al despertarse, descubrí en ella los rasgos de mi madre y caí a sus pies.

Krysaor respiró hondo, y su voz se tornó más tensa al recordar:

—La hermosa mujer se despertó y se levantó sorprendida, mirándonos, a Eglea y a mí, horrorizada. En su expresión se traslucía la ira, y se enfrentó a Eglea, que enrojeció avergonzada.

»—¿Como has osado? —le dijo—. ¿Cómo te atreves a introducir a un hombre en esta cámara sagrada, en el dormitorio de la Gran Vestal?

»Entonces entendí los miedos de Eglea; aquella mujer —mi hermana Niso— era la Gran Sacerdotisa de Hesperia, la que dictaba las leyes en la isla, a la que todas obedecían.

Krysaor se inclinó levemente, como si quisiera subrayar la importancia de lo que estaba diciendo:

—Soy Krysaor —le dije—, tu hermano, y tú eres lo único que me queda en el mundo. Nuestra madre murió cuando te trajeron aquí. ¡He venido a buscarte!

»Ella me miró como si viese a un loco, y sus ojos, en los que se detectaba un gran afán de dominio y poder, se abrieron.

»—Estás loco. Dices ser mi hermano, pero aquí no hay ni hermanos ni hermanas, solo existe el culto al dios, y yo soy su Gran Vestal. ¿Cómo sé que lo que me dices es verdad? ¿Cómo sé que no me engañas y buscas aprovecharte de mí y de mi elevada posición?

Krysaor apretó los puños al recordar la frialdad en los ojos de su hermana.

— Te juro que es así; mira la marca de Túbal en mi brazo. Tú también la tienes.

»—Me da igual —me contestó, cada vez más furiosa—. Y aunque fuera así, ¿piensas que voy a perder la posición que tanto me ha costado ganarme por seguir a alguien que dice ser de mi familia?

»—Hay un mundo ahí fuera… ¡Podrías regresar a él! —le supliqué.

Krysaor cerró los ojos mientras su mente evocaba aquella penosa conversación.

—¿Y abandonar mi misión? ¿Mis obligaciones? —me contestó ella—. ¡Estás loco! Debería llamar a las guardianas. Ambos seríais condenados a muerte. Reconozco en ti mis propios rasgos, y tienes el tetrasquel en tu brazo. Denunciarte me pondría en un compromiso. ¡Vete!

»Intenté decir algo, pero no me dejó. Entonces se volvió a Eglea y le espetó duramente:

»—Hija de Gerión, serás condenada al silencio, y no te relacionarás con tus hermanas. Dana os malcrió y este es el

resultado. Pagarás la falta cometida sirviendo al sol. ¡No le contarás a nadie lo ocurrido aquí!

La voz de Krysaor sonó más contenida, rebosante de dolor al recordar la actitud de Eglea, a quien amaba.

—Eglea no protestó, pero su rostro palideció porque quería muchísimo a sus hermanas. Por otro lado, el castigo de guardar silencio se imponía a veces para contener las emociones de las hespérides, y era muy duro. Recuerdo que Niso siguió hablando y le dio una orden:

»—Conduce a este hombre a la costa, al camino entre los arrecifes, y espera a ser llamada al templo los próximos días. Si no lo haces así, tú y tus hermanas sufriréis la ira del dios. ¡Obedece!

»Eglea se inclinó profundamente ante Niso y retrocedió hacia el pasadizo. Al salir, ella lloraba, y yo sentí también una profunda congoja. Me di cuenta de que estaba tremendamente equivocado: mi hermana Niso no era en absoluto como durante años me había imaginado, y yo realmente no significaba nada para ella. Percibí con toda claridad que había sido un insensato. Nada de lo que me había propuesto en los últimos años tenía sentido. Seguí a Eglea como un sonámbulo.

Krysaor dejó caer los hombros y su corazón frío se emocionó recordando a Eglea.

—Lejos de las fortificaciones del templo y el palacio, en el claro de un bosque, nos detuvimos. Era una noche de luna. Dirigí la mirada hacia Eglea, de cuyos ojos seguían manando las lágrimas, que empapaban sus mejillas. Me conmovió y me acerqué a ella para consolarla. Ella me amaba y me suplicó que no la dejase. No quería perderme. Me prometió que me cuidaría; conocía un lugar donde no correríamos ningún riesgo. Me condujo a la cabaña del sauce, el lugar protegido por el sortilegio de Dana, donde después nos escondieron. Allí vimos amanecer juntos mientras me contaba muchas cosas de la isla. Allí se entregó con la pasión de un ser profundo y auténtico. Al amanecer, se fue.

El tono de Krysaor se suavizó, dulcificado por el recuerdo, y siguió evocando, casi como un susurro:

—Cuando vi su cabello tan claro desaparecer entre los troncos de los árboles, me di cuenta de que ella era lo que yo había buscado en Niso, alguien que me quisiese sin que yo pudiese dudar de aquel amor. Cuando el sol se elevó, iluminándolo todo, entendí que yo la amaba de verdad, como nunca había querido antes a nadie ni querré jamás. Tanto que me sentí abrumado, repentinamente débil ante ella, ante su bondad, y decidí que debía marcharme. Comprendí que le haría daño si me quedaba.

Krysaor levantó la mirada húmeda y brillante hacia Nórax y continuó abriendo su interior, aún lleno de amargura:

—Y fue entonces cuando regresé donde tú estabas y construí el bote para irnos. Pero ese dios que dicen que protege la isla realmente no existe o no la cuida como debe. Nos devolvió a la costa. Más tarde Eglea me contó que al regresar a la cabaña por la noche y ver que yo no estaba se desesperó. Me buscó angustiada durante varios días por toda la isla, sin encontrarme. Sus hermanas, que notaban un extraño comportamiento en ella, no la dejaban sola nunca. Cuando nos reencontramos, fingimos no conocernos y te dejamos en la cabaña de las hespérides bajo el cuidado de sus hermanas. Cuando Areté, que era quien mandaba de las tres, exigió que me fuese, Eglea me acompañó guiándome de nuevo hacia la costa. Me preguntó por qué me alejaba de ella tras reprocharme que no la quería y que por eso la abandonaba. Le juré que no era así, pero le rogué que me dejase regresar a Tarsis porque no quería hacerle daño. Le prometí que volvería. Entonces ella me abrazó mientras las lágrimas bañaban sus bellas mejillas. Hizo lo que le había pedido: me condujo a la playa, al paso entre los arrecifes, y me enseñó cómo cruzarlos para que las turbulencias del mar no me atrapasen. Regresé a Tarsis. Tu padre me recibió. Le conté que La Estrella del Ocaso había naufragado, no muy lejos de las costas de Tarsis, y que solo yo había podido regresar nadando. Le dije que podrías haber muerto… ¡Quizá por eso me odia ahora! Argón se

sumió en la desesperación. Sin embargo, me acogió y me instalé en la casa de tu familia, con los tuyos, aunque estaba como fuera de mí. El recuerdo de Hesperia se tornó obsesivo, y no hacía otra cosa que pensar en la isla. Tú sabes bien que Hesperia te atrapa el corazón. Daba vueltas a todo lo ocurrido, y cada atardecer subía a la terraza de la casa *góidel,* desde donde se ve tan bien la isla. Pasaron los días, pero ese demonio que me posee de cuando en cuando volvió a adueñarse de mí y pensé que la solución de todo era obtener la piedra de Jafet, que atesora toda la magia de Hesperia, robarla e irme con Eglea…

Se detuvo ante el nombre de Eglea, pues solo con pronunciarlo, algo se removía en su interior.

—Una noche clara, en un pequeño esquife de un solo remo, bogué hasta la isla y logré atravesar el paso entre los arrecifes por el lugar que la misma Eglea me había mostrado. Oculté la barca en el bosque y me escondí en una de esas cuevas bajo las cascadas. Allí nos encontramos de nuevo. Aún recuerdo su alegría infantil cuando me volvió a ver. Ella quería retenerme, que no me fuese, aunque tampoco quería marcharse de la isla. Yo jugaba con ella. Le decía que me iba y ella se desesperaba, aunque al cabo de pocos días regresaba. Las noches de luna era fácil cruzar la bahía y la buscaba. La tenía en mis manos. —Los ojos de Krysaor se llenaron de lágrimas mientras decía—: La única persona que realmente me ha querido.

Nórax, que nunca lo había visto emocionarse de esa manera, guardó silencio unos instantes antes de tomar la palabra.

—Sus hermanas me dijeron una vez que el corazón de Eglea albergaba una gran sensibilidad y compasión hacia el otro.

Krysaor, con fiereza, alzó la cabeza y exclamó:

—Así era… La que no tuvieron con ella. A veces me reía en mi fuero interno. Me parecía tonta e ingenua. ¡Oh! ¡Dioses! ¡Cómo pude estar tan ciego!

Nórax estaba asqueado, pero quería saber cómo acababa todo.

—¿Qué hiciste después?

—La acosé intentando obligarla a que consiguiese la piedra de luz. Eglea no deseaba hacerlo, pero yo sabía que antes o después acabaría accediendo a lo que yo le pedía porque me amaba demasiado. ¡Ninguna mujer se me ha resistido nunca!

—¡Eres un animal! —le gritó Nórax.

Krysaor respondió tranquilamente:

—Yo no lo veo así. Robar la joya sagrada y marcharnos de la isla era la solución a todos los problemas. Pero ella… no quiso. Era débil.

A Nórax le entraron ganas de golpearlo al oírle hablar con tanto cinismo.

—Cuando concibió, pareció volverse loca. Entonces se desmayó, creo que fue mientras danzaba con sus hermanas y se supo que había perdido la virginidad. Niso no tuvo el más mínimo atisbo de compasión. Le dijo que yo merecería la muerte y mandó a la guardia rastrear de nuevo toda la isla. —Su voz reflejada dolor a la vez que un enfado profundo—. Casi me detienen, pero una vez más pude escapar…

Nórax recordó lo que había vivido y, conmovido por la historia, le cortó:

—La detuvieron y fue conducida al consejo. Allí Eglea te protegió. —Nórax recordó lo que le habían dicho sus hermanas—. Mintió, aunque ella no sabía mentir. Debiste de enseñarle tú a hacerlo. Dijo que habían abusado de ella y que el culpable había huido y ya no estaba en Hesperia. No creyeron sus palabras porque cayó en múltiples contradicciones. Sabes bien que según nuestras leyes la verdad es la luz de Atón y que ir contra la verdad es ir contra el dios…

—¡Maldito sea ese Atón! —blasfemó. El rostro de Krysaor expresaba rabia, dolor y, oculto bajo todo ello, un profundo amor a Eglea. Después prosiguió—: Al ver que transcurrían los días y Eglea no regresaba a la cueva, me temí que algo malo le hubiera sucedido, que Niso le hubiera hecho algo. Yo había aprendido a moverme en la isla, a espiar sin ser visto. Entonces escuché que iba a morir e intenté llegar adonde la habían apresado. Era imposible entrar. Casi

me atrapan las guardianas y, de nuevo, tuve que huir a Tarsis. Regresé la noche siguiente pensando que ella aún vivía…

En aquel momento, Nórax se compadeció de Krysaor, que siguió contando:

—Recordé el camino y conseguí llegar al palacio junto al templo a través de los túneles que atraviesan ese maravilloso jardín. Los crucé y logré entrar esa noche, la más corta del año, en la morada de la Gran Sacerdotisa.

De pronto Nórax lo comprendió todo y se horrorizó.

—¡Fuiste tú!

En la voz de Krysaor no se traslucía ninguna emoción, y relataba lo ocurrido como algo que le fuera ajeno.

—Niso se mostró de nuevo muy fría y dura. La amenacé con un puñal para obligarla a decirme dónde estaba Eglea. Ella se rio y, con ojos de iluminada, me dijo que se había transformado en espuma y estaba con el dios. Se burló de mí. En aquel momento Eglea ya había sido despeñada.

—Se había unido al dios —apuntó Nórax.

Este intentó calmarle con el mismo argumento que tanto consolaba a Eteria y Areté, pero el semblante de Krysaor reflejó la desesperación mientras decía:

—Eso a mí me da igual porque para mí ella ha muerto. Nunca la voy a recuperar. En aquel momento enfurecí de un modo que no te puedes imaginar. La culpa de todo la tenía esa religión absurda, y sobre todo la suma sacerdotisa, mi propia hermana Niso, un ser sin corazón ni escrúpulos, capaz de asesinar a una mujer recién parida, capaz de condenarme a muerte a mí, su pariente más cercano. ¡La hermana que yo consideraba superior a todo! ¡En la que siempre había creído! ¡La mujer que iba a ser como una madre para mí! —Krysaor movía la cabeza, dolido por su horrible decepción—. Tantas veces había soñado que, si encontraba a Niso, recuperaría a la madre que perdí, a la que no pude detener cuando se encaminaba al pozo donde se suicidó… Pero no fue así: mi anhelada hermana Niso era un ser sin compasión. Solo le preocupaba su imagen

delante de las otras hespérides, y consideró un fracaso que Eglea se uniese al sol y no se convirtiese en un cuerpo muerto y sanguinolento en las rocas. Estaba preocupada por lo que podrían pensar de ella, porque, según la tradición de las hespérides, aquello había sido el juicio del dios, y, de acuerdo con el dictamen, Eglea era pura a pesar de haber concebido un hijo. La Gran Sacerdotisa debía de haber previsto el juicio del dios porque supuestamente tenía el poder de comunicarse con Atón, pero Niso, en realidad, no era más que una pobre mujer que aparentaba lo que no era. Había nacido en el solsticio porque el parto de mi madre se adelantó, pero no era una verdadera hespéride, no tenía los poderes de visión del futuro de las hespérides, ni la magia… Niso me dijo:

»—Yo tengo ahora el problema, no tú. Esa muchacha no merecía la pena. —Y se burló de Eglea y de mí.

»Furioso, liberando la ira que me consumía, atravesé a mi hermana Niso con mi cuchillo de bronce. Ella cayó hacia atrás, bañada en sangre. Su cuerpo inerte no se transformó en un ser brillante y etéreo, como le ocurre a una hespéride de corazón puro y, según se dice, le sucedió a Eglea. Solo era un cadáver. Nada más.

Nórax sintió una frialdad que le recorrió el cuerpo al escuchar aquello, un asesinato, por boca del propio verdugo.

—¿Te das cuenta de lo que hiciste?

—No tuvo compasión de Eglea. Me vengué. No merecía vivir.

—¡Mataste a tu propia hermana!

—¿Lo hice? Recuerda que esos seres no mueren: se transforman en éter. —Se rio con cinismo—. Si ella se convirtió en un cadáver, era porque era un ser maligno. Habría podido vivir para siempre, porque podía no morir. Nos morimos tú y yo. ¡Ellas no! Niso, un ser ambicioso y cruel, encontró lo que merecía. Además, si no la hubiera matado, ella habría llamado a la guardia y habría muerto yo.

—Hay algo maligno en ti.

La voz de Nórax era de superioridad, y Krysaor le miró a los ojos con cinismo y directamente.

—En todos, en todos hay algo maligno. ¿Te crees al margen del mal?

Nórax se defendió:

—No lo sé. Lo que sí sé es que no abusé de ninguna hespéride, que no las dañé.

—¡Es posible! ¡Quizá ninguna se te ofreció como hizo Eglea conmigo! Pero dime, amigo Nórax, el noble, el considerado Nórax. Ella me amaba y yo a ella. ¿Había otra posibilidad?

—¿Estás seguro de que no la había?

—No pude hacer otra cosa.

—¡Abusaste de ella, de una niña inocente, sabiendo lo que podría ocurrirle!

—No soy responsable de unas leyes absurdas.

—¡Que te saltaste conociendo bien las consecuencias! ¡Debiste haberlo evitado!

—¿Cómo?

—No regresando al lugar sagrado y prohibido, y, una vez allí, respetando a Eglea.

Al fin Krysaor pareció conmoverse.

—Demasiado tarde. Me he pasado toda la vida pensando que cuando encontrase a Niso el mundo iba a cambiar… y mi corazón también. No ha sido así, y ahora me doy cuenta de mi error. Ese dios Atón, esa religión vuestra, son monstruosos. Destruiré los cimientos sobre los que se asienta la ciudad de Tarsis. Algún día regresaré a Hesperia, conseguiré la piedra de Jafet y no quedará nada allí.

Antes de que Nórax se repusiese del asombro que le causaba el odio que rezumaban las palabras de Krysaor, este se marchó. Cuando se iba, su rostro amargado mostraba cierto alivio por haberse justificado. Krysaor necesitaba confiarle el secreto a alguien que no pudiera traicionarlo porque se revelaría a sí mismo como cómplice.

Pocos días después de aquella conversación, se volvieron a encontrar en la puerta del gimnasio donde los jóvenes nobles de Tarsis se entrenaban para el combate. Krysaor, arruinado entonces,

no podía pagar las piezas de cobre que se exigía para entrar en él e hizo que Nórax le invitase. Le gustaba estar en forma, y su sueño era volver a saltar los toros, pero sus músculos ya no estaban tan ágiles como cuando era joven. Tras ejercitarse sobre potros y caballetes de madera, salieron a la calle. En una plaza se detuvieron a beber en una fuente donde las criadas recogían un agua que se decía que poseía propiedades medicinales. Dos mujeres con los gruesos pechos de las amas de cría se pararon allí. Sus ropas denotaban que pertenecían a la servidumbre del palacio de Gerión.

—El chico es especial, te lo aseguro. Es muy hermoso. Llegó al *kap* en el solsticio, y no debe de tener más de seis meses. Hay algo misterioso en él.

El *kap* era la escuela real donde se educaban los príncipes de Tarsis y los nobles. Nórax había ido de niño. Al darse cuenta de que las estaban escuchando, bajaron el tono de voz, pero en la charla de las mujeres se oyó la palabra «Hesperia». Krysaor se puso rígido y comenzó a observarlas con ojos de fuego.

—Tengo que verlo —sentenció.

—El *kap* no permite la entrada de nadie ajeno a la casa real. Puedes encontrarte con un grave problema.

No le hizo caso. Krysaor intentó ver al niño muchas veces. Finalmente, un día lo detuvieron pensando que quería entrar al gineceo para espiar a las mujeres. Lo golpearon brutalmente. El rencor que llevaba en su corazón creció; odiaba todo lo relacionado con Gerión, con el dios solar y con Hesperia. Desde entonces, Nórax y Krysaor no volvieron a hablar del pasado oscuro que los unía.

Segundo papiro
Los viajes de Nórax

«Desde allí, y navegando por un gran río, llegamos a un lago, que contenía tres islas mayores… Partiendo de ellas, empleamos una jornada de navegación para llegar al fondo del lago, que se hallaba dominado por enormes montañas llenas de salvajes, ataviados con pieles de animales, que nos arrojaron piedras y nos obligaron a alejarnos, impidiéndonos desembarcar.

»Zarpamos de allí y arribamos a otro río, grande y ancho, repleto de cocodrilos e hipopótamos.

»Y, desde allí, navegamos con rumbo Sur, por espacio de doce días, costeando el litoral, que se hallaba, en su totalidad, habitado por etíopes, quienes, ante nuestra presencia, huían sin esperarnos.

»Pues bien, durante el último día, fondeamos en las inmediaciones de unas grandes y frondosas montañas, la madera de los árboles era fragante y de diversos colores.

»Tras haber circunnavegado dichas montañas por espacio de dos jornadas, llegamos a un inmenso espacio de mar abierto, a uno de cuyos lados —en la parte de la costa— había una llanura en la que, por la noche, vimos alzarse por doquier fuegos a intervalos, de mayor o menor intensidad.

»Y, después de aprovisionarnos de agua, zarpamos de allí, prosiguiendo nuestra singladura, por espacio de cinco días, a lo largo de la costa, hasta que llegamos a una gran bahía que los intérpretes manifestaron que se llamaba "Cuerno del Oeste"».

HERÓDOTO DE HALICARNASO, *Historias,* Libro IV (siglo V a. C.)[1]
(Manuscrito Heidelbergensis. Viajes de Hannón)

---

[1] Heródoto de Halicarnaso, *Historias,* Libro IV. Traducción de Bartolomé Pou, Imprenta Central a cargo de Víctor Sanz, 1878.

Akálide

Tarsis, invierno de 1593 a. C.

Nadie sabe cómo Akálide llegó a Krysaor. Unos decían que la compró en el mercado de esclavos. Otros, que la conoció en las ceremonias iniciáticas de los adoradores de la diosa serpiente, a las que Krysaor acudía por rebeldía contra del dios solar y que, aunque en tiempos de Gerión estaban prohibidas, se organizaban a escondidas en las cuevas bajo la ciudad.

Nórax sospechaba que ella lo buscó: un espíritu de maldad sibilinamente oculto bajo el aspecto de una mujer de piel morena, un demonio que deseaba encontrar a alguien contrario a los pilares religiosos que sostenían Tarsis para cambiarlos.

Aquel invierno las naves *góidel* no se cobijaron en ningún lejano país de ultramar, sino que se refugiaron en Tarsis, y se balanceaban en las dársenas del triple muelle. Se aprovechaba para reparar los cascos y las velas. Nórax, algo más recuperado anímicamente de lo ocurrido en Hesperia, bajaba todas las mañanas al puerto para supervisar las tareas y por las tardes acudía al gimnasio o a los espectáculos públicos de la ciudad.

Un día la vio. Desde el palacio *góidel,* subía por una cuesta hacia la explanada en la que culminaba Tarsis, donde se alzaban el templo, el palacio y la arena. Delante de él iba Krysaor, cuya capa ya no estaba tan raída. Una mujer esbelta y de curvas cimbreantes se le agarraba al brazo. Todo en ella era sinuoso, como reptante. Nórax no la podía ver sino por detrás, pero pensó que aquella figura podría ser la de una hermosa mujer.

Bajo los grandes portones de la arena de Tarsis, donde se celebraban los espectáculos de taurocatapsia, Nórax se encontró con Feder, con quien había quedado para ver el ritual acrobático. El saludo entre ambos fue cálido, y se palmearon la espalda con complicidad. Desde su regreso de Hesperia, Nórax había retomado la amistad con Feder y Kendal, sus amigos de juventud. Los dos eran ahora marinos, y compartían de nuevo las mismas inquietudes que Nórax. Sus risas y conversaciones le aliviaban del dolor que persistía tras todo lo ocurrido en Hesperia. Además, eran un contraste reconfortante frente a la tensión creciente que siempre acompañaba a Krysaor.

Nórax ya no buscaba tanto la compañía de Krysaor. La distancia que se había creado entre ellos no había hecho sino aumentar. No podía perdonarle lo ocurrido con Eglea ni olvidar el asesinato de Niso. Tampoco su indisciplina cuando navegaban juntos, que le había puesto en tantos apuros. En cambio, con Feder y Kendal encontraba la paz que tanto necesitaba, la sensación de pertenecer a un grupo en el que podía ser él mismo sin un pasado lleno de conflictos.

Aquel día Nórax y el pelirrojo Feder cruzaban la plaza hacia las gradas mientras el bullicio de la multitud y el aroma de la arena mezclado con el sudor de los toros les envolvía. Nórax sintió un destello de nostalgia: aunque el mundo a su alrededor parecía el mismo, él sabía que no lo era. La vida había cambiado para él y, con ella, también sus relaciones en la ciudad de Tarsis.

Tras pagar una pequeña pieza de plata a la entrada al espectáculo, Feder y Nórax accedieron a las gradas, buscando un lugar desde donde pudieran disfrutar de la mejor vista de la arena. Finalmente encontraron un asiento elevado desde el que poder contemplar la actuación con total claridad.

Mientras Feder se acomodaba, su mirada se desvió hacia Krysaor, que se encontraba unas filas más abajo y a la derecha. Su cabello oscuro brillaba bajo la luz del sol, resaltando contra la capa negra que llevaba sobre los hombros. A su lado, una mujer de rasgos

llamativos estaba agarrada de su brazo, y se inclinaba hacia él con familiaridad.

—Es Akálide —dijo Feder en voz baja, acercándose a Nórax mientras señalaba discretamente con un movimiento de cabeza—. Dice que es su amante, y vive con ella en la casa de Túbal.

Nórax no respondió de inmediato. Observó a Krysaor y a la mujer que lo acompañaba con una mirada fija, cargada de curiosidad y una vaga sombra de algo que no alcanzaba a definir. Por un instante sintió un leve malestar, como un nudo en el pecho. No eran celos ni envidia, sino una incomodidad sutil, casi intangible, al ver a Krysaor, siempre tan libre, tan lleno de energía, sentado allí como si perteneciera a otro mundo, uno en el que él ya no tenía cabida.

Desde el lugar donde estaban sentados, Nórax la examinó detenidamente. Akálide no encajaba en los cánones de belleza de Tarsis. Su rostro, delgado y algo anguloso, estaba marcado por manchas del sol. Sus grandes ojos negros, rodeados de espesas pestañas, eran profundamente expresivos y poseían un brillo misterioso que atraía la atención. La boca, de labios gruesos y sensuales, se curvaba ligeramente, dejando entrever unos dientes de esmalte blanco amarillento. El cabello había sido negro, pero lo teñía con henna y lucía un color rojizo.

Sin embargo, lo que llamaba más la atención en ella era su cuerpo; parecía el de una diosa, con una cintura cimbreante y estrecha. Se sentaba cruzando unas larguísimas piernas, y la fina túnica transparentaba unos pechos opulentos.

Akálide parecía indiferente a las miradas de admiración que despertaba, concentrada en lo que ocurría en la plaza. Había algo en ella, una mezcla de confianza y misterio, que intrigaba a Nórax, aunque no lograba decidir si esa sensación lo fascinaba o lo inquietaba.

Unas trompas sonaron y comenzó el espectáculo. Del fondo de la plaza salió una larga fila de danzarines sagrados, los conocidos como *porenna*. Eran jóvenes que llegaban desde todas partes del imperio con la ilusión de triunfar en la plaza y rendir culto a Atón.

Todos eran jóvenes, hombres y mujeres esbeltos. Ellas iban ataviadas con un vestido corto, un grueso cinturón, llevaban un hombro al descubierto y en el otro un amplio tirante recogía el escueto ropaje. Ellos iban cubiertos con una tela amplia que llegaba casi hasta las rodillas y se recogía con un cinturón ancho, dejando el tórax al descubierto. Los *porenna* se desplegaron por la arena en un semicírculo en torno al lugar donde se situaba el disco solar. Antes de empezar el espectáculo, entonaron el himno a Atón.

Desde el lugar en el que estaba, Nórax percibió que Akálide cerraba los ojos, contraía los labios y permanecía en tensión durante el tiempo que duró el canto de los *porenna*. En la plaza todos se habían levantado a cantar el himno solar, pero ella no lo hizo.

Al notar que Nórax no podía apartar la mirada de Akálide, Feder se inclinó hacia él y comentó en voz baja:

—Es extraña, pero, curiosamente, parece que las cosas le van mejor a Krysaor desde que está con ella.

Nórax desvió la mirada hacia su amigo, arqueando una ceja.

—¿Extraña? ¿A qué te refieres?

—Desde que está en la casa de Túbal, la ha llenado de gentes de piel como el carbón. Se rumorea que son esclavos.

—¿Esclavos? —Nórax frunció el ceño—. En Tarsis la esclavitud está prohibida.

—Por supuesto, ellos no lo admiten. Pero todo el mundo lo sospecha. Llegaron en barcos con el emblema del país de Kush. Subieron por las calles con las manos atadas. Eso lo vio mucha gente.

Nórax se quedó pensativo.

—¿Para qué los querrá?

Feder se encogió de hombros y bajó un poco la voz.

—No se sabe con certeza, pero, desde que llegaron, en las casas colindantes se oyen tambores rítmicos, flautas y una música extraña que parece no terminar nunca. Dicen que hay bailes frenéticos.

Nórax asintió con un gesto grave, y su expresión se endureció. La casa de Argón estaba al lado de la de Túbal, y no le eran ajenos

esos ruidos en la vecindad.

—Sí, desde mi aposento también he oído risotadas y gritos obscenos. Incluso he perdido el sueño, aunque estoy agotado y… —Se detuvo, incapaz de terminar la frase.

Feder lo observó en silencio y se dio cuenta de que su amigo llevaba un peso invisible, algo que lo consumía desde dentro. Sabía que el último viaje había sido desgraciado, que había perdido a toda la tripulación y que su barco, La Estrella del Ocaso, se había hundido. Feder, que también era marino, entendía la situación anímica de Nórax, a pesar de que ignoraba muchas cosas. Callaron porque una trompa de sonido agudo indicaba que el espectáculo estaba comenzando.

Un toro de piel azabache y grandes dimensiones saltó a la plaza. Varios gimnastas rodearon al cuadrúpedo realizando acrobacias y, aunque el animal intentó atacarlos, ellos lo eludían grácilmente. Bailaban al son de una melodía que era muy pegadiza y rítmica. El público la seguía con el cuerpo y a veces con palmas el ritmo de la música. Cuando el toro dio señales de estar cansado, una joven *porenna* de larga cabellera rubia entró en la plaza y, de una ágil cabriola, se subió sobre él. Este intentó quitarse de encima a la atleta, que, en un prodigio de equilibrio, no solo se sostenía, sino que sobre la espalda del toro hacía movimientos rítmicos al son de la música. Cuando el toro se levantó sobre sus cuartos traseros, ella se agarró a los cuernos y, tras dar una voltereta en el aire, cayó de rodillas con los brazos abiertos y en cruz. Después se levantó ágilmente e hizo una reverencia con la cabeza hacia el disco solar. Salió corriendo de la plaza entre los aplausos enfervorizados de la multitud. El toro regresó al corral.

Después de la joven rubia, entraron varios *porenna* varones y tres toros de piel blanca y negra. Los atletas desplegaron cintas y paños de colores vivos sobre palos no muy largos con los que hacía acrobacias, lanzándolos al cielo y volviendo a recogerlos. Los toros intentaban empitonar a los danzarines, pero ellos los evitaban y los sumaban a la danza. Les fueron conduciendo hacia los corrales,

dejando solo a uno de ellos, el más potente y grande. De nuevo salió a la plaza la joven rubia. Uno de los *porenna,* de un salto, se montó a horcajadas sobre el toro que quedaba en la plaza y, acto seguido, detrás de él se subió también como a caballo la atleta. Cuando el chico se puso de pie, ella saltó sobre sus hombros y logró quedarse completamente estirada. Durante unos instantes, los dos atletas, como una columna, permanecieron sobre el toro, ante la euforia y los aplausos de la multitud. De lejos, Nórax vio a Akálide y a Krysaor centrados en el espectáculo, aunque ella mostraba una expresión ausente en el semblante.

Entonces entró en la plaza un hombre de aspecto poderoso, con músculos muy desarrollados y no tan joven como los anteriores.

—Brent —exclamó Feder mientras señalaba al hombre del cinturón— lleva años siendo capitán de *porenna*.

—Pensé que se había retirado.

—No, aún no lo ha hecho. Ha recibido múltiples premios y Gerión le ha permitido contraer matrimonio. Ya no participa mucho en los espectáculos porque solo entrena a los otros. Tenemos suerte de que baile hoy sobre el toro.

A los *porenna* se les exigía ser vírgenes, y por eso era una excepción llamativa que Brent estuviera casado y siguiese danzando sobre el toro. Los que se retiraban podían casarse, pero ya no volvían a competir.

Brent hizo un bello ejercicio, se propulsó y dio una doble voltereta sobre la espalda del animal. Corrió bailando por la arena antes de volver a repetir el número anterior, efectuarlo luego una vez más y conseguir un triple salto. La gente se levantó entusiasmada.

Después de Brent, dos atletas más jóvenes intentaron realizar el mismo ejercicio. El primero lo hizo bien, pero sin la agilidad ni la soltura del capitán de *porenna*. El segundo saltó, pero cayó mal y fue corneado por el toro. La arena se tiñó del color de la sangre. Los *porenna,* agitando paños de colores, consiguieron retirar al toro de la plaza antes de acudir a ayudar al caído, que agonizaba.

Nórax miró hacia la derecha, donde un poco más allá, en la plaza circular, se sentaban Krysaor y Akálide. Él estaba serio e interesado en lo que ocurría, pero Akálide, de pie, sonreía. Parecía disfrutar con el sufrimiento del *porenna,* que expiraba con el rostro contraído de dolor. Lo retiraron en unas parihuelas y la actuación continuó, pero ya Nórax y Feder no consiguieron disfrutar porque no se les iba de la cabeza el atleta que había fallecido delante del toro.

Al final del espectáculo, los gimnastas se desplegaron ante Gerión y cantaron el himno a Atón. Después el rey hizo subir a la joven rubia, que recibió un trofeo y una bolsa de oro. A partir de ese momento, la joven ya no estaba obligada a saltar en los espectáculos de taurocatapsia. Podría casarse y retomar su vida.

De regreso a casa, Nórax observó que un poco más adelante, por la cuesta, descendía una pareja: Akálide y Krysaor. Ella caminaba de manera ondulante y erguida, avanzando más rápidamente que Krysaor, que lo hacía a paso lento y torpe, detrás de Akálide, como si la mujer lo arrastrara mientras él estaba en un estado de obnubilación. Nórax pensó que ese comportamiento sumiso era extraño en Krysaor, un hombre que nunca se había dejado dominar.

Lo comentó con Feder, que caminaba a su lado y que se encogió de hombros sin saber muy bien qué decir. Se despidieron ante el portón de la casa *góidel* y Feder siguió bajando, camino del puerto.

El encargo

Tarsis, 1591 a. C.

Nórax empujó el portón del palacio *góidel,* que estaba entreabierto. - Cruzó el patio con techo abovedado de alabastro y se dirigió hacia la sala en la que estaban pintadas al fresco, en las cuatro paredes, las galaxias y constelaciones de cada estación del año. Se detuvo allí, esperando a su padre, mientras pensaba en esas estrellas que lo habían acompañado desde niño. Recordó también las noches de soledad en Hesperia, bajo aquel cielo lleno de astros más brillantes que en ningún otro lugar. Suspiró. Añoraba Hesperia; la llevaba grabada a fuego en su interior. Cuando llegó Argón, lo encontró contemplando las estrellas que se dibujaban en la pared.

—Bien, querido hijo —le sonrió señalando con el índice los frescos—, esa es la primera carta de navegación que debe conocer todo buen marino.

—La conozco muy bien. —Nórax seguía serio; el recuerdo de Hesperia vibraba aún en su mente.

Al ver su actitud meditabunda, Argón le palmeó la espalda, como para animarlo, y después le confesó:

—Amo las estrellas, la mar y los barcos; mis pies están hechos a la cubierta de naves que cabecean sin descanso, pero me siento mayor y cansado para una nueva singladura. —Después de este desahogo, pasó a lo que realmente le importaba—. Este es el momento de cederte el mando de la flota *góidel*.

Nórax salió de su abatimiento. Se sintió orgulloso de lo que le pedía su padre. Iba a seguir la estela trazada en la mar por sus

antepasados.

—Espero, padre, que me acompañéis.

Argón se apoyó en su hombro con gesto cansado. Negó con la cabeza y le explicó:

—En nuestra familia, los padres han navegado con los hijos para enseñarles. Debido a tu condena, no pudiste aprender conmigo. Y yo ya no puedo. Siento que el círculo de mi vida como navegante se cierra. No soportaría los vientos, la lluvia, las noches sin dormir.

Calló un instante y sus ojos brillaron con orgullo:

—Considero que ya no me necesitas, que estás suficientemente preparado para comandar un barco no únicamente costeando, en una navegación de cabotaje, sino también para tripular en mar abierta. Te has formado por ti mismo, y lo has hecho bien.

Hizo una pausa y concluyó:

—Tu primer viaje al mando de la flota será a las Casitérides.

Nórax alzó la mirada, sorprendido:

—¡Es un destino lejano!

—Lo es, pero en él te probarás como navegante. No es solo un viaje comercial, sino una prueba de madurez.

Argón respiró hondo.

—Saldréis lo antes posible. Iréis varios barcos, cinco en total. Tú iras al mando. ¡Confío en ti!

Nórax asintió. Cinco naves. Una flotilla entera bajo su mando. La responsabilidad le produjo una cierta desazón, y propuso:

—Me gustaría que Kendal capitanease una de ellas. Es un buen marino.

—Demasiado joven quizá para unas jornadas peligrosas. Este viaje es importante. Quiero marinos experimentados.

—Tiene experiencia, padre. Me infunde seguridad. Ha navegado en mar abierta.

Argón sonrió, cediendo:

—De acuerdo. Kendal será capitán de uno de los barcos.

—Y Feder, piloto —añadió Nórax.

Argón asintió otra vez sonriendo.

—Mañana vendrán los otros tres. Lo prepararemos cuidadosamente. No quiero que nada falle en ese viaje.

Al ver a su hijo tan entusiasmado, Argón le contó viejas historias de marinos. Los ojos de Nórax brillaban por el deseo de aventura, por el anhelo de una vida audaz con la que desde niño había soñado. Pero también sentía respeto. El mar podía llegar a ser un adversario peligroso.

Después, Argón, en un tono algo más bajo y misterioso, le reveló:

—Hay algo más. Este viaje te transformará. Todos en nuestra familia hemos navegado hasta las Casitérides antes de capitanear una flota. —Se detuvo, pasó su mano sobre los cabellos canos, que le caían sobre los hombros, y continuó—: Allí encontrarás al dios. Él te revelará tu destino. A lo largo de la costa, en Hibernia y Albión, verás anillos de piedra, estelas solares, túmulos…, todos orientados hacia el sol. Son signos del culto ancestral a Atón. Jafet, padre de nuestras estirpes, adoraba al Único reflejado en el sol. Donde veas esas piedras, sabrás que hay paz y comercio. Son tierras bajo la influencia de Tarsis.

Nórax recordó el círculo de piedra que había visto en el solsticio de invierno desde Hesperia y los ojos le brillaron mientras seguía escuchando a su padre.

—Dicen que esos círculos conectan con el más allá. En ellos habita la fuerza del dios. Son templos solares, pero también calendarios sagrados que marcan solsticios y equinoccios y guían la siembra y el culto. —El tono de Argón se volvió solemne—: Dos de esos templos son los más sagrados de todos. Están en las Casitérides, y por eso te dirigirás allí. Uno está ubicado en Hibernia, en la llanura de Tara, donde yacen los reyes dioses. Allí te encontrarás con los muertos. Has de afrontarlo con valentía. Debes llegar a Tara en la fiesta de los muertos, en Samhain, cuando el canal entre este mundo y el otro se abre.

A Nórax le recorrió un escalofrío. Sintió vértigo, pero Argón no se detuvo.

—El otro templo está en Albión, la isla oriental. Es el Templo del Sol. Deberás alcanzarlo en el solsticio de invierno. Los mares estarán bravíos, y quizá encuentres la tierra nevada, pero deberás hacer ese viaje por tu bien. —Dicho esto, lo miró con afecto antes de añadir—: Hijo mío, sé que algo te ocurrió durante el tiempo en que desapareciste. Arrastras una herida dentro. Quizá en el santuario puedas sanarla. Si el sol te alcanza ese día, en el corazón del templo, entenderás lo que ha sido tu vida. Allí conocerás tu misión, y tu destino.

Nórax tragó saliva. Volvió a evocar con intensidad la visión en la isla junto a Eteria. Comprendía que aquello y esto estaban unidos. Pero no dijo nada. No se atrevió aún a confiarse. Guardó silencio.

Argón no le preguntó nada. Sabía que en las heridas del alma hay que entrar quedamente. Cambió de tema y le encargó que comenzase a hacer gestiones para la carga de los barcos en el puerto.

La preparación

Tarsis, primavera de 1592 a. C.

Nórax se dirigió al mercado de Tarsis, pero dio un rodeo. En una casa de la parte más baja de la acrópolis vivía Kendal. Preguntó por él y le dijeron que estaba en el muelle. Lo encontró allí atracando una barca grande, cargada de sacos de cereal, en el muelle junto a su casa.

Cuando desembarcó, Nórax le gritó con alegría:

—¡Nos vamos a las Casitérides!

Kendal lo miró sorprendido, sin compartir su entusiasmo.

—No tengo barco. Mi padre zarpó hace unos meses con una flotilla y aún no ha regresado.

Nórax, exultante, insistió.

—No lo entiendes. ¡Vendrás de capitán en uno de los barcos de mi familia!

Kendal se rascó la cabeza, despeinando su cabello castaño, encantado de la propuesta. Asintió de inmediato mientras Nórax le iba contando detalles del viaje. Kendal no le dejó hablar demasiado porque pronto le interrumpió con una pregunta que era un desahogo:

—¿Sabes que me enfadé con mi padre? —Y continuó rápidamente sin esperar respuesta—: No quería nombrarme capitán de una de nuestras naves porque dice que soy demasiado joven e impulsivo. Pero, cuando regresemos de las Casitérides, se dará cuenta de que el clan de Argón ha apreciado lo que él no ha sabido valorar. Le

demostraré con hechos lo que no quiere aceptar: que soy un buen marino.

Nórax levantó el puño con el índice hacia arriba mostrando su acuerdo y luego le dio una palmada en la espalda. Kendal, más animado, exclamó:

—¡Tiene que venir Feder!

—¡Por supuesto que sí! Ya se lo he dicho a mi padre; necesito un piloto.

—Está en el mercado, en el puesto de pescado.

—¡Vamos a por él!

Desde el puerto subieron deprisa hacia el mercado, sito en una gran plazoleta porticada abierta al puerto. Era un lugar multicolor y cosmopolita poblado de gentes de todo tipo: minoicos de la isla de Creta, hicsos y tebanos de Egipto, comerciantes del país de Hatti y Mittani, gentes de Assur, apiru de las costas de Levante.

Feder estaba con uno de sus hermanos menores, voceando: «¡Sardinas, boquerones, caballas!» y rodeado de mujeres que intercambiaban el pescado por queso, trigo o alguna pequeña pieza de plata. Nórax le explicó el plan y, tras aceptar sin dudarlo, dejó el puesto a su hermano.

Atravesaron los tenduchos, envueltos en un murmullo de lenguas diversas y entre los ropajes de vivos colores de asirios y apiru y las túnicas blancas de egipcios y minoicos. Nórax regateó con un mercader que vendía ajorcas grabadas con el trisquel y fíbulas en forma de caballito; con una moneda de oro, compró dos sacos de piezas de orfebrería. Las cargaron entre todos y las llevaron a los barcos.

Después regresaron a la plazoleta porticada a por más mercancía. Ya cansados, se sentaron en una taberna. El vino, áspero pero fuerte, los animó aún más. Se despidieron hasta el día siguiente, cuando tendría lugar la reunión para preparar el viaje.

Por la mañana se encontraron en la gran sala decorada con estrellas Feder, Kendal, Nórax y dos marinos de mayor edad, uno de los cuales se llamaba Lendhar. Este último, hombre de barba

entrecana, con cicatrices en el rostro y en los brazos, era algo más joven que Argón y buen amigo suyo. Había realizado ya el viaje a las Casitérides.

Argón desplegó sobre una mesa alargada un papiro con un mapa donde se distinguían con claridad el Mediterráneo, la península itálica y la helénica, el Nilo en el país de Khemet y, hacia el occidente, la cuadrada península de Iberia, donde se alzaba Tarsis. La costa atlántica aparecía desdibujada. Todo estaba rodeado por el gran Océano Exterior, un círculo de agua que rodeaba el mundo conocido. El mapa era sencillo, el mismo que habría poseído cualquier navegante de Tarsis.

—Los mapas no señalan bien las costas más allá del cabo del Fin del Mundo —dijo Argón—. Mi padre, el padre de mi padre y yo mismo las hemos recorrido.

El marino se acercó a un odre cubierto por una tapa de madera. Dentro había más papiros. Los extrajo con cuidado. Durante un instante, Nórax se vio a sí mismo junto a Krysaor, siendo apenas unos mozalbetes, intentando descifrar aquellos mismos mapas.

De todos ellos, Argón eligió uno mucho más completo. Las costas atlánticas del mundo se revelaron ante los ojos de los expedicionarios. Por aquellas tierras habían navegado los antepasados de Argón y de Nórax. Aquel conocimiento era un secreto celosamente guardado por el clan.

Desplegaron el mapa y se abismaron en él. Argón les fue explicando el viaje que deberían emprender. El viejo marino, normalmente tan sobrio y parco en emociones, de pronto se sintió conmovido y su voz dejó traslucir un cierto temblor.

Les fue describiendo las mejores rutas, la forma más adecuada de aproximarse a los puertos peligrosos, los hitos costeros por los que podían guiarse hasta llegar al cabo del Fin del Mundo, al noroeste de la península de Iberia.

Desde allí tendrían que virar hacia el norte, en mar abierta, sin costa que los amparase y guiándose solo por las estrellas. Al pensar

en surcar los mares sin una costa cercana, Nórax sintió vértigo, pues nunca lo había hecho antes.

En ese momento llamaron a la puerta. Argón ordenó que abrieran. Entró uno de los sirvientes llevando de un brazo a un joven de unos quince años, de cara pecosa y nariz grande, con pelo castaño, ensortijado y revuelto y ojos oscuros y vivaces.

—Un polizón —anunció el criado—. Lo han encontrado en una de las naves que zarpaba hacia Gadir. La embarcación ha tenido que regresar a puerto.

Argón frunció el ceño, pero sus labios dibujaron una sonrisa.

—Sedric… ¡Aún no tienes edad de embarcarte!

—Otros tampoco la tienen —replicó él, sin bajar la mirada.

—Sí, pero no tienes el permiso paterno.

—Quiero navegar.

Esta vez la voz de Argón sonó firme:

—Tu familia es poderosa en Tarsis, pero no pertenece a la estirpe de los navegantes. No creo que tu padre desee verte a bordo de una de nuestras naves. No quiero un conflicto con él.

Sedric cruzó los brazos, molesto.

—Algún día seré capitán de mi propio barco.

—Para ello tendrías que formarte en la Escuela de Navegantes.

El joven miró de reojo a Nórax y respondió con desparpajo:

—Hay quienes han aprendido sin necesidad de soportar las lecciones de la escuela. Sé que si embarco en una nave *góidel,* aprenderé más que en ningún otro sitio.

Argón perdió la paciencia y alzó un poco la voz:

—¡No quiero volver a oír nada más! Convence al jefe de tu clan, es decir, a tu padre. En Tarsis aún hay respeto por los mayores y por el linaje.

Cuando Sedric salió, aún con el ceño fruncido, Argón, Nórax y los demás retomaron la reunión, centrados en la carga de las naves.

—La semana pasada —explicó Argón— de nuestros barcos arribó de Ugarit con tinte rojo de múrex, resinas aromáticas, ébano del país de Khemet y turquesas del Sinaí. Ayer Nórax fue al puerto y -

cargó en los barcos la orfebrería: fíbulas, brazaletes, ajorcas y hebillas. Podéis añadir cerámica minoica, que un navío de Creta trajo hace pocos días. En las islas no tejen buenas telas, así que podéis llevar también tejidos orientales. Todo podrá cambiarse por estaño, tan necesario para el bronce y el oricalco.

Los capitanes se repartieron la carga restante. Parte ya estaba en las bodegas, llegada del Levante; otra la habían adquirido Nórax, Feder y Kendal el día anterior. Faltaba completar algunas piezas de orfebrería y cerámica, pero todo marchaba según lo previsto.

El viaje iba ser largo y dificultoso, pero a Nórax no le importaba: se sentía ilusionado. Cruzó la gran plaza porticada del mercado y bajó hasta las dársenas. Allí acarició con la mirada los barcos de la flotilla, que se balanceaban suavemente con sus proas en forma de animales. Cada uno tenía distinta eslora y calado. Tres eran de tablas cosidas y casco aplanado, adecuados para aguas someras y ríos. Los otros dos, con casco redondo, se hundían más en el mar. El timón era un gran remo en la popa que requería dos o tres marineros para gobernarlo, aunque un hombre fuerte podía bastarse.

Las proas, más altas que las popas, lucían mascarones: un caballo, un ave, y en los otros tres, figuras de toro. Uno de los navíos de casco redondo era mayor, con dos palos: la nave capitana. Nórax la comandaría. Disponía de una cubierta que cruzaba la nao y un camarote donde se guardaban los papiros y las cartas de navegación, protegidos en odres de barro.

Como todo parecía estar en orden, se alejó del muelle. En el mercado encontró a dos criados de la casa de Argón que le ayudarían con la intendencia. Ordenó cargar grano, carne en salazón, queso, pan cocido dos veces, algunas gallinas y varios corderos.

Tras horas de trabajo en el puerto y en el mercado, Nórax llegó a casa rendido, cenó frugalmente y se acostó, pero tardó en dormirse. La figura de Eteria en el círculo de piedra reapareció de un modo misterioso en sus sueños. Se desveló pensando en ella; le parecía

que podría volver a verla en el Templo del Sol, en Albión. Pero, al cabo, todo se desdibujó y su mente finalmente descansó.

A medianoche, lo sobresaltaron unos extraños ruidos. Algo explotaba bajo la casa. Se preguntaba qué sería, pero el sueño lo venció de nuevo.

Amaneció un día claro y despejado. Nórax saltó del lecho y se vistió con la corta túnica, se abrochó un cinturón de cuero y se calzó las sandalias, que trenzó hasta las pantorrillas.

Ya listo, fue a ver a su padre. Argón le recordó que lo esencial del viaje no era el comercio, aunque estaba seguro de que obtendrían buenas ganancias, sino alcanzar Tara, la colina de los reyes, y el templo solar de piedras en Albión. Allí, le repitió, conocería su destino.

Mientras le daba los últimos consejos, bajaron juntos al zaguán, donde se apilaban los últimos fardos. Criados y marineros cargaban los bultos en los carros. Después descendieron por las calles hasta el puerto, que se abría luminoso ante ellos.

Eran los últimos días del final del invierno. El tiempo era aún fresco, pero el cielo estaba sin nubes y el estuario del río Tarsis refulgía de tonos rosáceos bajo la luz del sol naciente. La primavera se acercaba, los días se alargaban. La flotilla debía afrontar la travesía en mar abierta al comienzo del verano, cuando el tiempo era más estable, y alcanzar las Casitérides antes de las galernas del otoño.

Nórax se arrodilló ante Argón para recibir la bendición paterna. Él le impuso las manos y musitó la bendición de los navegantes.

—¡Hijo mío, buenos vientos te conduzcan e hinchen las velas de tu navío, que el dios te guíe y dé fuerza a tus remeros y que alcances con ventura tu destino!

Nórax sintió cómo el corazón se le aceleraba al escuchar aquella antigua bendición del navegante. Después se levantó y ambos se abrazaron, palmeándose la espalda con emoción. No sabían si volverían a verse, pues la mar era traicionera, y el destino que aguardaba más allá del horizonte, incierto.

La partida

Costa occidental de Ofiusa,
primavera y solsticio de verano de 1592 a. C.

Nórax bajó rápidamente por las callejuelas, cruzó el mercado y alcanzó los muelles. Las tripulaciones, ya en plena faena, subían la carga a bordo por pasarelas bamboleantes. Al acabar, las naves soltaron amarras y se alejaron lentamente de las dársenas. Desde las cubiertas, los marinos se despidieron de sus familiares y amigos, que abarrotaban el muelle, diciéndoles adiós con las manos.

Cabeceando, las embarcaciones abandonaron los diques circulares centrales y enfilaron el Gran Canal. Al frente, la silueta de Hesperia. Nórax, firme al timón, decidió no permitir que nada le distrajera de su cometido como capitán. Apretó con fuerza el gran remo de gobierno mientras una punzada de ansiedad le atravesaba al pasar frente a la isla. Evitó mirar las playas, los acantilados, los bosques donde moraba Eteria. Durante los días de preparación, las tareas lo habían mantenido ocupado, pero en el fondo de su mente seguía viva la imagen de la doncella de cabello cobrizo.

Cuando Hesperia quedó atrás, Nórax soltó por un instante el timón y se volvió hacia la popa. La isla se desdibujaba al suroeste, con su verdor tornándose pardo y las playas y los árboles avistándose lejanos y borrosos.

Apoyó un pie sobre la amura y entonces notó algo blando bajo la sandalia. Un gemido sordo lo alertó. Al asomarse, distinguió una cabeza de cabello castaño empapado, seguida de un cuerpo delgado y moreno que se aferraba a la borda. ¡Un polizón!

Nórax dio un grito; dos remeros soltaron los remos y corrieron a ayudar. Entre todos subieron al joven Sedric a bordo. Había logrado su propósito: embarcar sin permiso, escondido bajo la popa.

Estaba empapado y aterido tras horas en el agua. Lo envolvieron en mantas de lana y lo dejaron dormir junto a la amura de estribor. Al día siguiente, Nórax le puso a remar. Ese sería su castigo.

A Sedric no le importó. Estaba en la mar. Los primeros días vomitaba, pero nadie tuvo compasión: tendría que endurecerse si quería ser marino.

Navegaron sin contratiempos. Los barcos avanzaban con buen ritmo: entre veinte y treinta remeros por banda se turnaban en dos bancadas, y la vela cuadrada les daba impulso cuando el viento soplaba a favor. Por las noches anclaban en ensenadas resguardadas, pues proseguir en la oscuridad era peligroso.

El viento continuó constante, hinchando la gran vela cuadrada, que gemía con la fuerza del levante. Nórax se abismaba en la contemplación del mar, en las olas que levantaban la proa, en las gaviotas sobre los mástiles, en el ruido rítmico de las velas, en el crujido de las jarcias; todo eso a Nórax le hacía feliz.

A veces desafiaba a Kendal para ver quién llegaba antes a un hito costero. Lendhar y los otros capitanes, desde sus naves, movían la cabeza con indulgencia: «¡Jóvenes!».

Pasado el Promontorio Magno, pusieron proa al norte. Tres días navegaron con buen tiempo, pero al cuarto el viento arreció: las velas se tensaron al máximo, los cascos crujieron y los remeros empezaron a jadear.

La mar, cada vez más bravía, anegaba las cubiertas; los que no remaban se lanzaron a achicar agua sin descanso. Los barcos, sobre todo los de casco más aplanado, parecían a punto de naufragar. En la costa, un cabo precedido por una playa redondeada se adentraba hacia el occidente en el mar.

Desde una embarcación cercana, Lendhar señaló el cabo. Nórax recordó las palabras de Argón: tras ese cabo debía de estar el estuario del Tagus. Allí encontrarían abrigo.

Aún les quedaba un buen trecho, por lo que gritó a los remeros que no aflojaran. La mar estaba embravecida, y los palos se balanceaban con violencia, de modo que ordenó arriar las velas. Tocaba avanzar solo a remo. Los hombres bogaban con furia, conscientes de que su vida dependía de ello. Al fin, divisaron la desembocadura de un río: el Tagus.

Al internarse en su estuario, el viento amainó. Subieron contracorriente por un cauce ancho y verdoso hasta alcanzar la ría interior, calma y rodeada de marismas pobladas de aves: flamencos, gaviotas, cormoranes y sisones.

La marea los empujó a la orilla derecha, donde desembarcaron en un poblado fortificado: Olisipo. Una estela solar marcaba la entrada. Allí veneraban a Lugh, dios supremo y solar, protector de herreros y fundidores. Como Argón había previsto, los recibieron bien: descendían de *góidel* y hablaban la misma lengua.

Durante una semana llovió sin tregua. El viento sacudía las naves, pero los aldeanos les ofrecieron abrigo en un viejo granero donde ardía una hoguera. Compartieron pan, carne curada y queso. Los marinos les pagaron con orfebrería. Y lo más valioso: obtuvieron estaño.

Nórax volvía contento del trueque cuando se encontró a Kendal junto al fuego. Las llamas danzaban iluminándole el rostro con destellos cálidos y proyectaban una sombra alargada en el suelo. Se sentó a su lado, en silencio. Por un instante, solo se oyó el crepitar de la leña.

Al fin, Nórax le palmeó la espalda con familiaridad.

—¿Cómo vas?

Kendal giró la cabeza. Sus ojos brillaban bajo la luz temblorosa del fuego.

—Bien, es un buen barco el que me has asignado. Tiene buenos marineros. Son rápidos y conocen bien el oficio.

Nórax sonrió inclinándose un poco hacia él.

—Ya lo veo… —exclamó Nórax—, me has adelantado varias veces.

Kendal sonrió por primera vez en días.

—Es una nave marinera. A este ritmo, llegaremos a Hibernia antes del verano.

—No lo creas —repuso Nórax, relajado—. Pararemos muchas veces. Si todo va bien, llegaremos a Hibernia pasada la fiesta de la cosecha.

Kendal asintió, pero su rostro se ensombreció. Su voz se tornó más baja, inquieta.

—¿Cuándo regresaremos?

Nórax arqueó una ceja, sorprendido.

—¿Ya quieres volver?

Kendal desvió la mirada hacia las llamas.

—Sí.

Nórax lo observó con atención. Algo no cuadraba. Se inclinó un poco, con una sonrisa cómplice.

—¿Alguien te espera?

Kendal negó, pero sus ojos decían otra cosa. Tardó en hablar, como si luchara consigo mismo:

—No. Es otra cosa.

—¿Qué ocurre?

Kendal tomó aire, como reuniendo valor.

—El día que zarpamos me llegó la noticia: la flotilla de mi padre fue retenida por piratas del mar. Venían de Alasiya con cobre, pero los capturaron. Ahora exigen un rescate.

Nórax se puso serio, frunció el ceño y su rostro se tornó grave.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Ya me había comprometido contigo para el viaje a las Casitérides. Era el día en que partíamos, no podía echarme atrás. Pero estoy… —Kendal hizo una pausa, y tragó saliva—. Estoy muy preocupado.

Por un momento, sus palabras parecieron quedarse suspendidas. Nórax no respondió. Entendía la angustia de su amigo, y con su silencio intentaba permitirle que se siguiese desahogando. Finalmente, Kendal continuó, su voz teñida de remordimiento.

—Últimamente me había peleado con mi padre. Es un buen hombre, pero algo terco. Yo también lo soy. Le dije que me dejara en paz, que se fuera él por su cuenta, que yo haría mi vida. —Se interrumpió y bajó la mirada, ocultando la inquietud y la culpa—. ¡Espero que no les suceda nada! —exclamó con voz cargada de ansiedad—. Un hermano de mi padre está tratando de resolverlo, pero no dejo de pensar que quizá debí haber ido con él. O quedarme para proteger a mi madre, a mis hermanos. Tal vez no debí dejarlo todo en manos de mi tío.

Guardó silencio. Sus ojos reflejaban la tormenta que lo sacudía por dentro.

—Me siento atrapado entre lo que decidí y el miedo de haber fallado a mi familia cuando más me necesitaban.

Su voz se fue apagando. Las lágrimas, a punto de aflorar.

Nórax le puso una mano en el hombro.

—No puedes hacer nada ahora. No volveremos en un año, quizá más. Después de Hibernia, iremos a Albión, al Templo del Sol. Mi padre quiere que hagamos el rito de paso a la madurez.

Kendal bajó la cabeza y removió las brasas con un palo.

—Sí. El rito. Quizá el dios me revele cómo está mi padre… y qué debo hacer. Pero aún falta mucho.

Ambos callaron. La noche les envolvía mientras cada uno seguía a solas con sus pensamientos. Lentamente, se tumbaron junto al fuego. Las últimas brasas titilaban en la oscuridad de la noche cuando el sueño los venció.

Al amanecer, el temporal había amainado. La luz se filtraba por los tablones del cobertizo. Kendal y Nórax salieron a la orilla: las naves se mecían en la rada, todavía agitadas por la marejada.

Reemprendieron la travesía. El océano los envolvía entre acantilados y colinas arboladas. Las olas rompían contra los arrecifes dejando a su paso espuma blanca. Aquí y allá se abrían playas doradas.

Rodearon la desembocadura del Douro y anclaron en el centro del estuario. El poblado no ofrecía buen abrigo, pero los lugareños

llegaron en canoas para intercambiar queso, fruta y verduras por abalorios. Rendían culto solar a un dios llamado Belenus. Su templo, de triple círculo pétreo, se alzaba orientado al solsticio, como en Tarsis.

Siguiendo rumbo hacia el norte, exploraron a lo largo de la costa diversos puertos naturales en los que se detuvieron para comprar víveres. Eran ensenadas protegidas del oleaje, hermosas y solitarias, donde el aire sabía a sal.

Una semana después llegaron a las tierras de las cinco rías: Gallaecia, con sus colinas suaves, bosques y estuarios. Las playas blancas permitieron un desembarco fácil. En los muelles de madera, los lugareños aguardaban para trocar estaño por los bienes que traían del sur.

Pasadas las cinco rías, alcanzaron otra serie de entrantes rodeados de acantilados de roca oscura. En las cimas se divisaban fuegos, pero no se dejaron guiar por ellos. Argón había prevenido a Nórax de que, en aquel lugar, los pobladores encendían hogueras a modo de faros, pero lejos de la costa para que las naves encallasen. Después los asaltaban y se quedaban con la carga. Así pues, navegaron lejos de la costa sin detenerse.

Al fin llegaron al cabo del Fin del Mundo, el lugar donde la gran mar se dilataba hacia el infinito. Los días anteriores había llovido, y las brumas los habían acompañado en la navegación. Sin embargo, en el atardecer, las nubes se abrieron y un sol esplendoroso se fue posando en un mar plácido, que se unía a un cielo completamente despejado. El astro rey se ponía allí en el fin del mundo, y algo mágico los rodeaba. No había lugar más occidental en las tierras del mundo conocido; habían llegado al límite de la tierra, y más allá el océano se precipitaba en el inframundo. Nórax sintió vértigo. El día que alcanzaron el cabo del Fin del Mundo era el más largo del año, un día sagrado, y Nórax pensó que era un presagio.

El sol, finalmente, se hundió hacia los abismos luchando con la gran serpiente, que los egipcios llamaban Apofis, y el cielo se llenó

de resplandores rojizos. Era la sangre del dios herido, pero nunca derrotado, por la serpiente.

Ya no podrían seguir bordeando la costa, sino que tendrían que lanzarse a mar abierta, rumbo norte, y aquello les abrumaba. Comenzaban la parte más dificultosa del periplo a las Casitérides.

Bajo las estrellas

Tara, Hibernia, Samhain de 1592 a. C.

Desde ese momento, los barcos debían navegar en mar abierta guiados únicamente por las estrellas. Había anochecido y el cielo era espléndido, con miles de puntos brillantes que trazaban constelaciones y galaxias e iluminaban la oscuridad del firmamento.

Nórax, una vez más, se sintió sobrecogido por la infinitud de la bóveda celeste, en la que titilaban miríadas de estrellas, y tuvo la impresión de que se fundía con el universo y de que un dios benigno le protegía.

Los barcos bogaban a buen ritmo porque, si bien la navegación de cabotaje obligaba a detenerse por las noches para evitar chocar con algún peñasco o arrecife, en una singladura en mar abierta la noche era el elemento adecuado para avanzar. Sobre ellos se alzaba el mapa estelar, que les indicaba el camino.

Nórax cedió el timón a Feder y llamó al joven Sedric, que dejó su puesto libre. El remero con el que bregaba frunció el entrecejo, pero Sedric le palmeó la espalda sonriente y el otro se resignó a bogar solo, encogiendo los hombros y meneando la cabeza con resignación; masculló: «Estos niñatos…», pero no había enfado en su voz, sino cierto sarcasmo.

Nórax quería mostrar a Sedric las cartas náuticas donde se dibujaban las constelaciones. El muchacho se sintió importante. Se entusiasmaba aprendiendo el arte de la navegación; admiraba a Nórax y le estaba agradecido por tratarlo con deferencia.

Con el barco meciéndose a un lado y a otro, e Hibernia divisándose al norte, ambos se sentaron cerca del castillete de proa. Había algo fraternal en su relación, parecida a la de un hermano mayor que le enseña el camino a uno más joven. Nórax tenía una tea encendida en la mano para ver bien en el papiro mientras le mostraba el mapa de las costas.

—Siguiendo ese curso, llegaremos a la isla de Hibernia —le dijo.

—¡Está muy lejos! ¿Cómo sabremos que vamos bien?

—Alineando siempre el mascarón de proa a esa constelación —y la señaló—: es el Carro, ¿la ves? En su punta está la Estrella Polar, que señala el centro del firmamento. El Carro para nuestros antepasados simboliza el viaje a través de la vida y la muerte, pero para los marinos es la guía, y ahora nos señala dónde está Hibernia.

Efectivamente, si trazaban una línea imaginaria hasta el cielo, la proa señalaba directamente la Estrella Polar, y el camino hacia Hibernia era una ruta recta hacia el norte, tal y como les había explicado Argón. Se entretuvieron mirando las estrellas, y Nórax le fue señalando una constelación tras otra. El cielo brillaba tan claro y estrellado que a Nórax le recordó las noches en Hesperia. Identificó Sirio, la estrella Sopdet de los egipcios, Aldebarán y Vega. No había luna, aunque los días anteriores una luna vieja había brillado en el firmamento. El cielo marcaba el rumbo. Nórax le dijo:

—Nos quedan unas cuantas semanas para el segundo plenilunio tras el solsticio, la fiesta del sol del verano. Tenemos que llegar a Tara para Samhain.

Sedric pensó que Samhain era la fiesta de los difuntos, pero ellos no tenían ningún antepasado en Hibernia. No preguntó por qué debían estar allí en esa fecha, ni le interesaba; él solo quería navegar. En aquella noche clara, siguieron mirando al cielo. Al cabo les entró sueño y se durmieron arrullados por el rumor incansable de las olas chocando con el casco del barco, tapados por unos cobertores de lana y empapados por el olor a salitre del mar.

Amaneció un día gris. Mantuvieron el rumbo fijado durante la noche, pero pronto se enfrentaron a las corrientes y al embate de

una mar embravecida, sin costas a la vista. Aunque el viento les era favorable, el fuerte oleaje y la violencia del temporal les dificultaban avanzar y les alejaban del rumbo norte que pretendían mantener. Los gritos se alzaban por la cubierta entre imprecaciones mientras Nórax daba órdenes a voz en cuello, luchando por hacerse oír sobre el estruendo del oleaje.

Al fin, el viento, hasta entonces furioso, comenzó a amainar y una brisa suave sopló firmemente. Cuando el cielo se abrió tras la furia del mar, los astros confirmaron lo que el instinto les decía: mantenían el rumbo norte.

La constelación del Carro se alzaba como un heraldo, y la Estrella Polar brillaba firme. Nórax sintió que las Casitérides ya no podían estar lejos.

La costa apareció entre la bruma, abrupta, verde y extraña. Al acercarse, el cielo se despejó y salió el sol, y entonces divisaron acantilados ciclópeos de color oscuro, coronados por suaves colinas de un verdor incomparable. Las gaviotas giraban en círculos sobre las naves, y el viento húmedo traía el olor de campos lejanos, de turba y de humo. Habían llegado a la gran isla de Hibernia en la fiesta del sol de verano, la que iniciaba la cosecha. Cuando se acercaron a la costa, divisaron a lo lejos campesinos recolectando las mieses.

Nórax, al frente de la flotilla, se alegró por haber alcanzado un hito en el viaje, pero también sintió preocupación. Sabía que comenzaba la parte más ardua del trayecto: bordear una costa desconocida, avanzar al ritmo caprichoso de las mareas, sortear escollos y enfrentarse a lo imprevisto. Cada día ofrecía un desafío: un viento en contra, una corriente traicionera, una bahía que prometía abrigo, pero revelaba una trampa. Lendhar, veterano en aquellas aguas, imponía prudencia. Su experiencia contenía el ímpetu de Nórax y la fogosidad de Kendal. Había momentos de tensión entre ellos, decisiones que se discutían al caer la noche, fondeados en algún estuario remoto. A veces los hombres maldecían la mar, otras la tierra que se negaba a acercarse. Había hambre,

sufrieron enfermedades y uno de los barcos se perdió entre la niebla, aunque más tarde lograron encontrarlo.

Avanzaban con lentitud. El frío comenzaba a sentirse al atardecer y las hojas en los bosques costeros se teñían de cobre. Los días menguaban. Finalmente, en los últimos días de octubre, divisaron la desembocadura del Boyne. No era un río como los del sur: aquí el agua era más oscura, cargada de historia y misterio. En las orillas se alzaban nieblas que solo disipaba el sol al llegar a mediodía.

Largaron anclas y dividieron la flotilla en dos. Los tres barcos de casco aplanado se adentraron por el curso del río mientras los dos de casco redondo quedaron fondeados en el estuario, con parte de la tripulación, porque estas naves, marineras en alta mar, no podrían remontar los bajíos del cauce.

Ascendieron a golpe de remo, ayudados por la marea. El río serpenteaba entre juncos altos y nenúfares flotantes que pintaban la superficie con manchas verdes y blancas. Samhain se avecinaba, trayendo consigo el misterio del más allá, el que acompañaba a los muertos. Navegaban hacia Tara, la colina de los reyes, donde los caminos del comercio se cruzaban con las sendas sagradas.

Al fin, los tres barcos atracaron en un muelle de madera desde donde partía un sendero hacia Tara. Nórax, Kendal y Lendhar —que ya había estado en Hibernia— desembarcaron en la amplia planicie que se extendía hacia la colina mientras el resto de la tripulación quedaba atrás.

Caminaron un buen trecho bajo un sol que ascendía hacia el cénit. La colina de Tara se alzaba coronada de verde, emergiendo sobre un mosaico de campos y bosques bajo un cielo amplio y limpio. Subieron la cuesta suave en silencio.

A lo lejos se dibujaba un gran túmulo aplanado, rodeado por un anillo de postes de roble, cientos de ellos, erguidos como centinelas de otro tiempo. Lendhar, con su dedo índice, les mostró en el centro del túmulo una roca vertical enhiesta que, según les dijo, era la piedra del destino, una piedra mágica que a veces hablaba.

Una gran multitud rodeaba el túmulo aguardando en silencio el momento en que el sol descendiera. En la fiesta de Samhain, decían, el astro se alineaba con el monumento y su luz penetraba en su interior, abriendo, por un instante, el umbral entre el mundo de los vivos y el de los muertos.

Nórax sintió entonces una punzada de angustia, un hondo estremecimiento. No era miedo, sino una tristeza antigua, hiriente, un grito que no venía de él, pero lo atravesaba. Era el llanto ahogado de una niña. Nadie más pareció oírlo. Entre las luces del atardecer percibió una sombra, leve al principio, pero cada vez más nítida.

Una voz quebrada se alzó, temblorosa y tierna:

—Cuida a mi niño. Yo no podré…

Supo quién era; lo supo antes incluso de verla por completo. Un escalofrío le recorrió la espalda: Eglea estaba ante él, pálida, con sus ojos grandes y tristes, llorando por su vida truncada, por la separación de su hijo. Al fin escuchó su voz, claramente:

—No confíes nunca en Krysaor —le advirtió—. Te traicionará, como hizo conmigo.

El espectro de Eglea se disipó como si nunca hubiese estado allí, salvo en el corazón de Nórax. Las gentes cantaban una melodía rítmica y triste que era como un lamento reverberante. El sol descendía bañando con sus rayos el túmulo y la piedra del destino.

Cuando la luz alcanzó a Nórax, ante él se manifestó el Dios Único con la apariencia de un anciano que portaba un gran caldero y empuñaba una maza.

—Me llamo Dagda, y soy el Único, el Padre de todos. Me revelo como Atón, como Lugh, como Belenus. Yo sacio el hambre de los hombres, y con mi maza doy la vida y la muerte. Has llegado al umbral de la inmortalidad, donde los hombres renacen y los dioses mueren. En estos túmulos reside el destino de los tuyos, porque estas son las islas de la inmortalidad. Un día los pueblos que brotarán de tu semilla alcanzarán estas tierras, las islas al norte, y al oeste de Tarsis las Casitérides serán de los *góidel*. Y cuando tu alma

repose en la eternidad, tus cenizas descansarán aquí, en el gran túmulo de Tara. Aquí reposarás hasta que los muertos retornen a la vida. Aquí te reencontrarás con los que amaste y un día perdiste.

Y entonces Nórax cayó al suelo sin sentido, vencido por el peso de la revelación del dios. Kendal y Lendhar se volvieron hacia él y lo vieron caer. Su rostro estaba tan pálido que parecía muerto, y yacía sin respiración, con el cuerpo inmóvil y los ojos cerrados. Poco a poco percibieron una respiración tenue que se tornó profunda como la de un sueño antiguo. Lo arrastraron con cuidado fuera del túmulo y esperaron en silencio, sin atreverse a perturbar aquello que no comprendían.

Pasado un tiempo, la muchedumbre se dispersó. En el cielo brillaban las estrellas, tapadas a retazos por largas nubes, mientras un viento frío agitaba la colina. Quizá fue esta brisa la que reanimó a Nórax, que abrió los ojos. No dijo nada. Se incorporó lentamente, como si regresara de muy lejos.

Tampoco ellos preguntaron.

Sabían, porque lo vieron en su rostro, por la forma en que miraba la colina y el firmamento estrellado, que había sido visitado por el dios. Y en su interior comprendieron que algo en él había cambiado.

El gran círculo de piedras de Albión

Albión, solsticio de invierno de 1592 a. C.

Durante días, el peso de la revelación mantuvo a Nórax taciturno. Había visto su final, el destino de los suyos. ¿Cómo era posible que su pueblo, los *góidel,* asentado en Tarsis durante muchas generaciones, acabase en las Casitérides y dominase las islas? ¿Qué debía hacer él? Era evidente que todo formaba parte del mandato del dios, pero aún no entendía cómo. Estaba abrumado por dudas y preguntas. Anhelaba llegar al gran círculo de piedras de Albión. Sentía que allí se le revelaría con más claridad lo que debía hacer. Su padre le había dicho: «En Tara hablan los muertos, en Albión, los vivos». Y después de lo vivido en Tara, ¿qué le aguardaría allí?

Alcanzaron el estuario del Boyne, donde les esperaban los dos barcos que habían dejado atrás, y pusieron rumbo al mar que separaba las dos grandes Casitérides. Hacía frío. Por las mañanas, la escarcha se depositaba en la cubierta y los hombres se envolvían en capotes encerados y mantas de lana. Pero, pese al frío, no se desató la galerna. Debían darse prisa. Los temporales de finales de otoño podían llegar en cualquier momento.

Nórax dio la orden de aumentar el ritmo. Gritó a sus remeros, y con señas y el clamor de una trompa urgió a las otras naves a que acelerasen la marcha.

Pocos días después, el tiempo cambió. El viento soplaba en contra, sacudiendo la embarcación y levantando las túnicas. Un marinero junto a Nórax forcejeaba con la driza de una vela que se

sacudía con violencia. Pronto tuvieron que arriarlas todas: el viento era tan fuerte que amenazaba con arrancar los mástiles.

Navegaron así durante horas, entre gritos, esfuerzo y agua por todas partes. Pero los barcos resistieron y la flotilla avanzó, empujada más por la voluntad de sus hombres que por el mar.

—¡Suelta! —gritaban desde la cubierta.

La lluvia caía sin tregua y les empapaba. Las ráfagas heladas hacían tambalearse a los hombres, y el oleaje barría la cubierta. Pero, a pesar de la intensa y prolongada galerna, los barcos aguantaron.

En los días siguientes se perdieron y se reorientaron varias veces en alta mar, lo que demoró la travesía entre las dos grandes islas Casitérides. A pesar de cubrirse con telas enceradas, lanas y pieles, temblaban bajo el viento constante. Tuvieron que esperar en un pequeño islote hasta que el tiempo mejoró.

Cuando cesó la tormenta, retomaron el viaje y alcanzaron la costa de Albión. Bordearon playas y acantilados rumbo al sur hasta llegar al estrecho que separaba la isla del continente y al que los antiguos llamaban el Paso del Norte. Lloviznaba, y a lo lejos se divisaban los árboles en las colinas, teñidos con los rojizos colores del otoño.

Una brisa suave les permitió avanzar por el estrecho, pero de pronto descendió la temperatura. Un viento furioso se alzó con un rugido y una galerna los arrastró muchas millas al este, más allá de los acantilados blancos que daban nombre a la isla de Albión.

Al anochecer, la galerna amainó, y echaron ancla en una ensenada rodeada por impresionantes acantilados. Las olas rompían contra las rocas exteriores, pero dentro el mar estaba en calma. Pasaron allí la noche, fría y sin estrellas.

Las nubes se abrieron y dejaron pasar el fulgor de la luna llena, que iluminó la rada. Desde la amura de babor de su barco, Nórax divisó a lo lejos a Kendal, sentado en la proa del suyo, cabizbajo, inmóvil. Tal vez pensaba en su familia en Tarsis. Al cabo se levantó, se cubrió con un capote encerado y se acostó bajo la cubierta.

Nórax permaneció desvelado, mirando los cinco barcos que se mecían, crujiendo sobre el oleaje. Feder se sentó a su lado. Había asegurado el timón y traía una flauta. Tocó una melodía vibrante, familiar. La música reconfortó a Nórax. Le puso una mano en el hombro a su amigo y Feder siguió tocando.

Al acabar la música, Nórax murmuró:

—Me gusta lo que tocas.

Feder interrumpió la melodía.

—Lo escuché en un sueño —respondió Feder—. Soñé con una chica, pelirroja, que sé que era mi hermana, la que llevaron a Hesperia. Desde que nos acercamos a Albión, la veo con más frecuencia.

Nórax recordó que Feder tenía una hermana que había nacido en el solsticio y estaba en Hesperia. En la familia de su amigo, todos estaban orgullosos de ella porque eran fervientes seguidores de Atón. También cayó en la cuenta de que la música que tocaba Feder le resultaba familiar: la había escuchado en Hesperia, y a sus acordes habían bailado la danza del trisquel las hijas de Gerión. Esa música no existía en Tarsis. Feder la había soñado, pero venía de Hesperia.

Al amanecer, el cielo se despejó y un sol pálido iluminó la costa. Frente a ellos se alzaban siete acantilados blancos que se internaban en el mar, como columnas de sal resplandeciente. Nórax no apartaba la vista de ellos: bañados por la luz del amanecer de los últimos días antes del solsticio, brillaban con un tono anaranjado.

A pesar del sol, el aire estaba impregnado de un frío húmedo que calaba hasta los huesos. Un viento desapacible soplaba desde el este. Pronto arreció, arrastrando nubes grises que dispersaron a los barcos. Durante horas navegaron a la deriva hasta que lograron reagruparse en la desembocadura del río Avon. Remontaron el curso fluvial hasta llegar a una vasta llanura donde se alzaban túmulos en forma de montículos. A lo lejos, brillaban fogatas que rodeaban una gran estructura circular.

Desembarcaron casi todos, aunque dejaron una pequeña guardia en los navíos. El frío se intensificó y se ajustaron las capas de pieles alrededor de los cuerpos ateridos. Pronto comenzaron a caer copos de aguanieve que cubrieron de blanco toda la planicie. Desde el embarcadero, se unieron a una multitud que avanzaba por la Gran Avenida Procesional. El sol, bajo y pálido, descendía lentamente hacia el santuario.

Al acercarse, distinguieron el gran santuario: piedras estrechas, blancas y azuladas, que se alzaban en círculo y sobre las cuales descansaban otras horizontales, como dinteles. Todo el conjunto estaba rodeado por postes de madera que señalizaban el recinto sagrado.

Habían llegado, tal y como Argón les había pedido, en el solsticio de invierno. El sol, resplandeciendo suavemente sobre la pradera nevada, se aproximaba lentamente al dintel superior del monumento. En un instante, el astro quedó oculto tras la piedra horizontal y, al cruzarla, un gran rayo solar resplandeció en el centro de las dos columnas de arenisca, atravesó la Gran Avenida Procesional y alcanzó una losa central, al fondo del santuario.

Allí, sobre la piedra, descansaba un relicario con una gema rojiza: la misma que Nórax había visto en Hesperia.

Nórax se detuvo. No avanzó un paso más. Tembló, pero no de frío, sino de excitación.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Feder.

—Yo ya he estado aquí.

—Habrá sido en algún sueño —afirmó el piloto—; es un lugar mágico.

Nórax no le contestó, consciente de que en un solsticio él había estado allí, pero sabiendo también que no podía decirle a Feder cómo. Lo había visto desde Hesperia.

El rayo de sol cruzó lentamente entre las columnas del centro del monumento y bañó a la multitud congregada en la llanura. Al descender hasta la altura de la gema, la luz reverberó con un fulgor bermellón e iridiscente que se derramó sobre todos.

Muchas gargantas entonaron al unísono un himno de adoración y alabanza al dios. El himno al sol resonaba con una melodía armoniosa, en muchas lenguas similares al idioma tartesio, que los *góidel* podían comprender.

El sol se mantuvo durante largos instantes bajo el dintel de las columnas centrales del templo, pero ahora se ocultaba ya, y su último rayo, penetrante e intensamente rojo, cruzó el dintel superior del arco y atravesó el centro del santuario. La luz encendió la gema del altar, que estalló en un fogonazo bermellón. Un resplandor ardiente se extendió sobre las piedras y sobre las gentes reunidas, como si una brasa celeste hubiera descendido a la tierra. Nórax sintió que el tiempo se detenía. El fulgor del solsticio lo atravesó, y en ese instante dejó de estar allí, en la planicie nevada.

Notó calor. El frío se había desvanecido, sustituido por una brisa suave que olía a sal y a resina. El gorjeo de los pájaros llegó a sus oídos, y se vio rodeado por una luz dorada que se filtraba entre las ramas de los árboles. A lo lejos se oía el rumor del mar. Nórax estaba en Hesperia, en un bosque cercano a la costa. Cuando sus ojos se acostumbraron a lo que lo rodeaba, la divisó: una figura blanca, de espaldas, asomada a un acantilado y abismada en el horizonte.

Cuando ella se giró, la reconoció de inmediato. Era Eteria, más hermosa que nunca. Su cabello castaño, con reflejos de cobre, resplandecía bajo la luz del atardecer. Lo miró con sus ojos ambarinos, profundos, enmarcados por largas pestañas. Él contempló la curva delicada de su nariz, los pómulos altos, la boca de labios plenos y rebosantes de vida.

Eteria le sonreía. Ya no era la adolescente que él había conocido: se había transformado en una mujer. Y los rayos del sol, posados sobre el mar como un manto encendido, los envolvían a ambos, suspendidos en un instante que no pertenecía al tiempo. De repente su sonrisa se extinguió y, agarrándose a su brazo, exclamó:

—¡Sácame…! ¡Sácame de aquí!

—Pero ¿cómo?

El corazón de Nórax latió aceleradamente. Alzó la mano temblorosa para acariciarla, y sus dedos rozaron la piel de sus suaves mejillas durante unos breves instantes. La suavidad de Eteria, su cercanía, la luz sobre su rostro…, todo se desvaneció de golpe.

Un vacío helado lo envolvió.

El calor se extinguió como una llama al viento. De pronto estaba otra vez en la planicie, rodeado de nieve. El silencio era denso, quebrado apenas por el crujido del hielo bajo los pies de la multitud. El sol se había hundido ya en el horizonte y se vislumbraba apenas un resplandor anaranjado sobre el círculo de piedras, como la huella de un mundo que acababa de cerrarse.

Quedó en él una impresión de impotencia: lo que había visto no era un sueño, sino la realidad. A través del santuario se había trasladado a la isla de las vestales, y Eteria le pedía ayuda. Una distancia inmensa los separaba. La angustia le apretó el alma como una garra oscura.

Entonces una luz blanca, inmensa y pura, lo rodeó. No era la luz del sol ni la del fuego, sino algo anterior a ambos: una claridad sin sombra. Y comprendió, sin palabras, que se hallaba en el corazón del dios. Sintió una calidez profunda, un amor que lo colmaba por entero, como si el universo lo abrazase desde dentro. Era el amor del Único, más antiguo que los mares, más firme que la piedra, más tierno que las caricias de una madre. Pero aquella felicidad duró apenas un instante.

Una sombra alargada, una enorme serpiente oscura emergía, desafiando la claridad divina. El dios y la criatura se enfrentaron. En su lucha, resplandores rojizos y lilas, como un crepúsculo sangriento, iluminaron el combate. Finalmente la serpiente fue vencida por la luz y se desdibujó hasta desvanecerse por completo.

Tras el ataque de la serpiente, la claridad divina resplandeció de nuevo con renovado fulgor, envolviendo a Nórax con su calidez. La voz del Único, profunda y cadenciosa, resonó en su mente:

—Tu destino será defender la luz. ¿Aceptas, Nórax?

Él asintió, y al hacerlo quedó colmado de paz y notó dentro de sí una gran calidez.

—Jura que defenderás la luz, a Hesperia y a sus guardianas por encima de todo.

—Lo juro —exclamó con fuerza, como en un éxtasis.

—Llegarán tiempos de prueba a Tarsis. Deberás enfrentarte al espíritu maligno que mora en la serpiente. Quizá nunca lo derrotes por completo, pero impedirás que su maldad se extienda. ¡Encontrarás en mí la fuerza para derrotarlo!

La voz se apagó mientras la frase final resonaba aún dentro de él. Sintió un íntimo consuelo y, cuando la luz se intensificó, cayó de rodillas, vencido por la presencia del dios. Luego la luminosidad se desvaneció lentamente.

Se encontró en la misma posición sobre la vasta planicie nevada. El eco lejano de las trompas ceremoniales lo ancló a la realidad. Estaba débil. A su lado, Kendal se inclinó y lo ayudó a incorporarse.

En el rostro del amigo se reflejaba la misma luz interior, como si también él hubiera sido tocado por el Único. Ambos permanecieron en silencio, respetando la intimidad de la experiencia vivida por el otro.

Invierno

Casitérides, isla de Albión, invierno de 1591 a. C.

A medida que el crepúsculo daba paso a la noche, mil antorchas se encendieron, proyectando su resplandor tembloroso sobre la nieve. Entre luces y sombras, las distintas tribus se acercaban al altar para depositar sus ofrendas bajo la piedra de luz.

La ceremonia tocaba a su fin. Bajo la luna llena, que ascendía pálida en el cielo, la multitud comenzaba a dispersarse en silencio, llevando cada uno su propia revelación.

Emprendieron el regreso hacia los barcos anclados en el Avon. La nieve crujía bajo sus pasos, y el aire helado les cortaba el rostro. Embarcaron sin palabras, soltaron amarras y la navegación por el río prosiguió rompiendo la fina capa de hielo que cubría la superficie. Avanzaban lentamente, entre aguas oscuras y silenciosas. Al llegar a la desembocadura, el mar se abrió ante ellos, vasto e inmóvil bajo el cielo invernal.

Nórax sabía que no podían regresar a Tarsis en pleno invierno. Las condiciones eran adversas, y el viaje, demasiado arriesgado. Debían encontrar un lugar donde invernar, un refugio temporal que les permitiera prepararse para el largo viaje de vuelta.

Navegaron costeando la gran isla de Albión. Lendhar recordaba un lugar seguro, apartado de los ataques de las gentes belicosas de la región. En la punta de una península desembocaba un río que los lugareños llamaban Fal.

El río era profundo y turbulento, y solo con esfuerzo lograron remontarlo. Las embarcaciones avanzaban entre cañas y juncos

cubiertos de escarcha. Bandadas de patos alzaban el vuelo al paso de las naves. De las ramas pendían carámbanos. Un aguanieve constante los empapaba y les hacía tiritar. Finalmente, en una orilla del río, se abrió una lengua de arena hacia la que empujaron los barcos y atracaron.

Durante las semanas siguientes, los marineros talaron árboles y, adentrándose un poco más hacia el interior, evitando la humedad del río, construyeron chozas donde pasaron el invierno. Los días eran oscuros y grises, pero, cuando nevó, todo se cubrió de una luz blanca, desconocida para aquellos hombres del sur.

Aguardaban la llegada del buen tiempo. Para alimentarse, cazaban en el bosque y pescaban en el río, a veces helado, rompiendo el hielo con un hacha. Durante aquellos meses, Nórax, que no había compartido su tiempo con Kendal, ya que este último capitaneaba otro barco, solía ir a pescar con él. Lanzaban el sedal hacia el turbulento río y sacaban salmones. Uno de ellos era tan grande que tuvieron que sujetar la caña entre los dos. Acabaron cayendo al suelo, riendo. De regreso a las chozas, con los salmones al hombro y el aliento dibujando nubes en el aire helado, Kendal le confesó:

—He visto a mi padre. Está bien. Ha regresado a Tarsis.

Nórax se detuvo, mirándolo con atención.

—¿Cómo?

—Lo vi en el Templo del Sol. Pude hablar con él, pedirle perdón. Me dijo que me echa de menos, que me necesita.

Guardó silencio, con la mirada fija en el horizonte.

—El dios me reveló que mi padre no espera perfección, solo que sea fiel a lo que llevo dentro. Me dijo que está orgulloso de mí, aunque nunca me lo manifestara que siempre buscó forjarme, no someterme.

Ambos continuaron en silencio, el crujido de la nieve bajo sus pies como único sonido. La luz del atardecer teñía de dorado el paisaje, y en ese momento Nórax sintió que el destino de Kendal estaba ligado

al suyo, guiados por la misma luz divina que los había tocado en el Templo del Sol.

Intuía que algo había cambiado en todos desde el solsticio. Sedric y Kendal, que navegaban con él, estaban más callados, como si también ellos llevaran en el alma algo distinto, difícil de explicar. Él no era el mismo. La visión de Eteria le había recordado su promesa: ayudarla, liberar a las hespérides. Pero lo que más lo inquietaba era la lucha que había presenciado entre el dios y la serpiente. Aquella sombra, vencida por la luz, no era un símbolo cualquiera. Era real. Representaba un mal antiguo y persistente cuya forma aún no conocía, pero cuya perversidad ya lo amenazaba.

Llegaron aires de primavera, aromas de flores y trinos de pájaros, y cuando el deshielo liberó los cauces, los *góidel* abandonaron el campamento y descendieron por el río Fal, que reflejaba en sus aguas las nubes dispersas y los cielos intensamente claros.

El estuario se abrió ante ellos. A pesar del tiempo transcurrido, Nórax seguía marcado por las visiones del círculo de piedra. Al oír a lo lejos el graznido agudo de las gaviotas, sintió que Tarsis lo llamaba y que el mar transmitía, como un eco, esa llamada que resonaba en su interior.

Al alejarse de la desembocadura, divisaron sobre un acantilado un poblado fortificado. Lendhar, que lo conocía de viajes anteriores, les aseguró que allí podrían obtener estaño. Se dirigieron hacia él. Tras intercambios de gestos, miradas y palabras en lenguas diversas, trocaron las últimas mercancías de las naves por una valiosa carga de metal.

Prosiguieron el viaje. Un viento suave los empujó hacia el sur y los enfrentó de nuevo a la navegación en mar abierta, guiados por las estrellas. El tiempo era benigno, y la brisa, constante y favorable. Después de semanas de lucha contra el mar, Nórax descansó y se apoyó sobre los codos en la amura de estribor, cruzando las manos y con el rostro vuelto al viento.

Al poco, Sedric se situó a su lado. Desde el solsticio, el muchacho se había mostrado serio y poco hablador, algo inusual en él. Nórax,

intrigado, le preguntó qué le ocurría. Sedric lo miró con cierta angustia.

—En el círculo de piedra, el dios habla…

—Sí. También me ha hablado a mí —asintió Nórax.

No quiso decirle que había visto Hesperia; así que guardó silencio y se limitó a escucharle:

—Cuando aquel rayo de luz rojiza brilló en el ocaso, vi mi muerte… Sí —repitió Sedric, angustiado—. Yo he visto mi muerte. Todo era amarillo y rojo, sangre sobre la arena… Así moriré.

—Podría significar otra cosa.

—No. Estoy seguro. El dios me ha revelado que voy a morir por él, y, si te digo la verdad, no me asusta, pero sí que he dejado de dar importancia a muchas cosas. Creo que todos vimos nuestro destino.

El mar se extendía ante ellos, sereno y vasto. En el barco que seguía más atrás, vio a Kendal junto al timón, dando órdenes. A él el Único le había mostrado el presente. Se volvió a Sedric escuchándole atentamente:

—En el círculo de piedras el dios Atón revela el futuro —repitió el joven.

Feder, detrás de ellos, les estaba escuchando. Intervino con voz clara:

—Yo vi una playa. Moriré allí, en combate. También vi a mi hermana en un lugar lleno de vegetación y de luz.

Siguió describiendo aquel lugar, que Nórax reconoció como Hesperia. Nórax no dijo que el círculo de piedras lo había trasportado allí.

Sedric lo interrumpió. En su rostro, más serio, asomaba una madurez inesperada.

—¡Ojalá nunca hubiéramos estado en el gran círculo! —se lamentó—. Siento que es mejor no conocer el futuro cuando anuncia un destino adverso.

Nórax intentó calmarlo. Comprendía que en el círculo de piedra el tiempo y el espacio se unían y que el dios infundía en los hombres

visiones sobre su futuro que no siempre eran halagüeñas.

—Quizá esas visiones no se cumplan…

—Es el destino —replicó Feder—. Siento que van a cumplirse y que no puedo evitarlo.

Sedric hizo gala entonces de una serenidad inesperada. Sí, la muerte le producía desasosiego, pero en la visión no todo acababa así, sino que había algo más.

—Solo me consuela que al final llegaba a un lugar hermoso, un jardín con árboles de manzanas doradas donde mora la felicidad —les confesó Sedric.

Siguió describiéndoles la visión, en la que Nórax reconoció Hesperia. No dijo nada. No podía explicar cómo lo sabía ni contar lo que allí había vivido.

A través del círculo de piedras, los tres habían estado en Hesperia. Feder y él, en el presente; Sedric, en el futuro, y más allá de la muerte. Los tres habían alcanzado el paraíso. No volverían a ser los mismos.

Los ruidos

Tarsis, 1589 a. C.

Los vigías, desde las atalayas de la ciudad, hicieron sonar las trompas al divisar a lo lejos cinco naves que entraban por el estuario. Nórax, al mando de la nao capitana, deseoso de ver su ciudad y a su familia, avanzó desde el timón en la popa, entre los remeros, hasta la proa del barco, junto al mascarón en forma de toro. Dejaban a la izquierda la punta del estuario y a la derecha la isla de Hesperia, con sus acantilados y bosques. Entre los árboles entrevió algún brillo, quizá la armadura de alguna guardiana. Hesperia se divisaba como una montaña de verdor rodeada de playas y acantilados; entre aquellos árboles estaba Eteria, una mujer llena de sabiduría y belleza a la que Nórax seguía deseando. Un suspiro imperceptible escapó de sus labios.

Los barcos avanzaron lentamente, lastrados por el estaño en las bodegas. Al fin, enfilaron el Gran Canal de Tarsis, que atravesaba la ciudad y llegaba hasta el centro del montículo donde se alzaban las casas blancas de techos de oricalco. Desde la entrada del canal se contemplaba una vista hermosa: el templo culminado por cuernos de toro dorados y el palacio brillando al sol, ambos reflejados en el agua. En la punta de cada uno de los tres diques se alzaban estatuas de grandes héroes de la historia de la ciudad. En el primero, el patriarca Jafet y Noé; en el segundo, sus hijos Yaván y Túbal, y en el tercero, Tarsis y su hijo Gael, de quien descendían los *góidel,* los navegantes de la ciudad.

Cuando enfilaron la bocana del puerto, los vigías de las atalayas distinguieron el trisquel en las velas y tocaron el himno de los *góidel*. Las familias de los recién llegados supieron así que estaban alcanzando el puerto. La melodía, un himno marcial, los envolvió mientras los barcos atracaban con un crujido. Desde la borda lanzaron sogas que los de tierra ataron a cabrestantes; luego, tirando de las cuerdas, amarraron los barcos al muelle. Nórax fue de los primeros en saltar a tierra. Había mucha gente en el muelle, y en el aire flotaban susurros y miradas de expectación.

Entre la multitud destacaba un hombre fuerte y maduro, con el cabello encanecido y cuyos ojos brillaban con una mezcla de esperanza y nerviosismo. Kendal, con un nudo en la garganta, avanzó hacia él. Aunque la visión del Templo del Sol le había asegurado que su padre estaba bien, durante los meses de navegación había dudado, sintiendo que aquella podía haberlo engañado. Con cada paso que daba sobre la madera del muelle, resonaba en su interior con fuerza el tiempo de separación. Cuando llegó hasta él y se situaron frente a frente, Kendal, con la voz quebrada por la emoción, le pidió perdón. El hombre, con lágrimas contenidas, abrió sus brazos, lo acogió en un estrecho abrazo y después le palmeó con fuerza la espalda.

Tras el largo abrazo, se separaron. Kendal, con los ojos llenos de lágrimas, se arrodilló ante él, en el gesto tradicional de respeto. El hombre, conmovido, colocó sus manos sobre la cabeza de Kendal, le dio la bendición y lo levantó.

Nórax se entretuvo un momento observando la reconciliación de Kendal con su padre, que le llenó de alegría; pero otras tareas lo reclamaban. Debía organizar la descarga del estaño y del resto de la mercancía de la flotilla. Supervisó cada detalle, asegurándose de que todo estuviera en orden. Una vez que todo estuvo listo, se alejó del puerto y se dirigió a su hogar en la acrópolis. Subió deprisa por las calles, con el corazón rebosante de expectación y alegría, deseoso de ver a su propio padre y a su familia. No entendía por qué su padre no se había personado en el puerto para recibirlo.

Antes de llegar, pasó frente al antiguo palacio de la estirpe de Túbal, la casa de Krysaor. Ya no era este el edificio ruinoso de antes de su partida: las paredes estaban encaladas, el oro brillaba en las cerraduras y zócalos y las puertas carcomidas habían sido reemplazadas por otras de madera noble y labrada que lucían enceradas y flamantes bajo el sol meridional que bañaba Tarsis.

Nórax cruzó el umbral del gran zaguán de la casa familiar, bajo el resplandor tenue del techo de alabastro. Allí, en el centro del zaguán, estaba esperándolo su padre, en el que advirtió la decrepitud. En aquel año y medio de ausencia el hombre había envejecido y se movía con torpeza. Se abrazaron con fuerza. Alrededor de ellos, la servidumbre —más que simples empleados, parte de la familia— los observaba en silencio, respetando aquel momento de reencuentro.

Después, Nórax giró la vista y vio a su madre, a la que también notó envejecida, con arrugas surcando su semblante. Él besó el rostro amado, lleno ahora de arrugas, mientras la estrechaba entre sus brazos.

El zaguán se llenó de un alegre bullicio. Las voces de la familia y de los criados resonaban por toda la casa. Nórax se dejó llevar por la calidez del hogar, aunque percibía cómo el paso del tiempo estaba marcando a su familia.

El regreso de las naves, tras una larga singladura, siempre era una fiesta, porque muchos quedaban atrás, o no regresaban, en el curso de los prolongados viajes que emprendían las naves de Tarsis hacia tierras remotas. El padre de Nórax convocó a toda su clientela para dar la bienvenida a su único hijo, el heredero. Había regresado con la carga de estaño y, además, no había perdido ninguna nave, lo que inundaba el ambiente de euforia y alegría. En medio del júbilo de la fiesta, Nórax observaba a su padre: su espalda se encorvaba, sus manos temblaban y, aunque mostraba alegría, su expresión se tornaba a menudo vacía cuando no conseguía recordar el nombre de gente muy conocida.

Nórax se acostó a altas horas de la noche, y concilió el sueño inmediatamente por el cansancio, pero de madrugada, casi al alba, a pesar de estar agotado, lo despertó cierto ruido. Lo que turbaba su sueño era un silbido prolongado y penetrante, seguido por un silencio extraño en el que aquel aún vibraba. Al cabo, comenzó a oír un estruendo tras otro, como si algo estallase. Los ruidos procedían de algún lugar muy profundo, lo que le impedía volver a dormirse.

Se levantó desvelado y salió a la escalinata que conducía a la entrada de la casa. Las paredes vibraban por el estruendo, que después cesó. En el amplio zaguán, la claridad nocturna se filtraba a través de la claraboya de alabastro traslúcido. A la luz del exterior se sumaba la de cuatro antorchas que iluminaban tenuemente las paredes decoradas con hermosos frescos de delfines, barcos, peces y estrellas de mar.

Los ruidos bajo tierra se iniciaron de nuevo mientras Nórax descendía por las escaleras, que vibraban. Al llegar a la planta baja, se dirigió a las estancias que ocupaba Cidón, jefe de la servidumbre. Se lo encontró sentado fuera de sus habitaciones, en el zaguán, derrumbado sobre un banco y con las manos sobre la cabeza, en actitud de profundo abatimiento.

—¿Qué es este ruido? —le preguntó Nórax—. ¿Qué está pasando?

—Deberíais hablar con vuestro amigo Krysaor y con la bruja con la que se ha casado.

—¿A qué te refieres?

—Llevamos meses oyendo estos ruidos, sobre todo por la noche. Se iniciaron poco después de que llegaran los africanos, esos hombres de la raza de Akálide.

—¿Habéis preguntado? ¿Habéis consultado al consejo?

Se rio.

—Ya sabes que el consejo de Tarsis está corrupto desde tiempo atrás. Ahora ha sido comprado por ese hombre que últimamente destila oro. Según los miembros del consejo, no hay ruidos, todo son ilusiones de la casa de Gael, que está enfrentada con la de Túbal.

—Pero ¿de dónde ha sacado tanto oro? Antes no tenía nada.

Cidón lo miró con expresión irónica en la que se traslucía una cierta sorna.

—Se dice que ella es una bruja que transforma las piedras en oro, pero no creo que sea así. Krysaor es ahora el hombre más rico de Tarsis y ha comprado la voluntad de muchos.

—Me alegro por él —apuntó honestamente Nórax.

—No deberíais alegraros tanto. Krysaor se ha vuelto maligno, o quizá la mujer que tiene por compañera lo ha transformado. Adoran a una serpiente.

Nórax recordó la llegada de ambos a Hesperia y pensó que Krysaor ya había comenzado a corromperse mucho antes de adorar a una serpiente y de conocer a Akálide. Le extrañó esa información porque ese culto estaba proscrito, así que exclamó:

—Antes el culto a la serpiente solo se realizaba en las cuevas que hay bajo Tarsis, y la gente que lo practicaba corría el riesgo de ser apresada y condenada.

Cidón le explicó pausadamente el cambio que se había producido:

—Ahora se permite o se hace la vista gorda, y os aseguro que no es algo espiritual ni benigno. La gente teme pasar junto a la casa de Túbal. Hace unos meses, durante el solsticio de invierno, una niña desapareció en la puerta de esa casa. Los guardias de la ciudad la registraron de arriba abajo, pero no encontraron nada. Días después su cadáver mutilado apareció en la costa, con marcas horribles de estrangulamiento, violación y signos de haber sido sometida a un ritual oscuro y espeluznante.

Nórax se horrorizó. Los sacrificios humanos habían desaparecido de Tarsis hacía mucho tiempo. A juzgar por lo que le estaba contando Cidón, ahora volvían.

—¿Cómo puede Gerión permitirlo?

—El viejo Gerión no es el mismo. Ya sabes que comenzó a cambiar hace años, cuando lo de sus hijas y tras la muerte de la reina Esté. Ahora es un ser débil, siempre triste y abatido.

—¡Alguien tiene que poner freno a todo esto!

—¿Alguien? No sé quién… ¡Vuestro padre tenía fuerza y poder ante el consejo! Pero ahora está debilitado. ¡Quizá deberíais ser vos!

—Pero ¿cómo voy a hacerlo?

—¡Debéis hacerlo! Habéis regresado de las Casitérides en muy poco tiempo, con la carga completa y sin perder ni un solo barco. Esa clase de hazañas son valoradas en este país, donde se reverencia a los buenos navegantes. Aprovechad vuestro prestigio creciente y enfrentaos a Krysaor y al culto que está difundiendo. ¡No hay tiempo que perder!

Nórax movió la cabeza de un lado a otro y plegó los labios, como dando a entender que había que hacer algo, pero no sabía bien qué. En un instante recordó lo que se le había dicho en el círculo de piedra: el dios le había pedido que se enfrentase a la serpiente. No pensaba que fuera a ser tan pronto. Se quedó callado mientras Cidón, con voz temblorosa y dubitativa, le instaba:

—Mi señor, no podemos esperar más. Algo maligno se cierne sobre la ciudad, y debemos actuar antes de que sea demasiado tarde.

Nórax no le contestó; se quedó pensativo, recordando la lucha que había visto en el círculo de piedra en el cielo entre el dios solar y la serpiente, y todo lo que se le había revelado allí. Conocía muy bien al fiel criado, un hombre un tanto pesimista y ansioso, siempre temeroso por todo. Quizá no había razón para los temores del siervo, pero él mismo dudaba después de lo que se le había revelado en Albión. Sin embargo, no podía creer que su amigo Krysaor estuviera involucrado en sacrificios humanos; era un bruto, pero no hasta ese extremo. Puso la mano en el hombro de Cidón, un gesto con el que intentaba infundirle paciencia y darle ánimos. Después se despidió de él, dejando al criado apesadumbrado. Al separarse, el ruido había cesado, y, aunque Cidón movía el cabeza disgustado, parecía más tranquilo.

A la mañana siguiente, aún cansado por la noche en vela, Nórax se dirigió al gimnasio de la ciudad, el lugar donde los jóvenes se reunían para mantenerse en forma. Había una sauna, varias piscinas

y palestras para hacer deporte. De lejos, pudo ver a Krysaor. Casi no lo reconoció. Había engordado, y no parecía estar allí para hacer deporte porque conversaba con jóvenes de distintos clanes de la ciudad. Los escuchaba con aquellos ojos verde oliva, de mirada penetrante y carismática. Todos hablaban a la vez, pero, cuando él se dirigía a ellos, callaban y lo escuchaban atentamente.

Nórax fue saludando a algunos amigos, entre los cuales se encontró con uno llamado Jamal, un hombre alto, de anchas espaldas, mulato, de piel azabache, guapo y atractivo, guardia en el palacio de Gerión. Lo conocía porque era pariente lejano de su amigo Kendal y habían entrenado juntos tiempo atrás. Le preguntó por las novedades, sobre todo acerca de Krysaor.

—Veo que nada en la abundancia.

—Sí, es evidente —le informó Jamal—. Nadie sabe de dónde saca tanto oro. Todos piensan que algo tienen que ver su esposa y esas gentes que ha traído, pero no se sabe cómo obtiene toda esa riqueza.

—Quizá está relacionado con los ruidos que hay bajo mi casa.

—¿Ruidos?

Nórax le contó lo que ocurrió la pasada noche. Jamal se mostró muy interesado por lo que decía Nórax, pero ninguno de los dos podía aclarar lo que ocurría. Estuvieron un rato elucubrando acerca de lo que podía estar sucediendo hasta que Jamal, con un empujón, le urgió:

—¡Vamos a empezar ya de una vez! Me aburre ya el tema de Krysaor. —Y le desafió—: ¡Te veo débil, Nórax!

—¿Débil yo? —rio con sorna.

Compitieron en una de las palestras con una lucha cuerpo a cuerpo que se saldó con la victoria de Nórax, que estaba muy fuerte después de los meses de travesía. Se despidió con unas palmadas en la espalda de un escarmentado Jamal.

Sudoroso, Nórax entró en la sauna. Allí se topó con un joven charlatán al que no conocía y quien se presentó como Isotalcio. Decía ser de la estirpe de Ibrós, de una familia noble asentada cerca

de Caura, la fortaleza en el valle del Tarsis. Por su aspecto, con el pelo desgreñado y una túnica deslucida que no era más que un taparrabos, Nórax sospechó que, si era de familia noble, debían de estar arruinados.

Pronto la conversación derivó hacia Krysaor. Isotalcio lo admiraba sin disimulo y se jactaba de ser amigo suyo.

—Me ha dicho que ha comenzado a hacer buenos negocios en ultramar —comentó con tono ufano.

Pero Nórax sabía que eso no era cierto. El linaje de Krysaor operaba a través de las naves *góidel,* y en los últimos meses ninguna embarcación de su clan había transportado mercancía alguna de la casa de Túbal. Salvo que Krysaor usara barcos de otros clanes, y, según las noticias, no era así. Aquello no cuadraba. Intuyó que los negocios de Krysaor no eran tan limpios como su joven admirador proclamaba.

Isotalcio siguió hablando, ahora con entusiasmo desmedido, sobre la bella Akálide, la esposa de Krysaor. Nórax, sin embargo, no compartía esa opinión. No la consideraba hermosa. Era una mujer extraña, quizá atractiva, pero no bella: figura sinuosa, rostro marcado por manchas en la piel y unos rasgos duros. Pero Isotalcio continuó hablando de ella, describiéndola con admiración.

Según él, Akálide había reinado en el país de Kush y había llegado a Tarsis tras ser capturada por los tebanos, en guerra con los kushitas, y vendida luego a los mercaderes de la casa de Túbal, parientes de Krysaor.

Al saber que Nórax acababa de regresar de ultramar y no había estado en Tarsis los últimos meses, se apresuró a contarle cómo, en una ceremonia colmada de boato y con la presencia de representantes de los diez clanes nobles de la ciudad, Krysaor había hecho de Akálide su esposa. Para dar mayor fastuosidad a la ceremonia, Akálide lucía un rico atuendo: una corona con la figura de un felino le cubría la cabeza, una banda dorada en forma de serpiente le ceñía la cintura, llevaba una falda amplia, sus pechos

estaban al descubierto, y un generoso escote descubría su bien formado torso.

—¿No es ese el atuendo de la Diosa de las Serpientes? —preguntó Nórax, sorprendido—. ¿La que ha estado prohibida tantos años? ¿La que se opone a las viejas costumbres de Tarsis?

—No tiene por qué oponerse —farfulló Isotalcio, incómodo—. Eso afirman algunos, los que veneran a esa deidad anticuada, Atón…

A Nórax no le gustó lo que oía, pero no deseaba enfrentarse con nadie. Para él el culto solar no era una moda pasajera, sino una verdad viva. Desde que había estado en el gran túmulo de Hibernia y participado en las ceremonias del Templo del Sol en Albión, sentía que la luz lo colmaba. Mientras que en Tarsis se descuidaba el culto a Atón, en las islas persistía y brillaba con fuerza.

De pronto, un temblor leve sacudió el suelo. Isotalcio palideció y murmuró, aterrado:

—El monstruo se mueve bajo tierra.

Nórax recordó la sacudida que había sentido la noche anterior, bajo su lecho. Lo miró con escepticismo, como si fuera estúpido, como si le tomase el pelo con cuentos. Pero Isotalcio no pareció notarlo y siguió hablando con aire de importancia:

—Krysaor y Akálide saben cómo dominarlo.

—¿Cómo se puede creer semejante patraña?

—No es una patraña. Mi señor Krysaor es sabio… y piadoso. Él y su esposa realizan sacrificios de animales para calmar al monstruo.

—¿Desde cuándo en Tarsis se practican sacrificios de animales?

—¡Ahora se hacen! —insistió Isotalcio con una sonrisa extraña.

Nórax no respondió. No entendía nada. ¿Qué sentido tenía hablar de un monstruo bajo la ciudad? Se despidió displicentemente de Isotalcio. No le gustaba nada aquel hombre, que adulaba a Krysaor y solo decía insensateces.

Regresó a casa, y en los días siguientes percibió de modo cada vez más claro que, efectivamente, debajo de la ciudad de Tarsis ocurría algo. Dudaba mucho que fuera un monstruo, pero algo se tramaba allí abajo. Con el paso de las semanas, los ruidos bajo la

casa *góidel* se fueron amortiguando y alejando. Lo que fuera que hubiese bajo tierra se apartaba de la morada de Nórax. Sin embargo, toda la ciudad se veía sacudida por algo que estremecía los cimientos. Tarsis se agitaba, y nadie sabía por qué.

Cundieron rumores de un ser que habitaba en las profundidades: se decía que era mitad serpiente, mitad toro, y lo llamaban el Cándamo. La ciudad empezó a creerlo. Akálide se reunía con sus acólitos en una zona del promontorio de Tarsis, más allá del tercer dique, en unas cuevas donde ofrecían plegarias a la diosa para contener al monstruo.

Desde entonces pocos se atrevían a acercarse a las cuevas y túneles que nacían en la costa y se extendían bajo la ciudad hasta los diques. Se susurraba que allí tenían lugar sacrificios sangrientos, primero de animales, pero quizá también de personas. Se hablaba de un templo oculto entre sombras donde se veneraba a la diosa serpiente y al dios híbrido, Cándamo, mitad toro, mitad ofidio. Algunos aseguraban que la esposa de Krysaor era la gran sacerdotisa de ese culto, y que le gustaba empaparse en la sangre caliente de los sacrificios.

Gerión no puso freno a la nueva secta y permitió que en la ciudad se rindiera culto a Cándamo y a la serpiente. Al principio eran pocos los que acudían a los rituales, pero pronto se hizo evidente que quienes lo hacían prosperaban. Invertían oro en los negocios de Krysaor y se multiplicaba rápidamente. Así nació una casta de hombres acaudalados que, junto con sus clanes, seguían ciegamente a Akálide y a su esposo. Gentes ajenas al culto de Atón, enriquecidas y servidas por esclavos negros del país de Kush. En tiempos antiguos, las leyes de Tarsis prohibían la esclavitud, pero poco a poco casi todas las familias de renombre comenzaron a poseer esclavos, excepto los *góidel,* los fieles al dios Único solar.

Fue en aquellos días, en los que Krysaor se enriquecía y ganaba adeptos en la ciudad, cuando Argón, el padre de Nórax, comenzó a decaer. Por las noches lo atormentaban pesadillas que lo despertaban bruscamente y le hacían gritar. Decía que veía la isla de

Hesperia ardiendo. Su esposa intentaba calmarlo. Más tarde empezó a tener alucinaciones despierto de lo que antes había vislumbrado en sueños; las visiones acudían a él en el ocaso, cuando gritaba aterrorizado:

—¡Hijo mío! —clamaba—, la serpiente ha venido para llevarme al inframundo y torturarme allí.

Algunas tardes lo encontraban en las terrazas, mirando fijamente al mar, como si viera algo emerger de las aguas. Entonces perdía el juicio y se olvidaba de lo cotidiano, de vestirse o de comer. Todo esto parecía tener alguna relación con el dios, porque la locura era mucho más patente al crepúsculo, cuando el sol comenzaba a bajar frente a las terrazas del palacio *góidel* y se hundía en el mar.

Durante el día, solía estar más lúcido, y Nórax podía mantener una conversación con él, pero algo en Argón había cambiado. Se mostraba indiferente a muchas de las que habían sido sus ilusiones o preocupaciones del pasado.

Dada la situación mental de Argón, Nórax tuvo que hacerse cargo de todos los asuntos de los *góidel*. Sin nadie que los defendiera, los distintos clanes sabrían sacar partido de la debilidad del jefe del linaje. La ciudad de Tarsis se gobernaba por el consejo de notables, el senado que asistía al rey Gerión. Argón era uno de los notables de la ciudad, y el cargo se heredaba de padres a hijos. Al faltar Argón, Nórax se convirtió en el jefe de la casa *góidel* en el senado.

Fue en este tiempo cuando Krysaor y Nórax coincidieron en el consejo. Cada uno representaba a su estirpe: Krysaor, a los hijos de Túbal, una importante familia de comerciantes descendiente directamente de Jafet, y Nórax, a los *góidel,* sucesores de Gael, hijo del patriarca Tarsis, y nietos de Jafet, que era armadores y propietarios de la mayoría de las naves de la ciudad.

Krysaor no era ya el pobre hombre cubierto por harapientas ropas negras, de piel pálida y extremadamente delgado. Ahora llevaba anillos de piedras preciosas, el cabello cuidadosamente rizado y túnicas bordadas con hilos de oro. Todo en él denotaba opulencia.

Sobre su pecho brillaba el tetrasquel de la casa de Túbal engarzado en turquesas, perlas y zafiros.

Cada vez que Nórax se encontraba con Krysaor, la historia que él mismo le había contado se repetía en su mente y lo llenaba de repulsión. Recordaba también el espectro de Eglea advirtiéndole con voz dulce y entristecida de que no se fiara de él. Nórax era el único que conocía su crimen, pero no podía hacer nada para que pagara por él. Le costaba incluso mirarlo a los ojos, y evitaba dirigirle la palabra. Sin embargo, Krysaor seguía considerándolo amigo suyo. Se había exculpado de lo ocurrido en Hesperia, atribuyendo la responsabilidad a las leyes de la ciudad y a la odiosa religión del dios solar, que consideraba rígida y despiadada. Quizá por ello se había convertido en adorador del dios Cándamo y de la diosa serpiente. Para no coincidir con él, Nórax dejó de asistir al consejo.

Ya habían pasado unos cuatro o cinco años desde su estancia en Hesperia. Krysaor se había convertido en un comerciante próspero, miembro respetado del consejo, revestido de riqueza y arrogancia. Mostraba una actitud engreída y displicente. Nórax llegó a pensar que el pasado no le afectaba. Pero en la fiesta del solsticio de aquel año, cuando las nuevas hespérides fueron enviadas a la isla, comprendió que no era así.

El sol ardía en lo alto cuando las grandes barcazas con las niñas salieron del puerto de Hesperia. En la proa del navío del consejo, Krysaor y Nórax se mantenían en la amura de babor. Krysaor miraba el agua, ausente. El sonido agudo de un pífano ceremonial lo sacó de su ensimismamiento.

La barcaza alcanzó la nao real. En la popa estaban los jóvenes príncipes que se educaban en el *kap*. Uno de ellos, de cuatro o cinco años, sentado muy serio en las bancadas de delante, lo observaba todo con atención, con los ojos muy abiertos. Sus cabellos eran de color rubio casi blanco, y cuando levantó los ojos para observar con curiosidad la barcaza del consejo, tanto Krysaor como Nórax ahogaron un grito: era la viva imagen de Eglea, solo que sus ojos, en lugar de ser color ámbar, como los de las tres hijas de Gerión,

mostraban un verde intensísimo, un verde agua casi traslúcido, muy claro.

En ese momento Krysaor se incorporó e hizo un gesto hacia el muchacho con una enorme ternura. El maestro de ceremonias que había en nuestro barco le llamó la atención, incapaz de entender que uno de los nobles se levantase y rompiese el protocolo.

Él se volvió furioso, farfullando palabras malsonantes, pero sin levantar la voz, de modo que solamente Nórax lo entendió cuando exclamó: «Un día Gerión y todos los adoradores del sol pagarán lo que me han hecho».

El chiquillo se asustó ante los gestos de aquel hombre que, a pocos metros, en la barca de al lado, parecía amenazarle y bajó la cabeza retirando la vista. Después se encaminó hacia el lugar central del barco y cogió la mano de su abuelo Gerión, sentado en el trono. El viejo rey le acarició los rubios cabellos con una sonrisa afectuosa, y el chico se la devolvió.

La hazaña de Nórax

Tarsis, primavera de 1589 a. C.

Desde lo alto de su casa, como tantas veces desde su regreso, Nórax contemplaba la bahía y el horizonte, donde una marejadilla levantaba rastros de espuma en el agua gris azulada. Entre Tarsis y el mar abierto se interponía la isla de Hesperia en la boca del estuario. Cada vez que veía la isla desde la terraza, algo se encogía dentro de él. Allí estaba ella, atrapada en una prisión paradisiaca, la isla de Hesperia, que se recortaba en el horizonte, tan misteriosa y cerrada como siempre.

Recordó las palabras de Eteria: «Sin libertad no es posible el paraíso». También le había dicho que quizá el dios los había llevado a Hesperia, a él y a Krysaor, para liberarlas. Por último, conducido por sus pensamientos, volvió a evocar su imagen en el círculo de piedra, pidiéndole que la sacase de la isla.

Habían pasado ya varios años desde su estancia en la isla y no había hecho nada para cambiar la situación, para liberar a Eteria. Y, sin embargo, ¿qué podía hacer él? No podía oponerse a la ley de Tarsis: ninguna hespéride debía salir de Hesperia, salvo las mensajeras, que no tocaban puerto, sino que entregaban y recibían los mensajes en mitad de la bahía, a bordo de barcazas ceremoniales. Nórax lo sabía. Y, aun así, se había prometido que cumpliría la promesa hecha a Eteria.

Pasó largo rato oteando el mar. Su mirada no se apartaba de la línea difusa en la que el agua se fundía con el cielo. Allí, en medio del horizonte, divisaba Hesperia. Pensaba. Recordaba. Pero no

hallaba salida; solo el oleaje, constante, inmutable, lejano, repitiendo el mismo rumor cadencioso.

Notó tras de sí una presencia. Era Cidón. El criado consideraba los asuntos de la familia *góidel* como propios, y por eso se dirigió a él en voz baja, pero con tono de reproche:

—Vuestro padre envejece deprisa… Se le escapan las cosas de las manos, y la memoria le falla —su voz sonó triste al decirlo—. Ahora es vuestra obligación acudir al consejo.

Al oírle, Nórax mezcló sus propios pensamientos con las palabras de Cidón. Sin contestarle, pensó que en el consejo se encontraría con Krysaor, a quien no deseaba ver. Sin embargo, en ese momento tenía en la mente la promesa hecha a Eteria: debía acudir allí, al lugar donde se dictaban las leyes de la ciudad. Le había prometido que la defendería. Pero no lo había hecho. Antes tenía la excusa de que era su padre quien representaba a su casa. Pero ahora el deber era suyo, dada la situación física de Argón.

Por su modo de ser, resignado y algo conformista, le costaba enfrentarse al consejo. Pero también tenía presente el sufrimiento de Eteria, y deseaba ayudarla más que a nada en el mundo. Se volvió hacia Cidón, le palmeó el hombro y le aseguró que iría.

Pocos días más tarde tuvo lugar una reunión del consejo. Cuando la luz de la mañana brillaba sobre los tejados de oricalco, Nórax subió por la calle hacia la gran edificación circular donde se tomaban las decisiones de Tarsis. Vestía una túnica blanca bordada, ceñida al pecho, y cubría sus hombros con un manto largo, de tono rojizo oscuro. Junto a él caminaba Kendal, también miembro de una ilustre familia *góidel*.

Ambos cruzaron en silencio las avenidas empedradas hasta alcanzar los imponentes portones de la sala del consejo. La construcción circular se alzaba en la cima de la ciudad, cerca del templo y el palacio, abierta hacia la desembocadura del río. La luz de la mañana se filtraba por el pórtico, bañando las columnas doradas, altas y silenciosas.

El consejo estaba compuesto por los representantes de los diez clanes, descendientes de los hijos de Jafet. Las gradas se disponían en forma radial, rodeando una amplia zona central donde se alzaba el trono del rey Gerión, símbolo de autoridad y poder. Sobre cada bancada, una estatua representaba al patriarca fundador de cada clan, salvo en la sección de Tarsis, donde destacaban dos figuras: Gael e Ibrós, los dos hijos del legendario Tarsis.

A la derecha del hemiciclo se encontraban los hijos de Gomer, cuyos miembros ocupaban la primera bancada vertical. Junto a ellos, en orden sucesivo, se sentaban los representantes de Magog y Túbal. Estas tres tribus, fuertes y numerosas, gozaban de una posición privilegiada en el consejo.

En el centro del hemiciclo el espacio estaba reservado para los descendientes de Javán, pero su representación se dividía entre los cuatro hijos de este patriarca: Elisa, Quitim, Tarsis y Dodanim. Las tribunas de estos clanes formaban un bloque prominente, reflejo de su importancia histórica y su influencia en la ciudad.

La bancada que correspondía a Tarsis se dividía en dos filas paralelas. A un lado estaban los *góidel,* hijos de Gael, donde Nórax ocupaba un asiento destacado. Al otro lado, los descendientes de Ibrós, entre los cuales Isotalcio —hombre ambicioso, crecido bajo la sombra de Krysaor— ocupaba un lugar relevante.

Finalmente, cerrando el semicírculo, se encontraban las bancadas de los otros tres hijos de Jafet: Madai, Mesec y Tiras. Estos clanes, aunque menos numerosos, eran conocidos por su lealtad y por custodiar las tradiciones más antiguas de Tarsis.

La disposición del consejo no solo representaba la jerarquía y el linaje, sino también un equilibrio frágil entre los diferentes clanes. Cada palabra pronunciada en aquella sala tenía el peso de generaciones, y en sus muros aún vibraba el eco de las decisiones que habían dado forma al imperio tartésico.

Nórax observó el lugar en silencio, consciente de que aquel recinto no era solo el senado de Tarsis, sino su mismo corazón, donde el pasado y el presente confluían para decidir el porvenir.

En primer lugar, se abordó el asunto de los impuestos necesarios para construir un sistema de alcantarillado que recorrería la ciudad. Luego se discutió la urgencia de nuevas canalizaciones, pues el agua desbordaba a menudo los diques y ponía en peligro a los barcos varados desde que habían comenzado los movimientos de tierra. Alguien mencionó que los recientes temblores podían estar en el origen de estas inundaciones. Otro se preguntó por qué ocurrían, pero enseguida los miembros de la casa de Túbal —la de Krysaor— propusieron soluciones prácticas sin detenerse en la causa de los temblores.

Cuando se dio por concluido el asunto de las canalizaciones, el rey preguntó si alguien deseaba proponer algo más.

Nórax se levantó. Se sentía nervioso, consciente de que las miradas se centraban en él con cierta sorpresa: ningún miembro de la casa *góidel* había intervenido en los últimos tiempos en las reuniones del consejo, y era la primera vez que él lo hacía.

El hijo de Argón comenzó a hablar lentamente, con una voz en la que vibraba cierta timidez. Inició su discurso relatando que, en el curso de sus viajes por el Atlántico —desde las columnas de Melkart hasta las Casitérides—, había encontrado señales del culto al sol: estelas, círculos de piedra, túmulos orientados al solsticio. Recordó que ellos mismos, en Tarsis, adoraban al dios solar y que existía un santuario en la isla de Hesperia. Se detuvo, fijó sus ojos azules y brillantes en el consejo y, con una voz cada vez más temblorosa y menos firme, continuó diciendo:

—Todo ello es posible porque hubo un tiempo en que las sacerdotisas de Atón se relacionaban con todo el orbe, y particularmente con Tarsis.

De nuevo se calló unos instantes. Ante el silencio expectante de todos, exclamó con decisión:

—En antiguos manuscritos he podido consultar que las hespérides asesoraban a quienes regían los destinos de Tarsis, e incluso que, en edades pasadas, algunas de ellas acudían al consejo para exponer sus opiniones.

Entre el público se extendió un murmullo: «¿Adónde nos quiere llevar este?» o «¿Adónde quiere ir a parar?». Pero Nórax, con fuerte voz y levantando la mano derecha con gesto de firmeza, prosiguió:

—Durante muchos años, no se podía acceder a la isla durante la noche porque una criatura peligrosa la protegía, pero el dios Atón ha abierto los caminos hacia la isla.

Se detuvo ante el murmullo general, pero enseguida, tras tragar saliva, retomó su alocución con voz firme:

—Ya no existe el dragón de Hesperia, razón por la cual ahora las atalayas se encienden por la noche. ¡El paso hacia Hesperia está libre! ¡Ha llegado el momento de acercar a las hespérides a Tarsis y recuperar todo lo que ellas nos puedan aportar!

Se oyeron voces de estupefacción. Algunos decían que estaba loco, que cómo se atrevía a decir tales cosas. Lo que proponía les parecía algo herético, absurdo y extraño. Varios se revolvieron en sus sitiales: los más ancianos, que recordaban la historia por la que se había cerrado el acceso a Hesperia, exclamaron que hacía varias generaciones que aquello había ocurrido y que se había hecho para protegerlas.

No se aceptó.

—¡Las hespérides son puras y sagradas, deben estar fuera de esta ciudad en la que hay corrupción!

El rey Gerión, que presidía la reunión del consejo, se levantó. Se hizo un silencio tenso.

Gerión se negó terminantemente:

—¡No entiendo cómo alguien de la casa *góidel* puede proponer semejante herejía! Eso no puede ser, y menos aún desde… —calló unos instantes, sin ser capaz de explicarse bien, hasta que finalmente exclamó sin concretar—: los últimos sucesos.

Los asistentes se miraron unos a otros porque nadie conocía exactamente lo que había ocurrido en Hesperia en los últimos tiempos antes de que los fuegos en las atalayas comenzasen a iluminar las noches. Se rumoreaba que algo terrible había pasado

allí, que la Gran Vestal había muerto, que una hespéride había sido ejecutada.

Solo el rey sabía bien lo sucedido, pero lo había guardado en secreto por el descrédito que suponía para su hija y porque deseaba proteger a las que le quedaban. Así que con voz decidida se negó firmemente a que hubiera ningún tipo de contacto entre Hesperia y Tarsis.

Nórax intentó decir algo más, pero no lo dejaron terminar; rechazaron con desprecio su propuesta, tomándolo por un insensato. Murmuraron que, siendo niño, ya quería ir a Hesperia y por eso había sido condenado. También lo acusaron de herejía por ir contra las tradiciones.

Quizá Krysaor, desde el otro extremo de la sala, fue el único que comprendió lo que Nórax pretendía: acercar a las mujeres de la isla a Tarsis. Intuyó que su antiguo camarada quería traer sobre todo a una de ellas. Le hizo un gesto, como para darle a entender que estaba de acuerdo con su propuesta, pero Nórax fingió no verlo.

Kendal, a la salida, se dio cuenta de que Nórax estaba muy alterado.

—No he conseguido nada —le confesó, cariacontecido.

Su amigo, que no entendía muy bien lo que Nórax se proponía con aquella liberalización de las costumbres, lo interrumpió:

—Lo que propones es arriesgado. ¡Las hespérides son vírgenes hermosas! ¡Hay que protegerlas! Sería peligroso sacarlas de la isla y acercarlas a Tarsis; están mejor resguardadas donde están. ¡Hay que seguir la tradición! Las cosas son como son.

—No es justo lo que les ocurre.

—¿Por qué? Ellas no protestan. Seguramente aceptan la costumbre. Se dice que viven en un paraíso…

Nórax se revolvió:

—Eso no es así. ¿Tú qué sabes?

—¿Lo sabes acaso tú? —preguntó Kendal, asombrado por la actitud de su amigo.

Nórax estuvo a punto de responderle que sí que lo sabía, que una hespéride se lo había revelado no tanto tiempo atrás, pero optó por callarse.

Al verlo tan preocupado, Kendal reflexionó en voz alta:

—Aunque tuvieras razón, en el consejo no van a hacerte caso. Tú y yo somos aún jóvenes, y los del consejo no nos respetan, ni a ti ni a mí.

—¿Cómo lograr que lo hagan?

—Solo el oro y la influencia hacen cambiar las voluntades del consejo. Eres rico, pero no lo suficiente para comprar a sus miembros. Y, aunque desde que volvimos de las Casitérides te consideran un buen navegante, tus hazañas no bastan aún para forjarte una reputación que te permita influir en sus decisiones.

Kendal estaba en lo cierto, y Nórax se quedó pensativo.

Los dos amigos siguieron andando en silencio de camino a la zona del mercado que se abría a los muelles circulares. En una tabernucha se encontraron con Feder y Sedric.

—¿De dónde venís?

—Del consejo. Nórax quiere cambiar el mundo —exclamó Kendal embromándolo.

A este no le hicieron ninguna gracia estas palabras.

—¡Déjame en paz! —respondió con voz destemplada.

—Todo se arregla con un buen vino —propuso Sedric.

Los otros asintieron y se sentaron en la parte exterior de la taberna del puerto, bajo un toldo, en unos taburetes de madera, alrededor de una mesa. En la bahía, sobre el horizonte, el sol descendía hacia el mar, trazando una larga estela rojiza sobre el agua.

Sedric le hizo una seña al cantinero.

El muchacho había crecido desde el viaje, y ahora sus espaldas eran anchas y poderosas. Les trajeron el vino y comentaron los últimos espectáculos en la arena, quién se estaba enriqueciendo y quién arruinando. Bebieron mucho y rieron más, ante el silencio de

Nórax, que paladeaba lentamente el vino, encerrado en sí mismo y sintiéndose ridículo por su intervención en el consejo.

Los recuerdos, desde que había visto a Eteria en el gran círculo de piedra, eran aún más intensos y vívidos. En su mente se le representaba una doncella de cabellos cobrizos y ojos color de miel. Sentía que la había fallado. No había conseguido que las cosas cambiasen, ni había podido sacarla de su jaula de oro.

El vino alegró a todos, excepto a Nórax, que seguía callado. Los demás gritaban recordando el viaje a las Casitérides como una expedición peligrosa que habían llevado a buen puerto. Un hombre que no parecía estar totalmente sobrio, de pelo rojizo, nariz aguileña, cejas espesas y ropas cubiertas de mugre, se unió a ellos. Les afeó que presumieran de un largo periplo cuando el viaje realmente difícil no era hacia el norte, sino hacia el sur, hacia el gran continente que se extendía más abajo de las columnas de Melkart.

—Allí hay oro. Las costas de la gran panza africana son ricas en oro, sal y piedras preciosas, pero aún hay más… África se podría rodear —afirmó— navegando hacia el sur y, después, tras bordear el cabo de las Tormentas, virando hacia el norte para llegar al país de Punt. Desde allí, navegando hacia el este, se puede arribar a las tierras de los dos ríos, el país de los sumerios, donde hay hermosas ciudades con las que se puede comerciar y conseguir todo tipo de tesoros.

—¿Cuánto se tardaría en todo eso?

—No lo sé, más de un año.

La expresión del hombre era dubitativa; él no había conseguido llegar tan lejos, pero había oído historias de navegantes. Lo que contaba despertó el interés de Nórax y sus amigos.

—Hasta ahora, para llegar al país de los dos ríos —afirmó Kendal, que era el que tenía más experiencia y había viajado hasta Egipto costeando el Mediterráneo por el norte de África—, hay que cruzar el Mediterráneo en barco, para después atravesar las estepas y los desiertos del oriente.

—Las estepas son peligrosas, más aún que la navegación —añadió Sedric, quien lo había oído de su padre, el comerciante—. Los bandidos aguardan en las tierras de Canaán, y aún más en las estepas de Assur, Hatti y Mittani, donde asaltan a los mercaderes. Además, se necesitan caballos fuertes y camellos…

—¡Os aseguro que es posible rodear África en barco y llegar a las tierras asirias mediante una navegación de cabotaje! —insistió el desconocido con firmeza—. Es un viaje largo, pero quizá menos arriesgado que la travesía por tierra.

Feder, Kendal y Sedric lo acribillaron a preguntas, con la efervescencia que presta el vino. Nórax los observaba en silencio, pero no se perdía una palabra; había salido de sí mismo. Todos ansiaban una nueva empresa, algo que los llevase lejos de las populosas calles de Tarsis. Eran jóvenes, ya habían probado la navegación en alta mar, y el afán de aventuras los espoleaba.

Aunque no hablaba, el que anhelaba un cambio más que ninguno era Nórax. Quizá esa hazaña le proporcionaría los caudales y el prestigio necesarios para influir realmente en el consejo. Además, en Tarsis se ahogaba, con su padre enfermo y, ahora, además, sintiéndose ridículo tras haber sido desestimado por el propio rey Gerión.

—¡Mi padre sufragaría los gastos! —exclamó Sedric con entusiasmo. Después, con voz algo temblorosa por el vino, confesó—: Se ha resignado a que yo sea marino. Sabré convencerlo de que es una empresa que merece la pena.

Levantaron de nuevo los vasos, derramando el licor del fruto de la vid, y gritaron arrebatados de entusiasmo. Nórax callaba, sopesando en su fuero interno el proyecto, pues no era un hombre impulsivo. Feder, viendo que dudaba, se dirigió a él:

—Eres el jefe de tu casa y, en definitiva, de todos los *góidel*. ¿Qué te impide enrolarte en una navegación en la que se descubrirán nuevas rutas? ¡Te necesitamos para que dirijas esta empresa de la que se van a derivar fama, riqueza y honor! Muchos te seguirán.

Así era Nórax: no era un hombre autoritario, pero tenía una capacidad de mando natural. Dominaba el arte de la navegación, con una sabiduría innata para reconocer el mejor rumbo y realizar las maniobras adecuadas, y eso se sabía en la ciudad. Además, muchos lo obedecían como jefe natural de la casa *góidel.*

Finalmente, Nórax se mostró de acuerdo levantando el cuenco de vino en alto; los otros lo imitaron mientras gritaban:

—¡Vivan las naves, las naves de Tarsis!

—¡Viva la empresa africana!

—¡Recorreremos el mundo y encontraremos nuevos caladeros, nuevos puertos!

Nórax se dirigió al marino de cejas pelirrojas que seguía junto a ellos.

—Necesitamos a alguien que haya hecho el viaje, aunque solo sea una parte. Tú…

El hombre de la nariz aguileña y el pelo rojizo sonrió al ver la excitación de sus compañeros.

—Me llamo Ibath, y soy de la casta *góidel* como vosotros. Llevo muchos años fuera.

Los otros seguían gritando entusiasmados y contentos, pero Nórax, algo más sereno que el resto, le preguntó:

—Pues bien, Ibath, ¿te vendrías con nosotros?

—Nunca he navegado más allá de la panza de África, no he sobrepasado el río Níger.

—¡Ya has ido más lejos que ninguno de nosotros! —le respondió Kendal.

Eufóricos como estaban, y con la ilusión de la empresa, todos le vitorearon gritando «¡Viva Ibath!». Le alzaron en hombros como si ya hubiesen completado la travesía. Cuando abandonaron la taberna, ya era noche cerrada. Agarrados por los hombros, saltaban gritando y cantando por las callejuelas de la ciudad, muy excitados. A una ventana se asomó una mujer para reprocharles a gritos que no dejaban dormir a sus niños.

En los días siguientes se difundió la noticia de que Nórax y un grupo de marinos *góidel* iniciarían una larga travesía, rodeando África hasta la tierra de los dos ríos, en busca de fama y riquezas. Muchos jóvenes desocupados de Tarsis, ansiosos de aventuras, se unieron a la empresa, lo que permitió a Nórax seleccionar a los más capacitados y valerosos para las tripulaciones.

Feder, el pelirrojo, navegaría con Nórax en su misma nave, como en la travesía a las Casitérides, porque le infundía confianza. Kendal capitanearía otra nave, al igual que Sedric, quien logró que su acaudalado padre financiara un barco con su carga, del que asumiría el mando.

Se constituyó una escuadra naval formada por la mayoría de las naves *góidel,* identificadas por el trisquel en las velas, y por otras naves de diversos clanes. Con el apoyo que les proporcionaron la casa de Argón y el padre de Kendal, así como otros hombres acaudalados de la ciudad, cargaron las bodegas de los barcos con piezas de orfebrería, madera y cerámica, y con otros objetos de cristal.

Nórax era muy consciente de que el viaje era temerario y audaz; si regresaban, su fortaleza se haría más evidente, pero existía el peligro de que nunca volviesen. ¡Cuánto le habría ayudado que su padre hubiese mantenido la cabeza totalmente clara! Y es que Argón, tiempo atrás, había recorrido las costas africanas, de donde traía oro, pero ahora su mente estaba oscurecida.

Muy despacio, Nórax le explicó a su padre lo que pretendían. Argón, aunque quizá no entendió todo el alcance de la empresa, percibió que el afán por la navegación que un día le había llenado el alma colmaba el corazón de su único hijo. En su demencia, reconoció que Nórax emprendía una nueva singladura y le bendijo, pero ya las palabras grabadas en su mente, con las que los marinos despiden a sus hijos cuando se hacen a la mar, no le salían. Nórax se sintió afligido.

La madre sollozó al verlo partir, como lloran las mujeres de los marinos cuando estos se embarcan en aventuras de las que quizá

nunca regresen.

—Durante largo tiempo estarás lejos de mí, y no sabré si estás vivo o muerto. No sé si te veré a la vuelta… —suspiró—. ¡Hijo mío! Algo me dice que no volveré a verte más.

Él la estrechó fuertemente entre sus brazos, abatido por haberle provocado pesar.

El día de la partida, prácticamente toda la ciudad se congregó en el puerto. Incluso Gerión, que en los últimos tiempos apenas salía de palacio, se acercó al muelle para despedir a la gran flota comercial.

Sobre los muelles, Nórax recibió el adiós de su madre con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta. Argón, su padre, no salió del palacio. Sumido en un mundo incongruente, se perdía cada vez más en los laberintos de su propia mente, incapaz de discernir la realidad. Poco a poco su lucidez se desvanecía como arena entre los dedos, y no tuvo fuerzas para acercarse al puerto a despedir a su hijo.

Las trompetas sonaron al tiempo que, desde el triple muelle circular, los barcos que componían el convoy iban saliendo hacia el Gran Canal central. Al frente, el sol les iluminaba, reflejando sobre el agua las velas blancas, grandes y desplegadas, marcadas con el trisquel *góidel* y con emblemas de Tarsis. La escuadra naval salió del puerto, atravesó el estuario y bordeó por el sur la isla de Hesperia para dirigirse a alta mar, guiados por el sol, que se alejaba hacia el occidente.

En las costas africanas

De Tarsis al país de los dos ríos, 1588 a. C.

La flotilla de Nórax avanzaba con rumbo meridional, con la costa a babor. Desde la amura se divisaba la verde cordillera del Atlas, montañas de piedra con bosques parcheados. Nórax gobernaba desde la popa, las manos firmes sobre el timón; a veces se lo cedía a Feder y se apartaba a descansar. Aprovechaba esos momentos para conversar con Ibath, que conocía muy bien el país de los dos ríos, del que le hablaba a menudo, pero en cambio no dominaba la navegación, aunque había viajado por la costa africana, y para advertirle de los próximos escollos que iban a encontrar.

El barco de Nórax iba siempre en cabeza. Detrás navegaba Kendal, que de tanto en tanto los adelantaba, desafiante. Más rezagado quedaba Sedric, que, todavía torpe con la vela, se desviaba a un lado y otro, como si luchara contra un viento caprichoso. Las naves eran de todo tipo: algunas de casco plano, otras redondeadas, con proas alzadas o planas, mascarones de toro o de ave marina. Todas marineras, todas listas. Llevaban altos mástiles de madera de cedro, velas de lino tensas al viento y entre veinte y treinta remeros por banda. Iban al encuentro de lo desconocido.

El sol se había puesto y levantado cinco veces desde que zarparon. Navegaban separados de la costa porque las imponentes montañas del Atlas desde lejos les indicaban el rumbo. Durante esa etapa, hicieron varias paradas en estuarios donde algunos ríos

descendían de la montaña hacia el mar, como hilos de agua que morían en el azul profundo.

El clima era benigno, y el cielo no anunciaba tormentas. La brisa marina jugaba con el claro cabello de Nórax, quien sentía una dicha serena al timón. En cada parada, los hombres descendían a tierra para llenar los odres en las aguas dulces. En la última de ellas, mientras los rellenaban, Ibath señaló la línea lejana de la costa, recta y blanca como el filo de un cuchillo.

—De aquí en adelante, entramos en el dominio del gran desierto africano —declaró, su tono cargado de una advertencia velada—. Los ríos que encontraremos estarán secos casi todo el año, salvo en la temporada de lluvias.

Cuando desembarcaban en los estuarios para acopiar agua, pronto eran rodeados por las gentes del lugar. Los márgenes del río bullían de vida. Pequeños grupos de niños surgían entre los matorrales, con la curiosidad encendida en sus ojos oscuros. Tenían la piel como la obsidiana, labios generosos y narinas anchas que parecían beber el aire cálido. Las risas infantiles, cristalinas, llenaban la ribera mientras señalaban a los marineros con dedos delgados, como si fuesen criaturas salidas de otro mundo. Observaban maravillados la piel pálida de los navegantes, sus cabellos claros que destellaban bajo el sol y los barcos estilizados, con figura de cabeza de toro en sus mascarones de proa, anclados junto a los ríos.

Los alisios los empujaron con suavidad hacia el sur, acariciando las velas y llenando el aire de una frescura salina. Junto a la flota, se extendían vastas tierras desérticas teñidas de un amarillo siena que parecía vibrar bajo el sol abrasador. El paisaje cambió poco a poco, como si el mundo respirase a otro ritmo. Las suaves brisas costeras los condujeron más allá del desierto.

Ante ellos se desplegaron bosques tropicales, exuberantes. El verdor denso y vibrante de los árboles se mezclaba con el rumor incesante de las aves, los gritos de los monos y el distante eco de ríos caudalosos. Todo contrastaba con la aridez que habían dejado

atrás. El aire era más húmedo, más denso. El mar olía distinto, como si arrastrara savia en lugar de arena.

Pasó una semana más de navegación. Las naves avanzaban ahora con lentitud, doblando la gran panza del continente africano. Las corrientes eran caprichosas, y las mareas, fuertes. Finalmente llegaron a una amplia bahía donde las aguas se volvían más tranquilas y reflejaban el cielo con un brillo de zafiro.

Ibath señaló la costa y dijo:

—Esta es la Costa Dorada, llamada así por la riqueza en oro de sus tierras.

La noticia corrió entre los hombres como una chispa. Desde las cubiertas, contemplaban las tierras que se extendían más allá de la bahía: colinas bajas prácticamente ocultas por densa vegetación, palmeras altísimas, árboles de copa ancha y un sinfín de aves que cruzaban el cielo en bandadas ruidosas. Más a lo lejos, pequeñas columnas de humo ascendiendo al cielo desde aldeas dispersas. Todo parecía prometer abundancia.

Cuando desembarcaron, entraron en contacto con los habitantes de aquella tierra. Eran hombres y mujeres de piel más clara que los nativos que habían encontrado anteriormente, con ojos de color castaño oscuro. Sus gestos eran tranquilos aunque atentos, y pronto se estableció un diálogo por gestos entre los marinos tartésicos y los naturales del país.

El reyezuelo local, un hombre vestido con telas multicolores y adornado con collares de plumas, se presentó acompañado de su séquito. Bajo la sombra de un baobab centenario, cuyas ramas se extendían como brazos protectores sobre el séquito, comenzó el intercambio. Los hombres de Tarsis extendieron sus tesoros ante los ojos curiosos de los nativos: ajorcas y fíbulas que brillaban al sol, pequeños espejos de plata donde algunos se contemplaban con fascinación y collares de cuentas de cristal que provocaron murmullos de admiración.

A cambio recibieron pepitas y lingotes de oro y una sal blanca y cristalina que brillaba bajo el sol inclemente de aquellas tierras.

Feder se encargó del trueque mientras Nórax permanecía en la cubierta del barco, observando desde allí la actividad que se desplegaba entre la playa y las naves. Desde su posición, podía ver a los nativos ir y venir, cargando cestas y hablando en una lengua llena de sonidos rápidos y musicales.

Cuando Feder regresó, estaba visiblemente contrariado, murmurando entre dientes algo sobre Kendal.

—¡Maldito Kendal! —masculló, dejando caer un saco de mercancías en el suelo de la nave—. Siempre consigue las mejores piezas. ¡Es como si nos robase!

Nórax apenas alzó la mirada; aquella queja no era nueva, sino parte de una rivalidad antigua y larvada entre los dos. Desde los tiempos de la Escuela de Navegantes, Feder y Kendal competían en todo: desde la habilidad para leer las corrientes hasta la rapidez para hacer tratos ventajosos en los mercados. Pero mientras que Kendal sobresalía por su instinto y la ventaja de proceder de una familia rica y prestigiosa, Feder siempre parecía ir un paso por detrás, algo que, aunque no lo admitiera, lo corroía por dentro.

—No es para tanto, Feder —intentó calmarlo Nórax, apoyando una mano en su hombro—. Ya sabes que al final del viaje todo se repartirá equitativamente.

Feder no estaba del todo conforme. Seguía murmurando mientras revisaba las piezas obtenidas en el intercambio, su enfado tan evidente como el sol que comenzaba a declinar. Nórax suspiró y, para que dejara de protestar, le ofreció el timón.

El barco avanzó lentamente, surcando aguas cada vez más oscuras y profundas. Ibath les advirtió de que pronto llegarían al delta del río Níger. Describió las fuertes corrientes que fluían hacia el mar en esa región y que la convertían en un desafío para cualquier navegante.

—Será difícil cruzarlo. Las aguas aquí son traicioneras —declaró, señalando al horizonte, donde el río parecía abrazar el océano—, pero tampoco conviene alejarse mucho de la costa porque hay corrientes que pueden arrastrarnos a mar abierta.

Tardaron varios días en recorrer el delta por la lentitud de la navegación. La corriente del río los empujaba hacia el oeste, alejándolos de la costa. Los remeros, exhaustos, apenas lograban mantener el avance mientras el viento parecía haberse dormido. Daba la impresión de que el tiempo se alargaba, y la tensión de la navegación lenta se mezclaba con el calor sofocante y el constante zumbido de los insectos que brotaban de las riberas.

Una vez pasado el delta, las costas se abrían en largas playas de arenas blancas, como cintas interminables, bordeadas por cocoteros de troncos plateados que se balanceaban bajo el cielo azul intenso del trópico. Más allá, palmeras más oscuras ofrecían un contraste vibrante, sus hojas susurrando bajo la brisa marina. Entre sus ramas, monos pequeños y ágiles se deslizaban con destreza, saltando de un árbol a otro en un juego interminable.

De vez en cuando, las naves echaban anclas cerca de la orilla. La tripulación desembarcaba y hundía sus pies en la arena cálida. Luego, tumbados al sol y con el suave murmullo de fondo de las olas, descansaban del cabeceo interminable del barco.

A menudo se adentraban en pequeñas aldeas cercanas para realizar trueques. Allí, entre risas, palabras entrecortadas en lenguas desconocidas y gestos expresivos, intercambiaban productos traídos de Tarsis por los frutos, el marfil y las piedras preciosas de aquellas tierras.

Las naves surcaron el estuario del caudaloso río Nzadi. Intentaron remontar sus aguas, pero se encontraron con unas cataratas impetuosas que les obligaron a regresar al mar. En el cauce del río pudieron llenar los odres con agua fresca, aunque no sin dificultad: cocodrilos de grandes dimensiones e hipopótamos acechaban en la ribera y dificultaban el acceso de las naves a la orilla.

Una larga pasarela conducía hacia una aldea de chozas dispersas. Allí entraron en contacto con un pueblo bantú que habitaba en las riberas del río. Los intercambios se realizaron en un ambiente de cautelosa curiosidad. Piezas de marfil, pulidas hasta brillar como la

luna, se trocaron por delicada orfebrería traída desde Tarsis, joyas que destellaban bajo el sol tropical.

Tras varias semanas de navegación, llegaron a tierras aún más meridionales. El cielo, que hasta entonces se había mostrado despejado, comenzó a cubrirse de nubes densas y amenazadoras. Los vientos soplaron primero como un susurro inquietante y luego se desataron en un rugido furioso, trayendo consigo un temporal huracanado que zarandeó las embarcaciones como si fueran briznas de paja en el vasto e implacable mar.

Las olas, altas como colinas, golpeaban los cascos y arrancaban gritos de esfuerzo a los remeros mientras las velas, tiritando bajo la presión del viento, amenazaban con desgarrarse.

Durante la tormenta, Ibath se refugió en el espacio bajo la proa; vomitaba continuamente y su rostro reflejaba un terror que desmentía su supuesta sabiduría marinera. A Nórax le sorprendió que un hombre que decía ser *góidel* y marino estuviera tan afectado por las inclemencias del mar. Cuando la tormenta pasó, su rostro parecía apergaminado, y sus ojos, desorbitados, delataban aún el espanto.

—¿Estás bien? —le preguntó Nórax.

—Sí —respondió con un hilo de voz—, bien…, bien…

No era así. Tuvieron que pasar varios días para que Ibath se recuperara por completo. Pero, afortunadamente para él, el tiempo mejoró y los vientos los condujeron lentamente hacia el sur. Las naves quedaron exhaustas en un mar calmo pero inquietantemente silencioso.

Poco después, apareció una manada de criaturas que Nórax jamás había visto. Sus enormes cuerpos negros y blancos emergían y desaparecían en las aguas, como fantasmas que jugaban en la superficie. Fascinado pero también alerta, observó cómo los animales rodeaban las naves con movimientos precisos.

Ibath, ya recuperado, se acercó al timón donde Nórax dirigía la nave.

—Creo que son orcas —le explicó Ibath, con la voz baja, casi en un susurro—. Nunca he visto ninguna, pero me han hablado de ellas. Criaturas inteligentes, pero también peligrosas si se sienten amenazadas; pueden atacar a las naves…

Nórax frunció el entrecejo porque también había oído hablar de las orcas. Ibath le aconsejó:

—Haz que los remeros dejen de bogar. Y que todos guarden silencio; hasta el más leve sonido puede atraerlas.

Un aire de tensión recorrió las embarcaciones mientras las orcas se deslizaban en círculos alrededor de ellas, como si midieran a los intrusos en su dominio. Sus aletas dorsales se alzaban como cuchillas negras contra el cielo gris. Nórax, con las manos firmes en el timón, contenía la respiración, temiendo que el más leve ruido rompiera la frágil tregua.

Ibath cerraba los ojos y musitaba una extraña plegaria; veneraba a una divinidad que no era el dios Sol. Nórax creyó oír que esa divinidad tenía un nombre: Ormuz. Quizá el dios al que veneraba Ibath intercedió, porque, tras un tiempo que les pareció eterno, las enormes orcas, como si hubieran satisfecho su curiosidad, se adentraron en alta mar, dejando tras de sí el agua calmada y el rastro de un peligro que no llegó a materializarse.

Las costas comenzaban a inclinarse suavemente hacia el este, como si el continente se curvase para abrazar el océano. Las brisas marinas, que durante el día soplaban desde el agua, y las brisas terrestres, que regresaban durante la noche, zarandeaban las embarcaciones sin descanso, convirtiendo la travesía en un constante vaivén. Cada amanecer traía consigo una nueva batalla contra los elementos, y cada anochecer, una tregua precaria, envuelta en incertidumbre.

Varias naos se perdieron, tragadas por un mar inclemente o arrastradas hacia costas inhóspitas donde no había esperanza de rescate. Los marineros miraban con ojos fatigados el horizonte, preguntándose si la promesa de alcanzar tierras más allá de lo conocido valía el precio que estaban pagando.

Tras días interminables de lucha contra el oleaje, finalmente divisaron lo que Ibath les anunció con voz grave: el cabo de las Tormentas. Se alzaba ante ellos como un límite imponente, un punto donde el océano rugía con furia ancestral, desafiando a quienes osaran cruzar sus dominios. Ibath confesó que jamás había navegado tan lejos de las costas de Tarsis. Sin embargo, había escuchado historias de otros marinos, relatos de tempestades implacables y corrientes traicioneras que aguardaban a quienes intentaran doblar aquel cabo. Estaba muy asustado.

—Nos enfrentamos a lo más peligroso del viaje —les advirtió, pero en su voz resonaba cierto terror contenido.

La tripulación, agotada pero decidida, se preparó para lo que vendría. Frente a ellos, el cabo de las Tormentas se alzaba como un umbral hacia lo desconocido. De nuevo Ibath se resguardó bajo el castillete de proa, sentado en las tablas de cubierta, ocultando la cara en las manos, como si no quisiera ver nada de lo que se avecinaba.

El viento aullaba con un ímpetu desmesurado, azotando las velas como si quisiera desgarrarlas. La costa, traicionera y sembrada de escollos, ofrecía un panorama desolador; no había puerto alguno donde guarecerse. La marejada levantaba los cascos de las naos y los inclinaba hasta casi ponerlos en posición vertical, mientras el sonido del mar se mezclaba con los gritos de los marineros, que luchaban por mantener el control.

De pronto un crujido ensordecedor rasgó el aire: uno de los palos mayores de la nao de Nórax se desplomó, arrancado por la furia del viento. El pesado mástil cayó con violencia y golpeó a Feder, quien, aturdido, se desplomó sobre las tablas resbaladizas de la proa. Un instante después, una ola gigantesca inundó la cubierta y lo arrastró irremediablemente hacia el abismo.

Nórax sintió cómo un frío helado le atravesaba el pecho. Su mente, paralizada por un pánico abrumador, apenas procesaba lo que veía: Feder, su amigo, desapareciendo en las profundidades del océano embravecido. Y entonces, antes de que el pensamiento diera

paso al miedo, actuó. Con un grito ahogado y un impulso desesperado, se lanzó al agua, enfrentándose a la brutalidad del mar.

El oleaje era descomunal. Cada ola, una montaña líquida, lo arrojaba de un lado a otro, golpeándolo con una fuerza que lo dejaba sin aliento. El viento rugía, implacable, y la sal quemaba sus ojos mientras buscaba a Feder. El tiempo parecía detenerse en una vorágine de agua, viento y desesperación. Nórax tragó un torrente de agua salada y sintió cómo su fuerza se desvanecía. En su desesperación, alzó una plegaria al dios, un clamor silencioso perdido en el caos.

Y entonces, como si el dios lo hubiera escuchado, una ola gigantesca lo empujó hacia delante con violencia. Entre la espuma y la furia de las aguas divisó la silueta de Feder, que se hundía en las profundidades. Nórax, con las manos temblorosas y los músculos al borde del agotamiento, se lanzó hacia él. En un último intento, sus dedos se cerraron en torno al brazo de su amigo, frío y resbaladizo. Con una fuerza que no sabía que poseía, tiró de él, luchando contra la corriente que parecía querer arrebatárselo.

El mundo se redujo a una lucha desesperada: salvar a Feder, mantenerlo a flote, volver a la nao. Y aunque el mar intentaba devorarlos, Nórax no cedió. La determinación en su pecho ardía más que el temor, impulsándolo a seguir adelante.

Agarrando a Feder con fuerza, gritó a pleno pulmón. Desde la nao más cercana lanzaron una gruesa soga, que voló sobre el mar embravecido dibujando un arco que apenas rozaba el alcance de Nórax. Las olas lo empujaban hacia abajo, tirando de él como si quisieran arrastrarlo al abismo sin retorno. Sus músculos ardían y su pecho se comprimía por la falta de aire, pero, con un último esfuerzo desesperado, extendió la mano y logró aferrarse a la cuerda rugosa.

Con Feder colgando de un brazo y el agua golpeándolos con furia, Nórax sintió que flaqueaba. Hizo acopio de su último resto de energía y gritó con toda la fuerza que le quedaba, una llamada que atravesó la tormenta y llegó a sus compañeros. Sobre la cubierta, los

hombres, presos de pánico y esperanza, comenzaron a tirar de la soga con gran esmero. Cada tirón era una lucha contra la resistencia del mar, un esfuerzo para arrebatar a las aguas a aquellos que el mar había reclamado como suyos.

El ascenso fue lento, tortuoso, pero poco a poco Nórax y Feder emergieron del abrazo mortal del océano. Las manos callosas de los marineros los izaron sobre la borda y los tumbaron en la cubierta empapada. Nórax, exhausto y jadeante, apenas podía mover los brazos. Su pecho subía y bajaba con el esfuerzo, y el sabor de la sal aún le quemaba la garganta.

Se giró hacia Feder temiendo lo peor, pero su amigo tosió violentamente, escupiendo agua de mar y recuperando el aliento. Nórax cerró los ojos por un momento, dejando que el alivio inundara su pecho. Después, con una débil sonrisa, miró a Feder y leyó el agradecimiento en sus ojos y en sus labios.

—Ya sabes que un marino nunca deja a otro marino atrás —susurró, agradecido por la segunda oportunidad que la vida les había concedido.

El mar seguía rugiendo a su alrededor, pero en aquel instante, en la cubierta de la nao, Nórax sintió que habían vencido a la muerte. Aunque el cansancio pesaba sobre ellos, una tenue chispa de esperanza brillaba con fuerza en medio de la tormenta.

Las naves, dispersas por la furia de los elementos, salieron al fin del cabo de las Tormentas, aunque mermadas en número. La batalla contra el océano había cobrado su tributo, dejando tras de sí un rastro de desolación y pérdida. Entre los supervivientes, el joven Sedric, apenas un capitán en ciernes, sorprendió a todos al guiar su embarcación a salvo a través de aquel infierno, mientras que marinos más experimentados sucumbían al poder indomable del mar.

Sin embargo, cuando alguien mencionaba aquella parte del viaje, el rostro de Sedric se tornaba pálido y sus labios se cerraban en un silencio sombrío. Había perdido a varios de sus hombres, marineros a los que consideraba hermanos, almas que confiaban en él y que

ahora reposaban en el lecho marino. Cada tablón astillado de su barco, cada vela desgarrada por los vientos hablaban de una lucha brutal y desesperada que había grabado cicatrices no solo en la nave, sino también en el joven capitán.

Sedric mantenía la mirada fija en el horizonte, como si buscara algo más allá de las olas, quizá una respuesta, quizá el consuelo que nunca llegaría. La tormenta había pasado, pero su eco permanecía en su interior, resonando con la fuerza de un tambor fúnebre. Aquel horror, afrontado y superado, había dejado una marca imborrable en su alma, una huella de la fragilidad humana frente a la majestad cruel del océano. Recordaba la visión en el Templo del Sol, su muerte sangrienta sobre la arena, y se preguntaba cuál de aquellas playas sería el lugar de su último destino.

Los marineros de la nave de Nórax murmuraban de Ibath. Durante la tormenta se había mantenido en la proa, con las manos entrelazadas, retorciéndoselas, o tapándose la cara. No había ayudado a nadie, y en algún momento le oyeron gritar.

Una vez pasado el cabo de las Tormentas, la flota tomó rumbo norte, ascendiendo serenamente por el litoral africano, con la costa a estribor. La navegación se desarrolló sin incidencias, bajo el suave rumor de una brisa continua que acariciaba las velas. Cuando encontraron una pequeña isla, desembarcaron, agradecidos por la oportunidad de reparar los desperfectos que las tormentas les habían causado.

En aquella tranquila isla, el tiempo pareció detenerse. Tamarindos, marulas, higos y palmeras ofrecían sus frutos a los agotados marineros. En los bosques de la isla crecían buganvillas y lirios, cuyos colores y perfumes aliviaban el alma de los cansados expedicionarios.

Sedric, Kendal, Nórax y Feder, que viajaban en distintos barcos, aprovecharon el descanso para reunirse y conversar. Nórax se dio cuenta de que aún persistía una cierta tensión por parte de Feder con respecto a Kendal. La mirada de Feder se endurecía cada vez que Kendal hablaba, y sus respuestas, aunque corteses, estaban

cargadas de una frialdad que no pasaba desapercibida. Nórax decidió intervenir antes de que la situación empeorara, intentando mediar entre sus dos compañeros.

—¿Qué os pasa? —preguntó, su tono firme, pero conciliador, buscando desarmar la situación.

Feder lanzó una mirada acusadora hacia Kendal, con el ceño fruncido y el rostro tenso.

—Nada… —en un tono que contradecía sus palabras—, que este es un aprovechado. Pretende apropiarse de todo, y yo por eso no paso…

Kendal, que hasta entonces había permanecido tranquilo, se inclinó hacia delante, sorprendido por la acusación.

—¿Yo? —preguntó, levantando las manos en un gesto de -incredulidad.

Feder no solo no cedió, sino que su voz se elevó, cargada de reproche.

—¡Sí, tú! En la Costa Dorada te llevaste las piezas de oro más grandes. ¡Siempre haces lo mismo!

Kendal exhaló profundamente aire, intentando mantener la calma, pero su expresión mostraba una mezcla de ofensa y desconcierto.

—No me di cuenta —respondió en un tono más defensivo—. Iba deprisa porque quería regresar al barco.

Feder se golpeó la frente con la palma de la mano, su voz temblando entre la ira y el resentimiento.

—¡Siempre has sido así! ¡Desde que te conozco! ¡Como vienes de una familia rica, te aprovechas de tu situación! —Sus palabras arrastraban la carga de años de rivalidad y envidia acumulada.

Por un instante, Kendal pareció quedarse sin palabras. Después su voz se suavizó, y levantó la mirada hacia Feder con una mezcla de cansancio y determinación.

—¿Qué dices? —dijo con un tono que parecía más herido que enfadado—. ¡Nuestra amistad desde niños no va a romperse por semejante tontería!

Se inclinó hacia Feder y le hizo un ofrecimiento:

—Te doy todo el oro que quieras.

—¡No hace falta! —gritó Feder.

Sin embargo, Feder, sorprendido por la respuesta, bajó la cabeza, evitando la mirada de los demás. El reproche en su rostro se desvaneció, dejando paso a la vergüenza.

Se dispersaron, pero Nórax se quedó al lado de Feder, que, tras unos momentos de silencio, murmuró:

—No es el oro. Es… que me hace sentir inferior.

—Pues ¡no lo eres! —contestó Nórax animándole afectuosamente.

Feder sonrió. Y desde aquel momento cambió; estaba menos tenso, y una nueva confianza se forjó entre él y Nórax.

Con pesar, dejaron atrás la hermosa isla que les había parecido el paraíso y continuaron navegando cerca de la costa, sin aproximarse demasiado para evitar los bajíos. A sus espaldas quedaban largas extensiones de playas blancas que se desvanecían en el horizonte.

En algún momento desembarcaron para aprovisionarse de agua y abastecerse de frutas y pequeños moluscos que les ofrecían niños de piel oscura a cambio de cuentas de vidrio y pequeñas tallas de madera. Establecieron un campamento improvisado en la playa. Al amanecer, fueron rodeados por guerreros bantúes ataviados con faldellines de cuero y tiras trenzadas en la cabeza y empuñando lanzas. Llevaban en el cuello los abalorios que la tarde anterior Nórax había dado a sus hijos. Al principio Nórax no comprendía sus intenciones, y sintió miedo ante aquellos enormes y amenazadores guerreros.

Finalmente se entendieron mediante signos. Los aborígenes les estaban pidiendo más abalorios y preguntando qué podrían ofrecer a cambio. Nórax les mostró una figurilla de marfil y entonces comprendieron. Los zulúes les trajeron más piezas talladas y otras lisas. Se hicieron así con un buen cargamento de marfil, un material muy valorado en Tarsis.

Más allá, navegaron por el golfo de Adén, alejándose del continente africano hacia la península arábiga. Desde la amura de estribor, divisaron las costas de un color amarillo claro por la arena

del desierto, cubierta por un cielo índigo claro. Una tormenta de arena los envolvió, dificultando la navegación como si estuvieran inmersos en una intensa neblina, mientras el calor los abrasaba. Cuando finalmente se disipó, las costas de Arabia quedaron atrás. El golfo de Omán, de un intenso color turquesa, se abrió ante ellos, y la brisa marina mitigó el calor extremo.

Durante unos diez días, atravesaron el golfo de Omán disfrutando de un tiempo cálido pero con buenos vientos que les hacía faenar a bordo. La brisa suave, adecuada para la navegación, les instó a competir entre ellos para ver qué barco se adelantaba. Nórax, con destreza marinera, se encargó de manejar el poderoso viento de popa que inflaba las grandes velas cuadradas. Desde el timón, dirigía certeramente a la marinería, dando órdenes para que dispusieran las velas de manera óptima, virándolas de un lado a otro en amplias curvas para aprovechar al máximo la fuerza del viento. La nave avanzaba a toda vela, surcando las olas con gracia y dejando tras de sí una estela que revelaba su paso veloz. Con tal ímpetu, se adelantó considerablemente al resto de la flota.

Cuando sobrepasaron a la nave de Kendal, Feder le hizo un gesto burlón que aludía a una tortuga, pero su tono no era insultante, sino alegre. Kendal les contestó desde su barco animando a los remeros e intentando disponer la vela para ceñir el viento. Todos los barcos de la flotilla emprendieron una carrera hacia delante compitiendo unos con otros.

El viento favorable no solo facilitó la navegación, sino que también acortó el tiempo de travesía, lo que permitió a las embarcaciones alcanzar el canal donde se encuentran los majestuosos ríos Tigris y Éufrates. Allí el agua tranquila de los ríos contrastaba con la agitación del mar que habían dejado atrás. La tripulación, animada por el éxito de la travesía hasta el momento, se preparaba para llegar al fin del viaje, a la ciudad de los dos ríos.

El vigía gritó que divisaba en el canal una ciudad a lo lejos. Ibath, excitadísimo, se dirigió a Nórax para informarle en voz alta, imponiéndose al rumor del viento y de las velas, de que no podía ser

otra que la ciudad de Ur. Le brillaban los ojos, y sus labios se movieron en una plegaria de alabanza hacia aquella deidad a la que adoraba.

Nórax levantó los brazos hacia el cielo, con los puños muy apretados, y de todas las gargantas del barco brotaron gritos de júbilo. Los palistas alzaron los remos con gesto de victoria por haber conseguido lo que se habían propuesto. Nórax, dejando el timón amarrado, se aproximó a Feder y le palmeó la espalda. Después saludó con amplios ademanes a los capitanes de barco que tenía cerca. ¡Lo habían conseguido! La alegría de haber llegado al final del viaje se reflejaba en cada rostro a bordo mientras se aproximaba lentamente la ciudad de Ur, el lugar donde les aguardaban riquezas y un merecido descanso tras el largo periplo.

Ur, la ciudad de Inanna

Ur, país de los dos ríos, verano de 1588 a. C.

Al fin, tras casi un año de difícil travesía, habían logrado su propósito: habían alcanzado el país de Assur, la tierra de las ciudades milenarias y del comercio floreciente y donde los restos de antiguas civilizaciones se alzaban como vestigios de un pasado inmortal.

Allí, en las montañas al norte del país de los dos ríos, cuando todo se anegó de agua, el arca del patriarca Noé había encallado tras el diluvio. En esas cumbres había comenzado de nuevo la humanidad. De Jafet, el hijo de Noé, descendía el patriarca Tarsis, y de él, los *góidel,* los hijos del mar, navegantes y comerciantes que habían surcado los océanos del mundo conocido. Al llegar a la tierra de los dos ríos, Nórax reconoció en su fuero interno que este viaje no era solo una travesía comercial: era un regreso a sus raíces, un encuentro con el origen de su linaje y su identidad.

El viento permanecía ausente, y los remeros, exhaustos, empujaban la nave contracorriente a través del gran canal que abría paso hacia la ciudad. Nórax animaba la boga, sentándose a menudo con los remeros en la bancada, lo que le recordaba el tiempo de su castigo, cuando era adolescente. Los otros remeros reían al ver a su capitán empujando las palas como si fuera uno más. Desde su lugar en la bancada, vio a Ibath, de pie en la amura de estribor, cercana a la proa, con los ojos brillantes por la excitación mientras contemplaba la ciudad.

De frente, la Ur de los caldeos se alzaba en medio de una vasta llanura aluvial, fértil y surcada por intrincadas acequias que nutrían los campos. Bajo la intensa luz del sol, los cultivos reverdecían, y el paisaje estaba dominado por agricultores que, con la ayuda de animales de tiro, araban la tierra.

Conocida como Erech por los cananeos, Ur se erguía majestuosa en un montículo elevado, rodeada de imponentes murallas trapezoidales de adobe y barro. Sobre ellas destacaba el zigurat, un templo en forma de pirámide escalonada que se alzaba en honor a la diosa lunar Inanna. El zigurat era del color del barro porque sus paredes exteriores se habían realizado con ladrillos cocidos, unidos por betún. Cada pared estaba orientada hacia un punto cardinal. Tenía siete terrazas, la mayor de las cuales era la inferior. En la terraza superior se encontraba el santuario de la diosa. Se accedía a él mediante estrechas escalinatas adosadas a los muros.

Desde lo alto del zigurat, la vista debía abarcar toda la planicie, como si la diosa misma contemplara los dominios de su culto. Alrededor del templo se agrupaban otros edificios, probablemente palacios y residencias dedicados a los sacerdotes y guardianes del saber.

Los navíos de Tarsis arribaron finalmente a los muelles de madera del puerto fluvial, golpeando con suavidad contra las estructuras desgastadas por el río. El bullicio del puerto se mezclaba con el crujido de las maderas y el murmullo del agua. El aire olía a barro fresco y a especias, y el horizonte vibraba con polvo que, procedente de la gran meseta irania, bajaba hasta el valle.

Nórax organizó la descarga de géneros y productos para intercambiarlos en el mercado de la ciudad. Una larga fila de porteadores, cargados con fardos, siguió sus órdenes. Atravesó los dinteles de la muralla, decorados con ladrillos esmaltados en azul cobalto y verde mar, donde se distinguían leones y toros.

El sonido de los pasos se mezclaba con murmullos y el crujido de las cuerdas de los fardos. Frente al gran portón, los guardias, lanza en mano, observaban con mirada alerta, exigiendo un tributo en

pepitas de plata para permitirles entrar. El metal cambiaba de manos con un destello frío, marcando el umbral entre el exterior polvoriento y la riqueza contenida en el corazón de la ciudad.

Más allá de las puertas, Ur desplegaba su grandeza: callejuelas vivas de actividad, aromas exóticos flotando en el aire y la imponente silueta del zigurat recortada contra el cielo dominando la llanura como un faro de piedra.

La ciudad de Ur, antaño esplendorosa, había perdido algo de su primitiva suntuosidad y comenzaba a mostrar signos de decadencia. Las fachadas desconchadas de algunas casas contrastaban con los ornamentos aún majestuosos de los palacios, deslucidos por el paso del tiempo. En el exterior de los palacios, nichos y contrafuertes creaban patrones rítmicos. Algunas edificaciones estaban decoradas con conos de arcilla incrustados en las paredes y cuyos extremos visibles, pintados en colores vivos como rojo, negro y blanco, formaban diseños geométricos y simbólicos que comenzaban a perder el brillo de su antiguo revestimiento. El bullicio del mercado, aunque presente, era más apagado, con menos comerciantes y compradores de los que una vez abarrotaron sus callejuelas.

A pesar de estas señales de decadencia, Ur mantenía su lugar como crisol de culturas y eje vital para el comercio. Sus muelles aún recibían barcos de tierras lejanas, y sus plazas, aunque menos concurridas, seguían siendo el escenario de animadas transacciones donde se intercambiaban bienes exóticos, monedas y promesas de alianzas. La ciudad seguía viva.

Nórax y sus compañeros atravesaron las populosas calles de Ur avanzando hacia el gran mercado, un bullicioso laberinto de tenderetes cubiertos con toldos multicolores. Una multitud variopinta se desplazaba entre los puestos, donde los mercaderes exhibían sus bienes con gritos que intentaban imponerse al estruendo del lugar.

En el mercado se llevaba a cabo un intercambio incesante. Se permutaban sedas y otros paños, cerámicas, artículos de madera y hierro, frutas, legumbres, hortalizas, cereales, aceite de sándalo y piedras preciosas, así como pan, cerveza, licores, hierbas

medicinales, reses y pescados. Las gentes realizaban trueques para obtener lo que necesitaban, pero también utilizaban como forma de pago diversos elementos, tales como la sal, pepitas de oro y plata, objetos de arcilla, figurillas de marfil, conchas marinas y semillas. Los trueques que implicaban objetos más valiosos se llevaban a cabo con oro, plata o bronce.

Nórax y Feder, que caminaban juntos, tenían que hablarse en voz muy alta el uno al otro debido al bullicio del mercado: los gritos de los mercaderes se entremezclaban con el mugido de las vacas y los terneros, el balido de las ovejas, el gruñido de los cerdos y el cacareo de las gallinas. El aire estaba impregnado de la fragancia del cardamomo, la canela, la cúrcuma y el jengibre, mezclados con el perfume del almizcle y otros aromas. El calor era intenso y el sol quemaba la piel, por lo que la gente buscaba refugio bajo los toldos de los puestos.

Los tartesios instalaron sus productos sobre grandes mesas improvisadas con tablones sostenidos por trípodes. Habían traído desde África piezas de oro y marfil, además de objetos manufacturados en Tarsis, para intercambiarlos por los valiosos productos de la región: especias, mirra, aceite de sándalo, plumas de pavo real y otros artículos exóticos que rara vez llegaban a su ciudad natal. En medio del alboroto del mercado, participaban en trueques y transacciones, confiando más en los gestos que en las palabras. Captaban algunos términos sueltos, pero la comprensión real dependía de la intuición, las manos y la paciencia.

A menudo les costaba hacerse entender, pero con gestos claros y buena voluntad lograban cerrar los tratos. Algunos mercaderes conocían lenguas emparentadas con la tartesia, y la lengua acadia, propia de la ciudad, conservaba ecos remotos de antiguos idiomas indoiranios, lo que facilitaba a veces un entendimiento parcial. En medio de aquella confusión de sonidos, olores y colores, la lengua era apenas un obstáculo más entre tantos mundos que, como ellos, habían convergido en ese cruce de caminos milenarios.

En el mercado de Ur había comerciantes de todos los rincones del orbe conocido. Algunos provenían del país de los elefantes, Indhu, y aún más allá, de la isla de los pavos reales, Selán. Además, había comerciantes elamitas, con largas barbas y faldones largos con flecos, acadios con faldellín corto y semitas con túnicas multicolores.

Los trueques a menudo se volvían interminables porque nadie deseaba ser engañado, nadie quería ceder en el precio. Se intercambiaban gritos, insultos e imprecaciones, así como burlas y risas.

A lo largo de las próximas jornadas, durante el día, los capitanes de las naves de Tarsis y sus hombres de confianza actuarían como mercaderes, adaptándose al caótico vaivén del mercado. Por las noches regresarían a los barcos para descansar y recuperar fuerzas antes de retomar las negociaciones al amanecer.

La vida en el mercado de Ur, con su mezcla de culturas y riquezas, era un espectáculo en sí misma, y para Nórax y sus compañeros, una experiencia que nunca olvidarían. En realidad, no todos, porque había alguien a quien los trueques y cambios le eran ajenos. Ibath vagaba por el mercado de Ur como si no perteneciera del todo a aquel bullicio: hablaba con unos y con otros, pero sus manos no se extendían para pesar ni su mirada se detenía en mercancía alguna.

Nórax, ya intrigado por su actitud durante el viaje, lo siguió con la mirada con curiosidad y cierta inquietud. A lo lejos, lo vio apartarse del gentío. Ibath caminaba siguiendo la estela de un hombre de aspecto singular. El desconocido vestía una túnica de lino que le caía hasta los pies y llevaba el rostro parcialmente oculto bajo un gorro cónico; se apoyaba en un báculo nudoso, y del cuello colgaba un amuleto que destellaba brevemente con el sol de la tarde. Era un sacerdote de Innana. Ibath lo seguía como si obedeciera una llamada silenciosa.

Al cabo, Nórax perdió de vista a Ibath entre las gentes, pero no lograba quitarse el desasosiego de encima. Algo le pasaba a aquel extraño compañero de viaje, a quien realmente nunca habían

llegado a conocer del todo. Desde unos puestos más allá, Feder le estaba llamando; había encontrado unas finas sedas traídas del país de los elefantes y le hacía señas para que le ayudase en el trueque.

Un mercader con una pieza de lino a la cintura, turbante y joyas de bronce al cuello reclamaba con gestos airados a Feder una cantidad desmesurada de oro. Feder le gritaba que lo que pedía era abusivo mientras negaba con la cabeza y las manos, pero en sus ojos se leía que habría pagado incluso más. El comerciante también lo advirtió.

Nórax se acercó, lo agarró del brazo y lo obligó a retirarse para darle a entender que no le interesaba el trato. Feder estaba a punto de replicar cuando un ligero gesto de Nórax —que pasó inadvertido para el mercader— lo instó a guardar silencio. El comerciante los siguió y, mientras caminaban, el tintineo del oro en la faltriquera de Feder llegó a sus oídos. De inmediato cambió de actitud y comenzó a bajar el precio. Valiéndose de gestos, regatearon hasta la extenuación; finalmente, obtuvieron un muy buen acuerdo por aquellas sedas maravillosas. Cargados con las finas telas, se acercaron a unos marineros de la tripulación para indicarles que las llevasen al barco.

Después los dos amigos se dirigieron a un puesto donde freían cerdo en su propia grasa y, tras cambiar unos torreznos por unas conchas, los comieron, pringándose las manos, al tiempo que bebían vino de una bota. Los taberneros les sirvieron todo deprisa porque acababa la jornada, los comerciantes desmontaban sus puestos y la multitud abandonaba con celeridad la ciudad antes del cierre de las puertas.

Todos los hombres de Tarsis regresaron de modo desordenado, pero en un mismo grupo, a los barcos. Nórax se unió a su gente para emprender el camino de regreso, pero antes de llegar a las puertas un guardia se le acercó y, reconociéndolo como jefe del grupo, le gritó que había problemas con uno de los *góidel* en la zona del zigurat. Mirando en derredor, se dio cuenta de que Ibath no estaba; así que, preocupado, retrocedió sobre sus pasos.

Mientras corría hacia el centro de la ciudad, se puso el sol y las callejuelas se sumieron en las sombras. Las puertas de la urbe se cerraron tras él. En el cielo se alzó una luna llena que iluminaba la noche con una claridad casi diurna.

Llegó a las inmediaciones del zigurat, donde se realizaban rituales y se ofrecían sacrificios a la diosa Inanna, la divinidad del amor y la fertilidad, buscando su favor y la prosperidad de la ciudad. El zigurat, una estructura maciza sin cámaras internas, simbolizaba la conexión entre los hombres y los dioses que habitaban el cielo. A lo lejos, Nórax vio cómo Ibath se enfrentaba a los guardias del templo, y a los sacerdotes, y, con una fuerza que él nunca habría sospechado, los lanzaba al suelo. Logró liberarse de ellos de una forma extraordinaria. Había algo extraño, desesperado en él, que le confería una fortaleza con la que era capaz de rechazar a todos. Finalmente, seguido por algunos, atravesó las áreas exteriores y se dirigió hacia una escalera lateral que ascendía a las terrazas superiores. El acceso a estas zonas, donde se encontraba el santuario, estaba restringido exclusivamente a los sacerdotes y, en contadas ocasiones, al rey.

La noche era clara. La luna llena, símbolo de Inanna, se elevaba cada vez más hacia el oriente. Sin detenerse, corriendo, Ibath rodeó el zigurat hasta alcanzar su cara occidental, envuelta en sombras. Llevaba en la mano una pequeña antorcha que le había arrebatado a alguno de sus oponentes y con la que comenzó a ascender por la escalinata. Desde abajo, Nórax observaba la diminuta luz moviéndose lentamente hacia la cima, sin comprender qué pretendía su enigmático compañero de viaje.

Llegaron más guardias y sacerdotes, que se lanzaron tras aquel loco que profanaba un lugar reservado a los dioses. Ibath aceleró el paso y subió, corriendo rápidamente, los niveles del zigurat. Nórax contemplaba desde abajo cómo alcanzaba la primera terraza, luego la segunda…, hasta llegar a la séptima, donde se erigía el templo. Allí, en la cima del santuario vedado, Ibath se detuvo, erguido, y

apuntó a la luna con la antorcha, quizá orando o contemplando la vasta llanura a sus pies.

Permaneció allí unos instantes, con las piernas entreabiertas y los brazos alzados hacia el cielo. No suplicaba, oraba a algún dios y miraba al firmamento. Apoyó la antorcha y alzó la cabeza hacia las estrellas. Allí vio la némesis de algo antiguo, algo presente y algo que afectaba al porvenir. Se quedó inmóvil unos momentos, como en éxtasis.

La guardia del templo lo alcanzó finalmente y lo detuvo interrumpiendo su oración. Lo sujetaron con firmeza, y el brillo de su antorcha vaciló antes de extinguirse. Ibath, atrapado, fue escoltado; al bajar a tierra, lo cercaron gritos y amenazas de la multitud, que no tardó en congregarse frente al templo. Lo condujeron a una prisión seguido por una muchedumbre que, encendida por la furia, lo llamaba hereje y blasfemo y exigía su muerte por el ultraje.

Nórax lo observaba todo desde la distancia, impotente. Estaba muy preocupado por lo que pudiera sucederle, pero sabía que un paso en falso lo pondría a él también en peligro. Rondó la prisión hasta altas horas de la madrugada, imaginándose a Ibath solo y encadenado. Aunque reservado y distante, Ibath seguía siendo un compañero, un marino, y entre marinos abandonar a uno de los suyos era un acto impensable.

Cuando la noche avanzó, Nórax, agotado y sin otra opción, regresó al mercado y se recostó bajo los toldos del puesto donde habían comerciado durante el día. El sueño le fue esquivo. Cuando Feder y Kendal llegaron al amanecer y lo encontraron allí acurrucado, lo despertaron y Nórax les relató lo sucedido.

—Ibath está preso —concluyó con voz tensa—. La multitud lo acusa de sacrilegio y, si no hacemos algo, va a morir.

El rostro de Feder se endureció mientras Kendal adoptaba una expresión reflexiva. La situación era grave.

—El oro todo lo arregla —murmuró Feder, con una mezcla de desagrado y resignación—. Tenemos el oro que obtuvimos en África.

—Los caldeos son buenos comerciantes —añadió Kendal—. Quizá los sacerdotes estén dispuestos a cambiar a un extranjero por una buena cantidad de oro. Eso sí, querrán ofrecerlo a su diosa Innana.

Nórax asintió con decisión.

—Hablaré con los sacerdotes.

Los otros se dispusieron a acompañarlo.

—Es mejor que vaya yo solo, que todo se haga con discreción.

Se dirigió al zigurat. Buscó a un sacerdote, que le condujo a otro y, por último, al gran sacerdote. Al principio este se mostró inflexible y rechazó cualquier negociación. Sin embargo, su negativa no era más que una estrategia para extorsionarlo. Nórax entendió rápidamente el juego y ofreció una suma considerable de oro. El sacerdote les pidió además un ternero inmaculado, blanco como la luna, sin mancha alguna, para ser sacrificado en honor a la diosa lunar en lugar de Ibath; con esto aceptó el trato.

En el altar del templo el ternero fue inmolado en un ritual solemne, y el oro fue llevado al santuario como ofrenda. Al caer la tarde liberaron a Ibath, exhausto y silencioso, pero lo condenaron al destierro de la ciudad, a no regresar nunca más a la tierra de la diosa.

Nórax, al verlo libre aunque custodiado por la guardia, se adelantó, lo abrazó con fuerza y le dio unas palmadas en la espalda que resonaron en el aire. Aunque el alivio dominaba su expresión, no pudo evitar que su voz estuviera teñida de reproche.

—¿Cómo has podido hacer algo así? —Su tono grave denotaba el enfado y la preocupación—. Podías haber muerto, y lo peor es que nos has puesto a todos en peligro. Los caldeos podían habernos acusado de colaborar contigo en el sacrilegio.

Ibath le miró con sus ojos profundos, marcados por un pliegue en los párpados. Todo su rostro mostraba un profundo agradecimiento.

—¡Nunca olvidaré lo que has hecho por mí! —respondió con voz pausada.

—¿Quién eres? ¿Por qué has hecho algo tan absurdo y peligroso? —le preguntó Nórax, desconcertado.

Ibath respiró hondo, como si cargara con un peso, y entonces comenzó a hablar con palabras pausadas.

—Ahora que ha llegado el momento de la despedida, debo confesarte algo que he ocultado. No soy *góidel* ni un verdadero marino. Conozco los mares porque he navegado en muchas embarcaciones, recorriendo costas y océanos en busca de algo perdido hace siglos. No puedo revelarte mucho más. Es una larga historia y no hay tiempo. Quizá no me creerías… —Miró a un lado y a otro; la guardia, impaciente, no lo perdía de vista, intentando entender lo que decía—. Lo que busco es… muy importante… no solo para mí, sino para todos, para la humanidad entera. Desde lo alto del zigurat he visto mi camino con claridad: debo ir al norte, a la ciudad de Babilonia. Allí podré ver lo que busco. Créeme que lo que hago es importante…

Nórax lo miró todavía enfadado y le confesó:

—Sospeché siempre que no eras quien decías, pero nunca pensé que estuvieses loco. No solo me has engañado, sino que ¡me has costado una fortuna! ¡Lo que has hecho es de dementes!

Ibath hizo entonces una pausa, su mirada fija en Nórax, y después prosiguió en un tono misterioso:

—Desde lo alto del zigurat no solo he visto mi destino, sino también el tuyo. Tiempo atrás luchaste con una serpiente y la venciste. Tu destino es… ¡luchar siempre contra la serpiente!

Al oír las palabras de Ibath, Nórax retrocedió un paso, sorprendido. ¿Cómo podía aquel hombre conocer su pasado, la lucha contra el monstruo marino que casi le costó la vida? Y la profecía del dios… Nunca se la había contado a nadie.

Sin embargo, Nórax quedó aún más perplejo cuando el extranjero, con una expresión grave y cargada de significado, le advirtió:

—Debes volver a tu tierra, la serpiente está dominando Tarsis. Debes luchar contra ella y detenerla.

—¿A qué te refieres? —preguntó con urgencia, su voz destilaba incredulidad.

—Te darás cuenta cuando regreses. Algún día te resarciré con creces de todo lo que has hecho por mí.

Nórax suspiró, pensando que aquella le parecía una promesa muy difícil de cumplir.

—¿De dónde vienes realmente? —inquirió Nórax, con un tono que mezclaba curiosidad y frustración.

—Eso no puedo decírtelo ahora —respondió Ibath.

La guardia del templo, cada vez más impaciente, le indicó que debería irse ya. Sin decir más, Ibath se despidió de Nórax, quien lo siguió con la mirada mientras desaparecía escoltado por la guardia entre las callejuelas abarrotadas en dirección a las puertas de salida de la ciudad.

Nórax, desconcertado y sintiendo una creciente inquietud, regresó hacia el río, donde estaban sus compañeros. Por el camino, entre la multitud que abarrotaba las calles, le fue dando vueltas a lo que le había revelado Ibath, tratando de comprender el significado de aquellas palabras inquietantes que aún resonaban en su mente: «La serpiente está dominando Tarsis». ¿Qué quería decir? ¿Qué clase de amenaza se cernía sobre su hogar?

Al llegar al puerto fluvial, divisó a Feder, que estaba enrollando una cuerda con un pie apoyado en el casco del barco y el otro en el muelle. Al ver el rostro sombrío de Nórax, Feder soltó la cuerda de inmediato, la dejó caer sobre la cubierta y saltó a tierra con agilidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Feder, mientras su tono reflejaba auténtica preocupación.

Nórax tomó aire antes de responder.

—Ibath ha sido liberado, se ha ido. Pero, lo importante es lo que me ha dicho antes de irse… —Rápidamente le contó lo que Ibath le había revelado sobre Tarsis—. Además, lo más sorprendente es que me contó algo de mi pasado que es imposible que pudiera conocer.

Feder se quedó sorprendido por estas últimas palabras, pero sabía que Nórax era reservado para algunas cosas y que arrastraba heridas de su pasado que guardaba para sí y que lo atormentaban.

Feder se cruzó de brazos, su expresión endureciéndose mientras procesaba la historia.

—Yo creo que debemos irnos, que tenemos que regresar —sugirió Feder.

Sin más demora, ambos fueron de barco en barco, convocando a los capitanes. Al cabo de un rato, un pequeño grupo se reunió junto al muelle formando un corro alrededor de Nórax. El sonido del río y el movimiento de los barcos anclados servían como telón de fondo a las palabras de Nórax:

—Creo que debemos volver a nuestra tierra. Llevamos muchos meses fuera. —Sin revelarles todo lo que Ibath le había contado, prosiguió—. Siento que algo se cierne sobre el destino de Tarsis.

A medida que hablaba, los rostros de los capitanes fueron cambiando. Sus ojos reflejaban esperanza a la par que preocupación, y un deseo latente de regresar a sus hogares, con sus familias, después de tanto tiempo lejos.

—¡Creo que ya es tiempo de regresar! —exclamó uno de los capitanes con añoranza.

—Sí. ¡Es tiempo de volver! Hace muchas lunas que partimos —añadió otro, asintiendo con vehemencia.

Entonces Kendal, que siempre trataba de ir más allá, levantó la voz.

—Sin embargo, aún podríamos remontar el río hacia el norte… —propuso—; hay ciudades más importantes y ricas que Ur. Podríamos llegar a Babilonia.

Antes de que nadie respondiera, Feder frunció el ceño y, con mordacidad, replicó:

—¿Sí? ¿Y dónde metemos la mercancía? —le espetó—. Los barcos están cargados hasta los topes de productos valiosos.

Feder se inclinó ligeramente hacia Kendal y, en voz baja, aunque no lo suficiente para que los otros no lo escucharan, añadió:

—Si quieres, márchate tú con tu tripulación. No te echaremos de -menos.

El comentario arrancó algunas risas disimuladas entre los capitanes, pero Nórax se mantuvo en silencio sin intervenir en la pelea.

Finalmente, alzó la voz con autoridad.

—Nos volvemos —anunció Nórax con voz de mando, mirándolos uno a uno a los ojos, con determinación—. El camino es difícil, pero podemos lograrlo. —Cuando su mirada recayó en Kendal, exclamó enérgicamente—: ¡Nadie se quedará atrás!

En los otros detectó alguna expresión de desánimo. Todos sabían que el trayecto de regreso sería largo y peligroso: volver por el cabo de las Tormentas, desandando el enorme trayecto recorrido, se les antojaba aún más difícil que haber llegado hasta allí.

—¡Regresaremos a casa! —prosiguió Nórax, infundiendo ánimo en sus compañeros y levantando el puño—. ¡Nos dirigiremos al sur! ¡Regresaremos juntos y lo haremos pronto!

La arenga de Nórax fue acogida con gritos por todo el grupo, incluso Kendal, y recibida con una mezcla de determinación y nostalgia. La decisión estaba tomada, era hora de regresar.

Ofir

Zeila, país de Punt, otoño de 1587 a. C.

Pasaron los días preparando las naves. Las bodegas se llenaron con los frutos de su travesía: especias, metales preciosos, marfiles y tejidos. Todo estaba listo. Con el primer viento favorable, las velas se desplegaron y, dejando atrás las antiguas tierras de Ur, enfilaron el canal que unía los ríos con el mar.

Costearon la península arábiga. Los vientos, ahora contrarios, los obligaban a constantes cambios en el sentido de las velas. Las manos de los marineros trabajaban sin descanso, izando y orientando las velas para aprovechar cada ráfaga; sin embargo, cuando el viento soplaba de proa o reinaba la calma, solo podían avanzar utilizando los remos.

Tras días de lucha con el viento y el oleaje, llegaron al estrecho que separaba la península de África. Aquí el mar se estrechaba y los vientos parecían volverse aún más caprichosos, pero finalmente lograron cruzarlo.

Desembarcaron en la región de Ofir, célebre por sus perlas, en un pequeño asentamiento llamado Zeila, parte del país de Punt. Zeila era un villorrio cuya superficie se extendía junto a una vasta playa que se perdía en las arenas infinitas del desierto. Los barcos quedaron anclados cerca de la orilla y los hombres desembarcaron en busca de agua y provisiones.

Esa noche, bajo un cielo estrellado, los capitanes se reunieron en la playa alrededor de una hoguera. La luz de las llamas iluminaba sus rostros marcados por el cansancio y la incertidumbre. Hablaron

del largo regreso que tenían por delante, cada vez era más desalentador al pensar en el temido cabo de las Tormentas, cuyos recuerdos aún les provocaban escalofríos.

En medio de la conversación, Kendal, que había conseguido un puñado de perlas de Ofir negociando con un mercader egipcio, hizo una propuesta.

—Me han hablado de una ruta diferente para regresar —dijo, mirando a los demás mientras jugueteaba con una perla en su mano. Su voz era firme, pero denotaba un atisbo de duda—. Me explicaron que no estamos tan lejos del país de las pirámides, Egipto. Al parecer, hay caravanas que cruzan el desierto y las tierras de los kushitas hasta alcanzar el alto Nilo. Desde allí podríamos seguir el río hasta su desembocadura en el Mediterráneo y luego tomar la ruta más directa hacia Tarsis.

El silencio se hizo alrededor de la hoguera. Los capitanes intercambiaron miradas de escepticismo, pero Kendal continuó:

—Tendríamos que desmontar los barcos aquí, en las costas de Punt. Sería necesario transportarlos en piezas a través del desierto y las tierras de Nubia hasta el Nilo, donde volveríamos a armarlos. Es un camino más complicado, pero menos peligroso que bordear otra vez África.

Feder, que había estado removiendo las brasas con un palo, dejó de hacerlo y levantó la vista. Por una vez estaba de acuerdo con Kendal: aún recordaba horrorizado el paso por el extremo sur del continente africano.

—¿Transportar los barcos por tierra? Suena a locura, pero —hizo una pausa, como si las palabras le costaran salir— es mejor que enfrentarnos de nuevo al cabo de las Tormentas. La última vez casi no lo contamos.

Sedric, que aún cargaba con el dolor por los marineros perdidos en la tempestad, asintió en silencio. Sus ojos reflejaban una mezcla de cansancio y resignación.

—Yo apoyo la propuesta —añadió Feder, su tono más decidido ahora—. Aún nos quedan provisiones suficientes para negociar con

las caravanas, y esa ruta parece menos mortífera.

Nórax, que había permanecido pensativo hasta ese momento, observó los rostros de sus compañeros. Era evidente que el recuerdo del cabo de las Tormentas aún pesaba en todos ellos. Al final se inclinó hacia Kendal y dijo:

—Será un viaje diferente, pero, si todos estamos de acuerdo, lo intentaremos. A veces la ruta menos conocida es la única que lleva a puerto seguro.

Las llamas de la hoguera parpadearon mientras los capitanes asentían con solemnidad, conscientes del desafío que tenían por delante. La decisión estaba tomada: cruzarían el desierto y seguirían el curso del Nilo.

El misterio de la sacerdotisa de la diosa serpiente

Kermah, reino de Kush, invierno de 1587 a. C.

Por delante de las imponentes murallas de Kermah, capital del reino kushita, se alzaba un complejo de pirámides construidas con ladrillos de adobe y piedra arenisca, estrechas y de distinta altura. Algunas de ellas estaban precedidas por un pilono ricamente decorado con relieves. Las pirámides rodeaban el templo del dios Amón, al que se accedía por una avenida procesional flanqueada por estatuas de grandes carneros sagrados.

Los *góidel* habían cruzado las tierras semidesérticas que los separaban de la costa y acampado en un oasis, no muy lejos de las estilizadas pirámides, en tiendas de lana de oveja y pelo de camello; en una de ellas almacenaron la madera de los barcos. Mientras construían las tiendas, gritaban y se animaban unos a otros, interrumpiendo durante unos días la larga marcha, que ya se hacía pesada. Siendo marinos, sentían aún más la sequedad de aquel clima.

Nórax decidió aventurarse en la ciudad para explorarla y evaluar las posibilidades de intercambio en aquel remoto lugar, alejado de las principales rutas comerciales. Lo acompañaron los incondicionales Feder, Sedric y Kendal, aunque, al poco de salir del campamento, Nórax se adelantó con Feder. Había algo que deseaba discutir con él a solas.

Mientras caminaban por el árido sendero que conducía a la ciudad, Nórax observó de reojo a su compañero. Sabía que las tensiones y rivalidades entre Feder y Kendal eran una constante

desde que habían salido de Tarsis. Kendal llevaba mucho tiempo navegando como capitán, ya desde el viaje a las Casitérides, mientras que Feder seguía siendo «solo» el piloto de la nao capitana. Aquello debía de pesarle, y Nórax lo entendía.

Finalmente, Nórax rompió el silencio con un tono firme pero cargado de camaradería:

—¡Feder! Te necesito. Quizá no tengas el título de capitán, pero, créeme, no podría dirigir a todos si no contara con alguien como tú en la nave capitana.

Feder, que hasta entonces caminaba cabizbajo, levantó la vista, sorprendido por las palabras. Tragó saliva, como si procesara el inesperado reconocimiento.

—Eres un buen marino, ¡y lo sabes! —añadió Nórax, mirándolo con sinceridad.

Feder se detuvo un momento, visiblemente conmovido. Su expresión, que había sido de desconcierto, se tornó más relajada, casi complacida, aunque permaneció en silencio. A veces el orgullo pesa tanto que las palabras no alcanzan a ser pronunciadas. Pero algo en su postura cambió: su espalda se enderezó ligeramente, como si lo que le había dicho Nórax le hubiera devuelto una confianza que creía perdida.

Estaban ya muy cerca de las puertas de la muralla. Feder, mirando la ciudad, dijo:

—No sé qué nos aguarda aquí… ¡Circulan extrañas historias sobre el país de los kushitas y sobre su capital, Kermah!

—¿Cuáles?

—No lo sé muy bien. En Zeila me contaron que adoraban a una extraña deidad que al parecer propiciaba los sacrificios humanos.

Los dos se detuvieron poco antes de las altas murallas de adobe y mampostería de la ciudad de Kermah. Una trompa resonó en el aire, anunciando que pronto se cerrarían las puertas; su sonido era un lamento que se perdía en la luz del atardecer. El sol descendía, iluminando el cielo del desierto amarillo con tonos malva y rojizos que envolvían la ciudad en una mística aura.

Los portones de la muralla estaban aún abiertos, y una fila de gente aguardaba su turno para pasar la aduana de acceso. Cuando les tocó a ellos, los guardianes de las puertas de Kermah los detuvieron, exigiendo el tributo. Al saber que procedían de la lejana Tarsis, se asombraron del enorme recorrido que habían realizado. El capitán de la guardia les informó de que Asha, el soberano de Kush, obligaba a todos los visitantes llegados de tierras distantes a presentarse ante él.

Unos soldados de la guardia los escoltaron hacia el palacio del monarca. Cruzaron las populosas calles de la ciudad, atravesando el mercado entre una barahúnda de gente, en su mayoría de piel oscura. Avanzaban entre tenderetes y puestos de frutas, rodeados por los gritos de los niños y las voces de los vendedores ambulantes. Los lugareños, admirados por su piel clara y su aspecto extranjero, los detenían y empujaban queriendo tocarles. Les hablaban en un idioma desconocido, con rostros oscuros iluminados por sonrisas blancas y luminosas.

Una mujer obesa, con pliegues de grasa que pendían sobre una especie de tela cruzada a la cintura y dientes mellados, les gritó algo a los guardias mientras los señalaba a ellos con curiosidad. Todos rieron. Los guardias respondieron en su extraño lenguaje, mencionando la palabra «Tarsis». Un grito de asombro se oyó entre la multitud, que los observaba ahora con más curiosidad aún.

El gentío los siguió hasta que franquearon los grandes portalones de la segunda muralla que antecedía el palacio del rey. En los portones, enhiestos y firmes, montaban guardia unos altos y oscuros guerreros nubios con cortos faldellines blancos y carcaj y arco a la espalda. Ya en el palacio, recorrieron los largos corredores pintados con frescos y abiertos al exterior, de modo que la circulación del aire refrescaba la calima abrasadora. Les hicieron esperar durante largas horas en una sala de paredes de adobe, oscura pero fresca. Al fin entraron al salón del trono de Asha, el rey kushita. Se sentaba este sobre una jamuga a modo de sitial, cubierta por un dosel de piel de leopardo sobre el cual había una cabeza de león disecada. El rostro

del monarca era de color oscuro, de rasgos rectos y labios sorprendentemente finos.

Los tartesios se inclinaron respetuosamente ante el rey, al tiempo que Nórax se adelantaba y, mostrando una actitud de deferencia, se presentaba.

—Mi nombre es Nórax, hijo de Argón, y procedo de la ciudad de Tarsis.

El rey de los nubios sonrió sin despegar los labios con aspecto de no haber comprendido. Con una leve inclinación de cabeza, se dirigió con afabilidad a un sirviente para indicarle que llamara a alguien. El criado se retiró en busca de esa persona y de la corte que rodeaba al rey salió un hombre de cabello castaño y piel clara, con una cicatriz que deformaba un lado de la cara. Era el encargado de traducir las palabras de Nórax.

Una vez hubo entendido de dónde procedían los extranjeros que venían a Kush, el rey se mostró interesado e interrogó a Nórax sobre el viaje que los había llevado hasta su país. Nórax le relató el largo periplo que habían realizado por mar, circunnavegando el gran continente africano hasta llegar al país de los dos ríos, donde habían obtenido mirra y especias que podrían interesarles. El rey asintió y le ofreció oro y piedras preciosas a cambio de lo que traían. Luego, con expresivos gestos de amistad, señaló el cielo para indicar que los dioses los unían, los felicitó por su pericia como marinos y declaró sentirse honrado de recibirlos.

El rey se levantó entonces, dando por finalizada la conversación, y pidió al intérprete que acomodara a los recién llegados. Este los guio por los intrincados pasadizos y corredores de adobe y piedra, iluminados por pequeñas ventanas altas que dejaban pasar la luz, pero mantenían el calor a raya. De cuando en cuando, cruzaban patios ajardinados con hibiscos, acacias y plantas silvestres, rodeados por columnas decoradas con motivos geométricos. En medio de cada patio, pequeñas fuentes de piedra servían de bebedero para las aves.

Durante el trayecto, Nórax pudo fijarse más en la cicatriz del rostro del intérprete, un costurón extraño que le afeaba la mitad de la boca y parte de la mejilla derecha. En la entrevista con el rey no la había apreciado enteramente porque la mayoría del tiempo los miraba de perfil. A Nórax la deformidad le produjo una cierta repulsión, y se compadeció de él, un hombre, por lo demás, alto, bien parecido, atlético y de anchas espaldas, aunque cojeaba levemente.

Mientras avanzaban, se dirigió a ellos en la lengua de Tarsis y se presentó:

—Me llamo Artaí. Fui enviado hace algún tiempo por el rey Gerión. Pertenezco a la casa de Madai. Mi familia dirigía los destinos de uno de los diez linajes. Ahora soy intendente real y visir de esta corte.

Llegaron a una estancia de adobe aneja al palacio; sobre el suelo se extendían alfombras de piel de antílope y oryx blanco, y junto a las paredes, tinajas de barro y jarrones pintados. La temperatura era fresca, en claro contraste con el calor exterior. Divanes con mullidos cojines de plumas invitaban al descanso; se tumbaron en ellos para almorzar, alargando el brazo hacia unas mesas bajas. Los criados les sirvieron carne de caza, fruta, así como leche de cabra e hidromiel.

Artaí comió con ellos, y durante el almuerzo los interrogó detenidamente y con gran interés sobre conocidos comunes. Después les contó, escuetamente, que ya no tenía familia en Tarsis; al decirlo, el rostro se le deformó aún más por una larvada tristeza. Cambiando de tema, se interesó por sus viajes. Hablaron animadamente, interrumpiéndose unos a otros, y finalmente le pidieron consejo sobre los intercambios que podrían hacer en el mercado de Kermah y sobre cuáles serían los bienes que tendrían más aceptación. Él les aconsejó llevar orfebrería y productos manufacturados, así como telas, pues con ellos podrían conseguir oro y piedras preciosas.

Tras el almuerzo, decidieron regresar al campamento para preparar los productos que Artaí les había recomendado

intercambiar. Sedric, Feder y Kendal caminaban algo más rezagados mientras que Nórax se adelantaba hablando con el intérprete, que los guiaba por los intrincados corredores del palacio. Sentía curiosidad por saber quién era realmente Artaí, por qué tenía la extraña cicatriz y cómo un tartesio había llegado al país de los kushitas.

—Mi familia se dedicaba al comercio del aceite y la resina. En los sótanos de nuestra casa había grandes ánforas con estos materiales inflamables. No sé bien la causa, aunque lo sospecho, pero el caso es que un día la casa ardió como la yesca. Todos, mis padres, mis hermanos, mi amada esposa, murieron. Yo no estaba allí cuando comenzó el incendio. Estaba en palacio; pertenecía a la guardia personal del rey Gerión, era uno de sus hombres de confianza. Uno de los vecinos fue a buscarme desesperadamente. No lo dejaron pasar, pero forcejeó hasta conseguir hacerme llegar el recado. No fui relevado del puesto hasta que el mismo Gerión intervino. Corrí como nunca lo había hecho hacia mi casa, pero, cuando llegué, todo estaba ya envuelto en llamas. Entré gritando los nombres de mi esposa y mis padres. Dentro, una enorme viga incendiada se desplomó sobre mí y me golpeó en la cabeza, dejándome esta cicatriz. —Se la señaló—. Perdí el sentido y me sacaron a rastras. Me curaron como pudieron. Pero la herida que llevo dentro es la peor. La pérdida de mi familia…, eso nunca sanará.

Nórax le puso la mano en el hombro. Recordaba un terrible incendio del que se había hablado en la ciudad y que había sucedido poco antes de regresar de las Casitérides.

—Estaba recién casado. Todo fue muy duro, pero mi esposa… —su voz se volvió aún más temblorosa—, su pérdida me causó un dolor inimaginable. Todo se rompió dentro de mí. Quise irme de Tarsis, donde todo me recordaba a los míos. Le pedí a Gerión que me enviase lejos, lo más lejos posible de Tarsis. No sé si hice bien.

Nórax, impresionado y conmovido por la terrible historia, no sabía qué decir y musitó:

—¡Lo comprendo! —confesó con calidez—. Creo que yo también me habría ido lejos.

—No. ¡No lo entiendes! Tendría que haberles vengado… He meditado mucho sobre el incendio, y creo que fue provocado. Alguien nos odiaba, nos odiaba mucho.

—¿Por qué?

—Éramos muy ricos, una competencia para los nuevos poderes que se estaban haciendo un hueco en la ciudad. Además, éramos parientes de Gerión; de hecho, mi familia —se detuvo hablando sin darse importancia—, si hubiera querido, podría haber aspirado al trono.

Artaí se calló; probablemente no había hablado de la tragedia de su vida desde hacía mucho tiempo. Empezó a caminar más rápido y después, tomando aire, retomó su relato:

—El rey Gerión, dándose cuenta de mi sufrimiento, me envió como emisario a oriente, al país de Khemett y al reino kushita, para acercar el imperio tartésico a estos territorios. Recorrí el mar Mediterráneo, estuve en la corte de los faraones en Avaris y después navegué por el Nilo aguas arriba hasta llegar aquí. ¿Cómo están las cosas en Tarsis? ¿El rey Gerión está bien de salud?

A Nórax le vino a la mente lo ocurrido en el mercado de Ur; así que le respondió:

—Cuando salimos, hace más de un año, lo estaba.

—Yo hace aún más tiempo que estoy fuera. Cuando salisteis, ¿se escuchaban ruidos bajo la ciudad?

A Nórax le sorprendió que le preguntara aquello.

—Sí. Muy a menudo. Muchas veces temblaban las casas, sobre todo bajo la acrópolis.

Artaí meneó la cabeza, como confirmando que sabía que los ruidos habrían continuado; después, en tono confidencial, le reveló:

—El día que ardió mi casa, todo temblaba; no sé si esto tuvo relación con el incendio.

Artaí bajó el tono y, como revelándole algo que llevaba tiempo pensando, le explicó:

—Esos ruidos comenzaron cuando llegó a Tarsis una extraña mujer llamada Akálide, esposa de Krysaor, un hombre de la casa de Túbal. Ella fue la que fomentó el culto a la Diosa de las Fieras…

A Nórax le impactó escuchar en aquel lejano país los nombres de Akálide y de Krysaor, por lo que exclamó:

—Sé quién es.

—Gerión sentía que había algo oscuro en aquella mujer. Los rumores la asociaban con la repentina riqueza de Krysaor. Pero sobre todo se la vinculaba con los cambios inquietantes, incluso sacrificios humanos, que habían comenzado a detectarse en la ciudad. Sospechaba que tras Akálide se ocultaba una figura siniestra, alguien que estaba urdiendo una rebelión. La necesidad de descubrir su verdadera identidad lo atormentaba. Por eso, aprovechando mi viaje, me encomendó la ardua tarea de investigar sobre ella.

Nórax, vivamente interesado en lo que Artaí decía, le preguntó:

—¿Qué has averiguado?

—Bastantes cosas… Akálide fue una concubina del anterior soberano del reino de Kush, un hombre llamado Jebel Barkal. Pues bien, en tiempos de Jebel Barkal, había sacrificios humanos y se esclavizaba al pueblo. Los sicarios de Barkal secuestraban jóvenes en las aldeas y los vendían a otras tribus. Su símbolo era una serpiente. Como habréis notado al entrar, Kermah está rodeada de pirámides más pequeñas y estilizadas que las egipcias. Jebel Barkal ordenó construir muchas, de tamaño variable; algunas son muy altas, otras más bajas. Al llegar el equinoccio, poco antes de la crecida del Nilo, el rey realizaba una ceremonia de renacimiento en la cual entraba en una pirámide con una gran piedra negra sobre su pecho: un diamante negro.

A Nórax el concepto «diamante negro» le pareció contradictorio y se sintió interesado.

—¿Qué es el diamante negro?

—Los nubios descienden de Cam, el hijo de Noé, y como tal, al igual que a sus hermanos, le correspondió una piedra de luz. La de Cam era una piedra negra.

Nórax recordó Hesperia y la gema sagrada que le curó de la mordedura de la serpiente marina.

—He oído hablar de las piedras de luz, pero me extraña que una de ellas sea negra y tenga luz.

Artaí le observó con curiosidad, pero siguió hablando.

—No es exactamente negra. La civilización anterior al diluvio podía concentrar la luz solar en diamantes, que se confeccionaban de gran tamaño y brillo. Noé donó a cada uno de sus hijos una piedra. La de Cam era un gran diamante que brillaba con resplandores oscuros. Se le llama «diamante negro». Dicen que este diamante, que es piramidal, introducido en una pirámide de forma adecuada, y de una determinada manera, conduce a la inmortalidad. Convierte al que lo posee en una estrella. Pero es peligroso…

—¿Por qué?

—Te contaré lo que se sabe. Cada año el rey Jebel Barkal mandaba construir una nueva pirámide. Decía que era parte de su transformación. El día del equinoccio entraba en ella con el diamante negro entre las manos convencido de que, al alcanzar la proporción perfecta, se convertiría en estrella y viviría para siempre. Durante la ceremonia del renacimiento sonaban trompetas. Después el rey salía, como si hubiera cruzado el umbral de la muerte. Pero, en su último intento, ordenó levantar una pirámide tan alta como la de Gizeh. Tardaron años en terminarla. Finalmente, el día llegó. Entró. No volvió a salir. Varios intentaron seguirlo. Ninguno regresó. Se dice que hay una maldición, que algo maligno habita en el interior. Desde entonces nadie se atreve a entrar.

Nórax alzó una mano hacia la cabeza, no para acomodarse el cabello, sino como quien intenta ordenar pensamientos dispersos. Su gesto fue leve, casi mecánico: los dedos se perdieron un instante entre el cabello mientras digería en silencio lo que acababa de escuchar. Artaí prosiguió:

—Tras la desaparición de Jebel Barkal, con apoyo de los faraones hicsos, estalló una revuelta. Hubo un golpe de estado. La dinastía cambió. Asha tomó el poder. Algunos hijos de Barkal huyeron al sur,

donde implantaron un régimen de terror. Siguen esclavizando a su propio pueblo. Las concubinas del harén fueron vendidas a los egipcios, quienes las vendieron a su vez a otros países. Así, dicen, llegó Akálide a Tarsis. He indagado sobre ella. Practicaba extraños ritos, sacrificios de animales…; incluso se rumorea que mató a un niño. Es peligrosa. Hay algo en ella que no alcanzo a comprender del todo. —Ante el silencio de Nórax, Artaí siguió, con tono más grave—: No te lo cuento solo por desahogarme. Quiero que, al regresar, le digáis al rey que esa mujer representa un peligro inimaginable. Es capaz de perpetrar sacrificios humanos y, con toda probabilidad, actos atroces… Como el incendio que destruyó a mi familia. Estoy convencido de que domina las artes más oscuras de la magia negra.

—Vuelve con nosotros y díselo tú mismo.

Artaí negó con la cabeza. Su expresión se tornó opaca; la tensión en el aire era palpable.

—No, aún me quedan muchas cosas por averiguar aquí. He dado infinitas vueltas a lo que ocurrió el día del incendio. Durante la guardia, noté que todo temblaba más de lo normal.

Nórax recordó la intensidad de los temblores y los ruidos que parecían provenir de lo más profundo, bajo los cimientos de su casa. Pensó en voz alta:

—Creo que los temblores se originan bajo la casa de Krysaor…

Artaí movió la cabeza afirmativamente.

—Hay algo ahí abajo, algo terrible, que hace temblar la ciudad entera. Necesito saber qué es. Está afectando a sus cimientos, y eso es grave. Creo que la clave está en esa mujer. Hay que descubrir quién es en realidad Akálide y cuál es su vínculo con el diamante negro y la diosa serpiente. Además, el rey de Kush confía en mí. Aún no ha llegado el momento de marcharme.

Estaban ya ante los grandes portones de la guardia del palacio. Artaí se despidió de ellos y les entregó unas teselas que les servirían como salvoconducto para entrar y salir del palacio sin contratiempos.

Atravesaron las murallas interiores y entraron en el bullicioso mercado. Feder se reía de Kendal, que había abusado del *tej,* el licor

dorado de Kush elaborado con miel y hojas de *gesh,* y ahora caminaba en zigzag, riendo a destiempo. El aire olía a especias, a sudor y a humo; las voces del mercado se alzaban en todas las lenguas. Sedric iba y venía entre los tenderetes, haciendo preguntas, comparando precios, gesticulando con entusiasmo. Nórax caminaba en silencio, ajeno a los otros tres, con las palabras de Artaí resonando aún en su cabeza.

Sedric se le acercó.

—¿Nórax?

Este parpadeó, como quien regresa de muy lejos, y asintió. Al comprender la pregunta, le explicó con calma qué mercancías debían intercambiar y cómo organizar la carga.

Durante los días siguientes comerciaron sin descanso. Habían traído de Tarsis herramientas de bronce, espejos pulidos, ánforas vidriadas, cuentas de ámbar y tejidos teñidos con púrpura y bermellón. A cambio obtuvieron diamantes en bruto, turquesas, lingotes de oro, marfil y frascos de resina aromática sellados con cera roja.

Artaí se acercaba a menudo al campamento, al mercado o a los aposentos del palacio donde estaban hospedados Nórax, Sedric, Feder y Kendal, invitados por el rey Asha. Le gustaba conversar con sus compatriotas y evocar Tarsis, que aún llevaba grabada en el corazón.

Por su parte, Nórax y los otros se sentían a gusto en su compañía. La horrenda cicatriz de su cara, que al principio les había causado repulsión, se había vuelto casi invisible a sus ojos. Artaí les ayudó, les proporcionó camellos para cruzar las tierras desérticas y madera para reconstruir los barcos cuando alcanzasen el país del gran río Nilo.

La noche antes de partir de Kermah, Artaí llamó a Nórax a sus aposentos. Quería despedirse en privado. Sus estancias, cercanas a las del rey, eran habitaciones abiertas, con esteras y pieles tendidas a modo de alfombra. Artaí lo recibió solo. Ambos se sentaron sobre una piel de antílope y se apoyaron en grandes cojines de plumas. Al

principio conversaron de asuntos triviales, hasta que Nórax preguntó:

—¿Has podido averiguar algo más de Akálide?

—Sí. Hace unos días hablé con un mercader egipcio. Me dijo que en la corte de los hicsos no era una esclava, sino la amante del faraón Apofis. Curioso, ¿no? Un faraón con nombre de serpiente… ¿Qué relación había entre ellos? Si era su amante, no había razón para que abandonara Avaris, la capital. Y sin embargo la llevaron, o fue conducida, a Tarsis.

—Sí —apuntó Nórax, pensativo—. Puede que buscara algo allí…

Se quedó en silencio, sin terminar la frase. Trataba de adivinar qué podía querer aquella mujer en Tarsis.

—Akálide está enferma —añadió Artaí—. Tiene manchas en la piel. Cuentan que, cuando vivía en Kermah, realizaba un rito con la piedra negra. Colocaba el diamante en un altar expuesto al sol y, al contacto con la luz, su piel se volvía más clara, más brillante. Pero el diamante desapareció y ya no pudo repetir el ritual. Fue entonces cuando comenzaron a aparecerle esas manchas. Algunos dicen que es una enfermedad.

—Como la muestra ahora, aunque intenta cubrirse con afeites —recordó Nórax—. Si el diamante negro es una piedra de luz, seguramente curará las heridas del interior de la gente… —Calló de pronto. Su mente volvió a Hesperia. Y, sin pensarlo demasiado, le confió a Artaí—: Hay otra piedra parecida. No está en Tarsis, sino en la isla de Hesperia. Y no es negra.

—¿Cómo lo sabes?

El príncipe *góidel* dudó un instante. Se pasó una mano por la cabeza y, por primera vez en su vida, ante la mirada amable de Artaí, confesó:

—La he visto. Es un secreto del que no debes hablar. Estuve en Hesperia, el lugar prohibido. Vi esa gema maravillosa. Y Krysaor, el actual esposo de Akálide, también estuvo en la isla. Creo que ella lo buscó porque conoce los secretos de Hesperia.

Artaí se golpeó la frente con la palma de la mano, excitado, como si de pronto todo el misterio de Akálide encajara.

—¡Eso es lo que busca en Tarsis! ¡La piedra de luz! Hará lo que sea por conseguirla.

El silencio se abatió sobre ellos. Luego comenzaron a hacerse preguntas: ¿por qué deseaba tanto esa piedra? ¿Quién era en realidad Akálide? ¿Por qué buscaba el sufrimiento y los sacrificios? ¿Qué se ocultaba tras esa mujer? ¿Cómo detenerla? Durante un rato intercambiaron preguntas sin respuesta. Un velo oscuro se cernía sobre Akálide. Y cada vez resultaba más claro que tras ella se escondía algo profundamente peligroso.

Luego el silencio volvió a instalarse entre los dos. No era incómodo. Había algo compartido que los unía. Al fin, se despidieron dándose un fuerte abrazo y palmeándose las espaldas. Entre ellos se habían forjado fuertes lazos de fraternidad.

—Si alguna vez regresas a Tarsis, serás siempre bien recibido en mi casa… —le dijo Nórax.

Tras separarse, Nórax regresó a la estancia de adobe, al otro lado del palacio. Al entrar, oyó los ronquidos de sus compañeros. La tenue luz de una crátera con brasas dibujaba sombras suaves en las paredes. Se tumbó sobre las pieles y apoyó la cabeza en un cojín que olía a cuero curtido. No tardó en dormirse. En su sueño vio la gema de luz brillando sobre el altar de Atón, en Hesperia.

Se despertó poco antes del amanecer y, saliendo de la ciudad, se encaminó al lugar donde acampaban los suyos. Pronto se vio rodeado de los gritos de los camelleros y de los hombres que cargaban carromatos para la partida.

Quedaba poco para marchar cuando un nubio alto, armado con una lanza —uno de los hombres de la guardia del rey de Kush—, se acercó al campamento. Buscaba a Nórax: el rey deseaba hablar con el príncipe de los *góidel*.

Nórax se volvió hacia Kendal y le indicó que continuaran con los preparativos. Le aseguró que regresaría pronto. Kendal se despidió de él con una sombra de preocupación impresa en su rostro.

Cruzó las puertas de la ciudad, escoltado por el nubio. Era media mañana cuando llegó a los grandes portones del salón del trono. Al cabo, las hojas de bronce se abrieron. Sobre la jamuga cubierta con pieles de leopardo estaba sentado el rey Asha. Nórax se inclinó profundamente. A su lado distinguió el rostro deformado de Artaí, que le tradujo con solemnidad:

—Mi señor sabe que te diriges al norte, al gran reino de Egipto. Quiere enviarte con presentes para Apofis, el faraón en la ciudad de Avaris. Desea sellar un acuerdo y hacerle saber que el nomarca de Tebas, Infet, ha comenzado a atacar el país de Kush. Queremos su protección. Para ganarnos su favor, le entregarás estos presentes…

Mientras hablaba, unos sirvientes fueron depositando los regalos en el suelo, entre Nórax y el rey: colmillos de tres elefantes blancos, una vasija de oro repujado con la imagen del río sagrado, incienso de Punt, perlas de concha roja y plumas azules del ave que solo canta al amanecer. Después entraron otros con una gran caja de caoba, finamente labrada y decorada con jeroglíficos egipcios. El rey nubio la señaló con gravedad y Artaí tradujo:

—No debéis abrir esa caja hasta que lo ordene el propio faraón Apofis. Es una muestra de la buena voluntad del rey hacia él. Cuando la abra, entenderá de quién es partidario Asha.

Unos beduinos, encargados de custodiar los presentes, cargaron los objetos con cuidado mientras la guardia real escoltaba al grupo hasta el campamento. Allí, todo estaba ya dispuesto para la partida.

Colocaron los presentes del rey nubio destinados a Apofis sobre uno de los camellos, bien asegurados con cuerdas. Los bultos colgaban equilibradamente a ambos lados de la joroba, preparados para soportar el largo viaje por el desierto.

Artaí los siguió de lejos, como si quisiera acercarse una última vez, como si algo importante le hubiera quedado por decirle a Nórax. Pero no hubo ocasión. El tiempo apremiaba, y los hombres del rey no permitían que se quedaran a solas. Nórax, montado ya, acertó a ver, entre la gente y el polvo, las manos de Artaí agitándose en el aire, despidiéndose en silencio.

Enseguida, la comitiva emprendió la marcha. El sol estaba ya alto sobre el horizonte. La caravana avanzaba a buen ritmo. El calor era abrasador en la estepa arenosa, salpicada de plantas ralas de poca altura e interrumpida de tanto en tanto por farallones de piedra. Los *góidel* se cubrían con los finos tejidos de lana que habían adquirido en Kermah para intentar protegerse del sol inclemente.

Nórax observaba a los suyos: los marinos se habían convertido en beduinos del desierto. Escuchaba a Sedric quejarse del calor seco, riguroso, tan distinto del aire templado de las costas de Tarsis; y más atrás, a Feder y Kendal discutiendo.

—Ese dromedario cojea —refunfuñaba Feder—. Lo cambiaste por uno más fuerte y me dejaste el peor.

—¡El mío carga el doble que el tuyo! —respondía Kendal, tirando de las riendas—. Si se queja, que lo diga él.

Nórax sonrió apenas. Esa clase de riñas era señal de que el ánimo seguía entero.

Al caer la noche, se detuvieron a descansar. Descargaron los bultos de caballos y dromedarios y dieron de beber a los animales con agua almacenada en grandes ánforas.

Encendieron fuegos, se agruparon en torno a las llamas y compartieron cantos, bebida y comida. Así, un día y una noche, una vez tras otra. Aquello les hacía estar unidos, y un espíritu de camaradería recorría el campamento, aunque a veces la añoranza de Tarsis se colaba en sus corazones. Bajo un cielo límpido, titilaban miríadas de estrellas. Dormían al raso, junto a las mercancías, hasta que la aurora comenzaba a teñir el horizonte de tonos rosados y lilas.

Aquella mañana volvieron a cargar las monturas. Los dromedarios, con las patas dobladas bajo el cuerpo, se alzaban lentamente al ser azuzados por los beduinos. Estaban a punto de partir cuando Nórax advirtió un bulto oscuro, rezagado en la arena. Al acercarse, descubrieron que se trataba de la misteriosa caja del rey nubio.

Vociferó órdenes para que la cargaran de inmediato, pero los camelleros dudaban, visiblemente incómodos. Solo cuando los amenazó accedieron a levantarla y asegurarla sobre uno de los animales.

Intrigado, Nórax se dirigió al jefe de los beduinos y, con la ayuda de un intérprete, le preguntó por qué habían dejado atrás la caja y se negaban a obedecer.

—La caja… respira —respondió el jefe con seriedad, visiblemente asustado—. Hay un espíritu dentro.

Nórax, irritado, le gritó que aquello eran supersticiones absurdas. Luego dio la orden de reemprender la marcha sin más demora. Encargó a Sedric que vigilara la caja. Aquella noche Sedric durmió junto a ella, y en la oscuridad le pareció oír un sonido extraño, como si una lija o un cepillo frotara la madera desde dentro. A Nórax le habría gustado abrir el gran cofre de caoba, pero la prohibición del rey nubio pesaba sobre él.

Caballos y dromedarios subían y bajaban las lomas arenosas, entre cactus, plantas espinosas y arbustos bajos. Día tras día, el paisaje apenas variaba. Pero, al llegar más al norte, una sábana de acacias se abrió ante ellos y, bajo la luz perenne del sol africano, alcanzaron al fin las verdes y fértiles riberas del Nilo. Desde allí siguieron su curso hacia el norte, más allá de la primera catarata, donde el río se volvía navegable.

Permanecieron varios días en la orilla, reconstruyendo los barcos con la madera que habían desmontado antes de entrar en el país de Kush y la que Artaí les había suministrado. Pronto, las airosas naves volvieron a balancearse sobre las aguas del Nilo, con sus mascarones en forma de cabeza de toro, los trisqueles en las velas y los remos de pala ancha.

Se embarcaron de nuevo y se dejaron llevar por la corriente. La humedad del río les proporcionaba frescor y la navegación resultaba fácil tras las duras jornadas en alta mar y la extenuante travesía por el desierto. De pie en la proa, Nórax contemplaba al frente la corriente fluvial, cortada por la proa y flanqueada por juncos y

campos de cultivo, mientras más allá las doradas colinas del desierto brillaban bajo el sol.

Durante una de las jornadas, Sedric se acercó a Nórax y le comentó en voz baja:

—Durante todo el viaje por el Nilo, no ha salido ningún ruido de la gran caja de caoba.

—Si había algo vivo dentro —pensó Nórax en voz alta—, probablemente ha muerto por el calor y la sed del desierto.

Sin embargo, Sedric siguió observando la caja con prevención; aunque la luz clara del día disipaba todo misterio, no dejaba de mirarla con desconfianza.

Se detuvieron brevemente en Tebas. La ciudad, con sus altos pilonos y templos alineados junto al Nilo, dedicados al dios local Amón, se mostró esplendorosa ante ellos. Reinaba allí el nomarca Infet, leal en apariencia al dominio hicso, aunque bajo la superficie se percibía cierta tensión. Comerciantes y barqueros murmuraban su desagrado hacia el faraón Apofis, que rechazaba el culto a Amón e imponía el de dioses cananeos. Además, tal y como el rey nubio Asha les había advertido, no había buenas relaciones con el país de Kush, del que provenían, y la guardia del puerto registró los barcos. No permanecieron mucho tiempo: prefirieron evitar cualquier complicación en aquella ciudad donde las apariencias ocultaban fricciones latentes.

El curso del río los condujo a Abidos, la ciudad sagrada del dios Osiris, Señor de los Muertos, del Inframundo y de la Fertilidad. Allí se alzaban antiguos templos y túmulos funerarios, con muros de piedra grabados con relieves que narraban el mito del dios descuartizado y resucitado. Dejaron Menfis atrás, en la ribera occidental del río, y divisaron a lo lejos las majestuosas pirámides que dominaban la llanura desde lo alto de la meseta de Gizeh.

Por fin, descendieron hasta alcanzar el delta, donde se mostraba bajo el cielo intensamente azul la capital de los hicsos: Avaris. Solo sabían que allí reinaba Apofis, un faraón con nombre de serpiente.

Avaris

Avaris, capital hicsa del reino egipcio del norte,
primavera-verano de 1586 a. C.

La corriente del Nilo los condujo hasta una vasta llanura donde el río comenzaba a dividirse en brazos y canales que se perdían entre marismas. Era una región palpitante de vida: las garzas blancas y los ibis se alzaban en bandadas, y los juncos se mecían al compás del agua. Allí, emergiendo como un espejismo entre las brumas del delta, apareció Avaris.

Al principio solo distinguieron murallas de adobe doradas por el sol del mediodía, bajas y anchas, que se extendían como una serpiente dormida junto a los canales. Pero, a medida que las naves avanzaban, lo que era un contorno difuso se convirtió en una ciudad viva y palpitante. Avaris se desplegaba en terrazas anchas, entre lagunas, diques y dársenas rebosantes de barcazas. Un bullicio constante de gritos, martillos, cánticos y mugidos les llegó desde los muelles. El aire olía a barro cocido, a grano molido, a especias, a sudor y a animales.

Las casas eran rectangulares, algunas de varios pisos, encaladas o pintadas de ocre y rojo. Era una ciudad mestiza en la que se mezclaban los estilos locales con los cananeos. Las casas egipcias mostraban una zona central externa que se elevaba con celosías por donde entraría la luz al interior. Las casas cananeas de Avaris se distinguían de las egipcias. A Nórax le sorprendió su forma: construcciones modestas pero sólidas, dispuestas en bloques

irregulares que conformaban entre ellas patios de tierra batida y angostos callejones sin nombre.

Los templos, dedicados a deidades tanto egipcias como extranjeras, presentaban estructuras rectangulares con patios abiertos y salas de columnas, aunque no alcanzaban la monumentalidad de los templos que habían divisado en Tebas desde el puerto.

Nórax sintió el timón vibrar bajo sus manos. No estaban solamente en una ciudad egipcia al uso, sino en el corazón del dominio de los hicsos, los reyes pastores, que procedían de las tierras de Canaán.

El palacio del faraón Apofis se alzaba sobre un promontorio artificial, en el centro de la ciudad, rodeado de muros con relieves de tormentas y toros. Más allá, hacia el norte, se veían los establos de caballos y los depósitos de grano que abastecían al ejército del faraón.

La mezcla era vertiginosa: estandartes egipcios ondeaban junto a pendones de Asia. Músicos tocaban liras semíticas, mientras jóvenes esclavas libias bailaban para los mercaderes cretenses. Se hablaban muchas lenguas, se adoraban muchos dioses, se comerciaba con todo.

Para Nórax y sus compañeros, Avaris no era solo una ciudad: era un cruce de caminos, el crisol del levante. Y, detrás de su esplendor húmedo y mediterráneo, había un temblor de hierro y poder.

La ciudad los envolvió como una marea viva en cuanto dejaron atrás el muelle. Nórax lideraba al grupo, formado por los fieles, Feder, Sedric y Kendal, varios capitanes más y los porteadores de los regalos destinados al faraón. Se dirigieron hacia el palacio de Apofis entre callejones laberínticos donde los aromas del pan recién cocido, el estiércol caliente y las resinas de incienso confluían en una nube sofocante. Multitudes de gentes de rostro oscuro y narices aguileñas se cruzaban con ellos: egipcios del delta, pastores semitas, barbudos comerciantes cananeos, mujeres veladas con cestas de dátiles sobre la cabeza. Se hablaba en idiomas que ninguno de ellos entendía del

todo: gritos en egipcio, en acadio, en una lengua gutural y quebrada que quizá era la de Canaán.

El sol golpeaba las fachadas de adobe encalado. En algunas casas flameaban estandartes con toros y discos solares; en otras colgaban tapices púrpura o pieles de cabra secándose. Atravesaron un mercado donde las aceitunas se almacenaban en cántaros, los lingotes de cobre pesaban como ladrillos y los niños perseguían gallinas entre las patas de los burros.

Tras cruzar un canal por un puente de madera, llegaron por fin a una avenida procesional. Era más ancha, flanqueada por árboles de tamarisco y estatuas de leones tallados en basalto. Al fondo se alzaba el palacio del faraón Apofis, Señor de los Tronos de Egipto.

Nada en él tenía la sobriedad de Tebas ni la simetría monumental de Menfis. Este era un palacio asiático en alma y egipcio en apariencia: un complejo de patios amurallados, portones con torres cuadradas y relieves de guerreros en carros. Las paredes exteriores estaban cubiertas de estuco rojizo, pintadas con escenas de batallas donde el rey —de piel clara, ojos almendrados y barba trenzada— vencía a enemigos de rasgos egipcios. El mensaje era claro.

Los hicieron esperar en una antesala con columnas de madera pintadas de azul y oro. En el interior, el aire estaba perfumado con mirra y loto. Las paredes aparecían decoradas con frescos sorprendentes: toros saltando, delfines, olas del mar. Nórax los miró extrañado. No eran egipcios. Eran cretenses. Había oído hablar de ese pueblo del mar. El palacio del rey Apofis era una encrucijada de culturas: Asia, Egipto, el Egeo.

Finalmente fueron conducidos a la sala del trono: un espacio rectangular, oscuro y solemne donde el incienso colgaba en volutas azuladas desde pebeteros de bronce. El techo, alto y hundido en penumbra, descansaba sobre columnas de loto cuyas corolas pintadas de azul y oro se abrían hacia arriba como para sostener un cielo invisible. La luz entraba a través de pequeñas aberturas altas y caía en haces que parecían deliberadamente dispuestos para iluminar el trono y oscurecer todo lo demás.

El estrado de piedra se alzaba al fondo, ligeramente elevado, y sobre él, entre nubes de mirra y sándalo, se sentaba el faraón Apofis, Señor de las Dos Tierras, elegido de los dioses, destructor de enemigos.

Vestía lino blanco como la sal del desierto, tan fino que parecía agua. El tocado de guerra le cubría la cabeza: un casco de cuero reforzado, con un ureo de cobre enroscado en la frente y cuya mirada vacía parecía fijarse en los recién llegados con una amenaza silenciosa. Sus ojos, delineados en negro con kohl, brillaban bajo las cejas como hojas de obsidiana. No era joven, pero tampoco un anciano. Las mejillas, secas como papiro viejo, mostraban las marcas del tiempo y de la sospecha, pero su mirada tenía un filo de acero, como la de un halcón en espera del momento de atacar.

Detrás del faraón se alzaba una enorme estatua del dios Apofis, la gran serpiente del inframundo, patrono oscuro del monarca hicso que llevaba su nombre. La figura colosal parecía emerger de las sombras, con ojos inmóviles que infundían un temor antiguo. Nórax y sus compañeros se sintieron sobrecogidos ante aquella presencia silenciosa y ominosa, como si algo ancestral los estuviera observando desde el más allá. A ambos lados del salón, soldados armados con hachas de bronce montaban guardia. El silencio pesaba como una losa.

Nórax no habló. Nadie lo hizo. El silencio era el umbral del juicio. Y entonces el rey, sin mover un solo músculo, pronunció unas palabras en una lengua similar al tartesio que los *góidel* lograron comprender:

—Hablad, hombres del mar. ¿Sois mercaderes o mensajeros de otros reinos?

Nórax alzó con orgullo la cabeza mientras decía:

—Somos *góidel,* procedemos de la lejana Tarsis.

A continuación Nórax le relató el prolongado camino que habían recorrido hasta llegar a la capital de los hicsos: la dilatada travesía por el mar, los desiertos, la ruta por el Nilo.

Las cejas de Apofis se elevaron y sus ojos se llenaron de asombro ante la epopeya realizada por aquellos hombres.

Finalmente, Nórax concluyó:

—Os traemos presentes del país de los nubios. Su rey Asha os entrega…

Nórax alzó las manos y dio una palmada. De inmediato entró un grupo de beduinos portando los presentes: el marfil, la vasija de oro, el incienso de Punt, las perlas de concha roja y las plumas azules del ave que solo canta al amanecer.

En último lugar, Sedric y Feder aparecieron cargando sobre unas angarillas la gran arca de caoba: el cofre que no debía ser abierto sino en presencia del faraón Apofis.

Al ver el arca imponente, el faraón esbozó una sonrisa torcida:

—Traéis ricos presentes —exclamó con voz grave—, pero el que más me complace sin duda es el que contiene ese cofre de caoba… Un presente que no es para mí, sino para el dios Apofis, Señor de la Sombra.

El faraón se levantó con gran dignidad y, en lengua cananea, dio una orden. Su trono real se retiró lentamente, revelando detrás de él la figura del dios serpiente: un ofidio gigantesco tallado en basalto negro, enroscado en siete vueltas monstruosas y con la cabeza erguida hacia el cielo. Solo entonces, al desaparecer el trono, quedó expuesta en toda su amenaza la colosal imagen del dios Apofis.

Medía más de diez codos desde la base hasta la punta de su mandíbula abierta. Su piel estaba cubierta de escamas angulosas, talladas en relieve como hojas de obsidiana. La boca se abría en un rictus de furia eterna, con colmillos del tamaño de lanzas. La lengua bífida, sinuosa, se proyectaba como una curva de mármol rojo y los ojos —incrustaciones de lapislázuli y hematites— brillaban con luz propia, fijos en algo que parecía estar más allá del horizonte visible.

El cuerpo de la bestia se enroscaba sobre un pedestal decorado con escenas de una batalla celeste: el dios solar Atón Ra sobre su barca, lanzando rayos de fuego contra la criatura. En los laterales, sacerdotes egipcios portaban cuchillos rituales y pronunciaban

fórmulas mágicas mientras escupían sobre imágenes de serpientes más pequeñas.

Pero esta estatua no era una condena. Era una glorificación. La inscripción al pie, en jeroglíficos tallados profundamente, lo dejaba claro: «Apofis, Señor de la Sombra, aquel cuyo aliento desgarra el orden. El que derribará el ciclo del día. Aquel que no puede ser matado».

Nórax y los otros *góidel* se sintieron confusos porque para ellos, adoradores de Atón, aquella estatua era blasfema. Los egipcios ortodoxos la habrían destruido. Pero allí, en Avaris, ciudad de mezcla de culturas y en manos de un poder extranjero, Apofis era símbolo de soberanía oscura, de dominio a través del miedo. El faraón hicso, Apofis, no solo tomaba su nombre de esa criatura: esculpía su imagen y la levantaba como un desafío al antiguo Egipto de dinastías pasadas.

Nórax sintió que el aire alrededor vibraba. Aquella no era una estatua para adorar: era una advertencia. Un talismán de terror convertido en emblema de poder. Entonces el faraón se inclinó profundamente ante el dios. Después se levantó y pronunció unas palabras semitas que no comprendieron, pero que sonaban de modo parecido a *betulá*.

Las puertas del salón se abrieron y dos guardias condujeron a una joven doncella ante el faraón. Era casi una niña, posiblemente virgen. Su rostro, fino y ovalado, mostraba una expresión confiada. No era muy alta, y su figura delgada, con el pecho apenas en flor, estaba cubierta por una túnica de un blanco inmaculado. El cabello largo y castaño le caía suelto por la espalda.

El faraón le sonrió con amabilidad y con un gesto pausado le indicó que se acercara al gran cofre de caoba que había sido depositado en el centro de la sala. La sombra de la colosal estatua de la serpiente lo envolvía, bloqueando la escasa luz que se filtraba entre las columnas. La oscuridad parecía emanar del mismo dios al que representaba.

La niña, sin mostrar temor, se inclinó hacia el cofre. Con cierto esfuerzo logró abrir el cierre y comenzó a levantar la tapa. Mientras lo hacía, se oyó un roce desde el interior, como si algo pasara un cepillo contra la madera. La niña se incorporó asustada, pero no retrocedió.

En medio del silencio se oyó un golpe sordo, leve pero inconfundible, como si algo pesado hubiera cambiado de posición dentro del cofre. Cuando la niña alzó por completo la tapa, al principio solo vio oscuridad…, hasta que distinguió, en el fondo, dos curvas suaves que se movían con lentitud, como un músculo dormido que empezó a despertar.

De pronto una enorme cabeza surgió del interior del cofre: unas mandíbulas abiertas que apresaron a la niña y se clavaron en su hombro. Ella gritó horrorizada. Una enorme serpiente pitón había lanzado un mordisco brutal con su poderosa mandíbula, dotada de dientes curvados hacia atrás. No la mató al instante, sino que la aferró, anclándola. Con un movimiento inmediato, la serpiente enrolló su cuerpo musculoso alrededor de la víctima. Cada vez que la niña intentaba respirar, la pitón apretaba más, impidiendo que volviese a inhalar. En unos pocos instantes, la víctima falleció por asfixia, aunque su cuerpo siguió moviéndose por puro reflejo durante unos instantes más.

Los *góidel,* Nórax, Feder, Sedric y los demás, se llevaron instintivamente las manos a sus cinturas para desenvainar los puñales y defender a la niña, pero los guardias de Apofis los rodearon de inmediato para impedirles cualquier movimiento. El sacrificio inhumano se consumó ante sus ojos. Feder lanzó un grito de furia mientras forcejeaba con los brazos inmovilizados. Sedric se quedó paralizado, el rostro lívido, incapaz de apartar la vista del horror. Kendal murmuró una plegaria entre dientes, con los ojos cerrados y los puños apretados. Nórax, rígido como una estatua, respiraba con dificultad, con la mirada fija en la serpiente.

El animal desencajó la mandíbula y comenzó a engullir a la víctima, deslizándola lentamente hacia el interior de su cuerpo. El

cadáver desaparecía palmo a palmo entre los anillos del monstruo consumando un ritual sin sangre, sin gloria, marcado únicamente por el hambre del enorme reptil, encerrado en aquel cajón durante semanas.

El faraón, a un lado, sonrió con perversa satisfacción. Observaba con deleite, como si la voluntad del monstruo fuera también la suya, como si en la serpiente viera un reflejo de su propio poder. Cuando el reptil terminó, un gran bulto se dibujó en su interior: el cuerpo de la víctima perceptible bajo su piel tensa.

Apofis dio una orden y los sirvientes cubrieron a la serpiente con paja. En la oscuridad, la bestia, ahíta de comida, permaneció completamente inmóvil, entregada a la lenta digestión de su presa. En el gran salón del trono solo quedaba un montículo en el que se adivinaba la forma de lo ocurrido.

Entonces comenzaron los cánticos rituales. Voces monótonas y profundas resonaron en las columnas del palacio. Cuando llegaron al clímax, todos gritaron el nombre del faraón: Apofis, el Señor de la Sombra, el que nunca muere.

En ese instante la paja fue rociada con aceites aromáticos y uno de los sacerdotes le prendió fuego. La llama se alzó con un chasquido seco y la pira ardió con violencia. La serpiente y su víctima fueron consumidas por las llamas mientras el humo espeso se elevaba hacia lo alto, como si llevara consigo un tributo oscuro a un dios insaciable.

Había sido el gran sacrificio a Apofis, Señor de la Sombra. Nórax y sus compañeros permanecieron inmóviles, horrorizados por lo que acababan de presenciar. El hedor a carne quemada flotaba en el aire, y las últimas brasas chisporroteaban mientras el humo ascendía como un velo oscuro. A pesar del espanto que se leía en sus rostros, eran conscientes de que la misión que les había encomendado el rey nubio debía completarse.

El faraón, complacido, se volvió hacia ellos justo cuando las llamas alcanzaban el techo de la gran sala.

—¡Habéis traído a Apofis un sacrificio digno de su poder! Os estoy agradecido, y también a Asha, rey de los nubios. Asha ha demostrado de parte de quién está: de la serpiente…

Los *góidel* no respondieron. Seguían tensos, como si aún esperaran despertar de una pesadilla.

—Asha desea advertiros sobre los tebanos —se aventuró a decir al fin Nórax con voz medida, rompiendo el silencio—. Amenazan con asolar el reino kushita. Quieren protección.

Apofis asintió lentamente, con una sonrisa que parecía más bien una mueca.

—Así se hará —respondió con tono seguro y, tras una pausa, los miró con un brillo de interés en los ojos—. Y vosotros ¿qué deseáis de mí?

Nórax miró a sus compañeros. En cada rostro se leía el espanto, aún fresco, aún punzante. Pero su voz no tembló al responder.

—Solo queremos partir. Regresar a nuestra tierra natal.

El faraón abrió los brazos en un gesto magnánimo.

—Podéis proseguir vuestro viaje cuando lo deseéis. Daré órdenes para que se os facilite el camino hasta vuestra patria.

No lo dudaron. Nórax y sus compañeros abandonaron el salón del trono con el alma encogida. No hubo palabras, solo miradas sombrías y pasos rápidos, cada vez más acelerados, huyendo de la atrocidad que habían presenciado. Atravesaron de nuevo los callejones de Avaris, en los que parecía flotar el humo del sacrificio, y regresaron al puerto fluvial. Allí se embarcaron en silencio, como si dejar Egipto fuera en sí mismo un acto de purificación.

Mientras cruzaban los ramales del delta, el recuerdo de lo vivido se hacía más intenso. El rostro de la niña, los cantos, la serpiente que devoraba en nombre de un dios oscuro quedaban atrás…, pero no en el olvido. Nórax, apoyado en el timón, sentía el peso de cada etapa del viaje: la larga travesía bordeando África, los intercambios con los pueblos costeros, la hospitalidad de Artaí en el reino nubio, donde había conocido los secretos de Akálide… Y, al final de ese trayecto, la sombra de Apofis y la sangre invisible de Avaris.

Huían. Huían de la crueldad sin alma que habían contemplado, de la soberbia de un faraón que se creía inmortal, del monstruo reptil que encarnaba su poder. Buscaban algo más: la tierra de sus padres, la justicia del buen rey Gerión.

Las naves se deslizaron hacia el norte, cruzando el Mediterráneo. Buenos vientos y suaves brisas los condujeron, desplazándose en una navegación de cabotaje, por las costas del norte del Mediterráneo. En una travesía tranquila, bordearon islas y promontorios y pasaron por la Hélade y por Creta, tierras donde vibraban antiguos mitos. Atravesaron el estrecho de Mesina y, después, viraron hacia el sur.

Volvieron a ver, en la distancia, la costa norte de África. Enfilaron ya las columnas de Melkart, las puertas del regreso. Más allá, al fin, les esperaba su tierra. Y la memoria, que no cesa.

Tercer papiro
El esplendor de Tarsis

«… los habitantes construyeron templos, palacios, puertos, dársenas para las naves, y embellecieron toda la isla en la forma siguiente: Comenzaron por echar puentes sobre los fosos circulares, que llenaba la mar, y que rodeaban la antigua metrópoli, poniendo así en comunicación la estancia real con el resto de la isla.

»A partir desde el mar abrieron un canal de tres arpentos de ancho, de cien pies de profundidad y de una extensión de cincuenta estadios, que iba a parar al recinto exterior; hicieron de suerte que las embarcaciones que viniesen del mar pudiesen entrar allí como en un puerto, disponiendo la embocadura de modo que las más grandes naves pudiesen entrar sin dificultad […]

»[…] los cercos de tierra separaban los cercos de mar, al lado de los puentes.

»El mayor cerco, el que comunicaba directamente con el mar, tenía de ancho tres estadios, y el de tierra contiguo tenía las mismas dimensiones. De los dos cercos siguientes, el del mar tenía dos estadios de ancho, y el de tierra tenía las mismas dimensiones que el precedente. En fin, el que rodeaba inmediatamente la isla interior, tenía de ancho un estadio solamente.

»En cuanto a la isla interior misma, donde se ostentaba el palacio de los reyes, su diámetro era de cinco estadios. El ámbito de esta isla, los recintos y el puerto de los tres arpentos de ancho, todo estaba revestido en derredor con un muro de piedra. Construyeron torres y puertas a la cabeza de los puentes y a la entrada de las bóvedas, por donde pasaba el mar. Para llevar a cabo todas estas diversas obras, arrancaron alrededor de la isla interior y en cada lado de las murallas, piedras blancas, negras y encarnadas.

»Cubrieron de bronce, a manera de barniz, el muro del cerco exterior en toda su extensión; de estaño, el segundo recinto; y la Acrópolis misma, de oricalco, que relumbraba como el fuego».

PLATÓN, La República (siglos V-IV a. C.)[1]

[1] Platón, *Obras completas*. Tomo 6. Traducción de Patricio de Azcárate, Medina y Navarro, 1872.

El cambio en Tarsis

Tarsis, otoño de 1586 a. C.

Habían trascurrido tres años desde la partida de Tarsis, cuando Nórax y sus compañeros regresaron. Para entrar en el estuario, debían acercarse a Hesperia, rodeándola para alcanzar el puerto. Nórax, sin poderlo evitar, dirigió el barco todo lo que pudo hacia el lugar donde un día había luchado con un dragón que ahora ya no existía. Mientras intentaba divisar a aquella a la que no podía olvidar, sentía una añoranza íntima, un dolor intenso.

En las playas de la isla, blancas y resplandecientes, brillaban puntos plateados: las lorigas de las guardianas, muchas más de las que habría vislumbrado años atrás. A Nórax le sorprendió ver tantas en la costa. Además, alrededor de los arrecifes observó algunos barcos reales patrullando, al parecer, protegiendo la isla.

Desde lo alto de uno de los acantilados de Hesperia, una mujer de ojos ambarinos y cabello castaño vigilaba el paso de las naves, buscando las que llevaban el símbolo *góidel*. Habían transcurrido varios años sin verlas, y ahora, al divisar la marca del trisquel, sintió que algo se estremecía dentro de sí. Él había regresado.

En el otro lado de la costa, desde una atalaya en Tarsis, como un faro, cercana al puerto, los vigías tartesios divisaron también el trisquel en las velas *góidel* e hicieron sonar las trompetas anunciando la llegada de la flota, a la que muchos consideraban perdida. Al difundirse la noticia de que los barcos *góidel,* que años atrás habían zarpado para la gran travesía africana, enfilaban el

puerto, las gentes bajaron hasta los muelles y abarrotaron los diques.

Cuando atracaron, la multitud prorrumpió en gritos de asombro, exclamaciones de júbilo y aplausos. Pronto toda la ciudad se hizo eco de la hazaña. Habían salido muchos más barcos de los que regresaban, porque algunos se habían perdido en el camino, pero las bodegas de los que habían alcanzado Tarsis estaban rebosantes de riquezas.

Entre la multitud que aguardaba en el muelle, Cidón, el administrador de los *góidel,* salió también a recibirlos. Nórax lo avistó desde la borda, y le sorprendió el cambio sufrido por el administrador. No había pasado tanto tiempo, pero lo notó distinto: la piel más curtida y con manchas del sol, los párpados caídos que sombreaban unas pupilas oscuras, el cabello negro entreverado de canas, despeinado como siempre. Solo su sonrisa seguía siendo la misma: amable, desdentada, bajo una nariz torcida y aguileña. Cuando Nórax saltó a tierra, Cidón inclinó la cabeza ante su señor. Su expresión no era alegre, sino de tristeza, pero Nórax no lo advirtió y, lleno de contento por el regreso a casa, lo abrazó.

Muchas cosas habían ocurrido en aquellos años. Cidón le dio la penosa noticia de que su madre había muerto. Nórax se abrazó a él con dolor y le preguntó cómo había sido. La matrona había contraído unas fiebres y durante el sueño deliraba suspirando por su hijo, a quien consideraba muerto. Nórax bajó la cabeza, apenado, y guardó silencio.

Comenzaron el lento ascenso por las calles; en el camino, Nórax le preguntó por su padre, pero Cidón, tras mirar a un lado y a otro porque estaban rodeados de gente, bajó la voz y sin darle demasiados detalles le anunció que aún vivía.

Al llegar a casa, Cidón condujo a Nórax hasta una cámara aislada de todos en donde, cuidado por una fiel sirvienta, el patriarca de los *góidel* yacía en su lecho. Argón reconoció a Nórax, y lloró al verlo, pero al poco su mente se abismó, ajena a todo, aunque durante algún tiempo mantuvo una expresión de alegría en el semblante.

Nórax lo abrazó e intentó mantener una conversación con él para contarle sus viajes, pero, aunque unas veces parecía atenderle, lo cierto es que por momentos estaba completamente ausente.

Cidón ordenó a la sirvienta que cerrase la puerta de la estancia y que se fuese. Cuando esta salió, Cidón le previno:

—No debéis hablar de lo que sucede a vuestro padre, mi señor.

—¿Por qué?

—Hay sacrificios… sacrificios humanos. Todo lo que no es perfecto debe ser exterminado. Los niños con defectos y los dementes son sacrificados a la Diosa de las Serpientes.

—¿Cómo puede consentirlo Gerión?

—Gerión ya no es el rey de Tarsis.

—¿Ha muerto?

Cidón afirmó con la cabeza con aire misterioso. Cuando le preguntó por cuál de sus hijos había sido sustituido, torció la cara y le contestó:

—Están muertos o han desaparecido. Y no solo ellos, sino que todos los que hubieran tenido aspiraciones al trono han sufrido extraños accidentes o han muerto en circunstancias dudosas. La familia del nuevo rey no entronca con la del patriarca Tarsis…

—¿Quién? —le preguntó sorprendido.

—Un viejo amigo vuestro, mi señor: Krysaor, de la estirpe de Túbal. Akálide es ahora la reina.

Nórax se horrorizó al enfrentarse con lo peor que jamás habría podido imaginar; ahora comprendía con claridad lo que Krysaor y Akálide habían estado tramando. No tenían conciencia, y dejaban tras de sí una estela de crímenes y corrupción. Con el rostro crispado por el horror, recordó lo que había descubierto en el país de Kush sobre aquella mujer. La revelación era un golpe devastador; las noticias no podían ser más desastrosas.

—¿Cómo? ¿Cómo es posible?

Cidón pasó a explicarle lo sucedido en los últimos tiempos, cuando Nórax estaba lejos.

—Ocurrió hace unos meses, poco después del solsticio de verano. Se organizó una conjura y, en un golpe de mano muy hábil, los fieles a Krysaor ocuparon el palacio del rey Gerión. Él se hizo proclamar rey con el apoyo de sus partidarios. Tiene mucho oro, y compra voluntades. Muchos se han pasado a su bando. Se dice que asesinó al rey y mató o esclavizó a la familia real.

—¿A todos?

—No. —Cidón bajó la voz—. Logré salvar a algunos de los niños y los he ocultado en lugares seguros. Akálide quería sacrificarlos a la diosa, y de hecho mató a muchos.

Argón se incorporó de la cama y gritó: «Los salvó, los salvó, salvó a los niños». Aunque estaban solos, Cidón miró a los lados y le ordenó callar. Argón cruzó las manos sobre el pecho y se tumbó hacia atrás, obediente. Después Cidón le contó a Nórax dónde los había escondido. A Nórax le interesaba sobre todo uno, el hijo de Eglea. Aquel muchacho especial no debía tener relación con alguien tan peligroso como Akálide. El sirviente le aseguró que estaba a salvo.

—Has hecho bien, buen Cidón. La casa *góidel* le protegerá siempre; proporciónale todo lo que necesite.

—Así se ha hecho.

—¿Y el consejo? ¿No se opuso?

—El consejo ya no existe como lo conocíais. Fueron amenazados y se dispersaron. Algunos intentaron resistir, pero murieron. La versión oficial es que se suicidaron. No creo ni por un instante que fuera así. Los que quedan son solo esbirros de Krysaor, la mayoría de la casa de Túbal, reunidos para acatar sus inicuas leyes. Ya no se adora al dios Atón, y muchos han muerto por defender el antiguo culto.

—¿Cómo ha sido capaz de cambiar las costumbres?

—Tiene oro, manipula a las gentes. Y ella es terrible, practica una magia negra y es capaz de atraer las voluntades. Ambos odian al dios solar. No comprendo por qué albergan tanto odio en su corazón.

Nórax calló pensando que quizá solo él conocía todos los motivos de aquel odio. Sin embargo, Krysaor no siempre había sido un hombre perverso; posiblemente ella, de algún modo siniestro, lo había atrapado, sometiéndolo a su voluntad por completo.

—Poco a poco lo ha ido transformando todo —continuó Cidón con amargura—. Al principio decretó que se podía adorar a cualquier dios. Lo justificó afirmando que honrar a uno solo era cosa de reyes tiránicos y tiempos pasados. Comenzaron a adorarse deidades e ídolos de los pueblos de la meseta y las islas: Belenus, Ataegina, Epona, Lug, Bandúa, Navia… Pero en realidad todo era una excusa, y Akálide pronto derivó toda la superstición a ese Cándamo extraño, mitad toro, mitad serpiente, y, junto a él, a la diosa serpiente. Los adoradores de la diosa salieron de las cuevas donde antes oficiaban en secreto y empezaron a sacrificar animales blancos, sin mancha, a plena luz del día, en las plazas. Ahora ha ordenado que todos los niños con algún defecto, los lisiados y dementes sean sacrificados a la diosa, porque no quiere nada feo, nada tarado en la ciudad. Por eso hemos ocultado la situación de vuestro padre…

Nórax miró a su padre, el hombre que una vez fue su compañero de juegos en la infancia, el valiente y decidido hombre maduro de su juventud y el marino endurecido por los años antes de su viaje a las Casitérides. Ahora, frente a él, solo veía una sombra de lo que fue, frágil y desvalido. Un nudo se le formó en la garganta. La vulnerabilidad del ahora prematuramente anciano despertó en él un torrente de afecto filial. Con suavidad, colocó la mano en la frente del anciano y luego se inclinó para hablarle, deseando compartir con él todos los lugares que había recorrido.

Pero su padre no lo reconocía. En un momento desgarrador, el anciano se incorporó, quiso arrodillarse ante él, llorando, y lo llamó Gerión. El joven marino, con el corazón roto, lo abrazó, lo levantó del suelo y lo ayudó a recostarse de nuevo. Justo entonces un destello de lucidez cruzó los ojos del anciano y, por un breve instante, pareció reconocer a su hijo. Pero la claridad se desvaneció y Argón volvió a perderse en la oscuridad de la demencia.

Nórax cerró la puerta con un golpe seco y se volvió hacia la pared contigua, descargando su furia con un puñetazo. Luego entró en el patio central, donde los últimos rayos del sol se filtraban por el techo de alabastro, y gritó con desesperación:

—¿Por qué me quitas lo que más quiero? Mi madre, mi padre, ella…

Cidón, a su lado, permanecía en silencio. Nórax se alejó del fiel sirviente, tal vez avergonzado por haber mostrado tan claramente sus sentimientos. Intentando recuperar la compostura, se dirigió al jardín de la casa, descuidado desde hace tiempo, donde había un pozo, y se sentó en el lecho. No pudo dormir en toda la noche. A veces le parecía que iba a hacerlo, pero los pensamientos dolorosos regresaban a él, y el miedo a un futuro adverso le atenazaba el alma. La noche tornaba los pensamientos sombríos en pensamientos negros.

La luz del amanecer se coló entre las columnas del peristilo que antecedían a su alcoba; un haz de luz blanca pareció calentarle el espíritu, entumecido por las oscuras ideas de la noche.

Se lavó en una jofaina y cruzó el patio hasta una sala que hacía de comedor, donde bebió leche fermentada y tomó fruta. Entró un emisario con un mensaje de la casa real: el rey Krysaor quería ver a su buen amigo Nórax, el héroe que había circunnavegado el gran continente africano, al mediodía. Nórax se llenó de temor y preocupación. Aún disponía de tiempo antes de reunirse con el nuevo rey; respiró hondo y se dijo a sí mismo que debía serenarse. Ordenó a Cidón que preparara unos presentes para el rey con lo traído del largo viaje.

Como aún era temprano, decidió ir al puerto; necesitaba hablar con Kendal. Dio un rodeo por una calle poco frecuentada porque no quería encontrarse a nadie que le preguntase por el viaje. Sus pasos lo condujeron frente a las ruinas de lo que una vez fue un hermoso palacio. Aquel lugar había sido presa de un pavoroso incendio. Las piedras estaban ennegrecidas y solo se distinguía, sobre el portalón de entrada, el emblema de la casa de Madai. Comprendió que

aquella solo podía ser la casa de Artaí, y el recuerdo del rostro desfigurado de su amigo se le vino a la mente. La casa quemada semejaba un espectro de lo que fue. Las ruinas negras y calcinadas hablaban del dolor de aquel a quien había llegado a considerar un hermano. Nórax se llenó de inquietud: los que habían desencadenado tal tragedia eran quienes ahora gobernaban Tarsis.

Una vez en el puerto, se dirigió a la casa de Kendal, desde donde se divisaban la bocana y las naves balanceándose en las dársenas. Kendal estaba aún descargando mercancías del viaje africano. Junto a él, su padre, agachado, examinaba lo que su hijo había traído en el barco de la familia, orgulloso de la hazaña lograda. Al notar que Nórax se acercaba, ambos se incorporaron y salieron a su encuentro.

Fue bien recibido, pero enseguida Kendal notó su inquietud y comprendió que deseaba hablar con él a solas. Se sentaron aparte en el muelle y entonces Nórax le relató todo lo que sabía de Akálide por Artaí. Kendal ahondó en el tema para comentar lo que estaba sucediendo.

—Anoche mi padre me contó cosas terribles. Muchos han muerto. Él intenta salir a navegar y mantenerse lejos de la ciudad. Sin embargo, también dice que Krysaor tiene sus caprichos. Se comenta que a algunos les permite hacer lo que quieran mientras que a otros los condena por cualquier fruslería. Tiene sus preferencias; hay gente a la que respeta. Él fue tu amigo. Erais como hermanos…

Nórax se quedó pensativo. Krysaor era impredecible, y tal vez quisiera vengarse de aquel tiempo en que, siendo capitán de La Estrella del Ocaso, él se sintió humillado. Pero también le debía la vida. El problema era Akálide.

—¿Y ella? ¿Akálide?

—Dicen que lo domina, pero al parecer no del todo. Quizá te respete.

Nórax protestó; no las tenía todas consigo. A Kendal le pareció bien que llevara presentes porque es lo que habría hecho si el rey siguiera siendo Gerión. Discutieron un rato, sopesando lo que podría ocurrir, pero el sol seguía elevándose y se acercaba la hora de la

audiencia real. Nórax se despidió de Kendal, que le animó con un gesto de apoyo. Se dieron la mano derecha como símbolo de amistad.

Nórax subió por las calles a paso rápido en dirección a la acrópolis de la ciudad. En el palacio *góidel* le esperaban algunos criados con los presentes destinados a Krysaor; les hizo un gesto y le siguieron. La comitiva se dirigió al palacio real mientras la sensación de desasosiego en Nórax iba incrementándose conforme se acercaban.

El príncipe *góidel* cruzó la puerta monumental del palacio, flanqueada por columnas pintadas de rojo y adornadas con frescos de toros y hermosos relieves geométricos. A cada lado de la gran puerta, dos soldados que montaban guardia cruzaron sus lanzas para impedirle el paso. Solo cuando Nórax mostró el mensaje real lo dejaron pasar. Un chambelán los escoltó, caminando delante de ellos para guiarlos por los intrincados corredores y pasillos, ricamente decorados con frescos de escenas naturales y ceremoniales.

Atravesaron el gran patio central, un amplio espacio abierto rodeado de columnas donde en tiempos de Gerión se celebraban ceremonias y danzas. La luz del sol filtrándose entre las columnas creaba un juego de sombras que acentuaba la majestuosidad del lugar. Después subieron por una amplia escalinata de mármol, sus pasos resonando en el silencio solemne del palacio.

Pasaron por varias salas intermedias, cada una más lujosamente decorada que la anterior, con suelos de mosaico y paredes cubiertas de frescos que narraban historias de héroes y dioses. Finalmente llegaron al gran salón del Laber, una vasta estancia adornada con hachas de doble hoja que simbolizaban la justicia emanada del poder real. Esta cámara, con su techo alto y sus muros decorados, era la antesala del salón del trono; la puerta de acceso a él estaba cerrada.

Allí esperaron a ser recibidos. Nórax, intentando serenarse, recordó los tiempos en que él y Krysaor eran niños y jugaban por las calles de la ciudad. Sin embargo, el recuerdo de aquellos días felices no lograba disipar el temor al tirano.

Los enormes portones de bronce se abrieron, dejando pasar la luz al salón del Laber, que estaba en penumbra. De frente, a contraluz, se distinguía un trono de alabastro sobre el cual estaba sentado un hombre. La luz que entraba por la ventana, tras él, incidió en los ojos de Nórax y le impidió distinguir con claridad la figura sobre el trono. Avanzó unos pasos ahora ya en el salón del trono, aún deslumbrado por la luz solar. El chambelán les indicó que se inclinasen ante el rey. Nórax hincó la rodilla, sintiendo la opulencia del lugar a su alrededor, y miró hacia el suelo inclinando la cabeza. El suelo, decorado con mosaicos y piedras pulidas, presentaba patrones geométricos y florales que reflejaban la luz de los grandes ventanales detrás del trono. La magnificencia del salón contrastaba con el temor que invadía el corazón de Nórax mientras sentía el imponente poder de Krysaor sobre él.

Nórax se levantó y avanzó por la amplia sala rectangular con techos altos, sostenidos por robustas columnas. En las paredes, frescos con grifos y delfines cobraban vida bajo la luz que entraba por los ventanales. El techo, decorado con vigas ornamentadas en colores azules, rojos y blancos, confería al salón una majestuosidad digna de los reyes de Tarsis. El salón del trono estaba igual que cuando él era niño y su padre lo había llevado allí para ser presentado ante el rey Gerión. Krysaor, que aún no llevaba mucho tiempo en el poder, no había cambiado nada, y la suntuosidad del lugar se mantenía intacta. La atmósfera del salón del trono, a la entrada de Nórax, estaba impregnada de una mezcla de reverencia y tensión.

Junto a la figura del rey, de pie, una silueta femenina: Akálide. A contraluz, no se advertían las manchas en la piel que la afeaban. La opulencia de los ropajes que la ceñían, una falda amplia con varias capas y un escote pronunciado que dejaba ver el nacimiento de sus pechos, hacía confluir en su figura la voluptuosidad con la majestad de una reina. Krysaor sonreía con jactancia: saberse superior a su antiguo capitán, hacerle notar que estaba a su merced, le producía una enorme satisfacción.

Nórax sentía el peso de cada mirada sobre él mientras avanzaba por la sala. Los murmullos se apagaban a medida que se acercaba al trono, generando una especie de silencio expectante que lo envolvía. Su corazón latía con fuerza, y cada paso resonaba en el suelo de mosaicos y piedras pulidas. Al llegar frente al trono, Nórax levantó la vista y se encontró con los brillantes ojos verde oliva de Krysaor, que lo observaban con una mezcla de burla y superioridad. Más de cerca, Nórax examinó el semblante de su antiguo amigo, ahora entrado en carnes y luciendo una barba rala sobre la fina barbilla, de la que pendía una incipiente papada.

—Nórax, antiguo camarada —dijo Krysaor, su voz resonando en la vasta sala—. Has vuelto a nosotros tras un largo viaje. Ya ves que todo ha cambiado.

El tono del rey era frío y calculador, cada palabra cargada con un peso que Nórax no podía ignorar. La figura de Akálide permanecía inmóvil junto al trono, con sus ojos fijos en Nórax y una leve sonrisa en los labios. La tensión en la sala era palpable y Nórax supo que cada movimiento que hiciera y cada palabra que pronunciara serían juzgados con dureza.

—Krysaor, fuiste mi camarada y ahora sois mi rey. Vengo a presentaros mis respetos —respondió Nórax, inclinando la cabeza.

Krysaor se reclinó en su trono y su sonrisa se ensanchó en un rictus displicente. Nórax se volvió al chambelán y, tras susurrarle algo, este se dirigió a la puerta de la estancia e hizo un gesto a la guardia. Tras él entraron los sirvientes de la casa de Argón, portando el tributo: plumas de pavo real, madera de sándalo, diamantes y turquesas del país de Kush, mirra y perlas de Ofir. Era lo mismo que le habría entregado a Gerión si este hubiese sido el rey. Krysaor se sintió halagado por los presentes y, sonriendo con arrogancia, le contó sus logros: que el culto al dios que odiaba perdía crédito en la ciudad.

Nórax no le respondió, ya que seguía creyendo en la luz que todo lo colmaba. Mientras Krysaor hablaba, Nórax sintió amargura, pero

se mantuvo en silencio porque no deseaba enfrentarse con él. Era preferible tener al nuevo rey de su parte.

No se atrevía a mirar a la reina; todo lo que Artaí le había revelado en el reino de Kush le venía a la cabeza. En un momento dado, la miró de reojo. Ella estaba tensa y, cuando Krysaor intentó levantarse para agradecer los presentes, lo retuvo, poniéndole la mano en el hombro, y le susurró al oído para indicarle que ya había estado demasiado tiempo con aquel hombre y debía dar la entrevista por concluida.

Krysaor, algo sorprendido, asintió lentamente y se volvió hacia Nórax.

—Te agradezco el tributo, Nórax —dijo el rey amistosamente. Después, en un tono más serio y protocolario, anunció—: Podéis retiraros por ahora, aunque tal vez vuestros servicios sean requeridos pronto.

Nórax hizo una reverencia profunda, ocultando sus emociones detrás de una máscara de respeto. Retrocedió lentamente, sin darle la espalda al trono, y salió del salón sintiendo el peso de la mirada de Krysaor y Akálide hasta que los grandes portones de bronce se cerraron tras él. Una vez fuera, respiró hondo, aliviado por haber pasado la prueba, pero consciente de que el verdadero desafío comenzaría pronto. El chambelán indicó a los sirvientes de Nórax que condujesen los regalos a los almacenes. Nórax se quedó solo y un guardia le acompañó cruzando las salas y corredores hacia el portón de salida.

Regresó a la casa de los *góidel* pensativo y preocupado por la actitud de Krysaor. Al pasar por la arena frente al templo, vio a unos niños entrenándose para el espectáculo de taurocatapsia y saltando alegres sobre un pequeño tronco que hacía las veces de toro. Uno que no tendría más de seis o siete años se cayó y otro, de brillante pelo dorado y ojos verde agua, algo mayor que él, le ofreció la mano para levantarse. Cuando se alzó, ambos se empujaron, bromeando. Después se pusieron a saltar de nuevo sobre el tronco. Nórax pensó que al menos eso no lo había suprimido el nuevo rey, quien desde

siempre había disfrutado con los espectáculos de lucha frente al toro y que había llegado incluso a saltar alguno en su intento de convertirse en un *porenna*. Viendo a aquellos jóvenes, se sintió solo y algo envejecido. Habían transcurrido varios años desde su estancia en Hesperia; pasaba ya de los treinta. No había formado una familia, ya no tenía el apoyo de sus padres y se iba sintiendo mayor. Ninguna mujer le atraía, ninguna después de haber estado en el Jardín de las Hespérides, después de haber conocido a Eteria.

La nostalgia le invadió al recordar los días pasados en el Jardín de las Hespérides, donde cada amanecer y cada ocaso parecían teñidos de magia. Eteria, con su risa cristalina y su mirada profunda, había impreso una marca indeleble en su corazón. Ninguna otra había logrado llenar el vacío que ella le había dejado.

En la arena donde saltaban los muchachos se levantó una suave brisa marina que le trajo el aroma de la sal y el sonido lejano de las olas rompiendo contra la costa. Los días pasados en la mar, liderando a su tripulación en singladuras largas y peligrosas, parecían ahora un eco lejano de una vida que ya no era suya. La lealtad al dios del sol, su himno y las estrellas que guiaban sus viajes eran todo lo que le quedaba de ese tiempo.

Arriba, culminando la arena, el santuario al dios solar aparecía vacío. Ningún fuego ardía en los altares, y en el suelo del templo había desperdicios, mondas de naranja, trozos de tela… Nórax levantó los ojos mirando al sol, como pidiendo ayuda a su dios, pero se sintió abandonado. Todo cambiaba en Tarsis.

El nuevo espectáculo

Tarsis, invierno de 1586 a. C.

El templo a Atón se cerró. Los *porenna* dejaron por un tiempo de acudir a la plaza y se les habilitó un lugar donde entrenarse mientras el gran cambio tenía lugar. Dentro del antiguo santuario, en el que estaba la arena al sol, solo salían ruidos de mazas, martillos y gubias. Cuando todo estuvo acabado, se anunció un gran espectáculo. Sonaron las trompas en lo alto del templo y las gentes salieron a las calles, convocadas por el rey a una función de taurocatapsia en el templo. Habían corrido rumores por la ciudad de que la arena, presidida por el gran altar a Atón, había sido transformada. No se sabía bien lo que pretendían el rey y, sobre todo, Akálide.

El día del espectáculo, la plaza frente al templo se abarrotó de una multitud ávida de novedades. Jóvenes y viejos, hombres y mujeres, familias enteras se reunieron, conversando en susurros sobre los misteriosos cambios. La curiosidad y la expectación se palpaban en el aire. Nórax, entre la multitud, observaba con una mezcla de interés y recelo. Sabía que cualquier movimiento de Krysaor y Akálide tenía un propósito más allá de lo evidente. Como no quería acudir solo al nuevo espectáculo, quedó con Feder, el piloto de su barco, su viejo amigo.

Los dos se habían dirigido a la plaza arrastrados por la muchedumbre, hambrienta de curiosidad por los cambios y ansiosa de diversión. Entraron por el gran acceso frontal, que en otro tiempo desembocaba directamente frente a uno de los trescientos sesenta y

cinco altares; se trataba del altar central, que se iluminaba con el primer rayo de sol en el solsticio de verano y con el último en el de invierno. Atravesaron la entrada oscura que conducía al altar central, pero, al llegar al recinto de la plaza, reluciente por la luz solar y con la blanca arena brillando, ambos se detuvieron, incrédulos.

En el centro de aquellos trescientos sesenta y cinco altares que un día habían sido construidos a la mayor gloria de Atón se alzaba una estatua de la diosa serpiente. Se habían demolido los altares centrales y se había construido una gran escalinata con un ara, sobre la cual se elevaba la figura de la Señora de las Fieras, una diosa en forma de mujer de pecho descubierto y un rostro peculiar: el de la reina Akálide. En cada mano sostenía una serpiente y sobre su cabello, como un tocado, se aposentaba un felino. La imagen de la diosa presidía el templo, pero muchos de los símbolos de Atón no se habían eliminado aún. Quizá persistían porque Akálide deseaba mostrar a todos que su diosa, la Señora de las Fieras, era superior al dios solar.

Nórax y Feder no daban crédito a lo que estaban viendo. No solo les asombró la figura de la diosa, tan parecida a Akálide, sino que se dieron cuenta de que, bajo la estatua, el ara mostraba manchas pardas de sangre oscurecida. Allí, incluso antes de la inauguración de la arena para el público, se había estrenado el altar con un sacrificio sangriento a la diosa; en el mismo templo que anteriormente fuera del benigno dios Atón. Feder se sintió asqueado.

—¿Cómo es posible que ocurra esto?

Nórax guardó silencio, recordando todo lo que Artaí le había revelado. La misma diosa serpiente que durante un tiempo había dominado el país de Kush se hacía presente en Tarsis. Un monstruo gobernaba la ciudad. Mientras Feder avanzaba, Nórax se quedó inmóvil donde estaba, paralizado por la sorpresa y el horror. No podía dar un paso. Entonces su amigo retrocedió y lo empujó hacia delante. Ambos se dirigieron a una grada y tomaron asiento.

Al cabo de un rato, unas jóvenes con vestiduras blancas se pasearon entre las gradas repartiendo una especie de polvo

marronáceo que las gentes se apresuraban a adquirir.

—¿Qué es? —preguntó Feder.

Alguien se apresuró a decir, como si Feder viviese en otro mundo:

—Hongos de la diosa.

Algunos los tomaban y otros los rechazaban. Los que los tomaban, al cabo de un tiempo, gritaban eufóricos y parecían disfrutar más. La música resonaba rítmicamente mientras los *porenna* se distribuían por la arena. Feder y Nórax observaban el espectáculo, confusos; parecía que la danza de los *porenna* sobre el toro, que antes era parte del culto a Atón, iba a ser dedicada a la diosa serpiente.

Una larga hilera de *porenna* dividió la plaza en dos. Los atletas se inclinaron ante los reyes haciendo una reverencia y saludaron al público. Después se metieron en los burladeros y esperaron la salida del toro. El animal, un enorme astado con pelaje negro como el azabache y cuernos que habían sido pintados en color dorado, saltó a la plaza, trotando con toda su poderosa fuerza. El público se levantó enardecido a aplaudirle y el toro, como si lo notara, levantó los cuartos delanteros en el centro de la arena.

Varios *porenna* vestidos con faldillas cortas multicolores y el torso desnudo salieron a la plaza. Llevaban en sus manos unas banderillas, como pequeñas lanzas adornadas con plumas. Sonó una música animada, muy intensa y rítmica, y los atletas comenzaron a saltar y a danzar por la plaza moviendo las banderillas. Con saltos muy ágiles, se las clavaban al animal, que se revolvía. Poco a poco el toro iba perdiendo su vigor inicial y tornándose más manso.

Nórax observaba con una mezcla de fascinación y repulsión la transformación del ritual, antes una celebración de la fuerza y la gracia y ahora una demostración de control y sumisión. Los gritos de júbilo del público y la música ensordecedora contribuían a intensificar la sensación de desasosiego que lo invadía. Feder, a su lado, mantenía la mirada fija en la arena, con las manos crispadas sobre los muslos.

—¿Es en esto en lo que se ha convertido Tarsis? —murmuró Nórax, más para sí mismo que para su amigo.

Feder no respondió, pero su silencio era elocuente. Ambos sabían que el espectáculo, más que una simple función, era una manifestación del poder de Krysaor y Akálide, una señal de que el viejo orden había sido reemplazado por uno nuevo, más cruel.

Un joven atleta logró encaramarse al dorso del toro y permanecer de pie sobre él. La música continuaba, y parecía que el animal y el *porenna* galopaban por la plaza al ritmo de la melodía. Cuando la cadencia alcanzó un punto álgido, el *porenna* hizo un giro sobre sí mismo, como un tirabuzón vertical. Después se inclinó hacia delante, se agarró a los cuernos del toro y, dando una voltereta, cayó ante el morro del animal. Antes de que llegase al suelo, otro *porenna* se subió al lomo del toro para distraerlo y evitar que atacase al que había caído delante. El animal levantó sus cuartos traseros intentando librarse del nuevo peso sobre su lomo, pero el atleta realizó un ejercicio muy hábil que consistía en saltar encogiendo las piernas para volver a caer en el mismo sitio.

El enorme animal quería quitarse de encima al *porenna* que le molestaba y comenzó a moverse a un lado y a otro hasta que logró tirarlo al suelo. Girando rápidamente, lo corneó en un costado. El atleta, sobre el suelo, se golpeó un ojo y la cara. Se oyeron gritos en las gradas mientras varios *porenna,* con faldellines cortos y paños de colores en las manos, se pusieron delante del toro para atraer su atención e intentar salvar a su compañero, que sangraba profusamente tanto por el costado como por la cara.

En ese instante se oyó como un estallido bajo tierra y la plaza tembló. Uno de los pináculos de los antiguos altares a Atón se desplomó, aplastando a una anciana e hiriendo a otros.

Tras el estallido, la reina se levantó, se acercó al extremo de la grada donde estaba sentada e hizo un gesto elevando la palma de la mano. Krysaor, a su lado, derrumbado en el trono y con cara de idiotizado, no parecía enterarse de lo que estaba ocurriendo, o no quería hacerlo.

—¡Lo va a hacer! —exclamó Nórax, horrorizado.

—¿Qué?

—¡Va a condenar a un *porenna!* ¡Son sagrados!

Subieron al atleta herido, que estaba pálido y aterrorizado, por las gradas hasta el ara.

—¡El *porenna* ha ofendido a la diosa! —sentenció la reina con voz potente—. Un *porenna* no puede ser herido ni ser deforme. La tierra tiembla porque la diosa ha soltado al Cándamo. Para calmarla, es necesaria la sangre del ofensor.

Condujeron al herido, que temblaba de miedo, hasta el ara, donde apoyaron su cuello. Con el *laber,* un hacha de doble filo que se utilizaba para los sacrificios rituales, le hicieron un corte en la yugular de un lado, y después, del otro. El joven se fue desangrando a la vista de todos.

—¡Eso nunca lo habría permitido Gerión! —exclamó Feder, lleno de espanto.

—Ni Gerión, ni ningún gobernante de Tarsis… ni ningún ser humano con corazón —le contestó Nórax con la voz colmada por la indignación.

Los que se sentaban al lado de Feder y Nórax, ante la crítica abierta al rey, pusieron cara de circunstancias y de desagrado. No convenía oponerse al rey ni al estado de cosas en la ciudad. La angustia atenazó el pecho de Nórax. Lo ocurrido era inimaginable porque los *porenna* siempre habían sido venerados por el pueblo y consagrados al dios. Ya no era así. El espectáculo continuó, pero los dos amigos no miraban a la plaza, sino al ara, donde un *porenna* moría desangrado. Sin poder soportarlo más, Nórax se levantó y se dirigió hacia la salida, pidiendo permiso a las gentes que se agolpaban y estaban como hipnotizadas por el sangriento espectáculo.

Mientras se marchaba, pensaba que la taurocatapsia, el espectáculo sagrado al sol, lleno de fuerza y alegría, se había convertido en una atrocidad en la que sufrían hombres y animales. Feder lo siguió, sintiendo lo mismo: asco, rechazo y horror.

Apartando al público, mientras salía, Nórax miró hacia el trono. Krysaor se había levantado y observaba la ejecución. En su rostro se percibía algo extraño, como una rabia anormal y contenida. De pronto, aunque estaban a mucha distancia, Nórax sintió que Krysaor lo enfocaba con la mirada y bajó la cabeza.

Feder y Nórax salieron sin hablar. Caminaban lentamente y al final se sentaron, agobiados, en un banco junto a una casa. Al cabo de un rato el espectáculo acabó y por las calles se desparramó la multitud que había llenado la plaza, eufórica, harta de sangre y quizá estimulada por las hierbas alucinógenas que se habían repartido por la plaza. La gente las masticaba sin tragarlas; al final, las escupían.

—¡Es tremendo lo que está pasando! —se lamentó Feder—. Y lo peor es que nadie se opone. ¿Los ves? Salen de la plaza como si nada ocurriera. En mi familia creemos en el dios, y siempre le hemos rendido culto. No se puede consentir que la ciudad se aleje del dios.

Los ojos de Feder brillaban de rabia.

—Esto no es nuevo. Hace tiempo que la ciudad se aleja de Atón.

—¡No lo creo! El culto a la serpiente se impone desde el poder, y la gente, que está aborregada, lo acepta. Es inicuo, es cruel.

Estaba muy enfadado y algo fuera de sí. Nórax, que veía las cosas como Feder pero era más ecuánime, decidió que lo mejor era que se alejaran de la plaza y de las gentes que salían de allí. Le pidió a Feder que bajaran hasta el puerto. Atravesaron las callejas, desiertas porque la gente se estaba demorando a la salida del espectáculo, y llegaron al triple dique, donde se balanceaban los barcos. El rumor del mar, la brisa marina y el olor a salitre parecieron calmar la furia que llevaban dentro. Dirigieron la vista hacia el sol, que describía su curva sobre el horizonte.

En la bocana del puerto entraba una nave que parecía cargada hasta los topes y se quedaron mirando cómo se acercaba. De ella salieron hombres con piel de color negro, no tan hermosos como los kushitas, compatriotas de la reina, pero también de piel oscura. Eran muy fuertes. Nórax y Feder los siguieron con la mirada. Iban atados,

y la larga fila se dirigió hacia la zona más externa del muelle circular. Allí los obligaron a entrar por un portillo en el muro que no se sabía hacia dónde conducía.

—¿Quiénes son? —preguntó Nórax a Feder.

—No se sabe con certeza. Se dice que desaparecen en las profundidades de las cuevas que horadan Tarsis. Se comenta también que alimentan al monstruo, Cándamo, oculto bajo la ciudad, pero no creo que sea eso… Nadie conoce exactamente qué pasa con ellos.

La larga fila de hombres de piel oscura desapareció, conducidos por los marinos que pilotaban el barco hacia las dársenas dentro del puerto. Nórax se quedó allí, mirando el océano que se extendía ante él mientras se ponía el sol al lado de Hesperia, tintando la isla de tonalidades ocres y doradas. Nórax extendió los brazos hacia la isla, como queriendo abarcarla, y Feder no supo interpretar lo que le sucedía a su amigo. Después Nórax bajó los brazos y entonces Feder le dijo:

—Se ha dicho siempre que la salvación de Tarsis viene de Hesperia.

—No sé si nuestra ciudad tiene ya salvación… —contestó Nórax, amargado tras el espectáculo en la arena.

—Mientras dure Hesperia, la tendrá.

—¡Nunca destruirán la belleza! —afirmó Nórax, casi gritando.

El sol rielaba sobre el estuario extrayendo resplandores iridiscentes del agua, las gaviotas les sobrevolaban y emitían un graznido lento y estirado y el estruendo de las olas contra el malecón les circundaba, pero ambos miraban a la isla, a Hesperia. Feder recordaba a su hermana, que habría crecido allí y sería ya una joven vestal. Nórax, a Eteria, pensando que nunca la podría olvidar. Además, desde que la había visto en el círculo de piedra, un ansia enorme de ella se había abierto en su corazón. Le había pedido que la ayudase, pero ¿cómo llegar a la isla? Se había dado cuenta de que estaba más vigilada que nunca. Pensaba que nunca la volvería a ver.

En el palacio de Krysaor

Tarsis, primavera de 1585 a. C.

Aquella noche, Nórax tardó en dormirse. Sus sueños fueron agitados, dominados por el color rojo, la sangre del *porenna* que se vertía por las gradas como un torrente; de pronto el atleta se levantaba y crecía hasta transformarse en un gigante que derribaba la estatua de la diosa, originando un gran estruendo. Lo despertó el ruido, que en realidad había sido provocado por Cidón llamando a su puerta. Al abrir los ojos, la luz del sol inundaba la estancia.

—El rey os convoca a palacio —le urgió Cidón— antes del mediodía.

Se vistió apresuradamente mientras pensaba qué querría el tirano de él. «Nada bueno», concluyó, y recordó la mirada que el día anterior le había dirigido Krysaor desde el otro extremo de las gradas, cuando se marchaba intempestivamente. Salió de la casa de Argón y subió por las callejas que conducían al antiguo palacio de Gerión, ahora dominado por Akálide y Krysaor.

Al llegar, percibió que algunas cosas habían cambiado en las últimas semanas. En la entrada porticada con columnas rojas, los relieves representaban ahora imágenes de leones en actitud amenazadora. Además, había mucha más guardia que en la visita anterior. No solo estaban los soldados de siempre, entre los que distinguió al fuerte Jamal, sino que, con las mismas armas y pertrechos, había hombres de la raza de Akálide, guerreros musculosos de piel oscura, pero con los finos rasgos caucásicos de los naturales del país de Kush.

Dos guardias de complexión poderosa, con bíceps y pectorales prominentes, cruzaron sus lanzas impidiéndole entrar y le preguntaron adónde se dirigía. Les dijo que había sido convocado por el rey Krysaor. Le pidieron sus datos y comprobaron que era así. Llamaron a otros dos guardias, de piel oscura, y estos lo acompañaron, dejando a un lado las amplias escalinatas que conducían a los aposentos del rey y de la reina. Él los siguió. Cruzó las salas que comunicaban unas con otras y pudo advertir que se habían eliminado muchos frescos y habían sido sustituidos por imágenes de serpientes entrelazadas y felinos. Todo era más agresivo. Su capa se balanceaba detrás conforme iba subiendo las escaleras.

Al llegar a la sala del Laber, donde había aguardado la última vez, no tardaron en abrir el gran portón que la separaba del salón del trono. Pronto una trompa sonó anunciando la llegada del visitante y el portón se abrió.

De frente estaba el trono de alabastro, pero en la estancia reinaba la oscuridad porque grandes cortinajes tapaban los ventanales y la única iluminación procedía de algunas antorchas. Nórax hizo una profunda reverencia ante el rey.

En la pared, los frescos habían cambiado. Ahora a cada lado había un enorme grifo, un animal mitológico con cabeza de águila con plumas blancas, un pico afilado muy abierto y garras poderosas. La parte posterior correspondía a un león, con pelaje amarillo, patas musculosas y cola larga. Aquella figura se había usado en Tarsis, pero ahora rezumaba agresividad. A cada lado del trono, dos guerreros sostenían sendas lanzas. Nórax se dispuso de pie delante del trono, donde en un recipiente de porfirita llameaban unas ascuas.

Sobre el trono, vestido con ricos ropajes de raso y brocado, anillos de oro en las manos, un grueso torques en el cuello y una corona de oro sobre la cabeza, se sentaba el rey. Lo que ahora llamó la atención de Nórax fueron las pupilas de Krysaor, con un brillo extraño y dilatadas; quizá el salón estaba oscuro porque le

molestaba la luz. Se decía que la reina le había sometido con ciertas hierbas, y Nórax pensó que eran esas sustancias las que probablemente provocaban esos cambios en su mirada.

El ahora rey deseaba hablar del pasado, de los viajes juntos, de la niñez que habían compartido. Arrastraba la voz y se trababa a menudo. Nórax sostuvo la conversación, aunque contrariando sus emociones más íntimas. No le era fácil olvidar lo ocurrido la tarde anterior, el reciente sacrificio del *porenna,* ni el pasado más lejano, vinculado a las muertes que habían rodeado a Krysaor. Tampoco le perdonaba el régimen de terror que había impuesto en Tarsis, y además temía por su padre. Así que Nórax hablaba poco y se limitaba a asentir a lo que el rey le decía. Entonces, Krysaor comenzó a ensalzar sus logros, la libertad que imperaba ahora en la ciudad y la riqueza que fluía.

Nórax mantenía su expresión neutral, aunque por dentro se sentía indignado. Sabía que las palabras del rey eran una fachada, una manera de justificar la opresión y la violencia que había desatado en Tarsis. Mientras Krysaor continuaba hablando, Nórax no podía dejar de pensar en la sangre derramada y los cambios en la ciudad.

Sin poder contenerse ya más, Nórax le interrumpió.

—Ayer murió un *porenna* en la plaza —exclamó con valentía, como reconviniendo al rey.

—Era necesario —contestó Krysaor, muy serio—. Había fallado…

—¡Los *porenna* son sagrados!

Krysaor hizo un gesto que simulaba compasión y que a Nórax le produjo un fuerte rechazo.

—Por eso, porque son sagrados, no deben sufrir —declaró el rey antes de proseguir—: Habría quedado lisiado, y mi esposa odia las deformidades físicas, sobre todo en los hermosos *porenna*. Tiene razón. Mi esposa busca la belleza, todo lo bello es bueno. En lo deforme hay maldad…

Nórax, furioso, sintió que la sangre le subía al rostro. No podía soportar la forma de pensar de Akálide y Krysaor.

—Ese derramamiento de sangre ¿lo consideras bello? Fue una carnicería.

—¡Te vimos! Te fuiste de la plaza cuando el *porenna* aún no había muerto. No me gustó, ni le gustó a Akálide. Das mal ejemplo al pueblo, que te admira por tus hazañas de navegación. ¡No toleraré la menor desafección por tu parte! Ni el menor gesto contra mí o contra la reina.

—¿Para eso me has llamado?

—Sí. Deseo que me apoyes. A Akálide y a mí no nos gustó que abandonases la plaza en medio del espectáculo. Tu prestigio es grande desde que circunvalaste África, y muchos te siguen, incluso los que no son de tu clan. —Entonces Krysaor gritó—: ¡No te atrevas a oponerte a mí en nada de lo que ordene!

Para calmarlo, Nórax cambió el tono, que había sido el de dos amigos de la infancia, y comenzó a hablarle con el respeto que supuestamente se merecía un rey.

—Sabéis que yo obedezco las leyes de Tarsis y que soy leal a mi rey, que ahora sois vos. —Al oírlo, Krysaor levantó la cabeza con orgullo. Nórax prosiguió—. Pero para mí son sagradas las antiguas tradiciones de Tarsis, y hay algunas cosas que nunca podré hacer. ¡Bien lo sabéis!

El rey se levantó con señorío, y ahora habló con fuerza, muy convencido de lo que decía.

—Estamos en una nueva era. La vieja Tarsis del patriarca Jafet, con sus injustas leyes, ha muerto y ahora ha comenzado otra civilización, otra cultura. Más justa, más solidaria, más bella. No habrá pobreza. Tengo oro suficiente para conseguir que nadie pase hambre, que todos sean felices…

Nórax asintió para acercarse a él y retornó al tono más personal de antes:

—¿No podrías parar este baño de sangre? ¿Recuperar las leyes antiguas? ¿Reponer al consejo de los diez clanes de Tarsis?

Krysaor lo observó atentamente y comprendió que Nórax no iba a colaborar con ciertas cosas. Guardó silencio, pensativo, durante unos

instantes. Parecía estar sopesando la posibilidad de pedirle algo, pero al darse cuenta de que Nórax no iba a secundarlo porque lo que fuera contravenía su forma de pensar, finalmente decidió proponerle otra cosa, algo que lo iba a alejar de Tarsis.

—Deseo construir nuevos barcos, y que me ayudes a ello. Se los entregaré a otras gentilidades para poner fin a la preeminencia sobre la navegación de Tarsis de la que gozáis los *góidel*. Hay buenos marinos que no son *góidel,* gentes de otros clanes cuya fidelidad deseo premiar. Te haré un encargo que no podrás desobedecer: quiero que te dirijas al norte, a las tierras de las cinco rías, con las naves *góidel* de mayor calado para traer grandes troncos de roble que se utilizarán en los mástiles de nuevos barcos que deseo construir. Irás al frente de la expedición.

A Nórax no le extrañó que se lo encargase porque era un asunto aparentemente sin importancia. Sin embargo, la construcción de nuevas naves que le había revelado el rey indicaba que Krysaor deseaba humillar a los *góidel*. No los consideraba suficientemente fiables para sus propósitos y deseaba que las naves de Tarsis no dependiesen de ellos. Además, algo en las palabras del rey le hizo intuir que deseaba alejarlos, a él y a los *góidel* todavía fieles al dios solar, de Tarsis. Krysaor tramaba algo, pero Nórax no sabía qué.

—Haré lo que me pides, pero la navegación en Tarsis ha estado siempre en las manos de los *góidel*.

Krysaor lo miró con desprecio.

—Eso va a cambiar. Todo va a cambiar. Tengo oro suficiente para hacer lo que quiera. ¡Yo! —gritó—. ¡Yo controlo Tarsis!

Nórax movió la cabeza a un lado y a otro, como dubitativamente, y después le dijo:

—El oro arruina. Está arruinando a mucha gente, a las antiguas gentilidades de Tarsis. Han subido los precios de todo. La gente humilde no puede comer, vive de la limosna que les dais. Ese oro que repartes a tus amigos corrompe los corazones y debilita las voluntades, y es lo que está ocurriendo…

Krysaor enrojecía por la furia, pero Nórax tomó aliento y finalizó diciendo:

—Además, tu esposa reparte sustancias que un día estuvieron prohibidas en Tarsis.

Con una voz llena de ira, Krysaor le respondió:

—Mi esposa desea la felicidad de mis súbditos y la mía propia. Es una gran mujer. ¡Gracias a ella soy rico y poderoso! Hace lo que yo deseo. Nunca contraviene mis órdenes.

Nórax pensó que Krysaor estaba ciego, que había sido atrapado en la tela de araña de Akálide, quien poseía un poder maligno, tal y como le había sido revelado en el país de Kush.

—En el país de Kush me hablaron de Akálide. ¿Sabías que practica también sacrificios humanos? Es maligna…

Los ojos de Krysaor lanzaron fuego, y Nórax se dio cuenta de hasta qué punto su antiguo amigo estaba subyugado por aquella mujer.

—¡No tolero que hables así de mi esposa! Gracias a ella soy lo que soy, gracias a ella han cambiado las costumbres de Tarsis, gracias a ella, sacerdotisa de una nueva religión, la gente se verá liberada del culto aborrecible al dios solar.

Estas últimas palabras las gritó con fuerza, con los ojos desorbitados. Parecía estar loco, y sin duda lo estaba. Las pupilas dilatadas indicaban que no hacía mucho que había probado los hongos de Akálide. Nórax retrocedió y le dijo suavemente:

—No lo dudo, pero tú amaste a Eglea y ella estaba cerca del dios solar. Tú estuviste allí; recuerda que un día estuviste en Hesperia y viste el paraíso… Eglea…

Krysaor lo interrumpió inmediatamente levantándose del asiento, con una ira que le hizo gritar aún más.

—¡No me hables nunca de Hesperia… ni de ella! ¡Ni se te ocurra! Todo lo hago para vengarla. Me desquitaré de ese dios que condenó a muerte al ser más puro y hermoso. ¡Pronto sabrás lo que quiero hacer! Pero ahora… ¡no me hables más! ¡Vete! Y ten cuidado con lo que haces. No quiero que hagas nada que pudiera parecer una

oposición a mis leyes porque lo pagarás, si no tú mismo, sí tu familia y tu hacienda.

No se atrevió a contestarle. El rey se levantó e indicó a la guardia que le escoltaran fuera.

Nórax bajó lleno de angustia las escaleras hasta traspasar el gran portón de entrada. Desde la puerta del palacio se divisaba a lo lejos Hesperia en medio del mar. Quedaban unas pocas semanas para el solsticio, porque el recorrido del sol se aproximaba al centro de la isla. Al mirar al sol y a la isla, Nórax sintió que algo ocurriría cuando llegara ese día, pero no sabía qué era.

El rey Krysaor se atrevería a lo impensable.

El solsticio

Hesperia, solsticio de verano de 1585 a. C.

Nórax se hizo a la mar con cinco de sus mejores barcos, intranquilo y deseoso de regresar cuanto antes a casa; un sentimiento ominoso le avisaba de que algo terrible se avecinaba, sin saber exactamente de qué se trataba. Al salir del estuario de Tarsis, una vez más, acercó la nao capitana a Hesperia. Observó a las jóvenes doncellas nadando a lo lejos en la bahía y le llamó la atención que, en cada peñasco y en cada punta de la isla, brillaban por doquier las lorigas de las guardianas, mucho más que en ninguna otra ocasión. Nórax pensó que una de ellas sería Areté, que siempre había querido ser guardiana.

¿Dónde estaría Eteria? ¿Sería feliz? Un poco más adelante, una manada de delfines los siguió. Sus gráciles cuerpos plateados se arqueaban sobre las olas y la espuma del mar. Los marineros lo consideraron un buen presagio; los delfines, unos animales bellos que ágilmente parecían volar sobre el mar, siempre lo eran. Nórax se alegró al verlos, y esa alegría le llevó a pensar que nada podía ocurrir en Hesperia porque estaba protegida por la piedra de luz y por la sabiduría de las hespérides.

Las naves avanzaron hacia el oeste y después al norte, levantando cascadas de espuma mientras eran impulsadas por las velas henchidas por la brisa marina y la fuerza de los remeros. Brillaba el agua, y los cielos despejados auguraban una travesía venturosa. El litoral se iba sucediendo con calas, playas, acantilados… Más allá, las colinas, llenas de verdor y pobladas por

robledales, altos cipreses y pinos, enmarcaban una costa hermosa. Tras unos días de navegación, llegaron a una ensenada, en la que se balanceaban barcos de vela y de remos, y repostaron agua y alimento en el pequeño puerto, rodeado de chozas. Nórax tenía prisa y no se detuvieron mucho tiempo en el poblado. Lo dejaron atrás y subieron por la costa rápidamente, empujados por suaves vientos. Solo se detenían por la noche, e incluso en las de luna llena prosiguieron su singladura, con la costa a lo lejos. Al fin, alcanzaron su destino tras apenas una semana de navegación.

Cuando arribaron, los nobles locales los recibieron con honores: esperaban la llegada de los barcos de Tarsis con la madera ya dispuesta en los puertos. Solo tuvieron que cargar los troncos de roble en las grandes naves y pagarles con oro. Quisieron retenerlos para festejar y celebrar el trueque, pero Nórax se negó; algo le decía en su interior que debía regresar rápidamente a Tarsis, antes del solsticio.

En el viaje de vuelta, el viento sopló de forma vigorosa y continua, de tal forma que alcanzaron las costas tartesias justo el día del solsticio de verano, cuando nadie los esperaba.

Con proa al sudeste, enfilaron el paso entre Hesperia y el continente cuando el sol estaba en su cénit. A lo lejos divisaron una neblina, y Nórax pensó que se habría adelantado la hora de prender los fuegos de las atalayas de Hesperia. Al acercarse, comprobó que la isla estaba cubierta por una extraña nube oscura y, ya antes de que el barco entrase en la bahía, reconoció que era humo. Las aves blancas que solían sobrevolar la isla la habían abandonado. Todo estaba quedo: el mar y el cielo callaban ante la infamia. Algo siniestro ocurría.

La nave de Nórax, la capitana, bogaba al frente de todas. Tras ordenar que aumentase el ritmo de remo en su nao, dejaron a las otras cuatro atrás. Al sobrepasar la costa de la isla, y virar hacia el estuario, descubrió que la flota de Tarsis, que en el solsticio habría transportado niñas a Hesperia, estaba dispuesta ahora como en formación de combate. Desde las naves estaban lanzando, con

máquinas de guerra y catapultas, fuegos incendiarios hacia el puerto y otras edificaciones de la isla. Algunas naves llevaban en las velas un tetrasquel, emblema del rey Krysaor, o símbolos de otras gentilidades. Ninguna era *góidel* ni mostraba su característico distintivo, el trisquel. Grandes hogueras se propagaban por distintos puntos de la isla. Además, en el puerto y en las playas desembarcaban guerreros tartesios, trasportados en botes, chalupas y canoas.

A lo lejos se oían gritos femeninos de dolor mientras sacaban a las hespérides de la isla y las arrastraban hasta los barcos. Frente al puerto sobrenadaba un color rojizo: el de la sangre. Nórax vislumbró a una guardiana de loriga dorada y cabellos rubios debatiéndose mientras tiraban de ella hacia uno de los barcos de la rada, junto a otras guardianas y hespérides. Le recordó a Areté, pero desde tan lejos no podía distinguirla.

Rápidamente, Nórax pensó que las cinco naves cargadas hasta los topes no podrían enfrentarse a toda la flota de Tarsis y ordenó, mediante señales con bandera, al resto de navíos que retrocediesen. La ensenada de Tarsis, inundada de fuegos incendiarios, no era lugar para barcos llenos de madera. Debían evitar el combate directo en esas circunstancias tan desfavorables.

La retirada era la opción más prudente. Una vez en mar abierta, Nórax ordenó a su flotilla que pusiese proa al norte. En un corto lapso de navegación, alcanzaron el cercano puerto de Hununba. Tras desembarcar, Nórax se reunió en el muelle con los capitanes y los más fieles de entre los guerreros *góidel*. En los otros barcos no se tenía noticia de lo que estaba ocurriendo porque navegaban más atrás. Nórax entonces les explicó lo que suponía: Krysaor había atacado Hesperia.

Se horrorizaron ante el sacrilegio y luego sopesaron lo que debían hacer. En principio se tantearon dos opciones: esperar allí un tiempo hasta que todo se calmase o regresar a Tarsis. De hacer esto último, se verían obligados a enfrentarse al ejército de Krysaor o colaborar con él en la infamia. Desafiar a las tropas del rey era impensable: los

cinco barcos cargueros de gran calado que constituían la pequeña escuadra de Nórax no eran demasiado manejables, y muy pocos de sus integrantes sabían empuñar las armas.

Necesitaban refuerzos. Al entrar en la ensenada donde se agrupaban las naves que atacaban Hesperia, Nórax no había visto ninguna con el trisquel, lo que quería decir que los barcos *góidel* no se habían sumado al ataque de Krysaor. Posiblemente se habían negado a colaborar con el denigrante acto del rey y estarían en puertos vecinos, o en el propio puerto de Tarsis. Se decidió enviar emisarios por tierra a buscarlos y pedirles que se reuniesen con ellos en Hunuba para organizar un ataque común con el fin de defender la isla sagrada.

Nórax seleccionó para esta tarea a sus mejores hombres, aquellos que eran rápidos, discretos y conocían bien la región. Les dio instrucciones precisas para buscar a las naves *góidel* en los puertos cercanos y transmitirles un mensaje claro: Hesperia estaba bajo ataque, necesitaban unirse para protegerla y, por tanto, debían dirigirse a Hunuba lo más rápidamente posible.

Feder, que capitaneaba una de las naves, invocó al dios Atón y preguntó a gritos si no iban a hacer nada más por las vestales, una de las cuales era su hermana. Nórax sintió que ahora el juramento hecho al dios años atrás en el Templo del Sol lo obligaba actuar. Con una voz que destilaba un dolor difícilmente expresable con palabras, sin dudar, repuso que él no esperaría a que llegasen las otras naves, que se adelantaría e iría a Hesperia intentando no ser visto; sabía cómo atravesar los arrecifes.

Se organizó un tumulto porque muchos querían ir con él mientras que otros deseaban retenerle y negarse a luchar; había también quienes querían esperar los refuerzos del resto de naves *góidel*. Alegaban que él solo nada podría solucionar y que le perderían. Los tranquilizó y, con muy poca seguridad, afirmó que intentaría salvar a las que pudiese y que regresaría pronto; cuando llegasen los refuerzos *góidel,* podrían intentar rescatar al resto. Iría un solo barco, que podría pasar desapercibido, y el resto aguardaría allí.

Aunque muchos querían acompañarlo, Nórax se embarcó con varios hombres que no solo eran compañeros, sino amigos: Feder, el pelirrojo, que había sido el primero en dar un paso adelante para buscar a su hermana; Kendal, que comandaba la nave en la que viajarían, una embarcación pequeña y muy maniobrable con la que sería fácil acercarse a los bajíos que rodeaban la isla; Kilian, un noble venido a menos, pero de estirpe cercana a la casa real, que los había acompañado en el periplo africano y a quien Nórax eligió por su enorme fortaleza física: era alto y muy musculoso y les sacaba una cabeza a los demás, y, por último, el joven Sedric, el que un día había sido polizón y que se había convertido en más que un amigo para Nórax. Además, el barco estaba tripulado por una veintena de remeros en los que Nórax confiaba particularmente. Se ordenó que se liberara la carga de madera, que fue depositada en el puerto.

Con el barco ligero y listo para partir, Nórax y sus compañeros se despidieron del resto de los guerreros y capitanes, quienes prometieron esperar a su regreso, buscar refuerzos y mantenerse preparados. La pequeña nave zarpó en silencio, deslizándose por las aguas del atardecer.

En pocas horas, lograron arribar a un lugar en el occidente de la isla donde se abría un paso entre los arrecifes, el que la misma Areté le había enseñado a Nórax tiempo atrás. Anclaron la nave frente al canal. Nórax solo permitió que le siguieran Feder, Sedric y Kilian; Kendal se quedó en la nave con los remeros. Nórax solo pensaba en rescatar a Eteria. Tendrían que actuar sigilosamente, de modo que cuatro hombres eran más que suficientes. Los cuatro se lanzaron al agua y, nadando, se dirigieron a la playa.

Al pisar tierra, se dieron cuenta de que una extraña niebla la cubría y pensaron que quizá el dios, en un intento de tapar las obscenidades, el sacrilegio y los horrores que estaban sucediendo en la isla, había nublado su luz. Cuando Nórax hizo pie en aquella playa, recordó que era allí donde años atrás él y Krysaor habían encontrado

a las hijas de Gerión. Junto a una de aquellas piedras, Eteria le había vendado el brazo herido con su velo.

Aunque la isla estaba ocupada por las tropas del rey, la niebla les protegía. Avanzaron entre árboles quemados y humo. Nórax, que recordaba bien cada piedra, cada senda, cada árbol, les guio sin dudar hacia al poblado de las hespérides. La plaza, donde antes jugaban las niñas y tejían las ancianas, un lugar lleno otrora de risas, bailes, chanzas y cánticos, había sido arrasada. Muchas de las pequeñas casas ardían, y dispersos por la plaza había ropas y mobiliario que habían sido saqueados y desmantelados.

Nórax dirigió sus pasos a la casa con la marca de Gerión. Antes de alcanzarla, a un lado de la calleja que conducía hasta ella, pudieron ver a varias mujeres asesinadas: una anciana de blancos cabellos con el cráneo destrozado tras haber sido empujada hacia atrás, una guardiana asaeteada y otra muchacha joven degollada de un tajo. Al ver a esta última, Feder se paró: era una joven pelirroja como él, con pecas y la piel lechosa, aunque ahora estaba cérea, y era de la edad de su hermana. Feder nunca la había conocido, pero estaba orgulloso de que, en su familia, el dios les hubiera concedido una hespéride. Incapaz de seguir, se detuvo junto al cadáver, y sus compañeros tuvieron que gritarle para que se apresurara.

Al llegar a la casa donde un día habían vivido las hijas de Gerión, Nórax comprobó que había sido asaltada e incendiada y solo quedaban rescoldos. Allí no estaba Eteria. ¿Dónde podía haberse metido? Nórax, entre tanta violencia y ruina, solo pensaba en ella, en que debía salvarla. Algo más arriba, cerca del palacio, estaba la antigua escuela, donde se preparaban las jardineras y donde un día había estudiado Eteria. Emprendió el camino hacia allí, pero algo, una intuición, lo condujo hacia el palacio donde había vivido Niso, la morada de las sacerdotisas de Atón. Se toparon con algunos soldados del rey, que no se atrevieron a oponerse a Nórax porque, dado su prestigio naval, pensaron que participaba en el ataque, y los dejaron pasar.

La gran explanada, donde años atrás habían bailado la danza del trisquel las hijas de Gerión, se había convertido en un campo de batalla. Las guerreras defendían cada palmo con bravura. Nórax, que nunca las había visto luchar, comprendía ahora su fama de mujeres peligrosas. Una joven guerrera se apoyó en la lanza con una mano para saltar sobre tres soldados que la rodeaban. Cayó al suelo junto a uno que se quedó mirándola con cara de embobado. Sin darle tiempo a reaccionar, ella le clavó el cuchillo en el vientre. Más allá, un grupo de arqueras lanzaba flechas con una precisión inimaginable. Un poco más lejos, una mujer de unos cuarenta años, muy adiestrada, luchaba a espada contra dos hombres: a uno le atravesó el gaznate y al otro lo tiró al suelo de una patada.

Nórax y sus hombres se lanzaron a la batalla, para intentar ayudar a las guardianas, que se sorprendieron al ver a hombres de Tarsis luchando de su lado; pero los refuerzos enemigos no dejaban de llegar desde el puerto y las playas. La proporción era de uno a diez, y a pesar de su valentía y determinación, iban a ser derrotados. Retrocedieron bajo la presión de la marea humana, empujados hacia el palacio.

En la plaza, las guardianas no se rendían ni huían, sino que luchaban con gran ferocidad pese a que eran masacradas sin compasión por los soldados de Krysaor. Nórax vio a una joven guerrera morir degollada, rodeada por cuatro hombres, y a una mujer —que parecía una luchadora formidable— ser apresada por dos soldados mientras un tercero le clavaba una lanza entre las costillas. A pesar de las increíbles fuerza y agilidad de las guardianas, eran pocas para los muchos soldados de Krysaor, que atestaban la explanada. Por encima de la gran terraza se ubicaban tres construcciones que Nórax conocía bien: el palacio, el templo y una gran edificación porticada, la escuela donde estudiaban las jardineras. Las guardianas se congregaban sobre todo a la derecha del templo, frente a la escuela, impidiendo el paso hacia el interior, que estaban defendiendo con sus vidas. ¿Qué habría dentro? No era el palacio de la Gran Vestal ni el templo donde moraba el dios.

Nórax les gritó a los suyos que debían entrar en la edificación; intuía que Eteria podía estar allí; al fin y al cabo era jardinera.

Lograron llegar hasta el pórtico, rodeando el espacio donde se desarrollaba la lucha de los guerreros de Krysaor y las guardianas. En el interior del pórtico se abría un portón. Gracias a la fortaleza de Kilian consiguieron cerrarlo, evitando así que aquella jauría humana entrase.

Poco más allá del pórtico había un patio central donde presenciaron una escena desgarradora: una mujer vestida con los ropajes púrpura de la Gran Vestal, ahora deshilachados y colgando en jirones, de modo que aparecía casi desnuda, había sido atada a una de las columnas y estaba siendo cruelmente azotada con un látigo por un soldado mientras otros cinco, ebrios, gritaban que les entregara la joya que deseaba su señor, el rey Krysaor.

A pesar del tiempo y las cicatrices del sufrimiento, Nórax la reconoció al instante. Ya no era la niña adolescente ni la joven que había conocido en Albión, sino una mujer en plena madurez y belleza. Eteria era la Gran Sacerdotisa. Ahora entendía por qué las guardianas en la explanada luchaban con tanta ferocidad: lo hacían para defender a la Gran Vestal, impidiendo que los hombres de Krysaor entrasen en la escuela de las hespérides. El sacrificio y la devoción por la madre y señora de Hesperia habían llevado a las guardianas a arriesgarlo todo e incluso dar la vida por ella en una batalla desesperada.

Nórax corrió hacia ella y cortó las cuerdas que la ataban a la columna. Kilian, con su fuerza imparable, apartaba a los otros soldados, derribándolos con una furia desatada. La escena se volvió un caos de gritos y golpes.

Eteria fijó los ojos en su salvador y, al reconocerlo, un grito ahogado escapó de sus labios. En su mirada se entremezclaron el agradecimiento, la sorpresa y el alivio, pero también la profunda unión de dos almas que había perdurado a pesar de los años de separación. Las lágrimas brotaron de sus ojos mientras Nórax sentía su corazón latir aceleradamente; sus miradas se entrelazaban,

cargadas de una emoción tan intensa que los hacía temblar. Sin embargo, hubieron de sobreponerse a sus emociones porque los soldados que torturaban a Eteria se estaban enfrentando a sus inesperados atacantes.

La lucha se recrudecía en torno a ellos. Feder, posiblemente como reacción ahora a la muerte de la joven pelirroja que le recordaba a su hermana, empuñaba furioso un largo cuchillo que manejaba con tanta destreza y habilidad que se quitó de en medio a dos soldados. Nórax desenvainó la espada y se la clavó en un costado a otro, y cuando un tercero lo atacaba, se agachó y le hirió por el bajo vientre. Eteria no se mantuvo al margen, sino que agarró el puñal del hombre al que Nórax había atravesado con la daga y, hábilmente, se lo clavó en el tórax, muy cerca del corazón, a uno que intentó agarrarla. Nórax se defendió de otro que le atacaba con un palo embistiéndole sin vacilar con la espada.

Habían conseguido vencer a los esbirros de Krysaor, que yacían muertos o heridos, pero el gran portón de la escuela crujía. Las guardianas no habían podido detener a los soldados, y estos, intuyendo que dentro de la edificación porticada podía haber algo importante, comenzaron a golpear con troncos el portalón, que estaba empezando a ceder.

Mientras los golpes resonaban en el gran portón, todos rodearon a Eteria, quien, como pudo, se cubrió con los ropajes purpúreos, que estaban desgarrados. Tras observarla con admiración por su dignidad y belleza, algo los impulsó a doblar la rodilla ante ella. Nórax no lo hizo, sino que dio un paso al frente y, temblando, le puso los brazos sobre los hombros, como una sutil caricia, ante la mirada extrañada de los otros, que no entendían cómo la conocía. Ella se refugió, llorando, en sus brazos.

Inmediatamente se separaron; el portón cedía, y los soldados de Krysaor penetraban en la escuela de las hespérides. Uno de ellos gritó que aquella mujer vestida de color púrpura era la Gran Sacerdotisa y que debían atraparla para su señor Krysaor.

Eteria miró con horror a los que aludían a ella y señaló a Nórax y a los otros un portillo que conducía a un túnel. Entraron rápidamente en él, que estaba iluminado por antorchas dispuestas en las paredes, pero los soldados que accedían al gran patio los vieron huir en esa dirección. Sedric, que iba el último, empujó hacia adentro el portillo, pero tan apresuradamente que no lo cerró bien. Las maderas cedieron enseguida y los soldados se lanzaron en su persecución. Corrían por el túnel, seguidos por los soldados de Krysaor.

Más adelante no había antorchas, lo que los obligó a tomar una de la pared para iluminar sus pasos. El túnel bajaba y se retorcía: debía de haber sido construido hacía mucho tiempo y utilizarse muy poco. Oían muy cerca las pisadas de sus enemigos. El pasadizo se abrió finalmente a un espeso bosque, por el que avanzaron lo más rápido que podían entre los árboles.

Eteria los guiaba. Iba delante con Nórax, seguidos un poco más atrás por los otros tres. Mientras corrían, le susurró a Nórax, jadeante:

—Debo rescatar la piedra de luz: es lo que busca Krysaor, y no debe caer en sus manos.

—¿Dónde está?

—¿Recuerdas la cabaña del sauce?

—Sí.

—La piedra está escondida allí. Está segura, pero, si incendian el bosque, puede dañarse o perderse. Nórax, quiero que me acompañes a la cabaña. Debemos volver al lugar donde todo se inició… —Dicho esto, la hespéride se detuvo y se dirigió a los hombres de Nórax con fuerza y determinación—: ¡Debéis alejar a los que nos siguen de mí y de Nórax! Tenemos que recuperar algo que es crucial que no caiga en las manos de Krysaor.

Enseguida los tres entendieron que algo grave estaba en juego y asintieron.

—Nórax y vos, seguid adelante, nosotros cubriremos vuestra huida —apuntó Feder.

Sedric, Kilian y Feder desenvainaron sus armas y se aprestaron a luchar mientras Nórax, que reconocía el lugar donde estaban, les daba instrucciones.

—Este camino —y señaló uno que cruzaba más adelante— lleva hasta la cala donde está varada la nave de Kendal. Si conseguís libraros de esos hombres, regresad a la nave y esperadnos un tiempo. Si al amanecer no hemos vuelto, indicad a la tripulación que se dirija a Hunuba para buscar refuerzos y traedlos aquí.

Kilian, Sedric y Feder se situaron en el centro del camino, esperando a los soldados de Krysaor que los perseguían. Nórax y Eteria siguieron hacia adelante. Detrás quedó el ruido de la lucha entre los hombres de Nórax y los de Krysaor.

Cuando se hubieron alejado lo suficiente, Eteria comenzó a avanzar algo más despacio, y así pudo, de modo entrecortado, explicarle a Nórax lo ocurrido. Desde hacía unos meses, el rey Krysaor les había enviado mensajes exigiendo la joya. Amenazó con atacar la isla si no la entregaban. Eteria pensó que lo más prudente era sacarla del templo. Lo habló con Areté, y a ella se le ocurrió que en la cabaña del bosque estaría más protegida gracias al conjuro de Dana, que mantenía el recinto invisible a cualquiera que albergase odio o les desease el mal.

Nórax y Eteria corrían ahora entre el olor a madera quemada y árboles humeantes de lo que antaño había sido una hermosa floresta. De cuando en cuando, caía una rama incendiada que debían esquivar. A lo lejos, los gritos y gemidos desgarradores de las doncellas vírgenes, al ser mancilladas, resonaban en la noche. Eteria, angustiada y pálida, apretaba los labios con tal fuerza que casi se hacía sangre. Nórax, sintiendo el dolor de ella como propio, caminaba deprisa, guardando silencio, sin saber cómo consolarla. Aquella noche de sufrimiento las tropas de Krysaor habían convertido el paraíso en un infierno. Mientras avanzaban con prisa, esquivando el fuego, sus pasos aplastaban la vegetación. El aire, cada vez más enrarecido, estaba impregnado del olor a humo y a sangre.

Al fin, alcanzaron la cabaña, que no mostraba signos de haber sido descubierta ni dañada. Entraron en aquel lugar lleno de recuerdos, donde el pasado aún susurraba en cada rincón. Eteria se arrodilló y escarbó entre la paja del suelo con las manos temblando hasta destapar la hermosa joya. Cuando la encontró, la piedra brilló con una luz oscura y mate, sin duda reflejo de la tristeza del momento. Sin embargo, al tomarla entre sus manos, el brillo de la joya de Jafet se volvió deslumbradoramente intenso. Fijó en Nórax sus hermosos ojos ambarinos y, con una voz cargada de emoción, sus labios rojos pronunciaron estas palabras:

—Es la esperanza de nuestro pueblo; en ella reside el poder y la energía del dios —declaró con voz firme. Sobre su pecho pendía una cadena, una pequeña caja dorada con incrustaciones de ámbar y coral que formaban un trisquel. La abrió y, tras introducir la piedra de Jafet en ella, la luz de la gema se ocultó.

Entonces, bajo el tenue resplandor de las estrellas, se abrazó a Nórax como una niña, amparándose en él. Pasados unos instantes, se separó ligeramente, aún en sus brazos. De nuevo se miraron, intentando recuperar los años pasados. Se habrían quedado anclados allí, juntos, olvidados de todo, pero la isla ardía. Oyeron a lo lejos crepitar el fuego, caer los árboles. Debían regresar a la playa cuanto antes; los hombres de Nórax los esperaban.

Con renovada determinación, Nórax tomó la mano de Eteria y ambos salieron de la cabaña. Sus pasos levantaban las cenizas del camino mientras el viento traía consigo el olor acre del incendio.

Cada vez más deprisa, corriendo, alcanzaron la cala donde el paso entre los arrecifes estaba expedito. Allí encontraron a los compañeros de Nórax en una situación desesperada. Luchaban contra un grupo de soldados de Krysaor, una decena de guerreros. Kilian, Feder y Sedric se defendían como podían, pero, sobrepasados por el número de los adversarios, no lograban deshacerse de ellos.

Nórax sacó una daga y se la clavó en un brazo a uno de los que luchaban contra Feder al tiempo que lo apartaba con un puntapié en la espalda. Feder, liberado, se centró en defenderse del otro. Eteria

se acercó por detrás y empezó a tirar de la cota de cuero de uno de los que luchaban contra Sedric. El soldado se revolvió y, al ver que era una mujer, se echó a reír sin saber que Eteria conocía un arte de lucha que usaba las manos y los pies como si fueran armas tan duras como el metal. Le asestó un golpe certero en la tráquea con el canto de la mano mientras con el pie le propinaba una patada en la ingle que le hizo gritar de dolor y caer al suelo. Kilian, con su gran fuerza, agarró a dos contrincantes y entrechocó sus cabezas. Feder logró atravesar con su puñal el abdomen del adversario al que se enfrentaba. La playa finalmente quedó libre de enemigos, bien porque huían, bien porque yacían en el suelo.

Cuando todo quedó en silencio, una luna redonda asomó entre la niebla y los iluminó. Nórax señaló la sombra del barco; las velas brillaban por la luz lunar entre las brumas, indicando el camino hacia la bahía. Eteria caminó decidida hacia el océano y se hundió en él para emerger poco después entre las olas como una luz blanca, nadando de esa forma grácil característica de las hijas de la noche. Braceaba deprisa y a su paso dejaba una estela de espuma que parecía abrir el camino en el mar. Los demás la siguieron nadando.

Cuando hubieron pasado los arrecifes, alcanzaron la nave de Kendal con la insignia de los *góidel*. Los izaron hasta el barco. Nórax ayudó a subir a Eteria, cuya ropa mojada se le pegaba al cuerpo, y él se quedó sin aliento al contemplarla así; ahora su belleza era plena, y en ella confluían todas las flores de Hesperia juntas. Al fin apartó la mirada y se encaminó al timón, encauzando la popa curva de la nave hacia mar abierta. Eteria, que estaba a su lado, había sacado la piedra de luz y esta refulgía entre sus manos de un modo extraño. Nórax puso rumbo hacia el noroeste. Navegaban alejándose de la isla y de Tarsis, hacia el puerto de Hunuba. Cuando el barco centró el rumbo, Nórax pasó el timón a uno de los hombres y regresó junto a Eteria. La hespéride estaba en la popa del barco mirando a la isla, que ardía por los cuatro costados, y sus ojos brillaban anegados de lágrimas. Permanecía en trance, como fuera de sí, como poseída por el dios, y tan pálida que parecía el fantasma

de sí misma; y aunque tenía los ojos muy abiertos, no veía nada más que la isla.

Navegaron por la parte occidental de la isla, la que conectaba con el gran océano. Después, para tomar rumbo norte, Nórax hizo girar el barco de forma que tras la popa quedaba aquel mar que parecía infinito, y frente a la proa, la isla de Hesperia, antaño un vergel y ahora poco más que un monte incendiado en el que parecían oírse los gritos de los soldados y los gemidos de las mujeres. Con un gesto y una voz extraños, Eteria le indicó a Nórax que detuviese el barco en ese lugar. Las estrellas del amanecer brillaron y el lucero de la mañana —la estrella de Eteria, a la que su padre la había confiado— apareció en el cielo con un fulgor más intenso que ningún otro día.

Esperaron. En ese momento, detrás de la isla, hacia el continente, el alba iluminó el cielo, que se tiñó de un rojo cárdeno, como la sangre. El mar estaba negro, y la isla, asolada, parda, pero aún iluminada por los fuegos de los incendios, parecía una ascua que iluminaba el cielo de la noche. Cuando las luces del alba tintaron el cielo, Nórax divisó los barcos del rey cercando la isla sagrada; se oía el crepitar del incendio y el crujir de los árboles al caer. Pensó que en la isla no quedaría ya ni una flor ni un hermoso árbol, y que las que los habían cuidado estarían muertas. Giró la cabeza para ver a Eteria, que permanecía sentada en la proa. Nórax alzó la mano para intentar consolarla, pero ella seguía como poseída por una fuerza superior.

Pero al cabo se levantó y, mirando hacia la isla, al tiempo que en el cielo salía el primer rayo de sol, alzó la joya sagrada. El sol borbotó sobre la piedra de luz y extrajo de ella un destello rojizo y después un gran haz bermellón. La isla se volvió incandescente al tiempo que en los barcos se oían los gritos desgarradores de hombres consumidos por el fuego. Cerca de la costa, las naves del rey Krysaor se incendiaron con la energía surgida de aquel rayo luminoso. A todos en la nave se les erizaron los cabellos.

Eteria parecía despertar de un sueño, pero mantenía la joya de Jafet en alto, como guiada por su dios. De ella irradiaba el haz de luz incandescente que ahora asolaba a los enemigos del dios. Cuando cesaron los gritos de dolor de los hombres, la isla se tornó de un blanco resplandeciente, como si toda ella fuese un gran diamante, y de ella emergieron las voces de mil doncellas, cantando el himno al sol. Era un canto alegre, de triunfo y alabanza.

Eteria pareció volver en sí y, con una voz turbada, exclamó:

—Son ellas, están ahí, no han muerto. Todo ha sido transformado. Han ido a las islas de la inmortalidad. Algún día las encontraremos.

Su rostro cambió, y el dolor que mostraba se trocó en un gozo que no obstante le producía pena porque sus mejillas estaban llenas de lágrimas.

Eteria tomó la joya de Jafet con las dos manos y la orientó de nuevo hacia la isla, que dejó de brillar. Todos los árboles se cubrieron de hojas, y el verdor creció por doquier. Hesperia volvió a ser la de siempre, o incluso más hermosa; en las playas les pareció ver a las hespérides saludando a Eteria en señal de despedida. Luego, bajó la piedra y se apoyó en la amura del barco.

De repente se oyó la voz del dios:

—Mis hijas regresan a la luz. Nadie las dañará más.

El sol se elevó sobre Hesperia y el mar se volvió turquesa con su brillo. Un nuevo día se impuso en la isla.

Por última vez, ella dirigió la piedra de luz hacia Hesperia y entonces, frente al barco, del mar se elevaron brumas que la ocultaron. Comenzó a soplar un viento austral que parecía impulsar hacia el norte las nubes que cubrían la isla.

Cuando el sol llegó a su cénit, las nubes conformaban una lejana borrasca en lontananza y, donde antes había existido una isla, solo se veía el mar, brillando azul verdoso bajo la luz de un nuevo día. El rostro de Eteria, bañado en lágrimas, reflejaba un gran agotamiento, como si toda la energía que había salido de ella la hubiese

debilitado. La piedra de luz en sus manos brillaba ahora muy débilmente.

—Algún día todos llegaremos a Hesperia —exclamó—. Está más allá del tiempo y del espacio.

La mirada dorada de Eteria resplandecía y atravesó a Nórax con dulzura. Después se colgó la piedra de luz del cuello en el pequeño relicario y de pie observó el lugar por donde la isla había desaparecido mientras su cabello castaño brillaba extendido sobre la espalda, agitado por la brisa marina.

Hesperia ya no estaba allí. Solo quedaban el mar, la luz y ellos dos, arrancados para siempre de un mundo que se había hundido.

Tarsis sin Hesperia

Hunuba, verano de 1585 a. C.

De pie, acariciado por la brisa que movía sus cabellos, Nórax empuñó el largo remo del timón y se dirigió al norte, hacia Hunuba. Cuando el rumbo fue adecuado, Nórax hizo una seña a Kendal para que le sustituyera en el puesto. Este asintió y, con la mirada, pareció preguntarle a su amigo qué iba a ocurrir ahora. Nórax, moviendo la cabeza en un gesto de duda, balbuceó un apagado «No lo sé» y se dirigió a Eteria, sentada cerca de la proa en una bancada lateral.

La hespéride estaba tensa, con la espalda muy recta y los ojos brillantes de agua; había sacado la piedra de Jafet del relicario con el trisquel y esta refulgía tenuemente entre sus manos. Permanecía quieta, fijando los ojos alternativamente en la piedra, donde encontraba consuelo, y el horizonte, donde antes había estado Hesperia, mientras el sol, que iba describiendo su arco en el cielo y marcando el paso de las horas, la iluminaba. Nórax se acercó a ella y le rozó la espalda con una caricia, intentando consolar su tristeza infinita.

—La isla ha desaparecido…

Pese a lo obvias, con estas palabras quería transmitirle que, por duras que fueran las circunstancias, podía contar con él y que estaban juntos. Ella se sintió comprendida, alzó los párpados y clavó en él los ojos llenos de lágrimas mientras le decía:

—Sigue estando donde siempre, yo la sigo viendo, pero Atón no me permite regresar allí. Desea que vaya contigo a Tarsis y cuide a sus fieles.

—La piedra de luz ha cambiado.

—Ha perdido parte de su energía al purificar la isla: ahora nunca brillará como antes lo hacía.

—Pero en tus manos sigue brillando.

Eteria habló con lentitud, tristemente.

—Soy una hespéride, y solo nosotras somos capaces de canalizar la luz solar e introducirla en la piedra. Es lo que estoy haciendo, dejando que el sol entre en ella de nuevo para que recupere su poder, pero es doloroso para mí.

Así era. La gema sagrada le estaba consumiendo las fuerzas. Nórax la tomó de sus manos y ella la dejó ir. Pareció sentir alivio, y entonces cerró los ojos mientras la luz solar le bañaba el rostro y los cabellos. En las manos de Nórax la piedra cambió su brillo para transformarse en una bella joya que emitía un resplandor tenue, porque estaba tallada con tal maestría que su luz parecía sobrehumana.

Eteria comenzó entonces a hablar, lentamente, recordando lo ocurrido en la isla.

—Cuando años atrás te fuiste, tras la muerte de Niso, acudí a la reunión en la que se discutió el futuro de las hespérides. Me dirigí a ellas esgrimiendo las ideas de libertad y de cambio que tú mismo me ayudaste a madurar. ¡Podíamos cambiar el mundo y mejorarlo! Llevaba en las manos la piedra de Jafet, que brillaba como nunca lo había hecho. Todas interpretaron aquel brillo deslumbrante como una señal del dios. Me aclamaron y me eligieron como Gran Vestal. Desde entonces me centré en conseguir que pudiéramos ir y venir libremente al continente y a Tarsis. Le envié mensajes a mi padre, pedí reunirme con él, pero Gerión se negó. La muerte de Eglea le había convencido de que las hespérides debían permanecer protegidas y confinadas. En la isla, las hespérides, cada vez más deseosas de salir de su encierro, protestaban y me culpaban, alegando que yo no hacía lo suficiente para liberarlas. Me desesperé. No podía desobedecer a mi padre, pero tampoco podía cambiar las cosas, aunque lo deseaba con todas mis fuerzas. Sumida en la

mayor oscuridad, le pedí al dios que me ayudara. Entonces te vi, durante el solsticio de invierno. Yo estaba en el acantilado y noté el roce de tu mano; te encontrabas a mi lado y me dabas fuerza. Fue muy breve, pero me dio esperanza. Te pedí que me sacaras de Hesperia, pero enseguida la visión se desvaneció. ¿O no era una visión? Realmente, sentí el roce de tu mano sobre mi piel. Te echaba cada vez más de menos. Después de aquello, le seguí enviando cartas a mi padre, pidiéndole la libertad de las hespérides, pero nunca accedió. Para compensarlo, nos enviaba animales y plantas de lugares lejanos, piedras preciosas y multitud de regalos. Un día dejaron de llegarnos mensajes de Gerión y, al fin, en un correo, supimos de la muerte de mi padre…

La voz de Eteria sonaba más entristecida, porque ella amaba a su padre y, aunque nunca había convivido con él, solían escribirse; además, desde niña le habían llegado regalos del rey. Eteria, aspirando aire como un suspiro, prosiguió su relato.

—En el correo se revelaba como nuevo rey de Tarsis un hombre llamado Krysaor. Yo no sabía quién era. Unos meses más tarde, el día de las candelas, como era tradición, el nuevo rey se acercó en su gran barcaza al puerto de Hesperia a recoger la luz sagrada. Aunque había cambiado, lo reconocí: era tu compañero, el que un día había estado en la isla, el causante de la muerte de mi hermana Eglea. Solo lo había visto unos momentos años atrás, pero lo ocurrido con mi hermana me hizo intuir que aquel hombre solo buscaba su interés, sin importarle las consecuencias que tuvieran sus actos en los demás. Me sentí completamente angustiada. Pronto, Krysaor empezó a enviar mensajes en los que exigía la piedra de luz. Me negué. Redoblé la vigilancia de las guardianas en las atalayas de la costa ante el temor de que nos atacase o robase la piedra. Intuí que Krysaor nos odiaba.

Nórax asintió con la cabeza, muy consciente de que su antiguo amigo deseaba vengarse a toda costa de las que consideraba causantes de la muerte de su madre y de Eglea. Eteria siguió contando la historia:

—Ayer fue el primer solsticio después de la muerte de Gerión. Habíamos recibido promesas de paz e incluso me llegó una carta de Krysaor prometiéndonos la libertad. Confiadas, nos dispusimos en la ensenada junto al puerto para recibir a las nuevas hijas de la noche. Los muelles de Tarsis a lo lejos estaban llenos de gente, así que parecía que nada había cambiado. Pero en las grandes barcazas que debían haber transportado a las niñas llegaron soldados. Y el ahora rey Krysaor, el que un día mancillara Hesperia, el que causó la muerte de mi hermana, ordenó el ataque. —Sus labios se fruncieron, con dolor y rechazo a Krysaor, pero Nórax la animó con la mirada a que continuase—: Desde la orilla, yo, como Gran Vestal, mi hermana Areté, que era la Gran Guardiana, y otras vestales de alto rango aguardábamos. Cuando las barcazas se acercaron, Areté vio un brillo metálico en su interior e intuyó que no llevaban niñas, por lo que me gritó que huyera. Me negué. Ella, ya la conoces, se enfadó, pero se puso en acción: tensó el arco y las demás guardianas la imitaron. Cuando las falúas tomaron tierra en los muelles, saltaron soldados. Areté y las guardianas dispararon flechas y lograron abatir a algunos. Tras las barcazas aparecieron más naves de los clanes fieles a Krysaor con máquinas de guerra a bordo: catapultas y artilugios incendiarios. Todo había sido meticulosamente preparado para conquistar la isla sin que pudiésemos defendernos. Fuimos presa fácil. Hui hacia el interior de la isla, protegida por las guardianas, que me defendieron con sus vidas. No sé qué pasó con Areté. —Lloró inclinando la cabeza y tapándose los ojos con las manos—. ¡Quizá haya muerto!

Nórax intentó consolarla, extendiendo la mano hacia su cabello sin llegar a tocarlo. Al notarlo, ella levantó la cabeza, los ojos llenos de lágrimas, y su semblante expresaba una intensa pena.

—Las que no teníamos armas nos dirigimos al poblado. Nos seguían, sobre todo a mí. Nos refugiamos en la escuela de las hespérides, junto al templo. Entonces llegaron esas fieras humanas que no eran hombres…, y muchas murieron defendiéndome. Solo buscaban una cosa: la joya de Jafet.

—Pero al final no la han conseguido.

Eteria le hizo un gesto; él entendió que deseaba la piedra de luz, y se la devolvió. Cuando la tuvo entre las manos, la hespéride comenzó a mirar al sol y entró en un trance extraño, pronunciando palabras ininteligibles y rítmicas. Nórax se sentía cohibido porque se daba cuenta de que Eteria hablaba con el dios y encontraba consuelo en él. La dejó allí, bañada por la luz de la mañana, reclinada en la amura del barco, y se dirigió al timón. Indicó que viraran hacia el este, hacia la costa al norte de Tarsis; debían dirigirse a Hunuba.

Navegaron empujados por Céfiro, la brisa del oeste que soplaba a barlovento. Al atardecer alcanzaron el puerto de Hunuba, donde los esperaban. Al enfilar el puerto, Nórax advirtió que no estaban únicamente los otros cuatro navíos cargados de madera del norte que habían viajado con él, sino muchos más, hasta completar la práctica totalidad de la flota *góidel,* amarrada en la dársena. Cuando estaban atracando en el muelle, se oyeron gritos de alegría desde las otras naves, cuyas tripulaciones pensaban que no volverían a ver a Nórax, sobre todo porque habían divisado el gran resplandor en el lugar en que se situaba la isla de Hesperia y los que habían pasado cerca contemplaron cómo las naves cercanas a la isla eran consumidas por un fuego extraño.

Cuando la nave iba entrando en la dársena, Eteria despertó de su trance y se levantó con elegancia, con la túnica rasgada ondeando al viento. Nórax le susurró que se ocultase. Ni siquiera sus hombres, que eran fieles, debían saber que una hespéride había escapado de la destrucción de la isla.

—Nadie sabrá quién soy: la piedra de luz tiene el poder de ocultarme.

Escondió la gema entre sus manos y, al mirarla de nuevo, Nórax vio junto a sí a una mujer, aunque no sabría decir cuál era el color de sus cabellos o su edad, dado que era alguien fácilmente olvidable. «Así es como me ven». Él asintió e inmediatamente ella se mostró de nuevo, tal y como era, con toda su radiante belleza.

Cuando el barco atracó, ella descendió a la cubierta inferior. Allí lo abrazó en un intento de infundirle fuerza; él sintió su corazón aleteando como el de un pajarillo asustado. Se quedó en la bodega, sentada en un pequeño taburete, con la espalda apoyada en la cuaderna del barco y la piedra, dentro del relicario, entre las manos, mientras Nórax subía rápidamente y desembarcaba.

Caminando por el muelle con pisadas fuertes que hacían vibrar las tablas, Nórax se dirigió a la nao capitana. Mientras pasaba entre los barcos *góidel,* los marineros se asomaban a las bordas que daban al puerto. Las filas de remeros levantaron las palas en signo de homenaje. Sonó un cuerno y en todos los barcos se entonó el himno al sol con los remos en alto. Por último, con los remos, hicieron el signo de los *góidel,* la triple espiral.

Al percibir su calurosa acogida, Nórax sintió una alegría agridulce, enturbiada por la destrucción de Hesperia. Durante los años del reinado de Krysaor, Nórax había sido su líder, el último descendiente de la casa del primer Gael, el que los había guiado en hazañas inconmensurables. Ahora que Krysaor había traicionado los fundamentos que un día forjaron la ciudad y las creencias que profesaban firmemente, necesitaban la figura del jefe de los *góidel*. Con su gesto querían demostrarle que le eran fieles, y leales a su dios, a su clan y a Tarsis.

Nórax subió a la nave capitana, imponente y mejor equipada, decorada con trisqueles y símbolos alusivos al dios Atón. Allí, reunidos, estaban los capitanes de los barcos *góidel* anclados en el puerto. Los saludó uno a uno, palmeándoles la espalda o entrecruzando los brazos en un típico saludo *góidel.*

Todos estaban horrorizados y escandalizados por lo ocurrido en Hesperia: temían la venganza del dios. Excitados y presos de la ira, se interrumpían unos a otros para contar que días atrás habían abandonado los muelles en espiral porque el rey les había propuesto sumarse al ataque a Hesperia y ninguno había accedido.

Se defendieron de sus amenazas con diversas excusas y se hicieron a la mar, ocultándose en puertos vecinos mientras

esperaban el regreso de Nórax. Cuando los mensajeros a caballo, enviados desde Hunuba, les trajeron la noticia de que la nao capitana de la flota *góidel* estaba allí, todos los que pudieron pusieron rumbo allí.

Los capitanes *góidel* se congregaron bajo la cubierta de la embarcación, cuyo casco era redondeado y muy grande. Cuando estuvieron todos reunidos, primero se hizo un silencio tenso. Luego, muchos clamaron venganza, mientras que los más reposados mostraban su disconformidad en el rostro. Otros se preguntaban qué había ocurrido en Hesperia y cuál era la fuerza que la había hecho desaparecer. A eso respondió Nórax, en cuya mirada se detectaba una gran esperanza. Él había contemplado de cerca la fuerza del dios:

—Ha sido el dios quien la ha purificado, acabando con todos sus enemigos —explicó—. Como hará con cualquiera que se le oponga. ¡No hay que tener miedo! El dios protege a sus fieles, ya lo habéis visto.

Algunas voces se alzaron entre los capitanes pidiendo atacar a Krysaor.

—Sí. Krysaor ha perdido muchas naves en el extraño incendio que ha consumido Hesperia. El rey ya no tiene barcos, es el momento de atacar —gritó Kendal.

No todos estaban de acuerdo.

—Puede que Krysaor ya no disponga de barcos, pero aún tiene la ciudad en sus manos —repuso temerosamente un marino de unos treinta años llamado Blecán—. La casa *góidel* es solo una de las diez estirpes de Tarsis, y no es la más numerosa.

—Hay muchos mercaderes a quienes no les gusta cómo está gobernando Krysaor, y seguro que se pondrían de nuestro lado —repuso Kendal, decidido y valiente.

—¿Qué somos unos cientos de guerreros *góidel* contra la potencia del imperio tartésico? ¿Contra el ejército de Krysaor? —le refutó Lynnel, un hombre de pelo canoso.

Lynnel se dedicaba al noble arte de la fragua, oficio muy considerado en Tarsis. El metalúrgico era timorato y fiel al dios, y pensaba que este les destruiría por el sacrilegio. Había huido con los marinos cuando supo que el rey había decidido atacar la isla sagrada.

—¡Tenemos que luchar! —gritó Sedric, envalentonado y con el ímpetu de la juventud.

—¡Me parece muy difícil! No podemos olvidar que la reina Akálide controla a todos esos mercenarios traídos de África. Bajo la ciudad hay una multitud de esos hombres africanos, fuertes y peligrosos —replicó Lynnel, el orfebre.

—Dicen que los encierran bajo tierra para servir de alimento al monstruo, de modo que quizá hayan muerto devorados por el Cándamo, ese engendro mitad serpiente, mitad toro —intervino de nuevo Blecán.

Al oír hablar del monstruo, a muchos les recorrió un escalofrío por la espalda.

—El Cándamo es una leyenda, un cuento para asustarnos, pero lo que realmente debería darnos miedo es ese ejército de hombres africanos que son leales a Krysaor —apuntó Feder, fiel al dios y poco dado a supersticiones—. Sin embargo, lo cierto es que no tenemos fuerzas suficientes contra ellos, ni contra los guerreros de las gentilidades que adulan al usurpador.

—La flota sigue siendo nuestra. Ellos no saben gobernar los barcos de vela como lo hacemos nosotros. Y… —gritó con ímpetu el joven Sedric— ¿qué es Tarsis sin sus naves?

—Podríamos irnos de Tarsis —gritó Blecán, que no tenía familia y estaba asustado.

—Pero ¿cómo vamos a irnos dejando a nuestras familias atrás? —se preguntó Feder—. ¡Nunca! No nos iremos. No podemos abandonar nuestros hogares ni a nuestros parientes, que podrían sufrir las represalias del rey. ¿Y adónde iríamos? ¡No tenemos otra opción que volver y enfrentarnos de una u otra manera a Krysaor!

—¡Nos destruirán!

—No podemos hacer nada.

Al fin, la voz de Nórax, serena, conforme con su destino, resonó sobre el caos y el griterío.

—¡Debemos mantenernos unidos! —Mientras hablaba, se fue haciendo el silencio—. Nobles *góidel,* somos la esperanza de Tarsis, llevamos dentro el espíritu del fundador de la ciudad, conocemos sus sabias leyes. Además, tenemos la fuerza del dios que ha protegido a Hesperia y ha quemado las naves de Krysaor. ¡Podremos oponernos a la infamia!

—Si no luchamos, Krysaor nos destruirá —aseguró Kendal, animando a todos a enfrentarse al tirano.

—No podemos luchar —dijo Lendhar, el experimentado capitán que había viajado con Nórax a las Casitérides y era ya casi un anciano—, no somos suficientes.

—Krysaor nos necesita, ha perdido todas las naves de Tarsis.

—No será necesario que luchemos. ¡La flota siempre ha sido en su mayoría *góidel,* pero ahora lo es totalmente! —apuntó Alucio, un comerciante muy rico que veía peligrar su negocio en una guerra civil.

—Lo es —susurró Lendhar, con la prudencia que da la edad—, pero nos va a dar igual. Krysaor controla el ejército, y además la mayoría de los comerciantes están de su lado.

—Negociaremos con él. Le exigiremos que, si quiere usar nuestras naves, que son las que le quedan —propuso Nórax—, reponga el consejo tal y como era antaño, con representación equitativa de todas las estirpes de Tarsis, y se someta a él.

Lendhar miró a Nórax de frente, levantó una mano en su dirección y se expresó con unas palabras que resultaron proféticas mientras movía la cabeza dubitativamente.

—Tu corazón es virtuoso, noble Nórax, y el hombre que siempre es honesto cree que el malvado actuará como él…

—¡Krysaor necesita las naves! ¡Estamos en condiciones de presionarle para que nos respete! —gritó Nórax con decisión.

—No sé si algún día nos arrepentiremos… —repitió Lendhar.

Nórax, después de la destrucción de las naves del rey por el dios, era optimista y se mostraba confiado. La acción del dios le había infundido una seguridad irracional en que todo saldría bien. Además, deseaba proteger a Eteria y a su anciano padre.

—Confiemos en el dios —les animó—. Ya hemos visto su poder, ha destruido la flota de sus enemigos. Él nos protegerá. ¡Gloria al dios!

—¡Gloria a Atón! —corearon todos.

—Si permanecemos leales al dios, Atón intercederá en ayuda de sus fieles.

Entonces todos entonaron el himno con voz enérgica. Las maderas de la nave vibraron con el canto. Kendal y algunos otros no cantaron porque no estaban convencidos de que aquel fuera el camino correcto. Cuando acabaron, hicieron el signo de los *góidel,* tres círculos en el aire con el brazo izquierdo, y después lo elevaron. Una vez que se separaron, toda la flota *góidel,* a la par, comenzó a organizarse para regresar a Tarsis.

Cada capitán tomó el mando de su nave. Nórax debía dirigir la capitana, pero antes de hacerlo se encaminó a la nave de Kendal, donde estaba Eteria. Se la encontró en el mismo lugar en que la había dejado, sentada con el colgante ente las manos. Brevemente, le contó cómo había discurrido todo y le confesó las dudas que albergaba sobre si debía o no atacar a Krysaor. Ella, que siempre había sido una mujer decidida, que sabía lo que quería y lo que no, lo miró sin contestar: tanto dolor la había trastornado y vuelto insegura. Al comprobar que los ojos de Eteria seguían llenos de lágrimas, destrozada por el sufrimiento, Nórax se conmovió profundamente.

Eteria solo se lamentaba en voz muy baja:

—Las he perdido, las he perdido a todas… Mis hermanas, las que me criaron, a las que yo crie… ¿Qué haré sola?

—¡Me tienes a mí! —le susurró él.

Nórax tomó suavemente el colgante que reposaba en las manos de Eteria y lo abrió; la piedra de luz destelleó, y en ella Eteria

distinguió la imagen del Jardín de las Hespérides tal como había sido en tiempos pasados. La visión fue muy breve, pero la consoló.

La abrazó suavemente y ella se dejó hacer, sin fuerzas y como desmadejada. Nórax notó su cuerpo tibio y fláccido durante unos instantes, pero hubo de abandonarla allí. Se quedó sentada en la amura del barco, cerca de la proa, con la piedra entre las manos. A Nórax le parecía que en la nave de Kendal, el pequeño barco que los había traído desde Hesperia, estaría más segura. Con un gesto con el que le daba a entender que la cuidara, Nórax se despidió de Kendal, que estaba serio y no le contestó. No estaba de acuerdo con él en que no se luchase contra el rey.

Nórax saltó al muelle y se dirigió al puesto que le correspondía, el gran remo en popa, el timón de la gran nave capitana. Ondeando el estandarte *góidel* con las velas henchidas por el viento, delante de todas las otras naves de la flotilla, zarpó del puerto de Hunuba. El barco avanzaba rápidamente; los remeros, espoleados por su jefe, no escatimaron esfuerzos y la gran vela cuadrada se tensaba por el viento y el ritmo de la boga. Pronto abandonaron la ensenada y se hicieron a la mar. Las naves *góidel* adoptaron una formación en media luna, con la nave de Kendal situada un poco más atrás que la de Nórax, que la divisaba bien desde el timón.

Durante la travesía, Nórax dirigía la mirada de vez en cuando a la figura de Eteria, que parecía el mascarón de proa de la nave de Kendal. Solo con verla, Nórax sentía que su misión sería evitar que cayera en manos de Krysaor. Sabía que ella tenía una enorme fuerza interior que la protegía, y aunque en esos momentos la angustia por la pérdida de Hesperia la había convertido en un ser callado y ajeno al mundo, ella no era así. Lo comprobó cuando, al acercarse a Tarsis, Eteria dirigió la mirada hacia el lugar donde antes estaba la isla y, al ver el mar límpido como un espejo, levantó la cabeza con decisión, un gesto con el que expresaba que asumiría su destino. Nórax miró hacia el promontorio donde se alzaba su ciudad, con sus edificios blancos y techumbres de oricalco y oro, rodeada por los tres diques.

La conducía a Tarsis, un lugar donde ella nunca había estado y cuya situación era incierta y peligrosa.

Regreso a Tarsis

Tarsis, verano de 1585 a. C.

Las naves *góidel* entraron cabeceando en el agua oscura por el canal central que unía los tres muelles circulares, ahora prácticamente vacíos; las velas cuadradas se reflejaban como una sombra blanca en el agua. Al penetrar en el puerto, Nórax tembló con ansiedad: los muelles aparecían sin gentes, y las dársenas, sin barcos. Reinaba el silencio, solo turbado por el graznido de las gaviotas, que sonaba como una voz dolorida sobrevolando un cielo añil despintado por nubes blancas como pinceladas sutiles.

Cuando todas las escuadras *góidel* accedieron a las dársenas, desde las grandes columnas situadas en la boca del canal central cayeron, con un gran estruendo, los enormes portones que en algunas ocasiones se usaban para cerrar el fondeadero y dejaron atrapadas a las naves del trisquel. Rápidamente los muelles se colmaron de sombras como hormigas, esbirros de Krysaor, y hombres de piel oscura, siervos de Akálide. Al verlos, Nórax comenzó a pensar que podía estar en un error; era posible que les esperase la prisión o la muerte. Sin embargo, aún esperaba poder negociar con Krysaor. Además, ya no podrían dar marcha atrás, porque el puerto estaba cerrado. Si luchaban, deberían enfrentarse a todo el ejército de la ciudad.

Les estaban esperando. Desde el puesto de vigilancia en la torre los habían visto entrar y se había dado la orden de convocar a la guardia para detenerlos en cuanto hubiesen atracado. Cientos de soldados se agolpaban en todos los muelles, muchos de ellos

armados con arcos. Kendal, desde su nave, cercana a la de Nórax, le dio a entender mediante gestos que tenían que luchar. Nórax posó la mirada en Eteria un segundo y, asimismo con gestos, le indicó a Kendal que debían negociar antes de gritarle: «Nada está perdido aún». Kendal levantó el puño al cielo, pero se limitó a dirigir su barco hacia el malecón. No podía hacer otra cosa ni desobedecer al jefe de los *góidel.*

Irremediablemente, los barcos atracaron y descubrieron que, desde los muelles, arqueros y lanceros apuntaban a las tripulaciones, mientras que más atrás se apostaban guerreros de piel oscura y la guardia real. A gritos les ordenaron que permaneciesen a bordo de los barcos y que nadie subiese ni bajase. Poco después unos soldados de la guardia se dirigieron a la nao capitana y detuvieron a Nórax. Los soldados le ataron las manos y, a empujones, le hicieron bajar de barco. También prendieron a los otros capitanes de las naves y a los pilotos y contramaestres.

La comitiva de capitanes y marinos encadenados atravesó las vacías calles de la ciudad custodiados por la guardia de Krysaor. Las gentes, tras las celosías y las contraventanas, los observaban con curiosidad, pero en silencio. Nadie los apoyaba para no señalarse ante el tirano, pero tampoco los insultaban: aún eran respetados en Tarsis.

Los más afines quizá estaban preocupados por lo que les pudiese hacer Krysaor, pero los miembros de clanes rivales sin duda se regocijaban porque los poderosos *góidel* habían perdido el favor real. Amigos y enemigos estaban atemorizados por la explosión de luz que había provocado la desaparición de Hesperia. Nadie era capaz de dar una explicación racional al hecho de que la isla se hubiese desvanecido de un día para otro de la bahía, y eso los tenía asustados y confundidos. Muchos lo interpretaban como el resultado de la ira de un dios al que habían desafiado.

A pesar de los empujones de la guardia, Nórax fue capaz de caminar con cierta dignidad, con la cabeza erguida, el paso decidido, la espalda recta. Pero en su interior temblaba, intranquilo por lo que

les pudiera ocurrir a él y a sus hombres. El tirano no se detenía ante nada, ni siquiera ante la sagrada isla de Hesperia. Además, de cuando en cuando, pensaba en Eteria, escondida en el barco de Kendal; quizá el dios les protegería a través de ella y de la piedra de luz.

Cuando llegaron al palacio real, a gritos, los obligaron a descender por unos túneles ennegrecidos, iluminados tenuemente por antorchas, hasta llegar a una cueva húmeda, de piedra mojada, oscura y maloliente. Allí no entraba por ningún sitio la luz solar, el castigo más penoso para los adoradores de Atón. La congoja y la intranquilidad se adueñaron de los corazones de los prisioneros, que ni siquiera hablaban entre ellos, afligidos por el temor, la humedad y el frío. Durante la noche la cueva tembló agitada por algo que se ocultaba en las entrañas de Tarsis, algo que desconocían. Cuando alguien gritó asustado: «el Cándamo», le hicieron callar. Otro se dirigió a Nórax para preguntarle qué iba a pasar, pero este no respondió. Después se acercó a su amigo Kendal y le susurró:

—He sido un ingenuo pensando que Krysaor nos respetaría.

Kendal movió la cabeza en la oscuridad asintiendo, pero en lugar de reprocharle que se lo había advertido, lo consoló.

—Todos lo hemos sido.

Entonces detrás de ellos se oyó la voz de Feder:

—Quiera el dios protegernos.

El corazón de todos estaba sumido en la desesperanza.

No supieron cuánto tiempo había pasado hasta que, al fin, el gran portón de la cueva se abrió con estrépito. Recorrieron los túneles hasta llegar a los pórticos que rodeaban el palacio, entre cuyas columnas se filtraba la luz de un sol brillante que les deslumbró después de la oscuridad en la que habían permanecido tantas horas. Tras cruzar unos corredores, alcanzaron unos grandes portones de bronce, custodiados por la guardia, que se abrieron lentamente para darles paso al salón real.

Allí estaba el majestuoso trono de Gerión, el trono de alabastro, rodeado por los enormes grifos, amenazadores, pintados al fresco en

la pared, sumido en la oscuridad, como la última vez que Nórax estuvo en palacio. El salón estaba únicamente iluminado por las ascuas en el recipiente de porfiria, que trazaban sombras en la pared. En la penumbra les recibió el rey Krysaor con expresión iracunda a la vez que taimada. Sabía que los había atrapado y que podía hacer con ellos lo que quisiera. Iba vestido con ricos ropajes bordados en hilo de oro y plata y portaba gruesos anillos de piedras preciosas en las manos, un enorme torques en el cuello y una corona de oro sobre la cabeza.

Al rey lo escoltaban dos guardias de espaldas poderosas y faldellines cortos, armados con grandes cuchillos al cinto, puños de cuero recamados en metal en las muñecas y una lanza en la mano derecha. Ligeramente delante, en un sitial más bajo, se sentaba la reina Akálide, que parecía enroscada en el trono con sus largas piernas cruzadas y un brazo sobre el respaldo, mientras sus pechos parecían alzarse amenazadores. Una vez hubieron entrado, Krysaor se incorporó en el trono y, con la barbilla elevada y los ojos entrecerrados, los observó de modo altanero, con desprecio. Nórax pensó que no era el rostro de aquel que había sido su amigo de infancia y juventud, sino el de un extraño. Sabía que, si pudiera hablar con él a solas, apelando a su antigua amistad, quizá podría influir sobre él. Dio un paso adelante, dirigiéndose hacia el rey en un intento de conseguir una mayor intimidad, pero Krysaor extendió la mano con la palma abierta y lo detuvo.

—¡Arrodíllate ante tu rey y señor!

El rostro endurecido y severo de Krysaor bastó para que Nórax se arrodillara. Los guardas bajaron las lanzas, amenazadores.

El rey se levantó del trono y, ya de pie, acusó a todos los marinos presentes en la sala:

—Toda la estirpe *góidel* está bajo sospecha de traición porque vuestros barcos huyeron cuando se les convocó.

—La flota *góidel* no es una flota guerrera, sino mercante… —se intentó justificar Nórax—. Tiene obligaciones.

—¡La primera, obedecer a su rey!

Nórax se sintió acorralado e intentó de nuevo excusarse de algún modo:

—Estoy convencido de que mis hombres actuaron por lealtad a sus obligaciones, no por desobediencia intencionada.

—¿No? No hicieron lo que se les ordenó. ¡Eres el responsable de la flota *góidel* y, por tanto, el culpable de todo! —le acusó—. Debes dar un severo escarmiento a tus capitanes.

Con voz conciliadora, Nórax intentó exonerar a sus compañeros y finalmente acabó diciendo:

—¿Qué quieres, Krysaor? ¿Que castigue a mis mejores capitanes por traición? Entonces, según las leyes, morirían. ¿Y qué son las naves de Tarsis sin unos buenos capitanes y pilotos? Algo que no lleva a ninguna parte. Por tu absurdo ataque a Hesperia, has perdido tus barcos y capitanes… Has mancillado la sagrada isla de Hesperia.

La cara de Krysaor se tornó de un rojo intenso y sus ojos chispearon de furia mientras cortaba bruscamente las palabras de Nórax.

—¡No hables así de ese lugar maldito! —rugió el rey.

Nórax, que seguía de rodillas, empezó a levantarse con una calma aparente que ocultaba su tensión interna. Habló con un tono conciliador pero firme:

—¡Olvidemos el pasado! Repón el consejo, obedece las antiguas leyes de Tarsis y tendrás una armada que te será fiel. Si no…

—¿Me amenazas?

—¡No lo estoy haciendo! ¡Te propongo un acuerdo!

Con una gran arrogancia y una autoridad aplastante, Krysaor elevó la voz, pronunciando cada palabra lentamente mientras fijaba su mirada feroz en Nórax. Finalmente, rugió con furia:

—¡No hay ningún acuerdo posible! ¡Solo que os sometáis! Los *góidel* acataréis mis leyes, unas leyes justas que superan la esclavitud de las que impuso la estirpe de Gerión.

—Juro que te serviremos en todo lo que no contraríe nuestros principios —respondió entonces Nórax con voz clara y firme.

Todos juraron, pero no fue suficiente. En ese momento la voz sibilante de la reina Akálide cortó el aire como un cuchillo.

—¿Os atrevéis a oponeros al rey Krysaor?

El rey, ignorando por completo a su esposa, gritó con furia:

—¡Cuando digo que me obedecerás en todo…, eso es exactamente lo que harás! —Su tono, al comienzo duro, se volvió engañosamente suave, pero no perdió ni una pizca de su intención amenazadora—. Sí, lo harás de corazón.

Nórax bajó la cabeza, sus puños cerrándose con fuerza hasta que los nudillos se volvieron blancos. La frustración y la impotencia se reflejaban en sus ojos mientras luchaba por contener su ira. Con una voz apenas contenida, respondió:

—La estirpe *góidel* siempre ha obedecido a los reyes de Tarsis, pero nunca traicionaré mis creencias. Entiendo a mis hombres cuando se han negado a obedecer una orden inicua.

—¿Me desafías?

—No. Sabes que no. Siempre te obedeceré en aquello que considere justo.

Krysaor le señaló con el dedo, imperativamente, a la par que reía con desprecio.

—Has de saber que cualquier movimiento en falso… —de nuevo levantó la voz casi gritando—, ¿me escuchas, Nórax? Cualquier movimiento en falso significará el hacha o el destierro. ¡Cualquiera! ¿Lo entiendes bien, Nórax?

—Sí… —Nórax bajó de nuevo la cabeza y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¡Sé que no puedo arrancar de tu mente ni de la de tus gentes a esa deidad que aleja a los hijos de sus madres! Pero a partir de ahora cualquier manifestación pública de culto al dios solar será condenada.

Nórax seguía con la cabeza baja, sin contestar; sentía que las lágrimas asomaban a sus ojos de pura rabia ante la injusticia. En la mirada de Krysaor latía un desdén inmenso hacia aquellas creencias

que les habían inculcado de niños. El rey retomó la palabra con más altivez.

—De ahora en adelante, la flota de los *góidel* obedecerá mis órdenes. ¿Has entendido? No saldréis del puerto sin un permiso explícito del consejo real.

Nórax tragó saliva con dificultad. No podía soportar aquello, así que con voz áspera y ahogada repuso:

—Los marinos de Tarsis, los capitanes y pilotos de la flota, hemos sido siempre libres. Nuestras naves han surcado los océanos buscando nuevas rutas comerciales o nuevos caladeros de pesca. Nunca se nos ha puesto límites…

Los ojos de Krysaor brillaban con una insania alucinada:

—¡Eso se ha acabado! Y ¡no me hables del pasado! Por el culto a ese dios abominable se ha hundido prácticamente la flota de Tarsis. Solo quedan vuestros barcos, que a partir de ahora serán la armada real y solo obedecerán a su rey. ¿Has comprendido? A cambio, respetaré la vida de los traidores que no acataron mis órdenes, Si no aceptáis, tus capitanes morirán. Cada acción que yo considere contraria a mis leyes será castigada: uno de tus capitanes será entregado al *laber*.

Nórax sintió un nudo de angustia en el pecho; la vida de sus hombres era lo que más apreciaba.

La reina Akálide se levantó del trono y, con voz alta y clara y un tono sibilante que destilaba malevolencia, anunció:

—Se te concederá una única prerrogativa —su voz era un susurro venenoso—: elegir cuál de tus hombres morirá.

Después de pronunciar estas palabras, sonrió aviesamente con malicia y crueldad.

Un murmullo de horror y enfado recorrió a los marinos que acompañaban a Nórax.

—¡Nunca! ¿Me oís? —espetó Nórax con voz entrecortada y llena de determinación—. Nunca mataréis a uno de mis hombres. Antes moriré yo.

La reina Akálide soltó una carcajada malévola y después, exclamó con arrogancia:

—Al fin tiene miedo. Solo hay un modo de someter a los rebeldes. ¡El miedo!

Krysaor, con una mirada desquiciada, observaba la escena para finalmente ordenar:

—¡Podéis iros! ¡Ya sabéis a lo que os exponéis si intentáis sublevaros o no obedecéis mis órdenes! ¡Regresaréis al puerto! ¡Entregaréis la mitad de la carga de cada barco como tributo por vuestra rebeldía!

—La clemencia del rey es inmensa —exclamó la reina.

Krysaor se dejó caer en el trono y con el brazo estirado señaló el gran portón de salida, dando por concluido el juicio. Abandonaron el salón del trono escoltados por la guardia, pero libres; aunque desde ese momento una grave amenaza pesaba sobre ellos.

Los esbirros del rey los custodiaron hasta el puerto, donde la marinería esperaba bajo la atenta vigilancia de los soldados, quienes les habían impedido desembarcar desde su llegada. Los hombres, sentados en los costados y las amuras de los barcos, vieron avanzar a Nórax y a los otros.

Al comprender que habían sido liberados, gritaron con alivio, pero la angustia y la tensión en el aire les impidieron aclamarles como lo habrían hecho en otras circunstancias.

Nórax comenzó a dar órdenes para descargar los navíos. Tanto la mitad de la madera que habían traído del norte como la mitad de la carga de los otros barcos fue confiscada por la guardia real. Mientras los marineros, los estibadores del puerto y la guardia bajaban la mercancía, Nórax se aproximó al barco de Kendal, donde Eteria se ocultaba.

Descendió bajo la cubierta de proa, donde ella le esperaba sentada, con las manos en la cara. Al oírle entrar, se levantó y se lanzó a sus brazos. Se abrazaron estrechamente durante largos instantes. Finalmente, Nórax le levantó la barbilla y la miró a los

ojos, ahora ámbar oscuro y llenos de lágrimas. Se conmovió al verla así.

—No ocurrirá nada —le aseguró ella—. Te protegeré.

Era extraño porque, aunque parecía más débil que él, de Eteria dimanaba una fuerza que cuidaba de los dos. Sin hablarle, entendió todo lo que había ocurrido en el palacio de Krysaor.

Suavemente, le susurró:

—Confía.

Nórax bajó la cabeza, la apoyó sobre el pecho de ella y oyó los latidos de su corazón, fuertes, rítmicos, serenos. Y, en medio del horror, sintió una paz profunda.

Alguien desde arriba llamó a Nórax. Renuente, se separó de Eteria, subió por la escalerilla y encontró a Kendal, que era quien lo reclamaba. Le preguntó qué harían con Eteria, ya que nadie debía descubrirla. Nórax no le contestó y comenzó a dar vueltas por la cubierta, con la desesperación reflejada en el rostro. Se sentía atrapado; a su alrededor, los hombres pasaban cargados con troncos.

Por fin, tomó una determinación que confió a Kendal. Ambos descendieron hasta la bodega del barco, donde estaba Eteria. Juntos la ocultaron en un gran saco de arpillera y la cargaron como si fuera un fardo. Escogieron a dos marineros fornidos y de confianza, a quienes les ordenaron conducir el bulto al palacio de Argón. Kendal los acompañó.

El saco pasó entre los soldados de Krysaor, quienes lo detuvieron momentáneamente. Desde el barco, Nórax observó la escena con horror y mantuvo la tensión. Sin embargo, unas grandes ánforas de aceite cruzaron el control, distrayendo a los guardias, que dejaron pasar el saco sin darse cuenta de nada. Nórax suspiró aliviado, sintiendo que la piedra de Jafet la protegía. Se apoyó en la borda mientras veía el bulto alejarse hacia la plaza del mercado y desaparecer por la esquina de una calle.

Después desembarcó y supervisó el tributo que debía pagarse, yendo de barco en barco para evitar que los hombres de Krysaor se

apropiaran de más de lo que les correspondía.

Argón y Eteria

Tarsis, verano de 1585 a. C.

Cuando terminaron de descargar los barcos, los marineros se dispersaron por la ciudad, llevando consigo chismes y rumores. Sin embargo, ninguno mencionó a Eteria. La piedra de luz la había velado, como si su presencia se hubiera disuelto entre los reflejos del mar y el resplandor del mediodía. Solo se propagó la historia de un rayo que había surgido de los cielos y reducido la isla a cenizas. Pero eso no era cierto. Eteria y Nórax conocían la verdad. La isla había sido trasladada por la fuerza del dios a un lugar ignoto, al noroeste. Y mientras recordaba la voz de Dagda en Tara, Nórax sentía en lo más hondo que aquel prodigio formaba parte de algo más grande, algo que aún no comprendía del todo.

Nórax y los nobles *góidel* cruzaron el puerto y la plaza y subieron por las calles de la ciudad, que seguía desierta. Los habitantes se habían encerrado en sus casas por temor al rey, abrumados por el fenómeno extraordinario de la desaparición de la isla de Hesperia. En Tarsis se respiraba un ambiente de terror, algo ominoso que parecía amenazar a todos. Los esbirros del rey vigilaban las moradas de los *góidel* y un nutrido grupo se apostaba frente al portón de entrada del palacio de Argón, lo que les recordaba que estaban bajo la constante vigilancia y el poder de Krysaor.

Nórax franqueó la puerta de entrada, con grandes zancadas, y cruzó el gran zaguán circular, donde Kendal le salió al encuentro y lo saludó efusivamente. Nórax le contestó en el mismo tono, y al oírle entraron varios sirvientes. En voz más baja, evitando que lo

escucharan los sirvientes, Nórax le preguntó inmediatamente por Eteria.

—¿Dónde está? ¿Os han detenido en la puerta?

Kendal respondió con un tono formal, más por respeto a los criados presentes que por distancia con su amigo:

—No, mi señor, pasamos y la guardia de la puerta no examinó lo que llevábamos. Como nos indicasteis, la entregamos a Cidón, quien la ha puesto al cuidado de la sirvienta de vuestra madre.

Al oír ruidos en el zaguán, bajó Lyda, la anciana sirvienta de la casa. Saludó a Nórax con una leve inclinación y le confió en voz baja que la dama recién llegada descansaba en la que un día fuera la habitación de su madre. Él no quiso despertarla y le pidió a Lyda que avisase a Cidón. En cuanto el intendente llegó, Nórax, visiblemente preocupado, le preguntó:

—¿Cómo está mi padre?

—Está sumido en un delirio constante, muy confuso, pero lo peor fueron los días en los que se atacó la isla de las vestales, cuando gritaba y tenía visiones continuamente. Hablaba del patriarca Jafet y de las hespérides. He evitado que nadie que no sea de mucha confianza se acerque a su cámara.

Nórax asintió y frunció los labios. Subió a verlo acompañado de Cidón y encontró a su padre con la cara desencajada de terror. Gritaba algo así como «Somos herejes…, el dios nos va a destruir». Intentó tranquilizarlo diciéndole con suavidad que no ocurría nada. Asombrosamente, al oír la voz de Nórax, su padre pareció reconocerlo y serenarse. Nórax sintió un nudo de dolor en su pecho; su amado padre, al que siempre se había sentido unido, estaba perdiendo la razón y alejándose del mundo real. Esa incoherencia que lo atenazaba era como una muerte en vida.

Permaneció largo rato junto a Argón, sentado al borde del lecho, asiéndole la mano y relatándole las muchas aventuras de su largo periplo en torno a África, esas historias de marinos que tanto le gustaban. Quizá no lo entendía, pero la voz de su hijo lo

tranquilizaba. Al fin, Argón cerró los ojos, sereno, y Nórax salió de su aposento.

Bajó con Cidón las blancas escaleras hasta una estancia de paredes gruesas donde nadie pudiera oírlos. Allí Nórax le contó lo ocurrido, aunque pasó por alto muchos detalles en lo referente a Eteria.

—¿Por qué Krysaor no se sumó al ataque a Hesperia? —le preguntó Nórax.

—No se sabe con certeza. Está debilitado por Akálide, esa mujer temible… —respondió Cidón, tras una pausa—. Se dice que lo domina por completo, que le proporciona drogas que someten su voluntad. Al parecer, le advirtió de que no fuera a Hesperia. Le aseguró que corría peligro si pisaba la isla. Tal vez temía que las mujeres de allí pudieran influir en él y liberarlo del control que ejerce sobre su ánimo. Vuestro amigo Krysaor ya no es el guerrero ni el marino que navegó con vos.

Nórax movió un pie con nerviosismo.

—¡No! —exclamó con amargura—. No tiene nada que ver… Es peor… Antes andaba siempre obsesionado por Hesperia, dolido por la muerte de su madre y avergonzado por la ruina de su casa. Ahora ha cambiado. Se ha llenado de orgullo y vanidad y solo quiere demostrar que es superior a todos los que un día lo humillaron. Quiere convencerse a sí mismo de que todas sus desgracias dependen del culto al dios solar, y por eso desea destruirlo a toda costa. Piensa que si lo destruye va a cambiar el mundo. Y en eso esa mujer con la que se ha casado lo alienta. Quieren crear una nueva religión, un nuevo orden de cosas. Pero si en el culto a Atón había sombras, lo que están imponiendo ahora es cada vez más cruel…

Nórax se detuvo. Estaba conmocionado. Krysaor había sido su amigo, y lo conocía muy bien. De niño y en su juventud no había sido malo, solo un muchacho herido por el pasado, pero lleno de vida y genialidad. El enfrentamiento en palacio y las horas de oscuridad habían sido terribles para él y para el resto de los marinos *góidel*.

—Debéis guardaros de Krysaor.

—Lo sé.

Entonces Cidón bajó la voz y cambió de tema para informarle de lo que le preocupaba:

—La bella dama, tal y como indicasteis, está escondida de la mirada de las gentes. —Cidón sentía curiosidad a la par que admiración—. Es muy hermosa, solo puede venir de Hesperia.

Nórax asintió; en su mirada latía una afirmación y un cierto temor a que la descubriesen.

—Los criados podrían hablar. No sé si debéis confiar en su discreción.

Entonces el marino le explicó a Cidón que Eteria poseía una sabiduría y un poder que la protegían. El criado le juró que se comprometía a guardar silencio y a salvaguardarla, ya que era lo único que quedaba de la isla sagrada. Ocultaría a la servidumbre la procedencia de Eteria. Le dijo que solo Lyda intuía de dónde venía. Nórax se lo agradeció y cortó la conversación porque estaba muy fatigado. Se despidieron y cada uno se encaminó a sus aposentos.

En el lecho, Nórax, agotado, no podía dormir pensando en los últimos sucesos. Todo había cambiado en Tarsis. Además, le desvelaba el hecho de que Eteria estuviese en unas estancias más allá, bajo su mismo techo. La hespéride era lo que más amaba en el mundo, la mujer por la que había luchado y esperado tantos años. No solo era el amor de su vida, sino también el último vestigio de la isla sagrada. La responsabilidad de su seguridad recaía sobre sus hombros, y el peso de esa carga lo mantenía despierto.

Finalmente el cansancio lo venció y se quedó dormido. Soñó de manera agitada durante toda la noche, vislumbrando al buen rey Gerión y a Eglea en las playas de la isla de la inmortalidad.

Al despertar, Nórax buscó a Eteria. Una sirvienta le informó de que se había levantado al amanecer y estaba en la azotea que daba al mar. Subió las blancas escaleras de dos en dos y, al llegar a la terraza, la vio de espaldas, mirando el horizonte. Se quedó inmóvil, con el corazón latiendo aceleradamente, incapaz de apartar la vista

de ella. La felicidad de tenerla cerca se mezclaba con la dureza de los últimos días. Le costaba creer que estuviera allí, tan próxima. El rostro de Eteria reflejaba pesar y un profundo anhelo. A lo lejos, el mar, iluminado por la suave luz matinal, mostraba un intenso azul oscuro. La brisa levantaba olas blancas en la bahía, y multitud de aves marinas, junto a palomas y jilgueros, sobrevolaban sus cabezas.

Se sorprendió al dirigir la mirada hacia el mar. Desde aquel lugar en la parte alta de la casa, Nórax se dio cuenta de que podía divisar Hesperia con toda claridad. Lanzó una exclamación de sorpresa: aunque ya no existía, estando con Eteria la isla volvía a divisarse en la entrada de la bahía. Cuando vio la expresión sorprendida de su rostro, Eteria le confesó:

—Yo la sigo viendo. Está ahí, pero a la vez no está, y no puedo llegar a ella. Tú la ves a través de mí.

El cabello castaño de Eteria, que caía sobre su espalda, se levantaba con la brisa marina y brillaba intensamente. Nórax contempló su perfil de líneas finas, las largas pestañas y el fulgor de los ojos y sintió una intensa felicidad que le atravesaba el pecho. Entonces evocó el pasado y le dijo:

—Me gustaría volver allí, a aquella época en la que te espiaba y vivía en la cabaña del sauce.

Eteria, pensativa a la vez que serena, con los ojos bajos, recordó que en aquel tiempo ella no era feliz.

—Yo pensaba que estaba en una prisión, pero ahora la echo de menos. Y no solo la isla, sino también a mis hermanas, todo lo que suponía vivir allí.

Alzó la mirada hacia él y en sus ojos había un destello de agua, la añoranza por su vida de hespéride. Después intentó desechar la melancolía. Observó lo que la rodeaba, la terraza abierta al mar, y comentó:

—La casa de tus antepasados es muy hermosa. Desde aquí se podrá ver cómo el dios se hunde en el mar y se va al inframundo, donde lucha con Apofis, la gran serpiente.

Nórax recordó su lucha con el gobio que protegía Hesperia y sonrió; después, con cierta ironía, comentó:

—Creía que Krysaor y yo la habíamos matado…, a esa serpiente maligna.

—No todas las serpientes son malignas; a veces el dios utiliza su poder para proteger lo que considera importante. Durante la noche nos protegía un dragón que guardaba la isla de Hesperia. —Eteria también sonrió—. En todas las leyendas se hablará de él y de nosotras: del Jardín de las Hespérides, custodiado por el dragón. Desde que desapareció, todo comenzó a cambiar.

Eteria le dio la espalda al mar. No deseaba seguir viendo la isla; le hacía sufrir saber que no iba a regresar. Apoyó la espalda y los codos en la balaustrada y dirigió la mirada a Nórax, que estaba frente a ella. Detrás de él, en pendiente, se abría el jardín: descendía en terrazas cubiertas de cipreses, palmeras y algún sauce, pero todo lleno de maleza, como una belleza vencida por el abandono.

Eteria, que amaba las plantas, bajó hacia allí sin decir nada. Nórax la siguió. El jardín estaba enmarañado de arbustos, entre los que trataban de despuntar, entre malas hierbas, algunos rosales. Tocó con delicadeza un capullo, que pareció abrirse a su tacto. Más allá divisaron un banco cubierto por las ramas de un sauce llorón. Al fondo había un pozo, el mismo por el que la madre de Krysaor se había ido de este mundo. Fueron bajando por un caminillo. Al llegar junto al brocal, Eteria sintió algo, un extraño dolor que, de algún modo, él también compartía.

—Aquí alguien debió de sufrir mucho.

Fijó en él sus ojos ambarinos, capaces de percibir el pasado oculto y, a veces, el futuro. Nórax le contó la historia de Krysaor y en el semblante de Eteria se dibujó una sombra de dolor.

—Ahora entiendo muchas cosas.

Eteria miró en dirección al sol, cuya luz alumbraba tenuemente el jardín entre las hojas de los árboles, como suplicándole misericordia. Abrió la pequeña caja decorada en ámbar y coral, que le colgaba del pecho, la tomó entre sus manos y el jardín se llenó de luz. Después

acercó la piedra al pozo y de él salió una nube negra que se fue disipando lentamente en el aire hasta que, de pronto, la melancolía que les había embargado desapareció como la niebla al amanecer.

—Ya no luce como antes —susurró Nórax, observando la piedra con una mezcla de tristeza y admiración—. Ha perdido parte de su fuerza.

Era así. Brillaba mucho más tenuemente que en Hesperia.

—Se agotó cuando purificó Hesperia. Quizá algún día recupere su fulgor —respondió Eteria, con voz suave pero firme—, pero todavía contiene gran fuerza: sana, purifica y regenera lo dañado.

Nórax pensó en su padre, a quien respetaba y amaba profundamente. La posibilidad de que Eteria y el poder de la piedra de luz pudieran ayudarlo encendió una chispa de esperanza en su interior.

—Quiero que conozcas a mi padre. el gran Argón. Un espíritu maligno lo ha poseído y a veces delira, y otras no conoce a nadie.

—No siempre son espíritus malignos. Los hombres envejecen de maneras extrañas.

Nórax asintió, comprendiendo que la sabiduría de Eteria iba más allá de lo visible. Juntos, quizá podrían encontrar una forma de devolver la paz a su padre. Extendió la mano hacia ella, quien la agarró suavemente. Unidos de la mano, bajaron por las blancas escaleras de alabastro hacia el piso inferior a la terraza. Después recorrieron un pasillo abierto al mar por columnas pintadas de rojo. Al fondo se extendía un estrecho corredor que giraba para desembocar en unas habitaciones un tanto escondidas. Allí moraba, oculto de miradas ajenas, el gran Argón.

Estaba acostado en el lecho, y Lyda, junto a él, le daba un desayuno a base de leche y panecillos. Argón, protestando, le decía que no quería más, que lo dejase tranquilo.

—¡Tengo mucho que hacer! ¡Hay que ir al puerto! Gerión me ha encargado llevar una carga a las islas Gimnesias y hay que cobrar el tributo. Los honderos se retrasan.

Intentó levantarse, pero trastabilló y cayó al suelo. Eteria y Nórax se lanzaron hacia él y este último le levantó. Al sentirse agarrado entre los fuertes brazos de Nórax, se puso a gritar asustado.

—¡Dejadme, viles honderos! ¡No me apreséis! ¡Debéis pagar el tributo!

Comenzó a gritar, sin reconocer a Nórax. No era capaz de sostenerse en pie. Eteria se acercó a él y le puso la mano en la frente. Al notar el suave roce, Argón se calmó y se dejó conducir de vuelta al lecho. Nórax se sentó a un lado de la cama, y Eteria, al otro. Al verlo tranquilo, Lyda se retiró, consciente de que quizá quisieran estar solos, y se llevó los restos del desayuno.

La hespéride destapó la caja que contenía la piedra de Jafet y la luz del sol que entraba por el gran ventanal abierto al jardín incidió sobre la joya, que refulgió con intensidad y luego se proyectó hacia la frente de Argón, quien abrió los ojos con un destello luz de cordura y exclamó:

—¡Nórax!

Este abrazó a su padre, impresionado.

—¡Hijo mío! ¿Dónde has estado?

—Lejos…

—Ya estás aquí… —balbució.

Eteria, que observaba la escena, cerró la caja que contenía la piedra de luz. Argón dejó caer los párpados y se quedó dormido, como un niño pequeño.

Nórax lo contempló durante unos instantes pensando que ese hombre nada tenía que ver con el que lo había criado y educado: la enfermedad, la edad y los achaques le habían vuelto más pequeño. Nórax sintió que debía protegerlo frente a la amenaza de Krysaor y el culto a la serpiente. Posó la mano sobre las arrugadas mejillas del anciano y sintió el peso de aquellos años. Le besó la frente con ternura.

Eteria seguía contemplando la escena, conmovida por el vínculo que ambos compartían. Ella nunca había tenido un padre ni una madre cercanos, y aquel momento la removió profundamente.

Lo dejaron dormido. Afuera, Lyda aguardaba en silencio. Al verlos salir, entró en la estancia para velarlo mientras ellos se alejaban.

Nórax sentía sobre los hombros el peso de las responsabilidades que lo esperaban. Eteria lo seguía en silencio, y su sola presencia era un bálsamo.

—Debo ir al puerto —le dijo él sin detenerse.

Cuando llegaron al pie de la escalera, Eteria habló con suavidad:

—Nórax, he percibido que tu padre era un hombre sereno y lúcido. Con el tiempo, quizá con la piedra de Jafet, pueda recuperar algo de cordura.

A Nórax se le pasó desapercibido que ella hablaba de «algo de cordura» y sintió una punzada de desilusión: nada le devolvería a su padre.

—Pero… nunca será el mismo —entendió con tristeza.

—No —le dijo consolándolo—, pero vivirá y podrás cuidarlo…

—Eso espero, Eteria. No puedo perderlo ahora —respondió Nórax, apretando los puños—. Krysaor y el culto a la serpiente no dejarán de acecharnos. Debo estar preparado. Si llegara a oídos del tirano que en esta casa se oculta un anciano con la cabeza perdida y que no puede andar, el *laber* caería pronto sobre él.

Eteria asintió, sabiendo que las palabras no bastaban para aliviar el peso que Nórax llevaba sobre los hombros; tomó su mano con firmeza, como queriendo transmitirle algo de su fortaleza. Callaron unos instantes, y después le hizo una petición:

—He visto el jardín de esta casa… Está muy descuidado. Quisiera cuidarlo mientras tú estás fuera. Sembrar plantas medicinales, hacer crecer flores y árboles que den fruto.

Él le sonrió, con una alegría silenciosa, y la besó en la mejilla. Luego dio una palmada. Una sirvienta madura y robusta de rostro picado de viruelas, áspera en el tono de voz, pero de ojos alegres, se acercó.

—Proporciónale lo que necesite —ordenó.

Se retrasó escuchándolas hablar animadamente. Eteria pedía un azadón y una pala. La sirvienta le preguntó para qué los quería. Al

oír su intención de cuidar el jardín asilvestrado, protestó:

—Una dama no debe hacer esas tareas.

Eteria sonrió, sin responder. En Hesperia, las mujeres más sabias eran jardineras, y no era un desdoro, sino un privilegio cultivar la tierra.

Nórax las dejó atrás. Las calles de casas blanqueadas resplandecían al sol, un fulgor que contrastaba con la penumbra que sentía en su corazón: luz por la llegada de Eteria y oscuridad por la destrucción de Hesperia y el peligroso cambio que se cernía sobre la ciudad.

Al llegar al puerto, Nórax se encontró con la abulia de los marineros. Recordó los tiempos en los que había una frenética actividad, en que los trabajadores portuarios cargaban y descargaban mercancías, preparando los barcos para sus travesías. Ahora ya no era así.

Habría preferido aquello a la calma en que se había sumido todo. Al verlo llegar, los marineros de otros barcos *góidel* le rodearon.

—De momento, no podremos salir del puerto —les comunicó.

Un suspiro de desilusión cruzó entre las gentes de mar.

—Prepararemos los barcos para cuando llegue la ocasión. Podéis turnaros: la mitad regresaréis a vuestras casas, atentos a poder ser convocados, y el resto repararéis los barcos.

La jornada continuó sin sobresaltos. Nórax lo supervisaba todo mientras su mente se dividía entre lo que estaba haciendo y la preocupación por su padre. Pensaba en Eteria, ahora a su lado y que era un recordatorio constante de que había cosas que valía la pena proteger y por las que luchar. ¿Podrían alzarse contra el tirano? ¿Y quién se atrevería a seguirlo? Arriesgaba demasiado: Argón, Eteria…, y quizá todo para nada. La duda le oprimía el pecho como un hierro caliente.

Al caer la noche, las antorchas del puerto comenzaron a brillar, reflejadas en el vaivén oscuro del agua. Nórax, exhausto, regresó a casa con el corazón cargado de incertidumbre.

Eteria en la casa *góidel*

Tarsis, otoño e invierno de 1585 a. C.

Nórax se había levantado pronto, antes del amanecer, siempre deseoso de estar con Eteria. La vio de espaldas: el sol, como un disco rojizo, se elevaba gradualmente hacia el levante mientras ella saludaba al nuevo día desde la terraza superior del palacio *góidel*. El alba tornaba de colores bermejos y lilas la gran bahía; el dios Atón regresaba una vez más alumbrando a Tarsis, tiñendo de tonos dorados el blanco de las casas y resplandeciendo rojizo en el oricalco de los tejados. Los brazos de la hespéride se elevaban con el sol, saludando al dios que vencía tras su lucha en el inframundo. Él no se atrevió a interrumpir el ceremonial, que era muy hermoso, mientras la doncella cantaba el himno al sol rodeada de aves blancas.

Cuando acabó, Eteria se giró al percibir que él estaba allí. Le sonrió, le dio la mano y juntos bajaron hasta una amplia sala abierta con columnas por entre las que entraba la luz de la mañana. Sobre una mesa de patas curvadas había una bandeja de cerámica decorada con la imagen de un pulpo que sostenía fruta. Nórax tomó una manzana y la mordió: nada tenía que ver con el sabor de la fruta en Hesperia. En una jarra había leche fresca; ella se la sirvió en un vaso. Estaba contenta: su rostro reflejaba una paz profunda tras haber saludado al sol.

Nórax, en cambio, estaba contrariado, y tras terminar la fruta se desahogó con Eteria:

—El rey ha ordenado de modo tajante que la flota *góidel* permanezca en el puerto. A los capitanes y muchos marineros les consume

el deseo de navegar, encerrados en las dársenas. Las grandes compuertas del puerto están clausuradas. Solo nos dejan actuar como emisarios del rey. No lo puedo soportar… El mar es mi vida…

Ella le acarició el fuerte brazo cubierto por un fino vello rubio.

—Sin embargo, todos los días bajas al puerto.

—Pero no permiten que salga a navegar; solo pueden hacerlo algunos barcos, los correos. Tengo que mostrar a la guardia las órdenes firmadas para que abran las compuertas y les permitan el paso.

Apretó los puños y levantó uno de ellos mientras se lamentaba:

—Antes éramos libres de ir y venir donde quisiéramos. ¡No soporto esta situación!

—¡Algún día todo cambiará!

Nórax cerró la mano sobre la manzana, aplastándola con fuerza.

—¿Cuándo?

La voz dulce de Eteria le consoló; sus labios mostraban al hablar una dentadura perfecta. Sus ojos profundos, de aquel maravilloso color indefinido, entre miel y ámbar, se clavaron en él, comprensivos:

—Deja pasar el tiempo… Ahora Krysaor está asustado por la destrucción de Hesperia, siente miedo. Algún día os dejará libres.

Nórax suspiró mientras ponía una mano en el hombro de Eteria como para protegerla.

—Tengo miedo por ti —exclamó—. Akálide es peligrosa; lo sé desde que estuve en Kush.

Le relató lo que un día Artaí le había revelado de Akálide.

—No temas, el dios me protege. Nunca podrá hacernos nada, tenemos la piedra de luz, que es un escudo frente al mal. Estamos a salvo.

Se tranquilizó con las palabras de ella, que infundían seguridad y confianza. Después se despidió y se dirigió al puerto a atender sus obligaciones con la flota, con el corazón henchido por la alegría de haber estado con ella, una alegría agridulce, entibiada por la difícil situación política que atravesaba la ciudad.

Bajaba por una callejuela cuando de una casa salió una mujer desgreñada gritando:

—¡Mi niño! Mi niño…; ¡dámelo, que yo lo cuido…!

Un hombre con ropas raídas de menestral la agarraba mientras ella se arañaba y gritaba. Nórax se acercó a ayudarles. Él reconoció al famoso marino, jefe de los *góidel,* e inclinó la cabeza ante él.

Nórax le preguntó qué era lo que le ocurría a la mujer. Él miró a un lado y a otro para comprobar que no hubiera guardias y que nadie los viera. En voz muy baja, le susurró que la mujer era su esposa, que había criado a un hijo retrasado al que cuidaba con devoción. Pero un día se les escapó de casa y lo descubrieron los sacerdotes de la diosa; se lo llevaron y lo condenaron al *laber*. Ella había perdido la razón, y por eso gritaba:

—Mi niño…, mi niño… Él no sufría, estaba bien, estaba conmigo. ¡Mentiras! ¡Son mentiras las de los sacerdotes! ¡Me lo han quitado!

—Mujer, ¡cálmate! ¡Te van a oír!

Nórax no supo cómo ayudarlos y prosiguió su camino hacia el puerto. La voz de la mujer resonaba detrás de él, y sintió que se le encogía el corazón.

Cuando llegó, se dio cuenta de que en los muelles que se abrían hacia alta mar había más gente que antes. Los veía señalar hacia la mar abierta, donde se divisaba una extensión enorme de agua que acababa en el horizonte; entonces movían la cabeza incrédulamente porque les parecía imposible que, en aquel mar brillante, iluminado por la luz de Atón, unos días atrás hubiera existido una isla que se había esfumado, sin que se supiera bien cómo.

Dio órdenes a los marineros para que calafateasen los barcos y estuvo con unos y otros toda la mañana. Cuando regresaba, al caminar entre las blancas casas, escuchó lo que comentaban las gentes sencillas, que en cuchicheos hablaban del tirano, sin duda refiriéndose a Krysaor.

Pasó por delante de un telar a cuyos dueños conocía porque eran *góidel.* La mujer había trabajado en el palacio de Argón y se había casado con aquel comerciante, que tenía un carácter fuerte y

decidido. Los recaudadores estaban en el telar. Se llevaban las telas que había tejido la mujer alegando que era el pago de los impuestos. Ella gritaba que no se las daba mientras los guardias tiraban de los tejidos y la mujer lo hacía en sentido contrario. Cuando se cansaron del forcejeo de la mujer, la pincharon con las lanzas.

—Solo cobráis impuestos a los que hemos sido fieles a Atón.

—¡Porque no merecéis otra cosa! —le gritaron.

Nórax se enfrentó a los guardias reprochándoles que lo que estaban haciendo era injusto y defendió a la dueña del telar. Los recaudadores se fueron, pero le advirtieron, amenazadores, que tuviera cuidado, pues cualquier día irían a por él.

Cuando regresó a casa, le contó a Eteria lo ocurrido en el telar y la escena con la mujer trastornada. Ella, compadecida, le pidió que le trajese a la mujer que había perdido a su hijo. Nórax ordenó que fueran a buscarla. Llegó al palacio *góidel* vociferando y con su marido, avergonzado por los gritos, detrás. Al verla, Eteria la abrazó dulcemente, como si la mujer fuera una niña pequeña, le puso la mano sobre la frente y le cerró los ojos. La mujer se calmó y se quedó dormida. Cuando despertó, decía:

—Lo he visto, está en un lugar hermoso…, es feliz.

—Si. Está en Hesperia, en la isla de la inmortalidad —le aseguró Eteria.

La peinó, le regaló un vestido nuevo e hizo que la devolvieran a su casa. Había recuperado el juicio. Cuando llegó a su hogar, su esposo, al verla cuerda, lloró.

Un día como tantos otros en aquella época en que tenían prohibido hacerse a la mar, Nórax bajó hasta los muelles, donde los barcos *góidel* se balanceaban con un crujido rítmico, y entró en la nao capitana. Kendal estaba allí, protestando con otros por la inactividad forzosa. Nórax fingió que no le había oído y le entregó un correo para que alguno de los barcos lo llevase a destino. Kendal siguió quejándose, pero el marino no le prestó atención; no quería

que sus protestas le afectasen ni rompieran la íntima paz que cada día adquiría junto a Eteria.

—Pondremos las naves a punto. Es el momento de limpiarlas, carenarlas y calafatearlas. Las pintaremos de nuevo.

—Ese es el trabajo propio del invierno.

—¡No podemos hacer otra cosa! Los hombres tienen que estar ocupados.

Nórax supervisaba el trabajo. Primero carenaron los barcos en una zona del muelle donde con la marea baja aparecía la arena de una pequeña playa, lo que los obligó a retirar los moluscos y lo que se había pegado al casco durante las largas navegaciones. Después embrearon los cascos para impermeabilizarlos. Por último, Nórax llamó a uno de los artesanos de la ciudad y diseñaron nuevos mascarones de proa con el toro, símbolo del dios solar. Nórax trabajaba mano a mano con los marineros, que le respetaban aún más por ello.

—¡Chico!, dale más fuerte —les gritaba—. ¡Así se hace!

Le gustaba aquel trabajo, que pese a ser duro iba transformando las naves en objetos hermosos que se balanceaban en los muelles, como figuras delicadas. Todo aquello era también una forma de oponerse al rey y a la tiranía de la diosa serpiente. Al menos, los barcos lucían los símbolos del sol, los cuernos de toro en los mascarones y los trisqueles en las amuras y en las velas; y en las cuadernas de popa, la espiral cruzada por una línea, símbolo de la ciudad de Tarsis y de Gerión. Muchos curiosos que bajaban a los muelles para contemplar el trabajo de los *góidel* aseguraban que nunca habían visto naves tan hermosas, aunque en voz baja comentaban que era un desafío. Disimuladamente, pues había espías de Krysaor por todas partes, aún hacían el símbolo al sol como muestra de apoyo a los marinos *góidel*.

Cuando, acabada la jornada de trabajo, Nórax regresaba del puerto subiendo por las calles de la ciudad hasta la acrópolis, entraba en el palacio, cruzaba en varias zancadas el gran zaguán de techo de alabastro, saltaba los peldaños de las blancas escaleras de

dos en dos y después bajaba por las opuestas a las de entrada para dirigirse al jardín trasero de la casa junto al pozo. Allí, Eteria cuidaba las plantas como solía hacer en Hesperia.

Él le contaba lo que había hecho, pero ella adivinaba siempre más. Era como si hubiese estado con él. Había magia en todo lo que la rodeaba. Gracias a sus manos hábiles, Eteria transformó el jardín, que antes nadie cuidaba, de tal modo que en la casa pronto reinó un perfume a nardo y a rosa, a romero, a hierbabuena, a tomillo y a espliego que a Nórax le recordaba a Hesperia. Plantó todo tipo de semillas de flores y esquejes de árboles que Nórax ordenó que trajesen los barcos correo en los viajes. Además, mandó que se canalizase agua del manantial de la casa de los *góidel* y lo llenó de fuentes. Allí creció el más hermoso jardín que imaginarse pueda, aunque ninguno podría nunca remedar al de Hesperia.

A Nórax le hacía feliz verla así, inclinada sobre las plantas y las flores, hablando con ellas, entonando a menudo una melodía suave que le recordaba a las hespérides danzando en el templo de la isla. Su canto llenaba de serenidad y de paz a todo el que lo escuchaba. Argón, con la cabeza perdida, se asomaba a la ventana de su habitación para escucharla y se calmaba cuando lo hacía.

Un día, Nórax encontró a Eteria junto a su padre. Al verlo llegar, cerró las ventanas; después, iluminada por la luz de las antorchas, se sentó junto a Argón, abrió el relicario que le colgaba del cuello y aplicó la piedra de luz sobre la frente arrugada del anciano. La piedra emitió un brillo intenso. Argón pareció recuperar cierta lucidez y miró a la hespéride y a su hijo. Con su mente ahora lúcida, los ojos del anciano se posaron en el cabello cobrizo de ella, que pendía en ondas, y en los ojos grises de él, que mostraban un íntimo anhelo mientras la miraba. De la piedra surgieron dos rayos de luz, una luz clara, blanca, que atravesó a ambos.

—La luz del dios os conduce al uno hacia el otro —murmuró Argón mientras la joya brillaba más fuerte—. De vosotros nacerá la estirpe que salvará a nuestro pueblo.

Parecía como si la luz de la joya, ahora un único haz, los envolviera a ambos. Luego, Argón tomó las manos de los dos jóvenes y las entrelazó. Algo eléctrico recorrió la espalda de Nórax, y Eteria debió de sentir lo mismo. Ella enrojeció, cerró el relicario, se levantó, besó al anciano en la frente y se fue.

Pasados unos instantes, Nórax la siguió. Eteria se había refugiado en el piso más alto de la antigua mansión de la familia *góidel,* en la terraza desde donde se divisaba la boca del estuario y el horizonte. Podía ver la isla, consciente de que era inalcanzable. Cantaba mirando al mar, rodeada de aves, con las que hablaba en un lenguaje que Nórax no era capaz de entender. Su canto era melancólico; siempre se había sentido llamada a ser vestal, de modo que jamás había pensado que se uniría a un hombre.

Posó sus ojos en él y, suavemente, le preguntó:

—¿Qué debo hacer?

—El rayo de la piedra de luz nos unía. El dios nos conduce el uno al otro…

—No lo sé. Yo solo busco lo que el dios quiere verdaderamente de mí —murmuró ella—. Siempre creí que era ser una vestal en Hesperia, cuidar el jardín.

Él le acarició el cabello mientras musitaba:

—Estos años te he echado de menos cuando salía el sol y al atardecer, cuando navegaba y cuando estaba en tierra, en la palestra con mis amigos y en casa con mi familia. Nunca he querido ni querré a nadie sino a ti. Te amo más que a mi propia vida.

—Si algún día me uno a ti, perderé… —enrojeció— la luz que enciende la piedra de Jafet.

—No hay otra luz que el amor que puedo darte —repuso él, para añadir, con una cierta amargura—, el que tú me tienes y me niegas.

Eteria, con la mano apoyada en el pecho de Nórax, le habló con suavidad, con una voz que destilaba misterio.

—Todo llegará. El dios me ha llevado a ti, pero aún no es el momento.

Al oír aquellas palabras, la miró con pasión, fijándose en cada detalle de su rostro: las largas pestañas, las finas cejas, la nariz suavemente arqueada, su boca plena y jugosa. La deseó desde lo más profundo de su corazón, pero algo lo detenía. Como hablando para sí mismo, le dijo:

—Eres lo único que queda de la isla sagrada. Un día juré al dios que defendería la luz, Hesperia y a sus guardianas. Esa es mi misión, por encima de mi honor o de la seguridad de mis gentes.

Eteria se conmovió. La luz en los ojos grises de Nórax le atravesó el alma y lo amó; percibió que lo que los unía era un ideal profundo que ambos compartían. Hasta entonces había pensado que el dios lo había puesto a su lado para llevar a cabo una misión: salvaguardar las creencias y tradiciones que, desde tiempos del patriarca Jafet, habían sido los cimientos de Tarsis. Pero ahora su corazón rebosaba de amor por él. No quería volver a alejarse de Nórax. Sin embargo, en su mente seguía intacta la añoranza del pasado; no se sentía todavía segura y se separó ligeramente de él.

La brisa marina removía su cabello castaño y ella giró el bello rostro hacia la boca del estuario, al lugar donde había estado Hesperia. Mirando en aquella dirección, Eteria le dijo que podía contemplar aún la isla de las hespérides, el lugar que amaba y donde había crecido.

—Diviso las aves blancas rodeando la isla, las playas doradas, la vegetación exuberante. Me parece que huelo sus perfumes… —después sollozó—, pero no puedo ir con ellas.

En sus ojos ambarinos se reflejaba la isla, que Nórax pudo distinguir con claridad. Le habría encantado abrazarla, quizá para consolarla de la pérdida de Hesperia, pero se detuvo porque, cuando intentó acercarse, ella le observó con una expresión indescifrable que Nórax no supo interpretar y que le impidió tocarla.

—Déjame sola… No me entiendes, pero yo solo anhelo lo perfecto, que siempre creí que era la unión con el dios, aunque al parecer no es así. Atón nos une a través de su luz. Te amo como nunca antes he querido a nadie, pero aún no es el tiempo.

Nórax dobló la rodilla ante ella, ante su belleza y dignidad. Se atrevió a besarle la mano y se fue. Eteria permaneció largo tiempo mirando el mar, el sol ascendiendo hacia su cénit e iluminándola con los rayos del mediodía.

Los rebeldes

Tarsis, primavera de 1584 a. C.

—Mi señor…

Quien se dirigía respetuosamente a Nórax era Kendal, su amigo desde los tiempos de la Escuela de Navegantes. Hablaba con un semblante que denotaba preocupación y cierto enfado. Se expresaba con exigencia, subrayada por aquel inhabitual tratamiento de respeto que contrastaba con el tuteo habitual.

—¿Habéis olvidado que sois el jefe de los *góidel?*

—¿Por qué lo dices? —repuso Nórax, algo irritado.

Kendal daba vueltas por el malecón de madera del muelle como un lobo enjaulado y sus fuertes pisadas resonaban sobre las tablas. Señaló los barcos con los mascarones en forma de cabeza de toro.

—Nuestras naves son hermosas, cada vez más, pero no salen del puerto. Nos hemos dejado sojuzgar por los hombres del rey. La ciudad se aleja de las antiguas tradiciones y se imponen sacrificios y costumbres execrables.

—¡No puedo hacer nada! —Frunció el ceño y lo miró desafiante—. Las cosas no se pueden cambiar.

—Pues… algunos de los nuestros nos estamos reuniendo en mi casa, y necesitamos que vos nos apoyéis como jefe de los *góidel*.

Nórax se sintió desconcertado. Quizá él podía esconderse de Krysaor para salvaguardar a su padre y proteger a Eteria. Sin embargo, algunos de sus hombres parecían tener el valor suficiente para oponerse al rey. Kendal proponía algo muy arriesgado. Nórax pensó que debía actuar con prudencia y controlar aquel movimiento

de insurrección frente al rey si no quería que los males fueran mayores.

Por otro lado, era verdad que había que hacer algo. El carácter de Nórax siempre había sido complaciente, el de un hombre obediente a su dios, a su clan y a su rey. Sin embargo, puesto que no se podía rendir culto a Atón y el rey era un ser indigno, quizá había llegado el momento de tomar medidas. Pero ¿cómo hacerlo sin poner en riesgo a tantos? Krysaor había amenazado con ejecutar a los capitanes en caso de la más mínima insurrección, y era capaz de cumplirlo. Y, sobre todo, ¿cómo hacerlo sin ponerla a ella, a Eteria, en riesgo?

Kendal siguió explicándole.

—Hemos hecho un pacto de lealtad. Muchos de los descontentos se unen a nosotros, pero no conseguiremos nada si no nos respaldáis. La gente os sigue a vos.

Nórax lo observó en silencio. Su expresión era dura. Sentía que cuanto más le repetían que había que luchar, menos ganas tenía de hacerlo.

—¿Quiénes sois? —preguntó con aparente desinterés.

—Los más jóvenes, los que tenemos ganas de que esto cambie, los que estamos impacientes por navegar porque no queremos envejecer en un puerto cerrado.

Nórax notó cierta aprensión. La juventud era osada, y lo que tramaban era peligroso; así que le respondió:

—Me imagino quiénes sois. No quiero arriesgar…

—A la hermosa mujer que navegó en mi barco.

Nórax sintió vergüenza, un cierto pudor de que hablase así de Eteria. Kendal le estaba acusando de posponer sus deberes por cuidar a una mujer a la que amaba, y era así, pero el príncipe *góidel* se defendió:

—No es solo eso. El rey Krysaor amenazó con mandar al *laber* a uno de mis capitanes cada vez que desobedeciésemos…

—Estaba presente cuando nos amenazó. Pero que algunos capitanes de la flota, jóvenes y bien avenidos —sonrió—, se reúnan

en la casa de uno de ellos a beber un buen vino porque están aburridos no creo que pueda considerarse una traición.

Nórax guardó silencio unos instantes. No podía consentir que aquellos jóvenes pusiesen en peligro a todos, pero sabía que no podría detenerlos; era mejor unirse a ellos.

—Iré.

—Los fieles al dios nos juntaremos en la casa de mi familia, al caer el sol, junto al puerto.

—Sé de sobra dónde es.

Kendal no dijo más y se fue. Nórax se quedó pensativo. Durante el día resolvió diversos asuntos con Cidón, aunque no se le iba de la cabeza la reunión de la tarde.

Al caer el sol, antes de salir, cuando Nórax se cubría con una capa, Eteria se le acercó. No solía hacerlo, generalmente era él quien iba hacia ella.

—No olvides que Krysaor tiene espías. —Parecía haber adivinado lo que iba a hacer—. Todo lo ve.

—No sabes dónde voy.

—Sabes que lo sé. Lleva contigo la piedra de luz.

Eteria la llevaba siempre en un relicario de oro colgado sobre su pecho. La joya tenía forma de sol: en el centro, un camafeo de ámbar amarillo en el que estaba grabado un trisquel del que partían doce largos brazos dorados con incrustaciones estilizadas en ámbar y coral. Abrió la parte central, donde estaba la piedra de luz, una gema aplanada que brillaba con luz propia. Sacó la piedra y se la dejó a Nórax. Después ella se retiró el colgante y lo colgó al cuello de Nórax, quien introdujo en él la piedra antes de ocultarlo bajo la túnica.

—No te hará desaparecer ni alterará tu rostro —le indicó ella—, pero será una protección.

Nórax salió a la calle poco antes de la puesta del sol. En la esquina estaban los sabuesos del rey vigilando la casa *góidel,* pero, sorprendentemente, cuando Nórax pasó, miraron hacia otro lado. Si se hubiesen dado la vuelta, lo habrían visto salir de casa y

posiblemente lo habrían seguido, tal y como ocurría otras veces. Se cubrió con la capa, pero no habría hecho falta: a lo largo de todo el camino, en los lugares en los que había guardia, esta parecía estar distraída en una cosa o en otra. Lo atribuyó al poder de la piedra. La casa de Kendal estaba situada en la parte más baja de la acrópolis, poco antes de llegar a los muelles, y desde sus ventanas se divisaban las naves *góidel* varadas en el fondeadero.

Llamó golpeando la puerta con el puño y le abrieron. Cuando estaba dentro, se quitó la capa y el criado que le había abierto dobló la rodilla al reconocer en él al príncipe de los *góidel*. Pasaron a una estancia amplia decorada con frescos que representaban delfines. La sala se abría sobre los muelles en espiral a través de una ventana que ocupaba prácticamente toda la pared, por la que entraba una suave brisa marina. El resplandor del ocaso dotaba a la estancia de un color dorado. Nórax reconoció a Kendal y al joven Sedric, y después fueron llegando el fortísimo Kilian, el noble Jamal, que pertenecía a la guardia real, cubierto por una coraza militar, y su viejo amigo Feder.

Kendal cerró las ventanas con las contras de madera mientras uno de sus criados encendía una antorcha en la pared. El rumor de las olas y el graznido de las gaviotas quedaron apagados.

—En este lugar se ven bien las entradas y salidas de los barcos en la bahía. De día no se aprecia el interior, pero de noche, con las luces de las antorchas, podemos ser vistos, y Krysaor ha determinado el toque de queda al caer el sol.

Nórax, de modo casi inconsciente, apretó con fuerza el colgante bajo la túnica.

—¡Sois pocos!

—Pero tenemos espíritu —repuso Sedric con ímpetu pero - sonriendo.

—No podemos resignarnos a que Krysaor destruya las leyes sobre las que se fundó la ciudad.

—Los cuatro somos jóvenes, mandamos en nuestras familias y nos sentimos *góidel* hasta la médula, adoramos al sol y odiamos a la

diosa serpiente…

—¿No vive tu padre? —le preguntó Nórax a Kendal al oír que era el jefe de su familia.

Recordaba bien el fuerte lazo que los unía, no exento de tensiones.

—¿No lo sabes?

Se hizo un silencio tenso en la sala. Nórax pensó que llevaba tiempo sin hablar con su amigo de infancia porque se había refugiado demasiado en su casa.

—Mi padre se cayó del mástil en una de sus últimas travesías, poco antes de que regresásemos del periplo a África. —Nórax recordó que algo había oído de aquella desgracia. Kendal adoraba a su padre a pesar de sus múltiples peleas—. Llegó paralítico al puerto, incapaz de caminar ni mover los brazos. Mi familia lo ocultó, pero hace poco más de una semana uno de los criados lo denunció. Los esbirros de Krysaor lo condujeron a los sacerdotes de la diosa serpiente, quienes determinaron que tenía que dejar de sufrir. Lo enviaron al *laber* y lo sacrificaron delante de la Diosa de las Fieras. Dicen que no sufrió nada, y que su dolor ha cesado. —Kendal acabó amargamente—. Ahora soy yo el jefe de mi casa.

—No lo sabía… —Nórax alargó el brazo y acarició torpemente el musculoso antebrazo de Kendal para darle consuelo.

Ahora entendía por qué se había acercado a él el día anterior: era la gota que había colmado el vaso.

—¡Fue algo inicuo y terrible!

Todos estaban horrorizados: el padre de Kendal era alguien muy querido entre los marinos *góidel.*

—Disfrutan con la sangre —farfulló Feder—. En los tiempos antiguos, los sacerdotes del dios solar se esforzaban por curar, aunque no siempre lo consiguiesen; ahora estos ignorantes asesinan cuando no pueden sanar, que es la mayoría de las veces.

—¿No quedan aún sacerdotes de Atón?

—Están asustados y escondidos. Solo contamos con los de la Diosa de las Fieras, que son como las serpientes, malignos.

—Desde que se destruyó Hesperia, los sacerdotes de la diosa están asustados y han bajado el ritmo de las ejecuciones —apuntó Nórax en un intento de tranquilizarlos.

—No durará —rebatió Feder—. Debemos hacer algo.

—Muchos de los nuestros están en contra del gobierno despótico de Krysaor —exclamó Kendal, con esperanza.

Feder y Kendal habían limado sus asperezas. Feder había sentido la muerte del padre de Kendal, al que conocía desde niño. Ya no había rivalidad entre ellos.

—Sin embargo —dijo Jamal con la voz profunda que le caracterizaba—, a muchos otros les viene bien ese gobierno que derrama oro a manos llenas y embauca a la gente con promesas de bienestar y con drogas.

Jamal no era marino. Había sido uno de los fieles a Gerión, por lo que a Nórax le pareció curioso que hubiese sobrevivido a los asesinatos de la familia del anterior rey y que estuviese ahora en la guardia personal de Krysaor. Pero era un hombre valioso, con capacidad de mando y muy fuerte; quizá por ello Krysaor lo había mantenido en su puesto.

—Eso es inconcebible… —exclamó Kendal con ímpetu—. ¡Hay que derrotarlo cuanto antes!

—Las cosas llevan su tiempo —afirmó con serenidad Feder—, no puedes dejarte dominar por la ira.

—¡Después de haber enviado a un hombre noble, mi padre, al *laber*! ¡Qué más paciencia cabe!

Sonó la voz recia y firme de Jamal, un hombre de piel oscura, de gruesos labios e imponentes músculos. Su semblante, habitualmente poco expresivo, ahora llevaba impresas las huellas del dolor.

—Yo amaba a Gerión, que era un rey justo y compasivo —expresó Jamal—. Estuve el día que murió, pues hacía guardia. Krysaor le engañó, le ofreció una copa llena de vino. Gerión lo miró como si adivinase, y no permitió que la probase el catador. ¡Debí haberlo impedido! Me mantuve de pie sin hacer nada. Krysaor debió de pensar que yo estaba de su parte y en contra de Gerión. ¡Cómo me

arrepiento de no haber hecho nada! ¡Siento muchísimo la muerte de Gerión, que era un hombre bueno!

El fuerte Kilian, cercano a la casa real, replicó:

—Fue quizá su elección: estaba cansado de la vida desde la muerte de la reina Esté. Debió de ver en la copa una liberación.

—Es el mal que amenaza a la ciudad desde que reina Krysaor y tiene a esa mujer consigo —exclamó Nórax.

Callaron todos, angustiados por la opresión que se cernía sobre la ciudad. Poco después, el joven Sedric tomó la palabra:

—Todos tenemos heridas que nos han causado Krysaor y la nueva religión de la diosa serpiente.

—¿Cuál es la tuya? —A Nórax le sorprendió la amargura en la expresión de Sedric, que siempre había sido un joven alegre.

—Conocí a una doncella, mi hermosa Elvia, una hermosa bailarina de la corte de Krysaor. —La voz de Sedric tembló—. Esperaba un hijo mío. Mi familia rechazaba nuestra unión, pero yo los habría cuidado, a ella y a mi hijo. Pero la reina se interpuso: no quería que una de sus danzarinas se alejase de la corte, y que quizá perdiese su hermosa figura. Ejercieron violencia sobre ella y la obligaron a abortar. Los sacerdotes de la diosa serpiente lo hicieron… Le introdujeron un garfio…, se desangró… ¡La perdí! A ella y al que podía haber sido mi hijo… —La voz de Sedric se quebró.

El noble rostro de Kendal enrojeció de furia al oír la historia de Sedric y sus ojos azules brillaron mientras movía el cabello oscuro.

—Akálide y los sacerdotes de la diosa desprecian a las mujeres y la maternidad. Las oprimen. Controlan los alumbramientos y nacimientos a través de las parteras. No dejan que las mujeres tengan hijos si son de familias que se han mostrado contrarias a la reina o favorables al dios Atón; o, como en el caso de tu Elvia, si consideran que no es el momento de tenerlos. Matan a los niños al nacer si presentan malformaciones… —explicó Kendal—. Ya no hay casi niños en Tarsis.

—Las gentes aceptan este estado de cosas —apuntó Feder— porque las han convencido de que es por su bien.

—Akálide domina la ciudad, debemos oponernos.

—Sí —dijo Nórax—, pero ¿cómo podemos hacerlo? No quiero poner en peligro a los míos…

—¡Nórax!, vos poseéis el prestigio, la fuerza moral. ¡A vos os seguirán! —exclamó Jamal—. Las gentes van aceptando este estado de cosas, les va pareciendo natural lo que hacen Akálide y los sacerdotes. ¡Cuanto más tiempo pase, más corrupta se volverá la sociedad, más difícil de cambiar!

Al oír esas palabras, Nórax se quedó pensativo. No le asustaba morir —desde tiempo atrás se sentía llamado a la inmortalidad—, pero le aterraba la amenaza de Krysaor de matar a uno de sus hombres por cada acto contrario a sus deseos y le angustiaba también no poder proteger a Eteria y a su anciano y enfermo padre. Sin embargo, algo había que hacer, porque, si él no actuaba, lo harían aquellos jóvenes valerosos, pero quizá imprudentes, que podrían comprometerlos a todos. Apretó la piedra de luz en el colgante bajo la túnica y anunció:

—Convocaré a los fieles a una reunión en la casa *góidel.* Sabré cómo justificarla.

Siguieron hablando de las posibilidades de derrocar al tirano, pero Nórax callaba. Todo lo que se decía le parecía un imposible. La ciudad estaba controlada por los mercenarios de piel oscura afines a Akálide y la guardia real.

Un cuerno sonó a lo lejos, marcando la medianoche, y la reunión se dio por finalizada. Fueron saliendo uno tras otro en direcciones opuestas. La ciudad, iluminada por la tenue luz de las antorchas, brillaba en las calles cerca del puerto, empapadas por el agua del mar. Nórax, ocultándose en las sombras, avanzó despacio, pero el poder de la piedra lo protegía.

Al llegar a casa, buscó a Eteria y le relató brevemente lo que estaba sucediendo. Ella no le dio ningún consejo, solo se limitó a atravesarlo con una mirada llena de amor que le dio fuerza. Conforme pasaba el tiempo, se comunicaban más y más sin

palabras. Percibió que, tras la reunión en casa de Kendal, él había cambiado.

Los fieles a Atón

Tarsis, primavera de 1584 a. C.

Fueron llegando de modo disperso y por distintas vías, los más jóvenes saltando a través de los tejados que comunicaban entre sí las casas de Tarsis y algunos utilizando pasadizos. Los más seguros de sí mismos, los de noble cuna, entraron por la puerta principal. Aquello no le gustó a Nórax; era una imprudencia que llegaría antes o después a los oídos de Krysaor. Que algunos jefes *góidel* se reunieran en la antigua casa de Argón solo podía significar que tramaban algo, lo cual no podía más que señalarlos y ponerlos bajo el ojo de los espías del rey.

Los rebeldes se fueron situando en el gran patio central cuadrado, con frescos en las paredes decorados con figuras geométricas y una bóveda de fino alabastro que dejaba pasar la luz e iluminaba la sala. En la pared principal, un símbolo del sol: rayos que partían de un triángulo; en las laterales, el símbolo de la vida, la cruz ansada, y en una gran greca que recorría todo el techo en derredor, múltiples trisqueles, el emblema solar y de la casa *góidel*. De ambos lados partían escaleras que ascendían a los pisos superiores.

Nórax se sentó en un pequeño trono de madera de ébano, sobre un estrado de un palmo de altura, y a su alrededor se colocaron de pie y en círculo todos los asistentes. Cuando la sala estaba llena, se levantó y alzó el brazo, saludando con el triple signo. Todos repitieron el saludo *góidel* y gritaron alabando al dios.

Después, Nórax se dirigió a todos:

—Algunos de vosotros me habíais pedido que convocase esta reunión. Hablad. Decid lo que deseáis.

El primero que expuso lo que pensaba fue Sedric, y lo hizo con ímpetu.

—El rey Krysaor ha atacado nuestra fe, nuestras leyes y la libertad de la que hemos gozado para navegar, y no podemos permitir que esto siga así.

—Están muriendo muchos inocentes en ritos crueles —afirmó Kendal.

Hubo un murmullo de voces a favor y en contra.

—Si lo desafiamos, perderemos nuestro modo de vida —exclamó Lynnel, el metalúrgico.

—¡Morirán muchos! ¡Nos condenarán al *laber!* —repuso en voz muy fuerte un hombre maduro, de cabellos claros; su fuerte musculatura revelaba dominio y un ejercicio físico intenso. Era Brent, que dirigía los espectáculos de la plaza.

—Al capitán de los *porenna* no le gusta perder sus privilegios —replicó Sedric, ácidamente.

—No puede decirse que los saltadores tengamos demasiados privilegios cuando somos condenados al *laber* ante el menor fallo —respondió Brent, levantando un robusto brazo amenazador—. ¡Protejo a los *porenna!* ¡Cada vez mueren más! Si hay una revuelta *góidel,* estaré implicado y matarán a muchos de los míos sin compasión. A la reina le gusta ver agonizar a los atletas porque tardan en morir y sufren, y Akálide disfruta con el dolor.

Muchos asintieron ante las palabras de Brent, pero Sedric no estaba de acuerdo con su actitud.

—Si piensas así, no sé por qué estás en esta reunión… —exclamó Sedric impetuosamente.

—Porque soy fiel a las antiguas costumbres de Tarsis y quiero hacer algo para cambiar lo que está sucediendo. Solo pido sensatez.

Cidón lo defendió.

—Nadie es más fiel que Brent, nadie más valiente. Arriesga su vida ante el toro… Hemos de entenderlo: protege su arte y tiene una

obligación con los *porenna*.

Al oírlo, Sedric cambió algo su actitud, cruzó los brazos, apoyando un pie en la columna, y cerró unos instantes los párpados. Se hizo el silencio hasta que Lynnel, con un aspecto cansado, habló:

—El rey Krysaor tiene tanto oro que ha comprado las voluntades de toda la ciudad de Tarsis —afirmó el metalúrgico.

—No ha comprado a los que pertenecemos a la casa *góidel* ni a los que mantenemos aún el juicio y el sentido común —repuso Kendal con una voz alta y serena—. Las nuevas leyes son una locura, crueles y absurdas. Solo se mantienen porque el rey ha sobornado con oro a muchos y ha prodigado hierbas y el polvo de adormidera que debilitan la voluntad de otros.

—El oro que el rey derrocha ha disparado los precios y me ha perjudicado a mí y a los de mi gremio —objetó con voz atiplada Alucio, un comerciante al que solo le preocupaban las ganancias.

Alucio, por ser un hombre rico, detestaba a Krysaor porque su política de regalar oro a manos llenas y la consiguiente subida de precios lo habían arruinado.

—¡No penséis solo en el oro! El oro no lo es todo —gritó en un arrebato Sedric, a pesar de que era de una familia rica.

—No tenemos medios para vencerlo. —Era de nuevo Lynnel—. Tiene demasiado poder.

—¿Sois tan cobardes que teméis enfrentaros a los mercenarios de Krysaor? —los retó Kendal.

—No somos cobardes, lo que no somos, en absoluto, es suicidas —gritó Brent, y una cicatriz se contrajo en su mejilla.

—Suicidio es esperar sin hacer nada, permitir que destruyan la belleza —intervino de nuevo Feder, su voz preñada de dolor—. Como destruyeron a las hijas de la noche…

A Feder el cadáver degollado de una joven pelirroja que podía haber sido su hermana le había dejado una profunda herida en el alma.

—Sí. Cobarde es esperar que mueran hombres justos… —gritó Kendal, recordando a su padre.

—Cobarde es esperar que mueran tus hijos, que los vayan matando desde el vientre de sus madres —susurró en tono más bajo Sedric.

—No pude pagar una deuda —exclamó otro, dolorido—. Han esclavizado a mi hija, la han vendido y ya no la veré más. ¡Todo porque no soy de los suyos! Porque soy *góidel*…

—No podemos luchar —repuso Brent—, no tenemos fuerza. La diosa serpiente atemoriza a todos.

En ese momento se oyó un rumor en el fondo de la sala. Se habían abierto las grandes puertas de bronce, que unían la sala con bóveda de alabastro con el resto del palacio, y una hermosa figura femenina avanzaba entre los convocados: era Eteria. Mientras caminaba lentamente hacia Nórax, el silencio se fue haciendo más profundo. Todos la observaban asombrados preguntándose quién era. Vestía una sencilla túnica blanca que se amoldaba a su cuerpo y llevaba en el pecho el colgante de ámbar y coral que ocultaba la piedra de Jafet. Un murmullo de admiración recorrió la sala.

Nórax no esperaba que acudiese. Le había hablado de la reunión, pero dio por sentado que no se uniría a ella porque era peligroso que se descubriese su presencia. Los días anteriores Eteria había guardado silencio, abismada en sus pensamientos. Finalmente, había acudido. En ella todo era impredecible, porque sus actos estaban guiados por una fuerza interior que dimanaba del dios.

Ante los jefes *góidel* se estaba mostrando tal y como era, con una belleza radiante y serena. Podía haberlo hecho de cualquier otra manera porque llevaba consigo la piedra de Jafet, pero decidió hacerlo así. Antes de emitir ninguna palabra, su sola presencia bastó para cambiar el ambiente, que hasta el momento había sido tenso, como si la brisa del mar hubiese irrumpido en un lugar caluroso.

Parecía haber escuchado las últimas palabras de Brent, llenas de temor, y habló mirándole, aunque se dirigía a todos.

—No os dejéis dominar por el miedo. La serpiente infunde angustia y temor, pero no es más que un animal que repta, al que se

puede aplastar, que puede limpiarse con el agua, que necesita la luz. La luz lo puede todo.

—¿Quién sois? —preguntó Brent.

Eteria habló con dignidad soberana, proclamando con fuerza:

—Soy Eteria, Gran Vestal de la isla de las hespérides, hija de Gerión.

Se oyeron voces de sorpresa y de asombro entre los asistentes.

—Nórax me salvó de la muerte y me trajo aquí como último vestigio de la isla sagrada.

Hubo un murmullo de incredulidad, y algunas voces de esperanza. Ella sonrió dulcemente y se detuvo unos instantes.

—Os pido que resistáis sin alzar las armas, con calma y serenidad, oponiéndoos a lo que contraría las antiguas y sagradas leyes de la ciudad. El mal traerá más mal.

—¿No quieres que luchemos contra el tirano?

—Sí, pero sin derramamiento de sangre, sin generar más odio.

—¡Nada cambiará! —gritó Kendal.

—Cambiará, pero lo hará lentamente.

Brent, Lynnel y los mayores asintieron, reconociendo la verdad en sus palabras. Sin embargo, los jóvenes no estaban de acuerdo; sus miradas reflejaban inquietud y descontento ante aquellas palabras de serenidad y paz.

—¡Pero hay que luchar! —clamó Sedric

—El combate no es el camino. La sangre derramada genera odio y destrucción —intervino en ese instante Nórax.

—Las hespérides os defendisteis del ataque de Krysaor. Las guardianas enfrentaron con con fiereza a la invasión. ¿No debemos hacer nosotros lo mismo? El rey nos ataca, destruye nuestras vidas y cambia las costumbres…

El que hablaba era Feder, el pelirrojo, que había estado en Hesperia y había presenciado la batalla de las guardianas en la explanada del templo.

La Gran Vestal le contestó con su voz plena y suave:

—Nos defendimos ante un ataque directo. Krysaor y Akálide están alterando el corazón de las gentes, a las que embaucan con oro, anulan con hierbas alucinógenas y convierten en seres crueles. Tenemos que luchar ahí, devolviendo a nuestro pueblo a lo que siempre fue propio de Tarsis: la piedad y la compasión, la sabiduría y la búsqueda de conocimiento, el comercio y la paz. ¡Feder! Sé que deseas venganza. El tiempo la traerá, no la busques. Tú y todos debéis oponeros al rey, pero sin dejaros llevar por la ira. Krysaor se está labrando su propia tumba. Muchos de vosotros veréis un día que será así.

La mayoría de los presentes se dejaron ganar por la dulzura de las palabras de la vestal, pero Sedric, Jamal y Kendal expresaban con sus puños y su actitud que deseaban combatir.

El fiel Cidón se expresó con convencimiento y en voz muy alta.

—Si lucháis, pondréis en peligro a Eteria.

Entonces se alzó la voz de Nórax, algo temblorosa:

—Ella es lo único que nos queda de la sagrada isla, del lugar de los inmortales. Tenemos que protegerla. —Y después trató de obtener su compromiso—: ¡Conjurémonos en la protección de la vestal! ¡Jurad que nadie revelará su presencia en la casa de Argón! Nadie hablará de lo que ha sucedido en esta reunión, y si lo hace, que la maldición del dios caiga sobre él.

—¡Lo juramos! —gritaron todos.

—Decid conmigo —exclamó muy fuerte Nórax—: ¡La maldición de Atón caiga sobre nosotros si revelamos la presencia de la hespéride!

Repitieron enérgicamente sus palabras y, obtenido aquel voto solemne, Nórax sintió cierto alivio y se dirigió de nuevo a ellos:

—Las guerras no se vencen porque falte oro, sino porque falta moral, porque fallan las convicciones…

—La caída de Hesperia no se debió solo a Krysaor —les confesó Eteria—. Ya antes de que este naciese se habían cambiado las costumbres, y Hesperia era un lugar de opresión.

La sala se llenó de murmullos, la mayoría a favor de las palabras de la pareja, pero algunos en contra.

—Tarsis ha sido siempre una ciudad de comercio y de paz —declaró Nórax—. En la arena están matando toros, el animal de Atón. Y no solo eso: mueren seres humanos. Los sacrificios, y más los humanos, son contrarios a las antiguas leyes de Jafet. En la sangre está la vida. No debemos mancharnos con la sangre de las víctimas. Atón es un dios de paz.

Fue Feder quien dio un paso adelante. Él, que había presenciado la ruina, el sacrilegio, las matanzas de Hesperia, se sentía traicionado por el dios.

—¿Cómo es posible que el dios no salvase la isla en la que se le rendía culto? —Su voz traslucía un dolor intenso—. ¿Cómo pudo haber abandonado en Hesperia a sus hijas, sus vestales? ¿Por qué está permitiendo que muera el culto a Atón y lo sustituya el culto a la diosa serpiente? ¿No es un dios poderoso?

La pena transformó el semblante de Eteria. Nórax y ella ya se habían planteado esas mismas preguntas, pero ni siquiera ella sabía cuál era el motivo por el cual un dios aparentemente todopoderoso había permitido la caída de su principal lugar de culto.

—No fue el dios quien ordenó el ataque a las hespérides, sino un hombre, Krysaor… Atón no abandonó por completo Hesperia. Tras el ataque, un fuego consumió los barcos del tirano. No solo la libró de sus enemigos, sino que finalmente la salvó… ¡Sabed que Hesperia existe aún! Atón la salvó, y algún día todos llegaremos a ella. —Después de emplear este tono profético, Eteria, con voz clara y sonora, les arengó—: Por el poder que me ha sido concedido como Gran Vestal, os aseguro que, si nos mantenemos unidos, venceremos al tirano. Quizá no sea en esta generación, sino en otra, o en la siguiente. Muchos cambios se producirán antes de que el pueblo *góidel* recupere Hesperia, pero un día ocurrirá.

—¡Danos una señal! —exclamó Kendal, el de mayor estirpe entre los hijos de los *góidel* después de Nórax.

Eteria se volvió a Nórax y en sus ojos ambarinos se reflejó una luz de complicidad. Lo miró con amor y susurró:

—¡Es el momento!

Él intuyó que aquellas palabras expresaban lo que siempre había deseado. Sin necesidad de pronunciar ninguna más, se entendieron. Eteria subió al estrado junto a Nórax y unió sus manos a las de él. En ese momento, desde el techo de alabastro, la luz del sol, oscurecida por una nube, penetró con fuerza en la sala, envolviendo en un gran haz a la vestal y al príncipe de los *góidel*.

Nórax, con voz firme y clara, se dirigió a todos:

—El dios Sol lo ratifica… ¡Hay una esperanza para los *góidel!* Un futuro se abre ante nosotros.

La Gran Vestal avanzó hacia él, extendió la mano derecha y ambos entrecruzaron los dedos. Había algo solemne en aquel gesto, y todos lo notaron. Después de unos instantes de silencio, los presentes en la sala asintieron con gestos y con palabras. Las leyes *góidel* disponían que, cuando dos jóvenes unían sus manos delante de los clanes como expresión de su voluntad de unirse, y los representantes de los linajes *góidel* accedían, se consolidaba el vínculo nupcial.

La isla donde se rendía culto al dios había desaparecido y todo se desmoronaba en Tarsis, aplastada por un gobierno cruel, pero la unión entre el príncipe de los *góidel* y una hespéride abría un futuro en el que cabía la esperanza.

La presencia de Eteria había transformado la disposición de los asistentes, de modo que a los que estaban paralizados por el temor les infundió valentía y a los que solo querían luchar les procuró calma. La tristeza que oprimía sus corazones se disipaba, reemplazada por la esperanza. Sintieron que no había más que decir y la reunión se fue disolviendo lentamente. Mientras los asistentes se retiraban, jóvenes y mayores se acercaron a hablar con Eteria.

Ella los escuchaba con atención, respondiendo con breves palabras que destilaban la sabiduría de una vidente. Su serenidad y conocimiento les ofrecían consuelo y claridad. Cada intercambio dejaba una huella, una chispa de esperanza en medio de la oscuridad que los rodeaba. La figura de la vestal, radiante y serena, se convertía en un faro de guía y fortaleza para todos.

Al fin, la sala quedó vacía. La tarde comenzaba a declinar cuando Nórax y Eteria subieron juntos a la terraza. Se sentaron en el pretil, mirando hacia el mar. Ella se apoyó en Nórax, cansada. Luego se levantó y él la siguió. El dios se ponía en el horizonte, bañándolos con su luz dorada. El marino se acercó más a ella y la hespéride se refugió en sus brazos. Él le besó los cabellos, que olían a flores, y ella posó la mejilla contra su pecho.

Después Eteria se separó de él y abrió el relicario. La luz de Atón en el ocaso tocó la piedra de Jafet, que resplandeció con una luminosidad renovada. Enseguida cerró el puño en torno a la gema sagrada para evitar que se viese el brillo que emitía. Era también como si se despidiese de la luz del sol que la colmaba. Sintieron en sus corazones la voz del dios que los empujaba y, cuando el último rayo de sol se ocultó, el mismo dios les impulsó el uno hacia el otro.

Al amanecer, cuando la claridad del día entró por la claraboya en el techo de la cámara de Nórax, Eteria abrió el relicario y tomó en sus manos la piedra de Jafet, que ya no brillaba con la fuerza de la noche anterior en el ocaso. A pesar de su felicidad, en los ojos de Eteria asomó una tristeza agridulce. Nórax se despertó y solo con mirarla entendió lo que le ocurría. Cerró el puño sobre la mano de ella que contenía la piedra de luz. La gema refulgió con resplandores renovados a través de las manos de ambos. La luz del dios brillaba ahora en sus corazones, más poderosa que la de la piedra de Jafet.

Areté

Tarsis, finales de primavera de 1584 a. C.

Pasaron los meses. Tarsis permanecía en calma, aunque la crueldad de Krysaor seguía latente: quizá era el miedo lo que sembraba la paz. Nadie alzaba la voz, nadie se oponía.

Primavera avanzada, hacía calor; pero una brisa suave con olor a mar llegaba desde la costa y agitaba las ramas de los árboles en el jardín de la casa de Argón. Un rosal estaba cubierto de flores blancas, y Eteria se alzaba sobre las puntas de los pies para cortar algunas. Pero entre las ramas asomaba una espina, y Eteria se pinchó y dejó caer las rosas que tenía en las manos. Se agachó para recogerlas, pero al levantarse se le nubló la vista, se agarró al tronco y los pétalos se dispersaron por el suelo.

Nórax, que bajaba por las escaleras que conducían al jardín, vio cómo se tambaleaba y se agarraba al árbol. En grandes zancadas se aproximó a ella, a tiempo de impedir que cayese. Eteria estaba blanca. La ayudó a sentarse en el banco, bajo la sombra del camelio.

—¿Qué te ocurre?

Eteria, aún pálida, abrió los ojos entrecerrados y esbozó una suave sonrisa. Murmuró a su oído unas palabras. Los ojos de Nórax brillaron y alargó la mano hacia su vientre, hacia la nueva vida que empezaba a crecer en él. Al hacerlo, rozó el colgante de ámbar y coral, donde Eteria guardaba la piedra. Entonces ella entrelazó la mano derecha con la de él y con la izquierda abrió el colgante. Sacó la gema sagrada y la depositó sobre las manos unidas. La piedra

brilló con fuerza e iluminó todo el jardín como si un sol hubiera descendido sobre ellos.

—La luz del amor que sentimos la hace brillar así —susurró con una leve sonrisa, y después se quedó pensativa—. Entiendo ahora la profecía de mi padre Gerión. Cuando nos condujeron a Hesperia, se dice que mi padre profetizó el futuro que me aguardaría. Mi destino sería abrirme al amor, en el que encontraría el camino a la eternidad. En ti lo he encontrado.

Nórax recordó aquel momento de su juventud, cuando él y Krysaor eran apenas unos muchachos y escucharon las profecías de Gerión sobre las tres niñas. Eglea había muerto, Areté quizá también, pero Eteria estaba junto a Nórax.

Con convencimiento, Eteria exclamó:

—¡Tú eres mi destino! Juntos cambiaremos el futuro de Tarsis.

La vida de los *góidel* estaba envuelta en visiones; el cielo y la tierra se entremezclaban. También, días atrás, Argón había declarado: «De vosotros nacerá la estirpe que salvará Tarsis». Se decía que los dementes y los niños estaban próximos a la divinidad y conocían la verdad. Había sido así. Argón, con la cabeza a veces perdida, había intuido el porvenir.

La piedra de Jafet brilló con más intensidad en las manos de ambos.

—Él conducirá a nuestro pueblo —exclamó de nuevo Eteria—, será guía de hombres, sabio y valiente.

Le explicó a Nórax que los hijos de las hespérides eran longevos, con capacidad de mando y líderes naturales. Solo morían en la batalla o por accidentes, pero no conocían la decrepitud de la vejez. Eteria guardó la piedra en el colgante de oro, ámbar y coral.

Nórax se acercó a ella y la abrazó; la sintió como una joya que albergaba un misterio, el misterio de la vida que crecía dentro de sí. Después, tras separarse un poco, Nórax se levantó del banco, con las manos entrelazadas en las de Eteria, y la hespéride elevó los párpados y fijó su mirada en él, resplandeciente de alegría. La luz del sol de invierno se colaba entre las ramas del camelio e hizo

brillar los cabellos castaños de Eteria y la joya en forma de sol que colgaba de su pecho. Nórax debía irse, y recordando el tiempo en que Eteria vagaba por la isla, fuerte y libre, le dijo:

—Te dejo en un forzado encierro…

—Cuido el jardín, que poco a poco se va transformando en un trozo de Hesperia. Estoy a tu lado, y desde la terraza diviso la isla, aunque no puedo ir a ella. Una vida crece dentro de mí. —Sonrió, para terminar diciendo—: Lo tengo todo.

Se agachó y la besó en la frente, sintiendo un torrente de amor y devoción por ella. Las últimas semanas a su lado habían sido un tiempo de plenitud y belleza. Después el marino se alejó, subiendo por las escaleras, mientras ella seguía sentada. Desde lo alto de un rellano la contempló, pequeña y débil, y su corazón se llenó de ternura. Al cruzar el gran zaguán de entrada, el frescor de la brisa de la mañana le acarició la cara; hacía días que no salía del gran palacio de Argón, atrapado por la magia de la hespéride.

Con el aroma de ella todavía en sus sentidos, descendió por las calles rumbo a los muelles. El rey le había ordenado que transportase un cargamento de sal procedente de las salinas reales hacia tierras de Libia, donde se vendería a buen precio. A cada paso que daba, su mente volvía a Eteria, sintiendo que, aunque se alejaran físicamente, seguían unidos por un lazo invisible.

La luz del sol de la mañana brillaba extrayendo reflejos de los tejados de oricalco de las casas de Tarsis. Habían pasado los meses y estaba próximo el solsticio de invierno, la fiesta del nacimiento de las hijas de la noche. Más de veinte años atrás, Eteria y sus hermanas habían sido entregadas en el templo.

Por las calles, Nórax escuchó los bandos del rey en los que se proclamaba que, gracias a él, al humano rey Krysaor, los tartesios se habían salvado de la isla de las brujas. También se regocijaba de haber impedido que las hijas de Tarsis fueran entregadas al dios. En la puerta de una de las casas unas parteras cuchicheaban comentando que, efectivamente, las madres que hubieran parido en los días más cortos del invierno podían respirar tranquilas.

El bando anunciaba, además, una gran fiesta en el próximo solsticio en la que se convocaba en el templo de la diosa a las madres que habían perdido a alguna niña en Hesperia. Krysaor, haciendo alarde de su gran humanidad, les devolvería a las niñas que habían sido capturadas en el ataque a la isla. Los heraldos gritaban por doquier que se había vencido la superstición.

En el puerto se encontró a Feder, con el que comentó los bandos.

—Si bien las niñas de Hesperia regresan a sus madres, las hespérides adultas han sido retenidas, reducidas a la esclavitud —le dijo Feder.

—¿Cómo lo sabes?

Feder señaló los muelles. En el puerto se balanceaban naves de muy distintas banderas, y su amigo le reveló el motivo:

—¡Lo sabe todo el mundo! El rey ha difundido por todo el orbe noticias de la belleza y sabiduría de las mujeres de Hesperia, y han llegado mercaderes de los países con los que comercia Tarsis. Ayer las hespérides fueron vendidas en una impía subasta.

Junto a los muelles se mecían naves de la tierra de los faraones, el país de Khemet, de las islas del norte, barcos con el símbolo del toro, de los minoicos cretenses, algunos otros que transportaban a los jefes de Hatti, e incluso habían llegado embarcaciones con mercaderes de las lejanas Assur y Mittani.

Nórax se indignó:

—¡Es impío vender a las doncellas consagradas al dios!

Feder movió la cabeza con cierta rabia mientras decía:

—Krysaor solo busca riquezas. Han comenzado a llamarlo Argantonio, es decir, 'hombre de plata'; va cubierto enteramente de plata.

Nórax se rio irónicamente:

—Se ha resarcido de aquel tiempo en que era pobre y ahora se ha vuelto de plata.

El gran cargamento de sal, procedente de las salinas cercanas a Caura, un poblado en la orilla occidental del río Tarsis, se guardaba en el almacén real. Se dirigieron allí y pusieron a los estibadores y a

los marineros a cargarla. Durante toda la mañana estuvieron afanados en ello, vigilando el trabajo.

En el puerto se oían voces en lenguas extranjeras de países lejanos. Nórax, que comprendía alguna de ellas, escuchó a los mercaderes hablar con palabras soeces de las vestales. En un barco comentaban a gritos la subasta del día anterior y mencionaron a una muy hermosa de largo cabello dorado que se había rebelado contra todos.

—Una mujer peligrosa, de la que se dice que era una de las jefas de las guardianas.

Nórax no pudo menos que pensar en Areté. Intentó preguntarles, pero se alejaron.

Dejó a Feder con los estibadores y se apresuró a regresar a casa. Por el camino pensó en cómo decírselo a Eteria. A lo mejor aquella guardiana no era Areté y sembraba falsas esperanzas en ella.

Sin embargo, Eteria ya lo estaba aguardando, y en su rostro se traslucía el dolor, el nerviosismo y la angustia. Nunca la había visto así.

—A través de Lyda, que está al tanto de todos los rumores de la ciudad, he llegado a saber que en el antiguo templo de Atón han estado ocultas y encerradas las mujeres que Krysaor cautivó en Hesperia, y que ahora han sido vendidas. ¡Se subastaron como si fueran ganado! —Nórax afirmó con la cabeza para darle a entender que conocía la noticia e intentó consolarla, pero ella, desesperada, continuó—: Tengo noticias de que el faraón hicso va a pagar una enorme fortuna en oro por la gran guardiana de la isla de Hesperia, que no es otra que mi hermana Areté. ¡Está viva! Pero será enviada al país de Khemet… —exclamó acongojada. Después, con los ojos llenos de lágrimas, lamentó—: ¡No la volveré a ver! —Se detuvo un instante y dijo—: Tengo que hablar con ella, tengo que despedirme.

Lo que ella proponía podía hacer que su presencia en la ciudad llegase a oídos del rey.

—Eso es imposible —declaró Nórax con firmeza.

—¡Debes ayudarme! —exclamó ella con una voz imperativa—. ¡Por lo que más quieras en este mundo! ¡Por el amor que nos une!

Nórax no podía impedir, por peligroso que fuera, que Eteria se acercase al templo donde las hespérides habían sido apresadas. Sin embargo, protestó:

—¡Te descubrirán! ¡Sería tu fin!

Eteria estaba pálida y temblaba presa de una intensa emoción y a la vez de cierta inseguridad.

—Sé que ya no es como antes, que no soy ya la poderosa vestal capaz de realizar grandes prodigios, pero aún conservo la fuerza de Atón y la piedra de Jafet.

Sus ojos castaños y claros miraron a Nórax de una forma extraña y acto seguido tocó el relicario donde llevaba la piedra de Jafet. Como había ocurrido en el barco, repentinamente se encontró con una mujer delante de él a la que no pudo reconocer. Nórax sabía que era Eteria, pero le daba la impresión de no haberla visto nunca antes. Al cabo parpadeó —a Nórax le pareció que se despertaba de un sueño— y volvió a ser Eteria.

—Es verdad que la piedra te oculta, pero cualquier descuido puede revelar tu presencia.

Le contestó con voz algo enfadada y agobiada por la situación.

—¡Sé cuidar de mí misma!

—Por lo que se rumorea en la ciudad, las hespérides están en la prisión bajo el templo, encerradas tras varias puertas y protegidas por guardias. ¿Cómo vas a llegar hasta ellas, franquear las puertas…?

—Tiene que haber algún modo… ¿No conoces a alguien de confianza que pueda ayudarnos? Con la piedra de Jafet sé que puedo ocultarme de modo que nadie me reconozca, pero tengo que llegar hasta allí.

Nórax comenzó a cavilar y de pronto le vino a la mente una mujer llamada Funala que había sido su ama de cría. Vivía con su familia en unas casas pequeñas de un barrio cercano a la arena de Tarsis y, por lo tanto, al templo donde las hespérides aguardaban su destino.

Trabajaba cocinando para el templo, y quizá para la prisión aneja a él. Tal vez Funala pudiera ayudarlos o, al menos, indicarles quién podría hacerlo. Su hija Aloa se había casado con Brent, el capitán de *porenna.*

La hizo llamar y, cuando entró en la estancia donde la esperaba, lo abrazó como si fuese aún el pequeño al que había cuidado:

—¡Niño mío! ¡Niño mío!

Nórax se rio, y mientras levantaba a la pequeña mujer agarrándola por la cintura, le dijo:

—Funala, no cambias. No soy un niño.

Ella pataleó y consiguió que la dejase en el suelo.

—Lo sé. Sois muy importante y por eso hace años que no os dirigís a la vieja Funala.

Hizo una inclinación de cabeza, él adoptó un tono muy serio y le puso la mano en el hombro:

—Necesito tu ayuda.

—Lo que deseéis, mi señor.

En un tono confidencial, le preguntó:

—¿Puedes entrar en el lugar donde están apresadas las hespérides?

—No puedo entrar, pero todos los días ayudo a mi hija a llevarles la comida a esas damas. Me duele lo que les ha hecho Krysaor… Eran las que guardaban Hesperia. No creo que fuesen brujas. El mundo va mal, se hunde, desde que las hespérides no están donde deben —rezongó.

Inesperadamente, entró Eteria. Funala, al verla, se inclinó ante ella, impresionada por su belleza y dignidad.

—¿Sois?

Ella sonrió y dijo:

—Sí, soy una de las hespérides. Necesito ver a las otras antes de que sean dispersadas. Sobre todo, deseo ver a una de ellas.

—Puedo conduciros hasta sus celdas, pero me juego la vida. No puedo ayudaros a entrar, está muy protegidas.

—Ya —la tranquilizó Nórax—, pero no te pondremos en peligro. Eteria posee un poder que nos encubrirá.

—Sabré entrar por las puertas que me separan de ellas —afirmó Eteria.

—Es muy peligroso —balbuceó Funala—. Si me descubren…

—Lo sé, pero te protegeremos. Te apreciamos porque sé que eres fiel a la casa *góidel*.

Funala movió la cabeza a un lado y a otro.

—¡Mucho más de lo que os imagináis!

—No dudaba de que nos ayudarías —le agradeció Nórax.

—Todos los días mi hija y yo cocinamos para las hespérides, aunque no nos permiten verlas. Mi esposo me ayuda con las ollas más grandes, que dejamos en la entrada de las celdas, pero la guardia no nos permite pasar más allá de la puerta de entrada.

—Guíame hasta allí y yo sabré qué hacer —le pidió Eteria.

—Iré contigo —se ofreció Nórax.

—No, será más fácil si voy sola —zanjó Eteria con determinación.

Funala movió la cabeza afirmativamente, reconociendo que sería mejor hacerla pasar a ella sola. A continuación anunció:

—Al atardecer, quizá sea el mejor momento.

Durante todo el día Eteria estuvo intranquila, nerviosa, trabajando febrilmente en el jardín entre sus plantas y sus flores y cantando suavemente. Al caer el sol, desde la terraza frente al mar, se abismó en la contemplación de Hesperia. Nórax permaneció a su lado, viendo ocultarse el sol y mirando al horizonte, para serenarla.

Aún persistían las luces del ocaso cuando Funala apareció. Eteria bajó desde la terraza, se acercó al ama y la tomó de la mano. En ese mismo instante se transformó, y su aspecto se mimetizó con el de la anciana criada.

—¿Cómo lo conseguís? —exclamó Funala meneando la cabeza y dirigiéndola hacia la que ya no parecía Eteria—. ¿Qué truco utilizáis?

—Quien posee magia en sí mismo no necesita trucos —sonrió Eteria, volviendo a ser ella misma.

El ama puso cara de asombro, abriendo algo la boca. Tras hacerle un gesto para que la siguiese, ambas salieron en silencio y se dirigieron hacia lo alto de la acrópolis. Nórax se quedó tras la puerta del palacio viendo las figuras de dos mujeres alejarse entre el gentío de las calles.

Al llegar a la arena de la plaza, Eteria cerró la mano sobre el relicario que contenía la piedra de Jafet. Nadie la veía. Los atletas que saltaban en la arena iluminados por la luz de las antorchas saludaron a Funala, pero a Eteria no le hicieron más caso que el que se hace a las sombras que proyectan las antorchas.

Un atleta con paso elegante y firme, como si bailase, se acercó a ellas y se dirigió a Funala, sonriendo.

—Hola, suegra. ¿Qué haces por aquí?

—¿Qué he de hacer? Llevar la comida a las brujas…

La cicatriz en el rostro de Brent, el capitán de *porenna* y yerno de Funala, se contrajo. Él era fiel a Atón, y había visto a Eteria en la reunión de la casa de Argón. No entendía las palabras de su suegra, aparentemente llenas de rechazo al dios, pero los otros atletas las oyeron.

Atravesaron un almacén y después entraron en las cocinas. La luz del hogar brillaba al fondo separada por un mostrador en el que se disponía la comida para los saltadores. Una mujer de mediana edad, que debía de ser la hija de Funala, la saludó mientras depositaba un gran caldero de cobre con asa en el mostrador. No pareció darse cuenta de la presencia de Eteria.

—¿No está padre? —le preguntó extrañada.

—Da igual, tengo fuerza suficiente.

—Madre, te estás haciendo mayor, te vas a romper la espalda.

Funala se puso a rezongar y la mujer de Brent optó por no enfrentarse a su madre.

—¡Métete en tus asuntos! —Con fuerza agarró el gran caldero, que contenía una especie de potaje, y se encaminó hacia la puerta de la cocina.

Funala se metió en un cuartucho junto a las cocinas, un almacén, donde Eteria cambió de aspecto; podía confundirse perfectamente con Funala. Tras agarrar el pesado caldero, ambas salieron a la plaza. Tanto Funala como Eteria iban cubiertas por mantos que les tapaban, de modo que parecían dos amas maduras cargando con las ollas.

Al llegar a la puerta que conducía a la arena, Funala le dio las indicaciones de lo que debía hacer y se quedó atrás. Le explicó que ni ella ni su esposo solían entrar en el lugar donde estaban presas las hespérides, así que debía dejar la comida en la puerta porque eran los guardias los que la introducían y después devolvían los grandes calderos a las cocinas.

Atravesaron la plaza, al fondo de la cual se abría una gran escalinata que ascendía hacia el templo y que, después de unos peldaños, se bifurcaba: la parte más ancha subía hacia el altar de los sacrificios mientras que la otra, más estrecha, seguía circundando las paredes de piedra del templo y se prolongaba más arriba hasta el palacio real. A mitad de camino, en un portillo practicado y que tenía un ventanuco con rejas, estaba la prisión.

Tal y como le había indicado Funala, Eteria llamó a la puerta. Un soldado le pidió una contraseña y ella le dio la que Funala le había revelado. Pasó la guardia sin problemas y siguió caminando por un largo corredor que al final formaba un ángulo recto. Se sentía nerviosa, pero sabía controlarse, y caminaba con paso firme.

Tras un recodo, se abría una estancia con una gran puerta que era la entrada al recinto donde estaban las hespérides. Dos guardias lo protegían. Dejó el caldero en el suelo y dio unos pasos hacia atrás para colocarse en un lugar donde no la veían los guardias. Estos trataban de abrir la puerta forcejeando con una larga llave que les costaba girar.

Al volver la esquina, Eteria apretó con fuerza la piedra con la mano. Regresó hacia donde estaba la guardia justo cuando la puerta se estaba abriendo. Dejó a un lado a los guardianes y al pasar rozó a uno de ellos, que se volvió intentando descubrir quién le había

tocado, aunque no vio a nadie. Finalmente, Eteria cruzó el umbral y la puerta se cerró tras ella.

Se encontraba en un patio rodeado de un claustro de columnas de piedra y cerrado por una techumbre de madera. En él distinguió, bajo la luz que penetraba por la techumbre y la mortecina llama de las antorchas, a un grupo de unas veinte o treinta mujeres, la mayoría jóvenes y hermosas. Había alguna de mayor edad, pero ninguna mostraba signos de decrepitud. La mayoría estaban sentadas en el suelo o apoyadas en las columnas, pero algunas permanecían acostadas en montones de paja y aun otras caminaban en torno al claustro. Eran las compañeras de Eteria, las que habían crecido a su lado, con quienes se había criado.

Las mujeres se aproximaron con unas escudillas a recoger la comida. Entonces Eteria dejó caer el capuchón del manto que le cubría el rostro y se mostró ante todas: un grito salió de todas las gargantas.

Se congregaron a su alrededor y la abrazaron presas de una gran alegría y entusiasmo. La otrora Gran Vestal de Hesperia se enterneció: distinguía el rubor en las mejillas y las lágrimas en los ojos de las hespérides. Comenzaron a hablar muy deprisa, preguntando por unas y por otras. Estaban asustadas: las iban sacando poco a poco de aquella prisión, conforme los mercaderes iban pagando el precio fijado en la subasta. Cada una de las que salía de allí representaba un dolor renovado para las demás. Ya no estaban allí las que habían sido adquiridas por un menor valor. La suma más alta había sido ofrecida por Areté, que iba a ser comprada por Apofis, el faraón egipcio.

Preguntaban sin cesar por las que faltaban, amigas y compañeras que nunca habían llegado a la prisión. Eteria poco les podía decir: las que no se encontraban allí habrían muerto o estarían en el lugar donde quiera que se situase la isla.

Detrás de todas las hespérides había una que se había quedado parada y que en ese momento emitió un grito de emoción y sorpresa. Era Areté. Eteria la reconoció enseguida, aunque había

cambiado, Seguía llevando la falda corta de las guardianas, ceñida por un amplio cinturón, con sandalias trenzadas hasta la rodilla, pero sin la loriga de plata que solía protegerla. Parecía más alta y fuerte.

Areté dio un paso adelante y estrechó fuertemente a Eteria entre sus brazos. Fue un abrazo largo, ardiente, sin palabras. Les parecía mentira que siguieran con vida después del cruel ataque a Hesperia y tras tantos meses pasados sin saber nada la una de la otra. En ese tiempo, cada una había pensado que su hermana estaría muerta. Durante el abrazo pudieron sentir sus corazones palpitando con fuerza.

—¡Querida Areté! ¡Mi querida Areté! —exclamó al fin Eteria con voz temblorosa por la emoción—. Me salvaste la vida.

Areté se separó un poco, agarrando con los brazos los hombros de su hermana, y, con un cariño inmenso, le contestó:

—¡Cumplí con mi deber! Soy… era… una guardiana. Aunque ahora ya no soy nada. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Nos han dicho que Hesperia ha desaparecido.

Eteria se soltó del abrazo de Areté y señaló en el muro de piedra de la prisión, entre las columnas, el lugar desde donde se podría divisar la isla:

—¡No! No ha desaparecido; yo aún puedo verla, aunque sé que nunca podré llegar a ella. Hesperia no se ha perdido, ha sido purificada por la fuerza del dios. Está más allá de todo. Algún día volveremos.

Areté movió tristemente la cabeza: en aquellos días de obligado encierro, había pensado mucho. Desde meses atrás, intuía su futuro gracias a la fuerza con que lo hacen las hespérides: su vida iba a tomar un derrotero que la alejaría para siempre de Tarsis y de Hesperia.

—Yo, no. Nunca volveré a Hesperia, o no lo haré al menos en esta vida. ¡Oh! ¡Eteria! ¿Qué hemos hecho las hijas de Atón para merecer esto? Nunca debimos dejar entrar a Krysaor.

Eteria recordó a Niso, su gobierno rígido y sin alma, causante también de la muerte de Eglea.

—El mal ya anidaba en el corazón de algunas de nosotras. Krysaor entró en la isla porque el dios permitió que muriera el dragón. Quizá era inevitable…

Areté no quiso recordar más el pasado, que le dolía, y la interrumpió:

—¿Cómo pudiste escapar de la destrucción de Hesperia?

—¡Nórax me salvó!

Eteria pasó a relatarle todo lo sucedido, y le contó que ahora estaba refugiada en el palacio de los *góidel,* donde vivía oculta y era feliz. Areté, con la visión profunda de la realidad que tenía, se dio cuenta de que su hermana esperaba un hijo. Extendió su mano hacia el vientre de Eteria, con mirada inquisitiva. Eteria se sintió confusa, enrojeció ligeramente y dijo como excusándose:

—Es el hijo de Nórax. Nos hemos unido delante de los clanes…

—Una hespéride no debería unirse a ningún hombre.

—El dios lo quiso: la piedra de Jafet brilla en nuestras manos unidas con un fulgor renovado —afirmó Eteria.

Areté calló, observando con su mirada inteligente a su hermana. Al oír hablar de la piedra, le preguntó:

—¿La tienes?

—Sí.

—Déjame volver a verla.

Eteria la sacó de la faltriquera y la sostuvo entre sus manos, y se hizo evidente que no brillaba ya tanto como antes. Después, tras cedérsela a Areté, la gema sagrada relumbró con una luz más potente.

Areté se dio cuenta y miró a los ojos a Eteria, quien sonrió. Después la piedra pasó de mano en mano: las que la tocaban parecían embellecer, y aquellas que, al entrar, mostraban signos de edad, cansancio o enfermedad se rejuvenecían, se relajaban o mostraban un aspecto más sano.

Mientras todas estaban distraídas con la piedra, las dos hermanas hablaron entre sí. Eteria le contó todo lo que había ocurrido en los últimos meses desde que se separaron en el puerto de Hesperia

ante el ataque de los soldados de Krysaor. Le habló de Nórax, de que se había dado cuenta de que ahora su vida cobraba todo su sentido con él, y aún más desde que esperaba un bebé. Al aludir a su hijo, recordó a la hermana que faltaba, que había muerto por el mismo motivo que ahora representaba la felicidad de Eteria.

—Una vez juzgamos a Eglea…, e hicimos mal. A pesar de todo, ella era pura…, se convirtió en espuma de mar —recordó Eteria—. No me juzgues. Sé que mi camino pasa por Nórax.

Al recordar a Eglea, la voz de Areté se tornó comprensiva con sus hermanas a la par que exigente consigo misma.

—Lo sé. Sin embargo, mi destino es distinto al vuestro. Sé que no encontraré lo que el dios me da en un hombre. No quiero atarme a nadie. Soy libre, y nadie me dominará jamás, menos aún un hombre.

Cuando dijo la última frase, Areté se irguió con las piernas separadas, una delante de la otra, las sandalias trenzadas hasta la rodilla, la espalda recta, el faldellín —que parecía moverse con vida propia— corto, los brazos bien torneados y fuertes apoyados en el amplio cinturón donde antes había pendido un arma, la nariz recta y fina levantada y el cabello dorado cayéndole por la espalda. Era la viva imagen de una guardiana poderosa, de una mujer segura de sí misma, firme en su independencia y decidida a no doblegarse jamás ante nadie. Estaba lista para enfrentarse a cualquier destino adverso sin vacilar. Le contó a Eteria que el día anterior había resistido en la bochornosa subasta pública, expuesta como si fuera un animal, soportando la mirada lasciva de los mercaderes y la actitud prepotente del visir egipcio. Había luchado y herido a varios tras gritarles impetuosamente: «¡Nadie me va a doblegar nunca!».

Eteria pensó que para las almas fuertes no hay destino ignominioso. Al contemplarla, con su fuerza casi viril, se llenó de amor y admiración. Lo que el dios había dispuesto para Areté era muy distinto a lo que había ordenado para sí misma, y le confesó:

—Mi camino se separa del tuyo. Tú sigues siendo la misma, pero yo he cambiado.

—Sí —reconoció Areté, pensativa—. Es así…

Entonces el semblante de la guardiana cedió en su dureza y se volvió a Eteria, quien abrió los brazos para fundirse de nuevo con su hermana en un abrazo estrecho e intenso. Después se separaron y miraron a sus compañeras, quienes se pasaban de mano en mano la piedra de Jafet hasta que esta, finalmente, regresó a ellas.

Una de las hespérides la sostenía entre sus manos y, arrodillada, se la ofrecía a Eteria. Ella no la tomó, sino que se la cedió a Areté. La luz que emanó de las manos de Areté fue resplandeciente e intensa, por lo que la oscuridad de aquella prisión se tornó en el resplandor del claro día.

Entonces Eteria le dijo a Areté:

—La piedra de Jafet es ahora tuya. En ti brilla con la mayor fuerza; quizá debas poseerla.

Areté, sorprendida por sus palabras, miró a Eteria, a la que aún reconocía como la Gran Vestal de Hesperia, y repuso:

—Tú eres y seguirás siendo la Gran Vestal.

—No soy una vestal, porque ahora voy a ser madre.

—¿Y qué es una Gran Vestal sino una madre? Recuerda a Dana. ¿No fue ella una madre para nosotras? Siempre serás la que cuida de todos los adoradores de Atón. La ciudad y sobre todo los *góidel* están en una situación difícil. Si la piedra de Jafet permanece conmigo, se irá al levante, al gran país de Khemet, donde reina Apofis, el faraón con nombre de serpiente. No quiero llevarla allí. Además, se iría de Tarsis cuando más se necesita aquí. ¿Acaso debo hacer algo así?

Se observaron atentamente, comunicándose sin hablar durante unos instantes.

—Tu mirada es penetrante. Ves el futuro. —Sonrió Eteria—. Los fieles de esta ciudad necesitan la piedra sagrada y, aunque es verdad que Tarsis no merece albergar el mayor tesoro que Jafet legó a sus gentes, el país de Khemet no es un lugar apropiado.

En ese momento Areté le reveló sus temores:

—Siento además que en Egipto me espera algo maligno, y es peligroso que la piedra de luz vaya conmigo. Tiene que seguir oculta como lo está ahora.

Areté introdujo la piedra en el relicario de ámbar y coral que colgaba del cuello de Eteria y lo cerró. La luz desapareció. Por último, Areté se refirió al hijo de Eglea y le pidió a su hermana que lo encontrase.

—Krysaor no debe averiguar dónde está, pero tú debes encontrarlo y enseñarle quién es y cuál es su destino.

—Pero ¿cómo voy a hacerlo? —le preguntó Eteria—. ¿Cómo voy a saber dónde está?

Areté abrió el relicario y ambas hermanas miraron en el interior de la piedra de luz. Eteria dejó escapar un suspiro en el que se pudieron captar las palabras: «¡Pobre niño!».

—No te compadezcas de él: está siendo curtido por su destino, y será fuerte y valiente.

—Quizá él sea el esperado, el que un día salve los restos de Tarsis.

Areté hizo que, con la mano apoyada en la piedra sagrada, Eteria jurase que lo encontraría.

Esta, acto seguido, le hizo una propuesta a su hermana:

—¡Ven conmigo, puedo ocultarte!

—Eso no es posible. Os pondría a todos en peligro. Krysaor me encontraría, y entonces te descubriría a ti. Además, ahora me debo a ellas… —y las señaló como queriendo decir: «porque tú no estás».

Después sonrió, y al hacerlo, parecía transformada, distinta a la doncella dura y adusta que solía ser en Hesperia. Era alguien capaz de cuidar a otros, con sacrificio.

—El dios Atón quiere que me aleje de Tarsis —le reveló—. Tendrá sus motivos, y yo los acepto. Puedo valerme por mí misma.

Eteria amaba a Areté por su fuerza y determinación, a diferencia de ella, que era serena y sólida. Las dos hermanas siempre se habían complementado, y entre ellas existía un vínculo indestructible y entrañable.

Oyeron ruidos fuera; alguien se acercaba. Los ojos de Eteria se llenaron de lágrimas ante la dolorosa perspectiva de perder a su hermana. Ambas se fundieron en un último abrazo, largo y profundo, como si en ese momento desearan aferrarse eternamente la una a la otra, resistiéndose a la inevitable separación.

La puerta de la prisión iba a abrirse. Al oír el ruido de las llaves, Eteria y Areté se separaron. La piedra quedó en manos de Eteria, y su poder le permitió desaparecer ante la mirada de los presentes. Solo Areté podía verla. Los soldados de Krysaor en la puerta gritaron el nombre de una de las hespérides y luego anunciaron:

—¡Tu amo te espera!

La hespéride gritó y se despidió de las otras, quienes, llorando, se abrazaron a ella. Los soldados entraron en el recinto para separar a la prisionera del resto, que no querían dejarla partir. En el barullo, Eteria, imperceptiblemente, se deslizó hacia el portillo de la prisión. Areté la siguió, pero, al acercarse a la entrada, los guardianes, viéndola tan cerca de la salida, la empujaron.

—¡Tú no deberías estar aquí! ¡Vete adentro!

Se revolvió con rabia contra ellos, arañando con las uñas a uno de los guardias y dejándole marcas en la cara. Estaba furiosa, pero en su corazón no solo latía la ira, sino también una profunda tristeza por la separación de su hermana.

Desde fuera de la prisión, Eteria oía la lucha de su hermana sin poder ayudarla, y sintió que el corazón le oprimía. Con los ojos húmedos por las lágrimas, se retiró por el oscuro pasillo de las mazmorras.

El hijo de Eglea

Tarsis, verano de 1584 a. C.

Unas semanas más tarde, desde lo alto de la terraza de la casa de Argón, Eteria despidió la nave que conducía a Areté hacia el oriente. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Mientras la nave se alejaba del puerto, un rayo de luz resplandeció en la terraza, apuntando directamente a la embarcación. Era la gema sagrada, con la que Eteria enviaba un último mensaje a su hermana. Las velas de la nave de Areté se desplegaron henchidas por la suave brisa.

—Ve en paz, hermana mía, ve en paz, suaves vientos te acompañen y te lleven a un lugar de felicidad.

Después siguió con la mirada el barco hasta que no fue más que un punto perdido en el horizonte. Eteria se quedó allí, en el terrado sobre la casa de los *góidel,* largo tiempo. Esperaba algo, una señal del dios, que llegó poco antes del amanecer: el cielo se cubrió de una extraña luminosidad, con manchas y columnas de un color intensamente verde en tonos blancos y violáceos. Se trataba de una aurora boreal, un fenómeno nunca visto en aquellas latitudes y que solo Nórax conocía por sus viajes al norte, a las tierras más allá de Hibernia.

Nórax estaba allí, y en aquel momento, bajo la aurora boreal, rodeados por una luz mágica, ella lo abrazó con ansia y necesidad de consuelo. Bajo esa extraña luz, Eteria le susurró que con aquella señal Atón les mostraba que el mundo iba a cambiar.

—Eglea era la luz y ha muerto. Solo me quedaba Areté, mi otro yo. Estábamos especialmente unidas. Areté era la rectitud de una

conciencia abierta al dios, una inteligencia preclara, un corazón generoso. Ahora estoy sola, únicamente te tengo a ti.

Permanecieron abrazados así largo tiempo, el hermoso cabello de ella ondeándole sobre la espalda, cubierta por la blanca túnica, y la cara apoyada en el fuerte pecho de él, que se enterneció. La hespéride, la diosa de los océanos, la ninfa del ocaso semejaba una niña deseosa de ser cuidada. El marino, conmovido, se juró que jamás se separaría de ella, que siempre la defendería y que ella sería lo primero en su vida. Nunca se había arredrado ante nada ni ante nadie, pero en aquel momento temió perderla, consciente de que la amenaza de Krysaor siempre se cerniría sobre ellos. Besó su hermoso cabello y después le levantó la barbilla para besarle los labios, que tenían el sabor de la sal debido a las lágrimas.

Entonces ella se apartó ligeramente de él.

—Debemos encontrarlo.

Sabía bien a quién se estaba refiriendo.

—Lo pude ver en la piedra de Jafet —le confesó—. Es un niño con el mismo rostro de Eglea. Lo pude ver…

Después entró en una especie de trance y cerró los ojos absorta en sí misma.

—Krysaor también lo busca —susurró.

A continuación, en voz más alta, casi gritó:

—¡No debe encontrarlo!

—¡Algún día lo hará! ¡Es su padre!

—Debemos impedirlo. Como sea.

El semblante de Eteria mostraba una angustia tremenda.

—¿Por qué te preocupa tanto?

—Las hespérides no debemos tener hijos. Las muy puras pueden hacerlo sin la intervención de un varón, en cuyo caso nacen siempre niñas. Sospecho que fue lo que ocurrió con la reina Esté, mi madre. También podemos enamorarnos, lo cual supone una traición al dios, como nos ha ocurrido a mí y a Eglea, y de la unión con hombres mortales siempre nacen varones. En este caso, los niños así concebidos serán guías de pueblos. Hombres que conducen a

hombres, hombres que apenas envejecen, que se mantienen físicamente vigorosos aunque pueden morir en la batalla o por heridas o accidentes. Es muy peligroso que un ser como Krysaor, o como la reina Akálide, se haga cargo de alguien así, que eduquen a un niño destinado a ser conductor de hombres.

Nórax entendió, se llevó a la mano a la cabeza y se revolvió el cabello, pensativo. Al fin, le reveló:

—Creo que puedo saber dónde está. Cidón me dijo que había recogido y ocultado en un lugar seguro a algunos de los hijos de Gerión junto con otros niños. Puede que uno de ellos sea el hijo de Eglea. Lo buscaré y lo traeré a esta casa.

—¿Dónde está?

—No estoy seguro, no podría decírtelo. Probablemente Cidón pueda darnos más información. Cuando yo estaba fuera y mi padre perdía la cabeza, se hacía cargo de los asuntos de la casa *góidel* y todo pasaba por sus manos.

Nórax fue a hablar con Cidón. Este estaba ocupado con dos sirvientes distribuyendo en los barcos *góidel* la carga procedente de las minas de la Oretania.

—Cidón, un momento —le llamó en voz baja.

Él se acercó enseguida y salieron de la cámara.

—¿Sabes qué fue de los príncipes del *kap* después de la caída de Gerión? Se rumorea que murieron…

—No todos —respondió Cidón, bajando la voz—. Cuando Krysaor subió al trono, una niñera del *kap,* de sangre *góidel,* vino al palacio buscando a tu padre. Argón ya estaba perdiendo el juicio, así que yo estuve presente. Era la época en que Gerión acababa de morir, o ser asesinado. Nos advirtió de que Krysaor quería hacer desaparecer a los jóvenes príncipes para acabar con cualquier heredero. Argón apenas comprendió, pero me ordenó esconderlos…

—¿Había uno de pelo casi blanco, de unos diez años y ojos muy claros?

Cidón vaciló, pero después comenzó a hablar rápidamente mezclando ideas:

—Sí. En la comitiva que acompañó a Krysaor el día en que fue presentado al consejo, había un muchacho así. Destacaba entre todos: la mayoría de las concubinas de Gerión eran de piel morena o africanas, y sus hijos tenían el cabello oscuro. Este, en cambio, parecía casi albino.

—¿Krysaor no vio a ese niño? —preguntó Nórax, que luego masculló para sí: «Creo que lo habría reconocido».

—La ceremonia fue fastuosa, y el nuevo rey solo tenía ojos para su propia gloria. Todos sentimos que la reina Akálide lo dominaba: caminaba hacia el consejo como en trance. No creo que viera a ese niño… ni a nadie.

—¿Qué pasó después?

—Fue pocos días más tarde cuando la niñera vino a verme. Empezamos a sacar niños del *kap* y los distribuimos entre gente fiel al dios. No pudimos salvar a todos, pero a aquel, que según ella era el favorito de Gerión, lo ocultamos en un lugar muy seguro.

—Dime dónde está ese niño —le pidió Nórax—. Quiero verlo.

—Es arriesgado. Hay que obrar con discreción para no poner en peligro a las personas que lo ocultan.

—Entonces tráelo tú.

Cidón lo miró un instante, sopesando.

—Está bien. Ordenaré que venga a la casa *góidel* acompañado de otros. Nadie imagina el lugar donde lo he escondido.

Nórax asintió y, en cuanto se apartó, fue a buscar a Eteria.

—Vendrán varios niños —le anunció—. Uno de ellos será el hijo de Eglea.

—Sabré reconocerlo —le contestó la hespéride—. Debemos tener muchísimo cuidado, cualquier paso en falso puede hacer que Krysaor le descubra.

A la mañana siguiente Cidón llevó al jardín de la casa de Argón a varios muchachos. A la servidumbre se le dijo que serían escogidos como futuros marinos *góidel,* ya que la Escuela de Navegantes seguía cerrada desde la revolución.

Entraron en tropel y, al cruzar el umbral, se detuvieron ante la luz que entraba por el techo de alabastro y la elegancia del lugar, con los bellos frescos en las paredes y el lujoso mobiliario. Eran varios. Estaba Aldair, hijo de Brent, jefe de *porenna:* un muchacho de pelo desordenado y oscuro, grandes ojos castaños y facciones finas, casi femeninas. Lo acompañaba una de sus hermanas, una chiquilla de rizos abundantes y cabellos oscuros. Con ellos vino Kenna, hijo de Lynnel, el metalúrgico, un chavalillo bajito y delgado, de cara triangular, ojos enormes siempre entrecerrados para ver mejor, cabello castaño oscuro y nariz aguileña.

Había otros, pero ninguno llamaba tanto la atención como un muchacho de cabellos rubios tan claros que parecían blancos, con destellos de oro. Tenía largas pestañas que sombreaban unas mejillas sonrosadas, cejas gruesas y una nariz fina y algo respingona. Sus ojos grandes, de color verde agua, mostraban una expresión inteligente, decidida y despierta, aunque algo apesadumbrada.

Cuando lo vieron, Eteria y Nórax se miraron, ahogando una exclamación: el muchacho no podía ser otro que el hijo de Eglea. Nórax se quedó con los otros chicos para explicarles que en la casa de Argón se instalaría de nuevo la Escuela de Navegantes, pero que no aprenderían solo navegación, sino una antigua sabiduría.

Mientras Nórax hablaba, Eteria tomó al muchacho rubio de la mano y lo condujo a un rincón del jardín, bajo las ramas de un sauce. Allí, ocultos del resto, se agachó hasta quedar a su altura, rostro con rostro, mirada en mirada, y empezó a conversar con él en voz baja. El corazón del niño se abrió: en los ojos de Eteria encontró un lazo con su pasado perdido. Ella lo abrazó y él sintió consuelo.

Al cabo salieron de entre las ramas. Entonces Nórax anunció a todos que Eteria sería su maestra. Ella sonrió mientras él hablaba y a continuación les explicó que les enseñaría una ciencia antigua, anterior al diluvio: la que el patriarca Jafet transmitió a sus hijas, sacerdotisas del sol en la isla de Hesperia. Pero lo haría solo si ellos lo deseaban y, sobre todo, bajo juramento de guardar silencio.

Les pidió que fueran pasando uno a uno y les puso las manos con el relicario de ámbar y coral sobre la frente. Hacerlo le permitía saber si guardarían silencio o no, si eran aptos para las enseñanzas o no y qué debería aprender cada cual según sus aptitudes.

Cuando los muchachos se fueron, Nórax le preguntó a Eteria:

—¿Qué has hablado con él?

—He podido decirle tantas cosas… Me escuchaba con los ojos fijos, sin pestañear apenas. Creyó todo lo que le dije. Detesta a Krysaor, responsable de la muerte de su abuelo Gerión, que fue para él como un padre.

—¡No me extraña que lo odie!

—Pero eso no es bueno para él. Le pedí que no lo hiciese, que le perdonase… El rencor es oscuridad, es incompatible con la luz, y en el hijo de Eglea brilla de un modo muy intenso el fuego de Atón.

—Debería venirse a vivir con nosotros. Aquí estás tú, su única familia… —sugirió Nórax.

—Está bien donde está —repuso ella sin dar más explicaciones—. No podemos permitir que Krysaor lo encuentre porque eso sería terrible para él. Puede venir aquí cuando quiera, pero es mejor que no viva con nosotros, sino con la familia que lo acogió y que ahora es su familia.

Así nació la escuela *góidel* en la casa de Argón. Eteria se los llevaba al jardín que ella misma había cultivado y se sentaba en el banco bajo el sauce —que los ocultaba— y junto al camelio sobre el que crecía un rosal. Allí les contaba historias, les trasmitía la sabiduría de las hespérides y los iniciaba en el culto a Atón. Los muchachos la escuchaban con ojos vivos y atentos, pues nada en sus enseñanzas resultaba tedioso.

A menudo Nórax se asomaba a aquellas clases, en las que Eteria explicaba la historia de Tarsis, les hablaba del dios y les enseñaba los secretos de la sabiduría y de la magia de Hesperia. Con frecuencia callaba y los escuchaba atentamente, o bien les dejaba jugar. Disfrutaba viéndolos saltar por el jardín. Algún día los llevaba a la terraza y les señalaba el lugar donde había estado Hesperia.

Bajo su guía aprendieron a sentirse unidos, y de aquella complicidad nació una fraternidad que con el tiempo se haría profunda.

Nórax, sin embargo, debía ausentarse a menudo. Desde la caída de Hesperia, muchos de los pueblos que pagaban tributos a los tartesios, presumiendo que la ciudad era débil por haber perdido barcos, se sentían eximidos de hacerlo. Krysaor enviaba entonces a los marinos *góidel* a cobrarlos. Era una tarea ingrata, pero estaban obligados por el juramento hecho al rey y por la amenaza constante que pesaba sobre ellos.

Tras uno de aquellos largos viajes, al regresar a casa, Nórax se encaminó hacia el jardín, ansioso de encontrar a Eteria, que no le esperaba tan pronto. Estaba de espaldas, sentada en el brocal de aquel pozo donde había muerto la madre de Krysaor. No estaba sola. Junto a ella, sentado en el suelo, estaba el muchacho rubio. El cabello dorado le brillaba al sol. Se contuvo, antes de bajar al jardín, y los observó con atención. Unas veces dialogaban, pero otras se mantenían en silencio. Nórax oía la voz del chico, pero no podía entender bien lo que decía. Eteria contestó, pero después guardó silencio. Al cabo solo se oyó el rumor del agua corriendo por el jardín y una gran quietud. En aquel silencio se percibía una comunicación de corazón a corazón, porque los dos permanecían inmóviles mirándose. Inmediatamente, como si adivinase que Nórax les estaba espiando, ella se levantó y alzó la mano en señal de bienvenida.

Cuando Nórax bajó hasta el jardín junto a Eteria, los ojos de un verde trasparente del chico le atravesaron con curiosidad, sin timidez.

—Se llama Nel —le dijo Eteria como dudando en revelar el nombre—, que significa ‘campeón’.

—Eres de nuestra familia. Eteria es tu pariente más cercana —le confesó amigablemente Nórax—. Eres hijo de Eglea…

—Y de Krysaor —le cortó ella con determinación.

El muchacho, al oír este nombre, enrojeció como enfadado.

—Nunca te avergüences de quién eres —le reconvino suavemente la hespéride.

—No quiero saber nada de ese… hombre. Mató a mi abuelo y a mis amigos y compañeros del *kap*.

—Te busca…

—Nunca me encontrará.

Lo observó como adivinando lo que un día iba a ocurrirle, pero no dijo nada. Ante aquella mirada, que contenía un presagio, el muchacho se levantó como asustado, después subió las escaleras del jardín y se fue corriendo.

Regresó algunos días más tarde. Aquella vez Nórax lo encontró en la terraza mirando al mar. Estaba solo. Se situó junto al muchacho, que se volvió hacia él.

—¿La ves? ¿Puedes verla?

Entendió que Nel se refería a la isla de Hesperia.

—No —le contestó Nórax—. ¿La puedes ver tú?

—Solo si estoy con ella —y Nel enrojeció al hablar de Eteria—; con ella la veo, e incluso me parece distinguir cascadas y manzanos.

—¿De verdad? —le preguntó Nórax sonriendo.

—Sí —contestó como avergonzado. Nórax calló, pero el chico parecía pensativo—. Tú la conociste, estuviste allí… en la isla —afirmó Nel.

—Quizá nunca debí haber ido.

—Eteria cree que lo mejor que le sucedió en la vida es que fueses a Hesperia.

—¿De verdad lo cree? —se alegró Nórax.

—Sí. —Con timidez, el muchacho continuó—: Ella dice que no debo odiar, que el rencor es una cárcel. Me refiero…, bueno, ya sabes a quién…, a ese hombre…

—¿Lo odias mucho?

—Cuando lo nombran, solo veo sangre, a los otros niños del *kap,* mis primos, mis parientes, mis amigos… —Calló un instante—. Sobre todo veo a Gerión, mi abuelo. Era muy bondadoso conmigo. Todos decían que era a mí a quien más quería.

—¡No lo dudes nunca! —exclamó Nórax, emocionado.

—Murió por salvarme. —El muchacho hablaba con sorprendente madurez—. Estoy seguro. Cuando entraron los sicarios de Krysaor, se dirigió hacia ellos y me dijo que me fuera. Le obedecí y regresé al *kap*. Nunca debí hacerlo. Sé que bebió de la copa con el veneno… y se durmió para siempre. Después aquella mujer nos rescató… a mí y a muchos otros. Siento que le fallé, que fallé a Gerión.

—Al salvarte, hiciste lo que él quería.

—Lo perdí. —Luego reflexionó—. Lo habría perdido de todos modos…

Guardó silencio. Entonces Nórax, para aliviar su rencor, dijo:

—Krysaor era mi amigo, lo conozco desde que éramos niños. Era vital, aventurero, lleno de fuerza… No era como es ahora. Estoy seguro de que queda en él mucho de lo que yo apreciaba entonces. Y estoy seguro de que quiso a tu madre…, a Eglea.

Nórax le habló del pasado, de cuando él y Krysaor eran jóvenes y osados, de las aventuras compartidas, del tiempo en que en Tarsis aún no imperaba la corrupción.

—¿Por qué cambió?

—Porque se dejó vencer por el rencor… y por esa mujer, Akálide, que lo domina.

—No me importa, no quiero saber nada de él. —Nel le cortó como enfadado. No podía perdonar—. Ahora tengo otra familia, la de los que me recogieron. Soy uno de ellos y estoy aprendiendo su oficio.

—¿Te gusta? ¿Quiénes son?

Nel apretó los labios y luego dijo:

—Ella, Eteria, me pidió que no hablase de ellos, me dijo que debo protegerlos. Si alguien lo supiese…, que estoy con ellos, correrían peligro.

—Haces bien guardando silencio.

Se apoyó en la balaustrada, dirigiendo la mirada al infinito.

—Antes yo no hablaba; de hecho, mi madre adoptiva muchas veces ha intentado que hable. Ha sido ella, la hespéride, la que ha conseguido que abra mi corazón. Aunque nunca podré perdonar a ese hombre, ni lo de mi abuelo, ni tampoco lo de mi madre. Ella

murió por él, por su culpa. Sin embargo, Eteria ha conseguido que se limpie mi memoria. Ahora estoy mejor. La herida duele, pero de otra manera.

Nórax pensó que la hespéride era así: todo lo curaba, todo lo limpiaba, todo era más hermoso en su presencia.

—Eteria me ha dicho que he perdido a mi abuelo y a mis amigos, pero que he ganado otras cosas. Me ha prometido que siempre podré contar con ella, y… —acabó tímidamente— contigo.

—De eso puedes estar seguro —le contestó Nórax con emoción y convencimiento.

—Me dijo que eres capitán de la flota *góidel* —prosiguió Nel— y que has recorrido el mundo.

Entonces se pusieron a hablar durante un buen rato de los viajes de Nórax, de la larga travesía en la que dio la vuelta a África, del país de las telas y de las flores, del país de los dos ríos y de las Casitérides. Nórax también le contó que en todo el Atlántico había huellas del culto al sol, en los túmulos y en los círculos de piedra, y que el dios que se representaba en el sol era el único dios posible. Él lo miraba con ojos muy abiertos, deseosos de aprender. Finalmente, Nórax le sugirió:

—Cuando crezcas, si lo deseas, podrás embarcar conmigo.

Él se puso serio.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Tengo que cuidar a los míos —respondió muy serio.

No quiso decir más. Siguieron así un rato, apoyados en la baranda de la terraza, mirando hacia la boca del estuario el lento declinar del sol en su ocaso.

Así los encontró Eteria. El muchacho la saludó con una alegre sonrisa, pero después comprendió que quizá ellos querían estar solos y se fue. Ellos se quedaron allí.

—¿Qué hacíais?

—Recordar Hesperia, que, según dice, es capaz de ver cuando estás tú.

—Sí, lleva la sangre de las hespérides. ¿Sabes? De los grandes males salen grandes bienes.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre me culpé por haberos ayudado en Hesperia, a ti y a Krysaor. Me torturaba la idea de que la muerte de Eglea había sido culpa mía. Pensaba que, si yo hubiera estado más atenta a ella, quizá nunca se habría quedado embarazada, y ahora viviría. Pero al conocerlo a él, me di cuenta de que el destino, muchas veces, está más allá de nuestra comprensión. He perdido a Eglea, pero está él, y te tengo… a ti, y pronto tendremos un hijo. La vida fluye y es hermosa.

Nórax, conmovido por sus palabras, se acercó a ella y posó sus fuertes manos de marino sobre sus delicados hombros. Después se inclinó con ternura y la besó. Ella se abandonó en sus brazos, sintiendo en ese instante que el amor que los unía se hacía cada vez más intenso y profundo. Mientras tanto, el sol se deslizaba majestuoso hacia el horizonte, sumergiéndose en el mar, derramando su luz dorada sobre las aguas, bañando la costa y atravesando el estuario de Tarsis, envolviéndolos con su fulgor de oro y recortando sus figuras sobre la alta terraza del palacio de Argón.

Entre las ramas del sauce

Tarsis, inicios de la primavera de 1583 a. C.

En el vergel que Eteria había plantado, esperaban dos chicos. Estaban empezando a salir de la niñez y a entrar en esa edad en la que una fuerza recóndita empuja a emociones desconocidas. Uno de ellos era Nel. Había crecido, y sus cabellos claros brillaban entre la luz y sombra de la arboleda. El otro, moreno, era Aldair. Se habían criado juntos porque Aloa, la madre de Aldair, había sido ama de cría en el *kap* y los había amamantado a ambos, que eran de la misma edad. Los dos estaban hablando en voz baja. Entonces el joven rubio se metió la mano en el pecho, debajo de la túnica, y sacó una pieza de cerámica, decorada con una figura con tres espirales unidas por el centro, que colgaba de una larga cadena con eslabones de plata sujeta por dos puntos a la lámina.

—¿Sabes qué es? —le preguntó Nel con ojos brillantes.

—Sí. Es un trisquel, el símbolo de la casa *góidel*.

—Me lo ha dado Eteria. Me ha dicho que tiempo atrás perteneció a mi madre. Es lo único que conservaba de ella y siempre lo llevaba consigo. Ahora lo guardo yo. —Se detuvo antes de explicar, lentamente, que echaba de menos a la que no había conocido—: Nórax me dijo que mi madre era muy hermosa, y Eteria asegura que era alguien extraordinario. Nunca le he hablado a nadie de ella, solo a ti. Tú, Aldair, me inspiras confianza.

Nel acarició el trisquel, apartó la mirada, elevándola hacia las ramas de los árboles por donde pasaban los rayos de luz solar, y en el mismo tono de confidencia le reveló a su hermano de leche:

—He hablado mucho con Eteria. Me ha enseñado a comunicarme con el dios. Cree que tengo una misión, que debo proteger a los *góidel* y liberar a aquellos a los que Krysaor tiranice.

Los ojos de Aldair expresaron una enorme admiración, pues desde niño intuía que su amigo estaba llamado a algo grande. Se ruborizó mientras decía:

—Es tu destino. Yo… solo quiero decirte que siempre contarás conmigo, que estaré a tu lado siempre.

En ese momento oyeron un ruido y Nel se guardó el trisquel bajo la túnica porque no quería que nadie lo viera. Por las blancas escaleras, y dirigiéndose hacia el jardín, apareció una jovencilla de cabellos oscuros, cejas finas de falena, el óvalo de la cara perfecto y los ojos negros y algo rasgados. Era muy esbelta, de largas piernas, y pechillo aún en flor. Vestía una túnica blanca, cruzada por delante y cerrada por un cinturón de cuero.

—¿Os escondéis de mí?

A Aldair no le hizo mucha gracia la presencia de su hermana, que interrumpía un momento de intimidad con su amigo. Sin embargo, Nel se alegró y repuso enseguida:

—No, Loria. Esperamos a Eteria.

—¿No ha llegado todavía? —preguntó ella—. ¡Fuera hace calor!

Sí, era verano, pero estaban bajo la sombra del camelio sobre el que había crecido un rosal. Aquel árbol parecía mágico: siempre estaba en flor, unas veces blancas camelias, otras, rosas de un vivo color salmón. Cuando estaba Eteria, las flores se abrían, parecían más frescas y brillaban por el rocío. El sauce doblaba sus ramas junto a ellos y, a pesar de estar en lo más tórrido del verano, en el jardín no sentían calor.

—Se retrasa… —apuntó Loria con una sonrisa.

—No sé por qué —replicó Aldair.

—¿No lo sabes? —le respondió su hermana con una sonrisa pícara—. No hace falta ser vidente. Eteria está a punto de dar a luz.

—¿Cómo lo sabes? —se burló su hermano Aldair.

—Soy mujer —contestó ella dándose importancia.

—Tú… lo que eres… es una cría —se rio Aldair, y la empujó.

Nel, que los escuchaba, se puso serio. De un salto subió ágilmente al sauce, que formaba, junto con el camelio y otros árboles, una pequeña plazoleta. En ella estaba el pozo, y había un banco de piedra circular donde solía sentarse Eteria.

Aldair le siguió trepando también al árbol mientras la chica morena protestaba abajo. Los dos muchachos conversaron animadamente con las piernas colgando, sentados en la rama:

—Eteria es una diosa… —afirmó Aldair con admiración— distinta a cualquier mujer que yo haya conocido.

—No —replicó Nel—, es humana, y aún más desde que lleva al hijo de Nórax en sus entrañas. Algún día, Aldair, tú cuidarás de ese niño. ¡Estarás ligado a él!

Aldair le observó sorprendido, pero no dijo nada porque conocía muy bien a su amigo: poseía una mirada interior capaz de escrutar el futuro. Sabía que Nel era especial y por eso lo admiraba profundamente. Lo quería mucho, más que a un hermano, pues habían estado unidos desde la cuna. No sabía por qué su corazón palpitaba de modo intenso cuando estaba a su lado, o incluso cuando pensaba en él.

Loria se sentó bajo el sauce, apoyó la espalda en el árbol y permaneció recta con las manos abrazando las piernas. Entonces comenzó a cantar, y su voz era muy hermosa. Nel se sintió conmovido porque aquella canción —que Eteria le había enseñado a Loria— hablaba de la isla de Hesperia en el estuario.

Aldair la escuchaba mirando a Nel. Sentía algo dulce en su interior cuando estaba cerca de su amigo, y lo seguía a todas partes. Los dos guardaron silencio mientras la niña cantaba. No se atrevían a interrumpirla, y no solo porque les gustaba su cántico, sino también porque Loria tenía un fuerte carácter y se habría enfadado mucho.

Cuando Loria estaba acabando el canto, Eteria entró en el jardín y un perfume de lirios cruzó el ambiente. La niña se calló mirando a la hespéride mientras los dos muchachos bajaban del árbol. Eteria se sentó lentamente en el banco; estaba cansada, el embarazo era ya

muy evidente. Los tres muchachos la rodearon sentados a sus pies. Traía entre sus manos varios papiros que habían pertenecido a la casa de Argón: eran cartas de navegación con las que comenzó a hablarles de las estrellas, de sus recorridos en los cielos, de Sopdet y del paso de las estaciones.

La escuchaban atentamente, y se acercaron más a ella para oírla mejor. Al fin, Eteria levantó los ojos de lo que leía, dejó el papiro sobre su regazo y alargó la mano tocando suavemente el rubio cabello de Nel. Él la miró y Eteria cogió entre las suyas las manos del muchacho, llenas de durezas y callos: eran las manos de un trabajador manual. Al tocarlas, las manos se suavizaron y él sintió que todo el dolor que albergaba en su corazón por la muerte de su abuelo, por el asesinato de sus hermanos, por la pérdida de su niñez, se mitigaba.

Entonces apareció Kenna. Como era muy delgadito y escuchimizado, no abultaba, de modo que se sentó en un pequeño hueco al lado de los otros, que no le hicieron caso. Sus ojos enormes se fijaron en Eteria, y permaneció allí con los labios juntos y fruncidos hacia arriba, una expresión que en su rostro triangular le hacía parecer un gatito.

Los tres que ya estaban allí lo miraron con cierto disgusto, como si fuese a interrumpir el momento de intimidad que estaban disfrutando con Eteria. Sin embargo, el pequeño Kenna no se arredró. ¡Le gustaba tanto aprender! Sabía que los otros tres guardaban un secreto que compartían con Eteria, y que muchas veces le daban de lado por ello.

Kenna había nacido con una mente propensa a recibir conocimiento. Como era hijo de Lynnel el metalúrgico, le encantaba conocer todo lo que tuviese que ver con el bronce y los metales.

Al darse cuenta de que el niño había llegado y los otros no le habían recibido bien, Eteria le sonrió, le hizo sentarse junto a ella y le acarició el cabello oscuro y rizado. Kenna se sintió orgulloso, feliz al ver que lo trataban afectuosamente. Tenía prácticamente la misma edad que los otros, pero era mucho más bajito. Entrecerraba

sus enormes ojos para poder ver bien, y eso le confería un aspecto despistado.

Eteria le dijo afectuosamente:

—Tú, Kenna, serás muy sabio. Dominarás el arte de la sanación, la filosofía, la música y la geografía, pero sobre todo amarás los metales; mejorarás el arte de tu padre, conocerás las aleaciones perfectas para las armas de guerra, para los utensilios y cuencos, para la medicina…

Dicho esto, le entregó al pequeño un papiro en el que estaban escritas las aleaciones de los metales. Todos se dieron cuenta de que Eteria había adivinado el futuro de Kenna y se sintieron celosos:

—¿Y yo? —le preguntó Aldair.

Eteria se rio suavemente al detectar una cierta rivalidad en aquella pregunta.

—Tú serás un gran guerrero…

Nel no preguntó nada, pues sabía bien cuál sería su destino, y mantuvo el rostro serio. Eteria le había dicho que quizá un día tendría que entregar la vida por aquello en lo que creía. Sus sombríos pensamientos se vieron interrumpidos por la voz de Loria. Al oírla, Nel centró la atención en ella, mirándola encandilado. Aquella mirada provocó una reacción de celos en Aldair.

—Dime qué futuro me aguarda… —preguntaba Loria.

—La música fluye por todos los poros de tu piel. Serás el apoyo de Nel —le dijo señalando al muchacho—. Le infundirás serenidad, y no solo a él, sino a todos los que estén a tu lado. Tu música procurará calma y felicidad.

Ella sonrió y miró a Nel, quien esbozó también una tímida sonrisa y le dio la mano. Aldair se sintió excluido y protestó.

—Eso será en el futuro, porque ahora mismo Loria solo se enfada por todo. Así que de calma y felicidad, ¡nada!

Loria le dio un empujón a su hermano. Habrían seguido peleando de no ser porque en ese momento comenzaron a entrar los otros niños y jóvenes a quienes Eteria solía dar clase.

Desde arriba, en la balaustrada sobre el jardín, Nórax los observaba. Se daba cuenta de que, más que en ningún otro sitio, el futuro de los *góidel* estaba allí, con Eteria y aquellos pequeños que, como jugando, aprendían de sus labios conocimientos que provenían de la civilización anterior al diluvio y las leyes antiguas que el dios les había entregado.

El hijo de Nórax

Tarsis, primavera de 1583 a. C.

Poco después, Nel entró en el palacio de Argón, como muchos otros días, y se quedó quieto en medio del patio central; le habían detenido los gritos de dolor de Eteria, que resonaban por toda la casa. En el patio, Nórax caminaba de un lado a otro, nervioso. Sus ojos grises estaban enrojecidos por la angustia; la frente, surcada de arrugas de preocupación, y el ceño fruncido. Era un hombre adulto, pero se sentía como un niño asustado.

Loria, Kenna y Aldair, que venían detrás de Nel, retrocedieron al ver a Nórax, lo saludaron tímidamente desde lejos y se despidieron apresuradamente al comprender que no debían estar allí. Nel, en cambio, se acercó hasta el aposento del que salían los gritos de dolor y se detuvo allí unos instantes sin atreverse a entrar. Después, con determinación, subió a la terraza mientras Nórax permanecía en el patio muy cerca de la puerta cerrada de donde procedía la voz dolorida de su esposa. Estaba cada vez más preocupado, sobre todo cuando la partera salió diciendo que peligraban tanto la vida del niño como la de la madre porque el feto estaba encajado; si no salía pronto, la única solución para que la madre no muriese sería cuartear al feto. Nórax se enfureció y exigió enfadado que no lo hiciesen, que la situación se solucionaría. La partera movió la cabeza dudando. Entonces Nórax cruzó el patio y subió a la terraza buscando la luz solar, aire fresco y ordenar sus pensamientos. Allí se encontró con Nel, que, de algún modo, sabía lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué haces?

—Le pido al sol que salve a Eteria y salve a tu hijo. Suele hacerme caso cuando se lo pido así. Ella me explicó que el dios es de un modo especial mi padre, ya que en realidad no lo tengo…

La respuesta del chico lo sorprendió, pero fue el tono de seguridad con que lo afirmó lo que más le impactó. De repente las palabras de Nel despertaron un recuerdo, algo que contenía la luz del sol. Descendió precipitadamente por las escaleras y golpeó la puerta. La partera, que en ese momento tenía en sus manos unas largas espátulas de madera, abrió, reacia a dejarlo pasar, pues no era costumbre que el padre estuviese presente en el parto. Lo empujó a un lado y se acercó a Eteria, quien sudaba desesperada, con contracciones cada vez más seguidas y fuertes. Se retorcía en el lecho, y su largo cabello castaño, desordenado, se oscurecía con el sudor sobre la almohada mientras movía la cabeza de un lado a otro. Con voz queda y suplicante, le susurró:

—Ayúdame, Nórax.

—¿Dónde está la piedra de Jafet? —murmuró al oído.

Con una mano temblorosa, ella señaló un pequeño cofre. Nórax lo abrió de un tirón; dentro estaba el relicario de ámbar y coral. Con un grito autoritario, Nórax se dirigió a las parteras y al resto de servidumbre:

—¡Todos fuera! Cerrad las puertas.

Las comadres protestaron, advirtiéndole de que su señora corría peligro. Sin dudar un instante, él las empujó fuera de la habitación. Ellas intercambiaron gestos de incredulidad con los que daban a entender que se había vuelto loco. La partera que lo había recibido se enfrentó a él:

—El feto está encajado y no sale. Hay que extraerlo con unas espátulas o trocearlo.

—¡Os he dicho que os vayáis!

Las echó fuera y dio un portazo que resonó por todo el palacio. Abrió el relicario: en su interior la piedra de luz fulguraba con destellos oscuros. La depositó sobre el vientre de Eteria y, de

inmediato, el resplandor se intensificó, inundando la estancia. Ella, con un ímpetu sobrehumano, empujó con vigor, el rostro cubierto de sudor y contraído por el esfuerzo. Gritó al tiempo que una cabeza oscura, empapada por el líquido amniótico, asomaba entre las piernas de la parturienta, quien siguió pujando.

El príncipe se inclinó y sujetó con firmeza la diminuta cabeza, que giró suavemente. Tiró y aparecieron los hombros, luego el tronco y después las piernas. El recién nacido quedó en sus brazos: un varón, con la cabeza deformada y el rostro ensangrentado, pero vivo. Lo alzó sobre su cabeza con los brazos extendidos mientras el niño rompía a llorar y la luz de la piedra de Jafet lo envolvía. Había nacido el primogénito de la casa de Argón, el continuador de la estirpe.

Nórax lo colocó entre los brazos de Eteria y cerró el relicario tras depositar la gema de luz en su interior. Al ver a su hijo vivo y a Eteria fuera de peligro, Nórax pensó que a través de la piedra de luz se había obrado un milagro, aunque incompleto. El aspecto del recién nacido causaba repulsión: la cabeza deformada le desfiguraba el rostro, un ojo estaba amoratado e hinchado, la nariz era un amasijo de carne y la boca, muy inflamada, apenas podía abrirse.

Eteria lo acunó sollozando. Temía no poder tener más hijos tras aquel parto sangriento y dudaba de que esa criatura lograse sobrevivir.

Nórax se sentó en el borde del lecho y meció suavemente a ambos. Consolaba a Eteria, asegurándole que aquel niño sería príncipe *góidel* y heredero de la casa de Argón. Por eso llevaría el nombre del primero de la estirpe: Gael. Ella acarició al pequeño con ternura y, en sus ojos llenos de lágrimas, apareció la luz de la esperanza.

Eteria amó a su hijo deforme y lo puso al pecho. El niño tenía dificultades para mamar por la malformación de la boca, pero ella no se rindió. Sus dedos, los de una hespéride, recorrían con suavidad la cabeza abultada y el rostro hinchado. Por medio de aquellas caricias, el frágil cuerpecillo fue sanando poco a poco hasta que la

deformidad cedió casi por completo y solo quedó un pequeño bulto en el cráneo.

Como el pequeño Gael era el hijo del jefe de uno de los diez clanes de la ciudad, debía ser presentado a los sacerdotes, al rey y al pueblo nada más nacer, tal como dictaba la tradición. Sin embargo, las leyes que Krysaor había impuesto eran implacables: ordenaba que los recién nacidos que mostrasen tara fuesen condenados a morir bajo el *laber* en el altar de la diosa serpiente. Nórax no podía permitir tal destino para su hijo. Así que decidió ocultarlo, protegiéndolo de la sentencia fatal, hasta que las lesiones provocadas por el parto comenzaron a desaparecer.

Durante meses lo mantuvieron oculto y, cuando finalmente lo presentó ante los sacerdotes, el niño ya había cumplido un año. Como era heredero de la casa *góidel.* Nórax debió pagar un alto precio por su desobediencia. Se le impuso una reparación que consistió en la entrega de algunos de sus mejores barcos. Le hicieron saber que, si volvía a desobedecer las leyes, se enfrentaría a la muerte o al destierro. Aquel castigo no le importó: tenía un hijo, ahora sano, que iba creciendo y sería el futuro de su familia y de los *góidel*.

Con Gael la tristeza por la pérdida de la isla se suavizó en el corazón de Eteria. Decía que en los ojos del niño estaba el mar de Hesperia. Lo subía a la terraza cuando el sol bajaba y su luz clara era casi blanca y extraía una hilera de destellos del mar mientras se sumergía como una bola de fuego más allá del horizonte. Los rayos de sol del atardecer bañaban a su hijo y Eteria era feliz. La amargura que a menudo anegaba su corazón ante la corrupción de los hombres de Tarsis y la pérdida de tantas cosas se atenuaba.

Cada día, mientras observaba a Gael jugar y crecer, Eteria encontraba una paz que creía perdida. La risa del niño resonaba en el hogar, llenando los vacíos dejados por la destrucción de Hesperia. En los ojos del niño veía la promesa de un futuro distinto, libre de las sombras que ahora cubrían su mundo. Eteria acariciaba el pequeño bulto en el cráneo de Gael y recordaba las noches de

angustia y desaliento, cuando no sabía si el niño iba a salir adelante. Sentía que, contra todo pronóstico, habían vencido.

Nórax, por su parte, veía en su hijo no solo el futuro de su linaje, sino también un símbolo de resistencia y esperanza. Cada sacrificio, cada barco entregado, era un precio pequeño comparado con el tesoro que ahora tenía en sus brazos. Y así, mientras los vientos de la opresión y la tiranía de Krysaor soplaban sobre la ciudad, la casa *góidel* se preparaba para enfrentarse a lo que viniera.

La traición de Nórax

Tarsis, verano de 1579 a. C.

Un solsticio siguió a un equinoccio, y este, a otro solsticio y varios más. Bajo los cuidados de Eteria, el jardín de la casa de Argón floreció con esplendor. Crecieron los árboles y los arriates se llenaron de prímulas, rosas, margaritas, nardos y jazmines, un paraíso de colores y aromas que evocaba los tiempos dorados de Hesperia para Nórax y Eteria. En medio de la opresión que Krysaor y su esposa imponían en la ciudad, ellos encontraban un refugio de felicidad en su jardín. Gael se convirtió en un hermoso niño.

Aquel día, el jardín vibraba con la energía de los juegos infantiles. Gael correteaba tras su compañero de juegos, Farkán, un niño pelirrojo como su padre, Feder. Los gritos y risas de los muchachuelos resonaban por toda la casa, llenándola de vida. De repente Gael tropezó y cayó al suelo, y su llanto infantil y lastimero rompió la armonía del momento. Aldair —ya adolescente—, que descifraba un papiro sentado en el banco bajo el camelio junto a Eteria, se levantó y corrió rápidamente a socorrerlo, seguido de cerca por Nórax. Ninguno pudo evitar reír ante las lágrimas del pequeño mientras la madre observaba la escena con una sonrisa en los labios, reflejo de la mezcla de amor y serenidad que gobernaba su corazón.

Así, en medio de la tensión y la tiranía que asolaban la ciudad, el jardín de Argón se mantenía como un bastión de felicidad y nostalgia, donde la vida seguía su curso y el pasado glorioso de

Hesperia revivía con cada flor que brotaba y cada risa infantil que colmaba el ambiente.

La algazara se rompió cuando Cidón interrumpió la escena familiar. Había llegado un correo con órdenes de Krysaor para Nórax: le exigía que enviase naves a las islas Gimnesias con el fin de recaudar el tributo que un reyezuelo indígena debía a Tarsis. Las órdenes incluían que Nórax capitanease la empresa, que era delicada: debía cobrar el tributo sin enfrentarse a los temibles honderos baleares, las tropas autóctonas de las islas, siempre levantiscos. Nórax se alegró porque echaba de menos el mar.

No le llevó mucho tiempo preparar la expedición. Al amanecer, con la marea alta, dos barcos de velas cuadradas, con veinte remeros a cada lado, zarparon hacia el Mediterráneo. Nórax había comerciado muchas veces con los isleños, gentes rebeldes frente al poder establecido, fuera el que fuese, pero amigas del comercio, ya que descendían de antiguos tartesios.

El viaje fue tranquilo. Las velas se hinchaban en un soleado mar de verano mientras atravesaban las columnas de Hércules y navegaban costeando hasta Malacca. Después el siroco norteafricano, que desordenaba los rubios cabellos de Nórax, los empujó hacia las islas. Dejaron las Pitiusas atrás y anclaron en la gran bahía de la Gimnesia Maior. Habían tardado poco más de una semana en llegar.

No hacía mucho, los habitantes de las islas solían recibir a los tartesios con alegría, Se acercaban a las grandes naves *góidel* en barcas decoradas para intercambiar los productos locales por las sofisticadas mercancías traídas desde la metrópoli. Los trueques eran festivos, llenos de risas y camaradería, un puente entre pueblos hermanos a través del comercio y del mar.

Pero en aquella ocasión el escenario fue totalmente diferente. Los rumores sobre la destrucción de Hesperia y la trágica pérdida de gran parte de la flota de Tarsis en un incendio misterioso habían alcanzado incluso estos remotos rincones del imperio, de modo que

no esperaban que la flota de Krysaor anclase en la bahía para cobrar el tributo.

La bahía, habitualmente un hervidero de actividad, aparecía inquietantemente silenciosa. No hubo barcas de bienvenida, ni intercambios, ni gritos alegres: solo hostilidad. Los isleños se rebelaban, conscientes de que el imperio tartésico, sin su flota, era vulnerable. Podían enfrentarse a aquellos dos barcos que pedían un tributo que no quería dar, y lo hicieron.

El gran golfo de la Gimnesia Maior, con sus aguas turquesas y playas de arena blanca, se transformó en un escenario de tensión y desafío. Los acantilados de piedra caliza, testigos silenciosos del conflicto inminente, proyectaban sombras alargadas sobre el mar. Desde allí, los isleños preparaban sus hondas para disparar, enardecidos por la oportunidad de desafiar a Krysaor. La esperanza de liberarse de las imposiciones del imperio debilitado alimentaba la ferocidad de los honderos.

Los hombres de Nórax les gritaron desde las naves, pero la respuesta fue una lluvia de piedras que, sin alcanzarles, trazó grandes círculos concéntricos sobre la mar en calma. A pesar de ello, los *góidel* trataron de tomar tierra, pero los isleños habían retirado los muelles de madera donde los barcos solían atracar. Así que, nadando, se dirigieron a la playa. Sin embargo, en cuanto se acercaron, los peligrosos honderos les lanzaron piedras y proyectiles de metal con tan certera puntería que hirieron a varios. Abajo, en la playa, y más arriba, en los acantilados, les esperaban más isleños armados con hondas, lanzas y flechas. No tuvieron más remedio que regresar a las naves y retroceder en aquel día con el sol centelleando en la bahía.

Desde los acantilados, una voz gritó:

—Dile al tirano que los hombres de las islas Gimnesias rechazan su dominio.

La voz fue coreada por gritos triunfales, risas estentóreas y el lanzamiento de multitud de piedras. Con la escasa tripulación de los dos barcos, era imposible enfrentarse a la multitud de guerreros

isleños, por lo que Nórax decidió retirarse y regresar a Tarsis a por refuerzos. En el viaje de regreso, una tempestad los empujó hacia el occidente, lo que les permitió llegar antes de lo previsto.

Se oyeron las trompas en el puerto anunciando la llegada de los dos barcos *góidel.* Al desembarcar, Nórax fue recibido por los soldados de Krysaor, que lo condujeron ante el rey. Nórax atravesó la plaza, ahora semidesierta porque desde tiempo atrás el comercio había disminuido. Mientras subía mirando al suelo de las calles adoquinadas, sin levantar la cabeza, daba vueltas a lo que le diría el rey. Bien sabía Nórax que no había podido actuar de otra manera, pero conocía la soberbia y el afán de oro de su antaño amigo.

Krysaor le recibió en el trono rodeado por los dos grifos, símbolo de poder. No se dignó levantarse y le preguntó por el resultado de su misión. Nórax hizo un relato sucinto de lo ocurrido, remarcando la superioridad de las tropas isleñas.

Krysaor se levantó del trono y, con voz estentórea, exclamó:

—¡No has hecho lo que se te pidió! No traes el tributo. ¡No has sido capaz de sofocar una revuelta de honderos!

—Solo éramos dos barcos, y de hecho los isleños se han levantado porque saben que el imperio ha perdido las naves en el ataque a…

Krysaor enrojeció de furia:

—No menciones ese lugar. ¡Me has traicionado!

Nórax intentó exculparse.

—¡No es una traición! Simplemente, debía proteger mis barcos, que son la flota de Tarsis.

—Entonces eres un cobarde que no se atrevió a enfrentarse a los sublevados. Además, eres un traidor, y… ¡Lo sabes bien!

La ira borboteaba en el interior de Nórax tras el insulto, pero algo ocultaba el rey, y no podía intuir lo que era:

—¡Te repito que no soy ningún traidor! Ni siquiera sé a qué te refieres —gritó Nórax.

—Lo sabes. ¡Traedla!

Se abrieron las puertas, por las que penetró la luz solar. Enmarcada por la luminosidad, la oscura silueta de una mujer. Era Eteria.

—¿Crees que soy imbécil? ¿Que podías salirte con la tuya? Sabía que te habías casado con alguien. Ni te dignaste invitarme a la boda. Imaginé que era una de esas *góidel* que se mean de amor por Atón y se sienten honradas por compartir su lecho con el jefe del clan. —Se rio—. Bien supiste ocultarla a mis espías. Pero finalmente todo llegó a mis oídos.

—¡Déjala ir!

—La dejaré a cambio de algo. —Lo miró con ojos orgullosos y dominadores antes de sentenciar—: ¡A cambio de la piedra de luz! Estoy seguro de que esa mujer y tú la tenéis.

El rostro de Nórax se demudó. Él y Eteria habían hablado muchas veces de aquello. La gema sagrada no debía caer en manos de Krysaor ni de su maligna esposa.

—¡No tengo esa piedra de luz! ¡No sé dónde está! ¡Ni siquiera sé lo que es! —mintió desesperado Nórax.

Se debatía angustiado. La piedra no podía caer en manos de Krysaor.

—Eso o morirá bajo el *laber* ante la diosa serpiente —amenazó Akálide—. Un espectáculo maravilloso que complacerá al pueblo y calmará al Cándamo que ruge bajo los cimientos de la ciudad.

Nórax se arrodilló, suplicando:

—¡Déjala libre! ¡Te ofrezco mi vida! ¡No tengo la joya! Debió de desaparecer durante la destrucción de Hesperia.

Krysaor, al oír la voz desesperada de Nórax, se rio:

—El fiel a Atón ha robado a una hespéride, y no a una cualquiera, sino a una hija de Gerión. Ya lo has oído: mi esposa Akálide quiere sacrificarla a la diosa. Eso… o la piedra de luz.

—¡No puedes consentir que Eteria muera! ¡Nos salvó! ¡Recuerda cómo nos ayudó cuando estuvimos en Hesperia!

Krysaor se enfadó, como siempre hacía, ante el recuerdo de Hesperia.

—También Eglea quería vivir… Y fue mi hermana, mi propia hermana Niso, la que la hizo morir. Murió por un dios que no permite amar… ¿Qué me darás para que no inmole a la última hespéride, a esa diosa que escondías en la casa de tus mayores?

—Toda mi vida, toda mi hacienda… —replicó Nórax lleno de angustia.

—Y la joya —gritó Akálide—. Hemos registrado tu casa y no aparece por ningún sitio.

—¡Ya te digo que no sé dónde está! —repitió Nórax—. ¡No la tengo!

Krysaor clavó sus magnéticos ojos en Nórax con una intensidad avasalladora. Los párpados de Nórax temblaron sin poder evitarlo, reflejando el impacto de aquella mirada implacable. Krysaor esbozó una sonrisa cínica y, con voz amenazante, espetó:

—¡Veremos si la tienes o no! Vamos a ver si eres capaz de resistir la tortura.

—¡No! —gritó Eteria—. ¿Cómo puedes ser tan cruel? ¡Un día te ayudamos!

—¡Ayuda! ¡Me echasteis de Hesperia! ¡La matasteis! Tú no eres menos culpable que Niso. ¡Fuera de aquí!

Krysaor ordenó a los guardianes que se los llevasen a la cámara donde tendría lugar el tormento. A empujones los condujeron escaleras abajo, a una estancia de piedra, húmeda y oscura. Allí Eteria y Nórax esperaron agitados por el miedo y la expectación. Pronto ataron a Nórax en un torno, fijándole los pies en un extremo y las manos en el otro y preparando el instrumento de su sufrimiento. Después hicieron venir a un hombre enorme armado con una maza.

La agonía comenzó. Tiraban de sus cuatro extremidades, descoyuntándole las articulaciones, mientras el grito de dolor resonaba por toda la cámara. Eteria sollozaba, incapaz de apartar la vista del horror que estaba presenciando. El hombre con la maza se acercó y, con un golpe seco y brutal, rompió el fémur derecho de Nórax. Su alarido de dolor fue desgarrador, llenando la oscura sala

de un eco que parecía no tener fin. Eteria se sintió morir al ver lo que ocurría.

Akálide le advirtió con voz aguda y altisonante:

—Si no quieres sufrir, revela dónde está la gema.

Con voz débil, Nórax balbuceó:

—No…, no existe… Se destruyó con Hesperia, por eso la isla - brillaba.

Volvieron a golpearle con la maza, esta vez en el brazo, en el húmero izquierdo. El crujido de los huesos se oyó con una claridad espeluznante. Nórax, con el rostro desfigurado por el dolor, negó de nuevo. Sin piedad, le descoyuntaron la articulación del hombro derecho, y el sufrimiento fue tan intenso que Nórax se desmayó.

Lo reanimaron con agua fría, y cuando recuperó el conocimiento, la tortura continuó. Rompieron más huesos, dislocaron más articulaciones. Nórax se retorcía en una agonía indescriptible, pero se mantuvo firme sin revelar nada acerca de la piedra. Su cuerpo temblaba y su respiración era un jadeo entrecortado, pero su espíritu permanecía inquebrantable. Las lágrimas surcaban el rostro de Eteria, interminables. Ninguno de los dos claudicó: sabían lo que estaba en juego.

Akálide y Krysaor, con semblantes de frustración, comprendieron que el tormento infligido no lograría doblegar la voluntad de Nórax: o no tenía la gema o con el dolor nada conseguirían. Tras soltarle las ataduras, se derrumbó por el suelo, hecho un amasijo de dolor y agotamiento. Jamás en su vida había sentido tanto dolor.

A una orden de Akálide, los guardias se acercaron a Eteria en actitud feroz.

—¡No! —gritó Nórax.

Apaleado como estaba, con los huesos rotos, Nórax se arrastró como pudo por el suelo —cada movimiento era una agonía— hasta acercarse a los pies de Krysaor. Postrado ante aquel que había sido como un hermano y ahora era su mayor enemigo, Nórax le imploró con desesperación. Le suplicó de mil modos que no dañase a Eteria.

En medio de su ruego, Nórax levantó la vista y detectó un resplandor en los profundos ojos verde avellana de Krysaor, ahora oscuros y llenos de una frialdad implacable. Aquella chispa fugaz era todo lo que quedaba del hombre que una vez conoció, ahora eclipsado por una sombra de crueldad insondable.

—Sufres, ¿verdad? —le gritó—. ¡Eres un traidor! Di dónde está la piedra.

—¡No lo sé! ¡No hagas daño a Eteria! Ella nos ayudó…

Krysaor reía como si estuviese loco, feliz de verlo a sus pies, de haberlo humillado.

—¡Te salvé la vida! —le recordó Nórax—. ¡Juraste que me devolverías lo que un día hice por ti!

—¡Y por eso no estás muerto! ¡Sigamos con ella!

Los esbirros se movieron hacia Eteria. Pero fue Akálide quien de modo sorprendente la protegió: levantó el brazo y con ese gesto detuvo a los guardias.

—Dejadla, quizá algún día pueda serme útil. No la dañéis. Esa mujer, una hespéride, conserva algo de la fuerza de la piedra de Jafet, y algún día la utilizaré.

Krysaor se acercó a Nórax, que seguía tirado por el suelo, le pisó con el pie, lo empujó, como si fuese un gusano en el suelo, y con una voz de mando en la que no cabía réplica declaró:

—Te necesito como jefe de las naves de Tarsis. Nadie conoce los secretos de la navegación como tú. Sé cómo amas a esa mujer desde los tiempos en que tú y yo fuimos a la isla de las brujas. Si me eres fiel, si me obedeces en todo, la tendrás…

¿Qué podía hacer? Nórax aceptó las condiciones de Krysaor y se convirtió en su esbirro por salvaguardar la piedra de luz y a Eteria.

Los guardias los condujeron al palacio *góidel*. Nórax, incapaz de caminar por sus heridas, fue trasladado en unas parihuelas, aunque cada movimiento le provocaba una nueva punzada de dolor. Eteria caminaba a su lado apoyándole, sufriendo desolada al ver el dolor de él.

Al llegar al palacio *góidel,* se encontraron con un escenario de - devastación. Todo estaba destrozado. Pintura lanzada por las paredes había arruinado los frescos, que antes rendían homenaje al dios y a los *góidel*. El jardín, antaño un oasis de belleza y serenidad, había sido arrasado. La desolación causada por los invasores mientras buscaban frenéticamente por todas partes era palpable, y había dejado un rastro de destrucción y caos.

Gael se lanzó hacia su madre, quien le abrazó con ternura. Con sus ojos infantiles muy abiertos, miró asustado a aquel hombre, su padre, a quien no podía reconocer: tenía la cara deformada por los golpes y llena de moretones y tumefacciones. Dio unos pasos y, cuando Nórax intentó abrazarlo, el niño, huidizo, se echó hacia atrás.

Eteria se agachó, tocó el rubio cabello del infante y le dijo dulcemente:

—Es tu padre, Gael, un hombre valiente. La valentía no está siempre en atacar, sino en resistir el mal sin doblegarse.

El niño asintió y, suavemente, besó a su padre en la mejilla deformada.

Después condujeron a Nórax a su alcoba, donde cada movimiento le provocaba un dolor insoportable. Durante meses, su vida fue un tormento continuo. Desde el gran ventanal de su aposento, que ofrecía una vista lejana del mar, veía cruzar las gaviotas con sus estridentes graznidos. Los días y las noches se sucedían con una lentitud agónica mientras el sufrimiento se le hacía eterno.

Gael se presentaba a menudo en el aposento donde su padre descansaba en el lecho y con su dedito infantil tocaba con suavidad las cicatrices y las heridas. Nórax, a pesar del dolor, sonreía con ternura, encontrando en la caricia del niño un alivio inesperado. Eteria no lo dejaba nunca y, con sus dones de sanadora, curaba las heridas visibles de Nórax, pero el cruel suplicio le había provocado marcas indelebles, más profundas. La sombra del tormento se cernía sobre él, dejando cicatrices invisibles que ni el tiempo ni el amor de Eteria podrían borrar completamente.

Al cabo comenzó a caminar cojeando, y sus manos, antes hábiles y seguras, ya no podían atar nudos marineros, largar cabos ni trenzar sogas. La destreza que una vez lo definió se había desvanecido, víctima de un sufrimiento que lo había cambiado para siempre.

Poco a poco el palacio fue recuperando su antiguo esplendor. Se volvieron a pintar los frescos, devolviéndoles su brillante colorido, y los suelos y los techos se limpiaron hasta que el mármol recuperó su brillo original. Mientras tanto, Eteria, con su don sanador de jardinera, restauraba el jardín, que devino un oasis de belleza sin igual. La piedra de luz enterrada bajo las plantas generaba vida infundiendo belleza y esplendor a todo lo que la rodeaba, de modo que cada flor, cada hoja, parecía brillar con un nuevo vigor.

Y es que, cuando los guardias de Krysaor irrumpieron en la casa, Eteria intuyó con su don de premonición que buscaban la piedra de luz. En pocos instantes de desesperada rapidez, la escondió en un hoyo profundo en el jardín. Con su habilidad de sanadora, hizo crecer inmediatamente hierba sobre el lugar donde la enterró, bajo las raíces del camelio sobre el cual florecía el exuberante rosal. Nadie podía imaginar que bajo esa frágil capa de hierba se ocultaba el objeto que los soldados de Krysaor buscaban.

Desde entonces el rosal y el camelio dieron flores deslumbrantes y vigorosas como nunca se hubieran visto en ningún lugar. Cada pétalo y cada hoja reflejaban el poder sanador y protector de Eteria, y el secreto guardado en las profundidades de la tierra irradiaba una vitalidad que transformó de nuevo el jardín en un paraíso oculto.

La casa, el jardín y Nórax poco a poco recuperaron su aspecto de antaño, pero nada volvió a ser lo mismo. Desde aquel aciago día en que fue torturado en el palacio de Krysaor, el jefe *góidel* dejó de mostrar cualquier atisbo de lucha por la libertad. Se sentía cansado y derrotado, y mostraba una aversión interna a todo lo que supusiese volver a soportar dolor.

A veces, Sedric o Kendal se acercaban para contarle planes de rebelión contra Krysaor, pero él ya nunca les apoyó. Le remordía la

conciencia por ser un cobarde, aunque trataba de cerrar los ojos a esa dolorosa realidad. Eteria lo consolaba asegurándole que no había cobardía en su actitud: su silencio ante la tortura había salvaguardado el tesoro de los *góidel* y los había puesto a salvo a todos ellos.

Brent

Tarsis, otoño de 1578 a. C.

Un adolescente de cabello oscuro, profundos ojos negros con grandes ojeras, boca fina, nariz delicada y alta estatura llegó corriendo al palacio *góidel,* visiblemente asustado. Lo dejaron pasar porque lo conocían, ya que era uno de los alumnos de Eteria, pero aquel día fue a buscar directamente a Nórax. Era Aldair.

Fuera se oía el sonido reverberante del cuerno que solía anunciar los bandos del rey Krysaor, un eco siniestro que todo lo invadía. Nórax, caminando apoyado en un bastón y con el brazo en cabestrillo, miró al joven con preocupación, consciente de que la frágil paz de su hogar estaba a punto de ser perturbada de nuevo.

Sin embargo, con voz apacible y amable, le preguntó:

—¿Qué te ocurre, muchacho?

—Mi señor Nórax… —exclamó Aldair angustiado—. Os ruego que ayudéis a mi padre. ¡Protegedlos a él y a mi familia! ¡Ayudadme! ¡Me están buscando! ¡Han detenido a mi padre!

Señalaba al exterior en la calle, donde se seguía oyendo un fuerte alboroto, quizá las voces del bando, aunque no se entendía bien lo que se decía. El palacio *góidel* no tenía ventanas a la calle, pero había un lugar donde podían observar todo sin ser vistos: una celosía en la parte alta de la casa. Apoyado en Aldair, Nórax subió hasta allí por las escaleras lo más deprisa que pudo, dada su cojera. La celosía estaba en el terrado, en el lado contrario a la terraza que daba al mar, y desde allí entrevieron el tumulto.

En la terraza estaba Eteria, mirando al océano. Al oírlos subir, se dio la vuelta y les preguntó qué estaba sucediendo. Aldair, con el rostro bañado en lágrimas, señaló la celosía. Afuera se oía con claridad el bando:

—Se hace saber que Brent, capitán de *porenna,* será condenado a muerte por desacato y su familia será castigada. Hágase así con todo aquel que se oponga al noble y humano rey Krysaor.

Se acercaron a la celosía y entre los agujeros que formaban las barras entrecruzadas vieron pasar a Brent, capitán de *porenna,* con los brazos atados a la espalda. Había sido detenido, algo impensable. Los pregoneros de Krysaor siguieron gritando algo referente a la muerte a los traidores y a la fidelidad a la diosa. Escuchaban todo sin hablar. La comitiva fue avanzando por las calles y se alejó del palacio *góidel*.

—¿Qué ha pasado?

Entre sollozos, Aldair les contó lo sucedido.

—Ayer hubo un espectáculo en la arena. Los *porenna* hicieron un complicado salto sobre el toro. Uno de ellos, mi amigo Arvad, disgustó a la reina porque, al saltar, cayó al suelo y se rompió una pierna, una fractura que le va a impedir volver a andar bien. Querían hacerle una operación extremadamente dolorosa en la que podía morir. Además, cuando una intervención de este tipo no sale bien, los sacerdotes matan al herido degollándole en la misma mesa de operaciones. Por eso Arvad, como pudo, arrastrándose por el dolor de la fractura, huyó. Ya sabes que un *porenna* que huye está condenado a muerte, y el que lo ayuda también. Le pedí a mi padre que lo escondiese, aunque nunca debí hacerlo. Mi padre le facilitó la huida.

Nórax guardó silencio. Conocía la historia porque Brent le había pedido que ayudase al muchacho. Arvad estaba ahora lejos de allí, en la bodega de uno de los barcos *góidel* rumbo a un lugar al este del Mediterráneo.

—Arvad no aparece por ningún sitio. Si apareciese, quizá mi padre no moriría. Contravenir las órdenes de la reina supone la pena

de muerte. Han juzgado a mi padre. Saben que fue él, y lo han condenado porque, al ayudar a un *porenna* herido, ha desafiado a Krysaor y a Akálide. En el juicio, la reina lo acusó de ser un traidor a la diosa, un traidor que adora a Atón. Lo pasean por la ciudad para dar ejemplo. Lo ejecutarán… Yo lo defendí…, me enfrenté a la guardia, y ahora me persiguen para castigarme por insumisión. Por eso he venido.

Aldair, desesperado, se pasaba una y otra vez la mano por el pelo, y su rostro, tan delicado, estaba bañado de lágrimas.

—¿Cómo pueden hacerle esto a Brent, un capitán de *porenna?* —se preguntó Nórax en alta voz.

Nunca pensó que la historia de Brent pudiera acabar así, que el rey matase al jefe de los *porenna* para dar ejemplo. Krysaor había admirado a Brent de joven, cuando era un respetado saltador en la ciudad, ídolo de la población. Aldair sollozaba aún más fuerte mientras Nórax, horrorizado, pensaba que Brent, su padre, iba a morir y él no podía hacer nada.

—Hablaré con Krysaor y le suplicaré clemencia.

Entre sollozos, Aldair le contestó:

—¡No sé si debéis hacerlo, mi señor Nórax! La reina amenazó con matar no solo a mi padre, sino a toda la familia. Mi padre pidió indulgencia para ellos y se la concedieron, de modo que un paso en falso pondría en peligro a todos. —Después, en voz baja y con un extraño acento en el que latía un profundo afecto, añadió—: Le pondría en peligro a él…

Nórax y Eteria se dieron perfectamente cuenta de que se refería a Nel.

—Si Krysaor lo ve… —dijo Eteria con una extraña voz, y Nórax supo de quién estaba hablando—, descubrirá que es el hijo de Eglea. Su rostro es idéntico al de ella. Lo pondríamos en peligro…

—Él es la única esperanza, un descendiente legítimo de Gerión. Todos los demás han muerto, de manera que a él le correspondería el trono por nacimiento y por derecho.

—¿Dónde está? —le preguntó Nórax a Aldair.

—Con mi abuela Funala y con mi hermana, escondidos. Yo vine a avisarte.

—¿Qué se puede hacer?

Se oyó a lo lejos el redoble del tambor y las trompetas que anunciaban la ejecución. Detrás de los dos, una voz sonaba ronca y dolorida: la de Eteria.

—Nada. Ya, nada. Tu padre ha preferido morir antes de traicionar al dios, antes de entregar a un *porenna* herido.

Aldair se abrazó a Nórax, llorando con cada golpe del tambor. Nórax le levantó la cabeza:

—Seré como un padre para ti. No debes regresar con los tuyos. Tus hermanos estarán a salvo con tu abuela. ¡Tú debes quedarte! La casa *góidel* será tu casa.

—¿Y… él?

—Juro por el dios que no lo encontrará —aseguró Eteria con voz profunda y fuerte—. Estará a salvo con Funala. Si algún poder Atón me ha concedido como su Gran Vestal, lo aplico a él. Toda la fuerza de Atón lo protegerá. ¡Krysaor nunca podrá tocarlo! No conseguirá acercarse al hijo de Eglea, no hasta que sea un adulto capaz de enfrentarse a él. Tú, Aldair, te quedarás aquí, con nosotros; se lo debemos a tu padre. Quizá así el ojo de Krysaor se aparte de tu familia… y se olviden de él.

—Señora, siempre con vos y en esta casa.

Siguió desahogándose con ella. Eteria lo escuchó poniendo toda su atención en él, y sus ojos de color castaño claro reflejaron la angustia de Aldair. Con ternura, le pasó la mano por el cabello oscuro, atrayéndolo hacia su pecho, como si fuese su propio hijo. Ese abrazo, cálido y maternal, logró atenuar el dolor que Aldair sentía por la muerte de su padre, por la herida que su pérdida le había infligido. Permanecieron así, en un silencio que decía más que las palabras, hasta que Gael, el hijo de Eteria, se acercó. Con timidez, el niño tocó la pierna de Aldair, un gesto inocente y consolador.

Aldair sintió la suave caricia del muchacho y, a través de sus lágrimas, esbozó una sonrisa. Eteria señaló a su hijo y, con una mirada llena de significado, le preguntó a Aldair:

—¿Lo cuidarás?

Aldair, conmovido, respondió entre lágrimas:

—Siempre.

La promesa quedó suspendida en el aire como un augurio de lo que un día iba a ser.

Aldair

Tarsis, primavera de 157 a. C.

La puerta del palacio de Argón estaba entreabierta. Atardecía y las sombras se alargaban oscureciendo la calle de casas de paredes blancas y pavimento adoquinado. Nel y Loria esperaban tras una esquina, vigilando la entrada del palacio porque podía haber espías de Krysaor. Tras mirar a un lado y a otro y constatar que nadie los observaba, cruzaron rápidamente el umbral.

Al entrar en la casa, buscaron a Aldair. La casa de Argón había proporcionado protección a Aldair desde la ejecución de Brent, y Nel y Loria habían dejado de acudir allí porque temían descubrirlo. Sin embargo, hoy, tomando precauciones, habían venido a verlo porque el propio Aldair les había hecho llamar. Al parecer, quería comunicarles una noticia. Subieron corriendo por las amplias escaleras y, al llegar al primer piso, bajaron deprisa hasta el jardín.

En el fondo, en el lugar de siempre, bajo el sauce, Aldair les esperaba sentado, intentando descifrar unos papiros de mapas náuticos con el dibujo de tierras lejanas. Levantó la mirada al verlos y esbozó una amplia sonrisa. Con los ojos brillantes de alegría, dejó caer los papiros en el banco bajo el rosal.

Cuando se acercaron, uno le revolvió el cabello mientras la otra le tocaba el hombro con la mano en una suave caricia. Sin palabras, le estaban diciendo que ya no vivía con ellos, pero que estaban con él, que permanecían unidos. De uno era hermano de leche, y de la otra, de sangre. Se sentaron junto a él.

—¡Has engordado! —le soltó Loria, señalándole el ombligo.

—Come bien, no se mueve… —se rio Nel—. ¿Qué esperas?

—No aguanto estar aquí encerrado —protestó Aldair. Se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro, nervioso—. ¡Quiero irme!

—Estás más seguro aquí —se alarmó Loria—. He oído que el poder de Eteria protege estos muros, y el rey respeta hasta cierto punto a Nórax.

Aldair dejó de caminar y cerró las manos mientras apretaba la mandíbula.

—Me voy —les dijo.

—¿Adónde? —le preguntó Nel, dándose cuenta de que esa era la razón por la que los había llamado.

—Lo he hablado ya con Nórax. Quiero enrolarme en las naves *góidel* y aprender el arte naval. También quiero aprender a combatir. Ya oíste a Eteria: seré un guerrero. Así estaré lejos, porque aún pesa sobre mí la orden de captura por lo que pasó con Arvad. Me iré pronto, quizá mañana, y quería despedirme de vosotros.

Se miraron con pena. La especial intimidad que habían compartido durante años se iba a romper, quizá por largo tiempo.

—Puede que sea lo mejor —le dijo Nel asintiendo con la cabeza—. En los barcos de Nórax, navegando hacia lejanas costas, se olvidarán de ti. Aunque tardaremos en volver a vernos.

—¡Embárcate conmigo! —le propuso Aldair, mientras lo agarraba de los brazos y se acercaba a él intentando a toda costa convencerlo.

Nel se dejó agarrar, y ambos se abrazaron, pero después se separó y con voz firme le explicó:

—No. Mi destino no es el mar. Además, quiero entrenarme como *porenna*.

—Arriesgas la vida saltando los toros.

—Lo sé, y tú también navegando. Pero hay algo en mí que me impulsa a bailar sobre el toro. Además, es como si se lo debiese a Brent, que fue *porenna*.

Aldair bajó la cabeza al oír mencionar a su padre y después le palmeó la espalda.

—Siento alejarme de ti. Te llevaré siempre en el corazón. —Después, atropellando las palabras por la emoción, Aldair le confesó—: Eres lo que más me importa en el mundo.

Loria los miraba, sorprendida de aquel especial afecto que ambos se profesaban. La llegada de Eteria interrumpió ese momento de intimidad. Los tres la rodearon y después se sentaron como cuando eran niños: Eteria en el banco bajo el camelio y el rosal, la blanca túnica cayéndole sobre los pies, y Nel, Aldair y Loria, en el suelo con las piernas cruzadas. Olía suavemente a rosas, el perfume de las flores de color salmón que caían a su alrededor.

—Mi hermano se va —anunció Loria dirigiéndose a Eteria con tristeza.

—Es lo mejor para él. El dios lo llama por caminos de aventura. —Se inclinó, agarró los mapas que había dejado caer al suelo Aldair y, tras examinarlos, declaró—: Además, es lo que él quiere. —Después, mirando los mapas que había estado estudiando Aldair, se dirigió a él—: Veo que buscas tierras lejanas.

—Quiero conocer lo que nadie ha pisado antes —exclamó él—. El anhelo del navegante se ha metido dentro de mí.

La hespéride se inclinó y abrió una de las cartas náuticas, desdoblándola. Se veían las Casitérides, pero más arriba el mapa estaba desdibujado. Hacia el sur, África; más allá, el país de los dos ríos, y después, lo ignoto.

—Hay mucho por descubrir… —afirmó Eteria señalando en el mapa los lugares en los que las líneas se perdían.

—Nórax llegó muy lejos. Todos dicen que el periplo africano fue una gran hazaña. Pero ahora vive sometido a las órdenes del rey —exclamó Aldair moviendo la cabeza en desacuerdo.

—No lo juzgues —repuso muy seria la hespéride—. ¡Nos protege obedeciendo a Krysaor! Hay que ser muy valiente para soportar la tortura, como él lo hizo.

Aldair frunció el ceño, como enfadado y muy crítico.

—Hay muchos que están en desacuerdo con el rey —afirmó Aldair, bajando la voz— y muchos a los que no les gusta la actitud

de Nórax. Sobre todo, Sedric y Kendal…

—Son unos exaltados que no van a conseguir nada sino morir bajo el *laber* —le cortó su hermana, con la sensatez que la caracterizaba.

—La violencia no es la solución —movió la cabeza Eteria negando—, sobre todo cuando se está en clara inferioridad de condiciones. Podemos oponernos al rey en nuestros corazones, con nuestro comportamiento. Seremos libres interiormente, aunque estemos coartados por sus leyes. Por desgracia, no hay otro camino.

Esa última frase rezumaba dolor, quizá porque recordó lo ocurrido a las hespérides, su mundo perdido.

—Podremos salvar a algunos… —dijo Nel como para sí.

Los otros lo miraron sorprendidos. Solo él sabía a quiénes se refería. Eteria era consciente de que Nel tendría una misión especial porque el dios le había puesto en medio de ellos para salvar a muchos. Eteria entonces le reveló:

—Tu camino será ese, Nel, oponerte al mal sin enfrentarte directamente a él. Salvar a algunos, no a todos, y mientras tanto sufrir pensando que muchos se quedan atrás.

Aldair suspiró. Desde la muerte de su padre no se había recuperado. No se conformaba con que se salvasen algunos.

—Mientras tanto muchos mueren. Kendal y Sedric dicen que, si no nos enfrentamos al mal, este crece… —Aldair abrió las manos y luego levantó un puño—. ¡Dice que hay que combatirlo de todas las maneras posibles!

Eteria intervino entonces utilizando un tono bajo, con su voz melodiosa, como hablando para sí misma.

—Sí. Hasta el mal parece ir creciendo sin límite, pero llega un punto en que se destruye a sí mismo.

—¿Y eso cuándo ocurrirá?

Sintieron un leve temblor bajo los pies, algo muy lejano y profundo que sacudía la ciudad. Al percibirlo, Eteria musitó:

—Ya está ocurriendo.

—Dicen que ese temblor lo provoca el Cándamo, el monstruo bajo la ciudad —exclamó la hermana de Aldair.

—No. Es la codicia… —le respondió Eteria con una expresión misteriosa.

Se quedaron callados; ninguno sabía bien a qué se refería. De nuevo se notó un temblor, más fuerte que el anterior, que movió las paredes de la casa. Luego todo se calmó. Se oyó un estruendo a lo lejos seguido de algún grito.

Eteria se inclinó hacia el suelo y tomó en sus manos una rama seca caída del sauce. Comenzó a dibujar en la arena que rodeaba el banco, de modo esquemático, una serpiente con la boca abierta, en la que introducía la cola.

—¿Veis esto? Es un símbolo: la serpiente que se devora y que en un momento dado se destruirá a sí misma. —Con la suela de la sandalia, Eteria borró en la arena parcialmente la cola de la serpiente que se introducía en la boca. Después se volvió a Aldair y sonrió—: Si vas a ser navegante, deberás conocer las estrellas.

Eteria siguió dibujando en el suelo. Iba pintando estrellas y constelaciones. Se abismaron en el estudio del firmamento en la arena del jardín. La escuchaban atentamente mientras el sol iba descendiendo hacia su ocaso. El astro de la noche, la Sopdet de los egipcios, comenzó a brillar sobre el horizonte a la par que el sol descendía.

—Vamos a la terraza. Veremos la puesta de sol y después quiero que contempléis el firmamento: es un mapa —les dijo.

Subieron hasta el terrado a tiempo de ver la estela del sol rielando en el mar hasta el horizonte. Les cubría un cielo sin nubes que, una vez se puso el sol, apagó su color azul. Lentamente iba oscureciendo, al tiempo que se encendían gradualmente las luces de los hogares de la ciudad. Atrás, en el palacio, prendieron las antorchas, y la luz que salía de las ventanas nimbaba suavemente la terraza.

A lo lejos se divisaba el imponente espectáculo de la bahía: los tres muelles circulares, con los barcos, que se iban desdibujando en

la penumbra del atardecer, rodeando la ciudad portuaria. El agua del estuario se volvía cada vez más oscura; al fondo, en la línea del horizonte, el ocaso se incendiaba en luces rojizas mientras arriba, en el firmamento, comenzaban a titilar las estrellas.

Se hizo completamente de noche. De pronto, en la boca del estuario, divisaron una isla en la que brillaban fuegos y atalayas. Los muchachos emitieron un grito de asombro.

—Sigue ahí —la voz de Eteria temblaba—, podemos divisarla.

—Solo cuando estamos contigo.

Era la voz de Aldair, con un tono de asombro. Nunca antes la había visto.

—No podemos llegar a ella. El dios la ha puesto más allá de las tierras mortales. La defiende. ¡Cuánto desearía volver! —exclamó con dolor Eteria—. Tiempo atrás, nadie podía entrar ni salir de la isla. Me rebelé contra ello y ahora deseo regresar. Hubo una época en la que una serpiente, un monstruo de un solo ojo, rodeaba la isla de Hesperia.

—¿Desapareció con la isla?

—Nórax luchó contra ella y la mató. La serpiente combate contra el dios. ¡Mirad! —Eteria con su blanco brazo señaló hacia lo alto—. En el cielo ha quedado el símbolo de las luchas de la serpiente contra el hombre.

Sobre sus cabezas las constelaciones brillaban con un resplandor suave. Efectivamente, se divisaba un cúmulo de estrellas en el que, de algún modo misterioso, se podía componer la cabeza de una enorme serpiente: Ofiuco.

Así los encontró Nórax, mirando el firmamento estrellado. Cojeaba, pues una pierna se le había quedado más corta después de la tortura, y se apoyaba en Gael, que había crecido, un muchacho de cabello rubio, alto para su edad.

—¿Qué hacéis aquí a oscuras? —les preguntó.

—Les enseño las estrellas —respondió sonriendo Eteria—. Como Aldair quiere ser marino…

—Lo va a ser, y muy pronto. —En la voz de Nórax latía una sonrisa—. Me parece bien, el firmamento es la mejor carta de navegación y, ya que Aldair se nos une como marino, debe conocer las estrellas.

—Allí está la serpiente —afirmó Aldair señalando el cielo estrellado e interesado por lo que Eteria les había contado—. Vos la vencisteis.

Como Nórax no quería hablar de sus hazañas, cambió de tema.

—Eso fue hace mucho tiempo, muchacho. La constelación que ves en el cielo señala que el hombre puede vencer a la serpiente. Podemos vencer el mal.

Nórax levantó el brazo cubierto por el manto hacia el cielo y empezó a enumerar las estrellas que tachonaban titilando el cielo negro de la noche.

—Al norte de Ofiuco, la serpiente, está la Osa; al suroeste, Sagitario, y al sureste, el Escorpión.

Veían en el cielo nocturno todo aquello que Nórax les señalaba. El firmamento estrellado había sido la guía del marino en los grandes periplos de navegación. De pronto cruzó sobre ellos una estrella fugaz.

—Dicen que las estrellas fugaces dan suerte a quien las ve —comentó Aldair—. Quizá esta indique que nuestra navegación va a ser afortunada.

—Es una buena época del año para embarcarse. Mañana, cuando suba la marea, zarparemos rumbo a las islas de la miel. El rey desea que cobremos el tributo a los isleños y traigamos un cargamento de sal. —Le sonrió amigablemente—. Tú, Aldair, vendrás con nosotros. Empezarás como muchos hemos hecho, como remero.

En la semioscuridad, brilló la amplia sonrisa del muchacho. Deseaba partir, se le hacía cuesta arriba aquel forzado encierro. Al ver su expresión de contento, los otros dos le dieron unos golpecitos en la espalda. Después Loria se alejó algo de ellos con Eteria, y Nel y Aldair se quedaron atrás solos. Nel se llevó la mano al cuello, de

donde pendía el colgante del trisquel que un día había pertenecido a su madre Eglea.

—Te vas y quiero compartirlo contigo. Nosotros somos como hermanos, pero ahora tú embarcas hacia un lugar lejano. El trisquel nos volverá a reunir si alguna vez nos separamos.

Apoyándose sobre una piedra, rompió la cerámica en dos de forma irregular. Ahora era una tésera, un símbolo de unión y amistad. Después abrió la cadena por un eslabón, pasó la mitad de esta por el cuello de su amigo e introdujo un extremo en la argolla que quedaba libre en el otro. Por último, hizo lo mismo con la otra mitad de la tésera y se la colgó al cuello.

—Ahora estamos unidos —declaró Nely añadió sonriendo—: me debes fidelidad porque te he ligado a mí con esta tésera.

Aldair sintió que un afecto intenso le colmaba. Enrojeció y, mirando con intensidad a los ojos verde agua de Nel, le confesó:

—Para mí eres más que un hermano, eres lo que más quiero en la vida. Siempre te querré. Así pasen los años o nos alejen los vientos o el ancho mar, siempre estarás de algún modo conmigo.

Lo dijo como algo que le salía de su interior, como si el habla hubiese precedido al pensamiento, de modo espontáneo y profundamente auténtico.

Nel no contestó. Se sentía confuso no solo por las palabras de Aldair, sino por el cariño incondicional que latía en ellas.

—Yo… —balbuceó Nel—. Eres mi mejor amigo. Te echaré muchísimo de menos.

Los ojos de Aldair se llenaron de melancolía, pero su conversación se interrumpió porque Eteria volvió atrás y les gritó que se apresurasen. Se hacía tarde y la guardia que patrullaba la ciudad podía detener a Loria y a Nel. Después, pensándolo mejor, les dijo:

—Debéis quedaros, es ya muy muy tarde. Es peligroso circular por la ciudad después del toque de queda.

Ninguno protestó porque les gustaba estar allí. En el palacio de Argón se sentían libres y felices. Los tres pasaron la noche en vela en la terraza, al aire libre, envueltos en una gran manta de lana. Al

principio aún hacía calor, pero con el paso de las horas fueron sintiendo el relente de la noche. Aldair les contó historias de monstruos marinos y de tormentas que en los últimos días había oído de labios de los marinos de Nórax.

Entonces oyeron un ruido tras un enorme macetón. Loria, que era muy ágil y se movía como un gato, se acercó. El pequeño Gael se ocultaba allí. Al preguntarle si les estaba espiando, el niño, tartamudeando, intentó decir que no, pero ellos le tomaron el pelo y lo acogieron bajo la gran manta que los tapaba. Siguieron contando historias, que Gael escuchaba atentamente, hasta que los cuatro se quedaron dormidos bajo las estrellas.

Al fin amaneció, hacia el río y el continente, y las luces del alba alumbraron a los muchachos, aún dormidos. El primero que se despertó fue Aldair, ansioso por zarpar rumbo al que sería su primer viaje. Abajo, en el interior de la casa, se oían los gritos de los criados y los marineros preparando lo necesario. Alguien llamó a Aldair, quien se atusó el cabello y la túnica, bajó a la cámara donde guardaba sus pertenencias, las metió en un saco y se las echó a la espalda. Tocó la tésera que le pendía del cuello.

Salió de la casa de Argón seguido por sus amigos. Corrieron por las callejas hasta alcanzar los muelles. El barco, una pentaconte de cincuenta remeros, esperaba en el muelle. De un salto, entró en la cubierta, y Feder, que actuaba como piloto, le indicó dónde debía sentarse, junto a la amura de babor. Así lo hizo y, tras agarrar el remo con fuerza, soltaron amarras y comenzó a bogar.

Desde el muelle la gente los despedía gritando y agitando las manos. Entre ellos se encontraban Nel y Loria. Nel abrazaba estrechamente a Loria en un gesto que dejaba traslucir algo más que simple camaradería. Al verlos así, los ojos de Aldair se llenaron de lágrimas de celos. Se despidió moviendo la mano desde su puesto de remero. Su compañero de boga le advirtió de que no soltara la pala y de inmediato Aldair se concentró en la pesada tarea, empujando con fuerza al unísono con el otro remero. Tres

naves se adentraron en altamar, navegando libres, lejos de la opresión y tiranía de Tarsis.

El taller del orfebre

Tarsis, verano de 1571 a. C.

Kenna entrecerraba los párpados para poder ver la figura que estaba labrando. Por la ventana entraba un haz de luz tenue que iluminaba la pequeña pieza de metal, una fíbula, ahora incandescente. La sujetaba con unas pinzas de madera con la mano izquierda mientras con la derecha la modelaba con un pequeño punzón; se iba formando la figura de una serpiente. Era un encargo de un hombre principal de la casa de Krysaor. Ahora, entre los adeptos a la reina, la moda era usar colgantes y fíbulas con figuras de serpientes, que según se decía proporcionaban protección y eran signos de fidelidad a los monarcas.

A su lado estaba sentado Gael, un muchacho de unos doce años. Con sus ojos claros e inteligentes, observaba a Kenna con atención, iluminado por el rayo de luz que entraba por el ventanuco y que hacía brillar sus rubios cabellos lacios, que le caían delante de los ojos. Llevaba una corta túnica blanca con una greca bordada alrededor del cuello. Gael era casi de la misma altura que Kenna, un hombre bajito de cara aniñada y finas arrugas alrededor de los ojos y en la frente. Para parecer mayor e imponer respeto ante sus alumnos, se había dejado una barba rala, que acariciaba cuando dejaba de trabajar. Con los años se había convertido en un sabio. Dominaba todas las artes y las ciencias, pero, de todas, la técnica de la metalurgia era su preferida.

—¿Ves cómo brilla? Es una mezcla de oro, plata, bronce y algo de plomo. ¡La proporción perfecta para una pieza tan pequeña como

esta! La fórmula para este metal me la enseñó tu madre…

Se había llevado a Gael al taller para enseñarle de modo práctico el arte de los metales. Le cedió la fíbula inacabada al muchacho, que la terminó, labrando con suavidad el metal incandescente con el punzón. Pero Kenna no solo le enseñaba metalurgia. Se había convertido en el maestro de Gael, al que hacía pensar y obligaba a preguntase los porqués, a cuestionarse los orígenes de la vida y el universo que los rodeaba, para así aprender. Eteria no quería ser maestra para su hijo, sino solo madre.

Callaban, centrados en el trabajo manual. Cuando acabaron, salieron a un patio de arena rodeado de columnas y se sentaron en un banco de piedra junto a la pared. Con un palo, Kenna escribió en el suelo las fórmulas para la aleación de los metales: cómo mezclando tantas partes de cobre, zinc, hierro y plomo se elabora el oricalco, cómo de la unión de cobre y estaño se obtiene el bronce o cómo se purifican la plata o el oro para formar metales preciosos de mejor calidad. Gael le escuchaba.

Cuando las sombras comenzaron a menguar bajo las columnas —era ya mediodía—, el orfebre se levantó. Era hora de ir a casa de Argón a dar clases a otros muchachos junto a Eteria. Le hizo un gesto a Gael y ambos salieron del taller y subieron hacia la acrópolis, donde estaba el palacio *góidel,* pues allí se impartirían las clases.

Hacía calor. Las edificaciones blancas absorbían la luz solar y los maestros y discípulos solo notaban cierto alivio cuando pasaban bajo las pasarelas que unían las casas y sombreaban el pavimento. La ciudad derrochaba riqueza, y en los cruces de las calles había espacios más amplios en los que se alzaban estatuas o fuentes y algún parterre de flores. Había lujo: el oricalco refulgía en los tejados, el oro, en los llamadores, y tanto los clavos como las maderas —caoba y nogal— de las puertas de las casas mostraban el poder de sus propietarios. Tarsis rezumaba olor a salitre del Atlántico y resplandecía bajo la luz de un sol meridional.

Doblando una esquina, alcanzaron el palacio de Argón. Su puerta perennemente entreabierta acogía a todo el que quisiese pasar, pero

dentro siempre había un guardia *góidel* vigilando a quien entraba. Gael y Kenna lo saludaron con confianza. Pasaron al gran patio abovedado de alabastro, en el que la luz penetraba suavemente por el techo, y subieron deprisa por unas escaleras que desembocaban en la terraza. Allí, en una amplia sala, había una estantería con rollos de papiro, Kenna rebuscó algunos y, desplegándolos un poco, escogió los que tenían minerales dibujados. Después salieron de la sala y bajaron por las escaleras que descendían hasta el jardín. En aquel lugar al aire libre era donde se educaba a los jóvenes *góidel.*

Un poco más allá, en el jardín cuajado de flores, varios muchachos de diversas edades aprendían alrededor de Eteria, quien los observaba complacida. Poco a poco fueron llegando jóvenes de toda la ciudad, la mayoría de estirpe *góidel,* que acudían al palacio de Argón a aprender. Gracias a las enseñanzas de la hespéride, aquellos chicos resistían frente a las leyes inicuas de la ciudad, no participaban en los espectáculos sangrientos de la plaza y tampoco tomaban las hierbas que hacían perder la voluntad. Además, se había forjado una cierta fraternidad entre ellos.

Gael y Kenna saludaron a los chicos con un gesto alegre y algunos de los que estaban con Eteria se levantaron y se acercaron. Eran los aprendices de orfebrería. Kenna se sentó en un banco mientras Gael y los otros se acomodaron en el suelo, a su alrededor, con las piernas cruzadas. Kenna desdobló los papiros y comenzó a hacerles preguntas para despertar su atención. El sol se fue inclinando lentamente, aunque seguía alto. Solo se escuchaban las preguntas de Kenna y las respuestas de los alumnos.

Algo después, las sombras de los árboles se entrelazaron y la penumbra cubrió el jardín. Por las escaleras descendieron dos hombres. Desde abajo, Eteria, Kenna y Gael los saludaron con alegría. Era Nórax, apoyado en un bastón, acompañado por Aldair. Este último había desarrollado unas amplias espaldas, estaba fuerte y olía a salitre, y su pelo, fosco, parecía más abundante. Nórax, pasados ya los cuarenta, estaba curtido por el mar y sobre su piel blanca crecía una barba fuerte salpicada de canas. A pesar de

necesitar el bastón, avanzaba con brío y amplias zancadas, y seguía conservando su halo de magnetismo. Ambos regresaban de un periplo por el Mediterráneo que los había llevado hasta las costas del país de Khemet.

Kenna dejó a un lado el papiro con el que estaba explicando, se acercó a su viejo amigo Aldair y lo abrazó afectuosamente. Gael se abalanzó hacia su padre, a quien no veía desde hacía tiempo, y este, revolviéndole el pelo, le dijo:

—¡Cómo has crecido! ¿Estás aprendiendo mucho?

—Sí —le respondió su hijo, contento—. Últimamente, Kenna me está enseñando el arte de los metales y he ido al taller de su padre a ver cómo se hace. También he aprendido náutica, cómo se construyen los barcos en los que navegas, las estrellas y la forma de las costas lejanas…

Gael hablaba muy deprisa, como atropellándose y queriéndole contar todos sus progresos a su padre. Nórax sonrió.

—Ahora deberás aprender también la vida, el arte de la lucha. Eso te lo enseñará Aldair.

Gael miró al joven lleno de admiración, como miran los adolescentes a los que han pasado ya la pubertad, y tocó con curiosidad un cuchillo de bronce que pendía del cinto de Aldair, un arma hermosa. Se lo sacó del cinturón, lo levantó en el aire y le preguntó de dónde lo había sacado.

Aldair le contó que en el curso de un viaje habían llegado hasta las Casitérides, y allí, en un mercado, cerca del templo circular en Albión, lo obtuvo tras cambiarlo por orfebrería tartésica. Kenna, que seguía a su lado, valoró el puñal como una aleación valiosa.

Kenna y Aldair se apartaron de Gael para hablar en privado. Aldair compartió su experiencia en el círculo de piedras de Albión, donde sintió que su vida sería larga y que estaría entrelazada con la de Nel. Al mencionarlo, le preguntó a Kenna por él. Kenna le contó que triunfaba en la arena y se había convertido en un ídolo para las gentes de Tarsis. También se interesó por Loria, de la que Kenna le contó que cantaba en los espectáculos de taurocatapsia y que

alguna vez saltaba con Nel. De hecho, se rumoreaba que eran amantes. Aldair suspiró, pero no comentó nada.

—Esta tarde iré a visitarlos —dijo Aldair—. Me gustará verlos saltar. Han pasado varios años y creo que ya estoy fuera de la amenaza de Krysaor.

Gael, que los observaba de lejos sin escuchar lo que decían, apretó los labios porque le habría gustado enterarse de lo que estaban hablando. Ellos se alejaron de él y Gael volvió a sentarse con sus compañeros. Una vez allí, cogió el papiro que Kenna había dejado en el banco tras arrebatárselo a Farkán, el hijo de Feder, que protestó, y comenzaron a pelearse.

Mientras tanto, Nórax, visiblemente nervioso, se acercó a Eteria y llamó su atención con voz queda. Ella alzó los ojos del papiro que leía y sonrió al ver a su esposo. Con una expresión cálida, se levantó y caminó hacia él, dejando a los chicos absortos en los cálculos y papiros.

—Al llegar, en el puerto, me han dicho que han detenido a Sedric y a otros de su grupo —exclamó el capitán *góidel* con tristeza, muy disgustado.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —le preguntó ella con preocupación.

—No hace mucho tiempo le confiscaron a la familia de Sedric gran parte de su patrimonio y se la entregaron a gentes afines a Krysaor. El noble padre de Sedric se quitó la vida, apuñalándose en el vientre, y murió entre terribles dolores.

—¡Es horrible! —se lamentó Eteria—. ¡No me extraña que se haya rebelado!

—Los entiendo, pero no van a conseguir nada. Llevan años con lo mismo…, reuniones ilegales. Se dice que han torturado a Sedric con aceite hirviendo; a otros los han enviado a galeras como remeros, y uno ha sido ejecutado.

—¿Quién?

Le dijo el nombre. Había sido alumno en la escuela de Eteria, que se quedó profundamente conmovida.

—Sedric nos pone en peligro a todos —comentó Nórax.

—Hablé con él no hace mucho tiempo —explicó Eteria— y le rogué que no se expusiera, pero él se limitó a decirme que era el único camino y que tú deberías ponerte de su lado. —El rostro de Eteria estaba compungido—. ¡No sabía lo de su padre!

Nórax frunció el ceño y en sus ojos destelló un brillo azul.

—No es la salida. No tenemos fuerzas, a Krysaor le apoya demasiada gente. Tiene muchísimo poder y oro sin límites para pagar mercenarios.

Ella le pasó la mano por la nuca. Sabía que Nórax arrastraba constantemente un conflicto interno. Él se fijó en el brillo dorado de los hermosos ojos de su esposa.

—Dicen que soy un cobarde. Sobre todo, Sedric y Kendal. La amistad que siempre nos unió se ha roto. Incluso han llegado a proponer que se me sustituya al frente de los *góidel* por mi… pusilanimidad e irresolución.

Eteria dirigió la vista, por encima de los árboles, a la luz que aún restaba en el ocaso, y después lo miró a los ojos.

—Puede ser más valiente resistir… —le animó—. No solo es fuerte el que lucha denodadamente ante lo imposible, sino que quizá lo sea más aquel que no se rinde y espera la oportunidad propicia. Algún día todo cambiará.

—Una oportunidad propicia —repitió con ironía, decepcionado—. ¿Cuándo?

Eteria abrió los ojos y habló con decisión, muy convencida de lo que decía:

—Estos chicos que educamos aquí son el futuro. Quizá sean ellos los que creen un mundo mejor. Quizá no sea en esta generación, ni en la siguiente, pero al final el cambio ocurrirá. Quizá ni siquiera existan ya Tarsis ni el imperio tartésico, pero los principios que han adquirido sobrevivirán a Krysaor, a nosotros e incluso a ellos mismos.

Nórax movió la cabeza dubitativamente y suspiró.

—De momento, Krysaor domina las mentes y las voluntades de las gentes de Tarsis. Son muy pocos los que se oponen a él. Tus muchachos poco pueden hacer.

—Sí. Krysaor parece dominar la ciudad, en todas partes menos aquí, en el palacio de Argón —afirmó Eteria.

Nórax y Eteria conocían bien los motivos por los que Krysaor parecía no enterarse de que la casa de Argón era lugar habitual de reunión. La piedra de luz los protegía y, mientras durase su fuerza, mientras mantuviese su poder, escondida bajo el camelio, estarían ocultos a los ojos del rey. Las rosas y las camelias grandes y abiertas eran un símbolo de la vida que se escondía en la tierra.

Había algo especial en el jardín —cultivado por una hespéride y dotado de la magia de la gema sagrada— que irradiaba algo sobrenatural y que actuaba ocultando las enseñanzas que se impartían allí. Como si el dios quisiese salvaguardar los conocimientos que había legado a los hombres a través de las hespérides.

—Nos protege la piedra de Jafet —señaló Nórax.

—Pero esa protección es limitada. Recuerda que Hesperia cayó a pesar de que poseíamos la piedra de luz. Por otro lado, Krysaor os necesita de algún modo y de momento os respeta porque precisa la flota *góidel* para sus negocios.

—Sí. En los últimos tiempos nos ha permitido navegar con algo más de libertad. Esta última travesía, al país de Khemet, no ha sido un viaje siguiendo mandatos del rey, sino un viaje comercial.

Se había hecho casi de noche y Sopdet, la estrella más brillante, se alzaba sobre el horizonte. El jardín se fue quedando vacío conforme los chicos se iban marchando. Gael se despidió de sus compañeros y se acercó a sus padres. Nórax le puso una mano sobre el hombro, un gesto de orgullo por aquel hijo. Eteria le agarró la otra mano. Los tres subieron hacia la casa, unidos, hablando sin palabras. Los últimos rayos del ocaso iluminaban sus pasos. Había un vínculo fuerte entre los tres. Más allá de una familia al uso, los tres eran videntes.

La revuelta

Tarsis, otoño de 1571 a. C.

Profundas arrugas surcaban la frente de Sedric reflejando el dolor constante que lo consumía desde su tortura. Cada movimiento le provocaba la sensación de miles de agujas atravesándole la espalda. Miró de un lado a otro, buscando a los esbirros de Krysaor. Con cada paso, el sufrimiento lo doblegaba, y tuvo que apoyarse en la puerta de la casa de Kendal. Sin fuerzas, golpeó con el puño varias veces y, cuando la puerta se abrió, cayó al suelo.

El estruendo atrajo a Kendal hacia la entrada. En la penumbra distinguió la figura de Sedric en el suelo: sucio y desgreñado, una sombra del joven de una de las mejores familias de Tarsis. Su túnica, antaño blanca, mostraba en la espalda huellas de sangre y pus. Restos de algas revelaban que había estado en el mar. Kendal lo ayudó a incorporarse y lo guio hacia un lecho de tres patas. Incapaz de tumbarse de espaldas, Sedric se recostó boca abajo, buscando alivio en esa posición.

Kendal cortó la túnica y dejó al descubierto la espalda desollada y sangrante de Sedric, con algunas zonas purulentas.

—¡Por Atón glorioso! ¡Te han destrozado! —exclamó Kendal—. Estábamos muy intranquilos. Pensábamos que habías muerto o seguías en la prisión.

—Me torturaron —empezó a explicar Sedric, con esfuerzo y lentamente—, me abrasaron la espalda con aceite y finalmente me despeñaron desde las cloacas de la prisión por el acantilado. Me habría matado si la marea no hubiera estado subiendo, porque las

olas me arrastraron hasta el puerto. No sé cómo lo hice, pero subí hasta el muelle por una escala. Tu casa es lo primero que he encontrado. ¡Ayúdame!

Kendal, que había podido escapar ileso porque no acudió a la reunión, estaba furioso por lo ocurrido con sus amigos.

—¡Que el dios los maldiga por lo que han hecho! ¿Cómo no voy a ayudarte? Yo estaría como tú o quizá muerto si no hubiera estado fuera navegando.

Kendal llamó a uno de sus criados, un hombre experto en curaciones. Este, al ver la espalda de Sedric, movió la cabeza a un lado y a otro y, en voz baja, informó a Kendal:

—Pronto se llenará de pus. Las quemaduras son profundas y ha perdido casi toda la piel de la espalda. Puedo ponerle algún emplasto, pero he visto a otros con quemaduras de menor envergadura morir entre terribles dolores.

Kendal se angustió mucho: no podía dejar que su amigo muriese de una forma tan cruel.

—Te voy a llevar a Eteria, que es la única que puede curarte.

El rostro de Sedric cambió, mostró una expresión de desprecio y, torciendo la cara, declaró:

—No quiero nada que tenga que ver con Nórax. ¡Es un renegado! ¡Un esbirro de Krysaor!

Pero Kendal obvió las protestas de su amigo y este fue trasladado oculto en un carro lleno de paja que accedió al palacio de Argón por la entrada de mercancías. Kendal subió corriendo a buscar a Eteria, que estaba vendando el brazo de un hombre y se alegró mucho al ver a Kendal. Sabía de la profunda amistad que le había unido a Nórax desde la infancia, y también que ahora se había enfriado.

Kendal, con orgullo y cierto desprecio, se enfrentó a Eteria recurriendo a la ironía:

—Gracias a vuestro esposo, señora, ha muerto uno de mis compañeros, y Sedric, compañero nuestro, ha sido torturado. Las quemaduras que los esbirros del rey, al que vuestro esposo apoya, le

han causado son profundas. Puede morir. —Después, con tono imperativo, añadió—: ¡Debéis curarlo!

—¿Dónde está? —preguntó Eteria con serenidad, sin dejarse afectar por el tono rudo de Kendal.

—Abajo.

—Súbelo hasta aquí. Que te ayuden.

Con un gesto indicó a uno de los criados que acompañase a Kendal. Con parsimonia, Eteria terminó de vendar el brazo del hombre herido mientras Kendal, con dos criados, se dirigía al lugar donde aguardaba Sedric en el carro.

Lo subieron hasta el aposento donde Eteria había acabado ya de curar al hombre del brazo fracturado, que se fue agradecido. La hespéride tumbó a Sedric en un lecho boca abajo y le descubrió la espalda. Al verla, desollada, Eteria se espantó. Sin poder contenerse, reconvino a Kendal y a Sedric.

—Esto ocurre porque habéis optado por el camino de la violencia. No es la forma de imponer las ideas.

—¿Qué otra hay? —rugió Kendal—. ¿Dejar que ese monstruo y su maldita diosa serpiente nos destruyan?

—¡Kendal! Tienes una familia. ¡Debes protegerla!

Unos años atrás Kendal se había casado y tenía varios hijos pequeños, pero su odio a Krysaor lo dominaba por completo.

—¡Precisamente por ellos lo hago! No quiero que mis hijos crezcan en este régimen de opresión. ¡Me lo han arrebatado todo! Nos han reducido a la miseria. A mi familia… Una de las más nobles de Tarsis.

Nórax no supo qué decirle. Kendal no aceptaba réplica ni consuelo. Se dio la vuelta y se alejó, dejando a Nórax solo, frustrado en su intento de convencer a un hombre cegado por el odio.

Durante varios días, Eteria fue curando las heridas de Sedric. Utilizaba plantas de la zona del jardín donde estaba oculta la piedra de luz y que, por tanto, poseían unas cualidades mágicas y sanadoras. Por ello, en pocos días, Sedric estaba casi restablecido. Los amigos de Sedric acudían ahora a la casa de Argón, pues de

algún modo se sentían protegidos por el prestigio de Nórax ante el rey. Comenzaron de nuevo a conspirar.

Al darse cuenta de ello, Eteria y Nórax intentaron hacerles entrar en razón. Pero de nada sirvieron las recomendaciones de la hespéride, su afán de que no se rebelasen, sus súplicas de perdón y de calma, sus peticiones de que no se enfrentasen al rey violentamente porque nada iban a solucionar y muchos males se iban a derivar de ello.

Por su parte, Nórax también trató de serenarlos, pero de nuevo se enfrentaron a él, al que mostraron su desprecio y tacharon de cobarde. Finalmente les prohibió reunirse en el palacio de Argón.

Ante esta decisión, y sin que Sedric estuviera totalmente restablecido, abandonaron el palacio *goidel,* amargados y furiosos, y se refugiaron en la casa de Kendal en el puerto. Allí continuaron conspirando.

—La única solución para liberar a Tarsis de la opresión es acabar con Krysaor y Akálide —sostenía uno de ellos con determinación.

—¡Debemos hacerlo! —gritó Kendal—. Krysaor y Akálide están destruyendo nuestra cultura, nuestro modo de ser… ¡Nuestras familias! Y está muriendo mucha gente.

Sedric estaba particularmente furioso, y desde que había sido torturado solo pensaba en vengarse.

—¡No solo matan, sino que hacen sufrir! ¡Nunca olvidaré la tortura!

Movió la cabeza con rabia y desconsuelo y apretó los puños, furioso.

—¡Vamos a reunir a los que se oponen a Krysaor! ¡Conseguiremos la libertad!

Se distribuyeron las casas de aquellos que consideraban fieles y los visitaron uno a uno. Muchos les cerraban la puerta en las narices por miedo, pero algunos los apoyaron. Poco a poco fueron atrayendo a los que odiaban al rey, los que habían sido perseguidos de algún modo, los que habían perdido tierras, propiedades o a miembros de sus familias. Convocaron una reunión en la casa de Kendal, donde

trazaron el plan definitivo: se levantarían contra aquel gobierno inicuo en la próxima fiesta de la diosa.

Anochecía en la casa de Kendal. Los últimos rayos de luz cruzaban el estuario y morían en la dársena del puerto. Los conjurados habían llegado ocultamente, muchos de ellos en barco, porque los muelles estaban menos vigilados al atardecer. En la casa de Kendal, que estaba atestada, alguien dijo:

—¡La gente está harta! ¡Nos seguirán! Unos cuantos hombres bien situados en la plaza durante la fiesta de la diosa nos darán la victoria. Estoy seguro de que el pueblo de Tarsis, las gentes de nuestra ciudad, se levantarán y nos ayudarán. ¡Ha llegado el momento!

Trazaron el plan minuciosamente. Allí estaban unos veinte conjurados, pero había más, pues cada uno de los allí presentes había convencido a otros muchos de su propia familia o clan. Se acordó que se distribuirían por la plaza: unos cerca del trono; otros entremezclados con la multitud que abarrotaría la plaza, otros apostados en las entradas. El plan estaba muy bien diseñado, cada detalle pensado minuciosamente.

Llegó el día de la gran fiesta de la diosa. Un espectáculo impresionante iba a tener lugar en la arena, y prácticamente toda la ciudad se congregó en la plaza. Saltaron varios danzarines sobre el toro, pero uno de ellos cayó y fue ejecutado ante la mirada complaciente de la multitud. Tras la muerte del atleta, la reina Akálide se levantó para pronunciar un himno de alabanza a la diosa, y junto a ella se alzó Krysaor. Todo el mundo guardó silencio.

En medio de ese tenso silencio, Sedric avanzó hacia el centro de la arena. Alguna mirada reparó en él, pero la mayoría estaban centradas en la reina. Desde allí, Sedric lanzó una jabalina a Krysaor, pero una ráfaga de viento, en la que quizá intervino el destino, desvió su trayecto. Dio justo detrás de Krysaor, en el trono del rey. En ese momento los conjurados atacaron a la guardia que rodeaba el trono. Se oyó la voz de Sedric gritando desde el centro de la arena:

—¡Libertad! ¡Libertad! ¡Muera el tirano!

Algunos de los espectadores lo corearon, pero la mayoría se quedó quieta, enmudecida: gentes que tomaban hierbas que debilitaban la voluntad, seres timoratos o estómagos agradecidos.

Desde múltiples puntos de la plaza, los rebeldes se lanzaron a la arena desenvainando las armas y dirigiéndose hacia las gradas donde se sentaban Krysaor y Akálide. Pero inmediatamente centenares de soldados saltaron a la arena y comenzaron a luchar contra los conjurados, quienes, hasta ese momento, habían supuesto que las gentes de Tarsis los ayudarían. No ocurrió. Hubo incluso alguno que silbó en contra de la rebelión. Sin el apoyo de la multitud, los rebeldes eran muy pocos frente a toda la guardia del rey. Pronto fueron reducidos.

En el tumulto de la lucha entre la guardia que rodeaba el estrado donde estaban los reyes y los rebeldes, Kendal logró acercarse a Akálide y la acuchilló por detrás, atravesándole el costado a la altura del corazón. De la herida manó una extraña sangre negra y viscosa.

Akálide emitió un aullido sibilante, misterioso y extraño, al tiempo que caía desde el trono. Los que estaban cerca notaron que algo le ocurría porque su cuerpo se encorvaba, se encogía, se ponía rígido y se retorcía sobre sí mismo. La guardia procedente de otros puntos de la plaza alcanzó el estrado de los reyes y en pocos minutos pudo dominar a los conjurados, que fueron atrapados y detenidos.

La reina seguía presa de aquellas extrañas convulsiones que la hacían crecer en un cuerpo monstruoso y alargado. Pero Krysaor, asombrosamente salvado de la jabalina de Sedric, gritó que la tapasen con un manto y ordenó a los sacerdotes de la diosa que se la llevaran. Después se supo que Akálide había sobrevivido al ataque, aunque algo había cambiado en ella: la herida la había transformado en un ser encogido, deforme y avejentado y con la piel llena de manchas negruzcas y amarillentas. Desde entonces se tapó con un largo manto oscuro que iba arrastrando porque le colgaba por detrás.

Los esbirros del rey detuvieron a Sedric, a Kendal y a los conjurados. Allí mismo, en la arena, ante una orden del rey, los desollaron vivos a latigazos por traidores. Algunas mujeres *góidel* que estaban en la plaza lo observaron todo angustiadas y horrorizadas. Tras escabullirse entre la multitud, dieron parte de lo ocurrido a Nórax, quien no solía ir a los espectáculos de la arena desde que se habían vuelto tan salvajes.

Al conocer la noticia, Nórax sintió como si el suelo bajo sus pies se desmoronara. La desolación lo envolvió por completo. Habían perdido a hombres valiosos ante la indiferencia de las gentes de Tarsis. Como él había temido, nadie se había puesto de su lado, nadie había alzado la voz, nadie se había atrevido a defenderlos. Cada vez eran menos los fieles a la tradición de Tarsis, menos los que se rebelaban contra el poder maligno de la Diosa de las Serpientes.

Lo que más le dolía era la pérdida de Sedric y Kendal, que no solo eran amigos, sino hermanos de armas, camaradas inseparables en las aventuras que habían forjado su vida. Habían estado con él en las Casitérides, habían circunvalado África y compartido peligros, victorias y derrotas. Habían formado parte de aquel grupo selecto que había luchado junto a él en Hesperia durante el ataque del rey a la isla. Aunque en los últimos tiempos se habían distanciado, Nórax nunca dejó de apreciarlos ni de intentar reconciliarse con ellos. Sus muertes, crueles e injustas, dejaban un vacío que nada podía llenar. Solo hallaba un amargo consuelo en saber que había intentado advertirlos del peligro. Los había prevenido una y otra vez, pero nunca quisieron escucharlo.

Feder, por su parte, estaba devastado, quizá más que nadie. A pesar de las antiguas rencillas, adoraba a Kendal, su amigo de la infancia, aquel que siempre había sido como un hermano para él. La noche después de la ejecución, Feder se presentó en la casa de Argón. Su rostro estaba marcado por la tristeza, y parecía incapaz de hablar, cada palabra atrapada en un nudo de dolor en la garganta.

Nórax lo abrazó, sosteniéndolo mientras el peso de la pérdida compartida se desbordaba en el silencio.

Eteria se acercó entonces, con su mirada serena y su voz cargada de sabiduría. Posó suavemente una mano sobre el hombro de Feder y le dijo:

—Perder un amigo es perder un trozo de la carne y del espíritu propios.

Sus palabras, como un bálsamo, resonaron en la penumbra de la estancia. Feder asintió lentamente mientras las lágrimas caían, limpias y sin resistencia, sobre sus mejillas. En ese instante, el dolor de ambos se entrelazó, uniéndolos aún más bajo el peso de la tragedia compartida.

Después de la muerte de Sedric y Kendal, Krysaor desató una ola de terror por toda Tarsis. Todos aquellos que habían tenido la más mínima conexión con la conjura fueron perseguidos, detenidos y torturados. Los gritos de los condenados resonaban en las calles de la ciudad, y el miedo se instaló en cada rincón. Nadie se atrevía ya no solo a oponerse, sino ni siquiera a expresar la más mínima crítica contra el rey. Las voces que antes se alzaban contra él habían sido silenciadas, algunas por miedo, otras por la muerte. Las calles, normalmente bulliciosas, parecían sofocadas bajo un manto de inquietud.

En este clima opresivo, la casa de Nórax se mantuvo a salvo, principalmente por no haber acudido a la arena. Pero además porque Nórax sentía que Eteria y la piedra de luz los protegían.

Eteria y Akálide

Tarsis, verano de 1570 a. C.

Al caer la tarde, la estatua de la diosa serpiente se iluminó con el resplandor de cientos de antorchas. Aquel día, el sol había castigado Tarsis con un calor abrasador. En uno de los días más sofocantes del verano se celebraba la fiesta de Sopdet. Nórax y Eteria, junto a Gael, que había crecido en los últimos meses y era casi tan alto como su madre, subieron por las escaleras hasta el graderío, acatando la nueva ley impuesta por Krysaor y Akálide: todos debían presentarse en la plaza durante las festividades de la diosa serpiente. La norma les alcanzaba de lleno. Habían evitado ese lugar desde que los espectáculos sangrientos se hicieron costumbre, pero ahora no tenían elección. Se sentían fuera de lugar. Algunos los miraban con sorna mientras comentaban que finalmente aquellos que se creían superiores también habían tenido que doblegarse.

En las gradas de la arena de Tarsis, las gentes debían colocarse de acuerdo con su linaje y posición. Por ello Nórax y su familia se situaron en un lugar preeminente entre los *góidel,* justo enfrente del trono del rey. Desde allí se veía a Krysaor, sentado en el sitial con gesto orgulloso y displicente, y, junto a él, a la reina, aún no recuperada de las heridas que le había causado Kendal. Parecía una sombra de lo que había sido, una mujer inclinada y avejentada, con el rostro cubierto por un fino velo negro.

Se inició una melodía repetitiva, muy aguda y extraña, en la que se alababa a la Diosa de las Fieras. A Nórax le vino a la mente que, en aquel momento del espectáculo, en tiempos de Gerión, se habría

cantado el hermoso himno solar, una melodía armoniosa que colmaba los corazones de anhelos de algo grande y elevaba los espíritus hasta el sol en el ocaso. La música de la diosa era enervante y extremadamente sensual, y creaba una atmósfera inquietante que incomodaba a Nórax y a su familia.

El príncipe *góidel* intentó no mirar lo que ocurría en la plaza, pero el espectáculo pronto captó toda su atención. Era impresionante ver a los *porenna* desafiando el peligro. Dos hombres y una mujer, vestidos con faldellines cortos, cruzaban ágilmente sobre el lomo del toro. De repente, uno de los hombres fue empitonado y desde lejos se pudo ver la sangre brotando de una herida en su pecho.

El suelo tembló violentamente. Los terremotos siempre se producían durante estos espectáculos, acompañados de ruidos subterráneos lejanos y profundos, como si la tierra misma lamentara el derramamiento de sangre. La atmósfera se volvió aún más tensa, con la música aguda y extraña resonando en los oídos de todos y acentuando la sensación de caos y desesperación.

Akálide se levantó e hizo una señal. El *porenna,* aún vivo, fue sacrificado a la diosa, degollado con el *laber,* y su sangre se vertió por las escaleras del altar, un torrente rojo que parecía teñir la tierra. Eteria no pudo resistir la crueldad del espectáculo. Se levantó, ahogando un grito, y salió apresuradamente, seguida por Nórax y Gael. Muchos advirtieron su salida. Las miradas de Akálide y Krysaor repararon en ellos. Quizá fue en ese momento cuando Akálide recordó que en la casa de los *góidel* había una hespéride de belleza rozagante.

Unos días más tarde, los esbirros de Krysaor aporrearon la puerta del palacio, entraron rápidamente en el gran atrio circular y, gritando, preguntaron por la esposa del príncipe de los *góidel*. Los gritos resonaron por toda la casa. En el jardín donde estaba impartiendo clase a unos muchachos, Eteria oyó los gritos y salió al zaguán.

Nórax y Gael, que conversaban en la terraza superior, bajaron corriendo por la gran escalera principal. Cuando llegaron, los

guardias ya estaban deteniendo a Eteria. Nórax desenvainó un puñal y Gael, un jovencito alto, rubio y fuerte, se interpuso entre los guardias y su madre.

Los esbirros les apuntaron con lanzas mientras exclamaban:

—¡Órdenes de la reina! La dama Eteria, esposa del marino Nórax, debe ser conducida a palacio. La reina Akálide la requiere.

—¿Para qué? —inquirió Nórax.

—No preguntes.

—¿Volveré? —demandó Eteria con una expresión llena de -angustia.

Hicieron un gesto despectivo, sin darle una respuesta clara, y se limitaron a empujarla brutalmente hacia la puerta, sin cruzar palabra con ella, hasta sacarla del palacio *góidel*. Eteria reaccionó con gran dignidad liberándose de los guardianes, que la escoltaron calle arriba. A Nórax y a Gael les impidieron que la siguieran, forzándolos a punta de lanza a regresar dentro del palacio. Además, les retiraron las armas y los encerraron. Dejaron un destacamento en la puerta para evitar que nadie entrase ni saliese.

Nada podían hacer. La servidumbre no era suficiente para enfrentarse a los esbirros de Krysaor, y no podían avisar a otros *góidel*. Desesperados por saber qué podía ocurrir con Eteria, Nórax y Gael subieron al terrado y, desde la celosía, la divisaron subiendo hacia el palacio, tan frágil y vulnerable. Nórax pensó que podía no volver a verla y se sintió morir. La figura de Eteria se perdió tras la curva que conducía a la acrópolis.

Desesperado, con Gael a su lado, siguió vigilando la calle ahora desierta, pegado a los barrotes de la celosía. Solo se oían las voces del destacamento de soldados en la puerta. ¿Cuándo regresaría Eteria? ¿Qué le harían? ¡Ojalá pudiese saber lo que le estaba ocurriendo!

De pronto recordó la piedra de luz. Dejó a Gael vigilando la calle y bajó hasta el jardín. Escarbó debajo del camelio y encontró una pequeña arqueta. Allí estaba la gema sagrada, engarzada en el colgante de ámbar y coral. Agarró la arqueta y la llevó a la cámara

donde solía dormir. Por un lucernario en el techo penetraba un rayo de sol. Nórax acercó la gema sagrada al haz de luz, que reverberó en ella. A través de la piedra, Nórax pudo contemplar lo inimaginable: vio el cuerpo de Eteria sobre una especie de mesa alargada de mármol a cuyos lados había huecos labrados. Por los agujeros emergió una figura alargada, como una enorme serpiente negruzca con manchas amarillas que a Nórax le recordó aquel gobio que había matado en el mar. La serpiente se deslizó por los agujeros practicados en el mármol y se enroscó en torno a Eteria, que parecía dormir y mostraba señales de un sufrimiento indefinido en su rostro.

De pronto Nórax gritó al advertir que en el rostro de la serpiente se podían adivinar los rasgos de la reina. La piel de la serpiente, viscosa y opaca, se volvía luminiscente al contacto con el cuerpo de la hespéride. Permanecieron un tiempo así, Eteria sin consciencia, como dormida, pero rodeada por los anillos del descomunal ofidio. Al fin la serpiente abandonó su presa y se irguió. Unas escamas cayeron al suelo y apareció la figura de la reina Akálide. Parecía más joven, tenía el rostro terso y su cuerpo volvía a ser el de una mujer de curvas voluptuosas.

Ahora Nórax sabía qué estaba sucediendo con su esposa y quién era la reina. Trató de salir del palacio para auxiliar a Eteria, pero se debatió inútilmente ante la puerta clausurada. Chilló con desesperación, y a sus gritos acudieron varios criados, así como Gael. Intentaron forzar la puerta, dando golpes contra ella. Los guardias, desde fuera, les advirtieron de que no intentasen salir, pero la desesperación de Nórax solo aumentaba. Cada golpe resonaba como un eco de su impotencia mientras el rostro sufriente de Eteria no abandonaba su mente. Durante mucho tiempo, Nórax y Gael, ayudados por Cidón y otros siervos de la casa, intentaron forzar la puerta de bronce, pero esta no cedió.

—Debemos salir del palacio y rescatar a Eteria.

—¡Los túneles! —gritó Gael recordando que el palacio poseía otras salidas.

—Conducen muy lejos de la acrópolis.

—No importa, al menos haremos algo.

Se disponían a entrar en los sótanos de la casa cuando la puerta principal se abrió de repente. Bajo el alto dintel, entre las jambas de la puerta, apareció una figura desmadejada, arrastrada por dos guardias. Era Eteria. Su rostro estaba descompuesto, pálido, y caminaba de manera inestable y sin fuerzas.

Eteria no recordaba lo que le habían hecho, solo se sentía débil, agotada. Nórax, en cambio, lo había visto todo en la piedra. No dijo nada, pero su mente hervía de rabia y desesperación al comprender la magnitud de lo que había sucedido: Akálide había extraído a Eteria la energía que, como hespéride, poseía por el culto al sol.

La mirada de Nórax se encontró con la de su esposa, que estaba llena de angustia y agotamiento. Con suavidad, la abrazó mientras Gael los observaba, perplejo y preocupado. En un murmullo, Eteria le pidió a Nórax que la condujese a la luz. Necesitaba los rayos del sol. Nórax la agarró entre sus brazos, les pidió a los demás que no los siguiesen y la subió a la terraza, donde ya anochecía. Los últimos rayos del ocaso bañaron a Eteria, que pareció revivir. Era un día cálido, de un verano tardío, y el anochecer se prolongó hasta que finalmente descendió el crepúsculo.

Eteria le contó a Nórax que al llegar al palacio la condujeron a una habitación de paredes de color rojo con una especie de gran agujero redondo en la techumbre, y en el centro una especie de altar de mármol, donde la tumbaron. Cuando la luz del astro solar penetró por el techo, entró Akálide. Su piel estaba arrugada, caminaba encorvada y se tocaba el lugar donde Kendal la había herido. Se dirigió hacia ella. Los ojos negros de Akálide, de largas pestañas y maquillados con kohl oscuro, se posaron en el rostro de Eteria, quien no pudo resistir la mirada de la reina y alzó la vista techo, por donde entraba la luz del sol en su cénit.

Eteria no recordaba nada más. Cuando recuperó la conciencia, la reina ya no estaba. Le parecía que había soñado con una serpiente que la envolvía. Unos criados la ayudaron a levantarse, pues se sentía muy débil y casi no podía caminar, y luego dos guardias la

acompañaron de vuelta a casa. Cuando Nórax le informó de lo que había visto en la piedra de luz, ella se echó a llorar.

—Es una serpiente, no es un ser humano, y me chupa la energía y la luz.

Durante unas semanas, Eteria prácticamente no pudo moverse. Las fuerzas le fallaban y pedía a Nórax que la condujese al sol. Nórax la tomaba como una pluma en los brazos, la subía a la terraza y la tumbaba en una hamaca en un lugar soleado. Después se sentaba junto a ella y le agarraba la mano y ambos permanecían allí todo el tiempo que duraba el brillo del sol. No devolvieron la piedra de Jafet a su lugar bajo el camelio, sino que ahora colgaba sobre el pecho de Eteria con el relicario abierto.

Al principio, nada más regresar del palacio y de estar con Akálide, la gema sagrada permaneció oscura, como si la hespéride no fuera capaz de captar la luz. Sin embargo, después de unos días, comenzó a brillar de nuevo, hasta que, al cabo de unas semanas, relució con más intensidad, al tiempo que Eteria recobraba fuerzas. La piedra canalizaba la energía del sol hacia la hespéride.

Nórax observaba este proceso con una mezcla de esperanza y desesperación, consciente de la batalla invisible que se libraba dentro de Eteria. Cada día, al ver la luz de la gema intensificarse, sentía renacer la esperanza de que ella sanase, aunque la sombra de la amenaza seguía presente, recordándole el poder oscuro que Akálide poseía.

Así, poco a poco, Eteria se fue reponiendo de la extraña debilidad que le había provocado la reina, mientras que la piedra ya no brillaba como antes. Notaron que no estaban tan protegidos. La guardia de Krysaor los espiaba, detenía a los chicos que iban a estudiar al palacio *góidel* y les preguntaba qué hacían allí. El jardín se fue vaciando.

Los barcos de los *góidel* salían sin Nórax, que decidió permanecer junto a Eteria y dejar a otros al frente de las naves. Sin embargo, la flota echaba de menos a su capitán. Sin la experiencia de Nórax y

sin su pericia como navegante, naufragaron en varias ocasiones y la flota *góidel* se debilitó.

El rey construyó nuevos barcos al tiempo que otras escuadras de comerciantes provenientes del oriente comenzaron a atracar en Tarsis. Había llegado el momento en que el rey ya no necesitaba la flota *góidel* como había sucedido tiempo atrás.

Los días se acortaron. Llegó el solsticio de invierno y Eteria fue conducida de nuevo al palacio. Regresó débil, consumida. El cielo, cubierto de nubes, apenas dejaba pasar la luz. Esta vez, ni siquiera el sol lograba aliviarla. Tardó más en recuperar las fuerzas. Estaba más pálida, más frágil. La piedra también comenzaba a apagarse. Nórax presentía que se acercaba el fin.

La decisión

Tarsis, finales de 1570 a. C.

La luz del suave sol de invierno acariciaba la terraza, y la brisa llevaba consigo el aroma salado del océano y el eco de las aves marinas que revoloteaban sobre Nórax y Eteria. Hablaban en un tono bajo, pero cargado de intensidad.

—La herida que Kendal le causó a Akálide la ha debilitado. Solo yo soy capaz de curarla —afirmó Eteria con gran esfuerzo, su voz apenas un susurro que llevaba el peso de una confesión—. Akálide utiliza la energía que poseo porque yo canalizo la del sol, sobre todo en el solsticio. La luz que me extrae le proporciona fuerza por un tiempo, pero después debe volver a recurrir a mí para borrar la oscuridad que crece continuamente dentro de ella y la consume.

Nórax la miró con preocupación. Las palabras de Eteria lo llenaban de inquietud.

—Te está destruyendo. Tenemos que hacer algo —respondió con una urgencia que casi quebraba su voz.

Eteria se detuvo, pensativa, y luego exclamó con un destello de dolor en sus ojos ambarinos:

—Akálide está herida. Es un ser maligno, lleno de ponzoña, de una magia negra, oscura. Kendal la dañó más de lo que cualquiera podría haber imaginado. Es como si la herida de Kendal hubiese liberado un veneno dentro de sí misma. Ahora ese veneno la consume, aunque no la mata. Ella no podría seguir si no se apoyase en la fuerza que hay en mí. Sé que volverá a llamarme y que cada solsticio será peor que el anterior, una tortura renovada.

El rostro de Eteria reflejaba una enorme pesadumbre, y Nórax, que no podía soportar verla así, declaró con determinación:

—¡Solo hay una solución para tanto sufrimiento!

Ella le interrogó, sin hablar, con los ojos muy abiertos.

—Irnos lejos de Tarsis —contestó Nórax— con los más fieles. Dejar atrás esta ciudad cruel.

Eteria sonrió con tristeza, y la suavidad de su voz no pudo ocultar todo el dolor que atesoraba.

—Yo no puedo. Mi destino está ligado a Tarsis. Mi padre lo profetizó. Una hespéride, y sobre todo una Gran Vestal como fui yo, lejos de la ciudad del sol poniente se iría consumiendo y moriría. Aquí en el occidente las hespérides no conocemos la decrepitud, pero lejos de aquí me enfrento a una muerte segura…, y me da miedo.

—Entonces ¿Areté? Ella ha sido conducida lejos de aquí.

—Areté es más fuerte que yo, y su destino no es el mío. Mi padre profetizó que se iría lejos, aunque yo sé que lejos de aquí se marchitará y finalmente morirá. Por eso sufrí tanto cuando se fue. —Se quedó pensativa recordando a su hermana y en sus ojos brillaron las lágrimas. Después prosiguió—: ¡Ay…! Sufro pensando en tener que irme de aquí. Una hespéride necesita la luz del occidente.

Nórax bajó la cabeza, apretó los puños con frustración y después exclamó, con furia contenida:

—Entonces pretendes que vivamos aquí, bajo esta tortura… ¡Bajo la tortura de la serpiente! Akálide es una serpiente infernal. Hace muchos años que lo sé, desde que estuve en el país de Kush.

—Lo es —afirmó Eteria con una calma inquietante—. Recuerda que la serpiente es un animal frío que obtiene el calor del sol. Yo se lo proporciono, pero no podría si no tuviese la piedra de luz.

Nórax se acercó a ella y la abrazó, como intentando guardarla del mal.

—Temo por ti —le confesó susurrando con una voz llena de -emoción.

Eteria se apartó suavemente y colocó sus manos sobre las mejillas de Nórax. Sus ojos brillaban con una mezcla de angustia y resignación.

—No tengas miedo, Akálide nunca me matará porque me necesita.

Nórax se aproximó aún más a ella y la estrechó más fuertemente en sus brazos.

—Yo también te necesito, te quiero con todo mi corazón, y me cuesta ver el daño que te causa Akálide. ¡Cada vez estás más débil!

Eteria cerró los ojos por un momento. No se preocupaba solo por ella, sino que sentía que todo estaba afectando también a su familia y a los *góidel.*

—Lo que más me preocupa es que, desde que Akálide me utiliza, la piedra de luz no brilla como antes. ¡Ya no nos protege! ¡Todos estamos en peligro!

—¡Nos iremos! —sentenció Nórax con firmeza—. ¡Convocaré a mis gentes! Puede que lejos de aquí te debilites, y quizá tu vida se acorte, pero no sufrirás ya más el abrazo de la serpiente.

Eteria bajó la cabeza y una lágrima rodó por su mejilla. Sentía que su fin se acercaba. Nórax le acarició dulcemente el cabello. La dejó allí, bajo el sol de invierno, que apenas calentaba. Se puso en marcha. Había tomado una decisión: abandonarían la ciudad de Tarsis. Pero ¿dónde irían? ¿En qué lugar el poder de Akálide no los alcanzaría?

La marcha

Tarsis, primavera de 1569 a. C.

Nórax bajó las escaleras deprisa, con la inquietud reflejada en su semblante. Encontró a Cidón en los sótanos del palacio, distribuyendo mercancías que debían bajar al puerto para ser embarcadas. Al percibir la urgencia en los ojos de su señor, Cidón comprendió que algo grave sucedía.

—Deseo que prepares trigo, cebada, pan, vino, corderos y cerdos para un largo viaje. Nadie debe saber que nos vamos.

—¿Dónde iremos?

—¡Quiera el dios Atón mostrarme el camino! —le dijo eludiendo la respuesta no solo porque, para proteger a Eteria, nadie debía conocer adónde se dirigían, sino también porque realmente desconocía su destino.

Después se despidió de él con un suave y rápido roce de la mano en la espalda mientras le decía:

—Voy al puerto a revisar los barcos. Saldremos en los próximos días.

El intendente asintió, consciente de la necesidad de discreción. Dio órdenes y poco más tarde fue almacenando, con sigilo, lo que su señor le había dicho, intentando que nada trascendiese. Pero era imposible que el movimiento pasase inadvertido. Hombres cargados de sacos entraban y salían continuamente por el portillo lateral del palacio, que daba a una estrecha callejuela, tan angosta que apenas permitía el paso de la luz solar. Allí los criados de la casa *góidel* se

afanaban en silencio, transportando sacos y moviéndose con pasos presurosos y entre susurros.

Eteria, debilitada y sumida en una profunda tristeza, permanecía en silencio, extremadamente débil, tendida sobre un lecho en la terraza, mirando al sol. Su espíritu parecía consumirse, y a menudo se sumía en la inconsciencia de un sueño agitado. Nórax no se separaba de ella.

Al atardecer, la guardia real llamó a las puertas del palacio de Nórax. Nada pasaba desapercibido a la red de espías que Krysaor y Akálide habían desplegado por la ciudad. El palacio se llenó de soldados que buscaban signos de una rebelión, cualquier indicio de desacato contra la autoridad real. Descendieron por las escaleras hasta los sótanos, donde descubrieron los preparativos de la marcha. Pero lo más grave fue que en una cámara encontraron a Argón, con los ojos fijos en el techo. Estaba sonriendo y repetía una cantinela ininteligible.

Incapaz de caminar, se llevaron su cuerpo frágil arrastrándolo entre dos soldados mientras su sonrisa desquiciada colmó a su hijo de una sorda impotencia y lo sumió en la desesperación. Al mismo tiempo, detuvieron a Nórax, a Gael, a Feder, a Aldair y a otros *góidel* afines a la casa de Argón.

Los condujeron presos ante el rey. Krysaor se levantó del trono de Gerión, flanqueado por los dos grifos que parecían amenazar a Nórax y a sus hombres. Los hicieron arrodillarse encadenados. El rey dirigió su mirada a Nórax y esbozó una mueca despectiva y cruel.

—¿Cómo te atreves a oponerte a la ley? Mis leyes son justas. ¡Has ocultado a Argón durante años! ¡Si lo hubieras entregado, hace tiempo que habría dejado de sufrir!

Desesperado, y sabiendo que ya no le quedaba ningún futuro, Nórax al fin se enfrentó al rey:

—¡Deja a mi padre en paz! Mi padre no sufre, es feliz, está cuidado y rodeado de los suyos.

Entonces Krysaor habló con una voz en la que se dejaba sentir una extraña compasión, una compasión cruel.

—Tu padre, el noble Argón, no puede vivir más en esas condiciones, que a cualquiera con sentido común le producirían rechazo. Los ancianos demenciados deben morir; la diosa reclama su sangre para conducirlos a un mundo mejor. Mi esposa desea imponer en la ciudad el culto a la perfección y a la belleza, y para ese culto los viejos son una lacra. El *laber* no provoca dolor. Se desangrará y será un sacrificio a la diosa. Tú mismo lo presenciarás.

Nórax intentó liberarse de las cuerdas que ataban sus muñecas y levantó la cabeza mientas clamaba:

—¡Sí, sufren! Yo he visto a muchos rebelarse y llegar a contraerse de dolor. —La voz de Nórax temblaba mientras decía, angustiado—: Yo quiero a mi padre, lo quiero vivo.

Ahora Krysaor estaba furioso:

—Tu padre caerá ante el *laber.* ¡Yo, Krysaor, el rey, lo ordeno!

—¡No!

Krysaor no hizo caso a los ruegos y súplicas de Nórax. Esa noche encerró a Argón, Nórax, Gael y a los demás en un oscuro calabozo, obligándolos a compartir la prisión con el anciano.

En el lecho, Argón recitaba el antiguo himno, y su voz débil y cascada resonaba en la penumbra. Al finalizar, se abrazó a su hijo y luego bendijo a Gael. Era como si hubiera recuperado la lucidez. Sus gestos, sus palabras y su actitud mostraban que reconocía lo que le estaba ocurriendo, y su mirada, aunque cansada, reflejaba una comprensión profunda de su destino.

Nórax sintió una mezcla de dolor y alivio al ver a su padre consciente, aunque solo fuera por un momento. La oscuridad del calabozo parecía menos opresiva al escuchar la voz de Argón recitando rítmicamente el himno, pero su desesperación no desaparecía. Estaban atrapados, no había nada que hacer. Más que nunca, estaban en las manos de Krysaor. ¿Qué harían con Eteria? Él no la podía defender.

Transcurrieron largas las horas de la noche. Al fin, un rayo de sol penetró por las estrechas rejas en el techo de la prisión y el haz de luz fue girando lentamente sobre la piedra oscura y mojada de la

celda donde los *góidel* se hacinaban. Gracias a esa luz pudieron ir calculando el paso del tiempo. No les dieron nada de comer, pero ninguno sentía hambre. Argón dormitaba, desconectado del mundo una vez más. Finalmente la puerta de la celda se abrió y unos guardias los sacaron a empellones y los obligaron a subir por la escalera. Después ascendieron por los pasadizos hasta que se encontraron en la arena de Tarsis, bajo un sol brillante, rodeados del graderío donde se apiñaba la gente.

Nórax, Feder, Gael, Aldair y los demás, encadenados, permanecieron de pie en una grada cercana al trono real, situado bajo el altar a la diosa serpiente. Desde esa posición se podía ver con claridad la arena de Tarsis y el altar de los sacrificios. Akálide y Krysaor, sentados en el trono, dominaban la escena. El rey los observaba con una sonrisa torcida que destilaba malicia.

Sonaron las trompetas y entonces sacaron al anciano Argón, que fue arrastrado por los esbirros de Akálide hasta el altar de la diosa serpiente. Lo arrodillaron ante ella y apoyaron su cuello en el frío mármol del altar. La hoja del *laber* cayó implacable y las nobles canas de Argón quedaron mancilladas, ensangrentadas, mientras Nórax observaba, impotente, incapaz de evitarlo.

Krysaor sonreía, satisfecho. Nunca había perdonado al padre de Nórax por haberle reprendido cuando era niño ni por haber intentado educarlo en las tradiciones *góidel.*

Después de la ejecución pública, los esbirros de Krysaor empujaron de nuevo a Nórax, Gael y los demás a la oscura cárcel bajo los sótanos del templo. Nórax estaba destrozado por la muerte de su padre. Las escenas de la ejecución se repetían una y otra vez en su pensamiento, atormentándolo. Le venían a la mente recuerdos de la niñez, cuando jugaba con un barco pequeño de madera en un estanque; de su adolescencia, cuando le había defraudado, y de su juventud, cuando le enseñaba las rutas de navegación. Esas imágenes se repetían constantemente, intensificando su dolor.

Además, la incertidumbre sobre el destino de Eteria lo angustiaba. Sabía que Akálide necesitaba a Eteria, y eso la protegía

por el momento, pero también era consciente de que la debilidad que le provocaba el invierno podía volverla inútil para los planes de la reina.

En los profundos calabozos bajo la arena y el templo, donde la luz solar nunca llegaba, no podían calcular el paso de los días. En aquel lugar, los sonidos de explosiones y movimientos de tierra, siempre presentes en la superficie de la ciudad, se percibían más cercanos y constantes. La comida no les llegaba con regularidad y, cuando lo hacía, era escasa y en mal estado.

Un día las puertas del calabozo se abrieron con estrépito. Dejando a los otros atrás, llamaron solo a Gael y a Nórax, quienes fueron sacados de la prisión y conducidos al hogar de los *góidel,* la casa de Argón, escoltados por una nutrida guardia encabezada por el propio Krysaor. El rey se paseó por el palacio, con aire dominante y henchido de orgullo, recordando en voz alta que allí había sido educado en una religión que consideraba absurda y nefanda. Sonreía despectivamente al encontrar los signos del culto al sol grabados por toda la casa, reconstruidos tras la destrucción a la que habían sido sometidos años atrás, cuando Nórax fuera detenido y torturado. También descubrieron el altar donde Eteria celebraba ritos sagrados, y el jardín que evocaba al de Hesperia. Al ver los símbolos presentes por todas partes, los acusó no solo de reverenciar al dios prohibido, sino de difundir el culto herético entre las gentes de la ciudad. El rey, encolerizado, gritó que había sido engañado y desobedecido por alguien en quien una vez confió.

Los devolvieron a la oscuridad de la prisión, donde Feder, Aldair y los otros ya dudaban de volver a verlos. Estaban desesperados, sabiéndose perdidos.

—¿Qué harán con nosotros? —preguntó Feder con una voz debilitada por el hambre.

Nórax movió la cabeza, angustiado:

—Se dice que a algunos prisioneros los mantienen años y años atrapados en los calabozos, e incluso que los dejan morir de hambre…

Feder se horrorizó:

—¡Sería mejor el *laber*!

Nórax asintió, pero para él lo peor no era la muerte, ni siquiera si llegaba por hambre; lo peor era la incertidumbre sobre el destino de Eteria. Cuando los trasladaron al palacio *góidel,* no la vio por ningún sitio. Quizá había sido conducida ante la reina. Nórax solo pensaba en que la serpiente que habitaba en Akálide tenía el poder de debilitar a Eteria hasta el extremo de provocarle una muerte lenta y dolorosa, con un sufrimiento atroz, porque lejos del palacio *góidel,* donde se escondía la piedra, no podría utilizarla, y la gema de luz era lo único que le devolvía la vida.

No supieron nunca cuánto tiempo pasaron en aquella cárcel, oscura, húmeda y maloliente. La impotencia y el desaliento se apoderaban de ellos, que se sentían cada vez más hundidos, atrapados en aquel lugar sin esperanza.

Finalmente, las trancas que cerraban la prisión se abrieron y todos fueron sacados de allí. Los condujeron al edificio del consejo, el antiguo foro de la ciudad, el hemiciclo rodeado de columnas y escalonado donde en otro tiempo se habían dirimido los asuntos de Tarsis con libertad y respeto. Ahora aquel lugar se había transformado en el escenario donde se justificaba la opresión de Krysaor.

En un juicio ante los diez clanes de la ciudad, se acusó a Nórax, príncipe de los *góidel,* y a todos los suyos de haber ocultado a Argón, de intentar huir sin el permiso del rey y de adorar al sol. Era el fin de todos ellos. Nórax fue condenado a muerte, pero entonces Krysaor, que presidía el juicio, se levantó, lleno de poder y orgullo y exclamó:

—¡Nórax pretendía irse y abandonar Tarsis robando los barcos de la flota! Ha sido condenado a muerte por traidor y lo merece. Pero no lo haré. Un día Nórax me salvó la vida y juré que se lo devolvería. Una vez más, le perdono la vida.

Krysaor hizo una pausa y luego, como si la locura lo dominara, soltó una carcajada estruendosa.

—¡Hará lo que quería! ¿No quería irse? ¡Se irá! No morirá, lo castigaré con el destierro. Serán proscritos de Tarsis Nórax y todos los cercanos a él, pero se irá sin su esposa. Ella, Eteria, se quedará. La reina Akálide la necesita. ¡Ese será el castigo! Sé que le duele más perderla a ella que morir. ¿No es así, amigo Nórax?

Nórax suplicó y amenazó, implorando que le permitieran llevársela o quedarse en la ciudad con ella, pero todo fue inútil.

Después del juicio, los soltaron y les permitieron preparar lo necesario para la partida. Debían salir con la siguiente pleamar, sin tiempo para detenerse a preparar nada más que lo imprescindible. La prisa y la angustia se apoderaron de ellos mientras intentaban reunir lo poco que podían llevar consigo, conscientes de que el tiempo se agotaba.

No solo Nórax fue condenado; muchos de los *góidel* también fueron señalados como rebeldes y herejes por no haber acatado las nuevas leyes de Tarsis y por conservar en sus hogares símbolos del culto solar. Todos ellos habían sido detenidos y encarcelados días atrás. Después, durante el mismo juicio de Nórax, fueron condenados, su honor se puso en duda y se los consideró indignos de vivir bajo el opulento, sabio y justo gobierno de Tarsis, presidido por la reina Akálide y Krysaor.

Nadie defendió a los adoradores del sol, al antiguo linaje del patriarca Gael. Ni siquiera aquellos jóvenes de tantos clanes que habían aprendido de labios de Eteria la sabiduría del Jardín de las Hespérides y la bondad de la religión solar se atrevieron a alzarse en su defensa. El terror se impuso: el miedo a los terremotos continuos, a los asesinatos públicos en la plaza y a los crímenes ejecutados por orden del rey en alguna calle oscura silenció cualquier intento de resistencia.

El adiós

Puerto de Tarsis, primavera de 1569 a. C.

La marea estaba subiendo lentamente, y las naves que el rey había permitido que se llevasen los *góidel,* abarrotadas por gentes del clan y cargamento, se balanceaban en las dársenas. El puerto, saturado por el olor a salitre y el ruido de los graznidos de las gaviotas, resonaba con ecos de despedida mientras las olas lamían las piedras del muelle. La brisa marina revolvía los cabellos de dos jóvenes en la veintena que se despedían, tal vez para siempre: uno, de cabellos oscuros, era un marino, y el otro, fuerte y musculoso, vestía el faldellín corto de los *porenna.*

El interior de Aldair parecía romperse en mil pedazos mientras pronunciaba el adiós a su amigo, a su hermano, a aquel a quien amaba más que a su vida. Cada palabra era un desgarro en su alma. Nel, percibiendo la tormenta que se agitaba en el corazón de Aldair, lo entendió todo sin necesidad de palabras. Con un gesto cargado de significado, introdujo la mano bajo la túnica y sacó la tésera, la lámina que tiempo atrás habían partido en dos. Aldair lo entendió y sacó de su pecho la otra mitad.

—Ha llegado el momento de separarnos, pero no será para siempre —aseguró Nel mientras la brisa marina agitaba su cabello color de plata—. Algún día este trisquel nos volverá a unir.

Apoyado en la piedra tallada donde se aseguraban los cabrestantes de las naves, Nel acercó la lámina rota, de bordes irregulares, que coincidía con la de Aldair. Este hizo lo mismo y ambas mitades encajaron a la perfección.

—Al igual que estas mitades se unen —sentenció Nel—, nosotros volveremos a encontrarnos. Y con el corazón roto por la tristeza de perder al que consideraba su mejor amigo, y presa de la angustia, le pidió—: ¡Quédate! Nórax y Gael se van, y yo me quedo solo con los pocos miembros del pueblo *góidel* que aún permanecen en la ciudad. ¡Te necesito!

—¡Sabes que no puedo! —contestó Aldair con una voz que era casi un susurro y respirando profundamente—. ¡Estoy condenado al destierro como todos los marinos de Nórax! ¡Le debo lealtad a la casa de Gael! ¡Debo ir con ellos! Vente tú con nosotros. Nos espera el ancho mar. Nos estableceremos en algún lugar apartado de la tiranía de Krysaor y reconstruiremos nuestra cultura. Recuperaremos las antiguas leyes. En el fondo, Krysaor nos ha dado una oportunidad.

Nel movió la cabeza en señal de negativa; no podía aceptar lo que su hermano de leche le proponía. La partida de Nórax había depositado sobre él una grave responsabilidad. Los *góidel* se iban de Tarsis, pero él se quedaba, y eso era por una razón.

—Es mi destino. ¡Ya lo sabes! Siento que está en Tarsis. Krysaor… es mi padre —calló un instante—. Siento que debo resarcir a la gente de todo el mal que inflige. Y aquí aún quedan muchos que son leales al dios. Yo debo estar con ellos. Está Eteria, por la que quizá pueda hacer algo. Un día me dijo que yo tenía una misión… Creo que ha llegado el momento. Después, con la voz temblorosa por la emoción, a la vez que apremiante, le pidió—: ¡Cuida a Gael! ¡Sirve a Nórax!

La marea colmaba ya las dársenas y desde los barcos gritaron que todos debían embarcar de inmediato. Aldair se abrazó fuerte a Nel mientras le susurraba:

—Mi único verdadero, querido amigo.

Nel le palmeó la espalda en un intento de trasmitirle fuerza.

Después se separaron. Aldair subió por las tablas que unían la nave al puerto mientras Nel lo veía marcharse con el corazón en un puño.

Ambos oyeron un grito detrás. Alguien corría por las tablas del muelle haciéndolas vibrar. Era Loria, con sus negros y grandes ojos arrasados en lágrimas y el corazón desbocado por la carrera y por la pérdida de su hermano. Gritó su nombre desde el muelle y Aldair, al verla, agitó la mano mientras en sus ojos brillaba el dolor de la despedida.

Loria se apoyó en Nel, a quien amaba desde niña. El contacto con él, tan familiar y reconfortante, cubrió su melancolía de la seguridad que necesitaba. A Nel la cercanía de Loria le infundió el valor necesario para enfrentarse a lo que estuviese por llegar.

—Sé que te quedas porque tienes una misión —le dijo ella con voz resuelta—, y yo estaré siempre contigo y la compartiré.

Nel sintió que la angustia que le atenazaba el ánimo comenzaba a desvanecerse y su mirada se suavizó al responder:

—Tú eres uno de los motivos por los que me quedo. Si no estuvieras tú, yo no podría solo.

Se abrazaron con fuerza, como si el calor de sus cuerpos pudiera protegerlos de la incertidumbre que les aguardaba. Después, desde el muelle, levantaron la mano al unísono para despedir a Aldair, quien ya era solo una figura más entre los marineros del gran barco de Nórax. La flota soltó amarras y comenzó a salir lentamente del puerto.

De pronto, desde el barco, Aldair la divisó de lejos entre la multitud que abarrotaba el malecón: una mujer escoltada por dos guardias que impedían cualquier intento de huida y vestida con una túnica blanca que la cubría de la cabeza a los pies. Su figura etérea se deslizó hasta el muelle donde estaba atracada la nao capitana. Pasó junto a Nel y Loria sin mirarlos, sin percatarse siquiera de su presencia. Sus pasos eran mecánicos, como si la voluntad le hubiera sido arrebatada, siguiendo a la nave de Nórax, que ya soltaba amarras y se alejaba lentamente, llevándose consigo lo que más amaba en el mundo.

Era Eteria, que perseguía a la nave que se deslizaba suavemente por el canal central, enfilando ya la boca del puerto; la nave bajo

cuyas velas zarpaban su esposo y su hijo hacia un mar de donde nunca retornarían. Gael se agarró a la popa del barco mirándola, a ella, a su madre. Nórax se acercó a la amura de estribor y clavó sus ojos en Eteria, la luz de su vida.

Cuando Eteria llegó a la punta del rompeolas, el sol brilló sobre el manto níveo que la cubría nimbando su cabeza y haciendo que toda ella se transformase en un ser luminoso, sobrenatural. En el resplandor del sol que rodeaba a Eteria volaron aves blancas, manchas de luz en el cielo límpido de aquella mañana. Entonces ella, con un gesto delicado, hizo caer el manto que cubría sus hombros, permitiendo que su cabello brillase como el oricalco cuando incidió sobre él la luz del sol, y abrió las manos. En ese momento, algo resplandeció en su pecho. Un haz de luz cubrió las naves que salían del puerto, alguien gritó entre la multitud: «El dios Atón se hace presente al desterrar a sus elegidos» y las gentes de Tarsis no fueron capaces de retirar las miradas de la punta del espigón donde algo sobrenatural y mágico estaba sucediendo. Un silencio expectante cruzó la bahía, solo interrumpido a lo lejos por el leve chapoteo de las olas chocando con el casco de las naves de los proscritos. Nadie hablaba, nadie se podía mover, atrapados por una magia superior a todos.

Entonces Eteria se dirigió al pueblo. Sus grandes ojos de color melaza se fijaron en la multitud, de su garganta salió un grito de dolor y entró en trance. Acto seguido, pronunció unas palabras que retumbaron de modo enérgico, sonoro, vibrante y extraño, llenando el puerto y la bahía. Sin embargo, la voz que se escuchaba no era la de Eteria, sino una voz masculina, y terrible: el dios Atón hablaba por boca de la profetisa.

Cuando el río se vuelva rojo,
cuando el sol se torne negro,
cuando lluevan piedras del cielo,
cuando mueran los primogénitos,
cuando se abra el océano,
cuando se eleve en la noche la columna de fuego,

cuando se alce en el día la estela de humo,
la estirpe del desterrado
regresará a Tarsis,
conducida por el ave blanca,
para salvar a los últimos fieles
y mostrarles el camino
hacia Hesperia,
hacia las islas de la inmortalidad.

El sol resplandeció aún más sobre Eteria, que se vistió de luz hasta transformarse en una figura de un blanco cada vez más traslúcido. Parecía que un astro resplandeciese en el extremo del malecón. Toda ella brillaba, pero la luminosidad provenía de su pecho, algo que llameaba cerca de su corazón con un fuego que no parecía quemarla. La claridad irisada se hizo cada vez más intensa, llenando el puerto y cambiando el color del rostro de todos los que estaban contemplando el prodigio.

Reinaba el silencio, apenas turbado por unas palabras dulces y apesadumbradas que desde el muelle se repetían como un eco cada vez más distante: «Nórax, amado mío». Eteria se elevó hacia el cielo como un pájaro de luz y finalmente se hundió hasta desaparecer para siempre en la espuma del mar, en las olas batientes contra las rocas del puerto. Pero la luz que provenía de ella, antes de hundirse, refulgió un instante sobre Nórax, como un último presente de aquella a la que había amado. Nórax elevó las manos hacia la luz y algo en ellas centelleó. Después inclinó la cabeza y apretó los puños porque sentía en su mano derecha la gema sagrada, la piedra de luz. Apoyó la mano izquierda en la amura del barco, intentando sobreponerse al dolor, y permaneció en esa postura unos instantes antes de enderezarse. Con un gesto, ordenó a Aldair y al resto de la tripulación que se dirigiesen a las velas y a los remos mientras él seguía aún en el puente de la nave con los puños todavía apretados, intentando no mirar atrás.

Gael, ayudado por Aldair, tensó las velas para orientarlas a aquel viento que rápidamente les separaba de la bahía y del puerto. En su

corazón resonaron durante largo tiempo las palabras de su madre. Del contenido de la profecía concluyó que ni él ni Nórax volverían nunca a Tarsis. Regresaría la estirpe del desterrado, pero ellos no.

El dolor de Nórax y el de Gael al abandonar su patria, al cruzar los mares, se multiplicaba porque a la vez que la ciudad, su lugar de nacimiento, habían perdido a Eteria. Junto a ellos Aldair se doblaba dolorido por la pérdida de sus hermanos. En el oído de todos siguió resonando el augurio de Atón, pero en el corazón de Nórax se grabó de modo indeleble el lamento de Eteria.

En la casa abandonada

Tarsis, primavera de 1569 a. C.

Cidón, el servidor de los *góidel,* se escabulló entre la muchedumbre evitando que alguien lo identificara. Abrumado por la desgracia que se cernía sobre el clan al que había amado, dejó atrás el alboroto del puerto: gritos y exclamaciones, el sonido de los cuernos de la guardia ordenando que se dispersase la multitud, el murmullo de las gentes que no se explicaban lo ocurrido. Sin embargo, el gentío no se iba, seguía allí, en los muelles circulares, viendo alejarse las naves hacia el horizonte. Mientras subía la cuesta, Cidón volvía la cabeza una y otra vez mirando hacia el mar, aún abrumado por la desgracia.

Su corazón se había parado en el muelle para latir después con dolor, cuando las naves de Tarsis soltaron amarras lenta y suavemente, cuando Eteria se precipitó hacia el mar. Le dolía más que si todo el clan *góidel* hubiese muerto. Se sentía solo, abandonado. ¿Qué sería de él ahora? Pesadamente, respirando con angustia, subió hacia lo alto de la acrópolis por callejas blancas, vacías y estrechas, escasamente sombreadas porque la luz del sol estaba en su cénit. No había nadie por las calles porque todos seguían aún en el puerto, comentando lo sucedido, mientras él se enfrentaba al vacío de la soledad.

Al llegar al palacio *góidel,* encontró la puerta principal clausurada con los sellos reales y una gran barra de bronce cruzada de un lado a otro que le impedía la entrada. Sin embargo, la casa aún no había sido ocupada por los que serían sus nuevos moradores.

Seguramente un noble afín a Krysaor se haría cargo del palacio de los antiguos príncipes de Tarsis. «Un nuevo rico», pensó con desprecio Cidón, uno de aquellos que adoraban a la diosa serpiente y habían traicionado a Atón. En la ciudad, donde todo se sabía, se rumoreaba que el nuevo propietario no era un mal hombre, pero, fuera como fuese, no era merecedor de vivir en la casa, un trozo del edén, en la que habían morado Eteria y su señor Nórax; el lugar donde Cidón había nacido en los lejanos tiempos del padre de Argón.

El criado rodeó las blancas paredes, casi murallas, que rodeaban la mansión hasta llegar a unos peldaños y una puerta lateral que daba acceso al almacén. Allí reinaba el desorden: las ánforas antes enhiestas y ahora volcadas y vacías, las losas manchadas por rastros de aceite derramado, el grano desparramado por el suelo y un olor a vino agrio revelaban que los proscritos habían partido con prisa.

Pocas horas atrás, el trajín de los preparativos de la marcha le había impedido pensar. Ahora la melancolía impregnaba el ambiente. Se palpaba aún el dolor del desterrado, de quien deja todas sus pertenencias atrás para abandonar la patria que un día lo vio nacer. Ese dolor perduraba en las estancias y era parte del sufrimiento que ahora a Cidón le oprimía el pecho. A los ojos del antiguo administrador regresaron las lágrimas, las mismas que había derramado en el puerto al ver partir las naves de Tarsis rumbo al destierro. Pero el peor destierro era el suyo, el del propio Cidón. Desde que nació, había querido a aquella familia, que era en parte suya, parte de sus carnes, de su corazón y de su pensamiento. Si él hubiera sido desterrado, habría perdido la patria que lo vio nacer, pero no al clan de los *góidel,* del que se sentía parte, aunque no lo fuese por estirpe.

Cidón había nacido en la casa de Nórax, había crecido allí, y allí murieron sus padres. Pero él no era uno de los *góidel* y por eso no había sido proscrito. Podía haberse marchado con ellos eligiendo un destierro voluntario, pero se sentía viejo y sin fuerzas para navegar hacia un país lejano donde tendría que empezar de nuevo. Además,

tenía una misión: Eteria. Tras la detención de Nórax, los soldados del rey la habían conducido al palacio de Krysaor, donde el designio de la reina la atrapaba, aunque podía regresar, como había ocurrido otras veces. Se quedaba para ser su servidor cuando ella volviese. El destino de Cidón habría sido el de la hespéride. Pero ella… todo lo había cambiado.

Cuando la divisó avanzando hacia la punta del rompeolas, gritando desesperadamente el nombre de Nórax, su señor; cuando el sol brilló sobre ella, rodeada por las aves, y cuando al fin se tiró contra las rocas del malecón y el mar se llenó de sangre, Cidón sintió el impulso de hacer lo mismo, pero no fue capaz porque era cobarde. Algunos dijeron que se convertía en espuma de mar, pero él no lo vio así. Él solo vio sangre.

Ahora, en la casa *góidel,* Cidón se apoyó en la pared y resbaló por ella hasta quedar sentado en el suelo, con la cabeza entre las manos, rodeado de ánforas rotas y de desorden. Sollozó sin reparos porque no quedaba ya nadie en la casa. La luz del sol atravesaba las hojas de un árbol del jardín y entraba por la ventana, dibujando sombras en la pared que parecían burlarse de él. Permaneció así, inmóvil, durante largo tiempo.

Al cabo, oyó ruidos: alguien subía por la escalera hacia la azotea. Se asustó. Era pronto quizá para que llegasen los nuevos moradores, aquellos que heredarían la casa expropiada de Nórax. Cidón pensó que eran gentes sin clase y sin conciencia.

Subió como un perro guardián por las escaleras de paredes encaladas y peldaños de ladrillo. Llegó a la planta alta, la gran azotea cubierta con un techo de juncos entrelazados sostenidos por columnas. Aquel lugar era el refugio de Eteria, donde se aislaba para contemplar el mar, el mismo mar donde, tiempo atrás, había estado la isla de Hesperia.

Al salir de la oscuridad de las escaleras, la luz solar cegó a Cidón, pero pronto sus ojos se acostumbraron. Dio unos pasos por la azotea hacia la izquierda y se acercó a la balaustrada. Agarrándose a ella, miró primero al mar y luego a un lado y al otro. No parecía

haber nadie más en la terraza, por lo que se fijó en la bahía. Más allá del estuario, aún se divisaban los barcos de Nórax adentrándose lentamente en alta mar, empujados por el viento.

Podía ver a la multitud, que ahora ya se dispersaba, alejándose del muelle. Cidón casi podía adivinar el susurro con el que comentarían lo sucedido en los últimos días, un murmullo quedo que no debía trascender sino a los más allegados, pues cualquiera que criticase las acciones del rey podría ser acusado de traición. Alzando la vista hacia lo más alto de la acrópolis, le pareció distinguir el brillo dorado que acompañaba siempre a Krysaor. El rey, sin duda, se sentiría satisfecho porque una vez más había vencido, apartando de sí a Nórax, el único que quizá habría podido oponerse a él.

En la terraza, Cidón sintió una presencia. Entonces lo vio: tras una columna por la que trepaba una parra que nacía de un gran macetón, vislumbró a un joven alto, fuerte, de cabellos rubios, casi blancos, y espalda de atleta que contemplaba la salida de los barcos. Cidón lo reconoció. Era Nel, pero no se atrevió a decirle nada porque en su rostro advirtió un inmenso dolor, una añoranza de lo que se perdía en el horizonte. Cidón comprendió. Como él mismo, el joven atleta no podía alejar la mirada de los barcos que salían hacia alta mar.

Cuando la flota de Nórax se convirtió en un punto en el horizonte, Nel se dio la vuelta, pero, antes de hacerlo por completo, miró de nuevo hacia la boca del estuario, levantó un brazo, señalando con la mano el lugar donde un día había estado Hesperia, y ahogó un grito. Durante unos instantes siguió mirando en aquella dirección. Cidón se dio cuenta de que veía Hesperia, como les ocurría a todos los elegidos.

El joven se detuvo un tiempo con la vista clavada en lo que alguna vez había sido una isla. Después centró su atención en los barcos que se perdían en el horizonte. En uno de ellos iba Aldair, que antes de marcharse le había revelado lo mucho que lo quería, más que a un hermano, y le había suplicado que se fuera con él. Le rogó una y otra vez que se uniese a los proscritos, pero Nel se negó.

Sabía que su destino estaba en Tarsis, en cumplir la misión que Eteria una vez le reveló. No se quedaba solo. Loria lo apoyaría.

Nel pasó un tiempo recordando al que había sido su mejor amigo y deseando ver otra vez, aunque solo fuese un instante, su silueta lejana. Anhelaba volver a compartir tantas cosas, poder reír juntos o luchar frente a frente en la palestra. No podía ser; posiblemente nunca volvería a verlo. Recordó que los marinos decían que había tres clases de personas: los vivos, los muertos y los que se hacían a la mar. Aldair, el marino, era de ese tercer tipo de personas. Nunca sabría ya si estaba vivo o muerto. Finalmente, con el corazón encogido, Nel se alejó de la baranda que lo separaba del mar ante la discreta presencia de Cidón, quien lo vio marcharse sin hacerse notar y percibió la tristeza que arrastraba, aunque el joven no supiera que su dolor no había pasado desapercibido.

Cuando ya en la terraza solo quedaba Cidón, de modo repentino, la tierra tembló. Los altos pináculos coronados por el símbolo del toro se sacudieron y alguno de aquellos cuernos del toro sagrado, labrados siglos atrás en piedra y cubiertos por oricalco, cayeron. Cidón oyó gritos mientras la misma casa en la que se encontraba también temblaba. Las gentes, asustadas por el terremoto, corrían por las calles intentando cobijarse en lugares donde no pudiesen alcanzarles los cascotes de los edificios.

Aunque aquella sacudida de la tierra no duró mucho, en Cidón, y probablemente en los demás habitantes de Tarsis, dejó un temor supersticioso. Sentían que el terremoto estaba relacionado con la expulsión de los fieles a Atón.

En el templo de la diosa serpiente refulgió un escudo dorado enfocando la luz del sol, como un espejo, y dirigiéndola hacia el ara de los holocaustos. Un puño invisible apretó el corazón de los habitantes de Tarsis. Sabían lo que aquello significaba, pero nadie osaba rebelarse. De nuevo habría un sacrificio.

Cidón no tenía familia propia, y había hecho suya la de Nórax. Por eso no sintió la garra que apretaba el pecho de los padres con algún hijo adolescente. Afortunadamente, el temblor cedió, de modo que

el sacrificio sería escaso, uno o dos jóvenes, y la gran sacerdotisa aplacaría la sed de la diosa asperjando la ciudad con sangre humana aún caliente.

Oyó un estruendo en la entrada de la casa. Los guardias de Krysaor abrían el palacio porque entraban los nuevos dueños. Cidón pensó que aquello era una aberración. El palacio de los antiguos príncipes de los *góidel,* los descendientes del patriarca Jafet, habitado por gentes de un clan que nada tenía que ver con ellos. El rey movía bien sus hilos. Deseaba que toda memoria de un culto al dios Atón desapareciese de la ciudad, en la que la única diosa sería ahora la serpiente, y por eso el palacio de los *góidel,* donde se había mantenido vivo el culto al dios solar, ya no iba a ser recordado por su pasado, sino por los nuevos e indignos propietarios.

Entonces la ciudad tembló de nuevo. Se oyó un estrépito, y Cidón se asomó desde lo alto al lugar de donde provenía el ruido; parte del techo de la gran sala circular de la entrada se había derrumbado aplastando a alguien. Se escucharon gritos de dolor y voces alarmadas que aseguraban que la casa estaba maldita. Antes de que pudieran salir, el palacio *góidel* tembló de nuevo y una cornisa se desplomó. Con un temor supersticioso, todos la abandonaron. Oscurecía ya cuando la casa de nuevo quedó vacía. Nadie viviría allí nunca más.

Para los habitantes de Tarsis, el palacio *góidel* sería para siempre la casa maldita, la que aplastaba a cualquiera que intentara habitarla. Pero para los creyentes en el Único, se conservaría como vestigio del pasado, un símbolo de resistencia. Por las noches, desde los edificios cercanos, se escucharían cánticos, y luces fatuas recorrerían sus ruinas manteniendo viva la memoria de lo que una vez fue.

Quizá los fantasmas eran los espíritus de los antepasados de la familia de los príncipes *góidel*. Quizá eran la memoria de los proscritos que un día vivieron allí y que retornaban a sus raíces, a su hogar. Quizá no eran espíritus, sino gentes que, como Cidón, escondían un misterio oculto para los habitantes de la ciudad y

mantenían en secreto el culto al dios único en los sótanos y pasadizos de la casa.

Cuarto papiro
Más allá del horizonte

«¿Qué región de la tierra no está llena de nuestro dolor?»

VIRGILIO, *Eneida,* Libro I, verso 459 (siglo I a. C.)

Sharden

Sharden (Nora), 1568-1566 a. C.

Las naves de los proscritos surcaron el mar sumidas en la pena. A la mente de Nórax regresaba una y otra vez la imagen de Eteria hundiéndose entre la espuma, tragada para siempre por las aguas. Solo le quedaba de ella la piedra de luz. La acarició suavemente, la guardó en un cofre de caoba, bajo la plataforma de proa, y cerró la tapa sin volver a mirarla. Permaneció unos instantes inmóvil, con la mano apoyada sobre la madera.

Cruzó lentamente la cubierta hacia la popa, saltando entre los remeros, y se aferró a la amura de babor. El viento le azotaba el rostro mientras volvía la vista hacia la estela que dejaban atrás, como si aún esperara ver como rompía la superficie, emergía entre la olas y regresaba a ellos desde el fondo del océano.

Permaneció así largo rato. Después apartó la mirada, se obligó a dejar de pensar en ella y ordenó a la flotilla poner rumbo hacia el occidente y el norte, hacia las Casitérides. Allí, en el gran túmulo de Hibernia, había visto a Eglea, y aún más allá, en el círculo de piedra de Albión, se le había revelado el destino de los suyos y la promesa de reencontrarse con aquellos a quienes había amado y perdido. Las islas parecían llamarlo de nuevo, como si una corriente invisible tirase de él desde las islas del estaño.

Apenas desapareció en el horizonte la ciudad de los tres diques, el cielo se cerró sobre ellos. Las nubes cubrieron la luz y el mar comenzó a agitarse con violencia. La tormenta se desató de repente, levantando olas oscuras que golpeaban las embarcaciones con furia.

Los mástiles crujían, los remos se partían y la lluvia descendía en cortinas densas que difuminaban el horizonte.

Muchos creyeron que la diosa serpiente, la que moraba en las cuevas y en las profundidades, había despertado su furia, que odiaba a los adeptos al dios solar y no toleraba su marcha.

Pasaron semanas perdidos en la negrura de un océano hostil, donde el mar dejó de ser camino para convertirse en barrera. El viento no concedía tregua: rugía día y noche, empujando las naves sin descanso. Los hombres remaban a ciegas entre la espuma, agotados, sin distinguir el amanecer del anochecer. Las embarcaciones, vencidas por el temporal, fueron arrastradas hasta cruzar el estrecho de las columnas de Melkart y penetraron en el mar que une a todos los pueblos: el Mediterráneo.

Cuando por fin dejaron atrás el estrecho, la tormenta se extinguió con la misma brusquedad con la que había comenzado. Las aguas se aquietaron. El sol reapareció entre jirones de nube y el brillo volvió a extenderse sobre la superficie.

Las corrientes seguían arrastrándolos, lentas e inevitables, hacia el levante. Ningún esfuerzo conseguía corregir el rumbo. Tres o cuatro días después, divisaron tierra: ante ellos surgió la isla de Sharden.

Fondearon en una bahía abierta sobre un gran arenal en forma de medialuna. En uno de sus extremos se elevaba el cabo Pula, una prominencia rocosa cuya silueta recordaba la cabeza de un dragón internándose en el mar. Las anclas descendieron introduciéndose en el agua clara y, poco después, los hombres comenzaron a desembarcar.

La playa se llenó de movimiento. Bajaron a los caballos y descargaron provisiones, herramientas, tejidos, ánforas y armas. Los enseres quedaron amontonados sobre la arena húmeda mientras algunos encendían hogueras y otros inspeccionaban el terreno. Nórax ordenó levantar tiendas y reunió a los capitanes *góidel*.

Algunos deseaban reemprender la travesía en cuanto repararan los daños; otros miraban la bahía protegida, la abundancia de agua

y la elevación rocosa del promontorio. Poco a poco la idea comenzó a imponerse: quizá aquel era el lugar al que el dios los había conducido.

Entre los proscritos *góidel* había metalúrgicos, canteros, labradores, carpinteros y otros artesanos, pues muchos fieles al dios Atón, horrorizados por lo que ocurría en la ciudad, habían emigrado con Nórax. En la zona próxima al cabo con forma de dragón comenzaron a colocar piedras, delimitar espacios y levantar los primeros muros. Sobre los grandes peñascos del promontorio fue naciendo una ciudadela tosca, circular, protegida por el mar y unida a tierra firme por un estrecho istmo. Con los años, los habitantes de la isla la llamarían Nora, en honor a Nórax, príncipe de los *góidel.*

En aquella costa luminosa, donde las aguas cambiaban de color según la luz y parecían respirar bajo la mirada de Atón, el dios los protegió. Allí, en la calma inesperada tras la tragedia, los *góidel* se repusieron de la pena de haber dejado atrás la tierra que los vio nacer y de las penurias del viaje.

Gael se fue haciendo adulto entre los riscos y el rumor constante de las olas. Caminaba con paso firme por los senderos del promontorio, observaba a los hombres levantar murallas y pasaba largas horas mirando el horizonte. No olvidó a su madre. Su ausencia lo acompañaba como una sombra silenciosa.

Nórax apenas abandonaba las obras de la nueva ciudad. Desde el alba recorría las empalizadas, discutía con carpinteros y canteros, medía el grosor de los muros y supervisaba la descarga de mercancías en el puerto improvisado. Cuando el cansancio lo vencía, regresaba cojeando hasta su estancia y permanecía largo rato en silencio, inclinado sobre mapas o tablillas, como si el peso de las decisiones bastara para mantener alejado cualquier recuerdo. Apenas hablaba de Eteria. Apenas pronunciaba su nombre. Siempre ocupado, no se dirigía con frecuencia a su hijo: la mirada azul de Gael, inevitablemente, le recordaba la expresión ambarina de los ojos de su amada.

Sabía que debía comenzar el adiestramiento de Gael como guerrero y marino. La tradición exigía que fueran los padres quienes instruyeran a los hijos, pero las limitaciones de su cuerpo, la cojera que padecía desde años atrás y las obligaciones de la nueva ciudad terminaron por apartarlo de aquella tarea. Decidió dejar al muchacho en manos de Aldair.

Aldair, joven aún aunque el mar y las pérdidas lo habían endurecido, caminaba con la gravedad de quien había vivido más de lo que correspondía por edad. El viento le había curtido el rostro y en sus ojos se detectaba la quietud de los hombres que han aprendido a callar. Desde entonces acompañó a Gael, ya casi un hombre, alto y fuerte, pero aún presa de la inquietud de los últimos años de adolescencia.

Antes del amanecer, cuando la ciudad aún dormía y las hogueras exhalaban las últimas hebras de humo, ambos ascendían al promontorio que dominaba la bahía. Allí Aldair le colocaba la lanza entre las manos y corregía la postura con un leve gesto, sin necesidad de palabras. Gael aprendió a clavar los pies en la tierra antes de lanzar, a sentir el equilibrio del cuerpo, a no dejarse arrastrar por el impulso. Más tarde llegaron las lecciones del mar: el cambio del viento sobre la piel, la forma de las nubes, el dibujo de las constelaciones sobre el horizonte oscuro. En ocasiones permanecían largo rato mirando el océano sin hablar. Entonces Aldair señalaba una estrella o el perfil de una corriente y Gael comprendía que aquellas enseñanzas iban más allá del combate. No hablaba de ello, pero en cada estrella Aldair recordaba a Nel, su hermano y el hombre al que amaba.

Nunca hablaban directamente de Eteria, pero estaba presente en las enseñanzas de Aldair. En el modo en que lo obligaba a mantenerse erguido cuando el cansancio lo vencía, en la paciencia con la que esperaba a que repitiese un movimiento hasta hacerlo bien, en el respeto casi sagrado con que pronunciaba ciertas palabras antiguas.

Mientras tanto, la ciudadela de Nora crecía. Los habitantes de la isla comenzaron a acercarse sin temor. Primero fueron pescadores que ofrecían capturas recientes a cambio de sal o herramientas. Después llegaron campesinos con cestos de higos, leche agria y cereales. Los hombres de Tarsis reparaban naves, descargaban ánforas, levantaban almacenes y abrían caminos entre las rocas. Las embarcaciones entraban y salían de la ensenada trayendo cobre, tejidos y aceite desde otros enclaves del Mediterráneo. Poco a poco las murallas se elevaron con piedra firme, los depósitos comenzaron a llenarse y el nombre de Nórax volvió a pronunciarse con respeto, incluso entre quienes jamás lo habían conocido.

Las noticias viajaron de aldea en aldea, de puerto en puerto, hasta alcanzar a los pequeños reyezuelos de Sharden. Algunos contemplaron con inquietud aquella ciudad extranjera que crecía demasiado deprisa. Otros vieron peligrar sus tributos y alianzas. Uno de ellos envió mensajeros más allá del mar, hasta los dominios de Krysaor.

Llegaron emisarios vestidos con insignias tartésicas, escoltados por guerreros sardos. Sus caballos levantaron polvo ante las puertas de Nora. Le entregaron el mensaje a Nórax sin desmontar siquiera: debían abandonar la isla. Afirmaban que aquellas tierras seguían bajo la influencia de Tarsis y que ningún proscrito podía establecerse tan cerca del imperio. Nórax leyó la tablilla sin alterar el gesto. Después la devolvió sin respuesta.

Desde entonces, la tensión se volvió constante. Las patrullas sardas comenzaron a aparecer en los caminos, primero a distancia, luego cada vez más cerca. Permanecían sobre las colinas o junto a los senderos, observando. Los comerciantes dejaron de acudir con regularidad. Algunos labradores evitaban acercarse a la ciudadela por miedo a represalias. El cerco no tenía murallas ni campamentos, pero se sentía igual que una mano cerrándose lentamente alrededor de la ciudadela de Nora.

Gael, con toda la fuerza de la juventud, empezó a ahogarse dentro de aquel encierro. Se asomaba a las murallas y divisaba los

bosques, las colinas, la libertad. Desde lo alto de su atalaya, veía a su padre cruzar la ciudad sin detenerse jamás, siempre rodeado de hombres, de órdenes, de preocupaciones. Cuando intentaba acercarse, encontraba la misma respuesta: una mirada cansada, una frase breve, otra urgencia que resolver. La ausencia de Eteria se había vuelto más grande con el transcurso del tiempo, como un hueco imposible de llenar.

Una mañana, antes de que saliera el sol, Gael se despertó pronto y fue a buscar a Farkán. Lo encontró en el establo, ensillando su caballo. Se miraron y se entendieron sin hablar. Abrieron la poterna opuesta al mar mientras la ciudad aún dormía y salieron al trote, envueltos en la niebla del alba. Querían alejarse de las murallas, sentir otra vez el aire abierto, fingir por unas horas que no existían amenazas ni vigilantes ocultos en las colinas cercanas.

No se habían alejado mucho en la llanura que se extendía más allá de la bahía cuando los rodeó un grupo de jinetes. A pesar de su juventud, los dos se enfrentaron a los adversarios con las lanzas que llevaban para cazar. Gael hirió a uno de los atacantes, pero su caballo fue derribado. Cayó al suelo, pero rápidamente se levantó, sacó de su cinto un cuchillo y se enfrentó a los enemigos. Farkán, que seguía aún a caballo, escuchó a Gael gritarle que fuera a buscar ayuda. Farkán lo hizo así, pero no llegó a tiempo y Gael fue apresado.

El muchacho, cubierto de polvo y sangre, fue arrastrado hasta el campamento enemigo. Uno de los jinetes lo observó con atención: el corte de sus ropas, el modo de moverse, el cuchillo de bronce que le colgaba del cinto. No era un *góidel* cualquiera, debía de ser alguien de importancia.

Poco después, un mercader del poblado que comerciaba con Nora lo reconoció y murmuró con una sonrisa torcida:

—Es el hijo del jefe…

Esa misma noche enviaron emisarios a la ciudadela de Nora. Llegaron con rostro grave y palabras frías: o entregaban la ciudad o

el muchacho moriría. Para que no hubiera dudas, anunciaron incluso la fecha: al anochecer del día siguiente, Gael sería ajusticiado.

Ese atardecer, cuando el sol rozaba el mar, los sardos condujeron al prisionero a la playa, no muy lejos de las murallas de Nora, para que todos los de la ciudadela pudieran contemplar la ejecución. Le hicieron arrodillarse y apoyar la cabeza en el tronco de un árbol. La estela rojiza solar llegó a la orilla, donde estaba el reo, iluminándolo con una luz anaranjada, espectral.

Desde lo alto de la muralla, Nórax, demudado, contemplaba la escena: su hijo iba a morir, y no podía soportarlo, pero se debía a sus gentes. No podía rendir la ciudad.

Entonces, cuando se alzaba el hacha para degollarlo, se oyó un ruido de portones. La ciudadela de Nora se abrió y de ella salió un hombre joven que, con una voz potente, pedía clemencia. Era Aldair. Años atrás había jurado a Eteria que siempre protegería a Gael. Gritó que se ofrecía a intercambiarse por el prisionero.

Los sardos detuvieron la ejecución mientras trascurrían unos instantes tensos que se hicieron eternos por la angustia. El sol descansó sobre el mar y, lentamente, fue ocultándose bajo el horizonte. En el cielo, nubes finas y alargadas se tornaron tornasoladas por el ocaso.

Aldair se adelantó, seguido a cierta distancia por un grupo de hombres con antorchas encendidas que iluminaban el crepúsculo. Los sardos aceptaron y empujaron a Gael hacia la muralla de la ciudadela.

Dos grupos se aproximaron lentamente hasta detenerse frente a frente, sobre la arena. Gael avanzó tambaleándose, mientras que Aldair lo hacía con paso firme. Al encontrarse en el centro de la playa, se abrazaron con fuerza. Luego se separaron: Aldair caminó hacia sus captores y Gael regresó junto a su padre.

Cuando Nórax lo tuvo entre sus brazos, alzó el brazo derecho. Todo había sido previsto por el propio Nórax tras una heroica propuesta de Aldair. En ese instante, desde las dunas que rodeaban la ciudad en el promontorio, surgieron guerreros *góidel* armados con

corazas y lanzas. Pero más allá, en las dunas opuestas, se alzaron arqueros enemigos que respondieron de inmediato: una lluvia de flechas cayó sobre el lugar donde se encontraba Aldair. La luz del ocaso impedía una buena visibilidad, pero el centro de la playa se oscureció por la densa ráfaga. Una de las flechas le rozó el brazo a Aldair y lo hirió superficialmente.

Los guerreros *góidel* corrieron por la arena para enfrentarse a quienes retenían a Aldair. Este, hábil luchador, se revolvió contra sus captores y, con una patada, abrió un hueco entre ellos y logró avanzar hacia sus compañeros. Pero entonces una lanza sarda le atravesó el costado y cayó al suelo, gravemente herido.

Desde las filas *góidel* se alzó un grito que sacudió el aire:

—¡Aldair ha caído!

Ese clamor encendió en todos los suyos un ardor salvaje y redobló su ímpetu guerrero. Él estaba allí, en medio del campo de batalla. Se sentía cerca de la muerte. Desde el suelo veía a sus compatriotas combatiendo contra los sardos: piernas, sandalias, sombras, polvo y sangre. Alguien cayó junto a él. La vida se le escapaba lentamente. Intentó incorporarse, pero el mareo, la debilidad y la sangre lo vencieron y volvió a desplomarse sobre la arena.

Feder, el pelirrojo, guerrero experimentado, divisó a Aldair caído y se lanzó a socorrerlo. Cubriéndose con un gran escudo de madera y cuero con el trisquel *góidel,* avanzó entre la lluvia de flechas. Al llegar hasta él, dejó caer el escudo a un lado y lo alzó en brazos, sosteniéndolo con fuerza. Con el cuerpo de Aldair sobre los hombros, emprendió el regreso hacia las filas de sus compañeros. Pero una flecha sarda lo alcanzó por la espalda y se le clavó en el costado izquierdo. Feder no se detuvo. Sabía que iba a morir. Años atrás, en el círculo de piedras de Albión, había contemplado en una visión su propia muerte: en una playa, durante el crepúsculo. Ahora lo comprendía todo. El momento había llegado.

Al alcanzar la fortaleza, dejó a Aldair sobre la tierra… y se desplomó junto a él. La flecha le había atravesado el corazón.

Entonces se oyó un grito desgarrador:

—¡Padre! —Era Farkán, su hijo, que corría hacia el cuerpo sin vida.

Nórax, que había recuperado a su hijo, y el propio Gael se acercaron a auxiliar a Feder, pero no pudieron hacer otra cosa que consolar al muchacho, que lloraba sin poder contenerse delante de todos.

En la playa yacían muchos cadáveres de los *góidel,* pero aún más de los sardos, quienes recibieron un feroz escarmiento. La batalla había sido sangrienta, pero la victoria, incontestable, había sido de los *góidel.* Entonces los hombres de Nórax alzaron sus voces y entonaron el himno del ocaso para dar gracias al dios que había combatido junto a ellos.

A Aldair, malherido, lo llevaron hasta la casa de sanación de la ciudadela. Kenna lo esperaba ya junto a la puerta, con rostro demudado. Apenas lo vio, se arrodilló a su lado y lo examinó. Sus dedos, firmes y precisos, recorrieron la herida sin decir una palabra. Sabía bien lo que hacía.

Mientras lo examinaba, Kenna recordó los días de su aprendizaje y tragó saliva. Ahora debía aplicar en su propio amigo lo que tiempo atrás había aprendido de Eteria. Murmuró algo apenas audible y pidió vendas limpias, hilo y aguja y un cuenco de agua caliente. La lanza no había penetrado en exceso, pero el filo había rozado una arteria. Aunque se había formado un coágulo, cualquier movimiento podía desencadenar una nueva hemorragia que pusiese en peligro la vida del amigo.

—No debe moverse —ordenó, sin alzar la voz—. Ni un gesto, ni un sobresalto. O sangrará hasta morir.

Con manos seguras, ajustó un vendaje apretado al torso de Aldair y luego dio instrucciones rápidas a las mujeres: un caldo espeso con menudos de pollo e hígado de vaca, fuerte, caliente, que le devolviese las fuerzas.

La noche después de la batalla se alzaron las piras funerarias. El día anterior se habían construido grandes catafalcos de madera con

ramas de enebro sobre los que colocaron, con manos reverentes, los cuerpos de los caídos. Entre ellos, Feder. Nadie habló mientras los cadáveres eran envueltos en mantos de guerra.

Al caer la tarde, Nórax entonó el himno del ocaso, y todos lo corearon. Sus voces, bajas al principio, fueron alzándose poco a poco como una brisa que se tornaba en huracán, como una plegaria que ascendía hacia las estrellas. Luego, en la oscuridad cerrada de la noche, las antorchas encendieron las piras. Las llamas se alzaron con un rugido, pintando de oro y sangre los rostros de los presentes.

Nórax, mirando las estrellas a través del fuego, sintió de nuevo, como un pinchazo, la pérdida de Eteria. A ella no había podido dedicarle honras fúnebres. ¿Dónde estaría? ¿En el fondo del mar, devorada por los peces? ¿En las islas de la inmortalidad o más allá de las estrellas?

Frente al fuego que devoraba el cuerpo de su padre, Farkán se mantuvo erguido. El resplandor iluminaba sus cabellos rojizos y los de sus hermanos, que no sollozaban, pero apretaban los labios con fuerza. Sus ojos húmedos hablaban del dolor que no podía ser comunicado con palabras. Nadie interrumpió aquel silencio sagrado.

Al alba, solo quedaban rescoldos y ceniza. Farkán, como primogénito, recogió los restos de su padre en una urna. Sin pronunciar palabra, caminó hasta el túmulo que habían preparado en la colina y allí la depositó bajo una estela de piedra. En ella grabaron en los caracteres de Tarsis las virtudes de Feder: «Fuerte, valiente, leal hasta la muerte».

Farkán, con la voz quebrada, leyó en voz alta estas palabras sobre su padre mientras Nórax inclinaba la cabeza y recordaba a Feder: un niño pecoso en la Escuela de Navegantes junto a Kendal. Ahora los dos se habían ido, a las tierras de la inmortalidad, como Eteria. Sentía que ya no le quedaba ninguno de sus antiguos camaradas, de los amigos que habían crecido con él.

Tras el duelo, la vida retomó su curso. Pasaron los días y Aldair, poco a poco, se fue recuperando. Refunfuñaba con el tratamiento de Kenna, no le gustaba que el «enano», como lo llamaba, le mandase

y, sobre todo, no soportaba estarse quieto. Pero cuando Nórax, con voz firme, le dio la razón a Kenna, Aldair dejó de quejarse. Y así, a regañadientes, permaneció en reposo. Su cuerpo, fuerte por naturaleza, hizo el resto. Día tras día recobraba el vigor, aunque seguía jurando en voz baja cada vez que alguien le recordaba que aún no debía levantarse.

Durante los días de convalecencia, Gael apenas se apartó de Aldair. Se sentaba junto a su lecho, en silencio a veces, pero otras contando historias o soltando alguna broma para arrancarle una sonrisa. Se sentía culpable porque había sido una irresponsabilidad escaparse del poblado. Mostraba su arrepentimiento con una presencia constante, con la forma en que le acercaba el cuenco del caldo sin decir palabra, con unos ojos que evitaban mirarlo cuando la herida le dolía más y gritaba.

Ambos encontraban en Kenna un blanco común. Cuando el sanador se inclinaba con gravedad para revisar el vendaje, Gael le hacía guiños a Aldair, que apenas contenía la risa. Una mañana decidieron gastarle una broma. Gael ayudó a Aldair a meterse bajo el catre y esperó. Cuando Kenna entró y encontró el lecho vacío, se le desencajó el rostro.

—¡¿Se ha ido?! ¡¿A la playa?! ¡Ese insensato va a desangrarse como un cabrito degollado!

Entonces, sonriendo, la cabeza de Aldair asomó por debajo de la cama. Kenna se llevó las manos a la frente y murmuró algo entre dientes que nadie entendió, aunque el tono no dejaba lugar a dudas.

Cuando Aldair comenzaba a recuperar fuerzas, aún con la venda ceñida firmemente al costado, Nórax se presentó una tarde en la estancia donde descansaba. Se sentó a su lado, sin decir palabra al principio. Fuera, el sol caía oblicuo sobre los muros de la ciudadela, y el silencio solo era interrumpido por el graznido lejano de las gaviotas.

Nórax lo miró con seriedad, pero también con gratitud y confianza.

—Has demostrado más que coraje, Aldair —le dijo al fin, con voz grave—. Has mostrado el corazón de un *góidel* verdadero. Si los jóvenes van a empuñar nuestras armas, quiero que aprendan de ti. Quiero que seas instructor de todos los que aprenden a luchar.

Aldair parpadeó, como si no hubiera esperado aquellas palabras. Un leve rubor cubrió sus mejillas, y por un momento pareció aún más joven. Asintió con fuerza, sin palabras, emocionado.

Desde fuera de la estancia, Gael escuchó las palabras de su padre y se alegró por Aldair. Luego se alejó.

Aún resonaban esas palabras en su interior cuando, al otro extremo de la ciudadela, tropezó con un dolor más hondo. Farkán, el hijo de Feder, caminaba por los patios encorvado por la tristeza. Gael se le acercó porque deseaba acompañarlo, pero las palabras de consuelo no le salían. El dolor de su amigo era oscuro y profundo, como un pozo que se hundía hasta el infinito. Se sentía culpable, y se repetía a sí mismo que, si aquel día no hubieran ido a cazar, su padre aún viviría. También se reprochaba que, si no hubiera abandonado a Gael para pedir ayuda, a lo mejor habría conseguido salvarlo.

Cuando estuvo restablecido, Nórax le dijo a Aldair que debía comenzar cuanto antes su nueva tarea: iniciar el adiestramiento de todos los jóvenes. Incluso obligó al estudioso Kenna a participar. Sabía lo que podía avecinarse y necesitaba hombres fuertes, ágiles e instruidos en el arte de la guerra.

Gael, Farkán y los demás aprendieron a detener un golpe con el escudo de madera y cuero, a golpear con precisión el rostro del enemigo para romperle la nariz, a hundir la espada en el vientre del adversario, a engañar en la lucha, a agacharse con rapidez y a levantarse aún más velozmente para herir en la ingle o en el abdomen. Combatían con armas de madera, sin puntas, pero la táctica era la misma que usarían cuando llegase el combate real, meses o años después.

El sudor les cubría la espalda antes de que el sol alcanzase el cénit. Entre jadeos y risas ahogadas, el ejercicio ahuyentaba los

fantasmas: disipaba la culpa que roía a Gael, la tristeza muda de Farkán e incluso el malhumor obstinado de Kenna, que a regañadientes empuñaba una lanza como los demás.

Cuando cesó el suave frío invernal de aquellas costas, le sucedió una primavera luminosa y después llegó el calor abrasador del verano. Habían transcurrido varios meses desde la victoria sobre los sardos y la muerte de Feder. Los *góidel* creían que, tras las bajas sufridas, los indígenas se habían rendido y no intentarían un nuevo ataque.

Cuando los sardos estuvieron realmente preparados, llegaron las represalias. Reunieron contingentes de toda la isla y sitiaron la ciudadela, cortando el acceso por tierra a provisiones y mercancías. Una multitud de tropas se apostó ante la ciudad del promontorio. Aun así, no lograban doblegarla: el comercio por mar seguía abasteciendo a los sitiados.

Hasta que un día, en el horizonte, comenzaron a vislumbrarse puntos oscuros. Se convirtieron en líneas, luego en velas. Y cuando por fin estuvieron cerca, las naves revelaron sus emblemas: el tetrasquel de Krysaor y el signo de la diosa serpiente. La amenaza no venía solo de la isla. Ahora llegaba también desde el mar.

Emisarios del rey desembarcaron en Nora con una orden tajante: debían abandonar Sharden, pues aquellas eran tierras vasallas de Krysaor. Su condena no era solo la expulsión de Tarsis, incluía todas las tierras vasallas al rey. Si no partían, serían masacrados.

Frente a la amenaza inminente y la certeza de una derrota segura, Nórax dio la orden: los *góidel* debían partir. Una vez más, los aguardaba el destierro.

Dejaron atrás al enemigo, ahora poderoso, izaron velas y pusieron rumbo al levante. Se alejaban de la tierra donde habían intentado construir una nueva vida, donde por un momento habían creído encontrar la paz. Abandonaron la ciudad que habían fundado con esfuerzo: muros circulares de piedra, alzados con esperanza, que ahora quedaban a merced de otros.

En la nave que los conducía hacia un destino incierto, Farkán se colocó al lado de Gael, en silencio. A lo lejos, al poniente, más allá de los barcos de Krysaor, como sombras amenazantes, quedaba la ciudad de Nora. Y más allá todavía, apenas visibles sobre la línea ondulada de la tierra, se alzaban los túmulos. Ambos creyeron distinguir, entre la bruma y la luz del amanecer, una estela de piedra. Allí, bajo ella, en una urna, reposaban las cenizas de Feder, el padre de Farkán.

Al ver el rostro descompuesto de su amigo, Gael le habló en voz baja para intentar consolarlo.

—Mi padre dice que el espíritu de aquellos a los que hemos amado y perdido está en las islas de la inmortalidad.

—Sí, al occidente… —respondió Farkán con una voz seca, cargada de dolor—. Es de allí de donde nos alejamos.

Gael le puso el brazo sobre el hombro mientras la nave se iba distanciando de la isla de Sharden. El promontorio con la ciudad de Nora, que habían construido casi con sus propias manos, se desdibujaba ya en el horizonte hasta convertirse en una sombra. Los proscritos de Tarsis volvieron a perder su hogar, y se preguntaban si alguna vez volverían a tenerlo.

Pero en la mirada de Nórax, príncipe de los *góidel,* fija en el oriente, había algo más que dolor o nostalgia. Brillaba una inquietud. Porque en los sueños de las últimas noches —y él no solía soñar— una voz antigua le había hablado. Y esa voz, como el viento que hincha las velas, lo empujaba hacia algo que aún no comprendía…, pero que ya no podía evitar.

El jefe de los *porenna*

Tarsis, primavera de 1551 a. C.

—¡Salta! ¡Más! Aún más, más alto.

Nel gritaba al tiempo que hacía restallar un látigo bajo los pies de los *porenna* o, más a menudo, les azotaba la espalda o las piernas desnudas. Cuando los atletas daban un respingo, él solía esbozar una sonrisa. Parecía disfrutar con lo que hacía.

Corrían sobre la arena, caliente ahora porque Atón se hallaba en todo su esplendor, y daban vueltas muy deprisa al enorme círculo, donde diversos obstáculos los obligaban a saltar.

—¡Si no vais más rápido, moriréis! Un látigo no es nada: los cuernos del toro os sacarán las entrañas. ¡Corred!

Una atleta sin experiencia, delgada, casi una niña, de nombre Siwi tropezó con una valla alargada, la tiró y cayó al suelo, arrastrando a dos de los corredores que venían tras ella. Nel restalló el látigo y después azotó a los caídos aún en el suelo hasta hacerlos sangrar. Parecía haberse vuelto loco.

—Déjala, acaba de llegar, no consigues nada golpeándola —le gritó una hermosa mujer madura de largos cabellos rizados y oscuros que los observaba unos pasos más atrás.

—¡No te metas, Loria! —le contestó Nel—. Si no salta mejor, morirá bajo el toro.

Siwi acababa de llegar a la arena de Tarsis procedente de una aldea argárica que se dedicaba a la obtención del cobre en las montañas de la Carpetania. En la pequeña casa de su familia habían enterrado al abuelo en un agujero bajo el hogar y lo habían cubierto

con cal viva. Poco tiempo después todos enfermaron, y la única que sobrevivió, Siwi, fue entregada por el jefe de la tribu a los traficantes de *porenna* porque se decía que su familia había sido maldecida.

Otra joven *porenna,* llamada Eyrén, miró a Loria agradecida y corrió a proteger a su amiga, interponiéndose entre Nel y Siwi.

Nel, enfurecido, levantó el látigo contra Eyrén, quien, sin arredrarse, le gritó mientras fijaba en él una mirada verde oliva sombreada por espesas pestañas. En sus ojos brillaba una luz penetrante.

—¡Eres una bestia! Disfrutas golpeándola.

Entonces Nel se detuvo, sin saber por qué no la había golpeado. Eyrén sintió los ojos de Nel clavados en los suyos y advirtió en ellos un ansia de no sabía exactamente qué. Nel le dio la espalda y trató de calmarse, permitiendo que recogieran a los caídos para que les lavaran la sangre de las desolladuras y las heridas de los latigazos.

Luego el entrenamiento continuó con un ejercicio consistente en saltar sobre un artilugio mecánico de madera que disponía de horquillas que simulaban los cuernos del toro. Cuando caían, si no lo habían hecho bien, Nel les asestaba un golpe con un palo.

Eyrén se volvió hacia uno de sus compañeros, Kalios, con quien había llegado desde un poblado levantado junto a un pozo fortificado, en la Oretania. Él era un muchacho enorme, de músculos poderosos, pero con expresión de niño. Indignada, le susurró al oído:

—¿Por qué nos golpea con tal saña? ¡Es cruel!

—Sí…

Al oír que alguien hablaba, Nel se dio la vuelta. Sus ojos destilaron irritación porque había oído la velada crítica de Eyrén.

—¿Quién ha hablado?

Tras mirarse unos a otros, finalmente Kalios se levantó:

—He sido yo, mi señor.

Intentó que Eyrén no lo hiciese, pero ella también se levantó, cruzando los brazos sobre el pecho, desafiante. Nel se dirigió a ellos en tono frío:

—Impedís la concentración de los que saltan. Si podéis hablar, también podréis saltar.

Con un gesto de mando, Nel indicó a Eyrén y Kalios que se dirigiesen al fondo de la arena.

—Tú, chiquilla, ya que protestas tanto, vas a saltar la primera.

Eyrén palideció al mirar el palo astado al fondo, en el que le pareció ver el enorme toro negro al que un día tendría que enfrentarse. Respiró profundamente, se recordó a sí misma de niña, transformó el palo con asta en las fortificaciones del pozo de su infancia y, con esa visión tranquilizadora, comenzó a correr, cada vez más deprisa, hasta que, al llegar junto al ingenio de madera, de un modo grácil y suave, se elevó sobre el suelo, agarró con una mano el asta derecha y luego la izquierda y se sostuvo durante un instante sobre ambas, completamente recta, con la cabeza hacia abajo.

Después soltó una mano y, agarrada a la cornamenta del astado con la otra, permaneció en el aire varios segundos. Finalmente dio una voltereta, cayó delante del semicírculo de espectadores, de rodillas en el suelo, y se levantó con ellas desolladas.

Los ojos de Nel brillaron entre admirados y coléricos.

—¡Saltas bien, pero caes mal! —bramó mientras le tendía su fuerte mano para levantarla.

Eyrén se sintió confusa al notar la mano de Nel, que la levantaba con brusquedad desde el suelo. Una vez de pie, rápidamente se soltó y se dirigió al grupo para sentarse con sus compañeros. Al ponerse en cuclillas, las rodillas le sangraron. Loria se le acercó y le restañó con un paño las rozaduras que empezaban a sangrar.

Ahora era el turno de Kalios. El muchacho comenzó a correr, saltó muy alto y con las dos manos se agarró a los cuernos del toro. Con tanta fuerza lo hizo que arrancó uno los cuernos del artilugio de madera, lo volcó y cayó finalmente al suelo. Todos se rieron, pero las carcajadas expresaban un cierto asombro. La estructura astada estaba anclada al suelo con piedras, lo que significaba que había que tener una fuerza descomunal para volcarla. Kalios notó el golpe en la espalda y se quedó tendido sin moverse unos instantes. Cuando

finalmente se levantó, tambaleándose, expectoró sangre. Todos pensaron que Nel iba a reprocharle que hubiese destruido el armatoste y hubiese caído, pero no lo hizo. Se quedó callado, pensativo. Su semblante mostraba una expresión de asombro; probablemente pocas veces había visto algo así, a alguien tan fuerte como Kalios.

Continuaron entrenando porque Nel no les concedía un respiro. A mediodía, unas mujeres gruesas les trajeron grandes recipientes con un potaje. Saludaron a Nel con familiaridad, como se saluda a alguien a quien se ha conocido desde niño. Los atletas pararon para comer y siguieron entrenando toda la tarde, sin un instante de descanso. A veces Nel utilizaba el látigo contra ellos, cuando no lo hacían bien. Eyrén pensó que cada vez detestaba más a aquel hombre, que le parecía muy cruel.

Cuando el sol caía, se retiraron bajo la plaza. Llegaron a un gran aposento circular de donde partían corredores y en el que se habían encendido antorchas que llenaban de humo y un olor acre aquel lugar cerrado.

Eyrén deseaba hablar con Kalios, pero no tuvo oportunidad de hacerlo porque los separaron. En la gran mesa donde cenaron, los chicos estaban en un extremo, y las chicas, en el otro. La cena consistió en una bazofia: un caldo muy espeso, elaborado con desechos de vaca y aves, destinado a potenciar la fuerza de los atletas.

Acabada la cena, Loria, la hermosa mujer de pelo oscuro, sacó un instrumento de cuerdas, un sistro, y extrajo de él una música melancólica. Extrañamente, la dureza de Nel cedió y Eyrén se percató de que miraba a Loria con los ojos brillantes por las lágrimas. La canción hablaba de un tiempo pasado que no iba a regresar jamás, y también de que solo se valoran las cosas cuando se han perdido. Eyrén se dio cuenta de que, escuchando la música, los rostros de los *porenna* reflejaban los recuerdos y la añoranza de sus lugares de procedencia. Cuando la canción terminó, Nel se acercó a Loria y ambos se retiraron juntos del grupo. Por su actitud,

Eyrén comprendió que había una relación estrecha y profunda entre ellos.

Kalios se retiró pronto porque le dolía la espalda tras la caída. El dolor no le permitió conciliar el sueño, y se mantuvo en una duermevela casi toda la noche. Poco antes del alba, lo despertó un ruido mecánico y repetitivo. La luz de una luna transparente, opacada por el amanecer, se colaba por un ventanuco lateral, al fondo del dormitorio, que daba a la arena de los espectáculos. El muchacho intentó conciliar el sueño de nuevo, pero no lo logró. Estaba nervioso. No sabía que iba a sucederles a él y a Eyrén, aunque a Kalios le preocupaba más el destino de ella que el suyo propio.

Sus pensamientos se entremezclaban con el ruido, que era martilleante, hasta que terminó de despejarse y se incorporó del lecho. Sus compañeros dormían, agotados, pero él, inquieto, saltó de la cama y recorrió el pasillo siguiendo la dirección de la que procedía el ruido.

Subió por las amplias escaleras que se dirigían a la arena y, al salir, contempló la plaza vacía. Solo distinguió una figura cerca del lugar de entrada a los sótanos. Era Nel. El capitán de *porenna* estaba frente al toro, que giraba y producía exactamente ese ruido. Debía de haberse levantado con las primeras luces del alba para arreglarlo.

De pronto la luz del sol, un gran rayo, se elevó al oriente de la plaza. Nel dejó lo que estaba haciendo, se incorporó, se situó en el centro de la plaza y abrió los brazos en cruz mientras se dejaba envolver por la luz del amanecer. Kalios observó que Nel entonaba, como en trance, un himno que también se cantaba en su poblado —aunque estaba prohibido en la ciudad—: el himno al sol, implorando desde lo más hondo de su ser la ayuda que necesitaba.

Observó a Nel. Sabía que el capitán era un hombre maduro, curtido en la plaza, pero parecía joven. Su cuerpo rozagante rezumaba plenitud, con caderas fuertes, piernas rectas, pecho poderoso y músculos potentes, más firmes que abultados, y brillaba

al sol por el aceite con el que lo había impregnado. Como todos los *porenna,* estaba enteramente depilado. Aunque su cabello era rubio, y resplandecía con la luz del amanecer, tenía la piel dorada por los rayos del sol. El rostro, con los ojos ahora entrecerrados, expresaba firmeza: la mandíbula cuadrada, la nariz recta, el cuello largo y de nuez prominente.

Kalios, al darse cuenta de lo que Nel estaba haciendo, retrocedió para no molestarle en un momento que intuía íntimo para él. Sin embargo, este debió de percibir el ruido de los pasos del aguador cuando retrocedía y comenzaba a bajar por las gradas que conducían a las estancias de los *porenna*.

—¿Me espías? —le gritó con una voz cortante como un látigo.

Kalios se giró y vio los ojos de Nel, de un color verde agua, fijos en él. Eran, en ese momento, fríos como el hielo. Kalios, como atraído por ellos, subió los peldaños de nuevo hasta situarse otra vez en la arena cerca de Nel y, con cautela, se dirigió al capitán.

—No, no…, mi señor. Perdonad mi intromisión… —respondió Kalios rápidamente, intentando calmarle.

—Entonces, ¿por qué te vas? —insistió Nel, cuyo tono gélido iba cargado de sospecha.

—No quería interrumpiros en vuestra plegaria al sol… —contestó Kalios, con respeto.

Los ojos de Nel, enfurecidos, brillaban ahora por la ira, molesto por la intrusión de Kalios.

—¿La conoces?

—En mi aldea nos la enseñaron de niños a Eyrén y a mí.

—¿Sois amantes? —le espetó Nel con brusquedad y dureza.

Kalios no podía mentir ante aquella mirada que lo atravesaba, y además no sabía hacerlo. Así que optó por responder con una pregunta ingenua:

—¿Qué creéis, mi señor?

—Que estáis locos si intentáis mantener una relación prohibida en este lugar donde todo se comparte.

—No lo haremos —repuso prudentemente Kalios—, pero ella iba a ser entregada a un hombre al que no amaba y decidimos ofrecernos como *porenna* a los mercaderes que frecuentaban nuestro poblado…

—Morir… —rio sarcásticamente—. Aquí, en la arena de Tarsis, entregaos a la diosa serpiente.

—No —dijo Kalios, sonrojado—. Ambos hemos sido criados en la fe a Atón.

—Yo también lo fui, era fiel a Atón, lo sigo siendo… —Se detuvo un instante y luego, con gran amargura, prosiguió—: Pero bailo para la Señora de las Fieras… y permito la muerte de muchos.

Kalios no supo qué contestar ante semejante confesión. Guardaron silencio. Después Nel, con curiosidad, comentó:

—Nadie se mueve como lo ha hecho Eyrén la primera vez que sale a la arena. ¿Quién le enseñó?

—Desde niños jugábamos a saltar…

—Bien, bien… Te he examinado en los entrenamientos, tienes una enorme potencia…

—Sí, soy fuerte. —Kalios, halagado, sonrió—. Trabajaba como aguador en mi poblado y era capaz de cargar con enormes recipientes de agua.

—No tienes técnica.

—Ya lo sé —convino Kalios resoplando.

Aquel era el problema. Ni él ni Eyrén habían sido adiestrados, nadie les había enseñado la técnica del salto del toro. Kalios miró a Nel anhelante. Si él quisiera, podría enseñarles. Nel entendió su mirada.

—Antes me dejaban entrenar más tiempo a los atletas jóvenes, y de hecho pasaban meses antes de que salieseis a la plaza. Ahora ya no. Salen enseguida a la arena y por eso hay muy pocos *porenna* de los que llegan aquí que puedan evadir el *laber*… Intento salvar, al menos, a los que tengan más capacidad de sobrevivir.

Kalios, que había oído hablar de los favoritismos de Nel, entendió entonces lo que sucedía:

—Por eso os dedicáis más a algunos…

—Sí. A la reina Akálide no le gustan los saltos del toro, pero a Krysaor y a las corruptas gentes de Tarsis les encantan. Akálide y Krysaor ofrecen esos espectáculos al pueblo para ganarse su favor. Sospecho que a la reina solo le gusta la muerte de los *porenna*. En los tiempos antiguos también se bailaba en la plaza, pero un *porenna* nunca era pasado por el *laber* si fallaba en el salto. El maravilloso baile al sol, al que yo he dado mi vida, se ha convertido ahora en un espectáculo sacrílego y cruel. A Akálide y a los sacerdotes de la diosa les gusta que caigáis delante del toro para después conduciros al altar de la diosa serpiente.

—En mi poblado, aún piensan que los *porenna* bailan al sol.

—Pues ya no es así. —Nel calló un instante y, con amargura, prosiguió—: Ahora yo trabajo para la reina Akálide, para proporcionar víctimas a un culto espantoso de una diosa que es una serpiente, que envuelve y devora a sus víctimas.

La voz de Nel exudaba pesar, y Kalios le respondió, compadecido y con voz suave:

—Veo que te preocupa el mal de los corazones, y por eso no perteneces a la diosa. Tus entrañas son de Atón, y le oras al amanecer como hacemos todos sus servidores.

Perdida la mirada en el cielo, con los ojos brillantes y rebosantes de luz, Nel le dijo con voz emocionada:

—Le pido ayuda para salvar a todos los que pueda, le pido perdón por no poder hacer más y le grito desesperado, con rabia, porque no entiendo cómo, si es tan poderoso como nos han enseñado, puede permitir esto.

—¿Hay más gentes que piensan como tú?

—Muy pocos.

—En los poblados de la Oretania y de la Carpetania seguimos creyendo en el dios que brilla en el sol.

Nel se pasó la mano por el cabello rubio, pensativo y preocupado.

—Vosotros tenéis que trabajar para conseguir la cosecha, para obtener agua para el riego. Necesitáis de la naturaleza. Aquí, en la ciudad, el oro que ha conseguido Akálide los ha atrapado. Lo tienen

todo resuelto y se han vuelto egoístas. ¿No te has fijado en que hay oro por doquier?

—Lo he visto. No conozco ningún lugar tan rico como Tarsis.

—¡No conoces mucho mundo! —Su voz sonó algo burlona.

—No, pero veo que hay plata y oro por todas partes —replicó con sencillez el aguador.

—Los tartesios solo aman las riquezas, la diversión en la arena viendo morir gente… Son despreciables.

—¿Cómo han llegado a esta situación?

—Los han comprado, y les proporcionan hongos y plantas alucinógenas, que son afrodisiacas y les producen placer, pero los debilitan. Por otro lado, hay miedo… Con el miedo se domina a la gente.

—¿Miedo a qué?

—A la tortura y al *laber*. Todos los que alguna vez se rebelaron están muertos o han sido desterrados. Además, hay otro temor más profundo y continuo: al supuesto poder de la diosa, a los temblores que sacuden cada vez con más frecuencia los cimientos de la ciudad, e incluso del imperio. De cuando en cuando todo tiembla. Los sacrificios no calman los temblores, pues siguen ocurriendo.

—¿Qué los provoca?

—Creo que lo sé… —De pronto Nel se calló y en su mirada surgió de nuevo el ser duro, aquel ser que tanto le disgustaba a Eyrén—. No sé por qué me he confiado a ti.

Kalios le respondió tímidamente en un susurro.

—Será porque soy un muchacho de un poblado al lado de un pozo, porque he venido de lejos y no soy sabio ni muy inteligente.

Nel no pudo menos que esbozar una sonrisa ante la sencillez de Kalios, pero inmediatamente su rostro se puso serio y adoptó una expresión amarga. Avanzó dejando a Kalios atrás mientras el sol se elevaba lentamente sobre la plaza. Aparecieron obreros que con grandes rastrillos limpiaban la arena dorada y después, con planchas de madera ensartadas en un palo, la alisaban.

Al ver a los operarios, Nel volvió sobre sus pasos, se acercó de nuevo a Kalios y le hizo prometer con voz de mando:

—Nadie debe saber que rindo culto al sol. ¡Júrame que nunca hablarás de lo que te he dicho! ¡A nadie! ¡Ni siquiera a tu compañera!

—¡Lo juro! —exclamó Kalios con decisión levantando una mano—. Juro que nunca diré nada.

Los esclavos

Tarsis, primavera de 1551 a. C.

Pasaron varios días sumidos en entrenamientos intensos, casi salvajes. A Kalios no le chocó que Nel no le volviese a dirigir la palabra después de la conversación que habían mantenido al alba. Lo trataba con la misma exigencia brutal con la que trataba a todos, o quizá con aún mayor severidad. Corrían, saltaban y cargaban peso sin parar ni detenerse un momento. Por las noches caían rendidos, extenuados por el esfuerzo.

Preparaban el nuevo espectáculo, la gran fiesta del año que se iniciaba. Afortunadamente, Nel no había permitido que los *porenna* que habían llegado con Eyrén desde la meseta, entre ellos Rob, Yako, Aziz o la pequeña Siwi, participasen en el festival del nacimiento del sol. Eyrén sentía alivio al saber que ninguno de los suyos corría peligro. Sin embargo, la tristeza pesaba sobre ella porque dos *porenna* experimentados habían caído en la arena.

Uno de ellos había sido empitonado en el tórax y murió casi en el acto. Eyrén, que observaba desde la barrera, gritó horrorizada, pero enseguida sintió el latigazo rozándole la piel para obligarla a guardar silencio.

El otro *porenna* no había falleció en la plaza. Se cayó al saltar y un enorme toro lo pisoteó. Se levantó cojeando y fue condenado al altar de la diosa. Dos fuertes soldados lo agarraron por las axilas y lo arrastraron hasta el ara de los sacrificios. Eyrén no gritó, se quedó muda viendo cómo el *laber* segaba el cuello de aquel al que apenas conocía, pero que había sido entrenado con ella pocos días atrás.

El espectáculo, por lo demás, había sido un éxito rotundo y Nel se había lucido con acrobacias que habían dejado al público boquiabierto. No vacilaba al realizar los saltos, rebosaba seguridad. Sonrió al público mientras se inclinaba haciendo una reverencia al final de la actuación y recibió los aplausos con lo que parecía calma y satisfacción. Eyrén no podía entender aquella sonrisa, esbozada tras la cruel muerte de dos de sus compañeros.

El rey Krysaor se levantó de su solio real cautivado por las proezas de Nel y aplaudió enérgicamente. Finalizaba el espectáculo y ordenó que el capitán de *porenna* subiese al trono que compartía con Akálide, una mujer envelada, para darle el premio que se solía conceder al mejor atleta. Sin embargo, Nel había desaparecido, y no consiguieron encontrarlo. Tanto Eyrén como Kalios se sorprendieron cuando no hizo acto de presencia para recibir el galardón.

El rostro del rey adoptó una expresión dura e impenetrable mientras la reina Akálide apartaba su velo negro, revelando un rostro oscuro y envejecido y marcado por manchas oscuras que acentuaban su aire enigmático. Con voz baja y susurrante le dijo algo al oído, como instándole a que castigase a quien había osado hacerle el desplante de no recoger el premio. Krysaor no respondió, pero su expresión no era de enfado, sino de amarga resignación.

Cuando todo hubo terminado, el rey se dejó guiar por su esposa y juntos descendieron por la escalinata que, desde el dosel real, conducía al altar de la diosa. Al pasar ante ella, ambos se inclinaron en señal de reverencia.

Uno de los jóvenes saltadores se acercó a Kalios y le confió:

—Nel nunca sube a recoger el galardón.

—¿Por qué? —preguntó Kalios.

—Nadie sabe por qué, aunque se comenta que es por modestia.

Al oír esa respuesta, Eyrén, irritada aún por la prepotencia del capitán de *porenna* en los entrenamientos, saltó picada por la rabia:

—No lo creo, es un pavo engreído. Es para hacerse notar aún más.

Kalios pensó que aquel no era el motivo, sino que Nel no quería tener ningún vínculo con la diosa, pero no dijo nada y le preguntó al otro saltador:

—El rey ¿no lo considera un desprecio?

—Al principio intentaron castigarlo, pero el rey Krysaor lo protegió. Ahora se ha aceptado y es parte de la costumbre.

Regresaron a los aposentos subterráneos, pero Nel no estaba por ningún lado. «¿Dónde se habrá metido?», pensó Kalios. Hubo comida y bebida adicional para todos, pero Nel no apareció.

Un poco achispados por la bebida, bajaron a una playa a la que se accedía desde el recinto subterráneo a través de unos túneles que cruzaban por debajo de los tres muelles y desembocaban directamente en el estuario. Estaba rodeada de acantilados y rocas oscuras. En ese lugar, Nel había enseñado a nadar a aquellos que, provenientes del interior, no conocían las cálidas aguas de Tarsis.

Los *porenna,* con ansias de luz y libertad, descendieron por las rocas hasta alcanzar la playa de arenas doradas. Eyrén siempre pensaba que aquella arena escondía oro, tan hermosa le parecía. Le había impresionado ver a Nel nadar, y lo que más la asombraba era el tiempo que lograba mantenerse buceando. Eyrén entendió que para el capitán de *porenna* el mar era su elemento natural y que adoraba sumergirse en aquellas aguas, cambiantes por las corrientes marinas, unas veces más frías, pero a menudo cálidas.

Cuando llegó el ocaso, casi todos los saltadores se acercaron al extremo oriental de la playa. A todos les fascinaba contemplar la puesta del sol en Tarsis, cuando el astro incandescente se posaba en el mar dejando una larga estela que en algunas épocas del año se introducía por el canal central. Muchos de ellos eran secretamente adoradores de un dios solar.

Entonces vieron a Nel, sentado sobre una roca y absorto en el deslumbrante atardecer. Los que estaban más cerca se dieron cuenta de que sus ojos brillaban húmedos por las lágrimas, quizá de tristeza, quizá de rabia, y algunos incluso apreciaron cómo apretaba los puños con ira y los levantaba amenazando al sol, como si

señalase a alguien que se había ido y le suplicase al dios que volviera.

Hacia el oriente

El mar Mediterráneo, 1564-1562 a. C.

Los proscritos intentaron atracar en varias islas y regiones costeras del Mediterráneo, pero la sombra de Krysaor los precedía. Su condena se había extendido como una maldición por todas las tierras sujetas al dominio de Tarsis.

Las naves avanzaban pegadas a la costa, buscando abrigo entre cabos y ensenadas. A veces, desde cubierta, alcanzaban a distinguir humo elevándose entre los olivares o pequeñas aldeas levantadas sobre la roca. Entonces la esperanza corría de proa a popa.

—Tierra a estribor —gritaban los vigías.

Las mujeres se incorporaban bajo los toldos de los navíos. Los niños asomaban la cabeza entre los fardos. Incluso los remeros, agotados, levantaban la vista.

Pero siempre ocurría lo mismo. En cuanto las gentes de las costas reconocían las velas con el trisquel, las señales de fuego comenzaban a encenderse y los arqueros empuñaban sus arcos. En los puertos del Tirreno, las antorchas aparecían una tras otra sobre las murallas. Los guardias cerraban cadenas entre los espigones antes de que las naves pudieran acercarse. En algunas playas veían reunirse a hombres armados con lanzas y hondas que los observaban desde lejos para impedirles poner pie en tierra.

Una tarde, cerca de una pequeña rada rocosa, Aldair señaló hacia la costa.

—Mira.

Nórax siguió la dirección de su brazo.

Varias figuras aguardaban junto al embarcadero. Uno de ellos agitó los brazos, haciendo señas para que se alejaran. Después levantó una tea y la hizo oscilar como si les negasen el acceso. A los pocos instantes otra llama respondió desde una colina; luego otra, y aún otra más.

Gael observaba la escena junto a la borda.

—Reconocen los trisqueles en las velas.

—Krysaor ha extendido la prohibición —declaró Aldair—. Nos ha convertido en enemigos de Tarsis, de modo que todo el que comercie con nosotros se convierte en enemigo del imperio tartésico.

Gael apretó la mandíbula.

—Ni siquiera nos escuchan.

—Krysaor es poderoso y temido.

Las naves cabeceaban en el oleaje del Mediterráneo, unas veces en calma, otras agitado, pero los vientos los conducían siempre hacia el este. En Creta, la gran isla del laberinto, alcanzaron a distinguir las columnas rojizas de los palacios minoicos. Durante un instante, el ánimo cambió. Desde cubierta podían ver terrazas escalonadas, almacenes abiertos hacia el mar y muelles repletos de embarcaciones.

Las naves *góidel* avanzaron lentamente hacia el puerto. Entonces sonó un cuerno. En los espigones aparecieron soldados. Levantaron lanzas y escudos pintados. Varias embarcaciones menores abandonaron el muelle y salieron a interceptarlos. Un hombre vestido con túnica escarlata avanzó hasta la punta de la escollera.

—Por orden del rey de Creta, el pueblo *góidel,* liderado por el traidor Nórax, no puede tomar tierra. ¡Deberá partir de inmediato!

La voz cruzó el agua como un golpe. Nadie respondió. Nórax permaneció inmóvil junto al mástil. Sentía las miradas clavadas en él. Farkán escupió por la borda.

—Ni siquiera nos permiten cargar agua.

El emisario alzó el brazo y los arqueros tensaron las cuerdas. Nórax se dio media vuelta y ordenó:

—Virad.

Los remeros cambiaron el rumbo, sin que nadie protestase, y el puerto desapareció lentamente detrás de ellos. Aquella noche el mar estaba en calma, pero nadie dormía. Los odres comenzaban a vaciarse. El pan endurecido escaseaba. Las provisiones cargadas en Sharden apenas alcanzaban ya para unos pocos días.

Gael observaba a una mujer repartir agua entre varios niños mientras las manos le temblaban al llenar cada cuenco.

—Ya no queda casi nada —murmuró Gael.

Nórax permanecía sentado junto a la popa, mirando la oscuridad.

—Lo sé.

Gael dudó.

—¿Qué haremos?

Nórax tardó en responder.

—Encontrar tierra antes de que el hambre nos obligue a detenernos en cualquier lugar donde nos alcance el odio de Krysaor.

A la mañana siguiente reunió a los capitanes. Las embarcaciones fueron unidas por cabos y los hombres cruzaron de una cubierta a otra. Se sentaron formando un círculo, bajo el sol, mientras el mar respiraba despacio alrededor de la flota.

Uno de los marinos más veteranos, curtido en antiguas travesías, tomó la palabra.

—Rodeé el África hace años. Más allá del mar interior hay reinos que no obedecen a Tarsis.

—¿Qué propones? —preguntó Aldair.

—Buscar refugio lejos de las rutas vigiladas por Krysaor.

Se mencionó el país de Hatti.

—Los hititas no obedecen a Krysaor —comentó uno de los capitanes.

Otro negó con la cabeza.

—Llegar allí por mar es casi imposible. Habría que atravesar el Egeo. Demasiados puertos hostiles.

—Y después cruzar más allá del Ponto, las tierras orientales de la gran península de Anatolia —añadió Aldair—. No somos hombres de

montaña.

Farkán permanecía callado.

—Mittani queda demasiado lejos —apuntó alguien.

—Assur exige abandonar las naves —dijo otro.

Hubo un silencio.

El sonido del agua golpeando los cascos llenó el espacio entre ellos. Entonces uno de los hombres habló desde el extremo del -círculo.

—El país de Khemet.

Las miradas se alzaron. Repitió lo que estaba diciendo con el nombre tartésico que todos conocían.

—Egipto.

El nombre quedó suspendido en el aire. Todos habían oído hablar del país de las pirámides: a Tarsis llegaban, año tras año, comerciantes que traían especias, joyas, lino, papiros, vasijas de alabastro…

Aldair se quedó reflexionando un momento. Era un hombre joven, pero ya había realizado grandes periplos de navegación y había hablado con marinos curtidos.

—Sí —sentenció con voz clara—. Solo queda un destino posible. Egipto es un gran imperio, no sometido a Krysaor, al que podemos llegar navegando.

Al oír aquel nombre, Nórax sintió que un escalofrío le recorría la espalda. La imagen del palacio de Apofis cruzó fugaz por su memoria: columnas cretenses, cantos ceremoniales, el fuego y el horrendo sacrificio ritual realizado en su presencia. Abrió la boca, quiso hablar, pero algo en su garganta se cerró. Recordó el círculo de piedras de Albión, donde el dios le había revelado que su destino era luchar contra la serpiente. Y ahora la serpiente volvía a él, encarnada en la figura de un faraón con nombre de serpiente, Apofis.

Aldair observó el gesto de Nórax.

—¿Qué piensas?

Nórax tardó unos instantes en responder mientras Aldair seguía hablando.

—Egipto es grande e influyente. Sus ciudades no dependen de Krysaor.

—Los hicsos gobiernan el delta del Nilo —comentó uno de los hombres.

—También dicen que buscan guerreros —añadió otro—. Las tierras del sur están dominadas por los tebanos, y hay guerra. Podríamos ofrecernos como mercenarios.

Farkán frunció el ceño y, con el orgullo de su antigua familia, siempre fiel a Atón, espetó:

—No nací para vender mi espada.

Nadie contestó, solo se oyó el sonido del agua contra las cuadernas de madera de los barcos. El silencio fue más duro que cualquier palabra. Farkán miró alrededor: vio los rostros consumidos por el cansancio, vio a los hombres que apenas podían mantenerse erguidos después de semanas en el mar y, finalmente, bajó la vista.

—Pero tampoco nacimos para morir embarcados —le rebatió Aldair.

Nórax asintió lentamente:

—Podemos dirigirnos al delta. —Todos aguardaron. Después, con voz más fuerte, concluyó—: No para quedarnos. —Entonces levantó la vista hacia el horizonte—. Una vez allí, remontaremos el Nilo. Cruzaremos hacia Kush. El rey de Kush odia a Akálide y fue benigno con nosotros. Y, si no es allí, quizá desde el sur encontremos el camino hacia las tierras lejanas de Mesopotamia.

Gael lo observó porque detectaba algo extraño en la voz de su padre, como si hablara de un destino que ya no pertenecía del todo a los hombres.

Los capitanes fueron asintiendo uno tras otro y la decisión quedó tomada: pusieron proa hacia Khemet. Años más tarde comprenderían que detrás de aquella elección nacida del hambre y la necesidad se escondían los designios del dios Atón.

Desde Creta, la flota *góidel* puso proa hacia el sur, a las tierras de Libia, bordeó el norte de África y encontró la boca del gran río. El agua comenzó a cambiar. El mar salado se mezcló con corrientes oscuras y lentas. El aire olía a barro y vegetación. Bandadas de aves blancas alzaban el vuelo desde los juncos.

Gael permanecía apoyado sobre la borda.

—Es un río enorme, me recuerda al río Tarsis.

Efectivamente, pero lo que en Tarsis era un enorme lago fluvial aquí eran marismas, muy fértiles, islotes cubiertos de papiro y brazos de río. En el brazo oriental llevaba un enorme caudal y desembocaba cerca de la capital, Avaris.

—No es solo un río —respondió Aldair—. Es un país entero. Egipto es un don del Nilo.

Las embarcaciones avanzaron por el canal oriental. En las orillas aparecían campesinos inclinados sobre la tierra negra y fértil, pescadores en barcas estrechas y aldeas levantadas con adobe. Los niños dejaban de jugar al verlos pasar. Algunos corrían mientras otros permanecían inmóviles. El rumor de la ciudad apareció casi antes de que pudieran verla; después surgieron las torres.

Avaris se alzaba entre palmeras y murallas rojizas. Los canales que la rodeaban hervían de actividad. Embarcaciones mercantes entraban y salían sin descanso. Los templos elevaban columnas pintadas sobre los tejados.

Farkán soltó una exhalación lenta.

—Parece más grande que cualquier ciudad que hayamos conocido.

—Salvo Tarsis… —matizó Aldair con añoranza.

Poco antes de alcanzar la muralla, varias embarcaciones hicsas de cascos largos les cerraron el paso. Los remeros a ambos lados levantaron las palas mientras soldados nubios apostados entre ellos tensaron los arcos.

Gael llevó una mano al mango de la espada.

—¿Nos atacarán?

Nórax observó las naves que se acercaban.

—No. Solo pretenden que nos detengamos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque, si hubieran querido destruirnos, ya habrían disparado las flechas.

Las naves hicsas se colocaron a ambos lados de la flota *góidel,* escoltándolos. La noticia de su llegada había alcanzado a la corte. Cuando finalmente atracaron, el muelle estaba lleno de soldados. Poco después, un oficial egipcio subió a la nave principal. Vestía un faldellín corto de lino. El pecho desnudo brillaba bajo el sol. En la mano llevaba un bastón rematado en oro. Su mirada recorrió la cubierta con lentitud.

Nórax avanzó hasta él y declaró:

—Venimos en son de paz.

El hombre inclinó apenas la cabeza.

—Mi señor desea hablar con el noble Nórax, príncipe de los *góidel*. —Dicho esto, hizo una pausa antes de concluir—: Está esperando que le rindáis pleitesía.

Detrás del oficial, los soldados egipcios permanecían inmóviles, alineados junto al muelle. Más allá, Avaris respiraba como un animal inmenso: voces lejanas, ruedas sobre piedra, humo elevándose entre los tejados.

Nórax volvió lentamente la cabeza, buscando a Gael. Su hijo lo observaba desde la cubierta inferior, inmóvil, con la mano apoyada en la empuñadura de la espada. También vio a Aldair y a Farkán, pero ninguno habló. Nórax les hizo un leve gesto y los tres avanzaron unos pasos.

Entonces el oficial levantó la mano.

—Debes venir solo. —Sus palabras fueron secas—. Nadie puede acompañaros. Mi señor os espera.

Por primera vez desde que habían entrado en el delta, Nórax sintió un verdadero peso en el pecho: no era miedo al combate, sino algo antiguo, como si ya hubiese recorrido aquel camino. Con el corazón palpitante, descendió del barco sin apartar la vista del oficial.

En el muelle aguardaba un carro hicso de un solo caballo. El auriga no lo miró. Cuando Nórax subió, la madera crujió bajo su peso. El carro comenzó a avanzar vibrando. Atravesaron calles estrechas entre muros de adobe. El sol caía oblicuo sobre los patios y los canales. Hombres cargados con cestas se apartaban a su paso. Mujeres envueltas en lino observaban desde las puertas. Pero Nórax apenas veía nada. El traqueteo de las ruedas sobre la piedra era constante, pero él apenas lo sentía. Él solo miraba hacia delante.

Las torres del palacio se elevaban al fondo, por encima de la ciudad. Aunque brillaba el sol de atardecer, le parecieron oscuras y le dio la impresión de que se cimbreaban. Sintió un escalofrío. Recordó la oscuridad del palacio, las columnas pintadas, la cara de horror de una niña engullida por una serpiente. Pensó en Albión, en la voz que le había hablado desde el círculo de piedras. Y comprendió que el destino lo había llevado hasta allí mucho antes de que él pudiera elegir.

Un día de libertad

Tarsis, verano de 1551 a. C.

La noche discurrió agitada para muchos de ellos, con sueños en los que revivían la angustia que habían sentido en la plaza. Tenían la impresión de que les amenazaba un ominoso futuro. Al fin, el día llegó. Después de una actuación tan intensa como la que habían tenido el día anterior, por orden de Nel se les permitió descansar, e incluso salir del recinto. El capitán de *porenna* había desaparecido.

Por la tarde, los *porenna* salieron todos juntos de la plaza, pero pronto se dispersaron por las calles de la ciudad. Parecían estar libres, pero no era así, A Kalios y a Eyrén les habían explicado los otros atletas que nada estaba oculto a los ojos de los sacerdotes de la diosa y que la ciudad estaba tomada por los esbirros de Krysaor.

Los saltadores, con sus trajes livianos, se entremezclaban con la gente. Pero esas mismas vestimentas, que apenas cubrían unos cuerpos perfectos, entrenados por el salto del toro, les delataban a los ojos vigilantes de la guardia, apostada en las esquinas de las calles, en las plazas, custodiando siempre la ciudad. Si se hubiesen atrevido a traspasar las murallas o a cruzar el puente, habrían sido detenidos y condenados al *laber,* y todos lo sabían.

Las gentes los observaban con admiración por su belleza, pero también con desprecio y con cierta lástima porque eran muertos en vida que no durarían mucho; antes o después sucumbirían ante el altar de la diosa.

Eyrén conservaba algunas pequeñas pepitas de oro y plata que le habían dado sus hermanos cuando abandonó la aldea del pozo y

trataba de cambiarlas por un ungüento para la dolorida espalda de Kalios. Desde la caída, su amigo se quejaba ante movimientos bruscos. Preguntaron a una rolliza ama de cría dónde podrían encontrar el ungüento y ella les indicó una calleja que conducía a un barrio de casas bajas de solo un piso. Caminaron en aquella dirección y pronto se percataron de que aquel arrabal no estaba tan controlado por los soldados como los elegantes barrios junto al templo y la acrópolis.

En una calleja estrecha y vacía se cogieron de la mano, pero se soltaron cuando llegaron a una calle algo más amplia, llena de menestrales y pescadores. Allí las gentes más sencillas no los miraron con desdén, sino con cierta compasión. Animados por la expresión amable de las caras, volvieron a preguntar y les indicaron una pequeña casucha en cuya puerta una vieja desdentada y con mal aspecto vendía ungüentos. Eyrén le pidió lo que deseaba. La vieja le sonrió y sacó de debajo de toda la pila de tarros de cerámica basta una que olía extraordinariamente bien, a pino y a romero. La viejuca les dijo que, además de contener aquellas sustancias, la crema estaba elaborada con corteza de sauce.

Ordenó a Kalios que se descubriese la espalda e introdujo un dedo oscuro en el tarro. Sus hábiles manos frotaron con el ungüento la zona dolorida en la espalda de Kalios, sorprendido ante los movimientos de la anciana sobre su piel que se le antojaban caricias. Sintió un calor interno como de vergüenza. Después la anciana le explicó a Eyrén que debía friccionarle en el lugar dañado y dejar que el ungüento se evaporase al sol. Tras abandonar la casa, subieron al muelle circular que circunvalaba Tarsis. La vista era espectacular con la enorme bahía, un lago de agua dulce, rodeada por pequeños montes que se abrían hacia la boca del estuario a la mar abierta.

Andando por el amplio muelle circular, adoquinado, se cruzaron con una cuadriga que tiraba de un carro de combate y, más allá, con dos carretas arrastradas por mulas. Buscaban un lugar donde poder estar a solas sin que los viesen. Siguieron más adelante y a través de un puente llegaron al muelle exterior, transitado por mercaderes

y marineros. De los tres diques circulares que rodeaban la ciudad, el exterior era el que tenía más fondeaderos. En la parte norte se cargaban las mercaderías que llegaban del interior de las tierras más allá del río de Tarsis, navegable desde las montañas de la Oretania. Al oeste de la ciudad, el muelle se abría hacia el estuario. Allí decía una leyenda que una mujer se había transformado en ave blanca y en espuma de mar tras gritar una profecía que pocos ya recordaban.

Después de deambular un largo rato por lo alto del enorme malecón, se encontraron con una estrecha escalera de piedra que bajaba hacia un desembarcadero en el lado exterior de la muralla. Allí había una estrecha franja de arena que posiblemente desaparecería con la pleamar. La arena de la playita estaba seca por el calor y aquel lugar les brindaba protección frente a miradas indiscretas. Era un lugar donde parecía que nadie les estuviese vigilando.

Kalios se tumbó sobre la arena y Eyrén empezó a masajearle la espalda en el lugar de la caída. El ungüento, al aplicarlo, le producía calor. Eyrén, al notar entre sus manos las fibras del músculo contraído, sintió una enorme ternura hacia él, tan fuerte, tan bueno. Deseó ser abrazada por él. Miró en derredor, sin dejar de darle el masaje, y le pareció ver una sombra en la altura de uno de los paredones que rodeaban la playa. Entonces dejó de frotarle la espalda y se estiró hacia el muro que tenía detrás para que no se la viese desde arriba. Después la sombra desapareció. Eyrén empezó de nuevo a masajear a Kalios. Al cabo de un rato, la espalda, tras las friegas, mostraba un aspecto levemente enrojecido. Eyrén levantó las manos y depositó un beso sobre la piel de Kairos con tal suavidad que a este le provocó una sonrisa.

Kalios se dio la vuelta y ambos se observaron sonrientes.

—¿Sabes que cuando la anciana que nos vendió el ungüento me lo aplicó, me hizo con la uña un signo en la espalda?

—¿Cuál?

Kalios dibujó en la arena mojada una triple espiral unida por el medio.

—¿Sabes qué puede significar?

—No lo sé —dijo ella—, pero quizá alguno de los *porenna* mayores lo sepa. Preguntaré cuando volvamos.

—¡Me encantaría no regresar nunca! Seguir aquí, siempre contigo.

Ella enrojeció.

—Podíamos irnos… —sugirió Eyrén.

—Un *porenna* fugado es un *porenna* muerto. Yako me dijo el otro día que habían detenido a uno que se había escapado. Lo torturaron despellejándole…

Eyrén se tapó los oídos mientras decía:

—No me des detalles.

Kalios guardó silencio para no preocuparla más. Al ver que callaba, ella se destapó los oídos y le confesó:

—Estoy aterrorizada. Para nosotros esta ciudad es una cárcel, todo el imperio lo es. Nada está fuera del poder de Akálide y de los sacerdotes de la diosa.

Se quedaron callados, pues esa había sido su lección. Se conocían desde niños, y siempre habían jugado juntos. Pero aquel juego, con el fuego de la adolescencia, los había lanzado a uno en los brazos del otro. Para él había sido maravilloso, pero a ella le resultó angustioso. Había cedido, insegura, presionada por la insistencia de Kalios y por el amor sincero que sentía por él. Poco después de aquello, el padre de Eyrén la había prometido con uno de los hijos de un hombre principal en el poblado. Eyrén, aterrorizada por el hecho de que su futuro esposo descubriría que no era virgen, aceptó ofrecerse a los mercaderes de *porenna*.

Kalios posó la mirada en el brillante y oscuro cabello de Eyrén, anudado con una cuerda y del que el sol extraía destellos cobrizos. La deseó. Ella, que tenía la frente apoyada en las rodillas, levantó la cabeza y deslizó su mano sobre la espalda de Kalios.

—Estoy mucho mejor —confesó este—, pero me calman más tus manos que el ungüento. Te necesito.

Eyrén guardó silencio unos instantes. Su corazón latía aceleradamente, y sentía que le ocurría lo mismo que a Kalios. Después se sinceró:

—Tengo miedo. Dentro de nada, nos tocará a nosotros. ¿Te has dado cuenta? Están sedientos de sangre. Detesto a esa diosa de pechos descubiertos y serpientes entre las manos. —Mientras hablaba, el sol posó sus rayos sobre el mar, tornándolo incandescente, y el horizonte se llenó de resplandores rojizos y violáceos—. ¿Recuerdas la leyenda que dice que es la serpiente la que persigue al sol en su recorrido en la noche? Es la gran enemiga de Atón.

Kalios movió la cabeza afirmativamente y, con ingenuidad y profunda convicción, razonó:

—Saltamos para rendir culto al sol, y él nos salvará de la diosa serpiente. Nel nos entrena bien, y yo creo que quiere protegernos.

—¡Pues no lo parece! ¡Es un ser inhumano! Busca únicamente lucirse y está lleno de odio.

—No lo creo así —rebatió Kalios mientras una expresión de apoyo al capitán de *porenna* asomaba a sus castaños y amables ojos. Después hizo un gesto de rechazo con el que daba a entender que no debía hablar así de él y se levantó—. Es tiempo de regresar.

Mirando en derredor, la besó suavemente en la mejilla.

—Por lo menos, nos tenemos el uno al otro —suspiró ella.

Estaban a punto de subir hacia el muelle cuando desde la playa oyeron el sonido de unas barcas a remo aproximándose al otro lado del dique de madera. Les llegaron gritos y el ruido de cuerdas lanzadas contra los postes del malecón. Eyrén y Kalios, temiendo ser descubiertos aislados y juntos, se ocultaron bajo las tablas del embarcadero. Desde su escondite oyeron el inconfundible sonido del restallar del látigo y quejidos. A través de las rendijas entre las tablas pudieron divisar unas piernas de color muy oscuro y adornadas con zarcillos brillantes, algo que les resultó extraño a los dos *porenna.* Los seres oscuros gritaban, profiriendo gemidos en un lenguaje ininteligible.

Había pasado algún tiempo cuando comenzó a subir la marea y las olas empezaron a golpear con fuerza el embarcadero. Los dos *porenna* se aferraron a los postes del malecón para evitar ser arrastrados por el agua. Estaban confusos y no sabían qué hacer. Sin embargo, pronto los hombres de piel oscura y sus guardianes desaparecieron como por ensalmo. Los *porenna* se dieron cuenta de que aquellas gentes no habían subido al muelle circular. Era como si se hubiesen desvanecido dentro de la pared de piedra, dejando tras de sí un misterio.

Cuando todo quedó en silencio, Eyrén y Kalios, mojados por el oleaje, treparon hasta el muelle de madera. Mientras subían, Eyrén se dio cuenta de uno de los elementos del muro que sostenía las tablas del muelle parecía una enorme puerta de piedra. Si aquel era el lugar por donde habían desaparecido los hombres, ¿quién había podido abrirla? Intrigada, le pidió a Kalios que intentase moverla, pero, a pesar de toda su fuerza, le fue imposible hacerlo. La puerta permaneció inmóvil, como si estuviera sellada por un poder que ambos no podían comprender.

El sol lanzaba las últimas llamaradas del ocaso cuando Eyrén y Kalios alcanzaron el tercer muelle circular. Desde allí cruzaron los puentes que los llevaron al segundo y al primero. Con el cielo oscureciendo, se adentraron en la ciudad a través de estrechas callejuelas. Se perdieron. No se atrevían a preguntar a los escasos transeúntes, que los miraban con recelo. Era muy inusual ver a dos *porenna* deambulando por esas callejas a una hora tan tardía, y la desconfianza en las miradas de los habitantes solo aumentaba en ellos su sensación de vulnerabilidad.

Se hizo de noche, y las antorchas en las entradas de las casas proyectaban sombras inquietantes sobre el enlosado. Eyrén y Kalios procuraron caminar pegados a la pared, intentando avanzar sin ser vistos. Desde una de las estrechas callejas desembocaron en una plaza triangular con una hermosa fuente en el centro. El sonido del agua era armonioso, pero el reflejo de las llamas danzantes acentuaba la tensión en los corazones de los jóvenes.

En una de las tres salidas de la plaza estaban apostados, vigilando la ciudad, dos guardias con corazas metálicas y faldellines cortos. El reflejo del agua de la fuente captó la luz de las antorchas y reveló la presencia de los dos *porenna* que se aventuraban en la noche demasiado lejos de la arena. Los guardias, alertados, levantaron sus lanzas y acorralaron contra una pared a los dos *porenna,* que ahora se encontraban atrapados y sin posible escapatoria.

—¿Qué hacéis aquí tan lejos de la arena? —les gritaron—. ¿No sabéis que tenéis prohibido salir del recinto de noche?

Ataron a Eyrén y a Kalios y los condujeron de vuelta a la acrópolis. Por las calles más anchas, donde las gentes reían en tabernas y sentadas a las puertas de las casas, los miraron con extrañeza. ¡Unos atletas atados y escoltados! Escucharon voces que hilaban mil conjeturas. «Deben de ser desertores», decía uno. «Pues si lo son, morirán», le contestaba otro.

Eyrén y Kalios caminaban con la cabeza gacha, avergonzados por las miradas. Además, estaban muy asustados porque temían enfrentarse a los sacerdotes del templo. Por otro lado, a Kalios no le agradaba la idea de decepcionar al jefe de *porenna.*

—Os buscábamos por todas partes… —exclamó Nel con una voz en la que resonaba una furia contenida—. ¿Dónde demonios os habíais metido?

—Hemos ido a buscar un ungüento para Kalios —contestó Eyrén, muy nerviosa, farfullando— y nos… nos perdimos…

Las palabras de Eyrén irritaron aún más a Nel, quien gritó con los ojos ardiendo por la cólera y dio un paso adelante mientras levantaba la mano con ademán de ir a golpearla:

—¡Estáis locos! —bramó, la rabia deformando sus rasgos—. Por vuestra imprudencia, me obligáis a adelantar vuestra aparición en la plaza.

El terror se apoderó de Eyrén y su voz se quebró en un sollozo desesperado:

—¡Déjanos prepararnos un poco más! ¡Solo un poco más! —imploró con angustia—. ¡No estamos preparados!

Nel la fulminó con la mirada, con un desprecio cortante, como un filo:

—¡Nadie está preparado! —le gritó, dejando que el eco de sus palabras se ahogara en el silencio que siguió.

«Solo él», pensó Eyrén.

Sabía que no podían actuar tan pronto. Fracasarían, y un error en la plaza no solo sería humillante, sino mortal. Esa noche, con la mente atormentada por la inminente amenaza, Eyrén decidió acudir a Loria. Quizá ella, con su influencia sobre Nel, podría interceder por ellos.

Pero Loria, con una frialdad que Eyrén nunca había visto en ella, respondió sin titubear:

—Solo si alega que vais a actuar pronto y que el espectáculo merecerá la pena, os respetarán… —se calló y, hablando como para sí, continuó— un tiempo… —Al oírla, Eyrén bajó la cabeza—. Pero tendréis que ensayar sin cesar porque quedan pocos días para el próximo espectáculo. Te he visto saltar y puedes hacerlo.

Eyrén guardó silencio y agachó la cabeza, preocupada. Sin decir una palabra más, se retiró a acostarse. Las mujeres *porenna* dormían en jergones de paja humildes y austeros. Eyrén, como de costumbre, se recostó entre Loria y Siwi, pero aquella noche no era capaz de conciliar el sueño porque no dejaba de recordar todo lo que había sucedido en el día.

El leve crujido de la paja bajo el cuerpo de Eyrén no pasó desapercibido para Siwi, que la escuchó dar vueltas, inquieta:

—¿Qué te ocurre?

Eyrén le contó a Siwi lo que había visto, lo extraños que parecían aquellos hombres de piel oscura que se desvanecieron tras las piedras del dique, como sombras tragadas por la tierra. Había algo en su mirada, en su caminar, que la había infundido un temor inexplicable.

Loria, que tampoco lograba conciliar el sueño y las estaba escuchando en silencio, intervino en la conversación. Quizá quería suavizar la dureza con que había tratado a Eyrén. Le dijo que aquellos seres eran esclavos, traídos en naves desde lejanos lugares, y que eran la ofrenda al Cándamo.

—¿Qué es el Cándamo? —se atrevió a preguntar Eyrén.

—Dicen que es el esposo de la diosa serpiente, un ser que se alimenta de carne humana —le contestó Loria—, pero yo no creo en esas leyendas. A esos pobres seres los envían al fondo de las cuevas, bajo la ciudad, y nunca regresan a la luz del sol.

—¿Lo has visto alguna vez?

Loria suspiró.

—Nadie lo ha visto nunca.

—Y…

—Vamos, dejemos de hablar, hay que dormir. Mañana tenéis que entrenar.

—¿Tú no entrenas?

—Yo canto. —Sonrió—. Soy capaz de curar las heridas del alma con mi voz.

Loria se incorporó del lecho y, en voz muy baja pero audible para las otras dos, entonó una suave melodía que hablaba del mar, del brillo del sol sobre el gran océano exterior, y que parecía el rumor de las olas rompiendo en la orilla. Poco a poco, aquel canto, como un suave susurro del mismo mar, fue envolviendo a las dos jóvenes, calmando sus pequeñas almas atribuladas, tranquilizándolas hasta que, arrulladas por él, se durmieron.

Cuando las vio dormidas, Loria guardó silencio y se sentó en su jergón observando a sus compañeras con una mezcla de ternura y tristeza. Una garra le apretó el corazón. Las vio tan jóvenes, tan inexpertas, tan frágiles… ¿Cuánto tiempo podrían sobrevivir en la arena?

Loria, ya veterana, de la edad de Nel, había sido agraciada con una hermosa voz, y por eso sus ejercicios no eran como los del resto de *porenna*. Bailaba y cantaba en medio de la plaza, lo que la había

librado de ser corneada por el toro y del *laber*. Gracias a ello, a diferencia de tantas otras, había sobrevivido.

A lo largo de los años que había servido en la arena, Loria había visto pasar a muchas jóvenes como Eyrén y Siwi. La mayoría no habían vivido para contarlo. Esa realidad, dura e implacable, la hacía sentirse profundamente inquieta y conmovida ante la fragilidad de las nuevas atletas, casi niñas, que no comprendían del todo el destino que las aguardaba. Las lágrimas, silenciosas, comenzaron a humedecer sus ojos. En su corazón, elevó una oración a Atón, rogando compasión hacia sus compañeras.

El rostro de Nel se deslizó en su mente, un rostro que, a pesar del paso del tiempo, permanecía perennemente joven. Sin embargo, se había endurecido. Loria recordaba con claridad su infancia, cuando Nel no conocía la ira y su corazón rebosaba bondad. Pero ahora esa afabilidad se había desvanecido, dejando tras de sí un rastro de amargura que ella no podía disipar por más que lo intentara. Los recuerdos la trasportaron a aquellos días, cuando aprendían bajo la sombra protectora del sauce, bebiendo la sabiduría de Eteria. Ahora ella ya no estaba. Eteria le había augurado que sería el apoyo de Nel. Y durante todos aquellos años había sido así. Sabía que había sido su fortaleza y su consuelo. Pero ahora el peso de los años y de la tristeza comenzaba a aplastarla. Sentía que el cansancio y los años se apoderaban de su espíritu. Mientras ella envejecía, Nel permanecía inmutable, una figura joven e imperturbable.

Loria se tumbó en su jergón, sus pensamientos pesados como piedras. Miró al techo, intentando encontrar consuelo en la oscuridad, y pasado un rato el cansancio la venció, sumiéndola en un sueño inquieto y lleno de sombras. En sus sueños vio a Nórax y a su hermano Aldair, a quien añoraba.

El nuevo espectáculo

Tarsis, verano de 1551 a. C.

Nel no les dejaba parar. Desde que las primeras luces del amanecer comenzaban a iluminar la plaza hasta la caída del sol, adiestraba a los *porenna* obligándolos a repetir los ejercicios una y otra vez. Lo hacía con todos, pero exigía más que a ninguno a Eyrén y a Kalios. La urgencia de adelantar su exhibición en la arena lo obligaba a forzarles al máximo, presionándolos hasta que el sudor y el cansancio los quebraran, para mostrarles hasta dónde podrían llegar.

Antes de salir a entrenar, Kalios le puso a Eyrén en la mano un paquete envuelto en tela. Ella lo abrió. Eran unas zapatillas de salto.

—¿Dónde las has conseguido?

Él respondió con una evasiva. No quería decírselo porque eran de una *porenna* muerta. Se las habían dado a cambio de parte de su comida. Mientras palpaba el cuero fino que se amoldaba perfectamente a sus pies y se ataba los finos cordones también de piel, Eyrén le dijo:

—¿Cómo puedo agradecer lo que haces por mí? —Su voz sonaba enternecida

Eyrén se puso de pie y dio varios saltos como si quisiera asegurarse de que las zapatillas se ajustaban bien. Él extendió los brazos y la recogió en el aire. Después miró a un lado y a otro para asegurarse de que no había nadie cerca. Entonces la besó en el cuello.

—Yo… te amo. Te deseo más que a nada. Has huido de una vida fácil en el poblado y estás aquí, jugándote la vida por un tonto como

yo. No puedo más… ¡vuelve a ser mía! —susurró con la voz rota por la pasión.

Ella se zafó inmediatamente de su abrazo. Sus ojos, que antes destellaban ternura, ahora se endurecieron.

—¡No! No puedo hacerlo; si me quedase encinta, sería el fin de los dos.

—No pasó. Hay medios —intentó persuadirla, su voz temblando de deseo y desesperación.

—¡No! —gritó ella—. Es imposible. ¿Dónde? ¿Cómo? Nos vigilan mil ojos.

—En la playa estuvimos solos.

—¡No! —repitió ella de nuevo, con más fuerza, retrocediendo un paso—. ¡Déjame! Nunca…

Y en ese instante su negativa no se refería solo a sus palabras, sino al abismo que sentía crecer entre ellos, un abismo que él no podría cruzar por más que lo intentara. Sabía que, indudablemente, él la amaba, pero se sintió tratada como un objeto del que solo él iba a disfrutar porque a ella la situación le provocaría únicamente sufrimiento y angustia por lo que pudiese pasar. Kalios, apesadumbrado al verla reaccionar de aquel modo, le pidió perdón. Su voz sonaba como cuando, siervo en la aldea, le respondía al jefe de los aguadores tras haberle reprendido por algo.

—¡Vete! Déjame sola.

Kalios bajó la cabeza y se dirigió lentamente hacia la escalinata que conducía a la arena, pero antes de que pisase el primer peldaño, ella le confesó con voz alta y apesadumbrada:

—Te quiero, Kalios, con todo mi corazón, pero tengo miedo.

El muchacho se detuvo al oír esas palabras, se dio la vuelta y la miró. Los ojos de Eyrén rebosaban lágrimas, y él retrocedió algún paso hacia ella con intención de consolarla, pero antes de que pudiera hacerlo se detuvo porque Siwi, desde lo alto de la escalinata, les gritaba:

—¿Qué estáis haciendo ahí abajo? Es hora de entrenar. Nel os está buscando.

Salieron del claroscuro de la estancia bajo la plaza a la luz del dios Atón, que brillaba y calentaba con fuerza. Los *porenna* corrían por la arena y ellos se unieron al grupo. Unos tambores golpeados parsimoniosamente marcaban la cadencia de una extraña música y los atletas saltaban siguiendo el ritmo y abriendo mucho las piernas en el aire, a una gran velocidad.

Soltaron una vaquilla y les ordenaron que la saltasen por turnos, al ritmo de la música. A Kalios y a Eyrén todas las acrobacias que tanto habían entrenado los días anteriores les parecieron absurdas. El animal no seguía el ritmo de la danza, y por eso juzgaron imposible integrar los movimientos de la vaquilla en la melodía. Nel, harto de su torpeza, les gritó:

—Todos fuera de la pista.

En un prodigio de ritmo y de ligereza, se subió al lomo e hizo que la vaquilla culebrease por la arena de tal modo que acompasó su movimiento al son de los tambores. Algunas veces lo habían visto bailar así con el toro durante un espectáculo en la arena, y era maravilloso contemplarlo. Loria y los *porenna* más veteranos comenzaron a dar palmas al ritmo del tambor mientras Nel sonreía disfrutando con su propia danza. Al final, sudoroso y respirando muy deprisa, se detuvo mientras la vaquilla, en el centro de la pista, mugía.

Cuando terminó, Nel llamó a Kalios y le susurró algo al oído. El musculoso *porenna* se dirigió a la vaquilla y la sostuvo por los cuernos. Sus músculos se tensaron mientras el animal bramaba. Nel, con voz autoritaria, ordenó que todos fuesen saltando por turno sobre la bestia. Eyrén fue la última en intentarlo. Nerviosa, calculó mal su salto y estuvo a punto de caer, pero de repente se sintió sostenida por los poderosos brazos de Nel, como si de una pluma se tratase. Quedaron ambos a horcajadas sobre el lomo del animal. En ese instante, Nel ordenó a Kalios que soltara a la vaquilla, que salió al galope con Eyrén y Nel sobre su lomo. Mantenerse encima de la criatura embravecida era casi imposible. Eyrén chilló de miedo, pero

las manos firmes de Nel en su cintura la mantenían firme en su sitio. Nel le gritó:

—Debes ser capaz de sostenerte sobre un animal embravecido.

De repente, saltó ágilmente y la dejó sola sobre la vaquilla, que, enfurecida, daba coces al aire con sus cuartos traseros. Eyrén, luchando contra el pánico, logró aguantar hasta que finalmente el animal la tiró al suelo.

Magullada y dolorida, Eyrén se incorporó lentamente, sintiendo que la mano de Nel la ayudaba a ponerse en pie.

—Pretendía que aprendieses a mantenerte en pie sobre un animal enfurecido.

Ella, airada, no le respondió, pero sus ojos verde avellana brillaban con una ira contenida. Sin mirar ni a Nel ni a Kalios, se quedó a un lado, contemplando cómo los otros atletas corrían por la pista o saltaban obstáculos.

Al finalizar el entrenamiento, Nel indicó a Kalios y Eyrén que se acercasen. Con una expresión seria, los guio hacia el vallado de la arena, donde los otros no podrían escuchar. Quería hablar con ellos en privado.

—Por vuestra conducta irresponsable, tendréis que actuar en las próximas fiestas. Queda muy poco tiempo. ¡No estáis aún preparados para hacerlo! Solo vais a tener una oportunidad: ensayaréis conmigo un número que hará que todo se os perdone…

Nel les explicó con calma todo lo que debían hacer ante la mirada escéptica y enfadada de Eyrén, que no dijo nada.

Cuando por fin pudo hablar con Kalios, Eyrén expresó enérgicamente su descontento con el ejercicio que el jefe de *porenna* les había propuesto, que tachó de peligroso y casi imposible de ejecutar. Sin embargo, el muchacho, con una firmeza inesperada, objetó:

—Nel sabe lo que hace. Estoy seguro de que eso nos puede salvar la vida o, al menos, alargarla.

Eyrén protestó de nuevo, pero Kalios mantuvo su postura, defendiendo al jefe de los *porenna* con una determinación inusual en

él.

A partir de ese momento, el adiestramiento se volvió extremadamente exigente. Ensayaban durante el día bajo la luz de Atón y de noche bajo la luz de las antorchas que iluminaban la plaza. No se retiraban hasta altas horas de la madrugada. Eyrén, exhausta, sentía que su cuerpo estaba cada vez más al límite, pero Nel no mostraba compasión alguna. Incluso el paciente Kalios, siempre dispuesto a soportar lo que fuera necesario, comenzó a quejarse del agotador ritmo que implicaba ensayar día y noche sin descanso. Eyrén y Nel repetían el número una y otra vez: primero, sobre el suelo; después, sobre el ingenio de madera con cuernos, y, por último, sobre el lomo de una vaca.

Mientras tanto, Kalios se sometía a pruebas de fuerza que desafiaban su resistencia. Levantaba piedras de cada vez mayor peso o se medía con atletas tan corpulentos como él en combates cuyo objetivo era derribar al oponente.

Cada vez con más destreza y confianza en sí misma, Eyrén disfrutaba sobre la vaquilla, sostenida firmemente por Nel. Logró algo que al principio parecía imposible: subirse a los hombros del jefe de *porenna* con un salto preciso desde el lomo del animal. Con el tiempo, la relación entre ambos se transformó en un complejo baile de confianza y desafío. Cuando Nel y Eyrén alcanzaron la armonía en su danza, comenzaron a entrenar con Kalios, los tres a la par. Repetían varias veces las acrobacias mientras el resto de *porenna* los observaban en silencio, llenos de admiración.

La música se volvió endiabladamente rápida mientras Eyrén danzaba en torno a la vaquilla con una gracilidad y rapidez pasmosas. Parecía volar. Mientras tanto, Nel asió por la cola al animal, que se revolvía furioso, y Kalios lo sujetó firmemente por los cuernos. En un movimiento sincronizado, Nel soltó la cola, se subió al lomo y extendió la mano hacia Eyrén. Con un solo impulso, como si fuera una pluma, no solo la subió al animal, sino que la alzó sobre sus hombros, manteniendo ambos un equilibrio perfecto. La vaquilla bramaba sujeta por Kalios e intentaba revolverse mientras, sobre su

lomo, Nel y Eyrén continuaron la danza, uno apoyado en el otro. Nel sostuvo con una sola mano a Eyrén durante unos instantes y ella ejecutó una doble voltereta para caer con precisión sobre los hombros de él, con las piernas rectas hacia delante como si fuese una pinza.

Con un movimiento ágil, Nel aferró los pies de Eyrén y la levantó por encima de su cabeza. En un solo impulso, la lanzó hacia arriba y ella, dando una grácil voltereta sobre sí misma en el aire, cayó por delante de Kalios, que seguía sosteniendo al animal. La salida de Nel fue espectacular: saltó hacia arriba, hizo una triple voltereta y un tirabuzón perfecto, con el que dio la impresión de que volaba, y aterrizó delante de Kalios.

En ese momento, Kalios, agarrando aún los cuernos de la vaquilla, levantó los pies del suelo y, dando un salto hacia atrás, se situó sobre el lomo, cayendo a horcajadas, y galopó unos segundos más sobre el animal furioso mientras mantenía el equilibrio agarrándose a la piel del pescuezo del cuadrúpedo, al tiempo que levantaba la mano hacia el público, en un gesto de saludo simpático. Los compañeros rieron. Finalmente salió hacia un lado e hizo una reverencia.

El ejercicio había sido prácticamente perfecto. Nel esbozó una sonrisa apenas perceptible antes de gritarle a Kalios:

—¡No está mal, pero una vaquilla no es un toro! El toro es más lento, menos nervioso, hay más espacio sobre su lomo, pero es más peligroso. Aún hay mucho que entrenar. Kalios, deberías fortalecerte más levantando pesos.

—Ya lo hago, mi señor.

—Le duele la espalda —intervino Eyrén, defendiéndolo— desde que se cayó.

Nel se giró hacia ella, enfurecido por la respuesta. Sus ojos chispearon de rabia cuando le gritó:

—Más le va a doler si el toro lo embiste y lo atraviesa. Y más vas a sufrir tú cuando lo sacrifiquen a la diosa. —Nel la fulminó con la mirada antes de añadir—: Y tú, chiquilla, tienes que ensayar más. Te

falta agilidad, estabas inestable sobre mis hombros. Esta tarde lo haremos con un caballo.

Salieron de la arena. A los que iban a actuar en el próximo festival de la diosa les ofrecieron una comida suplementaria y Kalios y Eyrén se sentaron juntos para compartirla. Ella empezó a comentar que detestaba profundamente a aquel hombre, que no tenía compasión.

Kalios, que era capaz de interpretar el corazón de los demás, le preguntó:

—¿Estás segura de que lo aborreces tanto?

Ella reaccionó con firmeza y, moviendo su cabello oscuro, y casi escupiendo las palabras, masculló:

—Lo detesto.

Por la tarde, sacaron a la plaza una yegua mansa, un hermoso animal que toleraba muy bien los saltos de los atletas. Eyrén y Nel cabalgaban de pie sobre el lomo mientras este sostenía unas largas riendas, dirigiendo firmemente al bruto. Ordenó a Eyrén que se subiese sobre sus hombros. Ella lo logró con habilidad y después abrió los brazos para mantener el equilibrio. Desde abajo sus figuras parecían una cruz humana. Entonces Nel azuzó a la yegua, que inmediatamente comenzó a galopar.

Fue en ese instante cuando la joven perdió estabilidad. Se desplomó delante de Nel, quien la agarró por la cintura con fuerza para evitar la caída al suelo. Durante unos instantes galoparon juntos, las manos de Nel aferradas a su cintura, firmes y protectoras. Eyrén experimentó algo inesperado: un temblor le recorrió el cuerpo y la sangre acudió a sus mejillas. Sintió el gesto de Nel como una caricia no buscada, pero imposible de ignorar.

Kalios, en el otro extremo de la arena, levantaba bloques de piedra como si fuesen de madera. Sus músculos se tensaban con cada esfuerzo. En un momento dado, su mirada se desvió y vio a Nel rodeando la cintura de Eyrén en un abrazo firme. Algo agónico le alcanzó muy dentro, como si un estilete agudo lo atravesase. Se sintió abandonado, triste y deprimido. Al poco, agitó con

despreocupación la cabeza, intentando ahuyentar todos esos pensamientos oscuros, y decidió recuperar su alegría esbozando una sonrisa forzada que, pasados unos instantes, se volvió auténtica pero cargada aún de una sutil tristeza.

De lejos, Eyrén, ya desmontada del caballo, le hizo un gesto cariñoso y le sonrió afectuosamente. Y aquel gesto de ella disipó por completo su tristeza.

Apofis y Nórax

Avaris, 1562 a. C.

Nórax avanzó por el imponente salón del trono de Avaris. La sala alargada se extendía entre columnas coronadas con flores de loto, pintadas en azul profundo y oro desvaído. El techo, alto y hundido en la penumbra, pesaba sobre sus hombros como si fuera a aplastarle.

Frente a él, la gran escultura de la serpiente parecía inclinarse desde las sombras. Sus colmillos de marfil brillaban a la luz, y sus ojos de obsidiana lo observaban con una fijeza antinatural. Nórax sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo, aunque logró mantenerse erguido: aquella figura no era solo piedra tallada, era un símbolo vivo del poder que lo vigilaba.

Soldados con hachas de bronce custodiaban ambos lados del salón, hieráticos. La luz descendía desde pequeñas aberturas en el techo, un haz de claridad que iluminaba exclusivamente al Señor de las Dos Tierras.

El faraón se sentaba, bajo la serpiente, en lo alto del estrado. Llevaba delineados los ojos con negro kohl y la doble corona del Alto y Bajo Egipto, roja y blanca. No había cambiado demasiado desde que Nórax lo viera, más de veinte años atrás. Las mejillas, antes lisas, mostraban ahora las marcas del tiempo y de la desconfianza. Pero su mirada seguía siendo la misma: vivaz, penetrante, astuta. Recibió a Nórax con altivez. No le ofreció asiento ni hizo ningún gesto de cortesía.

El poder de Apofis era inmenso, pero su trono descansaba sobre arenas movedizas. Los hicsos, pueblo venido de Canaán, no se habían apoderado del delta por la fuerza, sino que habían sido desplazados de sus tierras por la presión de los hititas. Regían Egipto, sí, pero no lo comprendían del todo. Adoptaban sus ritos, sus nombres y sus dioses sin dominar su alma. No eran guerreros formidables, sino comerciantes que habían comprado un imperio y necesitaban mercenarios.

Ahora, en el corazón de Khemet, el sur amenazaba con rebelarse. La guerra se cernía en el horizonte, y Apofis necesitaba hombres como los *góidel:* duros, diestros, leales si se les trataba con astucia. Sabía también que, entre los pueblos del occidente, los artesanos de Tarsis, y en especial los *góidel,* eran célebres por sus manos, su arte y su metalurgia.

A una leve señal del faraón, los escribas y funcionarios y las damas de la corte se retiraron con pasos rápidos y silenciosos. Solo una dama tardó en salir. Sus ojos, pintados de kohl, al divisar a Nórax brillaron de un modo especial, aunque él no se dio cuenta. Los eunucos la empujaron fuera de la sala. Solo quedaron los guardias nubios, escoltas del faraón, inmóviles como estatuas de bronce, con los ojos fijos en la penumbra y cuya piel negra se fundía en la oscuridad de la sala. Eran la sombra de la voluntad del faraón: mudos, ciegos, obedientes.

Apofis se alzó lentamente de su trono. La luz del techo perfilaba los bordes de su silueta como si una deidad estuviera descendiendo a la tierra. Bajó con paso firme los peldaños dorados del estrado y, al llegar al nivel del suelo, su voz resonó en la vasta sala, ahora vacía:

—Luchaste contra la serpiente del mar. La venciste. Pareció que había muerto, pero no la derrotaste por completo. Te inoculó un veneno que sigue en tu cuerpo —declaró, con un tono lento casi ceremonial.

Nórax sintió que el aire se volvía espeso, cargado de amenazas. Apofis se detuvo frente a él, a apenas un palmo de distancia. Alzó la mano con gesto lento, misterioso, y le tocó el brazo justo en el lugar

donde, años atrás, el gobio marino de Hesperia le había hincado su colmillo. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Nórax; primero fue un pinchazo, apenas un ardor leve, pero en segundos el dolor se le expandió como fuego líquido por las venas. El brazo se tensó, el pecho le palpitó como un tambor sordo y la visión se le nubló. Apretó los dientes, luchando por mantenerse en pie, pero sus rodillas temblaron y luego cedieron. Cayó al suelo con un golpe seco. Jadeaba. El sudor le perlaba la frente. Sentía el veneno revivir dentro de él, como si la mordedura de la serpiente se abriera de nuevo en carne viva.

Apofis no se movió. Lo contemplaba erecto, con una sonrisa mezcla de interés y desprecio contenido.

—Has sido fuerte, capitán de occidente. Pero esa fuerza no era tuya —afirmó en voz baja, con una media sonrisa—. Era del dios al que sirves. Pero yo… conozco tu secreto.

Nórax levantó la vista, con los ojos empañados por el dolor. El faraón no solo buscaba aliados: quería someterlos, controlarlos, y por ello doblegaba a su príncipe, como la serpiente que se enrosca sobre su presa para asfixiarla.

Apofis no apartó su mirada mientras Nórax se retorcía de rodillas, vencido por el fuego que le recorría el brazo. Su voz descendió a un susurro espeso, lento, impregnado de veneno:

—Podría hacerte morir aquí mismo…, pero no lo haré. No todavía. Necesito la fuerza de tus guerreros, la habilidad de tus artesanos. A partir de hoy, la mordedura de la serpiente te une a mí. Ese veneno vive en tu sangre, y es mi sello. Si me traicionas, si no obedeces, morirás, y puede que también los tuyos. No podrás escapar de mí, Nórax, ni alejarte de Avaris. La serpiente no olvida y está siempre vigilante.

El príncipe de los *góidel* jadeaba, aún en el suelo. El dolor no era solo físico. El veneno liberó la tristeza: el recuerdo de Eteria, de Kendal, de Feder, de Argón. Todo el pasado, con su dureza, pendía sobre él. Pero, sobre todo, el presente que se avecinaba: una esclavitud disfrazada de alianza.

El faraón hizo una pausa. Luego añadió, con esa mezcla de indulgencia calculada y soberbia que poseen los tiranos seguros de su poder:

—Pero también soy un soberano clemente. Me serviréis tú y tu pueblo, y no estaréis lejos de mí: os concedo tierras en el delta. Una isla rodeada por los canales del Nilo, fértil, protegida, cerca de Avaris. Podréis levantar allí vuestras casas mientras me sirváis con una fidelidad sin fisuras.

A una palmada del faraón, dos sirvientes se aproximaron. Con gestos mecánicos y sin palabras, alzaron a Nórax, que apenas podía mantenerse en pie, y lo escoltaron fuera de la sala del trono. Lo cargaron en un carro que le llevó de nuevo a la ribera del Nilo. Tras ellos la guardia del faraón los escoltaba.

El aire del río le procuró algo de alivio. El sol del país de Khemet abrasaba, pero al menos era real y le calentaba el alma. En cuanto el carro llegó al desembarcadero, Gael, Aldair y Kenna lo rodearon.

—¡Padre! —exclamó Gael, corriendo hacia él.

Aldair sujetó a Nórax por los hombros mientras veía cómo su rostro pálido traicionaba el sufrimiento. Kenna lo examinó y se dio cuenta de que el brazo estaba herido: la piel hinchada, enrojecida, mostraba la marca de dos punciones simétricas.

—Esto no es solo veneno. Es un signo —murmuró, mientras aplicaba un ungüento de olor fuerte—. Como si hubieran marcado tu carne con un pacto de muerte.

Nórax cerró los ojos y tragó saliva. Asintió. Luego, con voz áspera, les informó:

—Nos ha concedido tierras. Una isla entre canales del Nilo. Allí construiremos nuestra ciudad.

Aldair y Gael se miraron en silencio. Era una buena noticia, pero la forma en que Nórax lo dijo y su aspecto no sonaban a victoria. La guardia del faraón que escoltaba a Nórax les indicó con tono brusco que la flota *góidel* no podía permanecer allí. Después, varios guardias subieron a una pequeña embarcación de remos y se adentraron por el Nilo para guiarlos. Todos los *góidel* los siguieron.

Navegaron lentamente entre los canales del delta hasta que, tras un amplio recodo del río, no muy lejos de Avaris, apareció el promontorio: una isla verde, ligeramente elevada, rodeada por las aguas tranquilas del Nilo, con juncos en la orilla y palmeras dispersas. Desde la barca que los precedía les señalaron aquel lugar, una colina de verdor.

—Aquí —anunció Nórax—. Aquí estará nuestra nueva Nora.

Pero no habría piedra. Esta vez levantarían sus muros con barro cocido y caña. Una ciudadela en tierra ajena, a la sombra de un trono peligroso.

Cubrieron los muros con frescos y alzaron columnas que imitaban el arte cretense, cuyo origen estaba ligado a Tarsis, pero con toques nuevos, propios de la tierra del Nilo. Elevaron los techos con habilidad, dejando que la luz penetrara y fluyera en las aireadas estancias. Como en Nora, rodearon la ciudad con una muralla, pero esta vez no era de piedra, sino de adobe pintado de tonos claros y dispuesta en espiral: una triple vuelta circular, distintiva de su antiguo hogar. Cavaron un foso en torno a los muros y, con canales que zigzagueaban como serpientes dormidas, desviaron las aguas del Nilo para alimentarlo.

En lo más alto del promontorio construyeron el palacio, de columnas rojas y azules, donde residirían el príncipe Nórax y su hijo. Desde las altas terrazas del edificio palaciego se divisaba, lejana y polvorienta, la ciudad de Avaris. Junto al palacio se alzaba un templo dedicado a Atón. Las casas de la ciudad, blancas y con tejados de arcilla cocida en tonos cobrizos, recordaban las de Tarsis: encaladas, con cubiertas de oricalco bajo la luz del mediodía. No era una réplica exacta de la ciudad perdida, pero ahora brillaba como un eco fiel de la tierra natal de los proscritos.

Mientras la ciudad se edificaba, Nórax no conseguía sanar de aquel extraño mal que Kenna no comprendía y que se había originado después de haber acudido al salón del trono, con el faraón Apofis. Dirigía las obras de la ciudad, pero cada poco tiempo se

retiraba y debía descansar porque se sentía siempre agotado; además, el brazo le dolía como una quemadura.

Aquel día estaban construyendo el templo al dios. Nórax había estado de pie, supervisándolo todo, pero de cuando en cuando hubo de sentarse en alguno de los montones de ladrillos cocidos hasta que no pudo más y se retiró a su cámara. Kenna cruzó el patio en silencio. Llevaba consigo una vasija de alabastro con ungüento y el rostro más grave de lo habitual. Gael, apoyado en el vano de una de las columnas, lo observó, pero no lo siguió.

Trascurrido un tiempo, el sanador le dirigió un leve gesto con la cabeza que Gael comprendió. Caminaron por el patio interior, sin hacer ruido, mientras el sol iluminaba el agua de un estanque extrayéndole destellos.

—No mejora —le comentó Kenna sin rodeos—. He probado raíces amargas, infusiones de resina, incluso sangre de ibis. Nada detiene el deterioro de su salud.

Gael lo miró con seriedad.

—¿Sabes qué lo causa?

Kenna bajó la voz.

—No sé decirlo. Ninguna fiebre, ningún veneno conocido. Es un debilitamiento progresivo, como si algo le hubiese arrebatado la fuerza desde dentro. Cuando regresó del palacio del faraón, tenía una marca.

—¿Crees que fue obra suya?

—Sí, no tiene otra explicación. Lo está devorando desde entonces.

El silencio se prolongó unos instantes. Un ibis cruzó el patio, batiendo las alas con lentitud.

—También le consume lo que no tiene nombre —añadió Kenna, más suave—. La ausencia. La pena. He velado sus noches. A veces, cuando duerme, pronuncia el nombre de Eteria.

Gael asintió lentamente. Tragó saliva al escuchar el nombre de su madre, una herida en su interior.

—Tú la conociste bien —apuntó.

Kenna miró hacia el salón, donde la figura de Nórax se dibujaba entre sombras y columnas.

—Todo lo que sé del arte de sanar lo aprendí de ella. Recuerdo que siempre decía que los males que nacen del alma son los más difíciles de curar. Y esta enfermedad, Gael…, esta enfermedad no afecta a la carne.

El muchacho tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz era baja pero firme.

—Entonces no hay medicina…

Kenna le tocó el brazo con un gesto leve. Él no lo rechazó, pero fingió que no lo notaba. Nórax lo era todo para Gael.

El secreto de Nel

Tarsis, verano de 1551 a. C.

Eyrén no podía dormir. Quedaban pocos días para su actuación y estaba asustada; un fallo podía conducirla a la muerte, la de ella o la de sus compañeros. No sabía lo que era peor, si morir ella o que muriesen aquellos con los que había compartido tantas cosas. La muerte de alguien cercano no solo le recordaría que ella también era falible, sino que le mostraría el sufrimiento que la iba a acompañar. En cambio, si ella moría, habría llegado el descanso: alcanzaría la luz inmarcesible de Atón y la paz eterna. Pero ella no deseaba morir.

En su duermevela, pensaba en los ejercicios: media pirueta, salto, rizo, tirabuzón. Había aprendido mucho desde que varias lunas atrás arribaron a la ciudad del triple anillo, en el estuario del río. Sentía que físicamente había ganado fuerza y destreza, pero también algo en su corazón había cambiado. Se sabía amada por Kalios y aquello le infundía coraje, pero se sentía intimidada por Nel y aquello la intranquilizaba. Deseaba que llegase cuanto antes el momento de bailar ante el toro, ese momento de gloria y peligro, aunque al mismo tiempo lo temía con cada fibra de su ser. La tarde anterior, Nel les había dicho que los estaba reservando para la gran fiesta de Sopdet, en la que el espectáculo debía ser superior a todo lo realizado previamente.

Por eso no podía dormir. Estaba nerviosa y muy preocupada por las imágenes que invadían su mente. Estiró el cobertor y giró de un lado a otro. Sabía que tenía que dormirse porque, si no descansaba, al día siguiente estaría agotada y falta de la concentración necesaria;

cualquier error podría ser fatal. Pero el tiempo seguía pasando y ella continuaba dando vueltas en el lecho, incapaz de conciliar el sueño. Agotada por su propia inquietud, se levantó y salió del dormitorio, saturado por la respiración profunda de sus compañeras. Subió la gran escalinata que conducía al exterior. La luna llena lo bañaba todo con su resplandor blanquecino. Eyrén se sentó en una grada y fijó la mirada en la arena donde pocos días después debería bailar sobre el toro. Entonces lo vio, una figura alta y fuerte cuyo cabello entre dorado y plateado brillaba a la luz de la luna, lo que le permitió identificarlo.

¿Qué se traería entre manos aquel hombre extraño que tan a menudo les golpeaba? A veces, en raras ocasiones, Eyrén percibía un atisbo de piedad en sus ojos, pero esos momentos eran fugaces y escasos. No lograba entender por qué Kalios siempre lo defendía. Era como si su compañero de aldea hubiese penetrado en los pensamientos de Nel, como si viese algo más profundo en él. Sin embargo, en su sencillez, Kalios no sabía expresar lo que había adivinado, y se limitaba a repetirle a Eyrén que Nel era bueno. Esas palabras solo la enfurecían, mientras que Kalios, con su habitual tranquilidad, simplemente sonreía.

Aquel anochecer, Eyrén advirtió que Nel avanzaba hacia el gran portón de la arena, entreabierto, como si estuviese a punto de marcharse. Sin saber muy bien por qué, decidió seguirlo. Durante los meses de entrenamiento intensivo, Eyrén había desarrollado una forma de caminar elegante, suave y saltarina, como si bailase, que no hacía ruido. Burlando a los guardianes, somnolientos por lo tardío de la hora, salió de la plaza tras él. Nel, concentrado en su propio camino, no se percató de que Eyrén lo seguía silenciosa como una sombra.

Se perdieron por las callejuelas estrechas de un barrio de menestrales hasta que llegaron a una especie de cobertizo, un lugar que mostraba el símbolo del vino, una tabernucha humilde y oscura. Nel entró allí sin vacilar, como si hubiera ido muchas otras noches antes. Con un gesto de triunfo, ella pareció comprender lo que

sostenía a Nel: seguramente era el vino. No se podía llevar la vida que él llevaba, entrenando a tantos para conducirlos a la muerte, sin recurrir a algo que le nublase el entendimiento.

Esa revelación la llenó de desconcierto y de rabia. Nel, el hombre al que comenzaba a admirar, el que les había inculcado férreos principios de autocontrol y disciplina, estaba traicionando sus propias enseñanzas. Un saltador no debía probar el zumo fermentado de la vid. Decidió observarlo desde una de las ventanas. Los postigos se abrían hacia fuera, pero, por más esfuerzos que hacía, no lograba verlo bien. Al principio le distinguió junto a una mujer pintarrajeada, «una fulana», pensó ella con desprecio. «¡Menudo sinvergüenza, ese hombre!», se decía Eyrén, furiosa. Les repetían que no podían mantener relaciones entre ellos y él se iba con una puta.

Nel desapareció con la mujer tras unas cortinas mugrientas y Eyrén siguió espiando el interior unos instantes más por la ventana. Oía risotadas y blasfemias contra la diosa, y contra Atón, que solo podían oírse en un lugar como aquel, entremezcladas con el canto de una mujer joven que rasgaba las cuerdas de una pequeña lira. El ambiente era denso y cargado. Estaba a punto de irse cuando vio que la fulana que había entrado con Nel regresaba a la sala central de la taberna, pero él no estaba con ella. Le extrañó mucho. No entendía lo que estaba haciendo el jefe de los *porenna*. Decidida a averiguar dónde se había metido, Eyrén dio la vuelta a la tabernucha, pero no encontró ninguna otra salida. Nel tenía que seguir dentro.

Esperó hasta que las luces del alba comenzaron a clarear el cielo. La tabernucha se cerró y todos se fueron. Se hacía tarde, por lo que decidió regresar a la arena. Por primera vez, se preocupó por Nel. Alguna vez había llegado tarde a los entrenamientos y la habían reconvenido. Corrió cuesta arriba por una calle de casas encaladas. Iba acelerada y, como no quería que la viesen, se introdujo por un burladero lateral para entrar directamente en la plaza.

Antes de bajar por el corredor que descendía hasta las habitaciones de los *porenna,* algo la detuvo sin saber bien por qué.

Se dio la vuelta. En la arena dorada por el leve hálito del amanecer pudo contemplar a Nel, con los brazos extendidos hacia el sol, en una muda oración. No entendía cómo había regresado tan rápido y por dónde había abandonado la taberna. Una vez más, el jefe de *porenna* la sorprendía. Definitivamente, había algo muy extraño en aquel hombre.

Hekeret nesut

Avaris, 1561 a. C.

El rumor llegó al caer la tarde. Un grupo de porteadores avanzaba por el camino de tierra que ascendía hasta la ciudadela *góidel*. Caminaban despacio, agotados por el peso de una litera cubierta por un techo de juncos y cerrada por telas claras. El sol descendía sobre el río y teñía de cobre sus aguas, mientras el aire del delta se impregnaba del olor espeso del agua y de los juncos.

Los vigías de la ciudadela *góidel* detuvieron al carruaje en la muralla de adobe, abrieron la cortinilla y le dejaron pasar. Sus rostros revelaban sorpresa. No era habitual que alguien de la corte egipcia se acercara hasta allí; una dama de la corte solo podía proceder de *hekeret nesut,* el gineceo real.

Los porteadores parecían nerviosos, y miraban a un lado y a otro como si temiesen ser perseguidos. Cuando llegaron frente a la entrada principal, dejaron el palanquín en tierra. Uno de ellos apartó la cortina de lino. Entonces apareció ella: una dama envelada descendió lentamente, apoyándose primero en el palanquín, luego en un bastón fino de madera negra. Sus movimientos eran inseguros. Vestía lino blanco, muy fino, casi traslúcido. Un velo cubría parte de su cabello. Sus espaldas anchas y fuertes se inclinaban hacia delante. Los ojos estaban delineados con kohl oscuro, aunque el maquillaje no conseguía ocultar la debilidad que los rodeaba. Su piel era tan pálida que parecía no haber recibido luz en mucho tiempo.

Algunos *góidel* se apartaron, no por miedo, sino por reverencia. Había algo extraño en aquella mujer; algo militar, distinguido y señorial. Con una voz melodiosa, preguntó por Nórax y, cuando le dijeron que estaba enfermo, solicitó verlo. Los guardias de la puerta asintieron. ¿Cómo decir que no a aquella que parecía una reina o quizá lo era? Con un gesto les indicó a los porteadores que esperaran. Estos se inclinaron, aunque la miraron con actitud dubitativa. Quizá sabían que aquella visita no debía producirse. Los guardias la condujeron al interior a través de corredores en los que la luz, que se colaba desde el techo, iluminaba paredes en las aparecían dibujados el signo solar, toros y delfines.

Al fin llegaron hasta la cámara de Nórax, donde dos guerreros montaban guardia. El príncipe *góidel,* con la cabeza baja, estaba sentado en una silla de brazos sobre los que se apoyaba. Por la abertura descendía la luz del techo de alabastro, que iluminaba sus cabellos grises. La enfermedad lo obligaba a pasar largas horas allí, cubierto con mantas finas porque siempre tenía frío, a pesar del calor del delta.

Cuando la dama entró en la sala, él levantó la cabeza. Se miraron y se quedaron inmóviles, en silencio. En la memoria de ambos surgió algo que parecía ya olvidado: una isla lejana, dos mujeres ya muertas. Al principio Nórax no supo quién, pero cuando ella levantó la mirada reconoció sus ojos, unos ojos color de ámbar que él nunca podría olvidar porque eran del mismo color que los de Eteria. Permanecieron inmóviles unos instantes más, sin articular palabra, en un silencio que solo rompía el soplo suave de la brisa del Nilo que entraba a través de los ventanales.

—Nórax… —susurró ella.

Él se levantó lentamente y la observó con atención: el cuerpo frágil, las manos huesudas, la forma en que parecía agotarse incluso al respirar.

—¡Areté! ¿Qué te ha ocurrido? Eras muy fuerte… La mujer más ágil y fuerte que he conocido —dijo al fin.

Areté sonrió apenas.

—Lo fui, pero ya me ves…

Las piernas de Areté cedieron ligeramente. Nórax avanzó unos pasos y la sostuvo por los hombros. La sintió helada, y tan ligera que parecía vacía.

La luz descendía desde el techo de alabastro y formaba reflejos blancos sobre el mármol. Nórax la ayudó a sentarse en una silla al lado de la que él ocupaba. Areté lo hizo lentamente. Le vino a la mente la misma Areté, vestida de guardiana, con el faldellín corto y la loriga, estirando el arco. ¿Qué le había ocurrido? No era solo cansancio: aquella mujer estaba muy enferma, y en ella había oscuridad. La misma oscuridad que había visto consumir a Eteria.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó.

—Escapé del gineceo.

Abrió apenas los labios.

—No fue muy difícil. Hace tiempo que nadie cree que pueda caminar demasiado lejos…

Nórax frunció el ceño.

—Apofis te habría matado si se hubiese enterado de que te has ido.

—Ya me está matando.

La respuesta quedó suspendida entre ambos y el silencio se tornó opresivo. Areté desvió la mirada hacia la luz que descendía desde el techo.

—Hace muchos meses, el día que acudiste a la corte a presentarte ante Apofis…

Nórax levantó la vista.

—¿Estabas allí?

—Junto al trono.

El brillo de los ojos de Areté se volvió melancólico.

—No pude acercarme, pero te vi entrar. —Guardó silencio—. Me emocioné al darme cuenta de que aún seguías vivo. La única persona viva que entroncaba con mis hermanas, y mi pasado…

Ella calló, interrumpida por la emoción y la debilidad, y respiró hondo.

—Areté, eras muy fuerte… ¿Qué te ocurrió?

—Apofis me dominó y me torturó.

—¿Por qué no luchaste contra él?

Areté cerró los ojos unos segundos; cuando volvió a hablar, su voz era apenas un susurro.

—Lo hice, pero por un hijo se aguanta todo. —Sus manos temblaban—. Un hijo te obliga a aceptar aquello que jamás habrías aceptado. —Levantó la mirada—. Al principio él no podía conmigo. Me opuse a Apofis con todas mis fuerzas; ya sabes lo luchadora que era.

Nórax asintió lentamente. Sí, la recordaba bien, la más serena de las hermanas, la que jamás retrocedía. La que parecía poseer una fortaleza interna que nunca pertenecía del todo a este mundo.

—No era solo que yo luchase, es que además el dios me protegía —continuó—. Cuando llegué, Apofis no podía acercarse a mí. —Su mirada se perdió en algún punto lejano—. Cada vez que intentaba tocarme, algo salía de mi interior que lo arrojaba lejos. —Apretó los dedos—. Una fuerza que lo quemaba. Envió soldados para que me sujetaran, pero yo los vencía. —Respiró hondo—. Retrocedían ante mí. Como si mi piel fuera fuego. Me encerró en el *hekeret nesut,* el gineceo real.

Nórax guardó silencio mientras Areté proseguía su relato.

—Pero él no renunciaba a intentarlo. —El viento agitó levemente la tela de la entrada—. Simplemente, esperaba. —Ella cerró los ojos—. Sabía que tarde o temprano yo me debilitaría.

Durante unos instantes pareció dudar, no muy segura de si debía contar lo siguiente, algo que, fuera lo que fuera, le producía vergüenza, un secreto íntimo. Pero aquel era el principal motivo de su visita a Nórax, de modo que finalmente levantó la cabeza, con orgullo.

—Sabes que las hespérides podemos concebir sin intervención de varón. —Nórax permaneció inmóvil. No se sorprendió. Así habían nacido las tres hijas de Gerión, y todas las hespérides—. Eso me ocurrió. —Su voz se volvió más pausada. Como si hablara desde el

pasado, miró hacia la luz que descendía del techo—. En los jardines del gineceo, oraba al sol al atardecer, al amanecer y cuando Atón estaba en su cénit. Su luz me llenaba y me daba fuerza. —Areté sonrió débilmente—. Era lo único que aún me pertenecía. —Su respiración se volvió más profunda—. Una noche de primavera había luchado otra vez con Apofis en mi cámara —bajó la cabeza—. Logré una vez más apartarlo. Pero me quedé destrozada, el esfuerzo había sido intenso…

Sus dedos se aferraron al bastón en el que se apoyaba.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó Nórax.

—No dormí aquella noche. —Areté levantó lentamente la vista y sus ojos parecieron estar contemplando un paisaje invisible—. Salí antes del amanecer al jardín del palacio de Avaris, que asomaba al Nilo. —El tono de su voz cambió, se hizo más suave, más lejano, con el matiz de una enamorada que recuerda su primer encuentro con el amor—. El río, ancho y caudaloso, estaba oscuro, y solo se oía su rumor. No se distinguían aún colores porque todo era sombra. Me sentí abandonada y lloré con desesperación, suplicándole al dios solar que me ayudase. Lentamente, y muy poco a poco, apareció una claridad blanca que de modo gradual se volvió rosada. Las palmeras comenzaron a definirse. El Nilo empezó a reflejar el cielo, con alguna nube alargada. Pronto las nubes comenzaron a arder, a enrojecerse, al otro lado del agua. —Cerró los ojos—. Y entonces surgió el primer rayo de sol del amanecer. —Areté se llevó una mano al pecho—. Aquel rayo no tocó mi piel, sino que penetró muy dentro de mí. —Su voz se quebró imperceptiblemente—. Sentí un calor irresistible que recorría todo mi cuerpo, una luz que me atravesaba y llegaba a mi interior… Escuché entonces una voz. No venía del cielo, sino de la luz, y sin palabras me dijo: «Llevarás en tu vientre a la hija del alba. Su nombre será Ziwatt. Ella vencerá a la serpiente».

Nórax, que no apartaba la mirada de ella mientras relataba su encuentro con el dios, observó que el rostro de ella al relatar el prodigio se colmó de luz. Después Areté apoyó las manos sobre el regazo.

—En los días siguientes, mi cuerpo me mostró que había concebido, pero no tuve miedo. Mi hija sería un gran don, que aliviaría mi soledad, aunque también un peligro. Pero confié en Aquel que me había llenado de su luz. —Una emoción tenue apareció en sus ojos—. Durante meses sentí crecer una fuerza dentro de mí. Llegado el verano, comenzó a moverse. Cuando Sopdet apareció sobre el horizonte, la sentía viva como si ardiera. —Luego bajó la voz—. Pero, al llegar el equinoccio de otoño, Apofis comprendió lo que ocurría.

En este momento del relato, el aire pareció volverse más pesado.

—Sabía que ningún hombre había entrado en mis aposentos, y conocía las antiguas historias. Sabía que una hespéride puede concebir sin varón. La niña nacería en el solsticio de invierno, era hija de una hespéride, y ella misma lo sería. Apofis me sonrió, pero su sonrisa era torcida, no era una sonrisa humana. —La voz de Areté se tornó apesadumbrada y bajó la cabeza—. Me dijo que, si nacía una niña, yo sería suya y que, si no lo permitía, mi hija moriría. Si era un varón, me mataría.

Nórax sintió una presión oscura en el pecho.

—Ziwatt nació al ocaso del solsticio. —Areté cerró los ojos y una lágrima descendió por su mejilla—. Mientras el sol desaparecía en el horizonte. La tuve entre mis brazos… y comprendí que jamás volvería a ser libre.

El silencio se abatió entre ambos. Nórax la observó: había algo más. Algo que ella aún no había dicho.

—¿Qué te hizo? —preguntó.

Areté tardó en responder; se miró las manos.

—No me toca como un hombre. Sé que me posee, aunque no recuerde casi nada de lo que ocurre, pero cada solsticio me reclama. Después despierto vacía, sin energía. Solo la luz del sol me cura, y lentamente me voy debilitando…

Se detuvo e intentó levantarse, pero casi cae. Nórax la agarró fuerte para evitarlo. Ella lo miró a los ojos y se fijó en las arrugas que surcaban su cara, en su tez pálida con un tinte macilento.

—Tú también estás enfermo, dominado por el faraón.

—Apofis activó el veneno que un día me inoculó la serpiente de mar.

—En su momento Eteria te curó —le recordó Areté—. No se puede hacer nada…

Una idea cruzó la mente de Nórax. Permaneció inmóvil y en silencio unos instantes y después, lentamente, se puso en pie y avanzó con dificultad hacia un cofre de caoba depositado en un hueco en la pared de la estancia. Abrió la tapa. Dentro reposaba la gema sagrada, la piedra de Jafet, oscura; una piedra preciosa que destelleaba suavemente, reflejando la luz solar. Nórax la tomó entre las manos. El cristal parecía contener una claridad dormida. Regresó junto a Areté.

—Solo hay una cura para el veneno de la serpiente.

Ella lo miró.

Nórax depositó la piedra en las manos de Areté y, en el instante en que rozó la piel de la hespéride, toda la luz del techo de alabastro descendió sobre la gema, que comenzó a brillar intensamente, con una luminosidad creciente. La estancia entera se llenó de claridad. No era una luz común, era como si toda la luz del sol hubiera penetrado en la piedra.

Areté cerró los ojos y un estremecimiento recorrió su cuerpo. Sintió la felicidad del calor del sol, la misma felicidad de aquella primavera cuando concibió a Ziwatt. Al mismo tiempo, Nórax notó que algo se desprendía de él, una oscuridad, una presión antigua, y el dolor que Apofis le había causado comenzó a mitigarse.

La respiración de Areté cambió, su rostro dejó de parecer consumido, la piel recuperó un tono cálido, la luz los envolvió a ambos.

Dentro de la piedra apareció una forma, primero imprecisa, pero luego más clara: dos figuras, dos mujeres, Eglea y Eteria. Ambas parecían hechas de luz. No hablaban, pero su expresión era de felicidad. Areté soltó un gemido ahogado y cayó de rodillas con la piedra en las palmas de las manos, abiertas hacia el techo. Nórax

hizo lo mismo, se prosternó también ante la piedra. Ambos inclinaron la cabeza.

La claridad descendía desde el techo y atravesaba la piedra. El aire olía a lluvia, a sal, a un mar antiguo. Por un instante, el peso de la serpiente que los había oprimido desapareció. Pero la felicidad no duró mucho. Antes de que la piedra hiciera su efecto completo y los sanara, se oyeron gritos fuera de la estancia: pasos, golpes, voces, el rumor de armas y de espadas.

—¡Paso a la guardia real!

Nórax reaccionó: rápidamente tomó de la mano de Areté la piedra. Al tocarla y cerrar su puño sobre ella, la luz que inundaba la cámara se extinguió de golpe, y solo quedó la claridad que penetraba por el techo de alabastro. La estancia quedó envuelta en penumbra. Rápidamente, Nórax introdujo la gema en el cofre.

En ese momento la puerta se abrió violentamente y penetraron los soldados egipcios, la guardia del faraón, portando lanzas y corazas ligeras.

Uno de ellos señaló a Areté.

—Por orden del faraón, estás presa. ¡Sabes bien que no puedes salir del *hekeret nesut*!

Dos guardias la sujetaron y ella apenas opuso resistencia. El alivio que le había causado la piedra de luz no la había curado por completo, todavía parecía debilitada.

Nórax avanzó un paso, pero se detuvo porque sabía que intervenir sería inútil.

Areté levantó la mirada y sus ojos buscaron los de él. Durante un instante permanecieron inmóviles, comprendiendo algo sin necesidad de palabras: ambos estaban marcados, habían recibido la herida de la serpiente, y solo la luz de la piedra de Jafet podía aliviarla. Una luz que solo saldría de la piedra, y únicamente en las manos de una hespéride, pero ya no volverían a encontrarse.

Mientras se iba, arrastrada por la guardia, Areté sonrió apenas, una sonrisa triste aunque serena.

—Adiós, Nórax. —Su voz era casi inaudible—. Siempre fuiste un hombre noble. —Después, casi en un susurro y con mirada anhelante, le suplicó—: Si algo puedes, protege a mi hija, protege a Ziwatt. ¡Por eso he venido!

Nórax asintió mientras los soldados tiraban de ella, pero Areté aún logró volver el rostro para decirle:

—A mí ya no me queda tiempo… —Su voz, cada vez más lejana y débil, llegó a Nórax con un mensaje que sonaba a despedida—: Nos encontraremos en las islas de la inmortalidad.

La sacaron fuera. El sonido de sus pasos se fue alejando hasta que llegó el silencio. Nórax, de nuevo debilitado, se derrumbó en la silla de largos brazos y permaneció inmóvil durante mucho tiempo. Solo observó el cofre cerrado. Y la luz que descendía desde el techo de alabastro.

Días después comenzó a correr un rumor por Avaris según el cual la gran esposa de Apofis había desaparecido tras caer al Nilo. Las aguas nunca devolvieron su cuerpo. Otros afirmaron que la vieron arrojarse al Nilo y que, al hundirse, se había transformado en espuma y en luz.

Sopdet

Tarsis, verano de 1551 a. C.

Los saltadores de toros iban a salir a la arena en pocos instantes. Era la fiesta de la estrella, Sopdet. Ese día la estrella hacía su aparición en el centro del horizonte, aunque durante muy breve tiempo porque enseguida la salida del sol la ocultaba.

La tarde anterior, a las jóvenes se les arregló el pelo moldeándolo en hermosos rizos, se les depiló el cuerpo y se les dio un masaje con aceite para que toda la piel brillase más bajo el sol. Mientras tanto, la mayoría de los muchachos habían ido a los corrales. Allí Kalios había visto al enorme animal con el que tendría que lidiar al día siguiente. Cuando regresó, estaba inusualmente callado. Eyrén, al verlo tan silencioso, le preguntó cómo era el toro y él le respondió evasivamente:

—Sí, es grande.

Redoblaron los tambores, sonaron las trompetas y los portones se abrieron. La multitud estalló en aplausos, silbidos y gritos. Empezaba el numero central, el que todos esperaban. Los atletas entraron, erguidos, con los maravillosos cuerpos aceitados brillando al sol, cubiertos apenas con túnicas livianas. Tras ellos, como escoltas, la guardia avanzaba a caballo, seguida, por último, de los operarios que limpiarían la sangre de la arena o recogerían los cadáveres de hombres y animales caídos.

Los saltadores de toros se posicionaron en una formación triangular: al frente de todos, Nel, con su cabello claro resplandeciendo al sol; detrás de él, los atletas más veteranos, y por

último, los más bisoños. Una melodía solemne comenzó a sonar: el himno a Krysaor. Los atletas formaron el símbolo del rey, un tetrasquel.

Después sonó una música extraña y sensual, el himno de la reina, y los atletas varones formaron un círculo en cuyo centro algunas de las chicas, con Loria al frente, bailaron contoneando las caderas una danza provocadora y lasciva. Desde las gradas las gentes silbaban y aplaudían frenéticamente, impacientes por ver ya sangre y lucha.

Los *porenna* regresaron a los vestuarios, dejando la arena vacía. El espectáculo había comenzado. Algunos de ellos se refugiaron en los burladeros de la plaza para observar lo que sucedía. Eyrén dirigió una mirada intensa, pesarosa y aterrada hacia Kalios. El bajó los ojos, incapaz de sostenerla: quizá no debían haber venido nunca a Tarsis. Si ella moría, se sentiría siempre culpable.

Fuera, los gritos de lucha se mezclaban con el rugido de la multitud. Tras los burladeros, entre las tablas, algunos de los *porenna* espiaban lo que sucedía en la arena y se lo transmitían a los que estaban detrás.

El espectáculo se inició con el combate entre luchadores. En aquel momento, dos púgiles competían a golpes en el centro de la arena. Uno iba perdiendo, pero se defendía de modo salvaje. Desde las gradas le increpaban al grito de «Lucha, cobarde, en ello te va la vida». Finalmente, el ganador sujetó al otro contra el suelo y comenzó a golpearlo. El público emitió un rugido y los puños se elevaron con los pulgares hacia abajo, el símbolo de la muerte. El derrotado, atrapado por el cuerpo de su oponente, apenas podía moverse. Se debatía bajo el otro púgil, que, sentado a horcajadas sobre él, lo había inmovilizado. La guardia de Krysaor levantó sobre sus escudos al ganador y lo paseó por la arena mientras el perdedor era arrastrado hacia el altar de la diosa serpiente, donde lo ajusticiaron sin misericordia bajo los gritos irracionales de la multitud.

Kalios observó a Nel de reojo. Recordó que lo había visto alguna vez hablando con el luchador que acababa de perder la pelea.

Mientras la escena se desarrollaba ante sus ojos, el rostro iba adquiriendo un color gris, inexpresivo, y apenas parpadeaba. Kalios, sin saber exactamente por qué, intuyó que la suerte de los púgiles, sobre todo de aquel que había sido su amigo, afectaba a Nel. Sin embargo, no era el mismo dolor profundo que le atravesaba cuando uno de los saltadores de toros caía.

Unos días atrás, durante una función, se había condenado a muerte a uno de los atletas, que había sido ejecutado en el altar de la diosa. Era uno de los que habían venido del norte, de las fortificaciones de los pozos, con Eyrén y Kalios. El muchacho, cuando vio salir al enorme toro negro, sintió un terror irracional y, en un acto desesperado, huyó. Kalios observó la expresión horrorizada de Nel cuando arrastraron al pobre muchacho hacia la grada donde se elevaba el altar de la diosa serpiente, y cuando el *laber* cayó sobre el cuello del atleta, apretó el puño y se lo llevó al corazón.

El día de Sopdet la muerte del púgil afectó a Nel, pero no tanto como la del atleta, a quien consideraba uno de los suyos, esto es, los saltadores de toros. Nel cargaba con el peso de sus vidas. Kalios supo que era esa carga la que lo mantenía en pie, aparentemente impasible, aunque en su interior vivía atormentado. En un lateral, tras la barrera, Nel permanecía inmóvil, aunque sumido en una concentración profunda. Se dio cuenta de que ahora llegaba el momento decisivo, el instante en que todo el entrenamiento, la disciplina y los sacrificios debían dar fruto. El éxito o el fracaso de los atletas sería el reflejo de su propia capacidad para protegerlos y guiarlos.

Tras limpiar la arena con grandes rastrillos arrastrados por mulas, sonaron las trompetas que marcaban la hora de la taurocatapsia. Los saltadores calentaban los músculos en una esquina. Nel levantó la mirada, de un color verde azulado, traslúcida, triste, de despedida, pero inmediatamente se tapó la cara unos instantes con las manos y, al retirarlas, en su rostro solo había determinación y una expresión concentrada.

El enorme toro negro cetrino que Kalios había visto la tarde anterior irrumpió en la arena. Inmediatamente, Nel apareció ante el público, corriendo ágilmente delante del animal. No era una carrera normal, sino una danza muy rápida y precisa, al ritmo de tambores y címbalos. Nel saltaba extendiendo las piernas en el aire mientras el toro lo seguía, cada vez más bravo. Con quiebros hábiles, sorteaba las embestidas del toro. En un momento dado se elevó en un doble salto que desconcertó al animal. Después, en un acto de pura audacia, se dirigió de frente al toro, se elevó en el aire, enfrentándose a los cuernos, y, agarrado a ellos, saltó hacia atrás, dando una doble voltereta sobre el lomo. El animal, enfurecido y desorientado, lo persiguió de nuevo. Nel, con movimientos impecables, lo esquivaba con piruetas y quites elegantes, como si la arena fuera un escenario, y él, el maestro de la función. El público, que lo amaba, contenía la respiración pendiente de cada uno de sus movimientos, temerosos de que algo pudiese salir mal. Finalmente, Nel se refugió tras un burladero.

El aplauso fue ensordecedor, mientras el toro, frustrado, arañaba el suelo con las pezuñas; después, con una embestida descontrolada, se lanzó contra las tablas del escondrijo del atleta, corneando la madera. Del burladero opuesto al que servía de refugio a Nel, salió una hermosa y muy joven *porenna*. Era Eyrén. Toda la plaza la observó con sorpresa. Aquella figura estilizada, de pechos pequeños cubiertos por una leve tela semitransparente y cintura estrecha remarcada por un cinturón del que pendía una corta y vaporosa faldilla que dejaba al descubierto sus estilizadas piernas, era toda una novedad para el público. Llevaba el cabello oscuro y ensortijado recogido en un tocado en la nuca que le permitía libertad de movimiento.

La música sonó dulce, femenina y muy diferente de la que había acompañado a Nel. Al címbalo y al tambor se unieron los delicados sonidos de una flauta y un arpa. Eyrén comenzó a bailar en el centro de la plaza, girando sobre sí misma mientras ejecutaba un ágil tirabuzón. Después corrió describiendo una diagonal para situarse en

el lugar opuesto al toro, que seguía empitonando el burladero. Esperó inmóvil hasta que el animal advirtió su presencia.

En cuanto el toro se giró hacia ella, Eyrén, sin arredrarse, corrió directamente hacia el enorme animal, que inició una carrera para embestirla. Al llegar al centro de la plaza, la bestia y la doncella se encontraron. Justo en ese momento, ella saltó agarrándose con destreza a los cuernos del toro y realizó una doble voltereta sobre el lomo, de tal modo que salió por los cuartos traseros a gran velocidad y lejos del alcance del animal.

La plaza entera estalló en un aplauso. Todos sabían que el salto era peligroso, y que cualquier mínimo fallo podría haber acabado con la atleta empitonada por el toro. Tras el salto, Eyrén abandonó la plaza y se refugió en el burladero, donde estaba Nel. Emocionada, sin pensarlo, se abrazó a él, pero Nel se puso rígido y, con un brusco movimiento, se apartó de ella, rechazándola.

—Me descentras, estúpida —masculló. Eyrén, avergonzada y profundamente herida, se retiró sin decir una palabra.

Mientras tanto, en la plaza una nueva melodía comenzó a resonar, estruendosa y marcial, con el compás marcado por el son de tambores. Kalios entró en la arena, liderando un grupo de cuatro gimnastas. Con agilidad impresionante, saltaban unos sobre otros hasta formar finalmente una gran torre humana en el centro de la plaza. Cuando el toro, que estaba corneando el burladero donde permanecía Eyrén, advirtió la presencia de la torre de gimnastas, los embistió. Pero antes de que llegara a alcanzarlos, la atleta que coronaba la torre, Siwi, se lanzó con valentía sobre el animal y cayó apoyando los brazos sobre su lomo. El toro, desconcertado, se revolvió contra ella, desviándose así de los atletas, que se separaron y comenzaron a realizar acrobacias en medio de la pista. Saltos y piruetas espectaculares se sucedían a gran altura, sus cuerpos moviéndose con precisión y velocidad, mientras la multitud observaba, cautivada por la tensión del espectáculo.

Siwi, mientras tanto, distraía al toro. De su cinturón había sacado un paño de color rojo, que desplegó ante el animal para llamar su

atención al agitarlo frente a él. Los otros atletas lo rodeaban y provocaban con trapos de colores vivos, creando un espectáculo vibrante y caótico. El toro no sabía a quién acudir, porque, cuando se lanzaba sobre uno, desde atrás le tiraban de la cola, o saltaban sobre él, siempre al ritmo de una música salvaje. Sonaban risas en la plaza. Después, los atletas, de dos en dos, danzaron por la pista y emprendieron una carrera circular perseguidos por el toro, fatigado pero aún con fuerza. Los cuatro gimnastas salieron de la plaza mientras Kalios, que permanecía en ella, atrajo al toro al centro.

Cambió la música para dar paso al himno a la diosa, el momento central del espectáculo. El fiero animal, como si intuyera que algo diferente iba a suceder, se detuvo. Kalios aprovechó para saltar sobre su lomo, y al ponerse de pie, el animal se encabritó. Desde un lado del ruedo salió Nel, y desde el otro, Eyrén, que empezaron a ejecutar un baile acrobático. Nel la lanzaba al aire y la recogía como si de una pluma se tratase. Se fueron aproximando al toro por el lado derecho. Mientras, Kalios, que había saltado hacia el lado izquierdo, observaba cómo el toro, olvidándose de él, se dirigía a la pareja, que no solo no lo evitó, sino que, sin miedo, se subió al lomo.

En ese preciso momento, el vigoroso siervo se adelantó y se aferró a los cuernos del toro. Sus músculos se tensaron, y parecía imposible que fuera capaz de contenerlo. La bestia bramaba y forcejeaba, pero Kalios, con una fuerza sobrehumana, lograba retenerlo. Nel y Eyrén, mientras tanto, iniciaron sobre el lomo del animal una serie de acrobacias inimaginables y rapidísimas porque las fuerzas de Kalios comenzaban a fallar y no disponían de mucho tiempo. Eyrén, de pie sobre los hombros de Nel, giró en el aire, dando un triple salto, y fue recogida en los brazos de él, quien la lanzó de nuevo a lo alto. Volvió a ejecutar una doble pirueta y cayó por delante del toro, más allá de donde Kalios sujetaba al toro.

Este, al borde de sus fuerzas, soltó los cuernos del animal y se apartó a un lado, hacia el burladero. Nel permaneció aún unos instantes sobre el lomo y, tras dar un impresionante triple salto

mortal, salió por detrás del toro. Los tres atletas se refugiaron en el burladero, mientras la plaza entera se puso en pie, aclamándolos.

El toro, agotado por el intenso esfuerzo, tropezó, cayó al suelo y se levantó con dificultad. Se oyeron silbidos. Desde las gradas, los espectadores, con los pulgares hacia abajo, determinaron la muerte del animal. Los guardianes de la diosa le lanzaron gruesos lazos de cuerda de cáñamo y lo inmovilizaron frente al altar. Allí un sacerdote le clavó el *laber* en el cuello. El animal bramó con el grito de la muerte mientras su roja sangre teñía la arena dorada.

Retiraron al toro, que al ser arrastrado por unas mulas fue dejando en la arena un reguero de sangre. Kalios palideció. Desde niño había aprendido que el toro era sagrado y no debía morir en los espectáculos de taurocatapsia. Nel cruzaba los brazos sobre el tórax en una expresión indescifrable, quizá de orgullo por la hazaña que habían realizado, quizá, como adorador de Atón, de dolor ante la muerte del noble animal. Fuera se oían los gritos que pedían otra actuación, otro toro, y el saludo de los artistas.

Nel, Kalios y Eyrén avanzaron hasta el centro de la plaza para recibir la ovación del público. Nel caminaba delante, despacio, con la dignidad de un rey, hacia el centro de la arena, seguido por sus dos compañeros. La plaza entera los vitoreó. El rostro de Nel miraba a todos los que aplaudían con una expresión de desdén, difícil de percibir desde las gradas, como si estuviese pensando que aquella gente era despreciable por disfrutar con un espectáculo cruel. Después miró al sol que iluminaba la plaza y sonrió con la cabeza alzada a lo alto, el rubio cabello revuelto por el ejercicio.

Había en Nel algo que no parecía humano.

La guerra

Tebas, 1560 a. C.

Nórax apenas podía sostenerse en pie cuando llegaron las noticias del sur: un noble tebano se había proclamado faraón. Se hacía llamar Seqenenra y su voz había encendido la rebelión en Tebas, que ya parecía apagada. Las dos tierras se quebraron. Los hicsos mantenían el delta, pero el Alto Egipto, desde la primera catarata hasta más allá de Elefantina, respondía ahora al nuevo soberano. La guerra no tardaría en estallar.

Nórax, encorvado sobre su sitial, ya no podía blandir la espada ni dirigir a sus hombres. Su brazo temblaba al alzar una copa. En los consejos, su voz se quebraba. Kenna, taciturno, se mantenía a su lado, impotente. Fue entonces cuando Gael asumió el mando de los *góidel* de un modo efectivo. No hubo ceremonia. Ningún gesto solemne. Rubio como su padre, alto y de fuerte complexión, empuñó la espada heredada y montó a caballo en silencio mientras los guerreros lo observaban con respeto en la explanada. Cuando partió al frente, no dio órdenes; simplemente lo siguieron.

Y fue en los días siguientes, entre polvo y sangre, cuando su nombre comenzó a correr de boca en boca. En las escaramuzas a orillas del Nilo, en los desfiladeros de piedra seca del sur, donde el sol no daba tregua, los soldados tartesios lo seguían como si fuese su estandarte, gritando:

—¡Gael! ¡Gael!

Era rápido, impredecible. Su lanza atravesaba escudos como si conociera su punto exacto de penetración. Sus ojos brillaban como si

algo más, algo antiguo, heredado de los grandes patriarcas de su estirpe, habitara en él. Peleaba con furia y con un extraño silencio. Y detrás de él, los suyos nunca retrocedían. Aldair, quien le había enseñado a luchar, combatía a su lado con orgullo.

Para los egipcios, era un jinete venido del mar. Para los *góidel,* un guerrero de luz. Decían que la muerte lo buscaba, pero no lo hallaba. Que las flechas se desviaban antes de tocarlo. Que en su rostro aún vivía la mirada de alguien sobrenatural. Nórax sabía que era la mirada de Eteria. Y, mientras las tierras de Khemet ardían en dos bandos, Gael comenzaba a convertirse no en el hijo de Nórax, sino en el que tomaría su lugar.

La guerra había llegado al corazón del Alto Egipto. Las tropas hicsas, endurecidas por meses de escaramuzas, descendían como una sombra sobre las tierras del sur. Gael marchaba al frente, convertido ya en leyenda entre los suyos, que gritaban su nombre al cargar sobre los tebanos, como si esa sola palabra los protegiera del hierro y la muerte.

Ese día, bajo el cielo abrasado, Gael, con mirada serena y pasos firmes, encabezaba el ataque en la llanura cercana a Tebas. Avanzaba con el hacha de guerra alzada como una extensión de su propio cuerpo. En medio del fragor, fue cercado por un grupo de soldados tebanos. Eran tres, quizá cuatro, curtidos por el desierto y el odio. Al frente de ellos, avanzaba hacia Gael un hombre alto, delgado y fuerte, de rostro alargado y pómulos marcados. Transmitía fuerza y una actitud que imponía respeto. Gael retrocedió un paso, sin perder la firmeza, con los ojos encendidos y el cuerpo erguido. De pronto, con un giro brutal, levantó el hacha sobre su cabeza y la lanzó con toda su fuerza. Voló como un rayo negro entre lanzas y gritos… y encontró su blanco.

El golpe fue seco, terrible. El filo se hundió en el cráneo de aquel hombre alto, al parecer el jefe enemigo, quien cayó de rodillas con la mirada ya vacía mientras a su alrededor los tebanos gritaban con espanto y trataban de abrirse paso entre la confusión. Por un instante, el combate se detuvo. Luego el nombre de Seqenenra, el

faraón del sur, se propagó como un gemido entre las filas tebanas. Los hicsos que rodeaban a Gael se abalanzaron entonces sobre el cuerpo caído y, cegados por la furia de la batalla, se ensañaron con él. Entre golpes de hacha, lanzas y puñales, destrozaron todavía más aquella cabeza antes de que los tebanos lograsen recuperar el cadáver de su rey.

Un clamor de horror recorrió el frente tebano como un escalofrío. Muchos retrocedieron. Otros cayeron de rodillas. En las líneas hicsas, en cambio, estalló un rugido de júbilo.

—¡Ha muerto! ¡Seqenenra ha caído! —gritaban una y otra vez.

En aquella llanura abrasada por la guerra, la caída del rey cambió el destino del día. Gael, con la sangre ajena aún salpicando su rostro, comprendió que se había ganado algo más que una batalla.

La muerte de Seqenenra Taa, el faraón de Tebas, selló el destino de la guerra en el Alto Egipto. Con él caía no solo un hombre, sino un símbolo: el sur perdía a su líder, su esperanza de resistir. Las tropas *góidel,* al frente de los mercenarios hicsos, barrieron a los tebanos. La batalla había sido cruenta. La arena quedó sembrada de cuerpos, sobre todo del bando tebano.

Cuando el grupo de *góidel* liderado por Gael finalmente pudo acercarse al lugar donde yacía el cuerpo del rey tebano para llevárselo triunfalmente hasta Avaris, lo encontraron con la faz totalmente desfigurada. Incluso a Gael, curtido ya por la guerra y acostumbrado al campo de batalla, le impresionó la carnicería que se había hecho con el caído. Se arrodilló junto al cuerpo del faraón y lo examinó en silencio. El cráneo estaba hundido y abierto en varios puntos, la sangre ennegrecida se mezclaba con el polvo de la llanura y apenas quedaban rasgos reconocibles en aquel rostro que, poco antes, había conservado todavía dignidad y majestad en medio del combate. Entonces, cuando levantó la mirada, dos figuras se interpusieron ante él.

El primero era un joven erguido, de rostro tenso y mandíbula apretada, que lo observaba con los puños cerrados y una expresión cargada de odio contenido. A su lado, un muchacho apenas mayor

que un niño sostenía con ambas manos un largo puñal que temblaba ligeramente entre sus dedos. Permanecieron inmóviles frente a Gael, mirándolo con una furia silenciosa que parecía más profunda que el miedo. Más tarde supieron sus nombres. El mayor era Khamose; el niño, Ahmose.

Gael, aún con el calor de la sangre reciente en sus venas, nunca olvidaría aquella mirada. La del niño ardía con una rabia que no era propia de su edad: el fuego puro del odio. El germen de una venganza que tardaría años en cumplirse, pero a la que un día él mismo se tendría que enfrentar.

Gael hizo sonar el cuerno de retirada. Permitió que los tebanos recogieran a sus muertos para que pudieran embalsamarlos y darles sepultura conforme a los ritos funerarios acostumbrados. Sin embargo, la mirada del joven Ahmose no se borraba de su memoria. En aquellos ojos oscuros latía el odio más gélido, una promesa silenciosa de venganza.

Al regresar a Avaris, Gael relató a su padre lo ocurrido. Nórax, desde su sitial, lo escuchó con atención.

—Nunca lo perdonará —exclamó Nórax, con tono grave.

—Es la guerra… —musitó Gael.

—Sí, pero ese muchacho posiblemente aún no esté preparado para asumir la desgracia.

Gael asintió, con la mirada perdida.

—Intuyo que así será. Lo vi en sus ojos…, solo odia.

No solo en aquella ocasión, tras la batalla donde murió Seqenenra. En muchas otras, Gael recurría a su padre en busca de consejo, pero Nórax se debilitaba con cada luna. La enfermedad avanzaba con lentitud, pero implacable. A veces, solo para respirar, debía hacer una pausa y cerrar los ojos. Sin embargo, en sus pupilas cansadas brillaba una sabiduría que fue aumentando a lo largo del tiempo.

El tiempo transcurría lento en la ciudadela del delta, y Nórax, reclinado en su lecho, apenas salía ya de la estancia donde dormía. Las voces del palacio le llegaban como ecos lejanos. En sus ojos no

había amargura, pero sí una pena antigua que pesaba más que su cuerpo enfermo. Durante días, contemplaba en silencio los frescos del techo, los nudos interminables que él mismo había mandado pintar, símbolos de un saber que apenas comprendía ya, salvo en su hondura última: la del amor perdido. El deseo de volver a ver a Eteria se hacía acuciante y desesperado.

Una tarde, mientras la luz del ocaso se colaba oblicua por la celosía, un recuerdo se le impuso con fuerza: Areté sosteniendo la piedra de luz. Nunca la había tocado, excepto el día que lo visitó Areté, pero de pronto recordó que ambos pudieron ver unas figuras en la piedra.

Con manos temblorosas, Nórax se acercó al cofre de caoba y abrió la tapa. Dentro, como dormida en su lecho de lino, la piedra de luz resplandecía con reflejos tornasolados. No brillaba como en manos de Eteria y de Areté, pero seguía siendo hermosa, y estaba misteriosamente viva.

Tomó la gema entre las manos. Por un momento, solo sintió el peso frío del cristal. Pero, entonces, algo en la piedra cambió. Un temblor leve, una pulsación cálida. Una paz profunda lo envolvió. Cerró los ojos, con la piedra aún entre las manos. Por fin, el silencio no era vacío, sino plenitud.

Desde aquel día, Nórax vivió en paz. Una serenidad nueva, casi luminosa, se había instalado en sus gestos, en su voz, incluso en su silencio. Gael lo notaba. Lo sentía en la forma en que su padre lo miraba, como si ya nada pudiera herirlo, como si algo —o alguien— lo llamara desde más allá del mundo.

A Gael le habría encantado permanecer largas horas a su lado, sentado a los pies del viejo almirante de las naves de Tarsis, escuchando una vez más las historias que conocía de memoria, solo por el placer de oír su voz. Pero el deber lo reclamaba constantemente. El faraón, que veía en él a su guerrero más leal y hábil, le encomendaba una y otra misión, confiándole tareas que pocos podían cumplir.

Una tarde, con la brisa tibia entrando por las celosías del aposento, Nórax supo que Gael estaba en la ciudadela y lo llamó a su lado. Sus manos, envejecidas, acariciaron el cofre una última vez antes de abrirlo. Dentro, la piedra de luz brilló débilmente, como si despertara del sueño.

—Quiero que sepas —dijo Nórax con voz tenue, casi quebrada— lo que esta joya ha significado. Cómo conocí a tu madre. Lo que tuvimos que hacer para que nunca cayera en manos de la oscuridad. Esta piedra no debe usarse salvo cuando el alma lo exija con pureza… o desesperación.

Gael se dispuso a escuchar sin interrumpirlo. Su padre comenzó a hablar, despacio, deteniéndose a veces, pero con paz. Le contó una historia de la que ya conocía muchos hechos, pero que ahora se le revelaba con profusión de detalles que ya intuía y que recibía como quien es ungido por un legado.

—Yo me iré —añadió su padre—, pero la piedra te unirá a nosotros. A tu madre. A mí. Nunca estarás solo. —Entonces, la mirada de Nórax pareció perderse más allá del tiempo, y con un tono grave, profético, añadió—: Un día encontrarás a una mujer. No sabrás al principio quién es, pero ella hará brillar de nuevo la piedra. Esa mujer será una hespéride. Y lo sabrás porque no podrás apartarte de ella. Es la hija del alba y se llama Ziwatt.

Le hizo un gesto con la mano temblorosa, señalando la caja. Gael tomo la gema sagrada y la puso en alto. La luz del atardecer incidía en su superficie. En el interior de la piedra, como de un agua antigua, surgió la imagen de una mujer de espaldas vestida con una larga túnica blanca, de un tejido muy fino, y de cuyos hombros colgaba un manto largo y blanco que semejaba las alas de un ave blanca. Gael la vio también: unos ojos grandes, levemente rasgados y de color melaza, que a Gael le recordaron los de su madre.

—Ella es el ave blanca, la que conducirá de regreso a nuestro pueblo a Tarsis.

Después los dos guardaron silencio.

La fiesta de los *porenna*

Tarsis, verano de 1551 a. C.

Aquella noche, hubo una celebración en las estancias bajo la plaza. Tambores, flautas y címbalos marcaban una música alegre y rítmica. Los sacerdotes de la diosa les repartieron una bebida a base de alcohol y de hierbas aromáticas, como tantas otras veces, para hacerles olvidar el sangriento espectáculo en el que muchos morían. Sin embargo, esa noche todo fue diferente. Reinaba una alegría genuina, casi palpable: ninguno de los atletas había muerto en las acrobacias frente al toro, ninguno había sido entregado a la diosa.

La Señora de las Serpientes se había saciado con la muerte del pugilista y la del toro. Esta vez los saltadores habían escapado de su sed de sangre. Por primera vez en mucho tiempo, Nel sonreía, y eso llenaba de alegría a Kalios. Comprobaba lo que siempre había intuido: que la dureza del capitán de *porenna* no era frialdad.

La fiesta pronto se desbordó con la euforia de los ritmos frenéticos. Los músicos subieron por la amplia escalinata y saltaron a la arena. Los atletas los siguieron, bailando descontroladamente, contagiados por la melodía. La arena, ahora limpia de todo rastro de sangre, se trasformó en un lugar vibrante donde los *porenna* danzaban bajo el cielo oscuro estrellado y la suave luz de las antorchas.

Kalios no apartaba los ojos de Eyrén, quien bailaba con una gracia ágil y flexible, su cuerpo moviéndose como si fuera parte de la música. Él la observaba con adoración mientras ella sonreía porque sentía que tenía la vida por delante. Había triunfado en la

arena y en ese momento era verdaderamente feliz. Sin embargo, mientras giraba, buscó entre los que participaban en la fiesta a Nel. No lo encontró. Se dio cuenta de que una vez más había desaparecido, como si se hubiese esfumado.

Por un momento, Eyrén se sintió liberada. Desde el desplante en el burladero, cada vez que pensaba en él, la vergüenza la asaltaba. Pero ahora, con Nel fuera de la vista, sentía que podía bailar, sonreír y ser ella misma. Al cabo, cansada de bailar, se sentó al lado de Siwi en una de las gradas inferiores. Poco después, se les acercó Loria.

—Desde que llegué aquí, es el primer espectáculo en el que nos libramos de la diosa —comentó alegremente Eyrén.

—Sí, es lo mejor que nos podía pasar. Gracias a Nel… —exclamó Loria con una expresión de gratitud.

Eyrén se levantó bruscamente y se colocó delante de Loria mientras flexionaba el codo y la señalaba con el índice.

—¡Es un…!

Loria agarró aquel índice amenazador, lo puso sobre la boca de Eyrén para detener la expresión de desprecio que iba a salir de sus labios y la interrumpió con suavidad.

—Si Nel no os entrenara como lo hace, muchos más morirían.

Eyrén la miró, confundida

—Pero… ¡es cruel!

—No lo es —le cortó Loria con una sonrisa dulce—. Quizá está amargado… y se siente culpable de las muertes de los *porenna*. Te aseguró que hubo un tiempo, cuando los dos éramos jóvenes, en que pudo haberse ido y no lo hizo por cuidar de los *porenna* y de mi familia.

Eyrén no quiso darle la razón, no después de lo ocurrido en el burladero, que le había dolido más que los golpes que recibía en los entrenamientos.

—Siempre lo defiendes —le reprochó Eyrén con tono agrio.

—Es mi hermano de leche… —alegó Loria en un tono más bajo, casi como si compartiera un secreto.

Eyrén sintió curiosidad. Nunca había pensado que Nel pudiese tener un pasado ni, mucho menos, una familia.

—¿Sí? —le preguntó, ahora intrigada y mirándola con creciente interés.

Loria sonrió y, en voz muy baja, casi en un susurro, le contó:

—Mi padre era capitán de *porenna* y mi madre trabajaba como cocinera para el templo y el palacio, en tiempos de Gerión. Cuando la revolución de Krysaor, mataron a muchos niños de familias contrarias al nuevo rey. Alguien salvó a Nel y lo ocultó aquí, en la plaza. Nos criamos con otro hermano que… —Loria echaba mucho de menos a Aldair— se fue tiempo atrás. Siempre hemos vivido cerca de la arena…

Eyrén, al escuchar esta historia, comenzó a entender la estrecha relación entre Nel y Loria.

—Por eso domina la taurocatapsia —concluyó Eyrén reflexionando en voz alta—; desde niño se ha entrenado…

—No es solo eso —replicó Loria—. Nel siempre tuvo un don natural para saltar toros.

—Es despótico y duro con los saltadores —añadió Eyrén, aún molesta—, pero a ti te respeta.

—No siempre —le contestó Loria con una leve sonrisa—, pero yo le hago frente porque lo conozco muy bien.

—¿Sabes adónde ha ido? —preguntó Eyrén, intrigada.

—Nunca se sabe.

—El otro día lo seguí. Entró en un burdel. ¡No es tan perfecto como parece!

Loria la miró con gesto serio, como reconviniéndola.

—No deberías haberlo hecho. Ni tampoco juzgarlo —le espetó en tono firme.

—¿Por qué?

—Podrías haber atraído sobre él a los vigilantes. Si hace algo así, sus motivos tendrá. Yo nunca juzgo a Nel, confío. Sé que nos protege. A nosotros y a otros muchos.

Loria bajó suavemente los párpados y las largas pestañas sombrearon sus hermosos ojos oscuros. Eyrén no se quedó tranquila y la azuzó:

—¿A quiénes protege?

—No puedo decirte más —respondió Loria con firmeza.

Eyrén decidió que no deseaba saber nada más de ese hombre que la había humillado pocas horas atrás.

—Me da igual lo que haga —afirmó Eyrén deprimida—. Esa diosa maligna solo quiere la muerte. Al final, todos moriremos.

—No.

Eyrén se sorprendió porque aquel «no» sonó muy fuerte, firme y categórico. Eyrén, desconcertada, se quedó en silencio, pero Loria continuó con un tono grave pero esperanzado:

—Hay una leyenda que creo que un día se hará realidad.

Siwi, al lado de las dos, no podía seguir bien la conversación, pero al escuchar la palabra «leyenda» se levantó con curiosidad y se acercó para oír mejor lo que Loria estaba diciendo.

—Un día regresarán los *góidel*.

—¿Quiénes son los *góidel*? —le interrumpió Eyrén.

—Son los elegidos, los que adoran al Único en la forma de Atón, el dios solar, y descienden de un hijo de Tarsis llamado Gael. Los *góidel* rechazan los sacrificios humanos y el trato cruel con los animales… Aman la naturaleza, y son grandes navegantes. Nel y yo nos criamos con ellos… —Se detuvo y tragó saliva—. Fueron expulsados, pero aún quedan algunos. Son los que ocultamente conservan la tradición del dios solar en la ciudad.

Eyrén, sorprendida, asintió lentamente:

—En mi poblado también se adoraba a Atón… —confesó, sintiendo una conexión inesperada.

—Y en el mío —afirmó Siwi con complicidad.

Loria movió sus hermosos rizos negros y les siguió explicando:

—Sí. En los poblados de los pozos alejados de esta urbe corrupta por el oro se sigue adorando al Único. Pero aquí, en Tarsis, la herejía de la diosa entró por el mar con Akálide. —Loria bajó la mirada, su

voz cargada de tristeza—: Nel, que tiene un don para penetrar en la realidad y en el futuro, me ha dicho alguna vez que la ciudad está corrompida y va a desaparecer. No quedarán de ella ni siquiera los cantos de los poetas.

Los ojos de Loria se llenaron de lágrimas, y Eyrén y Siwi, las dos chiquillas de los poblados, la miraron asustadas. Sin embargo, ella se recompuso.

—Solo queda una esperanza…

—¿Cuál? —preguntó Eyrén.

—El ave blanca. —Loira tomó aire y su voz quedó envuelta en misterio mientras proseguía—. Cuando los *góidel* fueron desterrados con su príncipe, llamado Nórax, al zarpar las naves, ocurrió algo. Una mujer, la esposa del propio Nórax, vestida con ropajes blancos, hizo una profecía, y en sus labios se escuchó la voz del dios. Después se precipitó al mar. Algunos solo vieron su cuerpo golpeando las rocas, tiñendo el mar de sangre. Los fieles a Atón oyeron la profecía y la interpretaron como una promesa del dios. Después la vieron transformarse en luz y en espuma de mar. —Los ojos de Loria, brillantes, dejaban traslucir la esperanza que anidaba en su corazón mientras decía—: La profecía de Eteria aseguraba que, cuando todo se hundiese, los desterrados volverían con una mujer al frente, el ave blanca, y con ellos vendría la salvación…

—¿Tú crees en ello? —le preguntó Siwi.

—Sí. Firmemente. Fue hace tiempo, pero vi cómo se convertía en luz. Los desterrados volverán con el ave blanca y venceremos al mal. Es la única esperanza. Nel también lo cree.

La música seguía resonando con una armonía rítmica y enloquecedora y Loria se dejó llevar por ella y comenzó a bailar como si quisiese olvidar en la danza sus preocupaciones: la cercanía de la muerte, el miedo latente, la corrupción en la ciudad. Su hermoso cabello oscuro, entreverado con alguna cana, destelleaba bajo la luz de las antorchas, y el brillo de sus ojos la dotaba de una sensualidad magnética.

Después de un rato entregada al baile, se detuvo y se acercó a los músicos, que la saludaron con complicidad. Y, a una palabra suya, los instrumentos enmudecieron. Loria entonó un himno desgarrador, un canto que invitaba a la lucha y a la vida. Todos guardaron silencio para escucharla, formando un círculo a su alrededor. La lira de uno de los músicos se unió a su voz, seguida después de una flauta y finalmente del sonido de los címbalos. Cuando dejó de cantar, el silencio llenó la arena durante unos instantes que se hicieron largos en el corazón de todos, que finalmente estallaron en una ovación cerrada.

Los sacerdotes de la diosa, al ver a los *porenna* unidos, se sintieron incómodos. Ordenaron a algunos guardianes que repartiesen entre los saltadores una pócima de hierbas. No todos la tomaron. Kalios la rechazó —no le gustaba tomar nada que le pudiese debilitar— e impidió que Eyrén la bebiese. Loria, que conocía lo que era, tampoco lo hizo. Sin embargo, Siwi, Yako y muchos otros lo hicieron. Pronto estuvieron en el suelo o deambulando por la arena narcotizados. Al ver a sus amigos en aquel estado, Eyrén, asustada, se agarró a Kalios. Él la acogió entre sus brazos para hacerle sentir su apoyo. Los guardianes de la diosa los observaron con desconfianza y, con gestos bruscos, los separaron.

De nuevo Nel

Tarsis, otoño de 1551 a. C.

Después de la fiesta de Sopdet, Nel se esfumó. Pasaron dos días sin que apareciese por los entrenamientos, de modo que, en su lugar, otros gimnastas menos capacitados que él comenzaron a adiestrar a los *porenna.* Eyrén oyó rumores acerca de que tiempo atrás aquello había sucedido ya en varias ocasiones. Los sacerdotes, y los guardianes de *porenna,* lo habían amenazado, advirtiéndole de que, si volvía a ocurrir, sería castigado severamente.

La ausencia de Nel no dejaba de rondar la mente de Eyrén. La joven no podía sacárselo de la cabeza. Llegó a soñar con él.

—Como no regrese Nel —le dijo a Kalios—, no podremos hacer el número…

—Y no solo eso —contestó—. Date cuenta de que, al no haber entrenado con Nel, que nos corrige todo, perderemos precisión y potencia.

Esa noche, cuando ya lo daban por perdido, Nel reapareció de repente. Inmediatamente lo detuvieron y lo encerraron un calabozo varios días. Cuando regresó, llevaba las marcas del látigo en la espalda.

Cuando retomó los entrenamientos, Nel estaba más torpe, pero en pocos días su soltura y destreza volvieron a ser las de siempre. Los *porenna,* cuando sentían la presencia de Nel, se esforzaban más. Aunque no lo expresaban con palabras, su actitud dejaba claro cuánto lo habían echado de menos. Nel, por su parte, los trataba como siempre, con dureza, sin permitirles faltar a la disciplina.

Esa noche, en su camastro, Eyrén no lograba apartar de su mente a Nel y su corazón latía con fuerza. Era muy fácil saltar el toro teniendo al lado a alguien tan experto, tan decidido y tan seguro como Nel. De pronto oyó pasos subiendo por las escaleras. Se levantó para ver quién era y se dirigió a la sala central. Allí, bajo la luz tenue de una antorcha, vio la atlética figura de Nel, que con paso elástico y ágil subía los peldaños de la escalera de dos en dos y desaparecía una noche más por la salida de las estancias de los *porenna*.

Cuando amaneció, y se iniciaron los entrenamientos, el jefe de *porenna* no aparecía por ningún lado. Los saltadores de toro intentaron seguir la rutina de los entrenamientos, pero no hablaban entre sí. Hubo varias caídas porque no tenían coordinación ni mantenían un ritmo continuado. No quedaba mucho tiempo para el próximo espectáculo, lo que les ponía a todos aún más nerviosos. Cuando llegó la noche, aumentó la preocupación. Muchos no podían dormir. Eyrén dio vueltas en el camastro y se durmió de madrugada.

Por la mañana, Nel seguía ausente. Los guardias leyeron un manifiesto: si el jefe de *porenna* no aparecía, por cada día de retraso se enviaría al *laber* a uno de los saltadores. La primera ejecución estaba prevista para el día siguiente.

Cuando terminó el entrenamiento, Loria se aproximó a Eyrén, y su voz transmitía una gran inquietud.

—Me dijiste que conocías un lugar al que Nel se dirigió una vez.

—Sí —respondió Eyrén, un tanto incómoda.

—Quizá podrías ir allí y preguntar.

—¡Es un prostíbulo! —exclamó Eyrén, sorprendida.

—Pídele a Kalios que te acompañe. Debemos protegerlo como él nos protege a nosotros. ¡Estoy segura de que algo le ha pasado! ¡Puede que esté en peligro! Y nosotros también… Mañana alguien va a morir si no aparece.

A juzgar por su voz, Loria estaba muy asustada.

—¿Cómo podremos salir? —le preguntó Eyrén.

—Sabes que tengo amigos… Pueden abrir puertas.

Eyrén había oído hablar de aquellos amigos de Loria, sacerdotes de la diosa que, a cambio de determinados favores, la protegían.

—Búscalo. Ve con Kalios. Yo no puedo, me espera… «un amigo» —exclamó Loria con amargura—. Creo que Nel está metido en algo grave. Se ha negado a decirme lo que es.

Sintió el perfume de Loria, que emanaba una sutil sensualidad. Eyrén adivinó que ella y Nel eran algo más que hermanos de leche.

—Tengo miedo de que le haya pasado algo. Nunca ha tardado tanto en regresar.

Aquella noche Eyrén condujo a Kalios hasta la taberna, pero se quedó fuera. Desde la ventana, señaló discretamente hacia el interior y le indicó a Kalios quién era la mujer con la que se había reunido Nel.

—Ella es la única que puede saber adónde se ha dirigido Nel, pregúntale —le susurró.

Kalios entonces entró y, como si fuese un cliente más, se dirigió a la meretriz que había estado con Nel. Le preguntó si había visto a un amigo y le describió a Nel. Ella se envaró y le dijo que no conocía a nadie semejante. Pero se detuvo ante la entrañable mirada de Kalios, que destilaba angustia.

—Si no me dices dónde está, él morirá, y con él, otros muchos. Los sacerdotes han decretado que muera un *porenna* por cada día que falte Nel. Soy amigo…, soy de fiar. ¡Ayúdame, te lo ruego!

Ella se fijó en su ropa liviana, la que llevaban los saltadores de la diosa. Los ojos de Kalios rebosaban bondad, y su expresión, con esa mirada llena de angustia, le dio confianza.

—Sí —susurró ella—, algo le ha debido de ocurrir. Yo también estoy preocupada porque no ha regresado. ¡Ayúdalo!

Echó un rápido vistazo a su alrededor y, con un gesto desvergonzado, rodeó los hombros de Kalios como si fuera parte de su rutina. Lo guio hacia el fondo de la taberna, hasta el mismo cuartucho donde había estado con Nel. Corrió una mugrienta cortina. En el centro había un jergón cubierto por una manta de aspecto desastrado. Sin titubear, la mujer levantó el jergón, debajo

del cual había una angosta trampilla. Tras señalarla, le aseguró que por allí había desaparecido Nel.

Kalios logró introducir con gran dificultad su enorme cuerpo por el hueco y se deslizó hacia abajo, descendiendo varios codos hacia las profundidades de la tierra. Al llegar al fondo del túnel, se incorporó, mareado por la caída, y se levantó trastabillando.

Al principio no vio nada. Todo estaba sumido en la oscuridad, y le costó un tiempo acostumbrarse a ella. Finalmente, a lo lejos distinguió una luz tenue y se dio cuenta de que estaba en un corredor estrecho en cuyas paredes se habían labrado toscos peldaños que descendían hacia aquella claridad. Con cautela, Kalios descendió por los peldaños, practicados en la roca bajo la ciudad. Al llegar al final de la escalera, se encontró ante un largo pasillo que descendía menos abruptamente, pero que le seguía conduciendo hacia las profundidades. En el lóbrego corredor, antorchas embreadas parpadeabas a cierta distancia unas de otras y proyectaban una luz mortecina sobre el suelo, donde se veían marcas alargadas, como si algo se hubiera arrastrado. De pronto un sonido rompió el silencio. Kalios, alerta, se pegó a la pared y contuvo la respiración.

Entonces los vio. Eran aquellos hombres de tez oscura que había visto ya en el puerto. Unos remolcaban un cargamento tremendamente pesado, tapado con esteras. Otros de la misma raza empujaban desde atrás, mientras los capataces los azotaban con látigos, instándolos con cada golpe a avanzar más deprisa.

Los esclavos que cargaban con el remolque ascendían con gran esfuerzo por la misma cuesta que Kalios estaba bajando. Ni ellos ni sus opresores advirtieron la presencia de Kalios, pegado a la pared. Cuando aquel grupo se alejó, Kalios se mantuvo sigilosamente detrás de ellos. Oyó a lo lejos una explosión en la roca, seguida de un temblor de tierra. Un viento húmedo recorrió los túneles, arrastrando ecos de gritos lejanos. De pronto, todo quedó envuelto en la oscuridad. Unos instantes después, pudo vislumbrar al final

del pasillo una luz tenue y fina que parpadeaba débilmente en las tinieblas.

Siguió descendiendo, con el terror atenazándole el pecho hasta casi dolerle. Aquellos túneles podrían conducirlo al lugar donde, según decían, habitaba el monstruo que tanto aterrorizaba la ciudad, el que llamaban el Cándamo. Quizá los siervos le llevaban comida.

Un trecho más adelante, Kalios descubrió el origen del estruendo: un desprendimiento de tierras había sepultado a varios hombres que conducían un cargamento. Al examinar el contenido, sus ojos se abrieron con asombro: era oro, mineral de oro puro. Después se inclinó sobre los cuerpos que habían quedado atrapados por el derrumbe. Solo uno de ellos continuaba con vida, un hombre pequeño de labios gruesos y rostro ennegrecido. Con esfuerzo, Kalios lo liberó y lo ayudó a salir bajo los escombros, sano y salvo. Al mirar alrededor, vio también a un guardián herido, pero el hombre pequeño le hizo gestos desesperados para que escapasen de allí de inmediato.

Siguieron corriendo juntos, avanzando rápidamente por el túnel.

—Tenemos que escapar —jadeó el hombre pequeño—. La tierra volverá a temblar y las rocas nos aplastarán.

—¿Qué… qué es este lugar? —La voz se le entrecortaba mientras corría.

—Los infiernos donde vive la diosa serpiente.

Kalios palideció, asustado.

—¿Qué es lo que hacéis aquí?

—Abrimos túneles por los que entra el agua del mar —explicó con la voz temblorosa por el miedo—, que, una vez destruye la roca, hace aflorar el oro. Después lo cargamos y lo sacamos en los carretones. Desde que hemos llegado a estas profundidades, la diosa no deja de hacer temblar la tierra cada vez. Se producen corrimientos de tierra que nos aplastan.

—Todos creen que sois carne para alimentar a un monstruo bajo la ciudad —le explicó Kalios.

El hombre sonrió tristemente, y sus dientes brillaron fugazmente en la oscuridad.

—Hum…, quizá sea así.

—¿De dónde venís?

—Nos traen de tierras lejanas; del lugar de donde vino la Diosa de las Serpientes. Una vez que entramos aquí, jamás volvemos a salir.

—Es algo cruel y despiadado.

—La Diosa de las Serpientes dice que no somos seres humanos —respondió con amargura—. Que somos feos y oscuros, que somos animales, no hombres, que solo lo bello debe vivir.

Kalios se dio cuenta de que hablaba de Akálide. Era ella. Sin duda. El hombrecillo siguió su explicación:

—Solo el dios Sol nos salva.

—¿A qué dios te refieres? —le preguntó Kalios, intrigado.

—Lo llamamos así. Algunos lo han visto. Es un hombre alto, muy fuerte y con el cabello color del oro, que conduce a los elegidos fuera de aquí.

Hablaba con emoción, describiendo al «dios Sol» con fervor. De pronto Kalios comprendió que el dios Sol no podía ser otro que Nel. Y él venía a buscarlo.

—¿Sabes dónde está ese que llamáis el dios?

—Se dice que viene por allí… —El hombrecillo señaló por donde había entrado Kalios—. Pero siempre sale hacia el mar. Nos lleva hacia el mar sobre sus hombros. Nosotros no sabemos nadar, pero él sí.

De pronto Kalios recordó lo bien que nadaba Nel, su capacidad de permanecer bajo el agua, sin respirar, lo que parecía una eternidad y salir después a la superficie.

—¿Cómo te llamas?

—Sahrik —respondió el pequeño ser esbozando una sonrisa que dejó al descubierto una dentadura amarillenta y sucia.

—Pues bien, Sahrik —propuso Kalios, devolviéndole la sonrisa—, tenemos que buscar a ese dios tuyo.

—Tú también eres un dios.

—Bueno… —rio Kalios, confundido en su sencillez—, en cierto sentido sí lo soy.

—Eres muy fuerte y muy alto —apuntó Sahrik observándolo con admiración.

De nuevo la tierra tembló y Sahrik se asustó mucho. Una tromba de agua avanzaba por el corredor. A Kalios no le cubría, pero a Sahrik, sí. Kalios reaccionó rápidamente, apartándose hacia la roca y agarrando a Sahrik para que la corriente no lo arrastrara. Durante unos instantes que les parecieron eternos, la tromba de agua los envolvió antes de seguir su curso.

Sahrik levantó la mirada hacia el rostro de Kalios, quien sacudía la cabeza para quitarse toda el agua que le había empapado.

—Es la gran diosa serpiente, la esposa del Cándamo —murmuró Sahrik con temor.

—Tenemos que salir de aquí —resolvió Kalios con decisión—, tenemos que encontrar a Nel.

—¿Llamas Nel al dios?

—Sí. Se llama Nel.

—Hablaré con mis hermanos, quizá sepan algo.

Sahrik guio a Kalios cada vez más profundamente, descendiendo hacia las entrañas de la tierra. Finalmente alcanzaron una inmensa hondonada donde innumerables esclavos trabajaban sin descanso y una red de túneles oscuros confluía como las raíces retorcidas de un árbol subterráneo. La hondonada parecía una enorme cúpula, con un extenso pilar central.

Había allí cientos de esclavos: algunos sacaban agua en cubos, como él cuando trabajaba como aguador; otros cargaban el metal en carretones, que acoplaban a los convoyes que Kalios había visto antes; por último, un tercer grupo excavaba en el gran pilar central, que de vez en cuando destellaba oro bajo los golpes de los picos de los trabajadores.

De pronto, cerraron unas compuertas de madera para abrirlas bruscamente de golpe. La tromba de agua estalló contra el pilar

central y, en un instante, un violento terremoto sacudió todo a su alrededor. Kalios y Sahrik temieron ser aplastados, mientras la tierra vibraba sobre ellos y bajo sus pies. Después el terremoto cesó y los hombrecillos se dedicaron a recoger los pedruscos que habían caído por la tromba y a desmenuzarlos para extraer el oro.

Kalios y Sahrik observaban todo en silencio. Una piedra que cayó desde el techo aplastó a un hombre. Los guardianes no dejaron que los otros lo liberaran del peso de la roca, y debió de morir en poco tiempo. Kalios se horrorizó y un silencio pesado se abatió sobre ellos. Al fin pararon los trabajos para que un grupo de esclavos relevase a otro.

Sahrik señaló a uno de los que acababan de salir hacia los túneles laterales y cuchicheó a Kalios:

—Ese es mi hermano. Hacía tiempo que no lo veía…, creí que había muerto. Él sabe todo lo que ocurre aquí.

Lo siguieron pegados a la pared y consiguieron acercarse sin ser vistos. Cuando Sahrik llegó a su lado, se abrazaron. Le susurró algo al oído, habló del dios, y el hombre les hizo una señal para que lo siguieran. Aprovechando la penumbra del túnel, lograron escabullirse de los guardianes. Retrocedieron por pasadizos más estrechos hasta alcanzar una cueva más amplia, en las profundidades. Una tea encendida en un rincón arrojaba una luz débil. Se detuvieron allí, escondidos en un entrante de la roca. Sahrik agarró la tea para iluminar el pequeño refugio y a la luz vacilante pudieron reconocerse mejor. Cuando el hermano de Sahrik vio a Kalios, abrió los ojos de par en par y, sin dudarlo, cayó de rodillas ante él como gesto de adoración.

—¡No soy un dios! —exclamó Kalios, asustado.

—Vistes como el dios.

Se miró a sí mismo. Lo único que llevaba era la ropa de saltador. «La misma que viste Nel», pensó.

Inmediatamente, Sahrik le preguntó si sabía dónde podía estar Nel. El hombrecillo se echó a llorar.

—Hubo un desprendimiento en la zona más al norte… donde quedaron atrapados varios. Dicen algunos que el dios está allí.

—¿Cuándo ocurrió? —preguntó Kalios con urgencia.

—Hace dos turnos de trabajo.

—¿Cuánto dura cada turno?

—No estamos muy seguros, pero calculamos que la mitad de un día solar.

—¿Han muerto todos? —intervino Sahrik.

—No. Todavía se oyen los gritos, pero no los rescatan. Eran de los que sueltan el agua, no llevaban oro.

—¡Guíanos! —le urgió Kalios con determinación.

Tras recorrer una maraña de túneles, guiados por el hermano de Sahrik, alcanzaron el lugar donde se había producido el desprendimiento. Del otro lado se oían los lamentos de los atrapados, abandonados a su suerte. Kalios gritó el nombre de Nel. Un aullido de alegría resonó al otro lado, apenas audible, pero lleno de esperanza.

Las piedras del desprendimiento eran descomunales, desafiaban incluso la fuerza del antiguo aguador, que se afanaba sobre una de tamaño colosal. Sahrik lo miraba estupefacto: los músculos de Kalios se tensaron mientras intentaba mover la roca, que al principio no cedía. Miró en derredor y descubrió en el suelo una barra de metal que debía de haberse caído tiempo atrás de algún convoy. La agarró e hizo palanca. La barra acabó partiéndose, pero la piedra se desplazó ligeramente. Kalios hundió los dedos en las aristas y volvió a empujar con todo su cuerpo. Sahrik y el otro hombrecillo se sumaron también al esfuerzo. La piedra comenzó a ceder gradualmente hasta que, con un gran estrépito, se deprendió. Desde el otro lado también empujaban y retiraban escombros. Finalmente, por la parte alta del derrumbe se abrió un hueco que poco a poco fue ensanchándose. Continuaron apartando pedruscos hasta que asomó una cabeza rubia: era el jefe de los *porenna,* Nel.

—Tened cuidado, todo es frágil —advirtió Nel, aún desde dentro, con voz que sonaba débil—. Podría haber otro desprendimiento. Los

que construyeron estos túneles no lo apuntalaron y el techo puede ceder.

Con extrema cautela, fueron sacando las piedras una por una, lentamente. De cuando en cuando, al tirar de alguna, todo se movía, obligándolos a detenerse y apartarse rápidamente para no ser aplastados. Por fin, el hueco fue lo suficientemente grande como para que pudieran pasar Nel y otros cuatro esclavos, alguno de ellos herido.

Al ver a Sahrik, Nel se apoyó en él para poder salir, aún tembloroso:

—¡Sahrik! Viejo amigo… ¡Siempre me has ayudado en todas mis dificultades! —Después se volvió a Kalios—: Atrás quedan otros que han muerto. ¡Ha sido horrible! —balbuceó.

Su rostro revelaba una fragilidad que Kalios nunca había visto antes. Nel siguió hablando, la voz quebrada por la angustia y la amargura:

—Pensé que mi fin había llegado. Lo que más me preocupaba eran las represalias de los sacerdotes de la diosa. —Entonces Nel, sin poder contenerse, estrechó a Kalios—: ¡Kalios! ¡Cómo podré pagarte!

Kalios sonrió con aquella expresión sencilla que lo caracterizaba y con la que daba a entender que no había hecho nada, y después le propuso:

—No me saques a la arena en una buena temporada y protege a Eyrén.

Nel se quedó serio por un momento. Iba a enfadarse con Kalios, pero tenía presente aún que le había salvado la vida.

—No puedo hacerlo —respondió con frustración—. No me dejan hacerlo. ¡Ya quisiera yo! El que no baila delante del toro tiene como destino el *laber* para ser sacrificado.

Caminaron juntos, hombro con hombro, seguidos por los hombrecillos de tez oscura, que reían y señalaban asombrados la altura y fortaleza de los dos atletas, como si fueran dioses o seres de otro mundo.

—Deberías regresar cuanto antes —le sugirió Kalios mientras caminaban—. Se ha decretado que un *porenna* morirá cada día que no estés en tu puesto.

—¡Malditos sean! Alguna vez que me he retrasado, han amenazado con tomar esa represalia, pero yo siempre conseguía regresar a tiempo. Sí, debemos volver. Pero no puedo abandonar a los esclavos de la diosa; cada día que pasan mueren más.

—¿Por qué lo haces? —preguntó Kalios, sin poder contener su curiosidad.

—El dios me ha encargado esta misión: salvar a los oprimidos por Krysaor. Se lo debo a Gerión… Se lo debo a Eteria… —Nel se detuvo y, con la voz temblorosa, como si hablara desde otro lugar en su interior, dijo algo que Kalios no entendió—: Mi padre mató a mi abuelo…, al que yo amaba. Es un hombre cruel. Debo reparar lo que él hizo. Estoy lleno de rabia, pero sé también que la rabia puede trasformar el mundo.

—No podrás tú solo.

—Pero lo intento —respondió Nel con firmeza—. Salvo a los que puedo. Quiero vengarme, y sé que, protegiendo a estos hombres de la mina, lo hago. Me vengo de Krysaor. ¡Cuánto lo detesto! —Nel dejó de hablar porque la cuesta se empinaba hacia arriba, casi vertical. El ascenso se hizo arduo. Cuando llegaron al punto más alto, se volvió hacia Sahrik y le dijo—: Llama a todos los que puedas. Tenéis que iros. Yo no sé si podré regresar. ¡Por allí!

Señaló un lugar. Sahrik entendió lo que le quería decir, afirmó con la cabeza y salió corriendo. Siguieron avanzando, recorriendo distintos pasillos que ascendían en la roca, hasta que llegaron a un lugar donde el corredor se hacía más espacioso. Allí se detuvieron a esperar y Kalios aprovechó para seguir interrogándolo.

—¿Por qué vienes aquí? ¿Desde cuándo? —le preguntó.

—Hace muchos años descubrí la situación de estos seres. Los capturan en costas lejanas y los meten bajo tierra. En la ciudad se cree que son ofrendas al Cándamo, pero no es así. Simplemente son esclavos para conseguir oro en las profundidades de la tierra.

—Y ¿el dios toro? ¿El Cándamo?

—No existe ningún dios toro. No hay ningún monstruo bajo Tarsis. Es una leyenda que ha inventado Akálide para aterrorizar a la gente. La reina sabe que, cuando se excava, la ciudad tiembla. Cuando quiere infundir miedo entre la población, ordena incrementar el ritmo de las excavaciones. El verdadero monstruo es ella…, o quizá la insaciable sed de oro de los tartésicos, una codicia que acabará por destruirlos. —Kalios lo observó con asombro mientras el semblante de Nel revelaba un profundo sufrimiento—. Nuestra civilización se hunde, y eso no es solo una metáfora. La ciudad caerá un día porque está asentada sobre un enorme pilar que contiene el oro. Al tocar ese pilar, las tierras se vuelven inestables, de tal modo que estamos corroyendo los cimientos de nuestro propio mundo. Llegará un día en que el mar entre en todas estas cuevas, y eso será el fin de todo lo que conocemos. —Se quedó un instante callado y después su tono cambió—. Estos seres me apenan, y por eso quiero ir liberando a los que pueda y enseñarles el camino de salida para que el día que la ciudad se hunda sean capaces de escapar.

—Y… ¡arriesgas tu vida por ellos! —afirmó Kalios, admirado.

Nel fingió que no lo había escuchado y siguió avanzando hacia la salida en la costa. Poco después regresó Sahrik, acompañado de muchos de sus congéneres.

Se formó una larga fila de esclavos dirigida por Nel y Kalios y a la que se iban sumando muchos más a medida que avanzaban. El camino labrado en la roca seguía subiendo hasta que se vislumbró algo de luminosidad al final de un túnel. Cuando se iban aproximando a la claridad, percibieron el rumor del oleaje y el olor a salitre. Desembocaron en una cueva que se abría a una playa, detrás el gran malecón del tercer círculo de Tarsis. Al salir, Kalios vio brillar las mismas estrellas que había contemplado al salir de la arena. No había amanecido aún, y una luna plena y redonda iluminaba todo el estuario. La visión era hermosa, sobre todo para aquellos que habían pasado tantos años bajo tierra.

Atracada en la playa había una balsa hecha con restos de los carretones que trasportaban el oro. La había construido el propio Nel tiempo atrás, con la ayuda de Sahrik. Nel les ordenó que la empujasen hacia el agua y se subió a bordo. No había espacio suficiente para todos. Algunos protestaron, pero él les explicó que, si subían todos, la barca se hundiría. Se dirigió a Sahrik y le indicó que construyesen balsas y las llevasen de noche hasta aquel lugar.

Le pidió a Kalios que se echara al agua para llevar a otros consigo. Indicó a uno de los siervos que se sujetara a los hombros del gigantón, y después, a otro, que se agarrara a los hombros del primero, así hasta formar una cadena de tres. Más no era posible porque se hundirían. Luego Nel le hizo una señal a Kalios para que nadase hacia la costa del estuario mientras él comenzaba a remar hacia la lejana ribera.

En la playa quedaron muchos que no sabían nadar y no cabían en la barca. Todos se mostraban cabizbajos. Antes de partir, Nel abrazó a Sahrik y le sugirió que siguiese construyendo balsas y sacando de allí a todos los esclavos que pudiera. El hombrecillo asintió con la cabeza, con los ojos brillantes.

Kalios avanzaba lentamente con el peso de los esclavos sobre sus espaldas. Los hombrecillos tiraban de él hacia abajo, dificultando su avance. Al darse cuenta de que estaba en apuros, Nel le gritó que se agarrase a la balsa. La embarcación se hundió un poco más al recibir un peso adicional, y los que estaban dentro comenzaron a achicar agua intentando mantenerla a flote.

El amanecer despuntaba ya cuando finalmente llegaron a una playa y los de la balsa saltaron a tierra. Cuando el agua ya no les cubría, los siervos soltaron los hombros de Kalios y comenzaron a caminar torpemente por la orilla.

Una vez que estuvieron todos reunidos al otro lado del estuario, dieron brincos de gozo. Después se arrodillaron ante Nel y pegaron la frente en la arena. Con el gesto malhumorado que a veces lo caracterizaba, Nel les levantó de inmediato.

—No os arrodilléis, no soy un dios ni puedo hacer nada más por vosotros —les dijo con firmeza.

La luna llena palidecía bajo la luz del alba cuando Nel señaló el amplio río de Tarsis que desembocaba en el estuario y les indicó que siguieran su curso contracorriente. Más arriba, en las montañas, quizá encontrasen un lugar donde poder refugiarse, muy lejos de la servidumbre de la diosa.

Después se dirigió a Kalios:

—Tenemos que regresar.

—¿Cómo? La balsa hace aguas, no aguantará la travesía.

—Nadando, volveremos a la arena.

—Llegaremos tarde —objetó Kalios.

—No si lo hacemos deprisa.

—Te buscan. Te castigarán si regresas.

—Sé cómo defenderme —alegó Nel con una mezcla de orgullo y resignación.

Se lanzaron al mar y el agua, fresca en un principio pero pronto más agradable, los envolvió mientras braceaban con fuerza hacia la isla. Finalmente alcanzaron la playa cercana a la plaza donde se alzaban el templo y la arena.

—¿Desde cuándo estás fuera? —le preguntó Nel.

—Salí cuando todos se acostaron. Eyrén me guio hasta la taberna. Fuimos a buscarte porque Loria nos lo pidió.

—Loria siempre se preocupa por mí. —Sonrió Nel—. Seguramente no se habrán dado cuenta aún de tu ausencia. Entraremos por separado. Sube tú primero y mézclate entre los atletas. Después llegaré yo.

Kalios trepó ágilmente entre las rocas que rodeaban la pequeña cala mientras Nel lo hacía en otra dirección. El aguador cruzó varias callejas y entró en la gran plaza. Las luces del alba asomaban hacia el oriente cuando los gritos de los *porenna,* empujados a la plaza, resonaron por todas partes mientras se situaban en un semicírculo bordeando la plaza. Se estaba sorteando quién iba a ser ejecutado.

Eyrén y Loria, al distinguir a Kalios a lo lejos en el corredor que conducía a la arena, se miraron con angustia. Cuando ocupó a su lugar entre los *porenna,* en los ojos de ellas asomó una muda pregunta sobre Nel. Kalios, por toda respuesta, sonrió con confianza. En las gradas, los sacerdotes, que mostraban una expresión adusta, comenzaron a nombrar a atletas para que diesen un paso al frente. Uno de ellos debía morir.

Justo en ese momento, cuando el dios Atón se alzaba con fuerza, Nel hizo su entrada. Todos dirigieron sus miradas hacia él. Se había puesto una túnica nueva, y su cabello resplandecía bajo el sol. Eyrén enrojeció al verlo.

Lo detuvieron. El gran sacerdote de la diosa se dirigió a él, amenazador, increpándole y proclamando a gritos que iba a morir. Nel no se arredró, sino que en voz baja y lentamente comenzó a hablarle. Algunos lograron escuchar sus palabras.

—El rey Krysaor nunca aprobará mi muerte…, lo sabes bien. Además, necesitáis el espectáculo, y yo soy el único capaz de mantener viva la taurocatapsia en la arena.

—Ten cuidado —le gritó el gran sacerdote—, un día caerás en desgracia, y ese día pagarás muy caro tu atrevimiento.

—Veremos… —masculló Nel para sí mismo.

Sin embargo, su voz no tenía la firmeza de otras veces.

El extranjero

Avaris, 1559 a. C.

Desde el laberinto de ramales que rodeaban la isla de los *góidel,* una faluca de vela cuadrada se deslizaba sobre las aguas oscuras del río. En la popa, un barquero la gobernaba mediante el largo remo del timón. Sentado junto a él, en el fondo de la embarcación, un hombre de cabello rojizo, algo canoso, contemplaba la ciudadela de la triple muralla.

Con ayuda del remero saltó al muelle, cruzó la muralla de adobe y, con paso lento, se adentró en las callejuelas que rodeaban el palacio de Nórax y el templo. Los muros del palacio lo recibieron, pero el hombre pelirrojo no se dirigió a la entrada principal, sino a un pequeño portillo que daba acceso a los almacenes. Sentía que no tenía derecho a cruzar la gran puerta, reservada para nobles, ricos comerciantes y hombres cercanos a Nórax.

Dos sirvientes introducían una pesada ánfora de aceite en uno de los almacenes e Ibath se deslizó tras ellos. Cuando dejaron la carga en el suelo y advirtieron su presencia, se volvieron hacia él con desconfianza.

—¿Qué quieres? —le espetaron bruscamente.

El rostro del extranjero, macilento, reseco, denotaba cansancio.

—Busco al príncipe *góidel* —dijo fatigosamente.

—¿Quién sois?

—Fui compañero de viajes del marino Nórax.

Los criados intercambiaron miradas, evaluando al hombre desaliñado que afirmaba conocer a su señor. Tenía aspecto de

mendigo, no de un antiguo compañero de viaje del noble Nórax. Intentaron cerrarle el paso. Pero algo en sus ojos oscuros se impuso a ellos. Parecía haber recorrido grandes distancias, y aún cargaba con el peso de ese viaje. El silencio se hizo tenso hasta que el hombre del pelo rojo habló con una voz pausada pero con determinación.

—Debo hablar con él.

Lo miraron de nuevo despectivamente y le contestaron sin animarle a que se quedase:

—Mi señor Nórax está muy enfermo, nada debe perturbarlo.

—No me iré hasta hablar con él. Esperaré lo que sea necesario. Lo que le quiero decir es importante.

Los dos criados, al ver su determinación de permanecer en el palacio, lo dejaron pasar.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Ibath. Nórax sabrá quién soy.

Lo condujeron a un cuartucho estrecho y oscuro, un almacén. El ambiente olía a aceite por las grandes ánforas allí almacenadas. Un pequeño ventanuco dejaba pasar un haz de luz diurna. Junto a la pared había un cajón de madera y se sentó en él. El sol que atravesaba el ventanuco se fue moviendo marcando el paso del tiempo. Mientras, el hombre del cabello rojizo miraba una y otra vez al ventanuco, preocupado, llevándose las manos a la cabeza, como si algo lo atormentase.

Las sombras de la tarde fueron cayendo lentamente y el cuarto quedó sumido en una penumbra espesa, apenas rota por la luz anaranjada que entraba desde el exterior. El aire olía a polvo y a piedra caliente. Ibath aguardó en silencio, cansado por el largo viaje, apoyado contra el muro, con el peso de los años y del camino acumulado sobre los hombros.

Por fin la puerta se abrió. Apareció un hombre alto y fornido, de cabellos claros y mirada transparente. La luz moribunda del atardecer perfiló sus facciones, revelando una juventud severa, todavía intacta. Había algo en él que recordaba a Nórax: la firmeza

del porte, la serenidad contenida, aquella manera de callar y observar unos segundos antes de hablar.

—Me llamo Gael, Nórax es mi padre. Está muy enfermo. —Ibath lo observó atentamente. Le pareció ver en aquel muchacho los rasgos del hombre que había sido su amigo y de quien tantos años atrás había recibido ayuda—. Dime qué te trae por esta ciudadela en el Nilo.

—Hace años viajé con tu padre. Fuimos amigos. Le debo la vida. Tengo que hablar con él…, es muy importante.

Gael no respondió de inmediato. Permaneció inmóvil, estudiándolo con cautela, como si tratase de sopesar hasta qué punto debía confiar en aquel extranjero de rostro curtido y mirada agotada.

—Dime lo que quieres. Yo le comunicaré lo que sea preciso.

—No. Tengo que verlo. Lo que he venido a decirle debe escucharlo de mis labios. Además, hay algo que necesito saber, y solo él puede responderme.

La expresión de Gael se entristeció al tiempo que se endurecía.

—Todo le afecta. En realidad, se está muriendo.

Durante unos instantes ninguno habló. El semblante de Ibath traducía una profunda angustia, una necesidad imperiosa de hablar con Nórax. El silencio quedó suspendido entre ambos, pesado, casi incómodo. Luego Gael suspiró y asintió. Muchos querían ver a su padre, el príncipe de los *góidel,* para pedirle favores. Sin embargo, sintió que Ibath era distinto. Sus ropas harapientas, el cansancio acumulado del viaje y la mirada inteligente que aún conservaba traslucían algo difícil de explicar. Finalmente, Gael giró levemente la cabeza en señal de asentimiento y, sin añadir nada más, echó a andar.

Nórax yacía postrado en el lecho. En su rostro pálido y consumido se apreciaba el cansancio. Las manos huesudas, de uñas azuladas, se agarraban a la manta que lo cubría, como si luchase por aferrarse a la vida.

Ibath se conmovió al verlo tan enfermo; le costó reconocer en aquel cuerpo exhausto al capitán de hombres, al fuerte marino, que había conocido tantos años atrás. Por su parte, Nórax apenas distinguía, a contraluz, la figura que acompañaba a su hijo. Entrecerró los ojos, esforzándose por enfocar aquel rostro que la penumbra desdibujaba. Durante unos instantes pareció buscar en la memoria. Finalmente, cuando Ibath se acercó al lecho, lo reconoció.

—¡Ibath! Cuando nos despedimos en Ur, pensé que jamás volvería a verte. ¿Qué haces en la tierra de Khemet?

La voz de Nórax era débil, entrecortada, apenas un hilo fatigado.

—Viajaba rumbo a Tarsis en vuestra búsqueda. Hace unos días vi a vuestro hijo entrar en Avaris, celebrando la victoria sobre los tebanos. Reconocí los estandartes del trisquel, pregunté por ellos y supe que estabais aquí. —Ibath hizo una breve pausa. También a él parecía costarle ordenar los recuerdos del largo viaje—. Llevo años buscándoos… para deciros algo muy importante.

Nórax sintió un leve desasosiego. Percibía que le quedaba poco tiempo de vida y no deseaba que nada turbase la frágil calma de aquellos días. Ibath no quería fatigarlo, pero lo que traía consigo pesaba demasiado como para callarlo, y finalmente prosiguió.

—He detectado signos en los cielos que marcan vuestro destino y el de vuestras gentes. Debéis confiar en mí.

Una sonrisa escéptica se dibujó en el rostro de Nórax.

—Años atrás me engañaste…

Su voz era débil, apagada por la enfermedad y la fatiga. Ibath respiró hondo. Bajó la mirada durante unos instantes, como si le costase sostener el peso de aquel recuerdo. Sus dedos se crisparon levemente, y cuando volvió a alzar los ojos se percibía en ellos una gravedad extraña, casi dolorosa.

—Pero ahora os diré toda la verdad.

Calló de nuevo mientras parecía buscar las palabras porque la historia que debía contar era larga y compleja.

—No soy *góidel* —confesó lentamente—. Soy caldeo, un semita; no desciendo de Jafet, sino de Sem. —Se detuvo un instante. Luego

prosiguió—. Durante años dediqué mi vida a mirar las estrellas. Todo lo que ocurre en la tierra está escrito en los cielos. He sido sacerdote caldeo, uno de esos a los que llaman «magos».

A Nórax le pareció recordar que en Ur le habían hablado de aquellos sacerdotes caldeos que buscaban las señales de los dioses en los cielos. Lo miró fijamente, y el interés que empezaba a despertarse en él le devolvió parte de las fuerzas que había perdido.

—Nací en Babilonia, bajo la dinastía casita. En mi juventud fui adiestrado para interpretar lo que ocurría en el firmamento y relacionarlo con los destinos humanos. Me abismaba contemplando las estrellas, siguiendo su curso, intentando descifrar lo que querían revelarme. —Hizo una breve pausa para retrotraerse más atrás en su pasado—. De niño —continuó— mis padres me llevaron al gran zigurat de Babilonia. Allí aprendí que el mundo está regido por dos fuerzas eternas: la luz y la sombra, el orden y el caos. Los sabios hablaban de Ormuz, el espíritu luminoso y creador, y de Arimán, su contrario: destructor, mentiroso, sembrador de discordia. —Ahora la voz de Ibath se tornó más grave, casi confidencial—. Desde mis tiempos de iniciación al pie de un maestro, me atormentaba una duda. ¿Cómo podía Ormuz, creador de todas las cosas, ser igualado por Arimán? Un dios verdaderamente creador debe ser omnipotente, pues crear el mundo de la nada exige una potencia infinita. Si existían dos dioses, uno limitaría al otro. Y entonces ninguno podría ser omnipotente ni verdaderamente creador.

Nórax abrió los ojos con un interés creciente, incorporándose entre los almohadones, atento. Gael le acercó a Ibath un pequeño escabel de madera para que se acomodase junto a su padre.

—Fui a Haram, la tierra de donde partieron los arameos, los apiru, los hijos de Sem. Los apiru, a quienes también llaman «hebreos», conservan la historia de los principios, del mundo anterior a que nada existiese. A aquel al que nosotros llamábamos Ormuz ellos lo llaman Elohim. —Ibath hizo una breve pausa, como si aún le sorprendiera recordar aquello—. Según sus sabios, Elohim, el Único, creó primero a los seres espirituales: los ángeles. Pero uno de ellos,

el más poderoso, un ángel de luz, se rebeló. Y con la rebelión llegó la corrupción. Los apiru lo llaman Satán. Y con él cayeron muchos otros. —Bajó ligeramente la voz—. Entonces comprendí que Arimán no era igual al Creador, sino una criatura caída, corrompida, que se oponía al Bien y al Orden. Un enemigo, no un dios. Arimán… es Satán, nada más que un ángel caído.

Nórax escuchaba con tal atención que parecía recuperar parte de las fuerzas perdidas. Había abierto los ojos y los mantenía fijos en Ibath.

—Después —prosiguió Ibath—, según los apiru, Elohim creó al primer hombre y a la primera mujer y los situó en un jardín: el Edén. El Maligno los envidió porque eran seres puros, sin corrupción, cercanos al Creador, los odió como odia el mal a aquellos en los que hay inocencia. Entonces Arimán adoptó la forma de una serpiente. Nuestros primeros padres cayeron en su engaño, conocieron el mal y fueron expulsados del Edén.

Al oír hablar de la serpiente, Nórax recordó la visión de Albión y comprendió que el destino que Atón le había revelado comenzaba al fin a desvelarse. Ibath guardó silencio. Su rostro, antes encendido por la palabra, se oscureció como si una sombra lo hubiese tocado. Había horror en sus ojos, un reflejo pálido de lo que había descubierto.

—Sin embargo —habló al fin, con voz baja—, la serpiente no desapareció, permaneció entre los hombres, cerca de ellos, intentando dañarlos y destruirlos porque es un principio cruel y maligno. Desde nuestros primeros padres, la serpiente siempre ha estado al acecho, oculta, perversa, sibilina. Pasaron las generaciones y el mal adoptó una nueva forma. Adoptó el aspecto de una hermosa mujer. Se unió a un hijo de los hombres… al que después devoró.

Ahora, Nórax comenzaba a comprender quién era realmente la serpiente.

—Los apiru —continuó Ibath— la llaman Lilith. No es hija de los hombres. Es un engendro del abismo, del deseo retorcido de Arimán

de destruir la creación. De aquella unión maldita nacieron seres con el alma deforme: hombres y mujeres que caminan entre nosotros, pero no son como nosotros. Poseen una doble naturaleza. Parecen humanos, pero albergan en su interior la simiente del caos. Son los *lilim.* Nacen de las hembras que descienden de Lilith, fecundadas por Arimán. —Hizo una pausa larga y en su voz apareció entonces un matiz grave, como si invocara algo que temía—. No tienen compasión. No tienen alma. Son máscaras del mal. No son humanos, aunque por su aspecto lo parezcan. Son, en verdad, serpientes que caminan.

Ibath se detuvo de nuevo, tomó aire y después lo exhaló en un suspiro. Su rostro, antes ensombrecido por el temor, se iluminó ahora con una luz serena, como si en él asomara la esperanza.

—Desde Haram, la tierra de los arameos, regresé a Etememenki, el gran zigurat de Babilonia, fundamento del cielo y de la tierra. Aquel lugar sagrado está más cerca del cielo que ningún otro. Ayuné y oré, y en las noches estrelladas miraba al cielo pidiendo ayuda contra el mal, que intuía acechando a la humanidad. Un día, en lo alto del zigurat, Ormuz, el buen dios, se me reveló. Sentí el calor de un amor sin fin, una armonía que no cabía en palabras, y comprendí que mi destino era combatir a la serpiente y luchar para que la luz benigna de Ormuz se extendiera sobre la tierra.

Nórax sintió un estremecimiento.

—Ese es también mi destino —respondió con voz quebrada—. A mí se me reveló en el templo solar de Albión.

Hubo un instante de silencio, denso; lo sagrado se interponía entre ambos.

—Por eso te he buscado. Tú y los tuyos sois esenciales en esta batalla entre Ormuz y Arimán. Vuestra estirpe se ha generado a través de las hespérides, que son las elegidas de Ormuz, a quien llamáis Atón, y ha sido llamada a combatir a la serpiente y a sus hijos, los *lilim.* Por eso vuestro destino no es ajeno a cuanto está ocurriendo. —Ibath bajó ligeramente la voz—. Los magos de Babilonia conocen los cielos —prosiguió— y afirman que los astros

hablan de aquello que acontece en la tierra. Me dijeron que cada vez que nace un hijo de Arimán, el señor del caos, cada vez que nace un *lilim,* una estrella roja aparece en el firmamento.

La fatiga oprimía el pecho de Nórax. Lo que Ibath le contaba le dolía, pero necesitaba saber. Más que nunca deseaba comprender los designios del dios sobre la humanidad y sobre su propia vida, ahora que esta se apagaba. Con un leve gesto, animó a Ibath a que prosiguiera.

—Una noche, las estrellas se alinearon y bajo la constelación de Ofiuco, la gran constelación de la serpiente, aparecieron dos estrellas rojas en el firmamento. Una de ellas alumbraba hacia el occidente, hacia Tarsis, el país del fin del mundo. La otra teñía con su fulgor cárdeno el país del río, Egipto. Comprendí entonces que dos *lilim,* dos hijos de la serpiente, habían venido a la tierra. Y supe que mi destino era encontrarlos y oponerme a ellos.

—Apofis y Akálide —musitó Nórax—. Ambos son principios del mal.

De nuevo Nórax se detuvo, agotado por la enfermedad que lo consumía.

—Me dirigí a Egipto. Allí el faraón llevaba el nombre de una serpiente: Apofis. No tardé en comprender que uno de los *lilim* era él. Pero no podía hacer nada; era demasiado poderoso. Reinaba con crueldad en Egipto. Solo podía vigilar y esperar las señales de Ormuz. Así que, desde el delta, me embarqué hacia Tarsis. Cuando llegué, reinaba el bondadoso Gerión. Nada en su corte parecía albergar el mal.

Apesadumbrado, Nórax asintió con lentitud, mientras decía:

—Akálide ya estaba en Tarsis.

—Sí… La serpiente ya estaba allí, pero no logré comprender que era ella. En una noche de luna llena, sentí que debía regresar a Mesopotamia…, volver a ascender a un zigurat y encontrar allí las respuestas que aún me faltaban. Sabía que habían llegado dos seres malignos, dos *lilim,* pero ¿cómo luchar contra el mal, que reaparecía bajo nuevas formas? No entendía por qué Ormuz me había dirigido

hacia Tarsis. Ahora lo sé. Debía encontrarme contigo y con los tuyos. Tú eras una de las respuestas. Fue entonces, mientras deambulaba por el puerto, cuando encontré a un grupo de jóvenes marinos con ansias de aventura: tú y tus compañeros. Os propuse viajar al país de los dos ríos, y aceptasteis.

»Al llegar a Ur, busqué a uno de los sabios caldeos de la ciudad y le rogué que me permitiera subir al zigurat. Se negó. Aquel santuario estaba consagrado a Inanna, diosa de la luna. No era casualidad: en Tarsis había sentido la urgencia de regresar precisamente en una noche de plenilunio, y que en Ur hubiese un templo a la luna también era una señal. Debía subir al zigurat de Ur.

»Armándome de valor, y espoleado por la necesidad de saber lo que estaba ocurriendo, ascendí corriendo los escalones hasta la cima. No me dejaron permanecer allí demasiado tiempo, pero fue suficiente. El peligro persistía: la estrella roja seguía brillando sobre Tarsis. Sin embargo, esa noche, desde el zigurat pude ver tres hermosas estrellas surgiendo en el firmamento a la par: una era blanca, la otra amarilla y la última anaranjada. Durante unos instantes brillaron suspendidas sobre la oscuridad, como si aguardaran. Entonces de la estrella blanca surgió un cometa, con una larga cola de luz, que envolvió a una de las estrellas malignas, la que brillaba hacia occidente, y la hizo desaparecer. El cometa la había destruido. —Guardó silencio unos instantes, sumido en sus visiones, y luego preguntó con voz baja y cargada de intención—: Quizá tú sepas quién es ese predestinado. El elegido había nacido en occidente antes de tu regreso del viaje con el que rodeaste África.

—¿Yo? Pero ¿cómo podría saberlo? —se asombró Nórax.

—Hay una señal. Ese hombre nacería de una de las tres estrellas, de la estrella blanca. —Calló de nuevo, y con tono más grave añadió—: Hace años, en Tarsis, una reina dio a luz a tres hijas en un solo parto…

Nórax comprendió de inmediato. Nervioso, excitado y sin vacilar, lo interrumpió:

—Se llama Nel…

Ibath se sintió excitado.

—Él guiará a su pueblo, y con él se derrumbará el poder de la serpiente en Tarsis. El fin de Akálide se avecina. Pero hay más, y eso te afecta muy directamente. Cuando me expulsaron de Ur, remonté el curso del Éufrates hasta llegar a Babilonia. Allí volví a servir en el templo. Y te vi a ti…

Nórax se sobresaltó. Ibath había pronunciado estas últimas palabras con fuerza, al tiempo que lo señalaba.

—Fue mucho más tarde. Años después de ver el primer cometa, observé en los cielos de Babilonia otro. Surgía de ti, que permanecías bajo las tres estrellas, iluminado por la luz de la estrella anaranjada. De ella nació un cometa. —Ibath respiró hondo y volvió la mirada hacia Gael, que había permanecido en silencio, inmóvil junto al lecho, escuchando cada palabra—. Tienes un hijo. Nació después de que regresases de Ur.

Gael alzó apenas la cabeza. Hasta entonces había permanecido apartado, atento a la conversación, pero al oír aquellas palabras se estremeció. No obstante, guardó silencio.

—Sí…, mucho después. —La voz de Nórax temblaba, y dirigió la mirada a su hijo—. Nació también de una de las hijas de Gerión: se llama Gael.

Ibath lo miró fijamente.

—Gael se enfrentará también a la serpiente. Será aquí, en el país de Egipto.

Gael frunció el ceño, desconcertado. La penumbra ocultó parte de su expresión, pero en sus ojos apareció un brillo tenso, casi incrédulo.

—¿Apofis?

—Sí. Lo vencerá, pero no lo hará solo. Apofis es poderoso. Lo hará con alguien… —Ibath alzó el rostro hacia el techo, decorado con grecas en forma de trisquel, aunque no veía la piedra labrada, sino el cielo estrellado de Mesopotamia—. Desde lo alto del zigurat divisé un último cometa. Más poderoso que los otros dos, intensamente blanco, brillaba en el cielo con tal fuerza que parecía

mediodía. Tenía forma de ave: un gran pájaro blanco. Era una mujer, y entendí que ella lideraría a su pueblo porque una gran multitud de estrellas en el firmamento la siguieron.

—El ave blanca de la profecía… ¿Quién es?

—No lo sé. Solo sé que nacería de la tercera estrella.

Nórax cerró los ojos.

—Areté. Krysaor la vendió a Apofis. Era la tercera hermana…

Ibath lo miró, sorprendido.

—¿Esa mujer vive?

Nórax tardó en responder.

—Vivió. Y dejó una hija. —Bajó la mirada, vencido—. Debo delegar mi misión en otros; no puedo más. Estoy muy enfermo. Moriré.

Gael dio un paso hacia el lecho, como si quisiera protestar, pero se contuvo. Se limitó a permanecer junto a su padre, con los brazos tensos y la mandíbula apretada. Ibath los miró a ambos y, con una voz con la que intentaba infundir consuelo, anunció:

—Tu hijo lo hará. Hay una lucha, aquí en la tierra y allá arriba, en el firmamento, entre el bien y el mal. Tú tienes un papel en esa lucha. Todos lo tenemos.

—Siempre lo supe. El dios me lo reveló hace muchos años. Ahora llega mi fin…

—Tú no eres el elegido para destruir a los *lilim*.

—Lo sé. —En su voz se adivinaba una tristeza serena—. Siento que no he hecho nada en mi vida.

—Sí lo has hecho. Has preparado el camino a quienes lo harán después.

—Mi hijo continuará el camino que un día emprendí.

Gael bajó la cabeza, porque aquellas palabras parecieron abatirse sobre él con el peso de una herencia imposible de sostener.

Tras esas palabras, articuladas con esfuerzo, Nórax enmudeció. Su rostro, macilento, se volvió pálido como la cera. Cerró los ojos y se dejó caer sobre el lecho.

Gael se inclinó de inmediato junto a él. Su mano dudó un instante antes de posarse sobre el hombro de su padre. Entonces Nórax abrió los ojos y en su expresión apareció una última claridad. Permaneció unos momentos mirando al techo; después, reuniendo las fuerzas que aún le quedaban, se incorporó levemente y abrazó a su hijo.

Ibath los dejó solos. No podía hacer más. Solo le quedaba orar a Ormuz y regresar a Mesopotamia para contemplar en silencio los cielos estrellados de Babilonia.

Loria

Tarsis, otoño de 1551 a. C.

Una vez más, castigaron a Nel. Lo confinaron en un lugar estrecho y oscuro. Las paredes se le caían encima. No se dejó vencer por el abatimiento ni se apesadumbró. Se había librado del *laber* y había salvado a muchos. Cuando salió del encierro, estaba debilitado, quizá más que en otras ocasiones.

En esos días, después del regreso de Nel, no hubo terremotos. Kalios pensó que tal vez, al haber escapado muchos trabajadores de las cuevas, la extracción de oro había disminuido y por eso la tierra no temblaba tanto.

Sin embargo, se decía que en las playas cercanas a Tarsis se habían encontrado cadáveres de hombres de piel oscura arrastrados por el mar.

—¿Son los que condujimos hasta el exterior? —le preguntó Kalios a Nel.

—Posiblemente.

—No hemos conseguido nada —se lamentó Kalios con frustración y amargura.

—Seguramente no han muerto todos, y más vale morir en libertad que vivir encadenados bajo tierra. De todas formas, ¿cuánto habrían durado?

Se separaron, entristecidos. Nel siguió con los entrenamientos a pesar de que su forma física no era la ideal. No pasó mucho tiempo antes de que debieran actuar de nuevo. Esta vez, sin embargo, Nel

no estuvo tan brillante como en otras ocasiones, tal vez debido a la debilidad del encierro, tal vez no quiso arriesgarse a una caída…

En esa ocasión, el espectáculo consistía en combinarse con otros dos atletas. Nel no pudo sostener a uno de ellos, que cayó y se golpeó la cabeza. El joven perdió el conocimiento de inmediato y el toro le corneó en un costado. Lo entregaron a la diosa. El rostro de Nel quedó marcado por un profundo dolor. Se sentía culpable de la muerte de aquel muchacho, apenas un niño.

Unos días más tarde repitió el número con Kalios y Eyrén y todo salió perfectamente, aunque Eyrén se dio cuenta de que Nel, abrumado por la tristeza, hacía un esfuerzo sobrehumano para poder concentrarse.

Al finalizar el espectáculo, la tierra volvió a temblar. El semblante del jefe de *porenna* se ensombreció porque eso significaba que los hombres de piel oscura bajo tierra seguían trabajando y muriendo.

La reina Akálide, con un movimiento serpenteante, y cubierta por velos, se levantó de su trono. Krysaor miraba al frente sin ninguna expresión. Mientras, la reina, gran sacerdotisa de la diosa, caminaba hacia el altar. Allí se levantó el velo negro, que dejó al descubierto un rostro oscuro, arrugado y con manchas en el que se adivinaba una expresión de odio y dolor. Después tomó la palabra:

—La diosa nos concede el oro, pero ha sido atacada —declaró con su extraña voz sibilante—. Pueblo de Tarsis, somos prósperos gracias a la diosa, pero hay algunos que se le oponen y siguen adorando a Atón, ese dios terrible que se llevaba a vuestras hijas. Pueblo de Tarsis, alguien debe morir ante el *laber.* ¡Hay una mujer culpable! Alguien que la ha ofendido gravemente porque ha pervertido los corazones de muchos y los ha alejado de la reina de todas las deidades, la Diosa de las Fieras.

La sacerdotisa descendió unos escalones y señaló al grupo de *porenna* reunido en la plaza.

—Soldados, traed a la *porenna* llamada Loria. Tendrá el honor de ser sacrificada a la diosa. Pagará por los crímenes de aquellos que

han ayudado a escapar a los sirvientes de la diosa y por los suyos propios.

Se escuchó el grito aterrador de Loria. Nel dio un paso al frente, gallardo, fuerte, y anunció con voz sonora, cargada de desafío:

—¡Me ofrezco en su lugar!

—No lo hagas, Nel. ¡Tú eres necesario, yo no! —gritó Loria desesperada.

—No. Ella debe morir —dictaminó la reina.

Krysaor, derrengado en su sitial, observaba la escena con expresión ausente y la mirada perdida.

—¡No podéis hacer esto! —rugió Nel.

—Será así, la mujer será inmolada a la diosa —respondió Akálide con fría resolución—. A algunos les duele más la muerte de sus seres queridos que la propia.

Nel se quedó como paralizado: iban contra él, y de la peor manera posible. El rostro se le tornó gris ceniciento, frunció el entrecejo y los ojos brillaron de odio. Levantó el puño en dirección al sol, como pidiendo cuentas al dios solar. Mientras, Eyrén se abrazaba a Loria, que le susurró:

—¡Ha llegado mi momento! Este día tenía que llegar. Apoya a Nel, siempre. —Dicho esto, Loria se recompuso y, movida por una fuerza interior, exclamó con firmeza—: No es necesario que me detengan, me ofrezco como sacrificio. Pero me ofrezco como sacrificio a Atón, el único dios posible.

Loria avanzó por la arena, hermosa y erguida, sin inclinar la cabeza y con la mirada fija en el sol que descendía a un lado de la plaza. Comenzó a cantar con su hermosa voz, clara y melodiosa, entonando el himno al sol. De pronto, la tierra vibró levemente.

—¡La diosa se enfurece ante la blasfemia! —gritó la reina.

El terror se apoderó del público, que guardaba un silencio expectante. La sacudida se repitió, más intensa, y desde lo alto de la plaza una estatua se desplomó con estrépito.

Una mujer entre la multitud comenzó a gritar, presa de un arrebato histérico:

—¡Calladla! Está enfureciendo a la diosa.

Nadie, sin embargo, se atrevió a acercarse a Loria. Como si una fuerza sobrehumana la protegiese, seguía cantando el himno al sol, avanzando con valentía por la plaza. Al llegar a la gran escalinata que conducía al altar, la subió con paso lento y solemne. Dos guardias la sujetaron, aunque tal vez no habría hecho falta. La obligaron a arrodillarse y a apoyar la cabeza sobre la piedra, aún manchada de sangre. Fue la misma Akálide quien, con frialdad, le sajó el cuello con el *laber* de doble hoja.

Eyrén ahogó un grito cuando vio morir a Loria. Se aferró al musculoso brazo de Kalios para no desplomarse. Después, incapaz de soportar la visión, apoyó la cabeza contra la espalda del aguador, rehusando mirar nada más.

Se llevaron el cadáver de Loria y lo condujeron hasta un túmulo en un lado de la plaza donde se quemaban las ofrendas a la diosa. El cuerpo de Loria se convertiría en una de ellas. Los hicieron agruparse en una gran fila y retirarse dando una vuelta ante el fuego de los sacrificios, de manera lenta y solemne. En lo alto, el cadáver de Loria ardía.

Con un nudo en la garganta, Kalios y Eyrén regresaron a los dormitorios, mezclados con el resto de los atletas, que guardaban silencio. La cena fue más sabrosa que nunca. Les trajeron alcohol y la bebida alucinógena de hierbas, con la que muchos se drogaron, quizá para olvidar lo ocurrido aquella tarde en la plaza. Pero también fueron muchos los que no probaron bocado.

Nel no estaba entre ellos. Se había ido. Eyrén recordó las últimas palabras de Loria y supo que debía cumplir con lo que su amiga le había pedido respecto a él. Pensó en cómo la había protegido Loria, en su actitud siempre conciliadora, en su ecuanimidad. Le vino a la mente una hermosa canción que Loria solía cantar y que hablaba de que solo se valoran las cosas cuando se han perdido. Las lágrimas le humedecieron los ojos.

Se acostaron. Eyrén no podía dormir. Se dio la vuelta para no ver el camastro de Loria, que estuvo vacío poco tiempo: una joven

porenna decidió que era más cómodo que el suyo y se tumbó allí. Eyrén se enfadó muchísimo. Le parecía una aberración, y así se lo comentó a Siwi, que replicó:

—Tenemos que olvidar y mirar al futuro.

—Cada vez soy más consciente de que en este lugar no hay futuro —le contestó Eyrén.

En el dormitorio de los hombres no se hablaba de lo ocurrido. Muchos habían disfrutado de Loria, siempre dispuesta a consolarlos. Se sentían extraños, como abandonados, pero eran incapaces de compartir el dolor entre ellos. Un pudor indefinible les cerraba la boca.

Durante varias noches, Nel no durmió con los demás. A veces Kalios lo divisaba apostado en una roca de la costa, bajo la luna. Nel pasaba allí horas, sentado, a menudo dormitando. Kalios no alcanzaba a ver su rostro, pero de vez en cuando un grito extraño, como de dolor, o una oración dirigida al dios hundido en el mar le llegaban apagados por el constante rumor de las olas. Nunca osó acercarse.

Otras noches, Nel simplemente desaparecía, y Kalios ignoraba su paradero. Pero jamás se retrasaba por la mañana en los entrenamientos. Kalios pensaba que no quería que nadie más muriera por su ausencia. La herida que había dejado la muerte de Loria seguía abierta, profunda, dolorosa…

Los últimos fieles

Tarsis, otoño de 1551 a. C.

Cuando Nel llegó aquella noche, todos estaban dormidos. La tierra temblaba suavemente, pero nadie parecía enterarse. Se acercó al lecho de Kalios, le tocó en el hombro para despertarlo y después le dijo en voz baja:

—Te necesito. Acompáñame.

Kalios se levantó de un salto y lo siguió. Salieron de la arena por una portezuela escondida por la que Nel solía escaparse sin ser visto. Bajaron la colina del templo y después subieron a otra cercana. Cruzando callejas oscuras, se dirigieron a aquel palacio con puertas desvencijadas en el que se decía que moraban fantasmas. Nel le pidió a Kalios que empujase una puerta lateral sin hacer demasiado ruido. Con su fuerza descomunal, Kalios consiguió abrirla, pero no pudo evitar el sonido bronco de la tranca al desprenderse.

Entraron en un almacén con ánforas por el suelo. Desde allí, atravesando varios corredores oscuros en los que a través del techo se colaba la luminosidad de las estrellas, llegaron a una gran puerta. La abrieron y se adentraron en lo que antaño había sido un hermoso patio, con frescos en las paredes y columnas de un color rojizo y azulado, ahora descascarilladas por el paso del tiempo. El techo abovedado era de un alabastro tan fino que dejaba pasar la luz de la luna llena, que en aquel momento brillaba sobre la ciudad. Una parte de la bóveda se había caído tiempo atrás y por el hueco se colaba una claridad muy tenue.

Al penetrar en el interior del palacio, como tantas otras veces, Nel sintió que algo le atenazaba el pecho, y los recuerdos se agolparon en su mente. Allí, en ese mismo lugar, había sido muy feliz. Lo habían cuidado como en ningún otro sitio. Si hubiera subido por aquellas escaleras, habría llegado a la terraza donde Eteria le enseñaba la isla. Aunque él era aún capaz de vislumbrarla cuando a escondidas llegaba a la terraza, con Eteria todo era distinto.

Tras la puerta frente a él, cruzando algunos corredores, habría llegado al jardín, el lugar donde recibía clases, la sabiduría de las hespérides, en compañía de Aldair y de… Loria.

Por más que se repetía que la culpa era de un gobierno injusto, no podía liberarse del peso de su propia responsabilidad en la muerte de Loria. Con esfuerzo, movió la cabeza, intentando apartar aquellos negros pensamientos, pero no pudo. Aldair, su mejor amigo, se había ido. ¡Cuánto le echaba de menos! Alguien con quien había crecido, con quien se podía explayar sin ser nunca juzgado. Y… ¡Loria! Un quejido se escapó de su garganta al pensar en ella. ¡Por el dios Atón, que brilla en los cielos, Loria ya no estaba en este mundo! Y él no podía soportarlo. Se sintió culpable: si no se hubiese retrasado, si no hubiese salvado a los hombres esclavos bajo Tarsis, ella quizá estaría viva. ¡Loria! La que le había cuidado desde que eran niños, la mujer libre de espíritu, y sabia…

Fueron llegando… Aparecían por las múltiples entradas que poseía el antiguo palacio, algunos procedentes de los sótanos. Eran hombres y mujeres cubiertos con túnicas blancas y velos que les tapaban el rostro. Al llegar, se descubrían y hacían con la mano el signo que la anciana vendedora de ungüentos había trazado un tiempo atrás sobre la espalda de Kalios.

El rostro de Nel, aún marcado por la tristeza del recuerdo de Loria, se relajó al ver a todas aquellas gentes, muchos de ellos sus amigos, e incluso familiares. Algunos lo abrazaron al entrar, mientras que otros hicieron una inclinación de respeto. Alguien más cercano, que conocía la estrecha relación con Loria, su hermana y amante, intentó decirle unas palabras de condolencia y darle un abrazo, pero

Nel se puso rígido, incapaz de corresponder al gesto. Entre los hombres, había varias mujeres, la mayoría en la edad madura, que abrazaron a Nel como a un hijo. Kalios comprendió que Nel estaba con los suyos, con su clan.

Desde el patio, todos pasaron a un salón ahora oscuro, pero pronto iluminado por hachones en la pared, encendidos con las antorchas de los asistentes. Alguien cuidaba de la casa, y no había suciedad ni basura en el suelo. Las paredes, aunque desconchadas, aún mostraban antiguos frescos en los que se veía el símbolo del sol, rayos que partían de un triángulo y formas geométricas entre las que abundaban los trisqueles.

Se cerraron las enormes puertas de bronce que separaban el salón del patio abovedado en alabastro de la entrada. Después se hizo lo mismo con las ventanas de postigos de madera y con todas las puertas laterales. Cuando todo estuvo adecuadamente clausurado, encendieron una gran lámpara en el techo con una larga yesca. La lámpara con brazos en forma de ave estaba coronada por otra más grande de oro con rayos que simulaban los del astro solar. Al iluminarse, en el interior del salón parecía que se hubiera hecho el día. Cuando todas las luces estuvieron encendidas, los asistentes comenzaron a cantar el himno a Atón. A Kalios le pareció que en el techo revoloteaban aves blancas.

Cuando el canto finalizó, un anciano con aspecto de mendigo tomó la palabra. Era Cidón. Con voz solemne, como si fuese un canto épico, repasó lo ocurrido en los últimos años: cómo Nórax salvó a la última hespéride, cómo se restauró el culto a Atón gracias a ella, a quien los fieles veneraban, cómo Nórax fue traicionado y desterrado, cómo Eteria se hundió en el mar y, finalmente, cómo el mal se fue adueñando casi por completo de la ciudad de Tarsis.

—Solo quedó una esperanza —concluyó Cidón—. Cuando todos los príncipes hijos de Gerión murieron, solo quedó un sucesor legítimo del último rey: un heredero del patriarca Tarsis. Ese es Nel: el único descendiente vivo del rey Gerión.

Se oyó un grito de aceptación y todos clavaron la mirada en él.

—Durante años, en la arena, ha salvado muchas vidas. Gracias a él —prosiguió Cidón—, el culto al sol se ha mantenido, y no solo eso: de manera secreta el número de los fieles ha ido aumentando.

Nel levantó la mano en dirección a Cidón y, con emoción, exclamó:

—No solo ha sido gracias a mí. Tú, Cidón —se dirigió al viejo servidor con voz firme aunque emocionada—, has congregado a los fieles, nos has unido a todos. Has mantenido la antigua casa de Argón como un lugar de reunión para los fieles.

Cidón bajó la cabeza, murmurando:

—Se lo debo a Eteria, se lo debo a Nórax. Me gusta pensar que un día regresarán.

—El pasado ya no existe. Recordémoslo para aprender, pero miremos adelante. Va a comenzar una nueva etapa en la vida de los *góidel.* Hoy no venimos solo a adorar al sol.

Nel les confesó que durante años había guardado silencio sobre lo que realmente ocurría en Tarsis, lo que la hacía temblar de cuando en cuando, lo que había bajo el subsuelo. Ahora les fue explicando cómo, a través de la extracción de oro del fondo de la tierra, se habían socavado los cimientos de Tarsis. Les reveló que ese era el origen de los temblores que asolaban la ciudad, que la diosa no existía, ni tampoco el Cándamo, salvo en la mente de Akálide.

Tarsis estaba corroída por dentro, se hundía poco a poco y pronto se destruiría. Se aproximaba el fin de una era, pero ellos serían el principio de otra. Todos debían huir de la isla en la que se alzaba Tarsis lo antes posible, abandonarlo todo y dirigirse hacia tierras más altas.

—¿Cómo sabemos que es verdad lo que nos dices? —inquirió, contrariado e incrédulo, uno de los asistentes—. Está muy bien reunirnos a adorar al sol. ¡Yo soy su más sincero servidor! Me juego la vida al hacerlo. Pero no quiero dejar mis posesiones en Tarsis para que asalten mi casa y no quede ya nada. Como ha pasado aquí, en el palacio de Argón… Del hermoso palacio de los *góidel* solo quedan

los frescos. Se han llevado los muebles y todas las pertenencias que atesoraba.

—¿Cómo no creer a Nel? —Le paró un joven fuerte y musculoso.

Nel le agradeció con un gesto sus palabras. Lo conocía bien: era un hijo de Kendal. Vestía harapos y, sin embargo, su familia había sido una de las más acaudaladas de Tarsis. Tras la muerte de su padre, siendo un niño, había tenido que trabajar como estibador en el puerto para sacar a su familia adelante; de ahí su enorme fuerza.

—No es que dude… —le respondió con reticencia el comerciante—, pero me cuesta dejarlo todo por algo que no sé si es tan grave como dice. Llevamos años soportando los temblores…

Nel apretó la mandíbula; después suspiró como si ya supiera que algunos iban a reaccionar así. Entonces habló pausadamente, intentando explicarles con claridad la situación:

—Os aseguro que solo una gran pilastra sostiene Tarsis. Esa enorme columna contiene más oro que todo lo demás, y Akálide la ha ido derruyendo poco a poco, pensando que no caerá. He calculado que, si siguen a este ritmo, en la próxima fiesta de Sopdet la pilastra cederá, y la ciudad puede hundirse. A la reina le gusta que la ciudad tiemble en las grandes festividades porque así tiene excusas para inmolar más víctimas a la diosa. El día de la fiesta se soltará agua para liberar más oro, pero la ciudad no lo resistirá.

—¿Es que nadie puede parar a esa bruja? ¿Nadie puede decírselo? —gritó una mujer, aterrorizada y con un tono de histerismo en la voz.

—Está consumida por la codicia y por el orgullo. Me temo que no —contestó de nuevo el comerciante, que era el que estaba más cerca de la reina porque vendía joyas en palacio.

—Ha gastado mucho los últimos años y sabe que la veta mayor de oro está allí —razonó otro—. Piensa que nada hundirá Tarsis.

—¡Quizá el propio Krysaor se dé cuenta!

—¿Acaso no lo veis? Es un pelele en manos de Akálide —replicó otro de los presentes—. Es como si lo hubiese hipnotizado; le administra uno de esos bebedizos que anulan la voluntad.

Entonces, con su voz grave y algo ronca, pero con una vibración de timidez, Kalios se atrevió a decirles:

—¡Escuchad a Nel! Él ha penetrado en los subterráneos bajo Tarsis. Ha visto lo que os dice. Yo también lo he hecho.

Nel agradeció con la mirada las palabras de Kalios porque intuía cuánto le costaba hablar en público.

—¡Deberéis abandonar la ciudad antes de la fiesta de Sopdet! —exclamó Nel con voz firme—. ¡O abandonáis la ciudad o moriréis todos!

—¡Me quedaré contigo! —exclamó Cidón.

Nel le sonrió, mientras muchos gritaban, otros lloraban y la algarabía no dejaba entender lo que se decía.

—¿Vendrás con nosotros, Nel? —preguntaron varios.

—No puedo irme. Me debo a los *porenna*. Si me voy, muchos de ellos morirán. ¡No sintáis pena por mí! Confío en el dios, y si no… Quizá algún día nos reencontremos en las islas de la inmortalidad. —Al oír esas palabras, Kalios se conmovió, pero Nel, que no se dio cuenta, prosiguió—. Deberéis marcharos lentamente… Nunca todos juntos o seréis detenidos. Poned alguna excusa creíble a vuestros vecinos y a los familiares que no reconocen a Atón.

En ese momento se oyeron golpes en los enormes portones que separaban el gran salón del patio abovedado de alabastro. Quizá los gritos y las voces habían llegado al exterior y alguien había avisado a la guardia, o tal vez el ruido de las puertas que Kalios había forzado había despertado a alguien. Las puertas comenzaron a retemblar, pero resistían.

Los fieles se apresuraron a huir por las otras salidas y pasadizos. Nel le hizo un gesto a Kalios para que recogiera del suelo una viga que, tiempo atrás, se había derrumbado del techo. Los dos la apoyaron contra la puerta, resistiendo la presión de los atacantes y permitiendo así la salida de los otros. Apagaron la gran luz del techo tirando de un cordón que detenía el flujo del aceite que la alimentaba.

El gran portón cedía, y se oían los golpes que le asestaban los atacantes. El gigante Kalios aguantaba sostenido por Nel. La sala ya estaba casi vacía cuando el portón se desplomó, rompiéndose en varios pedazos. Nel y Kalios lograron salir ilesos e intentaron escapar, pero pronto un gran número de soldados de la guardia real los rodeó y todo se volvió confuso y oscuro. Kalios y Nel estaban prácticamente desarmados.

En aquel momento crítico, la fortaleza de Kalios y su habilidad para luchar fueron decisivas. Con una de las tablas del portón caídas en el suelo, golpeó y detuvo a varios atacantes, a los que finalmente estampó contra el suelo. Nel, en una lucha cuerpo a cuerpo, consiguió desarmar a otro de los soldados y se hizo con su puñal.

Kalios siguió utilizando la tabla como un arma, ahora arrojadiza, y les atizó con ella de tal modo que se escuchó un terrible golpe y uno de los guardias murió desnucado, otro quedó inconsciente y un tercero huyó en la oscuridad, pensando que se enfrentaba al Cándamo. Kalios, a continuación, acudió en auxilio de Nel, pero ya no era necesario porque había atravesado el vientre de su enemigo con el cuchillo que le había arrebatado.

Habían vencido en aquella primera escaramuza, pero el estruendo en el interior del palacio atraía a más guardias. Rápidamente, descendieron a los sótanos por una trampilla que bloquearon tras de sí. Después huyeron del palacio *góidel*. Avanzaron a toda velocidad por las calles. Nel y Kalios necesitaban llegar a la arena para evitar que se notase su ausencia, por lo que siguieron corriendo hasta alcanzar un portillo que se abría en uno de los diques circulares. Una vez allí, se lanzaron al mar.

Nel nadaba con rapidez, adelantando y superando a Kalios, a quien le costaba avanzar. El aguador se quedó atrás, pero finalmente logró llegar al embarcadero donde días atrás había estado con Eyrén. Aún era de noche. Ocultándose de la guardia, cruzó los dos muelles espirales y entró de nuevo en la arena por la portezuela por la que había salido, que ahora estaba entornada pero no cerrada. Ya

era de día. Cuando alcanzó la arena, comprobó que Nel ya había llegado.

Nadie sospechó nada de los dos hombres. Siwi y Eyrén se dieron cuenta de que algo había sucedido aquella noche, porque tanto a Nel como a Kalios se los vio agotados durante el entrenamiento de la mañana y cometieron muchos errores. No era tan solo por el cansancio provocado por la lucha y por haber corrido y nadado hasta llegar a la plaza. Kalios, sobre todo, estaba asustado por todo lo que había oído aquella noche y presentía un futuro aciago. Más aún porque, cuando nadie los oía, Nel le confesó:

—No queda mucho para el fin. Ruega al dios que podamos escapar el día de la gran desgracia.

La ejecución

Tarsis, otoño de 1551 a. C.

Los bandos resonaron por toda la ciudad. Los pregoneros tocaron una trompa y después relataron a gritos lo que había sucedido: varios soldados, guardianes de la diosa, habían sido asesinados en el viejo palacio *góidel*. Según los adivinos, los causantes de las muertes habían sido los demonios que habitaban la casa desde que Nórax, príncipe del clan *góidel,* se había marchado al exilio. Sin embargo, muchos se preguntaban cómo era posible que unos demonios blandiesen armas blancas y causasen heridas tan precisas, así como golpes en los cuerpos destrozados de los soldados asesinados.

El terror recorrió la ciudad porque todos sabían lo que significaban los bandos: se iba a dar una respuesta ejemplar a semejante rebelión. Se congregó a las gentes de la ciudad en la plaza. La reina Akálide y el rey Krysaor lo presidían todo desde un solio sobre el altar de la diosa. El día era despejado y azul, pero algunas nubes se paseaban por el cielo, alargadas como serpientes, signo quizá de mal presagio.

Un sacerdote, de pie frente al altar de los sacrificios, y aún manchado con la sangre fresca de las últimas víctimas, alzó la voz:

—Han muerto dos guardianes de la diosa. Solo el sacrificio de los puros puede aplacar su ira.

Desde el graderío estallaron gritos, mezcla de complicidad con el crimen y del deseo de sangre, que se extendieron como un eco siniestro por la arena y llegaron a los sótanos de la plaza, donde helaron el corazón de los *porenna.* Empujados brutalmente por los

guardianes, los atletas fueron arrastrados hasta el ruedo. En cuanto aparecieron, un alarido de odio y de tensión recorrió los graderíos. Una nube blanca ocultó la luz del sol, y un viento frío hizo temblar la desnuda piel de los saltadores de toro. La tierra tembló levemente bajo sus pies.

Los atletas fueron saliendo y se dispusieron en una larga fila en el centro de la arena. Los sacerdotes pidieron dos voluntarios. Nadie se movió. Nel dio un paso al frente.

—¡No lo hagas! —le gritó Kalios, desesperado—. Todos te necesitamos.

Kalios estaba a punto de ofrecerse cuando Eyrén se quedó pálida. Un vahído hizo que se tambalease y se aferró a su compañero, quien, al sentir su extraña debilidad, se vio incapaz de salir voluntario y dejarla sola.

El público rugió defendiendo al capitán de *porenna:*

—¡Ese no!

Nel era demasiado popular para morir. Desde el solio real, Krysaor hizo un gesto negando la posibilidad del sacrificio del jefe de los *porenna*. Akálide, cubierta por sus velos negros, levantó la mano con un gesto frío. Dos guardias le enfilaron con sus lanzas y debió regresar a la fila.

Entonces escogieron, de modo aparentemente aleatorio, a dos *porenna*. Eran dos varones espléndidos, altos, de músculos atezados y de imponente presencia. Kalios había saltado junto a esos dos jóvenes, y con Nel, en la danza del tetrasquel, el símbolo de la casa de Krysaor. El muchacho ahogó un grito de espanto cuando las lanzas de los guardianes se clavaron en las costillas de los muchachos para obligarlos a avanzar. Eyrén lloraba desconsoladamente.

Un silencio que rezumaba horror se extendió entre los *porenna*. Algunos se quedaron como hipnotizados observando a los condenados; muchos fijaron la vista en la arena de la plaza, incapaces de levantar la cabeza, y aun otros temblaban. Todos sabían que jamás se había llegado tan lejos. Nadie estaba seguro, ni

siquiera los buenos saltadores. Los que iban a ser sacrificados eran atletas extraordinarios, muy bien entrenados por Nel, que nunca habrían fallado el salto del toro.

Mientras los *porenna* callaban, el griterío se hizo ensordecedor. Nunca había estado la plaza tan llena, abarrotada de tartesios ansiosos de sangre. Los tambores retumbaban con una cadencia amenazadora, como si quisieran que los culpables del crimen sintiesen aún más terror ante la diosa. El resto de los saltadores fueron dispuestos en dos filas, a ambos lados de las gradas que llegaban hasta el altar, para que contemplasen el sacrificio de cerca. Eyrén temblaba de rabia y horror mientras se situaba en donde le correspondía, en un lugar alto en las escaleras.

—Deberíamos hacer algo —le susurró a Kalios, que estaba a su lado—. No puedo soportar verlos morir.

—Nel se ofreció en su lugar.

—Sí… —La voz de Eyrén tembló; su opinión sobre Nel había cambiado.

El rostro de Nel mostraba rabia e impotencia. Los ojos le brillaban con lágrimas contenidas. Quizá pensaba que aquellos dos jóvenes no habrían muerto de no haberse celebrado una reunión en el palacio de los *góidel*. Kalios pensaba lo mismo, pero inmediatamente rectificó. Los culpables no eran Nel ni los *góidel*. El origen del mal era aquella diosa absurda, y la reina Akálide, que aterrorizaba a todos con crueles sacrificios; también aquel pueblo sediento de sangre que disfrutaba con ella y que no se atrevía a oponerse a la reina.

Los dos condenados habían llegado ya hasta el altar, con los ojos de todos fijos en ellos, y ambos se revolvían intentando inútilmente liberarse de sus ataduras. A empujones los obligaron a doblar el cuello sobre la piedra sacrificial. El *laber* cayó implacablemente sobre ellos. La sangre de las víctimas, recogida en grandes calderos de bronce, fue asperjada con hisopos sobre la dorada arena de la plaza. Los cadáveres fueron incinerados en una pira y el olor a carne quemada persistió en el aire durante un tiempo y se extendió por los

sótanos, mientras las cenizas ascendían hasta el sol, que se cubrió por la espesa nube de humo negro que se elevaba hacia el cielo. Kalios pensó que Atón no deseaba ver el crimen.

A algunos de ellos los obligaron a bailar en torno a la pira al son de una música que helaba los corazones. Cuando cesó la música, el sonido de trompetas marcó la salida de Krysaor y Akálide. Después los *porenna* abandonaron la plaza y las gradas se vaciaron de público.

En la gran estancia de los *porenna* ninguno era capaz de decir una palabra: la angustia les atenazaba la garganta. Les dieron una comida que era poco más que pan y agua. No hablaron demasiado entre ellos. Al cabo de un tiempo, se requirió a Nel, a Kalios y a algunos de los más fuertes para que limpiasen la arena. A las cuevas bajo la plaza seguía aún llegando el olor pestilente de las piras funerarias.

Huyendo del olor de las piras, la mayoría de los que quedaban se acercaron al acantilado en la parte de atrás de la gran plaza. El sol descendía hacia el horizonte, arrancando resplandores del mar. A algunos de ellos, creyentes en Atón, al ver el disco rojizo, les llegó un atisbo de esperanza. Todos los días el sol moría en el mar, hundiéndose en el inframundo para luchar con la serpiente, pero siempre la vencía, y regresaba al alba.

Varios de ellos rezaron el himno en silencio, pidiendo al dios que algo cambiase en aquel lugar, donde toda compasión y toda piedad habían muerto. Eyrén, que no era especialmente devota del dios solar, compartió aquel sentimiento, que era colectivo, y oró fervientemente para que ninguno de sus seres amados muriese.

Sin embargo, muchos de los *porenna* no pudieron contenerse más y blasfemaron al afirmar que el sol era injusto porque brillaba tanto sobre sus adoradores como sobre los impíos servidores de la diosa.

Al poco, Kalios, Nel y los demás regresaron de la arena, con náuseas por lo que habían presenciado. Kalios se situó en lo alto de las rocas, con los demás, buscando restañar las propias heridas

físicas y morales, mientras el sol seguía descendiendo hacia el horizonte.

Nel, en cambio, no se quedó con ellos, sino que bajó por la cuesta que conducía a unas rocas, en una pequeña cala en la costa, buscando la soledad. Eyrén lo siguió. No sabía con certeza por qué lo hacía: quizá se compadecía de él, o acaso, como se sentía triste y frágil, necesitaba la fortaleza del jefe de *porenna*. O, tal vez, en lo más profundo de su alma, había un motivo oculto que no se atrevía a confesarse a sí misma.

Eyrén se apresuró caminando por el sendero que descendía hacia la playa. Nel, desde las rocas, divisó su figura: grácil, de líneas delicadas, hermosa. Pensó en lo fácil que era elevarla por los aires, sin apenas esfuerzo, porque ella se dejaba llevar. Cuando la sostenía, le parecía un pájaro blanco, un ave que se había posado en él, como si estuviera a punto de emprender el vuelo. Bailar con Eyrén sobre el toro era su último refugio de felicidad, el único vestigio de alegría que le quedaba en medio de aquel mundo de horror.

Pronto dejó de ver a Eyrén tras una revuelta del camino. ¿Adónde iría? Nel pensó que no debería importarle. Quizá iría a encontrarse con aquel forzudo, Kalios, un buen muchacho, que tal vez había sido su amante. Se dijo a sí mismo que no debía pensar en ella, ni en ninguna otra mujer. No había pasado tanto tiempo desde que Loria había sido entregada al *laber,* cantando el himno al sol. La echaba tanto de menos…

Oscurecía, pero aún quedaban luces en el cielo. El astro del día poderoso, brillante, se había ido dejando un leve resplandor sobre el horizonte. «¡Oh, Dios del Ocaso! —pensó Nel—. Si algún poder tienes, haz que esta ciudad se salve de ese poder idolátrico y maligno que la corroe. Impide que se hunda». Sin embargo, en su interior, Nel supo que no le quedaba mucho tiempo a Tarsis y se abismó en la tristeza. Seguía pensando que parte de lo que estaba ocurriendo era culpa suya. «Claro que lo es —pensó con remordimiento—. Disfruto bailando ante la diosa, con los aplausos.

Siento una vanidad enfermiza que me lleva a buscar la aprobación de la plebe. La diosa me ha atrapado también a mí».

Al salir de la curva en el camino, Eyrén distinguió de nuevo a Nel. Ahora estaba sentado en la arena con la espalda apoyada contra una roca; los músculos, frotados con aceite, le brillaban con la tenue luz del ocaso. Era poderoso, pensó Eyrén: podía levantarla con una mano, girarla, hacerla volar y recogerla en el aire. La había ayudado tantas veces… Nel no se merecía lo que le estaba ocurriendo.

Ensimismado, Nel se sobresaltó al notarla junto a sí. Fijó los ojos en ella. Eyrén detectó la profunda tristeza que anidaba en los ojos verde agua de Nel. Lo contempló débil, abatido, como ausente.

Nel pareció despertar de su melancolía al verla y le dijo:

—Otra vez han muerto sin que yo pudiese hacer nada.

Eyrén lo entendió, comprendió el sufrimiento siempre presente en Nel e intentó consolarlo:

—No eres el culpable. Es esa diosa sedienta de sangre.

—Te equivocas, yo soy el culpable. Fui yo quien mató a esos guardias por los que fueron ejecutados nuestros compañeros. Akálide lo sabe o lo sospecha.

—¿Por qué no te mataron a ti?

—Krysaor nunca lo permitiría, y Akálide prefiere hacerme sufrir sacrificando a mis compañeros. Está asesinando a aquellos en los que confío. Por eso Loria murió, por eso han ejecutado a estos dos últimos. A todos aquellos con los que bailo, a los que entreno y lo hacen bien, a los que saben que estimo, los matan. Por eso no debe notarse a quién prefiero.

—¿No puedes hacer nada? —le preguntó Eyrén con voz temblorosa.

—¡¡¡No!!! —gritó, lleno de desesperación.

Se volvió rápidamente hacia el mar para que ella no viese las lágrimas que le asomaban a los ojos. Se hizo un silencio entre ambos. Nel, de espaldas a ella, se abismó aún más en el horizonte, en la desembocadura del estuario. Las luces del ocaso clareaban el

cielo y el mar iba adquiriendo un color azul intenso. Era un momento de rutilante belleza.

La luz del atardecer extrajo también fulgores del cabello de Nel, y el verde traslúcido de sus ojos brilló.

—Lo sé —le consoló Eyrén—, sé que haces lo que puedes.

—A veces pienso que habría sido mejor irme hace años, cuando era apenas un adolescente. Pero no pude.

—¿Por qué?

—Hay algo en mí que necesita saltar los toros.

—No es solo eso. Proteges a mucha gente.

Nel sonrió levemente, evocando ahora un íntimo recuerdo:

—Sí. Es la misión que el dios me confió.

—¡Lo es! —refrendó Eyrén con calidez.

—Pues… es mentira —gritó Nel desesperado—. Loria, mi hermana, mi compañera, mi amante, ha muerto. Hoy, dos amigos queridos… Debí marcharme con los *góidel*.

Nel se abismó en el pasado. Le contó a Eyrén su infancia en el palacio de Gerión, la muerte de este y su adolescencia junto a Nórax y Eteria.

—¿Has visto alguna vez los frescos del palacio? —le preguntó.

—No. Nunca he estado en el palacio de los reyes de Tarsis.

—Me gustaban mucho. Cuando era niño, jugaba bajo aquellas figuras, y a menudo me quedaba absorto mirándolas, imaginando historias. Había dibujos de flores de papiro, atletas saltando, delfines, flores, barcos… Por las noches, esos frescos reaparecen en mis sueños y me infunden paz. No había nada en ellos agresivo, defectuoso ni tampoco violento. Esa era nuestra cultura: transmitir la luz de Atón para hacer el mundo más justo, más amable, más honesto… La Señora de las Fieras es todo lo contrario. —Eyrén se conmovió ante el dolor de Nel, quien siguió hablando con la voz cargada de angustia—: La diosa me ha cambiado también a mí. Disfruto haciendo sufrir…, yo…, ¡el más devoto servidor del sol! ¡Soy un ser cruel y sanguinario como lo son ellos!

Ocultó la cara entre las manos.

—Eso no es así —le susurró Eyrén con suavidad.

Se arrodilló junto a él y, tímidamente, le rozó el cabello brillante en una leve caricia. Entonces Nel levantó la cabeza y la contempló, larga e intensamente. Los ojos de uno parecían penetrar en los del otro. Poco a poco se fueron acercando hasta fundirse en un abrazo. Después unieron sus labios con ansia durante largos instantes. Al fin, él se separó ligeramente, respirando con dificultad.

—¡Ayúdame, Eyrén! No puedo más —le confesó él mientras la estrechaba con desesperación—. Krysaor quiere que me rinda. Lo tendría todo… Pero nunca… ¡nunca lo haré!

Ella solo deseaba mitigar tanto dolor. Lo abrazó con fuerza, sintiéndose dichosa por un instante, y se abandonó a él, perdiendo la noción del tiempo, en lo que le parecieron momentos eternos de paz. Pero de repente la imagen amorosa de Kalios se impuso en su mente y la sacó bruscamente de aquel refugio.

Reaccionó apartándose de Nel. No debía hacerlo, no podía traicionarlo, y por eso exclamó con dolor:

—No puedo hacerle esto a Kalios.

—¡A Kalios! ¿Qué le debes a Kalios? —Nel habló con brusquedad—. ¿Sois amantes?

—Lo fuimos, y huimos del poblado para venir aquí, para poder estar juntos. Lo amo.

—¿Y…? —preguntó Nel con una mezcla de curiosidad y extrañeza.

El duro jefe de *porenna* parecía transformado, y con una expresión interrogadora intentaba entender los verdaderos sentimientos de Eyrén. Ella no desvió su mirada, profunda, de un verde acastañado, rodeada de espesas pestañas oscuras, de los ojos de Nel, como si esperara encontrar respuestas en él.

Entonces Eyrén exclamó con una desesperación que parecía absurda:

—Te quiero más que a mi vida…, pero os quiero a los dos.

—Eso no es posible; o no lo es de la misma manera.

—¡Lo es! —insistió Eyrén, con firmeza, la voz cargada de convicción.

Eyrén se retiró, alejándose de Nel con la cabeza inclinada, angustiada por el peso de lo que le había revelado. Subió por la senda labrada en la roca que conducía a la pista de taurocatapsia y a los dormitorios de los *porenna*. A mitad de camino se detuvo y miró hacia atrás. Oscurecía, y las luces de las estrellas titilaban en un crepúsculo pintado de colores violáceos y rojizos, como preludio de algo amenazador que pronto llegaría.

Desde lo alto del acantilado que descendía a la cala, una figura la observaba. Llevaba un rato allí, contemplando la escena. Lo había visto todo y le dolía profundamente, como si le partiesen el alma. Sentía que le habían arrebatado lo que más quería en el mundo, pero nunca… nunca se enfrentaría a aquel rival, al que admiraba y le estaba profundamente agradecido.

Era Kalios.

En la plaza

Tarsis, primavera de 1550 a. C.

Habían ensayado mucho el número ensayado, y ahora era completamente diferente. Desde el día de la playa, Eyrén se había alejado de Nel. Y este no quiso volver a saltar el toro con ella. Quizá se sentía intimidado ante Eyrén, y sabía que la taurocatapsia no debía verse alterada por ningún sentimiento. Por eso Nel había decidido que el próximo espectáculo sería distinto: Eyrén y Kalios bailarían sobre el toro, mientras que él permanecería en la plaza. Con una pértiga, saltaría sobre el animal y la pareja. Ensayaron la rutina repetidas veces.

El número fue un gran éxito, porque Kalios manejaba a Eyrén como si se tratase de un apéndice de su propio cuerpo. La joven ejecutaba movimientos inimaginables, sujeta por una o por las dos manos de Kalios: se curvaba, se abría… Ambos, sobre el lomo del toro, parecían no notar los saltos del animal en un prodigio de equilibrio que semejaba no solo algo mágico, sino prácticamente imposible. Nel volaba sobre ellos con la pértiga, dominando la escena. Saltaba al toro y a la pareja de atletas para caer elegantemente a uno u otro lado. Repitieron aquel número muchas veces, siempre con éxito. El público quedaba rendido a sus pies.

Kalios apenas hablaba con Eyrén. Se había convertido en un hombre serio, siempre absorto en sus pensamientos y en lo que hacía, algo completamente inusual en él. Eyrén, desconcertada, intentaba acercarse de distintas maneras: le sonreía, le ofrecía alguna fruta o un bocado durante las comidas, e incluso intentaba

bromear con él. Pero Kalios permanecía sombrío y pensativo, lo cual resultaba extraño, pues en él todo solía ser optimismo y alegría desbordante. Esa nueva actitud la inquietaba. Tenía la impresión de que algo oscuro lo estaba consumiendo por dentro.

Una barrera invisible había surgido entre los dos. Aunque Kalios aceptaba con una sonrisa agradecida los gestos amables de Eyrén, su expresión seguía siendo hosca, y su silencio, desconcertante. Eyrén intentó convencerse de que su cambio de actitud se debía a la presión del nuevo ejercicio, que ahora recaía con más peso sobre él. Un día, finalmente, se lo comentó, esperando aliviar la tensión.

—Es por el número, ¿verdad? —le preguntó suavemente.

Kalios, tras una pausa, la miró a los ojos, y esta vez respondió, su voz destilando una sinceridad que últimamente esquivaba.

—Sí. Estoy preocupado. No soy como Nel… Si te dejo caer, si pierdo la concentración por un segundo, podrías morir, y no puedo permitírmelo. Sin ti… yo estoy muerto.

Eyrén sintió una repentina oleada de vergüenza al darse cuenta de que no correspondía al amor de Kalios en la misma medida. Antes de decir algo, se apartó de él rápidamente, interrumpida por una voz que resonaba detrás de ellos.

—¡Eh! Vosotros, ¡silencio! ¡Hacéis perder la concentración a los demás!

Era Nel. Su voz sonaba rara, algo dura. Eyrén percibió un tono de impaciencia y rabia reprimidas, como si se sintiese celoso al verlos hablar en un aparte.

El número se fue complicando cada vez más, no siempre era el mismo. Nel, exigente, había decidido no solo saltarles, sino también subirse al toro con los dos, formando una columna humana. Kalios iba abajo, sosteniendo el peso de todos, sobre él se colocaba Nel y, encima de ambos, Eyrén. Los ensayos continuaron diariamente, sin cesar un instante, excepto para comer y para el descanso nocturno, hasta que finalmente dominaron el ejercicio.

Eyrén intentaba evitar posar su mirada sobre Nel, pero no podía eludir el contacto con ella, y entonces algo eléctrico la recorría, algo

que la desconcertaba profundamente. Después de esos momentos, se forzaba a mirar a Kalios, su leal compañero, y una mezcla de gozo y culpa se apoderaba de ella. Se daba cuenta de que lo quería porque era bueno, pero las emociones que despertaba Nel en ella la turbaban profundamente. El temor de herir a Kalios la atormentaba. La confusión en los sentimientos que experimentaba por ambos la envolvía, y le costaba mucho encontrar un equilibrio entre lo que sentía y lo que debía hacer.

Llevaban ya un buen rato actuando cuando Nel salió a la pista y empezó a danzar en el centro, realizando acrobacias sobre la arena con su habitual destreza. Kalios y Eyrén se mantenían sobre el toro, frente a frente. Fue en ese momento cuando Kalios notó que la mirada de Eyrén no estaba fija en él, sino en Nel. Lo atravesó un dolor lo suficientemente intenso como para que perdiese la concentración.

En lugar de impulsarla hacia delante para realizar el triple salto mortal de salida, Kalios vaciló y, en ese breve desliz, cayó bajo el animal. El toro, sin piedad, lo corneó, ensartándole por un costado. La arena dorada se cubrió de la roja sangre de Kalios. Mientras tanto, Eyrén había aterrizado en el suelo con un fuerte golpe porque Kalios, al fallar, la había lanzado fuera del lomo del animal.

El caos se apoderó de la plaza. Los otros atletas corrieron hacia el centro de la arena, agitando telas de colores para distraer a la fiera. Con gran esfuerzo, consiguieron alejar al toro del cuerpo inmóvil de Kalios. El aire se llenó de tensión y angustia mientras el tiempo parecía detenerse y la vida de Kalios pendía de un hilo sobre aquella arena empapada de sangre.

Eyrén se levantó del suelo, tambaleándose por el dolor, dio unos pasos hacia donde estaba Kalios y se arrodilló junto a él. Con un hilo de voz, él le susurró, en su último aliento:

—Ve con Nel…

Su voz se apagó, y Eyrén sollozó mientras los ojos de Kalios, abiertos y mirando al cielo, se fijaron para siempre en dirección al dios solar. En ese instante el tiempo pareció detenerse. Eyrén se

derrumbó sobre el cuerpo yerto de su amigo y compañero y escondió su rostro en el fuerte pecho de Kalios. Las lágrimas rodaban por su rostro, pero finalmente levantó la cabeza y lo miró a la cara, ya sin vida y que no revelaba dolor, sino una expresión de paz, suavemente bañada por los rayos del dios Atón, que custodiaba su último descanso.

El eclipse

Tarsis, primavera de 1550 a. C.

Eyrén vivía atormentada por la culpa. No podía siquiera mirar a Nel, y lo eludía siempre que podía, incapaz de soportar su presencia. Sin poderlo evitar, se reafirmaba en que él y ella eran los responsables de lo sucedido. Una vez tras otra, volvía a su mente el momento en que había mirado a Nel, deseándolo, y Kalios lo había advertido y había acabado perdiendo el equilibrio. Kalios había sido como un hermano, como su otro yo, y la pérdida la desgarraba por dentro. Cuando daba vueltas por la pista, por los dormitorios, en la playa, le parecía verlo, como si su sombra la persiguiera. Lloraba continuamente y no podía dormir. Las noches se le hacían interminables, pobladas de recuerdos que la atormentaban.

Nel no se atrevía a consolarla, y ni siquiera era capaz de acercarse a ella. No le decía nada, consciente de que cualquier palabra sería inútil, y temía que su presencia solo avivara el dolor de Eyrén.

Los otros atletas lo observaban todo en silencio. Suponían que la muerte de Kalios había afectado profundamente a Eyrén; al fin y al cabo, ambos provenían del mismo poblado de la meseta, y corría el rumor de que habían sido amantes. Aunque nadie se atrevía a mencionarlo, el vacío que Kalios había dejado era palpable, y no solo en Eyrén, sino en todo el grupo. Kalios, tan cercano, alegre y servicial, había sido alguien muy querido, y por eso la tristeza de Eyrén se sentía como una herida abierta que afectaba a todos.

Durante un tiempo, Nel impidió que Eyrén volviera a actuar. El público la reclamaba con insistencia, porque le encantaban los números que había realizado tanto con Kalios como con el propio Nel. Muchos decían que era la mejor pareja que el capitán de *porenna,* ídolo indiscutible de las gentes de Tarsis, había tenido sobre la arena. Los espectadores recordaban con admiración los bailes que ambos habían improvisado sobre el toro: Nel, pura fuerza, habilidad y destreza, y Eyrén, ágil y ligera como el viento. Sin embargo, el capitán de *porenna* sabía bien que, para bailar frente al toro, era tan importante la preparación física como la anímica, y no quería arriesgarse a sacar a una atormentada, muy destrozada e insegura Eyrén a la pista. Por eso tomó la difícil decisión de reemplazarla y eligió a otra para bailar sobre el toro: Siwi.

Eyrén se enfadó. Se sentía relegada y celosa: no podía soportar ver a Nel haciendo con otra persona muchos de los números que habían compartido, sobre todo con otra mujer. La imagen de Siwi ocupando su lugar la llenaba de celos y frustración. Aunque su primera reacción fue desafiante, impulsada por el enojo y la impotencia, enseguida intentó ocultar sus sentimientos tras una máscara de aparente indiferencia. Pero en su interior, cada movimiento que veía, cada salto que antes había sido suyo, la consumía.

En un principio parecía que la simbiosis que se había establecido entre Siwi y Nel funcionaba perfectamente. Los números se desarrollaban con fluidez, quizá sin la agilidad maravillosa de Eyrén, pero con eficacia y soltura.

Sin embargo, Nel no permitía a Siwi intentar algunos de los movimientos más peligrosos que había realizado con Eyrén poco tiempo atrás, especialmente el temido triple salto hacia delante, el mismo que había provocado la trágica muerte de Kalios.

A medida que pasaban los días, Siwi se fue notando más suelta, más segura. Quería emular los éxitos de la que había sido su predecesora. Anhelaba demostrar su valía y ganarse la admiración del público y, más que nada, el respeto y aprecio de Nel. La sombra

de Eyrén pesaba sobre Siwi, y la necesidad de estar a su altura o incluso superarla se fue convirtiendo en una obsesión.

Un día, sin previo aviso, al finalizar un número que había salido con cierta fluidez, Siwi decidió arriesgarse. Intentó el triple hacia delante y, al aterrizar, cayó mal. Aunque Nel, con reflejos rápidos, evitó que el toro la cornease, el daño ya estaba hecho. Cuando Siwi cayó al suelo, sintió un tremendo dolor: tenía una pierna fracturada.

El silencio se extendió por la arena. Todos sabían lo que eso significaba. La arrastraron por la escalera que conducía al altar, agarrándola entre dos guardianes, porque el dolor en la pierna la incapacitaba para caminar. Gritó aterrorizada. Al llegar a la parte superior de la escalera, Siwi alzó la vista hacia la imponente figura de la diosa. Los ojos de la deidad, fríos y crueles, parecían abrirse sedientos de sangre mientras una sonrisa sin alma se dibujaba en su rostro inmóvil. Siwi se estremeció al sentir bajo su cuello el frío del altar, húmedo y pegajoso, de sacrificios anteriores. En un instante, el *laber* segó su cuello. No sufrió.

Cuando las llamas de la pira funeraria subieron hacia lo alto, Eyrén, en su interior, lloró la muerte de su amiga y se arrepintió de haberla envidiado. Comprendió que podría haber sido ella la que estuviese en el altar. El miedo la envolvió, y fue presa de una angustia profunda que la hacía temblar.

Por su parte, a Nel le pareció que la iniquidad perpetrada con Siwi extinguía el fuego que aún mantenía en su interior, apagando la ilusión que alguna vez había sentido por la vida. La fidelidad al dios, que siempre había sido su sostén, su refugio en los momentos más oscuros, se tambaleaba. La rabia lo consumía, y por sus venas fluía un torrente de frustración y dolor que no podía contener. Entonces puso el puño en alto, como si estuviese amenazando al mismo dios. Muchos lo vieron.

Akálide se levantó de su asiento real, con su mirada oscura y penetrante clavada en Nel. Un instante de silencio precedió a una carcajada de la reina, desagradable y maligna, que resonó en toda la arena de Tarsis. La risa de Akálide, angustiosa como el eco de la

muerte, parecía dedicada no solo a Nel, sino a la tragedia misma, como si el sufrimiento ajeno fuera un mero entretenimiento para ella. Aquella risa resonaba en los oídos de todos mientras Nel permanecía con el puño en alto, inmóvil, su desafío claramente destinado al cielo.

Como si el propio dios respondiese al desafío de Nel, o como si la reina hubiese echado una maldición, la luz del sol comenzó a mudar de color. Lo que era un brillo dorado se tornó lentamente en un tono amarillento, luego anaranjado, cada vez más oscuro. Las caras de la gente en la plaza adquirieron un matiz extraño, como si reflejasen el miedo que sentían. Un murmullo inquieto recorrió a los presentes, seguido de gritos de confusión. Todos giraron los rostros hacia el cielo.

Nel, con el corazón desbocado, gritó con desesperación:

—¡No miréis al sol, os quemará los ojos!

Pero nadie lo escuchó. El pánico iba en aumento, y el sol, fuente de toda vida y poder, estaba siendo cubierto lentamente por un disco enorme y oscuro. Finalmente, solo un filo de luz rojiza escapaba de aquella sombra circular, negra y ominosa. Se hizo de noche, solo iluminada por la pira funeraria de Siwi a un lado de la plaza; el ocaso había durado largos instantes, como si el mundo entero contuviera la respiración. Nadie se atrevía a moverse, y el aire pesado de aquella noche inesperada se cargó con el terror de lo inexplicable.

Nel sentía crecer la opresión en su pecho, como si aquella oscuridad que se había cernido sobre el sol también hubiera envuelto su propia alma.

En la tremenda oscuridad, la plaza se llenó de los gritos desgarradores de la multitud, que imploraba clemencia y piedad al dios Atón. La desesperación se apoderaba de todos, mientras el caos reinaba en la penumbra.

Al escuchar el nombre del dios, Akálide, con gesto lento y deliberado, se retiró el velo que le cubría el rostro. Los pocos que se atrevieron a mirarla pudieron ver algo que los llenó de horror. Su

piel, que antes parecía humana, había adoptado un tono verdoso y sus facciones, como deformadas por la tenue luz rojiza del eclipse, se volvieron más angulosas, casi triangulares. El semblante de Akálide se iba transfigurando a causa de un odio puro y visceral, como si hubiera llegado el momento de que su verdadero ser emergiera a la vista de todos. La escasa claridad solar sacaba su verdadero aspecto a la luz.

El terror se extendió como una sombra más oscura aún que el eclipse. La figura de la reina, revelada por la extraña luz, parecía salida de una pesadilla. Todo en su presencia se tornó alucinatorio y fantasmagórico, como si la realidad misma se estuviera desmoronando. El odio en su rostro, más palpable que nunca, parecía una amenaza viva, un reflejo de la tragedia que estaba por desencadenarse. Las súplicas al dios Atón continuaban, pero la oscuridad seguía oprimiendo, implacable y silenciosa.

En medio del caos y la oscuridad, Nel comprendió lo que estaba ocurriendo. Años atrás, cuando solo era un muchacho, Eteria le había hablado de que el dios Sol se podía ocultar con un gran disco y lo llamó eclipse, un presagio de que algo terrible estaba por suceder.

Le había advertido de que durante el tiempo que durase la sombra no mirase directamente hacia el sol porque su furia era tan intensa que quemaba los ojos de los mortales. Era el aspecto más temible y oscuro del dios solar, aquel que raramente se mostraba. Eteria también le había explicado que el eclipse no era eterno. El sol volvería si lo llamaban desde lo hondo del corazón y le suplicaban que les devolviese la luz que habían perdido.

En medio de la desesperación y el caos, supo lo que debía hacer. Mientras la multitud gritaba, presa del pánico, él cayó de rodillas y alzó los brazos hacia el cielo oscuro. Con toda la fuerza de su alma, invocó al dios Sol y le rogó que regresara, que les devolviera la luz que había sido devorada por la sombra. Se hizo el silencio. Después, casi en un susurro, Nel comenzó a silbar suavemente. Al principio,

apenas un murmullo, pero el silbido fue aumentando su volumen, cada vez más alto, ganando en intensidad.

De modo gradual, primero los más cercanos y después otros más alejados, corearon la melodía que salía de sus labios. Pronto, en la plaza entera se impuso ese sonido suave pero imponente, una música sin palabras, nacida de gargantas que silbaban al unísono. Era el cántico prohibido, el antiguo himno al sol, que los *góidel* presentes en la plaza conocían bien. Sin pronunciar las frases, entonaban la melodía que honraba al astro rey.

En el preciso momento en que la letra del himno hubiera dicho «la luz disipa las tinieblas», un destello cegador surgió del círculo que tapaba al sol. Poco a poco, el disco negro comenzó a desplazarse lentamente y la luminosidad volvió a bañar la arena de la plaza. Gritos de alabanza al dios Sol estallaron por toda la multitud, agradeciendo que la luz hubiera disipado las tinieblas.

Nel permaneció en silencio, de rodillas. Sentía en lo más profundo de su ser que Atón lo había escuchado, que el dios Sol no lo había abandonado.

Justo después de que la luz solar volviera a brillar, la reina Akálide, con gesto rápido y deliberado, cubrió su extraño rostro reptiliano con los velos, se levantó del trono e hizo un leve movimiento de la mano hacia la guardia, un gesto casi imperceptible pero lleno de intención. No pasó mucho tiempo antes de que la tierra comenzara a temblar violentamente bajo los pies de todos en Tarsis. El temblor sacudió la ciudad como una señal ineludible del destino que estaba por cumplirse. Nel entendió que ya era demasiado tarde.

La suerte de Tarsis estaba echada.

El final de Nórax

Avaris, 1558 a. C.

Aldair, Farkán y Gael, junto con el resto de los *góidel,* regresaban a Avaris tras sofocar una revuelta de los pueblos cananeos. Habían vencido a los rebeldes. La comitiva atravesó las calles. Hombres y mujeres morenos, de baja estatura, salieron a recibirlos y se agolparon a su paso. Una vez más, contemplaban con asombro a los guerreros *góidel,* altos y de piel clara, a quienes muchos consideraban semidioses. Algunos decían que eran gigantes.

En el palacio del faraón Apofis buscaron al jefe de los mercenarios, un hombre bajo y de nariz aguileña llamado Saruret. Mientras Gael relataba lo ocurrido en la campaña, Saruret escuchaba con un gesto en apariencia impasible, aunque se frotaba una mano contra la otra, nervioso. Las victorias de los *góidel* eran también méritos ante el faraón.

Gael ordenó a Aldair que condujese a las tropas de regreso a la ciudadela mientras él rendía cuentas ante el visir. Pidió a Farkán que lo acompañara.

Siguieron a Saruret por los corredores del palacio. Durante el trayecto, el jefe de mercenarios les interrogó sobre el número de enemigos y la disposición de los campamentos cananeos. Gael respondía con frases breves. No le agradaba aquel hombre, a quien consideraba astuto y servil. Sentía que su único superior era el visir. Atravesaron un peristilo de columnas pintadas en rojo y azul. Cruzaron pasillos con lucernarios que proyectaban una luz tenue. Después caminaron por salas decoradas con escenas de toros

sagrados y atletas saltándolos. Los hicsos adoraban al toro tanto como cretenses y tartesios. Al fin llegaron a la estancia del visir. Los esperaba recostado sobre amplios cojines, elevado en un estrado.

Se inclinaron.

—Hijo de Nórax, bien has correspondido a la acogida que mi señor os brindó cuando llegasteis al país de Khemet, desterrados del lugar donde se oculta el sol. El noble faraón Apofis necesita cada vez más de vuestros servicios. Muchos se levantan contra él. Habéis vencido a los cananeos; meses atrás derrotasteis a los tebanos. Las tribus de Canaán llevan años hostigando las minas de turquesa, y había que ir a la guarida del ladrón. Vosotros lo habéis hecho.

El visir, tras interesarse por los detalles de la campaña, les entregó una bolsa repleta de piezas de oro como recompensa.

Gael aceptó el pago con una incomodidad creciente.

Desde la llegada de Ibath a la ciudadela, todo cuanto procedía de Apofis le producía rechazo. Sentía que servía a una fuerza oscura. Sin embargo, los *góidel* tenían en el reino del faraón su hogar, y su padre, tan enfermo, no podía abandonar Avaris.

Acompañado por los suyos, regresó hacia la ciudadela. El camino discurría entre palmeras cimbreantes, vegetación exuberante, tierras de labranza negras y campesinos que saludaban a los guerreros a su paso. Cuando Gael llegó a la ciudad de los *góidel,* varios hombres acudieron a su encuentro. Nórax agonizaba. Subió corriendo las escaleras del palacio y, atravesando patios y corredores, llegó hasta la cámara de su padre.

Al entrar en la estancia, lo vio tendido en el lecho: el almirante de las naves de Tarsis yacía rodeado por los capitanes que habían compartido con él el exilio. Según la costumbre, debían acompañarlo hasta el instante final.

Nórax permanecía inconsciente y parecía ajeno a todo. Pero de pronto abrió los ojos. Gael cayó de rodillas junto a su padre y le besó la mano. Nórax movió la cabeza y sus ojos se posaron en cada uno de los capitanes: Aldair, Farkán, Kenna y los demás hombres

que habían seguido sus pasos durante años. Después levantó la mano con esfuerzo e hizo un gesto. Gael comprendió y exclamó:

—Dejadnos solos.

Hubo murmullos de protesta. Amaban a Nórax. Querían permanecer junto a él hasta el final. Era la tradición, pero Gael se mostró inflexible, y finalmente uno a uno fueron saliendo.

Aldair se quedó atrás, el último de todos. Antes de cruzar el umbral, miró al viejo capitán y sus ojos se humedecieron, conmovido hasta lo más íntimo de su ser.

Cuando la puerta se cerró, el silencio ocupó la estancia. La luz descendía desde el techo de alabastro y proyectaba sombras sobre las paredes. Nórax levantó lentamente una mano para señalar una ménsula de madera situada frente al lecho sobre la que descansaba un cofre.

Gael se acercó y abrió el cofre. Vio dentro una hermosa piedra preciosa. Intuyó que aquello era lo que quería su padre y lo sacó.

La luz del techo iluminó la hermosa gema, que resplandeció reflejando la luz solar. Gael la acercó a su padre, quien recibió su fulgor. Entonces, Nórax consiguió hablar.

—Escúchame… —Su voz era apenas un hilo—. Júrame que llevarás a los *góidel* de regreso al occidente.

Gael asintió.

Nórax cerró los ojos unos instantes. Parecía reunir fuerzas.

—No podrás hacerlo solo… —Respiró con dificultad—. Busca a la hija de Areté. Busca a Ziwatt.

Gael sintió un estremecimiento.

—Lo haré.

El anciano pronunció unas palabras que apenas eran un susurro:

—La reconocerás porque cuando pongas la piedra en su mano… esta brillará como una estrella…

Gael asintió.

—La encontraré.

La piedra comenzó a pulsar lentamente, como si respirara. El pecho de Nórax se agitó; el aire entraba y salía de sus pulmones con

dificultad. Cada respiración era más dificultosa que la anterior. Poco a poco el ritmo se volvió irregular. Inspiraba. Se detenía. Volvía a respirar. Cada pausa era más larga. Hasta que llegó una última, y ya no hubo otra. El rostro se relajó. La nariz se afiló. La boca quedó apenas entreabierta. La mirada, fija en un punto invisible.

Gael apretó el puño de la mano derecha, donde tenía la piedra, con dos dedos de la mano izquierda bajó los párpados de su padre y después, con la palma, le cerró la boca. Lo besó en la frente. Se arrodilló junto al lecho, bajó la cabeza y se entregó al llanto.

No supo cuánto tiempo pasó apretando la piedra entre las manos y llorando. Finalmente se levantó, depositó la piedra de nuevo en el cofre y lo cerró. Respiró hondo, apretó de nuevo los puños y recuperó la compostura. Con un grito, llamó a los demás. Los capitanes, los sirvientes, las mujeres de la casa y los nobles entraron en silencio.

Aquel pueblo, tan unido por el destierro, se congregó en torno al que había sido, durante tantos años, su guía. Cantaron el himno al sol delante de su señor, que partía hacia la isla de los inmortales. Kenna lloraba en silencio. Se mantuvo inmóvil durante largo rato, con las manos juntas sobre el pecho, repitiendo una oración en voz baja, como si sus palabras fueran una ofrenda invisible. Farkán, que había sido testigo de muchas muertes, no hallaba consuelo. Permanecía firme, con la cabeza gacha y la mandíbula tensa, como si intentase contener lo que ya no podía ocultar: la pérdida de aquel que le había enseñado a dirigir a su clan. Aldair, por su parte, se mantuvo mudo varios días.

En los días siguientes se organizaron los ritos funerarios. Todo el pueblo *góidel* acudió al templo de Atón, que el mismo Nórax había ordenado construir en medio de la ciudadela, un templo abierto al cielo, a la luz del sol. En el centro se dispuso el catafalco. Doce guerreros condujeron el cuerpo sobre los hombros, cubierto con el estandarte del trisquel.

Cuando el sol descendió hacia el horizonte, Gael extrajo de una faltriquera la piedra de Jafet y la sostuvo frente al sol de poniente.

La última luz del día incidió en el cristal. Entonces surgió un haz silencioso, una llama pura, que prendió la pira funeraria.

Todos contemplaron el fuego mientras las llamas crecían muy lentamente.

Aldair estrechó el brazo de Gael.

—Cuando ejecutaron a mi padre, el tuyo me prohijó. Ahora me siento huérfano de nuevo. —Su voz tembló—. Tu madre me pidió que cuidara de ti. Tu padre quiso que fuese tu mentor. Siempre estaré a tu lado.

Se abrazaron y permanecieron en silencio frente a la pira.

El fuego ya consumía lentamente el cuerpo de Nórax cuando, mientras las llamas se elevaban, ocurrió algo que nadie advirtió.

Nórax sintió que abandonaba su cuerpo. Ascendió sobre la ciudadela, sobre Avaris, sobre los brazos del Nilo. Atravesó el gran mar, y vio costas, islas y puertos; todas aquellas aguas por donde había navegado. Vio el río Tarsis. El gran lago Ligur estaba vacío. Comprendió que el tiempo de aquella tierra terminaba. Su espíritu siguió hacia el norte. Pasó junto a la desembocadura del Tagus y del Douro. Las rías. El cabo del fin del mundo. Se sintió ligero y libre. Llegó a las Casitérides. Entre las islas apareció un lugar cubierto por brumas, que atravesó. Al otro lado halló playas doradas donde la luz era suave y había gente aguardándolo. Vio a su madre. A Argón. Más allá estaban Feder, Kendal, Sedric y los antiguos compañeros. Los rostros brillaban de alegría. Todo dolor había desaparecido.

Las olas golpeaban la orilla. Y entre la espuma de una gran ola que estalló sobre la arena surgieron tres figuras, tres jóvenes doncellas: una de cabello rubio casi blanco, otra que lo tenía de color dorado y por último, detrás de todas, alguien que hizo que el corazón de Nórax se paralizase, un ser de luz…

Nórax comprendió.

Hesperia había vuelto a él.

Y mientras él alcanzaba aquella claridad, el mundo que dejaba atrás comenzaba a derrumbarse.

La fiesta de Sopdet

Tarsis, verano de 1550 a. C.

Los días antes de Sopdet, Nel había estado dudando. El capitán de *porenna* había intentado hacer las acrobacias sobre el toro con diversas atletas, pero se enfadaba a menudo porque no lo seguían como él quería. Nel no hacía más que ensayar, a todas horas, porque así liberaba la rabia que sentía en su interior. No podía ayudar a los esclavos de las minas… Ya no, desde que habían cerrado el portillo en la taberna y detenido y torturado a muchos que eran amigos. No podía ayudar a los suyos, a los *góidel,* que habían huido siguiendo sus recomendaciones o se escondían cobardemente. No podía hablar con Eyrén, profundamente afectada tras la muerte de Kalios.

Si tras la muerte de Kalios se había sentido rota por el dolor, ahora, desde la ejecución de Siwi, había enmudecido por completo. Tenía miedo, un terror ciego. Presentía que podía ser la próxima en caer bajo el *laber*.

Eyrén entrenaba diariamente junto a los otros, y su estilo era casi perfecto, pero Nel no se fiaba de ella. Lo había visto antes: un atleta ágil y bien preparado, pero con bajo estado de ánimo, que erraba en el ejercicio porque en el fondo deseaba fallar para morir bajo el toro. Eso era lo que le había sucedido a Kalios. No quería que le ocurriese a Eyrén.

Dos días antes de Sopdet, Eyrén esperó a que Nel terminara el entrenamiento matutino para acercarse a él. Estaba agotado y le caían gotas de sudor por la frente. Con voz temblorosa, sin alzar la

vista, como si cada palabra le costase un esfuerzo enorme, le hizo una petición.

—Déjame saltar contigo en la fiesta. Hace un año que Kalios… y yo saltamos por primera vez en un espectáculo.

Él enmudeció unos instantes, con los ojos fijos en ella, tan esbelta, ágil y bien formada. La luz del dios solar arrancaba destellos caoba de su cabello oscuro mientras bajaba las largas pestañas, que le rozaron las mejillas enrojecidas por el rubor. ¡Por Atón! En ese instante, lo entendió: se dio cuenta con claridad de cuánto la amaba; de que, pese a toda la oscuridad que los rodeaba, ella era como una luz, la fuerza de la vida.

Pero Eyrén no alzó la vista. No vio la mirada de amor que Nel le dirigía. Solo percibió el peso de su silencio y el vacío de las palabras no dichas.

—El baile es mi vida… —balbuceó Eyrén.

Nel la sujetó con firmeza por los hombros, pero pronto aflojó la presión y soltó una de las manos para intentar, con un dedo tembloroso, levantarle la barbilla para que lo mirase. Anhelaba un momento de conexión, deseaba que pudieran hablarse, que ella dejase de ocultar lo que sentía.

—¿Estás bien? ¿Crees que puedes hacerlo? —Su voz era un susurro, cargado de preocupación y de urgencia.

Pero Eyrén le apartó las manos con un gesto brusco y se alejó de él sin despegar la vista del suelo. Nel fue incapaz de seguirla. La observó alejarse mientras una sensación de impotencia lo atormentaba. No sabía qué hacer. Percibía que la sombra del miedo la envolvía y temía que ese miedo la hiciera cometer un error fatal, un paso en falso sobre el toro, una caída de la que podría no regresar.

Sin embargo, antes de mediodía, un emisario de los sacerdotes se dirigió a Nel. Con voz seca y con frialdad, le transmitió un mandato tajante e ineludible, una orden que partía de la misma Akálide: debía formar pareja con Eyrén. La gente de Tarsis exigía ver de nuevo a la

pareja de saltadores, la favorita del público, enfrentándose al toro en la gran fiesta de Sopdet.

Nel miró al emisario con desesperación. Cerró las manos apretando los puños y un fuego de frustración ardió en su mirada. Estuvo a punto de enfrentarse a él, pero sabía que ante una orden así no podía negarse. Sintiendo hervir la indignación dentro de sí, con un esfuerzo ímprobo bajó la cabeza: no tenía elección.

Volvieron a ensayar juntos. Sobre la arena, repitiendo una y otra vez los ejercicios, sintieron que un estímulo de vida prendía en sus cuerpos agotados, en sus mentes angustiadas. Mientras ejecutaban una y otra vez los rizos, tirabuzones, vueltas y cabriolas, la mente de ambos se mantuvo en blanco. El tiempo precedente, tan doloroso, desaparecía y, aunque fuera unos instantes, olvidaban el peso del dolor y la sombra del miedo que los perseguía. No hablaban entre ellos, pero en cada salto, en cada roce, en cada mirada, algo mágico fluía.

El gran día se aproximaba. La estrella Sopdet brillaría sobre el templo mientras el gran rayo del sol de atardecer cruzaría el estuario, la entrada del gran canal central, hasta alcanzar la arena donde Kalios había muerto, donde Siwi había caído herida, donde habían apresado a Loria.

Eyrén trató de no pensar y decidió que solo quería bailar para el dios. Desde el eclipse, se había vuelto más piadosa, ella que nunca lo había sido en exceso. No se debió solo al misterio del eclipse, durante el cual había sentido algo sobrenatural, la cercanía de un poder divino, sino también el recuerdo de Kalios, cuya piedad sencilla hacia el dios solar había dejado una huella profunda en su corazón. Se llenó de esperanza. La fiesta sería un acto de alabanza al sol y sintió que, a pesar de todo el mal que los rodeaba, el dios podría salvarlos. Por más que el rey Krysaor hubiera querido cambiar las costumbres, la fiesta de Sopdet era, ante todo, una fiesta solar, y ella la había vivido así siempre, desde niña en su poblado y ahora en la arena de Tarsis. Creía más que nunca en un dios poderoso.

Cuando Eyrén y Nel salieron a la plaza y recorrieron el ruedo cogidos de la mano al son de una música endiabladamente rápida, la multitud se levantó enardecida aplaudiendo con entusiasmo. Para la gente, los dos atletas eran figuras casi divinas, capaces de desafiar lo imposible.

El ritmo se volvió aún más trepidante y, con un estruendoso golpe de tambores, se abrieron las puertas del toril de par en par. De allí saltó a la plaza un toro descomunal de color pardo con manchas blancas, un animal magnífico. Eyrén lo había visto la tarde anterior, e incluso había soñado con él. No sintió miedo; algo la hacía sentirse segura. Cerca de ella, Nel, firme, decidido, la animaba. En cuanto pasó por su lado, se subió de un salto sobre el lomo del toro, que levantó sus patas traseras para arrojar al suelo a aquella figura que lo incomodaba.

Eyrén se aferró a los cuernos y, con un movimiento ágil y preciso, se elevó y giró sobre sí misma ejecutando un tirabuzón vertical que arrancó un jadeo de asombro en la multitud. Cayó lejos y culminó su salida con una doble voltereta. El toro bramó enfurecido, pero Eyrén estaba ya fuera de su alcance, clavada con los pies juntos sobre la arena, y abría los brazos y se inclinaba en una reverencia frente al público que la aclamaba.

Cuando Eyrén terminó su ejercicio, le tocó el turno a Nel. Tras realizar acrobacias sobre el suelo, saltó sobre el toro y aterrizó de pie sobre el lomo, desafiando la inestabilidad que le provocaban las sacudidas del animal mientras sus patas corrían sobre la arena. Después el toro, cada vez más furioso, inició un trote rápido, casi desbocado, por la plaza con Nel manteniéndose erguido sobre el lomo. Al pasar junto a Eyrén, Nel extendió su mano. Ella la tomó con firmeza y, por un instante, esbozó una sonrisa fugaz. Juntos se colocaron como estacas sobre el animal mientras este seguía intentando tirarlos, sin éxito.

Eyrén saltó por los aires en una pirueta perfecta y Nel la atrapó en pleno vuelo, su mano aferrando la de ella mientras la mantenía suspendida y con las piernas extendidas en vertical. En un momento

preciso, ella giró de nuevo en el aire y él la atrapó por un pie. Eyrén arqueó el cuerpo dibujando una curva imposible, de tal modo que las manos le rozaban los propios pies, mientras Nel la sostenía así curvada sobre aquel toro que se movía sin parar.

El público contenía la respiración observando cómo Nel lanzaba a Eyrén hacia arriba y la recogía con la delicadeza de un ritual antiguo, como si fuera una pluma. Cada movimiento era ejecutado con la perfección y la gracia de un arte milenario sobre el lomo del toro, que no cesaba de saltar bajo ellos, indomable.

El espectáculo era perfecto, y la propia Eyrén disfrutaba del éxtasis de la danza. Fue solo un segundo, un instante en que Nel, embriagado por la felicidad de verla así, de compartir un momento de plenitud, perdió la concentración. Sus ojos se detuvieron en el rostro de Eyrén, iluminado por la felicidad. Y, entonces, todo se desmoronó. En un giro impreciso, Nel cayó mal sobre uno de sus pies y sintió un dolor agudo que le recorrió la pierna. El tobillo cedió bajo su peso y se torció de una forma antinatural.

Intentó ocultar la cojera, fingir que todo seguía igual, pero su cuerpo lo traicionó. Un grito de dolor se le escapó de la garganta y resonó en la plaza con un eco amargo. Nel tropezó y cayó al suelo. Las gradas se llenaron de murmullos y voces, y los atletas contuvieron la respiración, testigos de la caída de aquel que parecía imbatible: el capitán, el que les había adiestrado, les había corregido tantas veces y siempre se había preocupado por ellos.

En lo alto, Akálide se retiró el velo que le cubría el rostro. Este, marcado por arrugas y manchas, exhibía una sonrisa de victoria, una mueca de satisfacción. Había esperado mucho ese momento, y ahora la desgracia de Nel parecía otorgarle la venganza que tanto ansiaba. Krysaor, como despertando de un trance, pareció salir del estado de obnubilación, producto de las hierbas que consumía y de la influencia maligna de Akálide. Sus ojos se agrandaron al ver la escena y la palidez cubrió su rostro mientras se levantaba del trono.

Con voz trémula, pero a la vez firme, ordenó que se ejecutase la suerte suprema sobre el toro. Los guardias, con lanzas en la mano,

se abatieron sobre el animal, condenado a muerte. Le clavaron lanzas en la cerviz y el toro, derrotado, cayó de rodillas sobre la arena y murió lanzando un bramido. Entre el polvo y la sangre, el cuerpo del animal fue arrastrado fuera de la vista de la multitud y un silencio pesado envolvió la plaza.

La tensión en las gradas era palpable. Los soldados del templo descendieron a la arena con pasos firmes y rápidos, rodearon a Nel y le ataron las manos. Después intentaron que caminase hacia el ara, pero su tobillo roto le impedía mantenerse en pie. Dos de los soldados, más corpulentos, lo sujetaron por las axilas, casi arrastrándolo mientras subían la escalinata que llevaba al altar. Nel no opuso resistencia. Su rostro expresaba una mezcla de resignación y de dolor. A medida que lo alejaban de la arena, Nel miró atrás. Entre los guardias que la rodeaban, reteniéndola, distinguió los ojos de Eyrén, llenos de lágrimas, que lo seguían con una muda desesperación. Aquella mirada, rota por el sufrimiento, le atravesó el alma, pero Nel no pudo hacer nada más que dejarse llevar.

La plaza entera contuvo el aliento. Todos los ojos se clavaban en el altar de la diosa, observando el avance de los soldados que arrastraban a Nel. Cada paso hacia arriba, cada escalón que ascendía en volandas, resonaba en unos corazones fríos y endurecidos por la brutalidad que gobernaba sus vidas, avivando algún rescoldo de humanidad oculto en ellos. La sombra de la tragedia se extendía sobre la multitud como un manto oscuro de silencio.

El silencio se hizo aún más opresivo cuando Nel, con dificultad, se acercó al altar. Se volvió al pueblo. Y era tal su poder que ninguno de los guardias ni de los sacerdotes se atrevió a oponérsele. Sus manos temblaban, pero su mirada permanecía firme, como si cada palabra que iba a pronunciar fuese un desafío directo a la misma esencia de la plaza y a quienes la dominaban. Alzó las manos hacia el cielo, donde el sol de la tarde aún brillaba débilmente, y con una voz profunda y resonante, que parecía surgir de lo más hondo de su ser, habló ante un pueblo enmudecido:

—¡Pueblo de Tarsis! —Su voz atravesó el aire, cargado de tensión, y el eco de sus palabras reverberó entre los muros de la arena—. ¡Mirad en lo que os habéis convertido! ¡Mirad la sangre que baña esta tierra, una tierra que hace mucho tiempo fue un lugar de esperanza y de vida!

Los ojos de la multitud estaban fijos en él, algunos con furia, otros con miedo, pero muchos con un brillo de duda, como si una chispa de algo olvidado despertara en sus corazones.

—¡Os habéis dejado arrebatar la libertad, la dignidad! —continuó Nel, su voz creciendo en intensidad—. ¡Habéis dejado que una reina que se esconde tras velos y un rey que ha olvidado su deber os conviertan en cómplices de su codicia! ¡Mirad alrededor, sentid la tierra temblar bajo vuestros pies! La misma tierra que un día fue fértil ahora se desmorona por dentro, y ellos, los que se ocultan tras los altares, son los que la están destruyendo.

El pueblo guardaba silencio, pero la tensión iba en aumento con cada palabra de Nel, como si la verdad, tan temida y evitada, comenzara a rasgar el manto de sumisión que los cubría. En lo alto, Akálide se mantuvo quieta, observándolo todo con una expresión que oscilaba entre la ira y la sorpresa. Krysaor, por su parte, se inclinó hacia delante, los ojos abiertos de par en par, como si al fin despertara de un largo letargo.

Entonces las palabras de Nel revelaron la verdad oculta en su vida:

—¡Pueblo de Tarsis! Soy Nel, capitán de *porenna*. Pero hay algo que no sabéis de mí. Soy nieto de Gerión, soy hijo de la luz, de una hespéride, Eglea, la más hermosa de todas…, a quien no llegué a conocer… porque mi padre, ese hombre que está en el trono, ¡la mancilló en un tiempo en que eso significaba la muerte para ella! —Esta última palabra sonó como un grito angustiado y doloroso—. Y fue condenada igual que yo lo soy ahora. Krysaor manchó el Jardín de las Hespérides y me engendró a mí abusando de una de ellas. Años después las deshonró a todas afirmando que eran brujas —la voz de Nel tembló recordando a Eteria—, y no eran sino seres de luz

que protegían Tarsis. Desde que se fueron, nuestra civilización se hunde.

Krysaor se levantó del trono con un gesto de desesperación y ahogó un grito de dolor. En ese instante, un ruido como de lluvia, como un silbido penetrante, comenzó a oírse mientras los cimientos de la ciudad se estremecían. El movimiento hizo que el mar retrocediera con violencia.

Nel, apoyado en el altar, continuó hablando mientras su voz resonaba en las gradas:

—La tierra tiembla, el mar se mueve, los pilares del cielo oscilan y llega el fin. Porque ese hombre, ese hombre que es mi padre, arrasó la isla de los bienaventurados, donde vivían las vestales. Mató a Gerión, mi abuelo, un rey justo. Extrae el oro que se oculta bajo la ciudad y por ello la está hundiendo. ¡Os ha comprado a todos! Voy a morir, pero, como hijo de una hespéride, soy vidente. Veo el futuro como solo lo ve un vidente en el momento de la muerte. Esta ciudad está condenada… y va a desaparecer de la faz de la tierra. Muchos moriréis, pero llegará un día en que el ave blanca regresará y alguien os conducirá a una isla con bosques frondosos, una llanura bajo la niebla, a un lugar nuevo… Pueblo de Tarsis, creed en mis palabras.

La tierra volvió a temblar y esta vez las graderías de la plaza se sacudieron con fuerza. Era como si el templo, el palacio, la arena…, toda la ciudad estuviese hundiéndose en la tierra entre violentas sacudidas. Krysaor se levantó del trono palideciendo. Su rostro se volvió casi blanco mientras miraba a Nel con una mezcla de sufrimiento y terror. Junto a él, Akálide, con el rostro desencajado, gritaba con una ira desbordante, señalando a Nel como el causante de la tragedia:

—¡Matad al blasfemo! ¡Este cataclismo es culpa suya! ¡Sus palabras han desatado la ira de la diosa!

Pero, mientras las acusaciones de Akálide resonaban en la plaza, el temblor de la tierra continuaba y el miedo se extendía como una

sombra entre la multitud, que comenzaba a comprender que el destino de Tarsis se estaba cumpliendo frente a sus ojos.

Krysaor, obviando a Akálide, gritó en voz alta, pero temblorosa, como de beodo, agarrado a la balaustrada frente al trono. Solo los más cercanos en la plaza escucharon sus palabras, llenas de un extraño anhelo:

—¡Nel! ¡Hijo mío! ¿Por qué nunca has querido aceptar lo que te correspondía? Todo era tuyo… Aún puede serlo…

Pero las súplicas de Krysaor quedaron ahogadas en el caos. Akálide, con el rostro descompuesto y los ojos desorbitados, gritaba como una posesa, consciente de que había perdido el control sobre Krysaor. Señaló a Nel con el dedo tembloroso y la voz rota por la furia:

—¡Miente! ¡Ejecutadlo! ¡Acabad con él de una vez!

La orden resonó como un trueno en la plaza, donde el rugido del mar y el retumbar de la tierra se mezclaban con los gritos de la reina y el terror creciente de la multitud. La tensión crecía, y el destino de todos se deslizaba hacia el abismo.

Krysaor retiró la vista de la plaza y se derrumbó en el solio real. Nel era lo único que le había dejado Eglea, la que había muerto por su culpa. Desde que lo había reconocido en la plaza, siendo ya adulto, como capitán de *porenna,* siempre había deseado recuperarlo. Pero Nel lo había rechazado una y otra vez porque nunca había podido perdonarle que hubiese asesinado a Gerión. Tampoco la corrupción que había introducido en la ciudad, y mucho menos los cultos salvajes a la diosa. Nel, educado por Eteria, criado por Nórax y entrenado como un *porenna,* saltador de toros, se sentía ajeno a aquel padre cruel.

Ahora Eyrén lo entendió todo. Por fin comprendía por qué Krysaor admiraba a Nel y lo protegía, por qué trataba a toda costa de salvarlo. Aquel hombre brutal y despótico, a quien todos temían y odiaban, había albergado en lo más profundo de su ser un afecto noble y paternal, acompañado de un remordimiento que jamás pudo expiar.

La tierra continuó vibrando, cada vez más fuerte, como si los cimientos mismos de Tarsis se desmoronaran bajo la ira de un poder infernal. La reina, de pie ante la multitud, con el rostro desencajado, alzó la voz por encima del estruendo y gritó que el temblor cesaría con el sacrificio de Nel. Sus palabras, como un veneno, se infiltraron en los corazones de los presentes, sembrando una última esperanza desesperada: que la muerte de aquel hombre pudiera detener el desastre.

El cuerpo de Nel se tambaleaba mientras los guardias lo empujaban inclinándolo hacia el altar sanguinolento de la diosa. No opuso resistencia, pero cada paso era un tormento; el dolor de su pie torcido lo obligaba a apoyarse pesadamente en los brazos que lo arrastraban.

Eyrén, presa de la desesperación, logró zafarse de los guardias que la detenían en la arena. Quería estar junto a él en aquel último momento. Perseguida de cerca, pudo subir por las escaleras que conducían al altar, pero justo en la plataforma, ya muy cerca de Nel, los guardias bloquearon su paso con lanzas cruzadas. Eyrén luchó por atravesarlas, pero fue inútil. Detrás de las lanzas, sus ojos se encontraron con los de Nel en un instante de conexión mientras la sombra del sacrificio se cernía sobre ellos.

Nel apoyó el cuello en el ara, de frente a la arena, mirando al pueblo. La plaza entera se levantó angustiada, todos a una, mientras el verdugo armado con el *laber* se colocaba junto a Nel. De las gradas surgió una petición de clemencia, se oyeron lamentos, gritos de horror, pero Krysaor no era ya capaz de nada, estaba derrumbado. Las hierbas que consumía, el dolor por el rechazo de su hijo y el control que Akálide ejercía sobre él, y que iba más allá de lo que nadie pudiera pensar, lo habían convertido en un pelele, incapaz de dar un golpe de mando, impotente ante las propias leyes feroces que él mismo había impuesto.

El silencio en la plaza se hizo aún más denso, cargado de una angustia insoportable, cuando el verdugo levantó el *laber* y el filo brilló al sol del atardecer. La figura de Nel, con el cuello apoyado en

el ara, arrodillada, era un desafío. Su mirada estaba fija en la multitud, como si quisiera grabarse en la retina a aquel pueblo por el que había luchado. Por todas partes, en la plaza, gritos de súplica y horror de la multitud colmaron el aire, pero la sacerdotisa, imperturbable, mantenía el brazo alzado, su rostro endurecido por la determinación de consumar el sacrificio.

Krysaor, desde el trono, se desmoronó y, sintiéndose incapaz de cambiar el destino de su hijo, las lágrimas brotaron de sus ojos opacos. Era un espectador más de la tragedia que él mismo había contribuido a desencadenar, atrapado en la red de poder y sumisión tejida por Akálide.

Antes de que el *laber* cayera, Nel, con los músculos tensos, alzó la voz en un último grito de desafío y súplica. Su llamada, dirigida al dios que aún brillaba en lo alto, sobre una ciudad que se desplomaba en su propia corrupción, resonó como un trueno en la plaza:

—¡Protégeme, dios Atón, tú que brillas todopoderoso en el cielo, y limpia esta ciudad podrida!

El grito de Nel pareció rasgar el aire, vibrando con una fuerza que sacudió a quienes lo oyeron. El *laber* descendió velozmente, buscando el cuello expuesto, mientras los últimos rayos del sol se reflejaban en la hoja mortal. Y en ese instante, cuando el filo estaba a punto de encontrar su objetivo, la tierra, con una violencia aún mayor que antes, volvió a temblar, y esta vez el altar mismo se sacudió y el cielo pareció crujir. El arma vibró en las manos del verdugo antes de caer al suelo, donde se estrelló contra la piedra del altar con un sonido metálico y seco. Nel seguía con el cuello apoyado en el ara, respirando agitadamente, sin comprender muy bien lo que acababa de ocurrir. Pero, al alzar la vista hacia el sol, sintió en su interior la presencia del dios al que había invocado, como si el cielo mismo se hubiera abierto para escuchar su súplica.

El sol, que se acercaba al horizonte, pareció intensificar su luz, proyectando una llamarada dorada sobre el canal central del puerto y sobre la ciudad. Un ruido, semejante al de un trueno, profundo y

estremecedor, retumbó bajo la arena y la columna que sostenía Tarsis crujió zarandeando los cimientos de la ciudad. Se desató un viento huracanado que barrió la plaza y levantó el polvo y las ropas de los asistentes, agitados como hojas en una tormenta. La multitud, presa de la fascinación y el pavor, apenas se percató del cataclismo que se desataba a su alrededor.

La mirada de Akálide se volvió salvaje, incapaz de comprender lo que estaba ocurriendo. Sus labios se movieron en un susurro desesperado mientras apuntaba al verdugo para exigirle que retomara su tarea. Pero él, con los ojos desorbitados y las manos temblorosas, retrocedió un paso, mirando a Nel con una mezcla de temor reverencial y espanto.

Krysaor, desde el trono, lo observaba todo con los ojos muy abiertos, como si percibiera algo más allá del mundo visible, algo que le había sido revelado en ese instante. El suelo bajo sus pies temblaba y la ciudad que tanto había tratado de dominar ahora se desmoronaba a su alrededor, como si la tierra misma hubiera decidido liberarse de su yugo. Y en medio de ese cataclismo, Nel, aún apoyado en el altar, se levantó lentamente con la mirada fija en el sol, consciente de que, aunque el fin era inevitable, había algo más poderoso que el odio que Akálide y Krysaor habían sembrado.

Toda la ciudad se sacudía. Los pináculos del templo se resquebrajaron hasta desplomarse. El techo del palacio real se hizo añicos y las casas más altas se derrumbaron. El sol se oscureció, cubierto por una sombra inmensa: una montaña de agua se abalanzaba sobre Tarsis. Un rugido atronador llenó el aire mientras el cielo se volvía gris y pesado. Todos los presentes se giraron, horrorizados, al ver la colosal masa de agua avanzando hacia ellos.

Una ola descomunal de un color casi negro, inmensa, se precipitaba sobre Tarsis, ensombreciéndolo todo a su paso. La montaña líquida, más alta que el montículo que sostenía la ciudad, devoraba el puerto y las calles con su base oscura e insaciable. Sobre su cresta, la espuma blanca se encrespaba, formando un

techo ominoso que se cernía sobre la plaza, amenazando con tragarse todo lo que allí existía.

Krysaor seguía derrumbado sobre el trono, como si el caos a su alrededor le fuese ajeno, como si ya nada le importase. La ola se extendió implacable, anegando la plaza y las gradas. Cuando el agua finalmente le alcanzó, la indiferencia de su rostro dio paso al pánico y la angustia, y abrió de golpe sus ojos, llenos de terror. Durante un instante, permaneció inmóvil, dejando que el agua lo envolviera, como si aceptase el abrazo mortal del mar. Pero, al sentir la falta de aire, la desesperación se apoderó de él y comenzó a luchar frenéticamente, intentando nadar hacia la superficie. Sin embargo, era un hombre sin fuerzas, incapaz de oponerse al remolino, que lo arrastraba sin piedad. Sus manos se alzaban, buscando la luz que se desvanecía, pero solo encontró la oscuridad del abismo.

Al sentir la tromba de agua, Akálide se replegó y retrocedió hacia el interior del solio que cubría el trono. En su horrible faz se revelaba el miedo. Al recibir las primeras gotas que le cayeron desde el palio, su boca emitió un bisbiseo que resonó de manera extraña. Con cada contacto del agua, su cuerpo comenzó a cambiar. Se alargó y adoptó la forma de una serpiente que se retorcía como si la quemaran. Toda ella se contorsionó, tornándose en un reptil extraño, enorme, monstruoso, asqueroso, de piel escamosa, amarilla y negra, que se arqueaba al notar el agua y se alzaba sobre el templo, el palacio y la arena. Su nuevo cuerpo, ahora de ofidio, se retorcía con cada gota y sus fauces abiertas emitían una sibilancia que heló la sangre de quienes la escuchaban.

La monstruosa figura intentó elevarse una vez más para escapar del agua, pero el mar la alcanzó, arrastrando su forma escamosa y retorcida. Akálide, la serpiente, se debatía desesperada. Daba la impresión de que su cuerpo se quemaba al contacto con el agua. Y, al fin, la criatura sucumbió, despedazada por la fuerza de la marea, disuelta en la espuma, arrastrada hacia el fondo de una sima, y desapareció en las profundidades de un abismo infernal que reclamaba su alma.

Mientras todo aquello ocurría, Nel se había levantado del ara con el corazón martilleándole en el pecho. Vio que el sol se oscurecía de repente y, en ese instante, advirtió que el mar se alzaba sobre la ciudad. Quizá fue uno de los primeros en divisar la ola colosal avanzando con furia, como un monstruo líquido desatado. Con un esfuerzo ímprobo, se levantó sobre su pie herido. El dolor lo desgarraba, pero lo ignoró. El *laber* había caído a su lado y el verdugo, inmóvil, no tenía ojos ya para el reo.

Nel quiso huir. Se debatió inútilmente, intentando liberarse de las ataduras que oprimían sus muñecas. Había escapado del filo mortal del hacha, pero ahora algo peor, algo imparable, se aproximaba. Se sentía impotente mientras el agua comenzaba a caer sobre el palio y el ara de los sacrificios. Seguía preso. Y entonces, en un instante, el agua lo cubrió. La fuerza de la ola lo arrolló como un gigante invisible y lo arrastró.

Eyrén, al darse cuenta de que la ola lo envolvía, gritó su nombre, pero su voz fue ahogada por el rugido del maremoto. Desesperada, con furia, espoleada por la ansiedad, corrió hacia Nel, sus ojos fijos en su figura, que era arrastrada por el oleaje como una hoja en medio de la tormenta. Era consciente de que Nel no podría nadar. Se daba cuenta de que no podría salvarse porque estaba atado, y esa visión la aterrorizó más aún que la propia ola.

Sin vacilar, se abalanzó hacia las lanzas caídas de los guardias. Agarró una de ellas con manos temblorosas, pero decididas. El agua ya la rodeaba, enfriando su cuerpo y arrastrándola hacia el abismo. Pero Eyrén no cedía.

—¡Ayúdame! —La voz de Nel surgió como un eco ahogado por el agua, desesperado.

Eyrén, presa de una determinación salvaje, nadó contracorriente hacia él. La ola los cubría a ambos, arrastrándolos hacia las profundidades, pero Eyrén no se detuvo. Con el filo de la lanza, comenzó a cortar las cuerdas que mantenían a Nel prisionero. El agua los hundía cada vez más, y cada segundo que pasaba la

presión, la falta de aire y el frío del mar se volvían más insoportables.

Ambos sabían que estaban al borde del abismo, pero luchaban, aún en medio de la tormenta, aferrándose a la vida, mientras el caos los envolvía. Había llegado el fin de Tarsis y también el suyo.

EPÍLOGO

«… grandes temblores de tierra dieron lugar a inundaciones y en un solo día, en una sola fatal noche, la tierra se tragó a todos vuestros guerreros, la ciudad desapareció entre las aguas…».

PLATÓN, *Timeo* (siglo V a. C.)

Tras la caída

Estuario del río Tarsis, 1550 a. C.

Olas inmensas, una tras otra, arrasaron la ciudad de los tres diques y la cubrieron para siempre en un solo día, en una sola y fatídica noche. Montañas de agua asolaron muelles, estuarios, embarcaciones, y ahogaron a las gentes llanas del pueblo, a artesanos, guerreros, sacerdotes, nobles y plebeyos. No hubo distinción en la muerte. Nada quedó de la otrora hermosa ciudad del occidente. Todo fue tragado por un océano hambriento, que devoraba lo que una vez fue orgullo y esplendor. A la orilla del estuario solo llegaban cadáveres, despojos de una civilización que ya no existía.

Las naves de Tarsis se hundieron en el caos. Aquellas que estaban lejos nunca más regresaron porque el puerto mismo había dejado de existir, borrado del mapa como un sueño evanescente. Las riquezas, los tesoros acumulados en sus bodegas, las mercancías que fluían en abundancia, los marinos y timoneles que guiaban las embarcaciones, los calafateadores, los guerreros que protegían sus rutas…, todos se perdieron en el corazón de los mares en aquel amargo día, el día de su ruina.

En las playas que rodeaban el estuario, donde los cuerpos eran arrojados como despojos por la marea, algunos que parecían cadáveres no lo eran. Entre los muertos emergían figuras que, contra todo pronóstico, seguían respirando. Eran los *porenna,* los atletas, los que por su fortaleza física habían resistido el embate del

mar. Bajo las aguas, se habían debatido como guerreros en su última batalla, nadando contra la furia del océano, desafiando al abismo.

Nel fue uno de los primeros en levantarse. Lo hizo con dificultad, tambaleándose sobre su pie magullado, mientras sus músculos, tensos y agarrotados, se rebelaban tras el esfuerzo titánico de resistir bajo el agua. Su cuerpo temblaba no solo por el frío, sino también por la intensidad del horror que acababa de presenciar. Se enderezó lentamente, con la mirada perdida en el horizonte, donde ahora se distinguía una línea continua, allí donde antes se alzaban los tejados de oricalco de su ciudad, los altos muros de la arena, el templo y el palacio. Solo quedaba el eco de la tragedia.

Observó lo que lo rodeaba. Junto a él seguían restallando las enormes olas, ahora en retroceso, que les habían lanzado hasta la arena de las dunas que bordeaban el lago Ligur. Más allá, en los arenales cercanos a los alcornocales, los *porenna* se erguían vacilantes, sus cuerpos debilitados por la lucha contra el océano furioso.

A lo lejos, en el lago se formaban olas y más olas. El agua era una gran caldera en ebullición. En el centro, y durante unos instantes, Nel aún pudo divisar las últimas edificaciones altas de la ciudad. Poco a poco se fueron desmoronando: terrazas y casas de nobles y menestrales, inundadas por el agua, hundiéndose sobre sí mismas hasta desaparecer como un gran barco que naufragaba en una tempestad tumultuosa e incontrolable, tragada por la furia implacable del gran lago Ligur.

En la playa seguían rompiendo las olas, un oleaje fuerte en un lago inmenso que, con cada golpe, borraba lo que un día fue Tarsis. Todo parecía derretirse bajo el oleaje. De fondo resonaba un silbido atroz, como el último aliento de una serpiente moribunda, un eco de la criatura que había causado tanto mal.

Las ruinas de la ciudad desaparecieron y el centro del lago borboteaba, enviando olas cada vez menos elevadas. Poco a poco, ya no quedó nada en el centro del lago. La ciudad había

desaparecido por completo, pero el oleaje recordaba que debajo de aquel lago se ocultaba ya para siempre el misterio de su existencia.

El cielo se había tornado gris, tal vez por la polvareda, tal vez por las inmensas columnas de agua que habían sido lanzadas hacia lo alto. Nel, dolorido y con enorme fatiga, intentó caminar buscando supervivientes entre los cuerpos caídos a su alrededor. Con cada paso, el dolor de la pierna se volvía más intenso, una punzada constante que le recordaba la brutalidad del desastre.

Pocos pasos más allá yacía una mujer de cabellos castaños mojados por el agua del mar y enredados con la arena. Era la misma mujer que lo había arrastrado, la que lo había salvado, la mujer a la que amaba y a quien debía la vida. Pero ahora yacía inmóvil sobre la arena. Parecía muerta.

Era Eyrén, tendida boca abajo sobre la playa. Al reconocerla, Nel sintió un golpe de angustia en el pecho, como si el aire le faltara. A pesar del tormento que cada movimiento infligía a su pierna herida, se lanzó hacia ella, casi arrastrándose, con el corazón latiendo desbocado. Se arrodilló a su lado y con manos temblorosas la tocó. Su piel estaba fría. Una punzada lo atravesó como una cuchilla. Contuvo el aliento mientras la giraba lentamente, enfrentándose al terror de lo inevitable. Cuando le dio la vuelta, contempló su cara pálida, los labios quietos, como si todo aliento de vida hubiera escapado de ellos, los ojos cerrados, ajenos al clamor de su desesperación, e inmóviles, pues ya no respiraban.

Anochecía; el último rayo de sol del atardecer del día después del desastre bañó el rostro muerto de Eyrén. Nel la acarició suavemente y, con voz rota, gritó su nombre. Entonces, un suspiro débil, un aliento leve, salió de su boca. Al notar el roce de la mano de Nel sobre su rostro y el sonido de su voz, los párpados de Eyrén se entreabrieron lentamente. En sus ojos apareció una débil chispa de vida, una luz en medio de la tragedia. Sus labios iniciaron una sonrisa tenue, apenas esbozada… En medio de la angustia del fin de un mundo, aquella sonrisa lo llenó de esperanza, el único resplandor en un día de sombras. Nel la abrazó y la ayudó a incorporarse. El

tiempo pareció detenerse. Los dos permanecieron allí, abrazados, dándose calor mutuamente, en silencio, aferrándose el uno al otro en medio de la devastación más absoluta.

Pero el mundo seguía su curso. En las últimas luces del crepúsculo, las olas inmensas continuaban estrellándose contra las dunas y la ribera del lago. Eyrén, débil aún, sostuvo a Nel, y ambos recorrieron con sus miradas el paisaje de desolación que los rodeaba. Y entre los cadáveres comenzaron a reconocer a sus compañeros: Rob, Yako, Aziz y tantos otros. A cada rostro familiar que encontraban, una oleada de alborozo henchía sus corazones. Reían y lloraban al saberse mutuamente vivos.

Los antiguos *porenna* fueron formando un pequeño grupo. Exhaustos y abatidos, se refugiaron en el interior, donde los pinares y alcornocales formaban una barrera natural que contenía el avance del agua. Sin fuerzas para hablar, agotados, se fueron dejando caer uno a uno sobre la arena bajo las copas de los pinos. La noche oscura y envuelta en la bruma que había levantado el terremoto ocultaba las estrellas. El relente de la noche los envolvía con su fría humedad, calándoles hasta los huesos. Ninguno podía hablar, con el alma oprimida por el peso del desastre. Solo algún sollozo quebrado rompía el tenso silencio que reinaba en el pinar. Gradualmente, el agotamiento y el dolor se apoderaron de ellos. El sueño les rindió, un sopor profundo e inevitable que, por un momento, les hizo olvidar la tragedia que habían dejado atrás.

Transcurrieron quedamente las horas oscuras de la noche y clareó el alba. Las nubes, que el día anterior habían cubierto el cielo con su manto gris, se disiparon, dejando ver las luces del amanecer. Tonos rosáceos, bermellón y malva iluminaron el cielo entre los pinos y trajeron consigo una sensación de calma, de perdón, de plenitud. El estruendo de las olas había cesado y en su lugar un canto suave, el de las avecillas que revoloteaban entre las ramas de los alcornoques y los pinos, llenaba el aire. Los trinos de gorriones y ruiseñores mitigaban la profunda pena de los supervivientes por un mundo que se había hundido.

Nel, cojeando y apoyado en Eyrén, caminó hacia la ribera del lago, sus ojos escudriñando la orilla con la desesperanza que acompaña a quien desea encontrar lo irrecuperable. El agua continuaba devolviendo cuerpos a la orilla, arrastrados por las corrientes. Buscaba desesperadamente algún otro superviviente. A lo lejos, cerca de la orilla, un cuerpo oscuro se movía empujado por la fuerza del mar. Cuando se acercó y se arrodilló junto a él, comprobó que era un hombre vestido con harapos. Era Cidón.

—Viejo amigo… —susurró Nel, acariciando suavemente el rostro frío e inmóvil del hombre—. Cuánto hemos pasado juntos… A cuántos has salvado…

Pero Cidón no respondió. Sus ojos, apagados, ya no verían más.

Nel inclinó la cabeza. El dolor que lo embargaba era tan profundo que no le permitía hablar. Eyrén, que seguía a su lado, le rozó el hombro en una muda caricia y entonces él se levantó y se abrazó a ella, buscando consuelo, sin poder contener las lágrimas.

Nel se separó de Eyrén sin soltarle la mano cuando varios hombres de piel oscura se les acercaron. Entre ellos, distinguieron a Sahrik, rodeado por un grupo de esclavos de las minas. Todos se congregaron en torno a Nel y, con gesto solemne, doblaron la rodilla ante quien consideraban un dios.

Cuando se levantaron, con palabras llenas de orgullo, narraron cómo Sahrik había salvado a muchos en la cueva, guiándolos a un lugar seguro cuando todo a su alrededor se desmoronaba. Con respeto y reverencia, Sahrik y los otros le dijeron a Nel que estaban dispuestos a seguirlo. No sabían adónde iría, pero confiaban plenamente en él.

Nel y Eyrén sumaron los esclavos al grupo de *porenna.* Consiguieron reunir un grupo de unas veinte personas. El hambre los obligó a comer bellotas caídas de los alcornocales. Al principio apenas hablaban. El silencio se había apoderado de sus almas. Pero con el tiempo las palabras comenzaron a fluir, primero tímidamente y luego con fuerza. Hablaron de la destrucción de Tarsis, del fin de su mundo. Después no podían parar de recordar lo sucedido. Sus

voces, quebradas por el dolor, estaban llenas de incertidumbre mientras intentaban imaginar un futuro.

Pasó un nuevo día y llegó la noche. Al ponerse el sol, un reguero de luz dorada se dibujó sobre la superficie del lago, cruzándolo hasta la playa. En ese momento, de especial intensidad, y sin ponerse de acuerdo, los supervivientes entonaron el himno al sol, todos a una, buscando en Atón su amparo. Al finalizar, el silencio envolvió al grupo de supervivientes hasta que de pronto, en la desembocadura del estuario, divisaron algo.

Ante Nel, Eyrén y sus compañeros se alzaba una isla a la entrada de la bahía. Una isla que Nel conocía bien, la misma que, en su niñez, había avistado desde el hermoso palacio de Argón, ahora destruido, de la mano de una ninfa del ocaso.

Nel, con el corazón desbocado, gritó con voz ronca:

—¡Hesperia!

El grupo entero enmudeció ante la visión. Sus ojos se llenaron de asombro y de temor reverente. Y entonces, en ese momento de expectación, una voz profunda y resonante, como el eco de un trueno lejano, atravesó el silencio.

Era la voz del dios Atón.

Cuando regrese la estirpe del desterrado,
guiada por el ave blanca,
conducirá a los últimos fieles
a las islas de la inmortalidad.

La voz del dios enmudeció, dejando un eco que se apagaba en el más allá. En ese mismo instante, la visión de la isla en el horizonte comenzó a desvanecerse lentamente, envuelta por la bruma del ocaso. El sol, en su lento descenso, bañaba el cielo en tonos dorados y rojizos mientras las olas del mar, ahora calmo, lamían suavemente la playa, como si la misma naturaleza quisiera consolar a los pocos que habían sobrevivido.

Nel supo en ese momento cuál sería su destino, uno que completaba el que Eteria un día le había revelado. La promesa del

dios era clara, tan clara como la verdad que ardía en su corazón. Su misión sería reunir a los fieles, a aquellos que todavía creían en Atón, y esperar el retorno de los proscritos, la estirpe de Nórax. Solo entonces podrían emprender el camino hacia las islas de la inmortalidad, el último y eterno destino del pueblo *góidel.* Nel lo aceptó como una misión. Ese era su sino, el que siempre había estado destinado a cumplir.

Alentado por la revelación, estrechó la mano de Eyrén con una firmeza nueva, una determinación que solo la fuerza del propio dios podía conferir. La luz del crepúsculo fue difuminándose frente a ellos. Se hizo completamente de noche y las estrellas fueron apareciendo en un cielo límpido y esplendoroso.

Y entonces, cuando el último resplandor del sol ya había desaparecido, una aurora boreal iluminó el cielo. Resplandores vibrantes de verde, rosa, púrpura, rojo y azul ondulaban y danzaban como velos de seda, formando arcos, espirales y cortinas que se dirigían hacia el norte, hacia el lugar donde los esperaban las islas de la inmortalidad. Y por un instante, por encima de la aurora boreal, brilló un cometa de luz blanca, en forma de pájaro, que les indicaba un camino. Nel miró a lo lejos y sintió que de allí llegarían naves que lucirían el trisquel en las velas, las naves de Tarsis, adonde regresarían los proscritos para emprender juntos el camino hacia la isla de la inmortalidad.

Ficción y realidad

La civilización tartésica se considera la primera gran civilización del Occidente de Europa. Hoy en día, el interés que despiertan los nombres Tarteso, Tartessos y Tarsis es indudable, probablemente avalado por los recientes descubrimientos arqueológicos.

En diversos congresos científicos sobre Tarteso celebrados en Mérida, organizados por el Instituto de Arqueología de Mérida (CSIC-Junta de Extremadura), algunos investigadores han propuesto distinguir entre la realidad histórica, Tarteso, conocida a través de la arqueología, y la realidad mitológica y legendaria, Tartessos, transmitida por las fuentes grecolatinas.

La Tarteso real, cuya ciudad principal aún no ha sido encontrada, estaría vinculada a la misma cultura de la que proceden los restos arqueológicos que atribuimos a la «civilización tartésica», distribuidos por el valle del Guadalquivir, el Guadiana y Extremadura. En los últimos años se han descubierto varios yacimientos, como Cancho Roano y Casas del Turuñuelo, entre otros, datados entre los siglos IX y V a. C.

Actualmente, sabemos que la cultura tartésica histórica nació en el contexto de una civilización minera situada en el suroeste de la península ibérica, en torno a las minas de Riotinto. Parece que la explotación de los yacimientos de cobre, oro y plata fue crucial para su desarrollo. Sobre esa base autóctona, sustentada en la minería, y gracias a los intercambios con los pueblos de Oriente, especialmente fenicios y griegos, se desarrolló Tarteso.

Tartessos pertenece al ámbito de las fuentes grecolatinas, los mitos y las leyendas. En cambio, Tarsis es un imperio ficticio que he

construido inspirándome, en primer lugar, en la Tartessos clásica y legendaria y, en segundo lugar, en la Tarsis bíblica. De las fuentes clásicas he tomado personajes míticos como Nórax, Gerión y Krysaor, que encarnan figuras legendarias del imaginario tartésico. El nombre de Argantonio, citado por Heródoto, aparece en la novela como título de Krysaor, dado su significado de «hombre de plata». La Tarsis de la novela se inspira también en el mito platónico de la Atlántida y en la civilización minoica de Creta, de la que toma elementos como el culto al toro y los grandes palacios.

También se inspira en los textos bíblicos. La Biblia menciona a Tarsis en numerosas ocasiones. En el Primer Libro de los Reyes se dice: «Porque el rey tenía en el mar una flota de Tarsis con la flota de Hiram; una vez cada tres años venía la flota de Tarsis trayendo oro, plata, marfil, monos y pavos reales» (1 Re 10,22).

Ese detalle de «cada tres años» resulta fascinante porque sugiere viajes larguísimos, probablemente oceánicos o, al menos, de gran cabotaje mediterráneo-atlántico. Muchos historiadores consideran que la expresión «naves de Tarsis» terminó designando grandes navíos mercantes, preparados para travesías muy largas o, directamente, auténticos «navíos oceánicos».

En el Libro de Jonás, el profeta intenta escapar «a Tarsis, lejos de la presencia del Señor» (Jon 1, 3). Esta referencia indica que Tarsis era concebida como el extremo más remoto y occidental imaginable, casi el fin del mundo. Es uno de los aspectos más interesantes de la percepción simbólica de la ciudad: no representa únicamente un puerto, sino «el lugar más lejano posible».

Otra referencia bíblica especialmente interesante es la del capítulo 10 del Génesis. Tras el relato del Diluvio, encontramos uno de los textos más importantes para comprender la geografía del mundo antiguo: la llamada Tabla de las Naciones (Gn 10). No se trata de un simple árbol genealógico, sino que constituye una representación de los pueblos conocidos por los hebreos durante el primer milenio antes de Cristo.

Tras el Diluvio, los hijos de Noé (Sem, Cam y Jafet) dan origen de nuevo a toda la humanidad. Ellos y sus descendientes no representan individuos, sino grandes familias de pueblos. Así, por ejemplo, se ha identificado a Gomer con los cimerios, a Magog con los escitas y a Madai con los medos.

Para esta novela resulta relevante la descendencia de Jafet, asociada tradicionalmente con los pueblos del Mediterráneo y del ámbito indoeuropeo. Uno de sus nietos, Tarsis, aparece entre los hijos de Javán, junto a otros tres nombres estrechamente vinculados al mar. El propio texto bíblico concluye: «De estos se poblaron las costas de las naciones, cada cual según su lengua, conforme a sus familias y en sus naciones» (Gn 10, 4-5).

La Biblia sitúa a Tarsis entre los pueblos marítimos del Mediterráneo, junto a Chipre y otras islas del Egeo. Numerosos historiadores han utilizado este argumento para relacionarla con el mundo tartésico y con el extremo occidental del Mediterráneo.

La última referencia bíblica es quizá la más misteriosa de todas las que hemos señalado. El libro de Isaías menciona las «naves de Tarsis» en un contexto de destrucción y ruina, lamentándose porque el puerto al que regresaban había sido arrasado (Is 23, 1.14). En la novela, esta imagen se entrelaza con la hipótesis de que Tarsis fue destruida por un gran cataclismo, semejante al descrito por Platón en el relato de la Atlántida.

El cataclismo que destruye la ciudad descrita en la novela se inspira en hechos históricos como la erupción del volcán de la isla de Thera (actual Santorini), hacia 1550-1500 a. C. Esta catástrofe fue una de las más devastadoras de la historia antigua, hasta el punto de provocar terremotos y profundas alteraciones en buena parte del Mediterráneo oriental. Algunos investigadores han sugerido que un acontecimiento de esta magnitud pudo contribuir al declive de determinadas culturas mediterráneas y quedar reflejado, siglos después, en tradiciones como el mito de la Atlántida. Cuando comencé a investigar para esta novela, decidí situar su desarrollo en torno a la erupción de Thera.

Si esta es la fecha en la que se desarrolla la novela, ¿qué existía entonces en el Mediterráneo antiguo? *Las naves de Tarsis* es una novela histórica. Generalmente, los protagonistas de este género son personajes ficticios que se mueven en un contexto histórico real, junto a personajes históricos con biografías reconocibles. Sin embargo, *Las naves de Tarsis* está protagonizada por una civilización ficticia que pudo existir o no, pero que está situada en un momento histórico concreto en el que sí existían culturas y civilizaciones documentadas tanto por la arqueología como por la historia.

En el Mediterráneo oriental florecía la civilización minoica, cuya estética me inspiró para recrear la ciudad que se describe en la novela. Egipto atravesaba el final del dominio de los hicsos, una dinastía de origen cananeo cuyo último gran faraón fue Apofis, llamado como el dios serpiente, antagonista del dios solar Ra. En Mesopotamia, Asiria comenzaba a fortalecerse, mientras algunas de las antiguas ciudades situadas entre el Tigris y el Éufrates iniciaban un lento declive, como puede apreciarse cuando los protagonistas de la novela alcanzan la ciudad de Ur. En Nubia, el reino de Kush, con capital en Kerma, se consolidaba como una potencia independiente. Todos estos lugares constituyen algunos de los destinos de los viajes de Nórax.

El Bronce atlántico, un complejo cultural que se desarrolló entre aproximadamente el 1300 y el 700 a. C., conectaba las costas de lo que hoy son Gran Bretaña, Francia, Irlanda, Portugal y España mediante un intenso comercio marítimo. Aunque alcanzó su cénit algunos siglos después de la época en la que transcurre la novela, probablemente tiene su origen en unas redes comerciales mucho más antiguas.

Algunos investigadores, como John T. Koch y Barry Cunliffe, sugieren que la lengua y la cultura celtas tienen raíces más antiguas de lo que tradicionalmente se pensaba, vinculadas al Bronce atlántico. Según esta teoría, la lengua de Tarteso podría ser una forma temprana del celta, lo que conectaría aún más a Tarteso con las culturas atlánticas.

La civilización tartésica, situada en la encrucijada entre el Atlántico y el Mediterráneo, desempeñó un papel importante en estas rutas comerciales. Como civilización minera, Tarteso explotaba los ricos yacimientos de la región y participaba en el comercio del cobre, la plata, el oro y, probablemente, también del estaño, metales fundamentales para la economía de la Edad del Bronce.

Por último, sobre papel del aspecto legendario y mitológico en la novela, destaca la leyenda de Hesperia, que en la mitología griega sitúa un jardín en el extremo occidental del mundo, custodiado por ninfas y un dragón. Cuatro autores grecolatinos mencionan el Jardín de las Hespérides: Hesíodo, Apolodoro, Ovidio y Apolonio de Rodas. También la tradición celta habla de una isla donde crecen manzanos custodiados por mujeres. Se trata de Avalon.

El dios solar Atón, cuyo culto alcanzó un protagonismo excepcional en Egipto durante el reinado de Akenatón, se ha adaptado en la novela como el dios solar de Tarsis. El himno a Atón, reproducido parcialmente en el libro, presenta semejanzas llamativas con el Salmo 104 de la Biblia, ambos dedicados a celebrar la luz y el orden de la creación. Estas similitudes ponen de manifiesto las profundas conexiones culturales que existieron entre el mundo bíblico y las antiguas civilizaciones del Próximo Oriente.

En resumen, aunque *Las naves de Tarsis* es una obra de ficción, está inspirada en hechos históricos, descubrimientos arqueológicos, mitos y leyendas relacionados con la Tarteso arqueológica, con la Tartessos mítica y con las civilizaciones del Mediterráneo y del Atlántico durante la Edad del Bronce. A partir de la Tartessos transmitida por las fuentes y las leyendas, la novela crea una Tarsis ficticia, entrelazando elementos reales e imaginarios para construir un universo que hunde sus raíces en la historia, la arqueología y la tradición mítica. Precisamente, *Las naves de Tarsis* nace allí donde la historia y la leyenda se encuentran.

Lecturas recomendadas

La opinión más generalmente aceptada por los académicos es que los orígenes celtas se encuentran en la cultura centroeuropea de Hallstatt y La Tène. Sin embargo, John T. Koch, respaldado por el profesor de Arqueología Antigua de la Universidad de Oxford Sir Barry Cunliffe, argumenta que el celtismo tiene un origen más antiguo. Según ellos, este se remonta a la cultura común de las costas atlánticas, que luego se propagó hacia Europa continental y floreció en Hallstatt y La Tène. En este sentido, es muy recomendable el libro del profesor Cunliffe *Celtic from the West* [Los celtas desde el oeste]. John T. Koch aporta pruebas de que las lenguas de las costas atlánticas tienen semejanzas, y plantea que pudo existir una «lengua franca» atlántica que posteriormente se extendería hacia el continente europeo.

Por otro lado, John T. Koch ha defendido la hipótesis de que la lengua de los tartesios podría ser celta, una propuesta que Barry Cunliffe considera compatible con su interpretación del Bronce atlántico. Se han encontrado restos escritos de esta lengua tartesia que, según la profesora Vázquez Hoys, podrían corresponder al sistema de escritura más antiguo de Europa occidental.

En una conferencia dedicada a Tarteso y sus conexiones mediterráneas, el profesor de Lenguas Clásicas Bernardo Souviron plantea la teoría de que las conexiones entre el Atlántico y el Mediterráneo podrían haberse establecido a través de naves tartésicas. Identifica a los tartesios con los feacios mencionados en la *Odisea* de Homero. Por ello, en la novela, a la península ibérica se la denomina en alguna ocasión Feacia, en referencia al nombre que

Homero utilizaba para designar la patria de Nausícaa, dado que no se conoce una denominación exacta para identificarla en tiempos tan antiguos.

Para los lectores interesados en la navegación y las culturas del Bronce atlántico, se recomienda encarecidamente la lectura de *Océano,* del profesor Barry Cunliffe. Para conocer más datos sobre Tarteso, resulta especialmente útil la conferencia del profesor Sebastián Celestino Pérez, impartida para la Fundación Juan March en 2018 y disponible en YouTube, así como su libro *Tartessos, territorio y cultura.* También merece una mención especial la reciente obra *Tarteso,* publicada por Espasa y escrita por Sebastián Celestino y Esther Rodríguez, que ofrece una excelente síntesis del estado actual de las investigaciones sobre esta cultura.

Por último, para contextualizar el periodo histórico en el que se basa la novela, la obra *Historia del mundo antiguo* de la profesora Vázquez Hoys es de enorme interés. En su estudio *Las golondrinas de Tartessos,* la autora sostiene que algunos signos grabados en piedras y estelas halladas en la zona de Huelva, datados en torno al año 4000 a. C., podrían constituir una de las manifestaciones escritas más antiguas del occidente de Europa, anterior incluso a la escritura fenicia.

Glosario

Agenor: rey de Tarsis, antepasado de Gerión, que reinó en una época de plenitud.

Akálide: mujer de raza africana que llega a ser reina de Tarsis. Sacerdotisa de la Diosa de las Serpientes, hija de un rey del país de Kush llamado Jebel Barkal.

Albión: isla de los acantilados blancos, es decir, Gran Bretaña.

Aldair: capitán *góidel,* fiel y devoto a la casa de Nórax. Hermano de sangre de Loria y hermano adoptivo de Nel, e hijo de Brent, capitán de *porenna*. Está enamorado de Nel, con quien se ha criado.

Alucio: comerciante muy rico.

Apofis I (1587-1522 a. C.): no debe interpretarse como un faraón histórico convencional. En la cosmología de *Las naves de Tarsis* es un *lilim,* descendiente de la Serpiente, cuya longevidad extraordinaria explica el larguísimo reinado atribuido por algunas tradiciones. Todos los acontecimientos egipcios de la novela transcurren bajo el gobierno de este Apofis. Es también el nombre de la gran serpiente de la mitología egipcia que combate cada noche contra el dios solar.

Areté: hespéride, una de las ninfas del ocaso, hermana de Eglea y de Eteria. Es una guardiana, es decir, una mujer guerrera.

Argón: padre de Nórax, príncipe *góidel,* desciende del rey Agenor.

Avaris: ciudad en el delta del Nilo, capital de los hicsos. Según los estudios de Manfred Bietak, se correspondería con la ciudad bíblica de Ramsés.

Blecán: marino que lucha con Nórax tras el hundimiento de Hesperia.

Brent: capitán de *porenna.* Padre de Aldair y Loria.

Carmo: Carmona.

Dana: Gran Vestal, sacerdotisa de Atón, gobernante de la isla de Hesperia cuando Eteria, Eglea y Areté son pequeñas.

Eglea: una de las tres hijas de Gerión, hermana de Areté y de Eteria.

Esfera de Jafet: piedra mágica que condensa la luz solar.

Esté: reina de Tarsis, esposa de Gerión, madre de Eglea, Areté y Eteria.

Eyrén: hija de un jefe de un poblado en la meseta, junto a un pozo amurallado. Después, *porenna* en Tarsis.

Farkán: hijo de Feder, amigo de Gael.

Feacia: nombre con que en la novela se designa a la península ibérica. Homero menciona en la *Odisea* un pueblo en el occidente, el país de los feacios, de donde es Nausícaa, aunque algunos lo han identificado con Corfú. Pero la autora se toma la libertad, apoyada en algún dato literario e histórico, de aplicarlo a lo que hoy es España y Portugal.

Feder: guerrero pelirrojo, muy amigo de Nórax, de una familia sencilla y creyente en Atón. Tiene una hermana que fue hespéride y a la que mataron en el asalto a Hesperia, en cuya defensa participa cuando la isla es atacada. Acompaña a Nórax en el periplo a las Casitérides y en la circunnavegación de África.

Funala: mujer que cuida de Nel tras la caída de Gerión. Madre de la esposa de Brent y abuela de Aldair y Loria.

Gael: en la novela, hijo de Nórax. Pero también puede hacer referencia, en algún punto del libro, a un patriarca descendiente de Tarsis, a su vez descendiente del patriarca Jafet.

Garnik: tartesio, uno de los capitanes fieles a Atón, mayor —«con la prudencia que da la edad», como se dice en la novela— y

con una cicatriz en la mejilla.

Gerión: rey de Tarsis.

Gimnesias: islas Baleares.

Góidel: palabra que en la novela designa a dos tipos de personas. En primer lugar, a los que descienden del patriarca Gael o Goidel, quien a su vez desciende del patriarca Jafet y de Tarsis. En segundo lugar, a los que no descienden de Gael ni pertenecen a la familia de Gael, pero creen en Atón y sienten como a sus jefes naturales a los descendientes de Gael. Se corresponderían con celtas primitivos. Su símbolo es el trisquel, tres curvas entrelazadas.

Hatti: país de los hititas, en Asia Menor.

Hesperia: isla situada delante del estuario del río Tarsis, donde viven las hespérides y que guarda la piedra de Jafet, protegida por un dragón.

Hibernia: Irlanda, también llamada Eyre.

Hunuba: puerto de Huelva.

Jafet: patriarca bíblico, hijo de Noé. Según el Génesis, de él descienden los pueblos de las islas o de las costas.

Jamal: tartesio, hombre muy fuerte que perteneció primero a la guardia personal de Gerión y después a la de Krysaor.

Jebel Barkal: rey del país de Kush, que desaparece en el interior de una pirámide con una piedra de luz, un diamante negro.

Kalios: aguador de un pozo en la Oretania; después, *porenna,* unido sentimentalmente a Eyrén.

Kalos: hombre anciano, intendente de Nórax.

Kam: patriarca hijo de Noé, del que descienden los pueblos africanos.

Kap: escuela de príncipes y hombres nobles en la corte. Está descrita en la corte de Egipto, pero en la novela también existe en Tarsis.

Kassio: tartesio, hombre prudente y uno de los fieles a Atón.

Kendal: amigo de Nórax desde la Escuela de Navegantes, hijo de una acaudalada familia *góidel.* Comanda el barco que recoge a

Nórax cuando este abandona Hesperia. Es nombrado capitán en el viaje a las Casitérides, donde acompaña a Nórax. Realiza el periplo africano. Después capitanea la nave donde viaja Eteria. A su padre lo mata la diosa serpiente porque quedó paralítico tras caer de un mástil. Comete un atentado contra Krysaor y es desollado vivo.

Kenna: sabio *góidel,* amigo de Aldair, de Nel y de Loria, e hijo de Lynnel el orfebre.

Khemet: el país de Egipto.

Kilian: hombre muy fuerte, de estirpe de navegantes.

Kora: Coria del Río.

Krysaor: tartesio de la estirpe de Túbal, uno de los hijos de Jafet, que no entronca con Tarsis. Amigo de Nórax. Llega a ser rey de Tarsis.

Kurdam: hijo de Kendal, un joven muy fuerte que había trabajado como estibador en el puerto.

Kush: reino al sur de Egipto, también llamado Nubia.

Laber: hacha de doble filo utilizada para los sacrificios y las ejecuciones.

Lendhar: capitán experimentado que acompaña a Nórax a las Casitérides.

Leviatán: monstruo marino, llamado también «dragón de Hesperia», que guarda la isla de las hespérides.

Lora: poblamiento tartésico en Lora del Río, Sevilla.

Loria: saltadora y hermana de leche de Nel.

Lynnel: tartesio, uno de los fieles a Atón; hombre de pelo canoso y prudente. Padre de Kenna, se dedica a la fragua y a los metales. Enseña el oficio a su hijo.

Melkhart, columnas de: columnas de Hércules, actualmente Gibraltar.

Menfis: ciudad egipcia.

Mittani: país de los hurritas, situado en el norte de la actual Siria.

Nel: capitán de *porenna* y protagonista principal de la segunda parte de la novela.

Niso: hermana de Krysaor, una de las hespérides.

Noah o Noé: patriarca de los hebreos, que sobrevive al diluvio.

Nórax: príncipe *góidel,* hijo de Argón y padre de Gael, protagonista de la primera parte de la novela.

Ofiusa: nombre antiguo para designar las tierras de la península ibérica y que significa 'tierra de serpientes'.

Olisipo: poblado en la margen derecha del Tajo, que sería la base de Lisboa y que al parecer podría ser de origen tartésico.

Porenna: saltadores de toro, tradición que entronca con la civilización minoica.

Sedric: joven *góidel* que quiere navegar y que, ante la negativa de su padre, se introduce como polizón en una de las naves de Nórax. Después se enamora de una bailarina llamada Elvia, a la que Akálide obliga a abortar. Muere tras el atentado contra Krysaor.

Siwi: *porenna* amiga de Eyrén y Kalios.

Thera: isla volcánica en las Cícladas. Hoy es un pequeño archipiélago llamado Santorini, originado por la explosión de un volcán.

Túbal: patriarca bíblico descendiente de Jafet. La casa de Túbal se refiere a sus descendientes. Su símbolo es el tetrasquel, la cruz de cuatro brazos curvilíneos que marca los cuatro puntos cardinales. La familia de Túbal es de mercaderes y está ligada al comercio terrestre. No adoran a Atón.

Yako: *porenna,* amigo de Eyrén y Kalios.

Cronología

1609 a. C. (solsticio de verano) Procesión de las hijas de Gerión a la isla de Hesperia.
1595 a. C. (equinoccio de otoño) Llegada de Nórax y Krysaor a Hesperia.
1593 a. C. Llegada de Akálide a Tarsis.
1592-1589 a. C. Viaje de Nórax a las Casitérides y exploración de las costas atlánticas.
1589-1586 a. C. Circunvolución africana.
1588 a. C. Llegada de Nórax a Mesopotamia.
1587 a. C. Llegada de Nórax a Avaris y encuentro con la corte de Apofis.
1586 a. C. Caída de Gerión.
1586 a. C. Proclamación de Krysaor como rey de Tarsis.
1586 a. C. Regreso de Nórax a Tarsis.
1585 a. C. (solsticio de verano) Destrucción de Hesperia.
1585 a. C. Rescate de Eteria por Nórax.
1584 a. C. Unión de Nórax y Eteria ante los clanes *góidel.*
1584 a. C. (solsticio de verano) Subasta de las cautivas de Hesperia.
1584 a. C. Encuentro de Eteria y Areté en prisión.
1584 a. C. Partida de Areté hacia Egipto.
1583 a. C. Nacimiento de Gael.
1577 a. C. Ejecución de Brent, capitán de los *porenna.*
1569 a. C. Destierro de los *góidel* y cumplimiento de la profecía del Ave Blanca.

1569-1563 a. C. Travesía de los proscritos por el Mediterráneo y fundación de Nora.
1563 a. C. Llegada de los *góidel* a Egipto y fundación de la ciudadela del Delta.
1561 a. C. Muerte de Areté.
1560 a. C. Muerte de Seqenenra Taa durante la guerra contra los hicsos.
1559 a. C. Llegada de Ibath a la ciudadela *góidel*.
1558 a. C. Muerte de Nórax.
1551 a. C. Llegada de Eyrén y Kalios a Tarsis.
1551 a. C. Muerte de Loria.
1550 a. C. Eclipse solar visible en el occidente.
1550 a. C. (fiesta de Sopdet) Muerte de Krysaor y destrucción de Akálide.
1550 a. C. Hundimiento de Tarsis.
1545 a. C. Expulsión definitiva de los hicsos por Ahmosis I y reunificación de Egipto.

Agradecimientos

Toda novela tiene una historia que el lector no ve: la de las personas que, de un modo u otro, la hicieron posible. *Las naves de Tarsis* no habría llegado hasta aquí sin ellas.

Mi primer agradecimiento es para Ramón Conesa, mi agente literario, por su confianza inquebrantable y por haber perseverado durante años hasta encontrar el momento adecuado para esta novela.

Gracias a Pedro Romero, por animarme siempre a seguir adelante cuando el camino parecía más incierto.

A Aurelia González, compañera de la facultad y una amiga a la que quiero profundamente, por su cariño, su apoyo constante y su confianza.

A Lourdes Álvarez, que revisó el manuscrito con enorme generosidad. Sus observaciones mejoraron estas páginas. Y, además, compartimos muchas conversaciones y no pocas risas mientras trabajábamos juntas.

A Ascen Valderas, cuyo ánimo llegó en un momento especialmente difícil, cuando el futuro de esta novela parecía desvanecerse.

A José Morella, por sus valiosas indicaciones, siempre llenas de sentido común y buen criterio.

A mi hermano José Gudín, por su interés por el mundo antiguo y por tantas conversaciones que despertaron nuevas preguntas.

A Chus Díaz Santos, que me descubrió documentales y recreaciones sobre la Antigüedad que alimentaron mi imaginación durante la escritura.

A Marisa Rodríguez, compañera de innumerables viajes por los lugares donde pudieron desarrollarse los acontecimientos que inspiraron esta novela. Recorrer juntas esos paisajes me permitió contemplarlos con otros ojos e imaginar con mayor viveza el mundo de *Las naves de Tarsis*.

A Blanca Lara, por el extraordinario trabajo realizado en los mapas de esta novela. Su talento y su generosidad enriquecieron estas páginas, y su entusiasmo por el proyecto me acompañó desde los primeros momentos de su gestación.

Quiero expresar también mi admiración y gratitud a investigadores cuyo trabajo ha sido una fuente constante de inspiración. Muy especialmente al profesor Sebastián Celestino, referencia imprescindible para comprender la cultura tartésica; a Bernard Soubiron, por sus estudios sobre la navegación atlántica; y al profesor de la Universidad de Oxford Barry Cunliffe, cuyas investigaciones han abierto nuevas perspectivas sobre las relaciones entre las culturas del Atlántico europeo.

Gracias también a Fernando Paz Clemente, director editorial, y a todo el equipo de Contraluz y Anaya, especialmente a Sara, Alberto y Óscar, por el trabajo realizado para llevar *Las naves de Tarsis* hasta los lectores.

Finalmente, mi agradecimiento a Guillermo Gutiérrez, amigo de mi hermana Maite y navegante de largas travesías a vela, que me ayudó a comprender desde su experiencia lo que significaba navegar impulsado únicamente por el viento. Sus explicaciones dieron vida a muchas escenas de esta novela.

A todos ellos, gracias. Cada uno, desde su lugar, ha dejado una huella en estas páginas.

Índice

Proemio

Primer papiro. Hesperia

Nórax y Krysaor
Las hespérides
La Escuela de Navegantes
Retos de adolescentes
Los remeros
La Estrella del Ocaso
El Jardín de las Hespérides
En la isla
Eteria
Solsticio de invierno
El tiempo de soledad
La herida
El juicio
El retorno
La historia de Krysaor

Segundo papiro. Los viajes de Nórax

Akálide
El encargo
La preparación
La partida
Bajo las estrellas
El gran círculo de piedras de Albión

Invierno
Los ruidos
La hazaña de Nórax
En las costas africanas
Ur, la ciudad de Inanna
Ofir
El misterio de la sacerdotisa de la diosa serpiente
Avaris

Tercer papiro. El esplendor de Tarsis

El cambio en Tarsis
El nuevo espectáculo
En el palacio de Krysaor
El solsticio
Tarsis sin Hesperia
Regreso a Tarsis
Argón y Eteria
Eteria en la casa *góidel*
Los rebeldes
Los fieles a Atón
Areté
El hijo de Eglea
Entre las ramas del sauce
El hijo de Nórax
La traición de Nórax
Brent
Aldair
El taller del orfebre
La revuelta
Eteria y Akálide
La decisión

La marcha
El adiós
En la casa abandonada

Cuarto papiro. Más allá del horizonte

Sharden
El jefe de los *porenna*
Los esclavos
Hacia el oriente
Un día de libertad
El nuevo espectáculo
Apofis y Nórax
El secreto de Nel
Hekeret nesut
Sopdet
La guerra
La fiesta de los *porenna*
De nuevo Nel
El extranjero
Loria
Los últimos fieles
La ejecución
En la plaza
El eclipse
El final de Nórax
La fiesta de Sopdet

Epílogo

Tras la caída
Ficción y realidad
Lecturas recomendadas

Glosario
Cronología
Agradecimientos

Créditos

Edición en formato digital: octubre de 2026

© MARÍA GUDÍN, 2026
c/o Agencia Literaria Carmen Balcells, S.A.
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 979-13-88337-03-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.